





A.

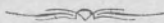
(V.2)

C. 1128347
t. 101582



EL CURA MERINO

BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL

CURA MERINO

(ESPAÑA EN 1808)

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

DE

DON EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO

ILUSTRADA CON MAGNÍFICOS GRABADOS EN MADERA



Tomo II



MADRID

BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

CALLE DE OROZCO, NÚMERO 90

1872



IMPRESA DE JOSÉ A. MUÑOZ Y COMP.ª

EL

CURA MERINO

ESPAÑA EN 1803

JOSE A. MUÑOZ Y COMP.ª

BOY EDUARDO SANCHEZ Y CARRILLO

ALICIA DE YAGUAY YAGUAY DE YAGUAY

Tom II

MADRID

ESTABLECIMIENTO DE JOSÉ A. MUÑOZ Y COMP.ª

IMPRESA DE JOSÉ A. MUÑOZ Y COMP.ª

IMPRESA DE JOSÉ A. MUÑOZ Y COMP.ª, ALMIRANTE, 7

Capítulo I

Los apuros de un prefecto

—¿Pero es posible lo que usted dice?

—Puedo asegurar que tengo en mis manos al cura Merino, y vengo á entregárselo á usted, señor prefecto.

—¡Gran servicio va usted á prestar á la causa del rey José primero!

—Mayor del que usted se figura.

—Veamos.

—Diga usted.

Este diálogo tenia lugar en la prefectura de la ciudad de Búrgos, entre nuestro antiguo conocido don Fabian y un jóven de veinticinco á veintiseis años, que habia mostrado gran empeño en que le concediera una audiencia, manifestando que lo que tenia que decir á la primera autoridad civil de la provincia, era tan importante como que podia contribuir de un modo decisivo á consolidar el trono de José Bonaparte.

—Hable usted, señor mio,—dijo don Fabian, preparándose á escuchar atentamente.

—En primer lugar,—repuso su interlocutor,—ha de saber usted que yo me llamo Manuel Contreras, y he sido empleado en la Junta Central de Sevilla.

—¿Usted?

—Yo mismo.

—Adelante.

—Pero, señor prefecto, aquello marcha muy mal.

—¿Si?

—Malísimamente.

—¿Le han quitado á usted el destino?—preguntó el prefecto con malicia.

—Eso seria lo de ménos. Yo iba ya á dejarlo convencido como estoy de que la insurreccion no triunfará nunca y que lo que conviene á la patria es que haya orden, paz y progreso, cosas que sólo puede obtener afianzándose en el trono el rey José.

Aquel miserable no había conocido nada de esto hasta que perdió el empleo que desempeñaba en la Junta, y como en ella habia gozado la confianza de don Martin Garay, tenia muchos secretos, que se proponia explotar vendiéndolos á los franceses (1).

—¿Es decir, que se ha convertido usted á la buena causa?

—Sí, señor.

—Bien. ¿Y quiere usted demostrar su adhesion á ella prestando un gran servicio?

(1) Histórico. No se ha hecho más que cambiar el nombre del traidor, por razones fáciles de comprender.

—Para que no dude usted de su importancia, me bastará decirle que en Sevilla tenía yo á mi cargo el negociado de Castilla la Vieja.

—¡Hola!

—Ese ha sido el motivo que me ha hecho venir á Búrgos.

—¡Ya!

—Conozco los hilos de la conspiracion permanente que aquí existe.

—¡Soberbio!

—Sé los recursos con que cuenta el cura Merino.

—¡Magnífico!

—Recuerdo los nombres de algunos individuos de la Junta insurreccional de Búrgos.

—Hable usted, hable usted,—exclamó don Fabian con verdadero interés.

El villano que por una miserable venganza, ó por satisfacer su ambicion personal, no vacilaba en vender á su patria, contó á don Fabian todo lo que nosotros ya sabemos.

Le enteró de la organizacion de la Junta insurreccional y central de la provincia.

Le dijo los nombres de muchos de los comprometidos y los de los principales agentes de que se valian los patriotas castellanos.

Le explicó los medios de que se valia Merino para mantener á su gente y estar al corriente de todo lo que pasaba.

Le dió noticia exacta de las fuerzas de que constaba la guerrilla, nombres de los principales jefes que la

mandaban, sistema de confidencias y demás pormenores que podían ser de gran utilidad para derrotarle.

Por último, añadió que el alma de todo era don Venancio, y denunció el sistema de comunicaciones que tenía establecido para entenderse con la Junta de Sevilla.

Don Fabian ya tenía vehementísimas sospechas de que don Venancio andaba en la insurrección y desempeñaba en ella un papel muy importante.

Lo demás que le dijo el joven lo suponía en parte, pero no le pesaba hallarse tan minuciosamente enterado de todo.

—¿Qué más?—preguntó cuando el delator acabó de contarle el último detalle.

—Creo que he dicho á usted ya bastante, señor prefecto.

—Me prometió usted entregarme al cura Merino, y hasta ahora no me ha entregado más que á don Venancio.

—Me parece que es bastante.

—Es algo.

—Creo que todo.

—No tanto.

—Entregar la conspiración, equivale á entregar la insurrección misma. Deshechas las juntas, presos y castigados los que las componen, privado de recursos, de dinero, de noticias, el cura Merino no tardará en caer en poder de las tropas del gobierno, si no logra huir de España y encontrar un refugio en las filas del ejército inglés, que me parece difícil. Pero de todos

modos, su partida desaparecerá y la provincia de Búrgos quedará pacificada.

El infame tenia razon.

La fuerza de Merino consistia principalmente en la formidable organizacion que don Venancio habia dado á los patriotas de todos los pueblos.

Destruida aquella red de juntas, espías y confidentes, que por todas partes proporcionaban á la guerrilla recursos de todas clases y preciosas noticias, el cura dejaba de ser invencible.

Pero don Fabian no estaba satisfecho.

—¿No sabe usted,—preguntó,—dónde tiene Merino el albergue en que esconde sus prisioneros?

—No, señor.

—Pues esa es la noticia más importante; en ese asilo se refugia él sin duda en los momentos críticos, y mientras no se tenga ese secreto, no se puede decir que se le tiene cogido.

—No será difícil lograr que lo declare alguno de los individuos que deben ser presos, por hallarse complicados en la conspiracion.

—Es tan astuto ese hombre, que dudo que lo sepan ellos mismos.

—Por el hilo se saca el ovillo.

—Cuando no se rompe.

—De todos modos, creo que mis noticias son importantes.

—Tanto, que si se confirman, yo desde luego ofrezco á usted en nombre del rey José una buena colocacion.

—Muchas gracias.

—¿Necesita usted algun dinero?—preguntó don Fabian, como dando por terminada la conferencia.

—No he traído mucho, y los gastos del viaje...

—Bien,—interrumpió el prefecto, abriendo el cajon de su mesa de despacho y sacando algunas monedas de oro.

—Tome usted á cuenta de su primera paga.

—Repito las gracias.

El vil delator se dispuso á salir.

Cuando ya tenia la mano sobre el picaporte de la mampara, don Fabian exclamó como asaltado por una idea repentina:

—¡Ah! convendria que no hablara usted á nadie de lo que me ha dicho.

—Muy bien.

—A veces no se sabe con quién se habla...

—No conozco á nadie en Búrgos.

—Y lo principal en estos casos es el sigilo.

El jóven saludó al prefecto y salió inmediatamente.

Don Fabian se quedó en su despacho, hundido en el sillón, con la cabeza apoyada entre las manos y sumido en un mar de confusiones.

Las noticias que acababa de recibir eran sin duda de la mayor importancia.

¿Qué uso debia hacer de ellas?

Esto era lo que le tenia pensativo.

Don Fabian no tenia más norte que su conveniencia.

A ella lo sacrificaba todo.

Poco le importaba que el triunfo definitivo fuera de

los franceses ó de los españoles, con tal que los que triunfaran no fueran sus enemigos.

Por eso lo que más temia era dar un golpe en vago.

Para él la cuestion se planteaba en estos términos:

¿Lo que sabia era suficiente para acabar con la insurreccion en la provincia de Búrgos?

En caso afirmativo, no vacilaba.

Se ponía de parte de los franceses, cumplía con su deber de prefecto, exterminaba la guerrilla de Merino, que tanto daba que hacer á las tropas del emperador, y por de contado recibia la brillante recompensa que el gobierno del rey intruso no podia ménos de conceder á su celo é inteligencia.

Pero si á pesar de todo la guerra continuaba; si la partida lograba salir de la apuradísima situacion en que él podia colocarla, dando parte al conde de Dorsenne de lo que ocurría y tomando las medidas que eran consecuencia lógica de la denuncia que acababa de recibir; en una palabra, si la muerte de las juntas insurreccionales no era la muerte de la insurreccion, si el patriotismo de los pueblos y la energía y la astucia de Merino lograban tejer de nuevo aquella tupida malla, que él desbarataba, los franceses tendrian poco que agradecerle, y los españoles mucho de que pedirle algun dia cuentas.

El caso era verdaderamente grave.

Iba á herir á multitud de personas de las más influyentes y de las más poderosas de la provincia.

Aniquilarlas no le hubiera importado.

Pero lastimarlas, exponiéndose á que quedaran con

vida y llegaran alguna vez á levantarse vengativas y potentes, era un paso muy arriesgado.

Y don Fabian pensaba que esto no era imposible.

Merino habia logrado inspirar á todos una especie de temor supersticioso.

Habia salido ya de tantos apuros graves, habia demostrado de tal modo cuán grande era la fuerza de su valor y cuán fecunda su imaginacion para inventar trazas que le sacaran á salvo en las ocasiones más difíciles, que tratándose de él nada se creia imposible.

Esta opinion no sólo era la de don Fabian.

Participaban de ella muchos jefes, y hasta generales franceses de los que habian peleado con el cura.

Y el vulgo, que se entusiasmaba sólo con oir el nombre de don Jerónimo, creia tan imposible que se le venciera como que se juntara el cielo con la tierra.

Además, don Fabian sabia que el nervio de la guerra contra los franceses era el clero.

Y en la provincia de Búrgos era y es todavía numerosísimo.

En cada aldea habia un convento.

En cada caserío un cura.

Y como no era posible proceder contra ellos sin sublevar el espíritu religioso del país, allí veia el prefecto el gérmen de nuevas juntas insurreccionales que reemplazaran á las que podia destruir.

Estas consideraciones decidieron á don Fabian á adoptar, como hacia siempre, un término medio.

No servir á nadie por completo, ni lastimar demasiado á ninguno.

Prescindir de las revelaciones que acababa de hacerle el infiel empleado de la junta de Sevilla, era imposible.

El hubiera ido á otra parte á llevar sus noticias, y don Fabian se hallaria en un compromiso.

Pero comunicarlo todo al general francés y quedar expuesto al odio y á la venganza de Merino, que podia salvarse del peligro, era quedar en una situación demasiado comprometida para un hombre tan vividor y tan precavido como el prefecto de Búrgos.

¿Cómo conciliar los dos extremos, y poner, como suele decirse, una vela á San Miguel y otra al diablo?

Esto es lo que preocupaba á don Fabian, porque él queria prestar un doble servicio, de modo que pudiera utilizarlo si le convenia, y negar que lo hubiera prestado si consideraba oportuna la negativa.

El prefecto no tenia pelo de tonto; así es que no tardó en pensar un medio de lograr lo que deseaba sin comprometerse.

Recordó que su hija habia estado enamorada de Juan, sabia que aquellos amores se habian concluido y que la muchacha en todo pensaba ménos en el gallardo capitan de guerrilla; pero recordaba que cuando él habia estado últimamente en Búrgos, y por conseguir la libertad de su padre corrió los peligros que sabemos, Jacinta, aunque no llegó á verle, se interesó bastante por su antiguo novio, y más de una vez preguntó por él á su padre.

De todo esto sacaba don Fabian una consecuencia naturalísima.

Los primeros amores no se olvidan nunca completamente.

Puede extinguirse la pasión; pero siempre queda un grato recuerdo de las dulces sensaciones que se han experimentado, y que se graban en el alma con tanta más fuerza, cuanto que no se habían sentido nunca.

No hay mujer que no guarde en su corazón un latido de simpatía para el primer hombre que ha murmurado en su oído palabras de amor y la ha enseñado ese lenguaje del alma, tan lleno de armonías, como que tal vez en él consiste la única dicha verdadera que hay en el mundo.

Sobre todo, cuando ese hombre no se ha hecho indigno de que se le consagre semejante recuerdo.

Juan, lejos de eso, gozaba cierta celebridad, que le hacia á propósito para no ser del todo olvidado.

Era uno de los principales jefes de la guerrilla de Merino, habia dado pruebas de que no cedía en valor al famoso cura, su nombre habia aparecido alguna vez en los periódicos que se ocupaban de la partida, los patriotas lo pronunciaban con cariño, y los franceses lo envolvían en el mismo odio que profesaban á Merino.

Esto era más que suficiente para darle un carácter algún tanto legendario, y no hay mujer que no guste de haber sido amada por un hombre célebre.

Especialmente si debe al valor su celebridad.

De todas estas razones deducia don Fabian que Jacinta conservaba todavía alguna simpatía al muchacho, y esto es lo que se propuso explotar sin pérdida de tiempo.

Tomó su sombrero, como disponiéndose á salir á la calle, y se dirigió al gabinete donde trabajaban su mujer y su hija.

—¿Vas á salir?—le preguntó al verle entrar doña Carmen.

—Sí, voy á casa del general.

—¿Qué lástima!—dijo Jacinta.

—¿Por qué?

—Hace tan buena tarde, que queríamos ir á paseo y que usted nos acompañara.

—Pues, hija mia, lo siento, pero no puede ser.

—Bueno.

—Podeis bajar al Espolon, y allí iré yo á buscaros si acabo pronto.

—¿Y no podia usted dejar la visita para la noche?

—No, hija, se trata del servicio.

Jacinta calló.

Doña Carmen seguia trabajando.

Don Fabian deseaba que le preguntaran de qué se trataba.

Pero viendo que su mujer y su hija permanecian indiferentes, dijo como hablando consigo mismo:

—Ese maldito cura nos tiene siempre en movimiento.

—¿Merino?—preguntó doña Carmen.

—¿Quién ha de ser?

—¿Ha hecho algo nuevo?—dijo Jacinta.

—¿Te parece poco lo de apoderarse de la artillería y pasar á cuchillo seiscientos hombres?

—No, señor.

—Ahora no ha hecho nada.

—Más vale así.

—Antes al contrario,—añadió don Fabian, que deseaba picar la curiosidad de las dos mujeres,—nosotros somos los que vamos á hacerle.

—¿Si?

—Figuraos, pero no digais á nadie una palabra...

Jacinta y su madre escucharon con la mayor atencion.

—Figuraos,—añadió el prefecto,—que dentro de cuatro ó cinco dias vamos á ver presos al cura y á todos los suyos.

—¿A todos?—preguntó con interés Jacinta, sin duda acordándose de Juan.

—No se escapará ni uno,—repuso su padre, que precisamente lo que deseaba era llamar hácia este punto la atencion de la muchacha.

—¿Y qué les harán?—preguntó esta con interés.

—A los soldados... nada.

—¿Nada?

—Todo lo más los enviarán á presidio.

—¿Y al cura?

—Lo que es ese no se libra de ser ahorcado.

—¿Pero él solo?—preguntó Jacinta.

—El y los oficiales de su partida.

—¿Qué horror!—dijo la muchacha, dejando su costura.

—Hija, ya es tiempo de que paguen las que llevan hechas.

—Pero diga usted...

—¿Qué?

—¿Los sobrinos de don Cleto?...—murmuró la muchacha, no atreviéndose á preguntar solamente por Juan, ni ménos á pronunciar su nombre.

—¡Ah! sí,—dijo don Fabian.—Pues mira, ya no me acordaba. El pobre don Cleto va á tener un disgusto. Ya le he dicho mil veces que esos muchachos acabarian mal. No ha querido creerme, y ahí tienes las consecuencias.

Jacinta se habia puesto ligeramente pálida.

Su madre, que era naturalmente bondadosa y que tenia al pasante un verdadero aprecio, preguntó á su marido:

—¿Y no podias tú hacer nada en favor de esos muchachos?

—Nada. Serán juzgados en consejo de guerra, y por consiguiente, una vez cogidos se les puede contar por muertos.

—Pero yo no creo que los cojan ustedes,—añadió Jacinta.—¡Bueno es Merino y buenos son ellos para dejarse coger!

—Hasta ahora,—dijo don Fabian,—han burlado, en efecto, todas nuestras medidas; pero desde hoy están en nuestras manos.

Don Fabian contó entonces todo lo que acababa de saber, y terminó diciendo:

—¿Qué os parece el mosquito muerta de don Venancio? Ya me figuraba yo que ese hombre no era bueno. ¡Y siempre en casa de los generales!... ¡Así estaba el cura tan bien enterado de todo lo que sucedia! ¡Pero

ya se le acabó la ganga! ¡Y tambien á ese le huele el pescuezo á cañamo!

—¿De veras?

—Ya lo creo.

—¿Pero van á prenderle?

—No tardarán una hora, y cogido ese, haz cuenta que están cogidos todos.

—¿Pero ha dado usted la orden?...!

—No he querido darla hasta hablar con el general, para que él disponga lo más conveniente. De todos modos, como no sospecha nada, no se ha de escapar, y al fin y al cabo lo mismo es hoy que mañana.

—Usted no debe decir nada al general.

—¿No?

—Ni prender á don Venancio,—exclamó con resolución Jacinta.

—¿Es una friolera!

—Yo no lo haria.

—Me propones que falte á mi deber.

—¿Qué importa?

—Que cometa una verdadera traicion... Vaya, hasta luego.

Don Fabian salió de la sala y se dirigió á casa del conde de Dorsenne, pensando que ya no habia miedo en darle parte de todo, pues lo que no hiciera Jacinta por el recuerdo de sus amores con Juan, lo haria doña Carmen por la amistad que profesaba á don Cleto, y el resultado seria, que avisados los que se hallaban en peligro, se pondrian en salvo antes de recibir el golpe.

No se habia engañado el prefecto.

Apenas él salió de la habitación, cuando Jacinta se levantó de su asiento, diciendo á doña Cármen:

—¡Vamos, mamá?

—¡Adónde?

—A prevenir á don Cleto de todo lo que sucede.

—Vamos.

La madre y la hija salieron inmediatamente, y apresurando el paso, llegaron en pocos minutos á la morada del pobre pasante.

Capítulo II

Cien duros para el Feo

Media hora despues, don Cleto entraba desalado en el gabinete de don Venancio Tordesillas.

—¿Usted por acá, amigo mio?

—Huya usted, señor don Venancio.

—¿Cómo? ¿Qué?

Don Cleto, sin poder respirar apenas, contó al presidente de la Junta de Búrgos todo lo que acababan de revelarle la esposa y la hija del prefecto.

—Dicen que les tienen á ustedes cogidos,—añadió aterrado el pobre pasante, que ya veia á don Venancio preso, juzgado, sentenciado y ejecutado.

—No tanto,—repuso con la mayor tranquilidad don Venancio, mientras sacaba de un secreto cajon que en su mesa habia un pequeño legajo de papeles, que entregó á don Cleto.

—Guarde usted eso,—le dijo.

—¿Va usted á huir?

—No por cierto.

—Y si vienen.

—Vendrán.

—Pero...

—Y me prenderán.

—Bien.

—Y luego tendrán que echarme á la calle.

—Yo temo...

—No hay que temer.

—Dicen que cogerle á usted es coger á todos.

—Es lo mismo que no coger á nadie.

—¿Qué dice usted?

—Nosotros escribimos poco. Los únicos papeles que podrian descubrir algo, aunque no mucho, son esos que acabo de dar á usted, y que le ruego lleve sin pérdida de tiempo al capellan del hospital de la Concepcion, que es quien ha de reemplazarme en la presidencia de la Junta. Ese miserable de quien usted habla no puede haber delatado nominalmente más que á mí, porque soy el único que se entiende con los de Sevilla. Podrá por conjeturas haber hecho indicaciones sobre algunos otros; pero seguramente no habrá dicho nada concreto.

—Creo que basta.

—Para que me prendan á mí, y tal vez á siete ú ocho personas más en la provincia; pero eso nada significa. La organizacion de nuestras juntas puede resistir ese y aun otros golpes más fuertes.

—Pero usted, que es el alma de todo...

—Si falta mi iniciativa, habrá la de otros. Afortunadamente no soy el único que tiene patriotismo en Es-

paña. Además, los franceses, hay que hacerles esta justicia, son puntuales observadores de sus leyes. Contra mí no hay prueba ninguna, porque ese delator no tiene más que su palabra.

—Si hubiera traído algun documento...—

—Don Martin Garay me hubiera avisado en cuanto echará de ménos el papel más insignificante.

—Es verdad.

—No habiendo pruebas, tendrán que absolverme, y segun el código Napoleon que nos rige, ponerme en libertad.

—Siendo así...

—Todo se reduce á un mes de cárcel. Sin el oportuno aviso de usted, el caso hubiera sido más grave, aunque no desesperado, por la ocupacion de esos papeles.

—Voy á ponerlos en manos del capellan que usted me ha indicado.

—Es lo mejor. Yo quedo aquí esperando á los que hayan de prenderme.

—¿No sería mejor huir?

—La fuga me haria reo, me imposibilitaria de volver á Búrgos y seguir sirviendo á mi patria.

—Es verdad.

—Pues no pierda usted un minuto.

—Dios nos saque con bien, señor don Venancio.

Los dos hombres se estrecharon las manos, y don Cleto bajó los escalones de dos en dos, y echó á correr hácia el hospital de la Concepcion.

Entre tanto, don Fabian habia dado parte de todo al conde de Dorsenne.

El general se sorprendió extraordinariamente de la importante participacion de don Venancio en la insurreccion de la provincia.

Preguntó al prefecto si habia alguna prueba, y este le repuso que no tenia más dato que la declaracion del jóven, que se le habia presentado como empleado cesante de la Junta de Sevilla.

—¿Y cree usted que ese hombre habrá dicho la verdad?

—Me parece que sí, pues las noticias que me ha dado acerca de otros asuntos que tienen relacion con el cura Merino y su partida, están de acuerdo con las que nosotros tenemos.

—Sin embargo, es preciso proceder con cautela.

—Creo lo mismo.

—Nada pone á la autoridad más en ridículo que los golpes en vago.

—Es cierto.

El general y el prefecto convinieron en que era indispensable prender preventivamente á don Venancio.

El conde de Dorsenne llamó á uno de sus ayudantes y le ordenó que verificase la prision inmediatamente, apoderándose tambien de todos los papeles que se encontraran en poder de aquel caballero.

Al mismo tiempo que con el deber de autoridad, quiso cumplir el que le imponia la amistad que tenia al señor de Tordesillas, y mandó al oficial que llevara su carruaje para evitar al preso la humillacion de atravesar las calles de Búrgos á pié y entre gendarmes como un facineroso.

El oficial salió á cumplir su encargo.

Don Venancio, que ya habia prevenido á su familia, se dió preso sin la menor dificultad, y aun se chancó con el oficial, á quien conocia por haberle visto varias veces en casa del conde de Dorsenne, sobre el aparato de fuerza que se empleaba para prenderle.

En efecto, al ayudante acompañaban cuatro gendarmes á caballo.

Todos los papeles de don Venancio fueron escrupulosamente registrados, atados en legajos, que se sellaron á presencia del interesado, y trasladados al coche por un gendarme, para ser luego entregados al fiscal del consejo de guerra permanente.

La operacion duró más de una hora, y terminada que fué, don Venancio se despidió de su mujer y de sus hijos, á quienes la tranquilidad del preso no impedía verter abundantes lágrimas, y acompañado siempre por el ayudante, bajó la escalera y entró en el carruaje del conde de Dorsenne, que debia llevarle á la cárcel.

Detrás del coche iban, espada en mano, los cuatro gendarmes á caballo.

La visita de don Fabian al general no fué muy larga.

Estaba impaciente por saber lo que habia pasado.

Creia que don Venancio habia tenido tiempo suficiente para escaparse, porque él con toda intencion habia prolongado mucho su relato al conde de Dorsenne, y cuando se dió la orden de prenderle hacia cerca

de hora y media que debia tener el aviso, si su prevision no le habia engañado.

No teniendo paciencia para esperar la vuelta del ayudante, cuya ausencia le parecia demasiado larga, se despidió del general y se dirigió á la cárcel.

Al llegar á ella encontró al ayudante que salia.

—¡Señor prefecto!—dijo el oficial saludándole.

—¿Qué hay?

—Don Venancio Tordesillas....

—¿Se ha fugado?—preguntó don Fabian con fingido asombro.

—Está preso.

El antiguo notario cambió de color.

Saludó al oficial y subió rápidamente la escalera de la cárcel.

—¡Qué diablura!—murmuraba.—¡Qué diablura!

Ya el alcaide y los carceleros habian visto subir al prefecto, la puerta estaba abierta de par en par, y junto á ella todos los empleados con los sombreros ó gorras en la mano.

—¿Adónde está ese caballero?—preguntó don Fabian, sin devolver los saludos que le hacian los empleados de la cárcel.

—En la alcaidía, en una celda de preferencia, segun la orden del señor general,—contestó el alcaide.

—Que guie uno.

Un calabocero tomó un farol de mano, porque ya iba anocheciendo, y echó á andar por los corredores.

—¿Quiere usía que le acompañe?—preguntó el alcaide.

—No,—dijo secamente don Fabian, siguiendo al calabocero.

Este abrió la puerta del calabozo ó celda que ocupaba don Venancio, y dejó pasar al prefecto.

—Deja esa luz sobre la mesa y véte,—dijo don Fabian al calabocero.

Este obedeció, y salió diciendo:

—A la órden de usía.

Don Venancio observaba á don Fabian con burlona sonrisa.

El prefecto no sabia cómo entablar la conversacion.

El preso conoció lo que pasaba á su visitante, y determinó hablar el primero.

—¡Mal jugado, amigo don Fabian!—dijo en el tono chancero que le era peculiar.

El antiguo notario, que no esperaba encontrar á Tordesillas para bromas, no disimuló su sorpresa.

—¿Qué dice usted?—preguntó.

—Que este golpe se ha frustrado.

—¿Está usted seguro?—dijo el prefecto, adoptando el tono burlon de don Venancio.

—Segurísimo.

—No hay que cantar victoria.

—Eso digo yo, amigo prefecto. Han hecho ustedes una gran presa.

—Puede ser.

—¡Vaya! Sobre todo los documentos que se ha llevado el bueno del oficial encargado de prenderme, van á dar buenos ratos al fiscal que tenga que examinarlos.

—¿De veras?

—Figúrese usted... las cartas de mi mujer cuando era mi novia... es decir, hace veinticinco años; correspondencia con mi familia, cuentas de mi casa, que podrán enterar á ustedes de las camisas que me mudo cada semana, ó de los dias que como jamon con tomate...

—¿Y nada más?

—Nada más.

—Algo se le olvidará á usted.

—¿Me cree usted tonto?

—No le creo á usted sino muy listo.

—Pues, señor don Fabian, hablemos claro.

—Enhorabuena.

—Al vado ó á la puente.

—¿Cómo?

Don Venancio explicó en pocas palabras á don Fabian cuál era su situacion y las precauciones que habia tomado para ponerse á cubierto de cualquier peligro, aunque sin citarle ningun nombre ni darle noticias que pudieran ponerle sobre la pista de la conspiracion.

—¿Luego usted confiesa?...—preguntó el prefecto.

—A usted, sí señor,—replicó audazmente don Venancio,—le confieso todo lo que quiera; pero lo negaré á mis jueces, y como no hay ninguna prueba...

—Ya lo veo... Sólo yo gubernativamente podria hacer algo contra usted...

—Y es usted demasiado caballero para abusar de una confianza hecha en el seno de la amistad.

—¿Quién lo duda!

—La guerra, pues, sigue y seguirá, eso es induda-

ble, esté yo preso ó esté en mi casa. El país no acepta la dominacion extranjera, y acabará por sacudirla.

—¡Es posible!—contestó el prefecto.

—Si usted quisiera...

—¿Qué?

—¡Cuántos servicios podria prestar á su patria!

—Hombre, yo no me tengo por mal español,—balbuceó el prefecto.

—Ni yo tampoco, y por eso le he dicho á usted antes lo que vuelvo á repetir ahora. Yo soy un preso, pero no un vencido; mis amigos tienen grandes elementos, y al fin y al cabo han de alcanzar la victoria. Señor don Fabian, ó al vado con nosotros, ó á la puente con los franceses.

—Al vado con ustedes,—dijo resueltamente don Fabian en voz tan baja, que apenas pudo oirla Tordesillas.

Los dos hombres se dieron las manos.

.

Ocho dias despues, Merino se hallaba en su campamento hablando con el *Fleo*, que estaba delante de él cuadrado militarmente.

—*Fleo*, ¿te quieres ganar cien duros?—le decia.

—Antes hoy que mañana.

—Ello habrá que arriesgar la piel.

—¿Qué tiene usted que mandarme?

—Ha llegado á Búrgos, procedente de Sevilla, un tal don Manuel Contreras, que estuvo empleado en la Junta central y ahora lo está en la prefectura.

—¿Y qué hay que hacer?

—Traerlo aquí.

—¿Vivo?

—Si lo traes vivo, en lugar de cien duros te doy doscientos.

—Ya me hago cuenta que los tengo en el bolsillo.

Merino autorizó á su asistente para que eligiera dos hombres que le acompañaran en su expedición: los tres se disfrazaron lo mejor posible, y provistos de armas, recomendaciones y dinero, marcharon á la capital de la provincia.

Capítulo III

Donde se ve que el Feo no tenia pelo de tonto

El *Feo* habia escogido para que le auxiliasen en su difícil empresa, á dos mocetones fornidos y valientes.

Los tres hombres marcharon á Búrgos, puede decirse que disfrazados con sus propios trajes, pues no habian hecho más que dejar sus atavíos militares y tomar su antigua ropa de aldeanos, provistos de sus correspondientes pasaportes, que se proporcionó el cura Merino por medio de los alcaldes con quienes estaba en relaciones, y pudieron sin dificultad y sin peligro, entrar en la capital de la provincia como vendedores ambulantes de telas y baratijas, de las cuales llevaban bien cargadas sus respectivas cabalgaduras.

No hay que decir que los tres llevaban armas, y en caso de necesidad, estaban dispuestos á vender caras sus vidas.

El *Feo* iba preocupado.

Deseaba á toda costa salir airoso en la comision que le habia confiado su amo, y aunque este le dió al despedirle algunas ideas generales sobre los ardidés de que podia echar mano, los detalles de la ejecucion quedaban á su arbitrio, y por nada del mundo queria que el cura se arrepintiese de haberle dado aquel encargo.

Al llegar á Búrgos dejó á sus compañeros en la posada, y él, con sumula cargada de mercancías, empezó á recorrer las calles de la poblacion, dando muchos rodeos antes de llegar á la casa de don Venancio, cuyas señas le habia dado el cura, mandándole que se dirigiese á ella y procurase á toda costa ver á Pepita, la linda confidente de don Jerónimo, la cual, al saber la prision de su primo, se habia trasladado á aquella poblacion con pretexto de acompañar á la esposa é hijos del preso, y en realidad para activar las gestiones que la Junta y todas las personas más identificadas con la causa de España hacian para conseguir la libertad del decidido patriota.

La traicion de que este era víctima, y que habia puesto en tanto peligro la insurreccion de Castilla la Vieja, habia hecho á los insurrectos muy cautos, y por consiguiente el *Fleo*, siguiendo las instrucciones de Merino, se guardó muy bien de preguntar por la que buscaba al criado que le abrió la puerta.

—¿Hacen falta cortes de vestido, pañuelos, mantele-
ria, peines, jabones, sortijas ó pendientes?—preguntó el *Fleo*, recitando de coro la misma relacion que muchas veces habia oido en su pueblo á los mercaderes ambulantes.

—No queremos nada,—repuso el criado, á quien faltó poco para dar al *Feo* con la puerta en las narices.

—Avise usted á sus amas,—insistió el supuesto mercader.

—Las amas no están ahora para fiestas,—contestó en mal tono el criado.

El *Feo* no sabia qué hacer.

Si el criado se obstinaba en no pasar recado, no le era posible hablar á la interesante viudita, á ménos de resolverse á esperarla en la calle, lo cual le parecia que podria ser notado, mucho más cuando, como era de suponer, la casa de don Venancio, dada la prision de este y la acusacion que sobre él pesaba, no dejaria de estar vigilada por la policia.

—Vamos, buen hombre, vaya usted con Dios, que tenemos que hacer,—dijo el criado, viendo que el *Feo* se hacia el remolon y no se resolvia á marcharse.

El *Feo* estuvo por pegar al criado una puñada, á ver si con el ruido de la riña salian las señoras y lograba ver á la que queria.

Pero pronto pensó que aquel medio era demasiado violento, y prefirió insistir en su demanda.

—Hombre, pero ¿por qué no avisa usted á las señoras?

—Porque ya he dicho que no quieren nada.

—¿Usted qué sabe?

—Pues no es mala pesadez.

—Mire usted que aquí me envian unas amigas de las señoras.

—¿Amigas?—preguntó el criado.

—¿No se lo he dicho á usted antes?

—¿Qué ha de decir usted!

—Pues ahora lo digo.

—Vaya, pues las señoras no están en casa,—exclamó el criado, deseando poner término á aquel diálogo enojoso.

—Eso es mentira,—contestó el Feo con imperturbable calma.

—¡Mire usted lo que dice!—exclamó el criado incomodándose.

—Digo que eso es mentira.

—¿Y por qué? Vamos á ver... ¿no pueden mis amas salir de casa?

—Sí, señor; pero si hubieran salido, usted me lo hubiera dicho antes.

El razonamiento del Feo era incontestable, y el criado, no sabiendo qué decir, volvió la espalda con rabia y llamó á la cocinera.

—Oye, Cipriana,—dijo;—pregunta á las señoras si quieren comprar algo de lo que vende este tío.

La cocinera fué á llevar el recado, mientras el Feo reprimía á duras penas sus intenciones de pegar un puntapié al sirviente, que le llamaba *tío*.

—¡Todo sea por Dios!—murmuró entre dientes.

—¿Qué tiene usted que decir?—preguntó el criado.

—Nada... que si no fuera por lo que yo sé... Más vale callar,—contestó el Feo, que miraba al cancerbero midiéndole con la vista y pensando qué fácilmente le haría saltar las muelas de un bofetón.

El criado era un hombrecillo chiquitín y endeble,

mientras el asistente de Merino tenía una musculatura muy desarrollada y unas fuerzas hercúleas.

La esposa de don Venancio, afligida como estaba por la prision de su marido, no hubiera pensado en comprar nada; pero Pepita, que era un si es no es coqueta y amiga de ataviarse, gritó desde la sala:

—Que entre ese hombre.

—¿Lo ve usted?—dijo con sorna el Feo al criado, agarrando los paquetes que habia subido y entrando en la sala sin ceremonia.

El criado no contestó, y cerró de golpe la puerta de la escalera.

—A la paz de Dios, señoras y la compañía,—dijo al entrar el Feo.

—¡Ah!—exclamó doña Pepita, reconociendo al Feo, á quien habia visto muchas veces.

—¿Qué es eso, Pepa?—preguntó la esposa de don Venancio.

—Nada... nada...—contestó la interpelada, repeniéndose y comprendiendo que delante de los criados no debia darse por entendida.—He dado un paso en falso, y por poco me caigo.

—Pues cuidado con caer, señora, que hay caídas muy peligrosas,—dijo el Feo, recalcando sus palabras.

—¿A ver qué trae usted de bueno?—preguntó doña Josefa.

El Feo empezó á deshacer los paquetes, y enseñó á la viudita las mercancías que llevaba.

Como es de suponer, ésta apenas se fijaba en las

telas y dirigia miradas furtivas al asistente de don Jerónimo, como si quisiera interrogarle.

El Feo no queria hablar delante de testigos, y permanecia callado.

—Nada de esto me sirve,—dijo por fin doña Josefa.

—Tengo otras cosas, que me parece que serán más del gusto de la señora,—contestó intencionalmente el Feo.

—Pues sáquelas usted.

—No las he traído.

—¿No?

—Me las he dejado en la posada.

—Puede usted ir por ellas.

—Es que...

—¿Qué ocurre?

—Nada, que son telas muy buenas, y luego anda uno con ellas de casa en casa, no se las compran, y se estropean.

—Pero si no las saca usted, no es fácil que las venda.

—Si la señora quiere ir á verlas...

—¿Qué disparate!—dijo entonces la esposa de don Venancio.

—A mí me parece que le habian de gustar,—exclamó el Feo.

—¿Qué telas son?—preguntó doña Josefa, que ya habia comprendido que el Feo necesitaba hablarla á solas.

—Cortes de vestido de seda.

—¿Y los da usted baratos?

—Por el precio no hemos de reñir.

—¿Y dónde para usted?

—En la posada del Gato Negro.

—Pues no digo que iré; pero si esta tarde salgo y paso por allí cerca, puede que entre.

—Allí estaré yo sin falta, porque la verdad, acabo de llegar á Búrgos y tengo ganas de descansar.

—Vaya usted con Dios.

—No se olvide usted... en la posada del Gato Negro.

El Feo salió seguido del criado y la criada, que no se habian movido de la sala por si ocurría algo á sus amas.

Luego que las dos señoras se quedaron solas, la esposa de don Venancio dijo á su prima:

—¿Serás capaz de ir á la posada para ver los vestidos de ese charlatan, que puede que no valgan nada?

—¿Sabes tú quién es ese hombre?—preguntó, bajando la voz, doña Josefa.

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—El asistente del cura Merino.

—¡Ah!

—Ya ves que es necesario que yo vaya á ver sus vestidos.

El Feo se volvió inmediatamente á la posada, y allí, despues de comer con su acostumbrada voracidad, se sentó en un poyo que en la puerta habia, esperando á doña Josefa.

No tardó esta en presentarse.

—¡Hola, señora!—la dijo el Feo, levantando la voz

para que le oyera el posadero y las Maritornes, que por allí andaban.—Ya sabia yo que vendria usted á ver mis telas... Entre usted, entre usted en mi cuarto, que allí verá cosa buena.

Doña Josefa siguió al Feo, que la hizo entrar en el cuarto que habia tomado.

—¿Qué hay?—le preguntó luego que estuvieron solos.

—Poca cosa.

—¿Y don Jerónimo?

—Tan bueno.

—¿Qué traes aqui?

—Pues aquí me envia el señor cura para que coja por los cabezones á cierto individuo, y se lo lleve allí, creo que para desollarlo vivo.

—¿Quién es ese hombre?

—Un tal Manuel Contreras.

—¡Ah!

—¿Le conoce usted?

—Sí.

—Ya me lo figuraba.

—Le acaban de nombrar jefe de la policía.

—¡Buen pájaro!

Efectivamente, Contreras habia obtenido el premio de su traicion, siendo nombrado por el conde de Dorsenne superintendente de policía de la provincia de Búrgos.

Las noticias que el jóven poseia acerca de la insurreccion le hacian á propósito para desempeñar aquel destino.

Además, los franceses creían, y con razón, poder contar con él á todo trance, pues despues de haber vendido á los españoles, no le quedaba más recurso para escapar á su justa venganza que procurar su completo aniquilamiento.

Contreras se dedicó con el mayor ardor á su nuevo oficio.

Pero no estaba completamente satisfecho.

El prefecto no le daba todos los medios que él creía necesarios para descubrir el complot.

Muchos de los conspiradores que queria prender lograban escaparse, sin que pudiera adivinar quién les avisaba.

Por otra parte, la prision de don Venancio daba pocos resultados, porque como no se le habia cogido ni un solo papel, no era posible dar con el hilo que pudiera descubrir el ovillo.

El fiscal del consejo de guerra que instruía el sumario no sabia de qué acusar á aquel caballero, ni qué pena pedir contra él, cuando su causa no tenía más fundamento que una simple delacion desprovista de toda prueba.

Era muy fácil que tuvieran que absolverle.

Contreras estaba desesperado, porque tenía la seguridad de que don Venancio, aunque apareciera inocente, era el alma de la insurreccion.

Muchos jefes franceses participaban de la opinion del superintendente de policía; pero aquello no era más que una convicción moral, que no podia servir de fundamento á una sentencia.

Y para Contreras la condenacion de don Venancio era, no sólo una cuestion de amor propio, sino de seguridad y de interés personal.

Una absolucion equivalia á declarar su delacion desprovista de fundamento, y en tal caso lo más probable era que los franceses no le conservasen el destino. Pero como los españoles debian ya estar enterados de todo, ó podrian enterarse de un momento á otro, el delator quedaba expuesto á sus iras, sin tener la proteccion de las autoridades francesas.

Esto le tenia disgustado y le hacia redoblar su afan y sus pesquisas para descubrir algo que justificara sus declaraciones y diera un golpe de muerte á la insurreccion de Castilla la Vieja.

La Junta insurreccional tenia fijos los ojos en él, y enterada oportunamente de casi todo lo que tramaba, hacia infructuosos sus esfuerzos.

No tomaba poca parte en esta lucha doña Josefa, que se habia trasladado á Búrgos para gestionar la libertad de su primo y servir á la Junta en aquellos dias de tribulacion y sobresalto.

Una mujer inspira pocas sospechas, y cuando es guapa, está segura de ser bien recibida en todas partes.

Por eso doña Josefa prestó entonces grandes servicios, y fué muy útil á la causa de los españoles.

Entraba y salia por donde le parecia conveniente, menudeaba sus visitas á las autoridades civiles y militares, y nadie atribuia á sus gestiones más interés que el que debia inspirarla la prision de un individuo de su familia.

Con este motivo, había visto una ó dos veces al superintendente de policía, á quien la recomendó el mismo prefecto.

De todas estas circunstancias enteró al Feo rápidamente, pues ya comprendía que su visita no podía ser larga, sin excitar las sospechas de la gente que había en la posada.

—¿Conque dice usted que ese señor Contreras es jóven?—preguntó el Feo.

—Podrá tener unos veinticinco años.

—¡Buena edad!

—¿Para qué?

El Feo vaciló un momento.

Por fin se resolvió á decir:

—¿Si usted quisiera ayudarme?

—¿A qué?

—A ganar los doscientos duros que me ha prometido el señor cura si se lo llevo vivo.

—¿Y cómo puedo yo ayudarte?

—Muy fácilmente.

—Habla.

—Me ha de ofrecer usted no incomodarse.

—Ya está ofrecido.

El Feo miró á doña Josefa, sonriendo maliciosamente.

Luego empezó á trazar en el suelo círculos con su vara.

Señal evidente de que no sabía cómo abordar la cuestion.

—Vamos... ¡acaba!

—Pues yo decia...

—¿Qué?

—Ese hombre tiene veinticinco años.

—Yo no he visto su fe de bautismo.

—Bien, pero poco más ó ménos...

—Sí.

—Estoy seguro de que le gustan las mujeres guapas...

—Es andaluz,—dijo sonriendo doña Josefa.

—Entonces le gustarán hasta las feas,—replicó vivamente el criado de Merino.

—Bien, ¿y qué?

—Nada.

—¿Nada?

—Es decir... mucho.

—¿En qué quedamos?

—Que si encontráramos una mujer que le gustara á ese mocito... ya tenia yo mis doscientos duros en el bolsillo.

—¿De veras?—preguntó doña Josefa, que empezaba á comprender.

—Sí, señora.

—¿Cómo?

—Porque si supiéramos que ese jóven, por ejemplo, tenia una novia...

—Bien.

—Y quien dice una novia, dice...

—¿Qué dice?

—Ya usted me entiende.

—Adelante.

—Supongamos que esa mujer viviera fuera de Búrgos, en algun arrabal ó sitio poco frecuentado.

—Ya está supuesto.

—Supongamos que ella le citara de noche en su casa...

—¿Qué más?

—Es claro que acudiria, esto me parece que no hay que suponerlo.

—No discurre mal.

—Pero si antes de llegar á la casa en cuestion se encontrara tres hombres decididos que se le echaran encima, le taparan la boca y lo montaran en un buen caballo, las orejas me dejo yo cortar si en un par de horas no lo tenían bien lejos de Búrgos, y al dia siguiente no amanecia en la sierra.

—Y una vez allí...

—Una vez allí, al señor cura con él y asunto concluido.

—Bien; pero yo ¡cómo he de ayudarte! Ni yo soy novia de ese hombre, ni vivo fuera de Búrgos, ni conozco á quien se encuentre en ese caso.

—Vivir fuera de Búrgos no es difícil.

—¿No?

—Tomando una casa...

—Es verdad.

—Podria estar hecho mañana por la mañana.

—Pero nos falta lo principal.

—¿Qué?

—La novia.

—¿Y usted,—preguntó resueltamente el Feo.

—No lo soy.

—Pero puede usted serlo...

—Eso...

—¡Vaya, pues qué más quisiera ese pisaverde!...

Doña Josefa se echó á reir, enseñando sus blanquísimos dientes. La viudita agradeció al Feo sus palabras, dichas con una convicción, que hacia de ellas la más espontánea de las galanterías.

—¿Tú crees?...

—Pues es claro.

—Bien, pero yo no me he de hacer novia de ese hombre.

—Señora, ya usted me entiende... A una mujer que tiene esa cara, le es muy fácil marear á cualquier cristiano.

—¡Feo!

—No tenga usted cuidado, que no lo digo por mí: yo sé que no se hizo la miel para la boca del asno; pero, en fin, ¿quiere usted ayudarme?

—Sí.

—¿De veras?

—De veras.

Doña Josefa aceptó de todo corazón.

En aquella aventura se interesaba su vanidad de mujer, y no hay hija de Eva que retroceda cuando se le propone que ensaye el poder de su belleza.

—Ahora nos falta tomar una casa...

—En rigor no es necesario, si ese hombre no ha de llegar á entrar en ella.

—Sin embargo, mejor será buscarla.

—Yo me encargo de eso, y hasta iré á vivir en ella dos ó tres dias, para que se sepa en Búrgos que me he mudado.

—Mil gracias, señora.

La linda viuda se despidió del Feo, quedando en avisarle de lo que ocurriera, y llevándose en la mano un pequeño paquete de telas para justificar á los ojos de los que la vieran salir la media hora que habia permanecido en el cuarto del Feo.

Aun así, el posadero, luego que doña Josefa estuvo en la calle, dió al Feo una palmada en el hombro, diciéndole:

—Buena hembra, amigo.

—Buena,—contestó el Feo con seriedad;—pero no está para nosotros.

—Pues yo creí que tú no le habias cobrado las telas que te ha comprado.

—Pues has creido una barbaridad.

El Feo, viendo que ya doña Josefa se habia alejado, volvió á su cuarto.

Sus dos compañeros, que habian permanecido en el patio y que conocian á la confidente de Merino, entraron detrás de él para enterarse de lo que pasaba.

Capítulo IV

De como una buena moza puede marear hasta á un polizonte

Doña Josefa, como todos los que secundaban al cura Merino, era activa y resuelta.

Parecia que don Jerónimo comunicaba á todos los que tenian con él relaciones de cualquier especie, la viveza de imaginacion y la admirable rapidez que le distinguian en la ejecucion de sus planes.

Así es, que el mismo dia que tuvo su conferencia con el Feo se apresuró á enviar un agente de la Junta insurreccional á que tomara una casita situada en uno de los arrabales de Búrgos, y á la mañana siguiente hizo llevar los muebles más indispensables, y se trasladó á ella con una criada.

Doña Dolores, la esposa de don Venancio, no dejó de hacer algunas objeciones al proyecto de su prima; pero esta, que tenia un carácter resuelto y no acostum-

braba á ceder por nada, sin tomarse la molestia de discutir, llevó adelante su plan.

Cuando don Venancio supo por su mujer lo que habia sucedido, se limitó á decir:

—Deja á Pepa, que ella sabe lo que hace, y no tenemos en Castilla la Vieja agente más útil ni más enérgico.

Doña Dolores, que estaba acostumbrada á tener por artículo de fe todo lo que decia su marido, bajó la cabeza y repuso:

—No diré una palabra.

Entre tanto, Pepa, ya instalada en su nueva habitacion, que daba al campo y tenia la puerta de entrada por la carretera de Francia, á la salida de Búrgos, se ataviaba lo mejor posible y se disponia á visitar á Contreras en su despacho de superintendente de policía.

No era entonces la graciosa serrana que más de una vez hemos visto montada en su gallarda mula de paso, desafiando el frio y la lluvia, y marchando por entre montañas inaccesibles y abismos sin fondo, para llevar una noticia á los guerrilleros de Merino, ó desempeñar alguna de las delicadas comisiones que el cura solia confiar á su inteligencia y decisión.

Al dirigirse á la superintendencia de policía, era en toda la extension de la palabra la rica hidalga doña Josefa, sin dejar por esto de ser una mujer preciosa.

Llevaba una falda de seda negra, corpiño ajustado, que dejaba ver su garganta torneada y el nacimiento del seno blanco y levantado; una mantilla de blanca, cuyo tejido era bastante claro para que á través de él

se distinguiera su cara ligeramente ovalada, con unos labios de carmin que sonreían siempre, y unos ojos negros, que á través del velo lanzaban miradas ardientes y seductoras. La falda, estrecha como todas las de la época, permitía dibujarse unas formas correctas sin rigidez, y abundantes sin ser abultadas. Como el vestido no la llegaba más que al tobillo, los aficionados podían extasiarse contemplando un piececito pequeñísimo, calzado con zapato bajo de charol y sujeto por unas cintas de seda negra, que hacían admirable contraste con la blanquísima media, y dibujaban el nacimiento de una pierna, cuyo contorno podía adivinarse por lo poco que de ella se veía, merced á alguna indiscreta ráfaga de viento, ó al movimiento natural de un paso rápido y sostenido.

Tal era la mujer que á eso de las doce del día llegó á la superintendencia de policía, preguntando por el jefe.

Don Manuel Contreras estaba muy ocupado, y había dado orden de que no dejaran pasar á nadie.

Pero á una mujer como doña Josefa no se la detiene en ninguna parte, pues no hay portero que deje de comprender que las órdenes de sus jefes, por severas que sean, no rezan con personas de la cara y el talle de la amiga del cura de Villoviado.

Contreras, que se hallaba trabajando en una mesa llena de papelotes, al oír que abrían la mampara levantó la cabeza con enfado, y sin duda iba á echar al portero con cajas destempladas, cuando apareció en el dintel la esbelta figura de Pepita, que dijo lo más dulcemente posible:

—¿Da usted permiso?

—Pase usted adelante, señora,—se apresuró á decir Contreras, poniéndose en pié y saliendo al encuentro de la recién llegada.

En seguida se volvió al portero, que aún permanecía con la mampara abierta, y le dijo en tono áspero:

—¿Qué hace usted ahí?

El portero comprendió que su jefe no le necesitaba por entonces, saludó y salió, cerrando la mampara.

Contreras acercó un sillón á Pepita.

Esta, en lugar de sentarse, se levantó el velo, y dijo sonriendo con modesta coquetería:

—No sé si usted se habrá olvidado de mí.

—Nadie que tenga ojos, señora, puede olvidarse de la mujer más hermosa que ha visto en su vida.

Pepita dió las gracias al superintendente con una inclinacion de cabeza.

—Pero tome usted asiento,—dijo Contreras, cada vez más solícito.

—Gracias,—repuso doña Josefa, aceptando el sillón que don Manuel habia acercado.—Siento haber venido á molestar á usted,—añadió la interesante viuda despues de una ligera pausa.

—¡Oh! De ningun modo.

—Está usted tan ocupado...

—Lejos de molestarme, ha venido usted á hacerme olvidar por un momento mis enojosas ocupaciones,—interrumpió el superintendente.

Contreras era un mozo galante, aficionado á las muchachas, y bastante afortunado con ellas.

Vestia con elegancia pantalon colan, botas de campana y levita con esclavina.

De entre las solapas de su chaleco se escapaba la almidonada chorrera de su camisa, y de sus bolsillos salían las cadenas de dos relojes, requisito indispensable en todos los elegantes de entonces.

Estas cadenas eran colgantes, y terminaban en varios sellos y dijes, si no muy ricos, porque el jóven no lo era, al ménos de bastante buen gusto.

Contreras no tenia facha de superintendente de policía, porque era simpático y bastante guapo.

De manera, que no respondia de ningun modo á la idea que generalmente nos formamos de esa clase de empleados.

Sin embargo, conviene advertir que el gobierno francés habia querido dar importancia á la policía, creando un ministro del ramo y empleando en él á personas, no sólo de buenos antecedentes, sino lo que es más, distinguidas.

José Bonaparte, que imitaba en todo las prácticas de la nacion vecina, quiso hacer lo mismo en España, y sus generales procuraron dar esos empleos á hombres bien educados y recibidos en sociedad.

No se puede negar que este era un buen pensamiento.

La policía debia desempeñarse por personas relativamente importantes y distinguidas; pero los españoles tenemos una altivez de carácter que nos hace huir instintivamente de los procedimientos que exige ese servicio, consideramos siempre al que lo ejerce como un

sér degradado, y esta preocupacion que, despues de todo es honrosa, es más fuerte que cuantas razones pueden aducirse en contrario.

Así es, que los generales franceses, á pesar de todos sus deseos, no encontraron más que algun desdichado por el estilo de Manuel Contreras, que despues de cometer la villanía de vender los secretos de que su posicion en Sevilla le habia hecho dueño, ya no habia de vacilar en admitir un cargo que no carecia de importancia y estaba muy bien retribuido.

—¿En qué puedo servir á usted?—preguntó Contreras á doña Josefa.

—No sé si usted sabrá que yo soy prima de don Venancio Tordesillas.

—Sí, señora; me lo dijo el señor prefecto la primera vez que tuve el gusto de ver á usted.

—Pues su prision es la causa que me hace venir.

—Bendigo esa prision que me proporciona la dicha de hablar á usted.

Doña Josefa sonrió, enseñando unos dientes como perlas, y dijo á Contreras:

—¿No se sienta usted?

—Aguardaba á que usted me lo dijera.

—¿Puedo yo decirlo no estando en mi casa?

—La belleza manda en todas partes.

—Es usted muy amable.

—Y. usted muy linda.

Contreras tomó una silla y se sentó al lado de Pepita.

—Conque vamos á ver,—dijo esta;—mi pobre primo está preso hace muchos dias, y yo me intereso por él.

—Si promete usted interesarse por todos los presos, no va á haber en España quien quiera estar libre.

Contreras acercó su silla á la de doña Josefa.

Esta se sonreía, pensando que todo marchaba perfectamente y que la empresa se presentaba mucho más fácil de lo que habia imaginado.

—¿Conque decia usted?...—preguntó Contreras, deseando proseguir la conversacion.

—Que mi pobre primo...

—¡Ah! sí, se halla preso y sometido á un consejo de guerra.

—Es inocente.

—Si he de decir á usted la verdad, señora, la diré que no lo creo.

—¿Que no?

—No, señora.

—Entonces...—murmuró doña Josefa, haciendo ademan de levantarse.

—Pero si usted desea que se le absuelva,—exclamó vivamente Contreras para contenerla,—yo tambien lo desearé desde este momento.

—¿Y nada más?

Pepita hizo esta pregunta con la mayor sencillez, fijando en Contreras una mirada ingénua, que trastornó al jóven de piés á cabeza.

—¿Qué más quiere usted que yo haga?—preguntó el otro verdaderamente turbado.

—Yo queria que fuéramos amigos,—exclamó á media voz doña Josefa.

—¿Amigos?—preguntó Contreras sorprendido.

—¿No quiere usted?—le dijo la viuda con la coquetería más insinuante.

—¿No he de querer, señora?—exclamó el jóven, levantándose de su asiento y casi arrojándose á los piés de Pepita.

—Poco á poco,—dijo esta, conteniéndole con un ademán é invitándole á volver á sentarse.

—¿Qué necesito hacer para merecer esa amistad preciosa?

—Casi nada.

—No puede adquirirse á vil precio lo que tanto vale.

—Usted juzgará.

—Veamos.

—Sólo deseo que favorezca usted á Venancio todo lo posible.

—Desgraciadamente, señora, yo nada puedo hacer por él.

—¿No?

—Mis relaciones son escasas y mi influencia nula.

—¡Oh! no tanto.

—No tengo ninguna intervencion en el consejo de guerra.

—Sin embargo, creo que todo el proceso se apoya en las declaraciones de usted.

—Y en otros antecedentes.

—No hay más noticias que las que usted proporciona.

—En efecto, don Venancio ha negado.

—Y no se le ha podido probar nada.

—Hasta ahora.

—Si usted se pusiera de su parte, creo que el proceso adelantaria mucho.

—Me atribuye usted una importancia que no tengo.

—¡Cómo ha de ser!—murmuró doña Josefa, lanzando un suspiro; y luego añadió bajando la vista:

—Creí valer más para usted... Me he equivocado, y le ruego que me dispense.

Al decir estas palabras la viuda se puso en pié.

Contreras vió que se le escapaba aquella buena moza, y trató de detenerla.

—¡Señora! usted vale mucho,—dijo;—más sin duda de lo que usted piensa.

—¡Oh, no!

—Y si yo, sin faltar á mi deber...

—¿Quién habla de eso?

—Pues bien; si yo pudiera complacer á usted...

—Lo que yo deseaba era muy sencillo.

—Hable usted.

—No, no.

—Pero...

—Es difícil que nos entendamos.

—¿Por qué?

—He hecho mal en venir.

Contreras estaba contrariado.

Creía que Pepita iba á marcharse, y sentía perder una ocasion de entrar en relaciones con aquella mujer tan interesante.

Por supuesto, que él, aunque impresionado en un

principio por la hermosura de la viuda, no habia llegado á perder los estribos.

Contreras era un jóven frio y calculista.

Le habia gustado doña Josefa, y deseaba sacar de ella todo el partido posible; pero sin comprometerse ni perder de vista sus intereses.

Pensó que la viuda era una tonta, que iba á comprar á precio de su hermosura un favor insignificante, que era todo lo que el superintendente se proponia vender.

Como Pepa era por lo ménos tan ladina como él, lo comprendió asi desde luego, y pensaba que le seria fácil envolver al galanteador polizonte en sus propias redes.

Para conseguirlo se esforzó en hacer creer á Contreras que no se habia equivocado.

—¿Pero qué es lo que usted desea?—preguntó el jóven.

—Yo quisiera que usted no perjudicase á mi primo con sus declaraciones.

—Se lo prometo á usted.

—¿De veras?

—De veras.

—Gracias.

El jóven empleado pensaba que esto equivalia á no prometer nada, y tenia razon.

—Además...—añadió Pepita.

—¿Qué?

—Deseo saber en qué estado está la causa.

—Señora...

—¿Qué pide el fiscal?... ¿qué opinan los que han de sentenciarla?

—Eso ya es más grave.

—Por eso quiero saberlo.

—Y yo no se lo puedo decir á usted.

—¿No?

—En primer lugar, porque lo ignoro; y en segundo...

—Me parece que no le sería á usted difícil saberlo.

—¿Tal vez!

—Si usted se lo propone...

—Sí.

—Y me dice lo que sepa...

—Pero, señora...

—¿Qué?

—Eso sería faltar á mi deber.

—Mi gratitud no tendría límites.

Pepita acentuó extraordinariamente sus últimas palabras, y las apoyó con una mirada capaz de trastornar á toda la policía del mundo.

—¿Es posible?—preguntó Contreras, saboreando de antemano la dulce recompensa que se proponía alcanzar á bien poca costa.

—¿Lo hará usted?

—Veremos.

—Eso no basta.

—Pues sí.

—¡Palabra de honor!

—Está dicho.

Contreras se adelantó hacia Pepita, que le detuvo.

El jóven la cogió una mano y la llevó á sus labios. Pepita, sin darse por entendida, le dijo:

—Cuando tenga usted algunas noticias...

—¿Qué?

—¿Vendrá usted á dárme las á mi casa?

—Hoy mismo,—exclamó Contreras, que comprendió que la viuda le habia dado una cita, y añadió:

—Creo que vive usted en casa de don Venancio.

—¿Quién se lo ha dicho á usted?

—Soy jefe de policía,—repuso sonriendo Contreras.

—Pues la policía no le ha enterado á usted de que me he mudado.

—¡Tanto mejor!—exclamó el jóven.

Doña Josefa dió á Contreras las señas de su nueva habitacion.

—De noche,—le dijo,—no salga nunca de casa, y la visita de un hombre, que si no por su edad, por su empleo, es una persona grave, no creo que me comprometa.

—Iré esta noche.

—Si ha podido usted averiguar algo...

—Por supuesto.

Pepita se despidió de Contreras, que se empeñó en acompañarla hasta la puerta de la calle, dándole la mano para bajar la escalera.

—Adios,—dijo la viuda á su nuevo amigo.

—Hasta luego.

Ella echó á andar con su acostumbrada gallardía, y él subió la escalera pensando para su capote:

—¡Qué ganga! Una mujer de primer orden á cam-

bio de tres ó cuatro generalidades que la contaré acerca del proceso. Si las buenas mozas de este país se ganan con necesidades y noticias, he de inventar tantas como pueda. Decididamente soy un hombre de suerte.

Y al entrar en su despacho, antes de volver á emprender el trabajo que suspendió para recibir aquella agradable visita, repitió por dos ó tres veces:

—¡Qué ganga! ¡Qué ganga!

Entre tanto, Pepita marchaba hácia la posada del *Gato Negro*, pensando:

—¡Qué tontos son los hombres que creen que tienen talento!

.
.

El Feo estaba á la puerta de la posada.

Al ver acercarse á doña Josefa, se adelantó hácia ella.

Pepita le esperó en medio de la calle.

—¿Qué hay, señora?—preguntó el Feo en voz baja.

—Esta noche iré á mi casa don Manuel Contreras.

—Pues mañana le pondré yo delante del cura Merino.

Pepita continuó andando, y el Feo volvió á la posada.

A poco llamó al posadero y le pagó la cuenta, anunciando que él y sus camaradas habian resuelto salir de Búrgos aquella misma tarde.

—¡Qué! ¿no se ha hecho buen negocio?—preguntó el posadero.

—No se vende nada.

—¡Los tiempos están tan malos!...

—Es verdad.

El Feo y sus compañeros cargaron sus caballos, y emprendieron el viaje.

Se alejaron de Búrgos una media legua, y despues de anochechar volvieron hácia la poblacion.

Pero en lugar de entrar en ella, se dirigieron á la casa del arrabal en que vivia doña Josefa.

Allí acomodaron como pudieron los caballos, los desembarazaron de la carga, dejándolos sólo con las monturas, y ellos se metieron en la habitacion que les designó Pepita para esperar los acontecimientos.

Capítulo V

Un viaje inesperado

Llegó la noche.

Contreras, que estaba impaciente por acudir á la cita de la linda viuda, se acicaló todo lo posible, y después de meterse en el bolsillo un buen par de pistolas, salió de su casa.

Al tomar dichas armas, no se crea que el joven superintendente lo hiciera por temor á ninguna celada.

El no creía correr ningún peligro en casa de Pepita.

Pero en el camino era muy diferente.

La casa en que le citó doña Josefa estaba situada en el paseo de Santa Clara.

Para llegar allí, viviendo en el Espolon Viejo, tenía que atravesar el mercado, pasar el Arlanzon por el puente de San Pablo, é ir á salir á la calle de la Calera por entre los conventos de la Trinidad y de Dominicos.

Todo aquel barrio formaba un intrincado laberinto

de callejuelas endiabladamente solas, sobre todo á las nueve de la noche, que en aquellos tiempos y en una ciudad de provincia, era ya una hora casi descompasada.

El paseo de Santa Clara era tambien muy solitario: sólo habia allí dos ó tres casas, cuyas puertas de seguro estarian ya cerradas á piedra y lodo.

Y como un jefe de policía siempre tiene quien le quiera mal, no estaba de más la precaucion de Contreras de llevar en el bolsillo con que hacer frente al que se le acercara en ademan hostil en los lugares por donde tenia que pasar.

Por otra parte, iba á visitar á una mujer hermosa, y sabia por experiencia que esa clase de visitas suelen acabar á balazos, porque como hay muchos golosos, no es extraño que el más afortunado se vea en la precision de contestar á tiros á los que desdeñados quieran hacerle responsable de su desgracia, ó á los que tengan ciertos derechos más ó ménos legítimos y no soporten con paciencia el verse burlados.

Contreras, aunque valiente, recorrió con algun recelo las callejuelas de que hemos hecho mencion, y cerca de las nueve y media llegó al paseo de Santa Clara.

Allí la soledad era completa.

No habia materialmente un alma.

El jóven buscó á tientas la casa de doña Josefa, porque el alumbrado brillaba por su ausencia.

Cuando decimos que don Manuel buscó á tientas la puerta de la casa de doña Josefa, no exageramos, porque el jóven, confiado en que hacia luna, no habia

sacado su linterna, y las poblaciones de España no tuvieron alumbrado nocturno hasta que á don Tadeo Calomarde se le ocurrió la feliz idea, siendo ministro de Gracia y Justicia, de poner unos faroles en las calles de Madrid, ejemplo que no tardaron en seguir las capitales de provincia.

Contreras confiaba, pues, en la luna, diosa protectora de los enamorados, pero no por lo visto de los superintendentes de policía, y esta señora tuvo á bien esconderse detrás de unas nubes, dejando á nuestro hombre, no á la luna de Valencia, sino á la sombra del paseo de Santa Clara de Búrgos, que para él era entonces harto desagradable.

Pero como querer es poder, y el jóven queria de veras, encontró por fin la casa, ayudado por la opaca luz de la noche.

Llamó discretamente á la puerta, y un minuto despues se abrió esta.

Traspasó el umbral Contreras, creyendo que tras pasaba el de la puerta del cielo, y penetró resueltamente en el patio, dispuesto á arrojarse á los piés de su Filis.

Pero ¡cuál no seria su asombro cuando al dar un paso y preguntar por su señora á la criada que habia abierto la puerta, se encontró de repente sujeto por tres hombres vigorosos, que en un abrir y cerrar de ojos le amordazaron con un pañuelo y le ataron fuertemente de piés y manos antes de que pudiera hacer el menor movimiento ni dar siquiera un grito!

Entonces apareció en el patio doña Josefa.

—¿Es este?—preguntó el Feo, que como nuestros lectores habrán comprendido, era el jefe de los secuestradores.

—Sí,—repuso la viuda, retirándose inmediatamente.

Contreras quiso dar un paso hácia ella, pero sus ligaduras le embarazaban de tal modo, que cayó al suelo.

Intentó gritar, pero no pudo.

Toda resistencia era inútil, y por consiguiente se dejó registrar por aquellos hombres, que le quitaron las pistolas, dejándole el dinero y los relojes, lo cual le afirmó en su primer pensamiento de que no tenía que habérselas con ladrones, sino con enemigos para él mucho más temibles.

Don Manuel hizo un supremo esfuerzo para romper sus ligaduras ó quitarse la mordaza; pero no logró más que sentir la enérgica presion de uno de los guerrilleros, que le puso la rodilla en el pecho para sujetarle.

—Antonio,—dijo el asistente de Merino al forzado moceton, que no dejaba ni respirar al superintendente de policia.

—¿Qué?

—Si se mueve lo matas.

Contreras permaneció inmóvil.

El pañuelo que tenía en la boca no le dejaba respirar.

El jóven creyó que iba á ser víctima de una congestion cerebral, y resignándose con su suerte, se encomendó á Dios de todo corazon.

—Tú, Roque,—dijo entonces el director de la manobra.

—¿Qué quieres?

—Saca los caballos.

La criada, que habia cerrado la puerta de la calle, para que si acaso pasaba alguno no pudiera enterarse de lo que sucedia, tomó una luz y acompañó al corral al llamado Roque.

Esta criada era una vieja, mujer de toda confianza, cuyo único hijo habia sido fusilado por los franceses, y estaba al servicio de la junta de Búrgos, que utilizó mucho el odio que tenia á los asesinos del que habia llevado en las entrañas.

Un minuto despues se presentó Roque con los caballos de los guerrilleros, ya libres de los fardos que llevaban para entrar en Búrgos y preparados con sus monturas para prestar toda clase de servicios.

Tambien llevaban una mula, sin más aparejo que una manta ni mas rienda que el ronzal de la cabezada de cuadra.

—¡Ea, á caballo!—exclamó el Feo.

Contreras se dejó desatar las piernas y montar como un autómeta en la mula.

—Oye, mocito,—le dijo el Feo luego que estuvo montado.—No creo que pensarás en escaparte; nuestros caballos son más ligeros que la mula, á la cual no te seria fácil hacer correr, no llevando aparejo ni riendas y teniendo los brazos atados. Pero por si acaso, te advierto que nosotros vamos bien armados y somos hombres que no erramos tiro.

Al decir esto montó á caballo.

Sus compañeros le imitaron; la criada abrió la puerta, y la comitiva se puso en marcha.

Contreras, montado en su mula, iba entre el Feo y uno de los guerrilleros.

El otro habia echado á andar delante, sirviendo de explorador.

A los cinco minutos estaban ya bastante lejos de Búrgos para que no pudieran oirse los gritos que podia dar Contreras, tanto más, cuanto que desde que salieron de casa de doña Josefa no vieron á nadie.

Entonces dijo el Feo:

—Como no quiero que te ahogues en el camino, te voy á quitar la mordaza. Pero si das una voz, te advierto que te meto en la cabeza una onza de plomo.

Y apoyándose sobre el estribo derecho, quitó á Contreras el pañuelo de la boca.

Ya era tiempo.

El superintendente de policia estaba medio asfiado.

Por un momento olvidó lo que le pasaba, y se entregó con delicia al placer de aspirar el aire fresco de la noche.

Pero la situacion era tan grave, que no pudo ménos de pensar pronto en ella.

Sus guardianes iban silenciosos.

Contreras hubiera dado cualquier cosa por que hablaran, para ver si de sus palabras podia deducir la suerte que le estaba reservada.

Los caballos marchaban al paso castellano.

Durante un cuarto de hora siguieron por la carretera; pero luego tomaron un camino de travesía.

Como don Manuel no era del país, no conocia el terreno, ni sabia hácia dónde le llevaban.

Viendo que, por último, dejaban tambien el camino de travesía y se perdian á través de los campos, se atrevió á preguntar:

—¿Adónde vamos?

—Al cuartel general del cura Merino,—contestó el Feo, que habia tomado, al hablar de la guerrilla, el tono ligeramente enfático de su amo.

—Me lo figuraba,—murmuró Contreras lanzando un suspiro.

—El que la hace la paga,—dijo sentenciosamente el Feo.

Contreras guardó silencio.

La luna, que no le habia querido alumbrar para encontrar la casa de doña Josefa, en lo cual despues de todo le hacia un favor, porque más le valía no haberla encontrado, salió entonces é iluminó los campos, que los tres hombres atravesaban al paso de sus cabalgaduras.

—¿Cuándo llegaremos?—preguntó Contreras.

—Mañana.

—¡Es decir, que mañana seré fusilado!—dijo con amargura y resignacion el jóven.

—Me parece que sí.

Contreras volvió á callar.

El Feo encendió un cigarro, y su camarada cantaba á media voz una cancion popular.

—Si no me escapo antes,—dijo Contreras al cabo de un minuto, en respuesta á las últimas palabras de su raptor.

—No es fácil.

—En los caminos hay gente, y á veces se encuentran soldados.

—Pero en los montes no hay nadie.

—En los pueblos debe haber gendarmes.

—Como no iremos á ninguno...

—Si encontramos á alguien...

—Será probablemente amigo nuestro, porque aquí, no siendo los gabachos, todos son enemigos de Pepe Bottellas.

Contreras no supo qué responder.

Sabia que el razonamiento del Feo era exacto, y no tenia ninguna esperanza.

Pero el asistente del cura, que deseaba hacer desechar á su prisionero toda idea de evasion, añadió al cabo de algunos momentos:

—Además, aunque encontráramos ahora mismo á todo el ejército francés, á ti no te serviría de nada.

—En cuanto á eso...

—Te doy mi palabra.

—Ya veríamos.

—Tú no verías nada.

—¿Por qué?

—Porque lo primero que yo haria es saltarte los sesos de un pistoletazo.

El preso comprendia que aquello no era una vana amenaza.

Los soldados de Merino tenían su reputacion muy bien sentada, y era fácil adivinar que los tres hombres á quienes el cura habia confiado aquella peligrosísima comision, debian ser los más resueltos de la guerrilla.

—De todos modos,—exclamó Contreras, continuando el diálogo despues de una pausa,—tanto da morir hoy como mañana.

—¿Y qué?

—Que si mañana he de ser fusilado, casi lo que debia hacer es huir ahora mismo y arrostrar las balas de tus pistolas, que tal vez no sean tan certeras como piensas.

—Lo que quieras,—repuso con tranquilidad el Feo.

Y al mismo tiempo sacó de la pistolera una de sus armas, y la montó, añadiendo:

—Haz la prueba.

Contreras se aterró en vista de aquella sangre fria.

Habia intentado sorprender con sus audaces palabras al guerrillero; pero viéndole tan dispuesto á todo, guardó silencio y siguió tranquilo, dejándose llevar por la mula, sobre cuyo lomo le costaba trabajo mantenerse en equilibrio.

El polizonte no volvió á pensar en fugarse, al ménos mientras no tuviera alguna esperanza de éxito.

Pensaba que un balazo del Feo le dejaria sin vida en el acto, y que puesto que aún tenia unas cuantas horas delante de sí, lo que le interesaba era conservar su individuo, á ver si la casualidad le deparaba un socorro inesperado ó un medio de salvarse ménos expuesto.

La noche iba avanzando.

La pequeña comitiva habia pasado por las inmediaciones de San Pedro de Cardena y Espinosa de Juarros, á fin de ir casi en línea recta á Pineda de la Sierra, donde el Feo esperaba tener noticias exactas del paradero de Merino, que operaba en aquella comarca, una de las más montuosas de la provincia.

Cuando el Feo habia dicho á su prisionero que al dia siguiente llegarían á la presencia del cura, le dijo una cosa de que no estaba seguro, porque la marcha era larga y el terreno malísimo.

Pero lo que si podia asegurar es que por el camino que habia tomado, era poco ménos que imposible que le persiguieran los franceses.

Y al hablar de camino, queremos decir direccion, porque camino no seguian ninguno.

Marchaban á través de montes y barrancos, por senderos poco ménos que impracticables.

Contreras habia pedido al Feo que le desatara los brazos, porque las ligaduras le mortificaban mucho, y el asistente de Merino accedió á la peticion del prisionero, bien seguro de que no habia de intentar escaparse.

Al amanecer hicieron alto en un montecillo situado en las inmediaciones de San Adrian de Juarros.

Los cuatro ginetes echaron pié á tierra.

Los caballos y la mula recibieron su correspondiente pienso, y los hombres se prepararon á almorzar, sentados junto á un manantial que allí brotaba.

Despues del almuerzo, compuesto de carne fiambre

y queso de oveja, Contreras aprovechó la ocasión de quedarse solo con el Feo, con motivo de haberse alejado los otros dos guerrilleros para cuidar de sus caballos, y entabló con él una conversacion, que toda la noche habia querido entablar, sin encontrar el modo.

Como el Feo se dispusiera á liar su cigarrillo de papel, el superintendente de policia sacó una petaca bien provista de puros, y le ofreció uno.

—Gracias,—dijo el Feo aceptando.

—Mala vida es la tuya,—exclamó don Manuel encendiendo su cigarro.

—¡Pichs! ¡no tan mala!

—Andar siempre á salto de mata, mal comido, vestido como Dios quiere, sufriendo el calor y el frio...

—Estoy acostumbrado.

—Y por último...

—¿Qué?

—Morir en un combate.

—¡Cómo ha de ser!

—O caer en manos de una columna...

—¿Y que me fusilen?

—Es claro.

—Eso está lejos.

—¡Quién sabe!

—¡Y digo, despues de la hazaña de hoy!

—¿Qué?

—Tus compañeros y tú, lo mismo que aquella linda moza, no debeis esperar compasion:

—No la necesitamos.

—¿Que no?

—Es claro: usted es el único que podría denunciarnos, y no nos denunciará.

El Feo ya no tuteaba á su prisionero.

No sabemos si la desgracia le imponía respeto, ó si la luz del día le había hecho más cortés, mostrándole el aire elegante y distinguido de Contreras.

Este no dejó de notar aquel cambio, y se propuso sacar partido de lo que revelaba.

—¿Qué te haría el cura,—preguntó al guerrillero,—si ya me escapase?

—Nada, porque no se escapará usted.

—Bien, pero supongamos...

—No, no hay que suponer.

—En verdad que el comandante general de Búrgos te daría una buena recompensa si te volvieras allí conmigo...

—¿Si?

—Además del indulto para tí y para tus dos compañeros.

—La recompensa me la dará mi amo, y el indulto no lo necesito no volviendo á Búrgos. Conque no se canse usted, amigo, que ya veo adónde vamos á parar. Yo no seré traidor por nada de este mundo. El cura me ha mandado que le lleve á usted preso, y le llevo preso ó pierdo mi nombre, y me llamo el Feo para servir á Dios y á usted.

—Hombre, pero piensa en la conveniencia...

—La conveniencia me aconseja también que sea leal. Ya ha visto usted con cuánta facilidad sabe don Jerónimo hacer que prendan á un hombre en medio de

Búrgos, y se lo lleven á su campamento para ajustarle las cuentas.

—Es verdad.

—Y yo no quiero que á mí me las ajuste.

Contreras calló, comprendiendo que todos sus esfuerzos serian vanos, y se resignó á continuar su viaje.

Capítulo VI

Capítulo VI

Un tribunal militar

Todo el día tardó la escolta del preso en llegar á Pineda.

Contreras, que por la mañana se mostraba hablador y animoso, á medida que avanzaba el día se iba quedando callado y pensativo.

Conocía que cada paso que daba la mula en que le llevaban montado, era un paso hácia su tumba, y la vida á los veinticinco años es agradable.

Cuando en las inmediaciones de Pineda, encontraron una ronda avanzada de la caballería de Merino, el joven cambió de color y no pudo ahogar un hondísimo sollozo.

Se estaba poniendo el sol cuando llegaron al pueblo, y Contreras miraba con avidez el rojo disco del

astro, que se escondia tras las montañas, como el que no espera contemplar más aquel espectáculo.

A la entrada de Pineda, donde estaba alojada la guerrilla, encontraron los caminantes á un oficial, que les esperaba de orden del cura, el cual habia ya sido avisado de todo por un ordenanza que envió al galope una de las guardias avanzadas.

El preso fué conducido á la cárcel, donde quedó encerrado bajo la custodia de veinte infantes mandados por un alférez, y el Feo corrió en busca del alojamiento de su amo para darle cuenta del desempeño de su comision.

Don Jerónimo, que ya le esperaba con impaciencia, no pudo ménos de salir á su encuentro y darle un abrazo.

—Bien, Feo, bien: ¿te has portado!

Y en seguida le preguntó los detalles de la captura.

El Feo se lo contó todo minuciosamente.

Al enterarse del papel que en todo aquello habia desempeñado Pepita, Merino frunció un poco el ceño.

Hubiera querido preguntar á su asistente ciertas minuciosidades, pero su carácter reservado pudo más que su curiosidad, y se contuvo.

—Bueno,— dijo al Feo, cuando este dió por terminada su relacion:—te has ganado los doscientos duros que te prometí, y además una cruz de San Fernando que te doy en recompensa de los peligros que has corrido.

El Feo no supo qué contestar.

Tan grande era su contento.

Don Jerónimo, que gustaba de hacer las cosas pron-

to, sacó un enorme bolsillo de seda verde, y contó á su asistente cincuenta doblones de oro.

—Toma,—le dijo;—y esto para tus compañeros.

Le dió dos onzas.

—¡Muchas gracias!—dijo el Feo, recobrando al tocar el oro el uso de la palabra.

—Ahora anda á descansar, que bien lo necesitas.

El Feo salió de la habitacion, y Merino llamó á un ordenanza, dándole órden de que buscara inmediatamente á nuestro amigo Juan Mendoza.

Don Jerónimo, con su actividad acostumbrada, se disponia á celebrar un consejo de guerra que juzgara al reo.

Quería dar á aquel acto cierta solemnidad. porque aunque el delito de Contreras era tal que no habia duda ninguna de que merecía la muerte, deseaba que su castigo tuviera más bien el carácter de un escarmiento que de una venganza, y para esto era necesario que precediera la formalidad de un juicio.

Cuando llegó Juan, le dijo:

—Ya sabes que han traído un preso.

—Sí, señor.

—¿Estás enterado de su delito?

—He oído decir que traicion á la patria.

—Quiero que á las ocho de la noche se le juzgue en consejo de guerra, formado por seis capitanes y presidido por mí. El comandante Segura, á quien desde hace tres ó cuatro dias he enterado de todo, y que además podrá interrogar á ese hombre, se encargará de instruir un ligero sumario, y hará de fiscal.

—Está muy bien.

—Tú puedes ver al preso y decirle que elija un defensor entre los oficiales.

—Lo haré así.

—Además, cuida de disponerlo todo para que á las ocho se reuna el consejo.

—Será usted obedecido.

Juan, además de mandar su escuadron, desempeñaba hasta cierto punto las funciones de jefe de Estado Mayor y ayudante de campo de Merino, porque á él confiaba el cura una porcion de encargos que exigian resolucion é inteligencia, cualidades ambas que brillaban en el muchacho.

Salió este inmediatamente del alojamiento de su jefe, y se dirigió á la cárcel.

El preso estaba en un calabozo del piso bajo, frio, húmedo y sucio.

Una mesa de pino, dos sillas de madera desvencijadas, un monton de paja para dormir y un cántaro de agua, formaban todo el ajuar de aquel aposento, desde hacia mucho tiempo inhabitado.

La puerta cerraba mal, y la ventana, que daba á la calle, aunque provista de una reja, no ofrecia la mayor seguridad, porque el edificio estaba ruinoso y nunca se habia pensado en repararlo, pues en honor de la moralidad de los vecinos de Pineda, debemos decir que el único que habitaba la cárcel era el alcaide.

El oficial de guardia remedió dichos inconvenientes colocando dos centinelas, que se paseaban arma al brazo por delante de la puerta y de la ventana del calabozo.

El alcaide entró delante de Juan, llevando en la mano una linterna, que dejó sobre la mesa.

Contreras estaba sentado en una silla, triste y pensativo.

La luz del alcaide le hirió en los ojos, y volvió la cabeza; pero al oír resonar en el pavimento las espuelas de Juan, miró hacia la puerta y vió al joven capitán, cuyo aspecto era grave y melancólico, como correspondía á la situación en que se encontraba.

—¡Caballero!—exclamó el preso, poniéndose en pie y quitándose cortésmente el sombrero.

Juan, que también estaba descubierto, tendió su mano leal y valerosa á aquel desgraciado, que se apoderó de ella con efusión, y sintió que una lágrima rodaba por su mejilla.

El capitán hizo una seña al alcaide para que saliera, y se quedó solo con el joven sevillano.

—¿Viene usted á anunciarme mi muerte?—preguntó este.

—Tengo el sentimiento de venir á anunciar á usted que á las ocho se reunirá el consejo que debe juzgarle.

—Es lo mismo.

—¡Oh! no tanto.

—No me hago ilusiones.

—Mi jefe me ha encargado que participe á usted que puede nombrar un defensor, eligiéndole entre los oficiales de nuestro pequeño ejército.

—No conozco á ninguno, y por otra parte, no quiero que se me defienda.

—¿No?

—¿Para qué?—preguntó el joven con amargura.—
Mi sentencia está dictada de antemano. Un defensor no
me serviría de nada.

—¿Quiere usted que yo lo sea?

—¿Usted?

—Sí.

—Permita usted que me asombre.

—¿De qué? De que yo quiera disputar su vida al
tribunal que va á juzgarle; de que yo pretenda aten-
nuar su culpa, ya que sea imposible demostrar su ino-
cencia; de que yo aspire á desempeñar hoy el más no-
ble de los oficios, haciendo oír la voz de la clemencia,
donde poco antes sólo habrá resonado la de la justicia?

—Sí, amigo mio,—exclamó enternecido Contre-
ras;—defiéndame usted, no por mí, pues bien sé que
nada puede salvarme, sino por usted mismo. Yo me
creería el más indigno de los hombres si privara á usted
de esta ocasion en que puede mostrar la nobleza de su
alma, capitan don Juan Mendoza.

—¿Sabe usted mi nombre?

—¿Olvida usted que he sido empleado en la junta
de Sevilla?

—No.

—¿Y cómo quiere usted que no conozca al más va-
liente y al más generoso de los capitanes que sirven á
las órdenes de Merino?

—Me honra usted demasiado.

—He leído muchas veces las relaciones de sus mé-
ritos, de su carácter y de sus cualidades personales, que

don Jerónimo enviaba á la Junta central, y no podia equivocarme. Desde que oi sus primeras palabras supe con quién hablaba, desde que al entrar aquí me tendió usted la mano, sospeché que tenia delante á don Juan Mendoza.

—Gracias,—repuso Juan sencillamente.

En aquel momento el diálogo fué interrumpido por la llegada del comandante Segura, con el cual iba un sargento, que debia hacer de escribano.

Juan y Contreras se pusieron en pié y saludaron.

Este explicó al preso en pocas palabras que era el fiscal de su causa, y se dispuso á interrogarle.

—¿Estorbo yo?—preguntó Juan al comandante.

—Es mi defensor,—dijo entonces Contreras.

—En ese caso puede quedarse,—contestó Segura.—Lo que oiga le ayudará á formar su juicio, y podrá preparar mejor la defensa.

El interrogatorio fué breve.

Contreras confesó de plano su delito.

Dijo que el despecho y la ira le habian inducido á delatar á los españoles, en venganza de que la junta de Sevilla le habia quitado injustamente su destino, y ni siquiera trató de aducir otras circunstancias atenuantes.

El jóven estaba ya completamente rendido, y se abandonaba á su suerte como el que conoce que es inútil luchar con ella.

Terminado el interrogatorio, Juan, Segura y el sargento salieron del calabozo.

.

El consejo se reunió á las ocho de la noche en la sala principal de la cárcel.

Allí, sobre una mesa, habia un crucifijo y dos candeleros con velas encendidas.

Detrás de la mesa un gran sillón de baqueta, en que estaba sentado el cura Merino.

A cada lado del sillón tres sillas formando estrado.

En ellas se sentaron los capitanes que formaban el consejo de guerra.

Un poco separadas otras dos sillas, delante de cada una de las cuales habia una mesita con recado de escribir.

En la de la derecha estaba sentado el fiscal, y en la de la izquierda el defensor.

Al lado del fiscal se veía al escribano.

En la puerta habia un numeroso grupo de oficiales, soldados y algunos paisanos.

En el centro de la habitación se veía el banquillo en que debía sentarse el reo.

A poco más de las ocho entró este, entre cuatro soldados, con bayoneta armada y el fusil al hombro.

Contreras se presentó con modestia, pero sin temor.

Atravesó pausadamente la sala y se dirigió hacia el banquillo, donde á una señal de don Jerónimo tomó asiento.

Todos los circunstantes fijaron en él la mirada con curiosidad.

El, aunque tenia la vista baja, sentia que todos aquellos ojos se clavaban en él, y deseaba que empezara el

juicio, para que se distrajera la atencion de los circunstantes.

Por fin Merino tocó la campanilla, y dijo en voz grave y reposada:

—Causa contra don Manuel Contreras, acusado de traicion á la patria. El señor comandante fiscal tiene la palabra.

En toda la sala reinó un gran silencio.

El comandante Segura habia desempeñado con nobleza su cometido.

Inflexible y severo con el crimen, no puso en todo su escrito ni una sola palabra injuriosa para el culpable.

Habia comprendido que la mision de un fiscal es pedir justicia y esclarecer la verdad de los hechos; pero no abrumar al acusado con una especie de ódio, que seria ridículo si no fuera repugnante, y que algunas veces se nota en esa clase de trabajos.

La acusacion era breve.

El acusado se hallaba convicto y confeso, y Segura concluia pidiendo para él la última pena.

Durante la lectura del dictámen fiscal, ocurrió un incidente digno de notarse.

Cuando se leia uno de los párrafos en que con más claridad resultaba la traicion del reo, estallaron entre la concurrencia murmullos de indignacion, y se oyeron algunas palabras duras.

—¡Pido que se haga guardar silencio!—gritó Juan con la energia de un leon herido.

Merino agitó la campanilla, y se restableció la calma.

Contreras cambió con su defensor una mirada de agradecimiento.

Terminada la acusacion, don Jerónimo dijo:

—Por el presunto reo, el capitan defensor tiene la palabra.

Juan se puso en pié verdaderamente conmovido.

No habia escrito su defensa, y tuvo que improvisarla.

El asunto en verdad era difícil.

Bajo el punto de vista legal, más aún que difícil, imposible.

Así pues, Juan trató de conmover á los jueces.

La juventud del reo; el extravío de la cólera, tan natural en quien se cree injustamente destituido; los buenos servicios que habia prestado á la causa nacional mientras estuvo en Sevilla; todo lo aprovechó el generoso castellano para atenuar el crimen de su defendido.

Sin tener la menor nocion de elocuencia, estuvo elocuente, porque hablaba con el corazon.

Muchas veces, durante su discurso, recorrió su auditorio un estremecimiento nervioso semejante á una descarga eléctrica.

Casi todos sus oyentes, hombres rudos y feroces en el campo de batalla, sentian humedecerse sus párpados, y la mayor parte de ellos se llevaron á los ojos las manos, encallecidas por el manejo de las armas, cuando Juan terminó su discurso diciendo:

—¡El señor fiscal pide la muerte! ¡La muerte! Si ese hombre fuera solo, yo tal vez no me opusiera á ella con tanto empeño. Pero tiene una madre, una madre que

allá en Andalucía sonrie tal vez en este momento, pensando en el que llevó en sus entrañas y alimentó á su seno, bien ajena al peligro que corre esa existencia, que es la suya; una madre á quien vuestra sentencia va á herir más aún que á mi defendido: á él no le condenais más que á morir; pero á ella quereis condenarla á vivir llorando. El castigo de él, que es el culpable, terminará antes que se apague el eco de la descarga que le quite la vida; ¿cuándo terminará el castigo de su pobre madre? Pensad en esto y horrorizáos... Vosotros no tenéis derecho á castigar á esa infeliz mujer por la culpa de su hijo.

Juan cayó en su asiento rendido de emocion y de fatiga.

Todo el mundo guardó silencio.

Nadie se atrevia á turbar el eco de aquellas generosas palabras, que parecia que aún resonaban en la estancia.

Contreras, al recuerdo de su madre, habia sentido agolparse el llanto á sus pupilas, y prorumpió en sollozos.

Así pasaron algunos minutos.

Al cabo de ellos dijo Merino:

—¿Tiene algo que alegar el acusado?

—Nada,—contestó este con bastante entereza.

—Puede retirarse.

Entonces Juan se levantó de su asiento y se acercó á Contreras, que le recibió en sus brazos, sin poder articular una palabra.

El defensor y el reo salieron abrazados de la sala,

seguidos de los cuatro soldados que habian ido con Contreras.

Don Jerónimo ordenó en seguida despejar, se cerró la puerta, y quedaron solos los jueces con su presidente, el fiscal y el escribano.

—Se va á dictar la sentencia,—dijo el cura.—El capitan don Tomás Mendoza votará el primero como más jóven; yo votaré el último.

Trascurrió cerca de un cuarto de hora, en que el comandante dictaba al escribano las fórmulas de estilo para encabezar el documento.

Entre tanto, todos los vocales estaban mudos y pensativos.

Decidir acerca de la vida de un hombre, es siempre grave.

Por fin don Jerónimo dijo:

—Vota el capitan Mendoza.

Tomás se puso en pié.

Estaba pálido como un cadáver.

Sus piernas vacilaban.

Se le habia secado la garganta, y la lengua se le pegaba al paladar.

Sus ojos estaban nublados.

Hizo un violento esfuerzo, y tartamudeó estas palabras:

—Voto por la muerte.

Detrás de Tomás se levantó otro capitan, que dijo lo mismo.

Luego otro.

Otro despues.

Y otro.

Cada uno de aquellos votos parecia un paso que daba Contreras hácia la eternidad.

Luego que votaron los seis capitanes, llegó su vez al cura, que dijo como ellos:

—Voto por la muerte.

.

La sentencia fué extendida y firmada por todos.

Inmediatamente el fiscal, acompañado del escribano y escoltado por toda la guardia de la cárcel, se trasladó al calabozo del reo para leérsela.

Contreras, segun se hace en estos casos, se puso de rodillas para escucharla.

Juan á su lado, en pié, lloraba como un niño.

Al oir el párrafo en que se condenaba al reo á ser pasado por las armas, Juan tuvo necesidad de sentarse en una silla para no caer al suelo. Contreras se volvió hácia él, y dijo dando un suspiro:

—Es justo.

.

Poco despues entró el cura párroco de Pineda.

La mesa se trasformó en altar y el calabozo en capilla.

Juan abrazó una vez más á Contreras, ofreciéndole volver, y le dejó solo con el sacerdote.

.

—Voto por la muerte.

.

La sentencia fué extendida y firmada por todos.

Capítulo VII

¡Descansa en paz!

Después de terminado el consejo, Merino volvió á su alojamiento, y Juan, cuando dejó á Contreras con el párroco del pueblo, marchó en busca de su jefe. —

—Ya se conoce que has andado entre escribanos y abogados,—le dijo al verle don Jerónimo. —

—No creo haber faltado en nada,—contestó Juan. —

—No, hombre; antes, al contrario, me alegro de que ese pobre diablo haya encontrado tan buen defensor. —

—De poco le ha servido,—dijo el muchacho con tristeza. —

—¿Qué quieres? La causa no tenía defensa, y tú puedes decir, como los médicos, que la última enfermedad no la cura nadie. —

—Es cierto. —

—Pero no podrá decirse que nosotros procedemos de

ligero. Si á tí ó á mí nos pescaran los franceses, no creo que anduvieran con tantos cumplidos.

Juan no contestó; estaba profundamente afectado por lo que sucedía.

Entre su defendido y él se habia establecido esa secreta simpatía que muchas veces se despierta entre los reos y sus defensores; así es que tenia poca gana de conversacion.

—Yo venia á pedir á usted un favor,—dijo despues de un momento.

—Supongo que no será el perdon de ese hombre.

—Sé que es imposible.

—Habla.

—¿A qué hora piensa usted que se ejecute la sentencia?

—A las ocho de la mañana.

—¿Mañana?

—Sí.

—Pues quisiera que se le fusilase al rayar el dia.

—¡Hombre!

—Cuanto más temprano acudirá menos gente del pueblo, y el pobre se ahorrará la mortificacion de servir de espectáculo.

—Veo que estás en todo.

—¿Accede usted?

—No hay inconveniente.

—Muchas gracias.

—No hay de qué.

Don Jerónimo, que profesaba al jóven un gran cariño, le dió una palmadita en el hombro.

—¿Estás de servicio esta noche?—le preguntó.

—No, señor, y me alegro, porque podré pasarla acompañando á ese infeliz.

—Vaya, pues no quiero detenerte.

—¿Manda usted algo?—preguntó Juan, disponiéndose á marchar.

—Anda con Dios, y ya sabes que soy tu amigo,—le dijo el cura, tendiéndole la mano.

—Así lo creía, y ese jóven me lo ha confirmado,—contestó Juan, recordando lo que habia pasado por la tarde entre él y Contreras.

—¿Ese?—preguntó con extrañeza Merino.

—Me ha dicho los informes que da usted de mí á la junta de Sevilla.

—Veo que estaba enterado de todo, y es milagro que su traicion no haya tenido peores consecuencias, aunque bastante nos perjudica la prision de don Venancio.

—Sin embargo, ahora la persecucion no es muy viva.

—Ni nosotros hacemos nada de provecho.

Juan estaba impaciente por marcharse.

Don Jerónimo lo conoció, y le dijo:

—No te detengas.

—Hasta mañana, señor cura.

—Hasta mañana.

El muchacho salió de la casa que ocupaba su jefe, y se volvió á la cárcel.

Al llegar á ella encontró á Tomás, que le esperaba paseando por delante de la puerta.

—Quería hablarte,—dijo este á su hermano. —

—¿Qué tienes que decirme?—preguntó Juan. —

—Yo he votado por la muerte. —

—Por doloroso que sea, has hecho bien,—contestó gravemente el mayor de los dos hermanos. —

Tomás no pudo contener un movimiento de sorpresa, y exclamó: —

—¿Creía que tú?... —

—Yo era el defensor de ese hombre y tú su juez. Mi misión ha sido más grata que la tuya; pero los dos hemos cumplido con nuestro deber. —

—Pues mira, me quitas un peso de encima. —

—Buenas noches. —

—¿No vienes á casa? —

Los dos hermanos tenían un mismo alojamiento. —

—No... voy á pasar aquí la noche. —

—Corriente. —

—Que descanses. —

—Si te he de decir la verdad, creo que no dormiré mucho. El voto que he dado antes, aunque es justo, me parece que me ha de quitar el sueño. —

Juan y Tomás se despidieron. —

El primero entró en la cárcel. —

El segundo se dirigió á su alojamiento. —

Eran ya las once de la noche, y todo el pueblo estaba en el mayor silencio, sólo interrumpido por las pisadas de las rondas y patrullas, ó el *alerta* de los centinelas, que velaban en sus puestos. —

Cuando Juan entró en el calabozo de Contreras, ya el sacerdote había salido, prometiendo volver antes de

que amaneciera para prestar al reo en sus últimos momentos los consuelos de la religion.

Contreras estaba sumamente tranquilo.

—¡Cuánta molestia, amigo mio!—dijo al ver entrar á Juan.

—No hable usted de eso.

—Aun tengo que pedir á usted más favores.

—Hable usted.

—Voy á escribir á mi madre, y quisiera que usted se encargara de enviar mi carta á Sevilla luego que yo muera.

—Haré todo lo que usted desee.

Juan llamó á un ordenanza, y le mandó que llevara papel, plumas y tintero.

El soldado obedeció inmediatamente, y Juan, acercando á la mesa un sillón, que habia hecho llevar al calabozo, y que no era otro que el que habia ocupado el presidente del consejo de guerra, dijo á Contreras:

—Escriba usted.

Y él se acomodó en una silla que apoyó en un rincón, y se quedó callado.

Sentóse Contreras sin decir una palabra, tomó la pluma, y antes de empezar á escribir permaneció más de un cuarto de hora con el codo sobre la mesa y la cabeza sobre la palma de la mano.

Por fin empezó á escribir, y con pulso alterado por la emocion de aquella despedida suprema, trazó estos párrafos, interrumpiéndose con frecuencia para coordinar sus ideas ó enjugar las lágrimas, que rodaban por sus mejillas y caian sobre el papel.

«Perdon madre mia. Voy á morir. Perdon otra vez, y otras mil veces, por esta nueva y terrible pena que te ocasiono. He cometido un crimen; he sido traidor á mi patria. El castigo que me imponen es justo, y no tengo derecho á quejarme de mis jueces. Los hombres no debían perdonarme; pero en estos últimos momentos de mi vida, tengo, como un consuelo inefable, la esperanza de que Dios me perdone. Tú me educaste para la virtud y el honor; mis desórdenes, mis vicios, me hicieron perder la posicion que tenia en Sevilla, á tu lado, en la misma casa en que se meció mi cuna, junto á la tierra sagrada que guarda las cenizas de mi padre. Quise ganar otra posicion y vengarme de los que me habian quitado la mia; para lograr esto no vacilé en cometer una infamia, y hoy me encuentro en poder de las tropas españolas, que dentro de pocas horas me harán pagar mi delito con la vida.

»¡Perdon una vez más, madre de mi alma!

»Creo que Dios ha tenido compasion de mí, y ha empezado á perdonarme.

»En estos momentos terribles me ha deparado un amigo, un hermano.

»Hace pocas horas no le conocia, y en este momento me parece que he pasado junto á él toda mi vida. Quiero decirte su nombre para que lo bendigas. Se llama Juan Mendoza... Es un jóven hermoso y noble, capitán de caballería en la guerrilla del cura Merino. El, cuando yo renunciaba á la defensa, se ofreció á ser mi defensor en el consejo de guerra... ¡Si le hubieras oído!... El me abrazó cuando me leyeron la sentencia, y

lloraba.... lloraba él, que sabe hacer temblar al enemigo en el campo de batalla... él que quizás sea el primero entre esta legion de héroes... Pasa conmigo la noche, y mañana me acompañará hasta el último momento... El se encarga de hacer llegar á tus manos esta carta. No soy tan desgraciado, puesto que antes de morir recibiré un abrazo de ese hombre. Cuando le miro y pienso que tú me habias educado para que fuera como él, que sin mi locura hubiera podido aspirar á una vida feliz y á una muerte honrosa... no quiero pensar en ello.

»Adios, madre mia: bendice á ese hombre, porque á su presencia debo la resignacion con que aguardo mi última hora... bendice al hermano que Dios me ha enviado en este instante, más doloroso para mí por las lágrimas que te ha de costar que por la vida que voy á perder, y ruega á Dios por tu pobre hijo.»

Al terminar su carta, Contreras se dejó caer llorando sobre la mesa.

Juan no se atrevió á turbar con frívolas palabras de consuelo aquel dolor santo del hijo que daba el último adios á su madre.

Así pasó largo rato.

Por fin Contreras se repuso algun tanto, dobló la carta, y se la entregó á Juan.

—¿A qué hora?...—preguntó el reo, sin expresar de qué se trataba.

—A las cuatro de la mañana.

Contreras miró se reloj.

—Son las dos,—dijo.

—¿Por qué no se acuesta usted un rato?—preguntó Juan.

—No me quedan más que dos horas de vida, y necesito aprovecharlas para implorar la misericordia divina.

—Rezaremos juntos.

Los dos jóvenes cayeron de rodillas con las manos enlazadas, y así permanecieron más de una hora.

.

A poco más de las tres volvió el párroco de Pineda.

Valiéndose del altar portátil que había hecho llevar á la cárcel, dijo misa, que oyó el reo, con Juan, el oficial de guardia y algunos soldados.

Después de la misa Contreras recibió la comunión.

Aún era de noche, cuando se oyó el toque de diana.

Don Jerónimo quería cumplir la palabra que había dado á Juan.

Al oír los clarines y tambores, Contreras se puso en pié, sacó de los bolsillos sus dos relojes de petimetre, y regaló uno á Juan y otro al cura de Pineda.

— Guardadlos en memoria mía,—les dijo.

Juan no pudo responder.

El cura abrazó á aquel moribundo lleno de vida, de robustez y de salud.

Empezaba á vislumbrarse alguna claridad en el cielo.

La cárcel de Pineda nunca había presenciado un espectáculo tan solemne.

En los últimos momentos de un hombre, hay siempre algo de sublime.

Poco antes de las cuatro resonaron en las calles las pisadas de las compañías y escuadrones, que se dirigían á formar fuera del pueblo.

Al mismo tiempo, llegó á la cárcel una pequeña escolta de caballería.

Juan, que se habia impuesto el penoso deber de acompañar en el trance fatal á su nuevo amigo, envió un recado á su primer teniente para que mandara el escuadron en su ausencia.

A las cuatro en punto se presentó en la cárcel el comandante fiscal.

—¿Ya es hora?—le preguntó Contreras.

El comandante contestó afirmativamente con una inclinacion de cabeza.

—Vamos,—dijo el reo.

La comitiva no tardó mucho en ordenarse.

Abrian la marcha dos ginetes, con las tercerolas preparadas sobre el muslo.

Detrás iba el reo entre cuatro soldados con bayoneta armada.

Contreras, pálido, pero sereno, marchaba con paso firme, apoyado en el brazo de Juan, contemplando con lágrimas en los ojos un crucifijo y oyendo las exortaciones del párroco, que iba á su derecha.

Detrás el comandante fiscal á caballo.

En seguida la guardia de la cárcel, que era la que debia ejecutar la sentencia, con las armas al hombro y su oficial á la cabeza.

Cerraba la marcha una seccion de caballería.

Detrás corrian algunos curiosos, que se habian enterado de lo que iba á suceder y no querian privarse del espectáculo.

No tocaban trompetas ni tambores.

Segura, que como militar habia enterado á Merino de las fórmulas que se usan en semejantes casos, queria que se cumplieran todas las formalidades de ordenanza.

Dado su punto de vista, tenia razon.

La pena de muerte seria el más atroz de los abusos, si no fuera ejemplar.

Y para que lo sea, es preciso rodearla de cierta solemnidad.

Fuera del pueblo, en una pequeña explanada, estaba la guerrilla formando el cuadro, contra la tapia de un antiguo edificio arruinado.

Merino á caballo mandaba la fuerza.

Su ejército habia aumentado bastante en poco tiempo.

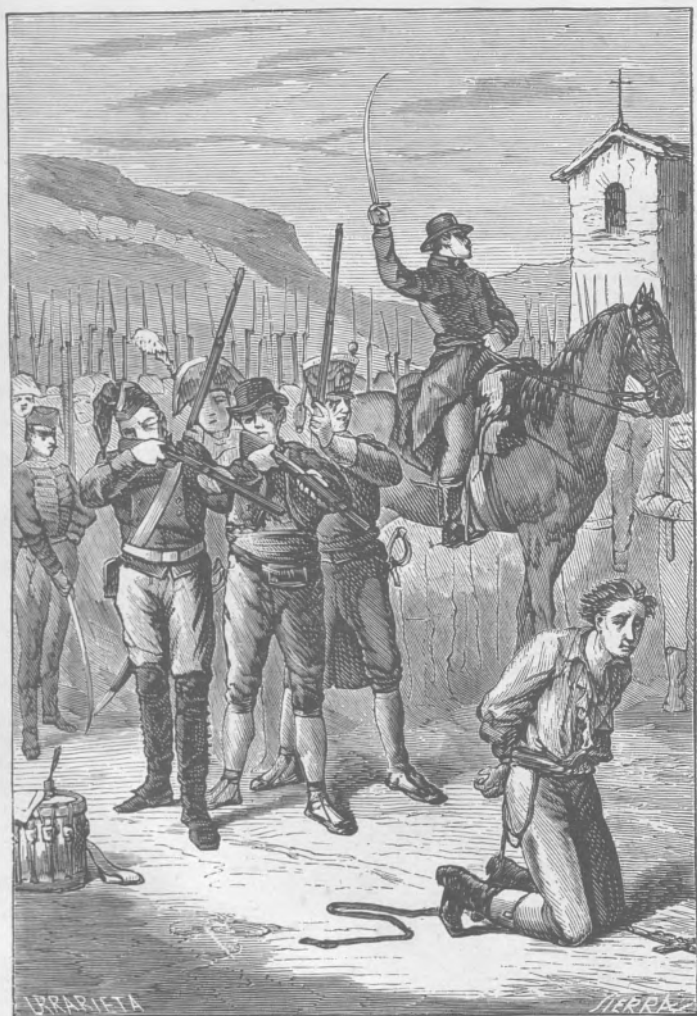
Tenia cuatro compañías de infantería, que reunian unos cuatrocientos hombres, y otros tantos escuadrones de ciento veinte caballos cada uno,

Es decir, un total de novecientos hombres próximamente.

Su instruccion era inmejorable.

Maniobraban con el aplomo y la solidez de soldados viejos, y Contreras al verlos no pudo ménos de decir á Juan:

—¡Qué hermosa tropa!



¡El que levantara la voz apellidando gracia, será inmediatamente
pasado por las armas!

La comitiva avanzaba despacio.

Al llegar al cuadro, el comandante Segura penetró el primero.

Luego entró el reo con Juan, el cura párroco y el piquete de infantería.

Merino mandó presentar las armas, y Segura leyó en alta voz la sentencia, pronunciando luego la terrible fórmula de la ordenanza:

—En nombre de su majestad el rey Fernando VII. El que levantara la voz apellidando gracia, será inmediatamente pasado por las armas.

Contreras abrazó al sacerdote que le había auxiliado, y luego se arrojó en brazos de Juan.

—¡Adios, hermano mio!—exclamó.

Juan apenas tuvo valor para decir:

—Adios.

En seguida el mismo Contreras se acercó á la tapia, dió á Juan su pañuelo para que le vendase los ojos, y se colocó frente al peloton de ocho hombres que debía fusilarle.

Segun los términos de la sentencia, debía ser fusilado por la espalda.

El oficial del piquete se vió en la dolorosa necesidad de advertírselo.

—Es verdad, lo habia olvidado,—contestó con resignacion el jóven.

Y se volvió de espaldas.

Juan, el oficial y el párroco, se apartaron algunos pasos.

Los soldados estaban prevenidos.

El oficial no daría voz de mando.

Cuando sacara el pañuelo del bolsillo, debían hacer fuego.

Contreras rezaba en alta voz el credo.

Un poco antes de que terminara la oración, el oficial, que estaba como todos visiblemente conmovido, se decidió, sacó el pañuelo, sonaron ocho tiros, y Contreras cayó revolcándose en su sangre.

Su agonía duró un solo momento.

En seguida sonó un redoble.

Merino, colocado en medio del cuadro, dirigió algunas palabras á sus soldados sobre el terrible escarmiento que acababan de presenciar, exortándoles á servir siempre con lealtad á la patria.

En seguida se puso al lado del cadáver, y las compañías y escuadrones desfilaron por delante de él al paso regular.

Un cuarto de hora después el cuerpo del infeliz Contreras era llevado al cementerio en unas angarillas.

Cuatro soldados y un cabo lo escoltaban.

Juan acompañó al cadáver á su última morada.

Enterrado en el suelo á costa del jóven, que no quiso que se le echara en la fosa comun, sólo una tosca cruz de madera podía indicar el sitio que ocupaba.

Por una delicadísima atención de Juan, no se puso allí el nombre del muerto, puesto que aquel nombre era una vergüenza.

En la cruz se pintó esta sencilla inscripción:

«¡DESCANSA EN PAZ!»

Cuando Juan escribió á la madre de Contreras remitiendo la última carta de su hijo, tuvo cuidado de participarla estos tristes detalles, por si la pobre señora queria algun dia recoger los restos del infortunado joven, ó al ménos orar sobre su tumba.

Capítulo VIII

Capítulo VIII

El ejército de Castilla la Vieja toma una actitud imponente

Merino queria que la ejecucion de Contreras fuera ejemplar, porque aunque duro y feroz en la guerra, no era sanguinario en la verdadera acepcion de la palabra; es decir, que no derramaba sangre por el placer de derramarla, sino que se veia impulsado á ello por la imperiosa necesidad de defenderse.

En este caso, ya hemos visto que no la economizaba.

Decidido, pues, á que el castigo impuesto al traidor empleado de la Junta de Sevilla produjera la saludable impresion que se proponia en los que tuvieran impulsos de imitarle, redactó un extenso parte de lo ocurrido, y lo comunicó sin pérdida de tiempo á todos los alcaldes y justicias de la provincia.

En esta parte, los franceses le ayudaron sin quererlo.

No bien llegó aquel hecho á noticia de las autori-

dades de Búrgos, se apresuraron á publicarlo, motejándolo de asesinato y pintando al cura como un mónstruo sediento de sangre, que no reparaba en medios cuando trataba de ejercer sus crueles venganzas.

A Merino le importaban poco las calificaciones de sus enemigos, y se alegraba de que dieran publicidad al acto de justicia que habia realizado en Pineda de la Sierra, aunque los periódicos oficiales y officiosos que servian al rey José, le llamarán asesino y vampiro, regalándole con otra porcion de dicterios, que no quitaban á don Jerónimo su buen humor, y ni su resolucion de seguir la guerra cada vez con mayor empeño.

Lo que no podian adivinar las autoridades francesas, era de qué medios se habia valido el astuto guerrillero para apresar al superintendente de policia.

Esto era un secreto para todo el mundo, y aumentaba más y más el prestigio de Merino, pues sabida es la influencia que el misterio ejerce en las clases populares.

Así es que el entusiasmo de los españoles y el temor de los franceses, crecian á medida que los unos sentian que su causa estaba defendida con tal decision y tal inteligencia, y los otros se veian combatidos por un enemigo invisible, pero cuyos golpes eran certeros y terribles.

Lo que parecia indudable, es que Merino tenia en todas partes agentes sagaces y valerosos, que habia en la misma capital un mundo de espías que obedecian ciegamente sus órdenes y secundaban sus planes, y esto desconcertaba á los generales franceses, que obli-

gados á desconfiar de todo el mundo, no se atrevían á tomar ninguna resolución, y permanecían en una inacción fatal para su causa.

Las operaciones militares estaban paralizadas de hecho.

Desde la horrible matanza de la escolta del convoy de artillería, las columnas francesas se mantenían á la defensiva.

Ocupaban con fuertes guarniciones los pueblos importantes, cabezas de distrito, y sólo algunas columnas muy numerosas se atrevían á marchar por los caminos ménos accidentados.

Pero dejaban á Merino dueño absoluto de la Sierra, y como esta es la mayor parte de la provincia de Búrgos, resulta que la autoridad del cura dominaba en ella sin contradicción, un territorio mucho más extenso del que ocupaban los franceses.

Disponiendo de considerables cantidades de dinero, que llegaban á sus manos por los mil conductos de todas las juntas insurreccionales, de las cuales en cada pueblecillo había una compuesta de dos ó tres personas, y dueño de un armamento abundante y magnífico, que era el rico botín de sus victorias, Merino reclutaba tranquilamente hombres en todas partes, y los iba enviando á los pueblos que se hallaban más lejos de las guarniciones francesas, donde adquirían la instrucción militar y se hacían verdaderos soldados.

El comandante Segura organizaba con rapidez el regimiento de infantería de Arlanza, cuyo primero, y por entonces único batallón, tenía ya en el mes de Ju-

nio más de ochocientas plazas, bien equipadas y perfectamente armadas é instruidas.

Los húsares de Búrgos eran seiscientos ginetes, divididos en cinco escuadrones, que maniobraban con la misma solidez y seguridad que los más aguerridos regimientos imperiales.

Por entonces la junta de Sevilla ascendió á Merino á coronel de caballería, confirmandole en su empleo de comandante general de la provincia de Búrgos y en el mando superior de las fuerzas españolas que operaban en ella.

Don Jerónimo tenia una cualidad muy comun en los hombres valientes; suplia con su docilidad su falta de instruccion, y como por fortuna estaba á su lado el comandante Segura, que era un hombre modesto y de verdadero mérito, con él consultaba el cura todos sus planes, generalmente bien concebidos en conjunto, porque Merino tenia el instinto de guerrillero, pero que muchos no se hubieran podido realizar si Segura no hubiese cuidado de los detalles de su ejecucion, valiéndose de su práctica en las cosas de la guerra.

De acuerdo con Segura, y conociendo que los franceses no dejarían de aprovechar la estacion para emprender una campaña de verano y acabar con la guerrilla antes de que entrara el otoño y los caminos se pusieran intransitables, con lo cual los guerrilleros serian ya poco ménos que invencibles, y dispondrian de todo el invierno para aumentar sus fuerzas y organizarse en términos de formar á la primavera siguiente un cuerpo de ejército respetable, resolvió Merino ocupar con su pe-

queño ejército diferentes puntos, formando una línea de operaciones que sirviera de base á sus movimientos ulteriores, de modo que poniendo guarniciones en varios pueblos cercanos entre sí y unidos por buenas comunicaciones, pudiera en pocas horas reunir en un punto dado todas sus fuerzas, para dar uno de sus golpes de mano, dejando al mismo tiempo la posibilidad á cada una de las guarniciones de replegarse sobre las inmediatas, en caso de un revés ó de verse amenazada por fuerzas superiores.

Así lograba también llamar la atención de los franceses hacia diversos puntos y reanimaba el espíritu de las poblaciones españolas, que no podía ménos de levantarse al ver aquellos valientes soldados, que en lugar de huir la persecución de sus enemigos, les esperaban á pié firme en posiciones elegidas de antemano, y tomaban el carácter de verdaderos beligerantes.

Así se hizo en los primeros días de Junio.

La línea de los españoles apoyaba su derecha en la fragosa sierra de la Demanda, que se halla en el distrito de Belorado, atravesaba todo el de Salas de los Infantes, é iba á concluir en el de Aranda de Duero, en el pueblo de Santa Cruz de la Salceda, situado al sur del río que da nombre al distrito.

En Belorado no quedó guarnecido más pueblo que él de Pineda, donde dejó Merino doscientos infantes á las órdenes del comandante Segura.

Santa Cruz de la Salceda, que era el punto más amenazado de la línea, por hallarse en terreno no tan fragoso y tener que defender el puente de Vadocondes

sobre el Duero, para no quedar cortado, recibió una guarnicion más numerosa, compuesta de dos compañías de infantería y un escuadron de caballería: total doscientos infantes y unos ciento veinte caballos. El jefe de esta, que pudiéramos llamar ala izquierda del ejército, era nuestro amigo Juan Mendoza, como más antiguo de los tres capitanes que allí habia.

El distrito de Salas de los Infantes, que formaba el centro, se hallaba ocupado por el resto de la fuerza, es decir, cuatrocientos hombres de infantería y cerca de quinientos caballos, á las inmediatas órdenes de Merino, el cual, sin más escolta que el Feo, recorría casi diariamente toda la extension de su línea.

En el distrito de Salas de los Infantes ocupaban los españoles los pueblos de Riocavado, Barbadillo del Pez, Palacios, Rabanera, Ontoria de Pinar y Huerta del Rey, viniendo á darse la mano con la avanzada que habia establecido Juan en Coruña del Conde.

Pequeñas partidas de caballería recorrían sin cesar toda la línea y mantenían en constante comunicacion unos pueblos con otros.

Desde allí formaba Merino sus columnas, más ó menos numerosas segun el servicio á que las destinaba, y unas veces á sus órdenes, otras á las de los capitanes de su mayor confianza, las lanzaba por toda la provincia, ya para inquietar á las guarniciones francesas, ya para procurarse víveres, utensilios, armamento ó dinero, ya para recoger hombres ó caballos, ó bien sin más objeto que mantener vivo en los pueblos, con sus frecuentes apariciones, el espíritu insurreccional, y

acostumbrar á sus soldados á hacer marchas rápidas y peligrosas, proporcionándoles ocasion de cambiar algunos tiros con el enemigo.

La base de operaciones estaba perfectamente elegida.

A su espalda se hallaba la inexpugnable posicion de Neila, donde en caso de apuro podia Merino replegarse con toda su infantería y sostener un sitio en regla, para lo cual hacia llevar allí muchísimas provisiones, que hubieran bastado para mantener á mil hombres durante cuatro ó cinco meses. Además, los prisioneros que allí estaban custodiados por una pequeña escolta, ganaban el pan que comian, trabajando sin descanso en fortificar la posicion. Un oficial que tenia algunas nociones de fortificacion de campaña, era el encargado de estos trabajos. Aquella fortaleza, ya de suyo inexpugnable, se hizo aún más susceptible de ser defendida, gracias á innumerables fosos y cortaduras abiertos en los senderos, y á una porcion de parapetos, en que el arte, ayudando á la naturaleza, tuvo poco que hacer para dejar enteramente á cubierto á los que quisieran vender caras sus vidas.

La caballería no podia refugiarse en Neila sin gran peligro; pero esto no preocupaba á don Jerónimo, el cual sabia que en caso de revés podia enviarla á la provincia de Soria, sobre cuyo confin se hallaba la base de operaciones, y allí encontraria el apoyo del Empecinado, que dominaba en ella, extendiendo sus correrías hasta Guadalajara, y llevando su audacia hasta el extremo de penetrar en dicha capital y trabar combate en sus calles con las tropas del general Hugo.

Aunque por una de esas desgracias que á veces suceden en la guerra, no pudiera verificarse la retirada á Soria, mientras Juan se mantuviera firme en su puesto, siempre podria la guerrilla correrse á la provincia de Segovia, y encontrar un asilo en los pinares de este nombre.

Y en último caso, cuando tampoco se pudiera apelar á este recurso, quedaba el de replegarse sobre Pineda en el costado derecho, y mantenerse en la sierra de la Demanda, que es poco ménos que impenetrable, ó ganar por ella la Rioja, yendo á Navarra, donde operaba Mina al frente de doce mil hombres.

Es decir, que la base de operaciones del cura Merino era magnífica.

Tenia un frente extenso y despejado, la espalda muy bien guardada, y tres puntos seguros adonde retirarse.

En Salas de los Infantes, el punto de mayor importancia era Ontoria del Pinar, porque se hallaba situado sobre la carretera de Búrgos y cerraba á los franceses el paso á la provincia de Soria. En el caso de que estos quisieran cortar la línea de los españoles y dejar incomunicadas sus dos alas, Ontoria debia ser el punto más réciamente atacado.

Pero allí habia destinado Merino á Tomás Mendoza con cien infantes y ciento veinte caballos.

Y ya sabemos que Tomás, superficial y ligero en todas las cosas de la vida, tenia la mano dura cuando se trataba de pegar sablazos, y era capaz de defender su puesto como un león.

Por aquel lado Merino no tenia nada que temer.

Además, en Salas no habia guarnicion francesa.

El enemigo tenia que hacer, para dirigirse allí, una marcha bastante larga, y no podia por consiguiente sorprender á los españoles, dada la excelente organizacion de su espionaje.

Merino estaria enterado de todos sus movimientos, y resolveria si le tenia cuenta presentar batalla ó evitar el choque.

El dia que salió la guerrilla para ocupar la línea de operaciones, como Juan y Tomás llevaban la misma direccion, marcharon juntos al frente de sus respectivas columnas. Tomás debia quedarse próximamente á los dos tercios del camino; pero ambos hermanos tenian que hacer unidos jornada y media.

Los dos se adelantaron á sus soldados.

Dejaron las riendas de sus caballos, que como eran tan diestros en andar por aquellos malísimos caminos, no necesitaban la ayuda de los ginetes, y trabaron una conversacion, que no deja de tener interés para los que estamos enterados de sus asuntos.

—¿Vas adelantando con María?—preguntó Tomás á su hermano.

—Hombre, no lo sé,—repuso Juan sinceramente.

—Pues si tú no lo sabes, lo sabré yo.

—Te diré,—contestó Juan;—yo no la hablo una palabra de amor.

—Mal hecho.

—¿Qué quieres que haga?

—Lo que hace todo el que desea una cosa. No de-

jarla á sol ni sombra, decirla á todas horas que te gusta, que la quieres, que te casarás con ella...

—Sí, sí; ya me hago cargo.

—En fin, todo lo que se dice, aunque luego no se haga.

—Ya sabes que yo lo haría.

—Razon de más.

—Pero yo no soy como todos.

—Pues, chico, si esperas á que ella te enamore.

—No es eso.

—A las mujeres hay que estarlas siempre importunando.

—Me parece expuesto.

—No lo creas.

—¿No?

—Ellas siempre lo agradecen.

—Yo creo que María aún se acuerda de tí.

—Es claro, se acordará mientras tú no la hagas olvidar.

—Puede.

—Como no suceda otra cosa peor.

—¿Qué?

—Que no todos las mozos son mudos como tú.

—¿Qué dices?

—¿Yo?... nada.

—¿Y sospechas?

—Hombre, las mujeres guapas.

—¿Qué?

—Siempre tienen golosós.

—¿Pero tú sabes algo?

—Te juro que no.

—¿Entonces?...

—Es avisarte un peligro.

—Puede que tengas razon.

—Es claro. ¿Y sabes que no tendria gracia que entre los dos nos quedáramos con un palmo de narices?

—Si ella amaba á otro...

—¿Qué ha de amar?... Las mujeres oyen lo que se las dice, y cuando se las pide que contesten, siempre tienen más facilidad para decir *sí* que para decir *no*.

—¿Piensas así de Amalia?

—Hombre, Amalia es una mujer especial...

—¿Sí?

—No se parece á las otras.

—Eso creo.

—Los dos hariais una magnífica pareja...

—¿Has dejado ya de amarla?

—No por cierto.

—¿Ah!...

—Pero conozco que ella y yo somos los dos seres más diferentes que hay en el mundo.

—Eso algunas veces es causa de felicidad.

—No lo ignoro.

—¿Tú la quieres de veras?

—Sí.

—¿Con todo tu corazon?

—Con todo mi corazon. Pero anoche mismo, leyendo la última carta suya que he recibido, pensaba que mi amor es muy distinto del suyo.

—¿Tú sientes ménos que ella?...

—No es eso.

—¿No?

—Pero siento de distinto modo.

—Temo que has de hacer su desgracia.

—Me mataria si tal supiera,—exclamó Tomás con resolucion.

—Tu voluntad es buena,—dijo Juan,—y la voluntad puede mucho.

—No la mia, sobre todo tratándose de mujeres. ¿Qué quieres, chico? Yo no lo puedo remediar; creo que no se opone el que uno quiera mucho á su novia para que le gusten las demás. Tengo y tendré siempre á Amalia en mi corazon; pero cuando hay otra delante y tiene buenos ojos; por ejemplo, como los de doña Pepita...

—¿Qué dices?—preguntó Juan verdaderamente alarmado.

—Nada, hombre, que el cura ha hecho mal en enviarme tantas veces á Barbadillo á hablar con esa viuda.

—Otros oficiales van con más frecuencia.

—Sí, pero yo no soy como los otros.

—¿La has hecho el amor?

—Todavía no.

—¿Todavía?... ¿Es decir que?...

—Hombre, yo no digo nada; pero si voy mucho á verla y la cojo en un buen cuarto de hora, ¡qué diablo! para algo ha hecho Dios las buenas mozas, y esa te digo que es de primer orden.

—¿Pero tú no sabes?...

—¿No he de saber?... Dicen que si el cura... pero yo no lo creo.

—Te conviene no creerlo...

—Además, no la he de poner ningun puñal al pecho... y ¿quién sabe? puede que no la vuelva á ver en mi vida.

—Eso sería lo mejor.

Los dos hermanos callaron.

Juan iba preocupado.

Precisamente Barbadillo del Mercado, donde tenia Pepita su habitual residencia, sólo dista unas dos leguas de Ontoria del Pinar, adonde Tomás iba destinado, y Juan temia que aquella proximidad fuera para su hermano una tentacion que pudiera ocasionar á todos muchos disgustos.

Juan pensaba para sí que el cura no habia estado muy hábil destinando á Tomás á aquel punto.

El no sabia si doña Josefa era simplemente amiga de Merino, ó si tenia con él otra clase de relaciones.

Lo temia todo de la audacia de Tomás, y hubiera querido aconsejarle que fuera prudente, si no temiera que este mismo consejo habia de espolpear sus deseos para intentar una nueva aventura.

Decidió callarse y variar de conversacion.

—¿Conque opinas que debo hablar á María?

—Salta á la vista; y como en poco tiempo te he visto ir tantas veces á Villoviado, creia que ese era ya asunto concluido.

—He ido por ver á nuestros padres.

—Haces bien; yo no voy por...

—Porque te da vergüenza ver á María.

—Cuando sepa que ya es tu novia, verás cómo voy

con más frecuencia, porque me figuro que no irás á tener celos.

—No tal.

—Yo no soy temible con las mujeres que me conocen.

—Veo que te haces justicia.

Así continuaron la marcha.

Tomás, chanceándose con los oficiales, requebrando á las muchachas que encontraba en el camino y comunicando á todos su buen humor y su alegría.

Juan, más grave que su hermano, pero sin poder resistir algunas veces á la risa que le inspiraban sus palabras.

Al segundo dia de marcha, Tomás, con su escuadron y una compañía, se quedó en Ontoria, y Juan prosiguió su camino á la cabeza de su bonita columna.

—No hagas locuras,—dijo el mayor al despedirse de Tomás.

—No tengas cuidado,—repuso este.

Capítulo IX

Donde Juan se encuentra en un grave apuro

Juan se había acantonado en Santa Cruz de la Salceda, siguiendo las órdenes de su jefe.

Desde allí hacia frecuentes salidas y enviaba fuertes patrullas en todas direcciones, no sólo para que sus soldados no se acostumbrasen á la ociosidad, sino para vigilar los movimientos de los franceses.

Estos, por otra parte, no trataban de dejar mucho tiempo tranquilos á los españoles.

El fusilamiento de Contreras habia causado tan profunda impresion en los ánimos, que era necesario desvanecerla por medio de algun hecho de armas que demostrara que las autoridades del rey José no dejaban á Merino en tranquila posesion de la parte montañosa de la provincia.

Todos los jefes franceses abundaban en los mismos

deseos, y tal vez más que todos, el comandante de armas de Aranda de Duero.

Era el tal un antiguo coronel, que habia hecho todas las guerras de la República y del Imperio.

Hacia poco que habia llegado á España, y se le habia dado aquel mando por la confianza que inspiraban su valor y su prudencia.

El bueno del coronel ardía en deseos de medir sus armas con las de los soldados del terrible cura.

El habia peleado á las órdenes de Hoche, en la Vendée, y suponía que los guerrilleros españoles no serian más terribles que aquellos fanáticos campesinos, que á las órdenes de Charrette y Larochejaquelain se arrojaban con la cabeza baja y rezando á coro el rosario, á las bocas de los cañones.

En efecto, no podemos decir que fueran más valientes.

Pero sí que estaban mucho mejor mandados.

Merino no era tan acuchillador como los jefes de los vendeanos; pero valia mucho más que ellos como hombre de astucia y de estrategia.

Y á las órdenes de don Jerónimo habia dos ó tres jefes, que igualaban en valor al cura, y eran bajo el punto de vista de la inteligencia casi tan hombres de guerra como él.

Uno de estos era nuestro amigo Juan Mendoza.

El comandante de armas de Aranda de Duero tenia allí una guarnicion bastante fuerte para defender el pueblo.

Componíase esta, de un batallon de infantería,

dos escuadrones de húsares y una seccion de artillería, con dos cañones de campaña.

Habia establecido un buen servicio de espías, y por ellos supo la diseminacion de la partida de Merino.

Irritado por la audacia de aquellos guerrilleros que osaban nada ménos que formar una verdadera línea de operaciones, ocupando un extenso territorio y guarneciendo pueblos importantes, rugió de ira al saber que la fuerza mandada por Juan habia pasado el Duero y se instalaba tranquilamente en el distrito que se hallaba á sus órdenes.

Pero al mismo tiempo, como militar bizarro y entendido, se alegró de aquel suceso que le permitia tomar una parte activa en la guerra, porque habiendo invadido el enemigo su demarcacion, él podia y debia defenderla sin aguardar órdenes superiores.

Enteróse de las fuerzas que Juan mandaba, y cuando supo que eran dos compañías y dos escuadrones, es decir, unos cuatrocientos hombres, formó inmediatamente su plan, que consistia en cortar á nuestro amigo del resto de las fuerzas españolas, dejándole aislado á la orilla izquierda del Duero, en cuyo caso no tendria más remedio que rendirse ó retirarse hácia la provincia de Segovia, donde podrian caer sobre él varias columnas francesas, las cuales no tardarian en aniquilar su pequeña fuerza.

Como él sin orden superior no podia abandonar la cabeza de su distrito, organizó una columna, compuesta de seis compañías, los dos escuadrones de húsares y las dos piezas de campaña.

Dió el mando de estas tropas á un comandante, y le mandó que se dirigiese por la orilla del rio, marchando en direccion contraria á su corriente, ocupase el puente de Vadocondes, se fortificase en él, y lo defendiese á toda costa, lo cual le seria muy fácil, gracias á sus dos piezas de artillería.

El plan era excelente.

Tomado dicho puente, Juan quedaba cortado y rota la línea de los españoles.

El comandante de armas hizo sus preparativos con tal sigilo, que nadie se enteró de lo que pasaba, y los espías no pudieron avisar á Juan, ni mucho ménos á Merino, para que tomaran sus disposiciones.

Una mañana, antes de amanecer, salió de Aranda la columna, y la primera noticia que aquella misma tarde tuvo Juan de este movimiento, fué que habia llegado á Fresnillo de las Dueñas, donde hizo alto para dar algun descanso á la tropa.

El jóven comprendió desde luego toda la gravedad de la situacion.

No se ocultó á su instinto militar que el objetivo de los franceses era el puente de Vadocondes.

Lo primero que se le ocurrió fué mandar tocar generala, y correr hácia el puente con todas sus fuerzas, haciéndose matar allí si era preciso para dar lugar á que acudieran á socorrerle Tomás, ó el mismo cura Merino, si acaso se encontraba en Ontoria.

Pero en seguida calculó que su movimiento podria serle fatal.

Desde Fresnillo á Vadocondes hay ménos de dos le-

guas de bastante buen camino, y desde Vadocondes á Santa Cruz de la Salceda, donde se hallaba Juan, más de tres de un terreno muy accidentado.

Era, pues, evidente que los franceses llegarían al puente antes que él, y una vez fortificados allí, barrerían con su artillería á los cuatrocientos españoles que podían atacarles.

La derrota, por consiguiente, era segura.

Permanecer en Santa Cruz de la Salceda, era también muy expuesto.

Aunque se fortificara en el pueblo lo mejor posible, no podría oponer una gran resistencia, si se corría sobre él alguna de las columnas que había en la provincia de Segovia, sobre todo teniendo en cuenta que imposibilitado Merino de pasar el Duero, no podía socorrerle sin dar un largo rodeo, que representaba cuatro ó cinco días de marcha.

Podía Juan replegarse hacia la provincia de Soria, donde se hallaba el Empecinado; pero por nada del mundo hubiera emprendido un movimiento de retirada sin batirse antes, y sobre todo sin orden de su jefe.

Todo esto lo pensó Juan en pocos minutos, y permaneció algún tiempo sin saber qué partido tomar.

De pronto se dió una palmada en la frente.

Por su imaginación había cruzado una idea atrevida, pero no irrealizable.

Y en la guerra la temeridad es muchas veces lo más prudente.

Dirigióse á la casa en que tenía establecida su guardia de prevención.

—¡Oficial de guardia!—gritó desde la calle.

—¡Mande usted, mi capitán!—dijo un jóven alférez, saliendo de la casa y cuadrándose militarmente.

—¡Qué toquen órden general!

Un minuto despues el trompeta de guardia hacia sonar el toque en cuestion, y á poco iban acudiendo al centro de reunion todos los capitanes y subalternos llamados por el clarín.

—Generala y botasillas,—mandó Juan á los primeros capitanes que llegaron.

Estos fueron inmediatamente á cumplir la órden, y no tardó en oirse en todas las calles de Santa Cruz el redoble de los tambores y el agudo sonido de los clarines.

No habia pasado un cuarto de hora, cuando ya se veian en la plaza, y en órden de batalla, las dos compañías y los dos escuadrones que formaban el ala izquierda del ejército de Castilla la Vieja.

Merino tenia muy acostumbrados á sus soldados á este ejercicio.

Cuando más descuidados se hallaban en un pueblo, mandaba tocar á caballo y exigia que en cinco minutos se vistieran, echaran las monturas, tomaran las armas y se presentaran montados en el punto de reunion.

Para la infantería era esto aún más fácil que para la caballería, puesto que no necesitaba más que arreglar su traje, ponerse las correas y tomar las armas.

Juan tendió una mirada sobre aquellos cuatrocientos hombres, y quedó satisfecho de su apariencia marcial y decidida.

A nadie habia dado cuenta de lo que pasaba.

Oficiales y soldados se miraban unos á otros, como preguntándose con la vista.

Pero todos estaban igualmente enterados.

Juan, una vez en la plaza, llamó al confidente que le habia llevado la noticia de la aproximacion de los franceses.

—¿Estás seguro de que son seis compañías?

—Sí, señor.

—¿Y dos escuadrones?

—Con dos piezas de campaña,—repuso el confidente, que era un antiguo soldado inutilizado en la guerra del Rosellon.

—Perfectamente,—contestó Juan;—quiere decir que en Aranda de Duero no han quedado más que dos compañías.

Al decir esto se separó del confidente, entró en la casa de ayuntamiento que se hallaba en la misma plaza, y sentándose en un banco, escribió en un pliego de papel estas palabras:

«Tomás: cuando leas estos renglones, los franceses estarán en Vadocondes, y yo habré muerto ó seré dueño de Aranda. Tu hermano,

JUAN.»

Sacó tres copias de esta lacónica carta, y dobló con rapidez los cuatro pliegos, saliendo con ellos á la plaza.

Encaminóse hácia donde estaban los dos escuadrones de caballería, y dijo levantando la voz:

—Soldados, necesito cuatro hombres que quieran morir por la patria: el que no tenga miedo, que dé dos pasos al frente.

Los dos escuadrones avanzaron en masa.

Todos estaban dispuestos al sacrificio.

Juan se sintió un momento conmovido.

Luego, como no habia tiempo que perder, eligió á la ventura dos soldados de cada escuadron.

—No envidieis á vuestros compañeros,—dijo á los escuadrones,—que para todos habrá hoy gloria y peligro.

En seguida dió un pliego de los que habia escrito á cada uno de los soldados.

—Vais á marchar inmediatamente á Ontoria del Pinar,—les dijo,—y entregareis este pliego al jefe de las fuerzas que hay allí acantonadas. No podeis pasar por el puente de Vadocondes; ireis hácia el monasterio de la Vid, que está una legua más abajo, y procurareis vadear el rio; si no podeis vadearlo lo pasareis á nado: es preciso que uno por lo ménos llegue vivo á Ontoria antes del amanecer. Reventad los caballos, haced lo que querais, pero llegad. Tomad distintos caminos para que en ningun caso podais caer todos en manos de los franceses. El que sea hecho prisionero, que se coma el pliego antes de que le fusilen.

—Está muy bien,—contestaron á la vez los cuatro soldados, montando á caballo y saliendo al galope fuera del pueblo.

Una vez en el campo, se dispersaron en diversos sentidos, pero todos con direccion al Duero.

Juan dió inmediatamente la órden de marcha.

Eran poco más de las cuatro de la tarde cuando la columna se puso en movimiento.

Nadie sabia adónde iban.

Al salir de Santa Cruz de la Salceda, Juan, que iba al frente, tomó el camino de Nuestra Señora de la Nava.

La tropa le siguió cada vez con más curiosidad.

—¿Adónde iremos?—se preguntaban unos á otros los soldados.

La columna española pasó por Nuestra Señora de la Nava sin detenerse.

Al ver que su jefe, que era á la vez su guía, tomaba el estrecho camino vecinal de Fuentespina, los oficiales más conocedores del terreno empezaron á decir:

—¿Si nos llevará á Aranda de Duero?

Ya era de noche cuando llegó la columna á Fuentespina.

Habia seguido un camino casi paralelo al que habian andado los franceses, aunque en direccion contraria.

En Fuentespina mandó Juan hacer alto.

La tropa preparó y comió el rancho, aunque sin alojarse, porque el jefe mandó que vivaqueara en la plaza.

Prueba evidente de que no pensaba pasar allí la noche.

En efecto, á eso de las once se tocó llamada.

La tropa se puso en órden de marcha, y Juan destacó una seccion de veinticinco caballos para que sirviera de vanguardia.

—¿Qué camino tomo?—preguntó á nuestro ami-

go el teniente que debia mandar aquella descubierta.

—El de la Omblanca,—repuso Juan montando á caballo.

Entonces ya á nadie le quedó duda.

—Vamos á atacar á Aranda de Duero,—se dijeron con admiracion y con alegría unos á otros, todos los que conocian aquella comarca.

Al salir de Fuentespina, la noticia habia ya recorrido toda la columna, y los soldados repetian á media voz estas palabras:

—¡Vamos á atacar á Aranda de Duero!

Y su alegría era tan grande, como si los llevaran á una fiesta.

El único que iba preocupado era Juan.

Sentia la responsabilidad que sobre él pesaba.

No le preocupaba el riesgo que podia correr su vida.

Pensaba en la sangre del puñado de valientes que iban á sus órdenes.

Sabia que estaba obligado á no hacerla verter inútilmente, y que necesitaba vencer para dar buena cuenta de ella á Dios y á su patria.

Sólo una cosa le consolaba de la posibilidad de una derrota: la seguridad de no verla, porque estaba resuelto á morir cien veces antes que retroceder un paso.

Capítulo X

De cómo ganó Juan sus galones de comandante

A la una de la madrugada llegó Juan con su columna á las inmediaciones de Aranda de Duero.

Todo estaba tranquilo y en silencio.

El coronel francés que mandaba en el distrito, dormía sin duda á pierna suelta, muy ajeno de que mientras las tropas que él habia hecho salir por la mañana trataban de cortar á los españoles, y lo conseguían posesionándose del puente de Vadocondes, un labriego hecho capitán de caballería por un cura de misa y olla, iba atrevidamente á retar á los soldados imperiales, buscándoles en su propio alojamiento, con la sana intención de pasarlos á cuchillo ú obligarles á rendir las armas.

Juan, sin saberlo, ni seguir más que los consejos de su valor y de su buen instinto militar, ponía en prác-

tica uno de los preceptos de todos los grandes capitanes, que consiste en no aceptar nunca el combate donde lo propone el enemigo, sino obligarle á batirse donde ménos puede desearlo.

Los franceses le provocaban en Vadocondes, y él iba á buscarlos á Aranda de Duero.

En Aranda no habia mucha vigilancia.

En primer lugar, porque el jefe francés, que habia enviado á defender el puente más de ochocientos hombres, sólo tenia en la poblacion dos compañías, que apenas contaban un total de doscientos.

Y en segundo, que como hasta entonces los guerrilleros no habian tomado nunca la ofensiva, limitándose cuando más á preparar emboscadas y atraer á ellas á los franceses, el golpe de audacia de Juan era completamente.

Juan mandó hacer alto á un cuarto de legua de Aranda, y mientras su tropa tomaba algun descanso, que bien lo necesitaba despues de la rápida marcha que acababa de ejecutar, él se adelantó solo hácia la poblacion para reconocer su entrada.

Esta era libre.

Aranda es un pueblo enteramente abierto.

Toda su defensa consistia en un pequeño y medio arruinado castillejo, situado á un tiro de fusil del pueblo en el camino que corria á orillas del Duero.

Sobre este rio habia un buen puente, en el cual los franceses tenian un cuerpo de guardia, y las casas inmediatas á él estaban aspilleradas.

Es decir, que por aquel lado la guarnicion, aunque

fuera escasa, podia oponer bastante resistencia, sobre todo á enemigos que no tenian artillería.

Pero como Juan no se acercaba por allí, sino por la parte de la montaña, podia entrar con toda comodidad sin disparar un tiro, y dirigirse á cercar á los franceses en el edificio que les servia de cuartel.

Todo esto lo vió el jóven inmediatamente, y además calculó, que teniendo el enemigo veinticinco hombres en el castillejo y otros tantos en la guardia avanzada del puente, sólo le quedaban en el cuartel ciento cincuenta.

Su plan consistia en atacarles antes del toque de diana, para que los soldados estuviesen durmiendo, y tuvieran que levantarse, vestirse y tomar las armas con el sobresalto natural del que se ve acometido cuan-
do ménos lo espera.

De este modo el primer choque seria sólo con la guardia de prevencion que en el cuartel hubiese, la cual no podia ser muy numerosa.

Juan además, sabia por experiencia que al amanecer es cuando el servicio se hace con más descuido, porque á esa hora el sueño rinde á los soldados que acaban de pasar una noche de guardia, y porque despues de haber trascurrido sin novedad tantas horas, empieza á nacer la confianza, y desde el oficial de guardia hasta el último centinela, todos ceden un poco en su vigilancia.

Juan regresó, pues, á su campamento, y sabiendo que los franceses tocaban diana á las cinco de la mañana, resolvió dar el ataque á las cuatro, lo cual le per-

mitia que sus soldados descansaran dos horas y media.

Estableció un buen cordón de centinelas para evitar cualquier accidente, y mandó á la tropa echarse en el suelo para dormir un rato, previniendo que cuando él diera la orden los soldados se despertarían unos á otros, tomarían las armas y acudirían á formar, sin toques de tambor ni de trompeta, pues el éxito de la sorpresa consistía en hacerla con el mayor silencio.

La noche estaba hermosa.

Un airecillo fresco agitaba blandamente las ramas de los árboles y hacía más agradable el sueño de los guerrilleros, que durante la tarde habían tenido que sufrir un calor bastante fuerte, para ser á principios de Junio.

Juan fué á sentarse en un poyo inmediato al camino de herradura que había seguido su columna, y allí permaneció largo rato preocupado y vigilante.

En vano hubiera tratado de dormir, y por consiguiente ni siquiera pensó en echarse.

Unos ratos sentado y otros paseando, siempre al redor de su pequeño campamento, vigilante, cuidadoso, atento al menor ruido, convertido en el más celoso de los centinelas, pasó las dos horas que aún faltaban para poner por obra su proyecto.

En aquellos momentos solemnes pensaba en sus padres, en su hermano, en María, en todos los seres que había amado en el mundo, á los cuales tal vez ya no volvería á ver.

No olvidaba á su tío don Cleto y á su excelente hermana, que tanto cariño le habían demostrado en la época

de su adolescencia, y que sin duda cuando le educaban tan pacíficamente estaban muy ajenos de que llegaría un día en que, convertido en una especie de general en jefe, meditaria atacar en toda regla una población defendida nada ménos que por los soldados de Napoleon el Grande.

Por fin llegó la hora.

Juan miró la hora en el reloj que le habia regalado el infeliz Contreras, y vió que iban á dar las cuatro.

Entonces se acercó al oficial que habia quedado de guardia, y le mandó que se levantara la tropa.

No tardó mucho en cumplirse esta órden.

A los pocos minutos, las dos compañías y los dos escuadrones estuvieron en correcta formacion, y emprendieron la marcha hácia Aranda de Duero.

Era ya de día.

A la cabeza marchaban cincuenta infantes y otros tantos caballos, á las órdenes de un capitan, á los cuales mandó Juan que atravesaran rápidamente el pueblo sin trabar combate con los franceses, aunque los encontraran, y fueran á atacar y rendir la guardia avanzada que habia sobre el puente.

Detrás, todo el resto de la fuerza, con Juan á la cabeza, se encargaba de la parte principal del drama, ó sea del ataque del cuartel.

En cuanto á los veinticinco franceses que habia en el castillejo, no inspiraban el menor cuidado, pues si

permanecian en su posicion, no podian ofender á los españoles y serian fácilmente rendidos luego que en el punto principal se consiguiera la victoria; y si querian acudir al pueblo en auxilio de sus compañeros, una vez dueña la guerrilla del puente, por el que tenian que pasar sin remedio, los rechazaria sin gran esfuerzo.

Como la gran cualidad de los oficiales y soldados del cura Merino, era la obediencia, las órdenes de Juan se ejecutaron puntualmente.

La vanguardia marchó al paso ligero por la calle Mayor de Aranda al punto que se la habia designado, y un momento despues los ciento cincuenta infantes que quedaban, á las órdenes de Juan, se precipitaban en columna cerrada en la plaza, donde se hallaba el cuartel de los franceses.

El centinela no se entretuvo en echar el «¿quién vive?»

Era sin duda un soldado viejo muy acostumbrado á aquellas bromas, y que sabia que en casos semejantes son inútiles las ceremonias.

Cumpliendo con el terrible deber que la ordenanza impone á los que se encuentran en su caso, cerró de golpe el postigo, que estaba entreabierto, y quedándose de la parte de afuera, gritó: «¡A las armas!» con toda la fuerza de sus pulmones; disparó rápidamente su fusil, y cayó en su puesto acribillado á balazos por la primera descarga de los españoles.

Inmediatamente se abrieron algunas ventanas del cuartel, y la guardia de prevencion rompió el fuego desde ellas.

Los guerrilleros, siguiendo las órdenes de Juan, se dirigieron á las casas de la plaza, se hicieron abrir las puertas á culatazos, y ocupando las ventanas, parapetándose en ellas con colchones, trabaron el combate.

Los disparos que desde el cuartel se hacian eran pocos al principio; pero aumentaban de segundo en segundo, porque los soldados, á medida que se levantaban, muchos de ellos sin vertirse siquiera, acudian á la ventana que tenian más cerca y empezaban á tirar con toda la rapidez posible.

La caballería se habia dispersado por las calles disparando al aire sus carabinas, y gritando para aumentar la confusion y el desórden:

—¡Aranda por los españoles! ¡Aranda por el cura Merino!

Con lo cual los pacíficos habitantes de la poblacion que se habian dormido tranquilos, se despertaban en medio del estruendo y hasta del peligro de una verdadera batalla.

Los más desagradablemente sorprendidos, fueron el coronel, comandante militar y todos los oficiales franceses, que por hallarse libres de servicio dormian en sus alojamientos.

Oficiales pundonorosos, salieron todos de sus casas y se dirigieron hácia el cuartel; pero sólo dos ó tres consiguieron llegar.

Los demás quedaron en las calles muertos ó prisioneros de los ginetes españoles.

El coronel fué uno de los primeros.

Salió á la calle con su ayudante, su secretario y cuatro ordenanzas.

En seguida cayeron sobre el pequeño grupo tres ginetes, luego cinco, despues diez, un minuto más tarde veinte.

Los siete franceses pelearon como fieras.

Pero el número de los españoles aumentaba por segundos.

A los soldados se iban agregando algunos paisanos, que salian de sus casas con hoces, palos y cuchillos, y querian tomar parte en el combate.

Aquella lucha desesperada duró muy poco tiempo.

Los siete franceses, cubiertos de heridas, fueron muriendo uno á uno.

Pero habian vendido caras sus vidas.

Dos ó tres españoles se revolcaban en su sangre en el mismo lugar de la pelea, y otros cinco ó seis se retiraban á las casas inmediatas con heridas más ó menos graves.

El combate de la infantería continuaba.

El fuego de los combatientes, unos desde las ventanas del cuartel, y otros desde las casas de la plaza, era vivísimo; pero no de grandes resultados, como que unos y otros estaban á cubierto.

Juan, al frente de medio escuadron, al que habia mandado echar pié á tierra, poniéndolo á cubierto de las balas en una de las bocacalles que daban á la plaza, se iba impacientado.

Allí se le presentaban muchos vecinos del pueblo que querian tomar parte en la lucha, y se ofre-

cian al efecto al jefe que acaudillaba las fuerzas españolas.

Juntóse tambien el escuadron que se habia dispersado por las calles de la poblacion para extender la alarma é impedir que los oficiales franceses se reunieran á sus soldados.

Las campanas de las parroquias de San Juan Bautista y de Santa Maria, y el convento de monjas Bernardas, tocaban á rebato.

El de los frailes de San Francisco, no contento con aumentar con sus campanas el estruendo, llamando de este modo á las armas á los pueblos vecinos, envió á Juan todos sus frailes y legos, cargados con camillas provisionales para recoger heridos, y convirtió el monasterio en hospital de sangre.

Muchos frailes, de buena gana se hubieran remangado los hábitos, y cogiendo un fusil hubiesen escabechado un par de franceses.

Entonces llegó un sargento al galope.

Iba á participar á Juan que el ataque á la guardia avanzada del puente se habia realizado con feliz éxito.

Los franceses no tenian en aquel puesto más que dos centinelas.

Uno en la puerta de la casa que les servia de cuerpo de guardia, y otro en la cabeza del puente.

Dichos centinelas no estaban muy vigilantes.

El de la puerta del cuerpo de guardia, que era el que estaba en el punto atacado por los españoles, no vió á estos hasta que casi los tuvo encima.

Entonces dió la voz de alarma; pero los guerrilleros

se precipitaron á la bayoneta sobre el cuerpo de guardia.

Los franceses no tuvieron tiempo ni para cerrar la puerta.

Algunos lograron coger sus fusiles y dispararlos.

La mayor parte de ellos se rindieron sin resistencia, ó fueron muertos á bayonetazos.

La sorpresa en aquel punto fué completa.

El centinela que estaba sobre el puente fué arrollado y muerto por la caballería.

En seguida el medio escuadron pasó al galope el puente, y fué á sublevar los arrabales de Aranda, situados á la orilla derecha del Duero.

Los vecinos recibían á los españoles con aplausos y vítores, y salían de sus casas armados con todo lo que encontraban á mano, yendo á engrosar las fuerzas que á las órdenes de Juan atacaban el cuartel.

El muchacho dispuso que los cincuenta infantes que habían tomado el cuerpo de guardia permanecieran en él, para rechazar á los franceses que guarnecían el castillejo en caso de que quisieran acudir á la lucha, y mandó que la caballería recorriese los alrededores de Aranda, para sublevar á los campesinos, ó avisar si se acercaban nuevas fuerzas enemigas.

Los voluntarios que acudían á ponerse á las órdenes de Juan, aumentaban á cada momento.

Pero muy pocos tenían armas de fuego, y los que no las tenían, eran poco menos que inútiles para el ataque.

Los que llevaban escopetas, iban entrando en las

casas de la plaza, y peleaban desde las ventanas ó se tiroteaban desde las esquinas con los franceses.

Estos hacian un fuego nutridísimo y bastante certero.

Los españoles no les iban en zaga.

Juan mandó llevar los fusiles cogidos á los franceses de la guardia avanzada, y con ellos pudo armar veintitantos hombres, que entraron inmediatamente en combate.

.

Eran más de las siete de la mañana.

Juan tenia ya unas cuarenta bajas, y los franceses en todo pensaban ménos en rendirse.

Hacia más de tres horas que se habia roto el fuego, y el combate era tan encarnizado como al principio.

Juan pensó entonces en dar un asalto.

La puerta del cuartel no era muy fuerte.

Unos cuantos hachazos bastaban para derribarla.

Pero era necesario impedir que los que hubieran de darlos fueran impunemente fusilados por los defensores.

Para esto hizo que le llevaran algunos carros, los blindó con colchones, y metió en cada uno de ellos siete ú ocho hombres robustos provistos de hachas.

Mandó tocar alto el fuego, y reunió en una de las callejuelas inmediatas al cuartel una compañía de infantería y un escuadron de caballería, que echó pié á tierra y dejó los caballos para formar la columna de ataque.

Enganchó á cada carro dos mulas, y mandó á los que las guiaban, que á una señal suya las dirigieran á escape á la misma puerta del cuartel.

Como el espacio que tenían que recorrer era tan corto, nada le importaba que las mulas fueran heridas.

Aun con las ánsias de la muerte, recorre un animal lanzado al galope quince ó veinte varas antes de caer.

Los franceses, al ver que los españoles habían suspendido el fuego, lo suspendieron tambien.

Pero se mantenían preparados, esperando un golpe tremendo.

Cuando aparecieron los carros en la plaza comprendieron de qué se trataba, y les enviaron un diluvio de balas.

Pero casi todas ellas se embotaron en los colchones.

Las mulas fueron todas heridas; pero tuvieron suficiente fuerza para llegar hasta la puerta del cuartel como Juan había previsto.

Aquello fué obra de algunos segundos.

Los improvisados zapadores, cubiertos con los colchones, comenzaron á dar en la puerta golpes formidables.

Los franceses hacían desde las ventanas un fuego terrible!

Juan, resguardado por la esquina de una de las bocacalles, miraba atentamente á sus zapadores, y aguardaba el momento de lanzarse al asalto.

De la puerta se desprendían astillas cada vez mayores.

Y los golpes redoblaban.

Y los franceses, que se sentían impotentes contra aquel ataque, disparaban con furor.

Por fin la puerta comenzó á ceder.

Muchos franceses abandonaron las ventanas, y corrieron á defender la entrada cuerpo á cuerpo.

De pronto se oyó un estruendo espantoso.

La puerta se había roto.

—¡A ellos!—gritó Juan con voz de trueno, precipitándose sable en mano en medio de la plaza.

—¡A ellos!—contestó la muchedumbre, arrojándose á la puerta del cuartel detrás de su caudillo.

Mezclados con los guerrilleros, que formaban la columna de ataque, entraron los paisanos del pueblo, lo mismo los que estaban armados que los que no tenían más que un palo.

Aquello fué una inundación, una avalancha.

Más de ochocientos hombres, ciegos de ira y de entusiasmo.

Los franceses que aún se hallaban en estado de defenderse, no llegaban á ciento.

Sólo había un oficial para mandarlos.

Los demás habían muerto.

Los soldados dispararon por última vez sus fusiles sobre la multitud, y en seguida se trabó una lucha cuerpo á cuerpo.

Pero una lucha verdaderamente infernal.

Se peleaba á bayonetazos, á palos, á mordiscos.

El furor de los combatientes rayaba en delirio.

La lucha tenía lugar en los patios, en las escaleras, en los corredores, en todas las habitaciones del cuartel.

Aquello duró muy pocos minutos.

No habia bastantes hombres para que durara muchos.

Los gritos de *¡Viva el emperador!* que daban los franceses, iban extinguiéndose.

Por fin no se oyó más vez que la de *¡Viva España!*

Los franceses estaban vencidos.

O por mejor decir, muertos.

No habia más que quince ó veinte prisioneros, todos heridos.

Los españoles habian pagado bastante cara su victoria.

Tenian más de cincuenta bajas.

Es decir, que Juan, desde el principio del combate, habia perdido de ochenta á noventa hombres, aunque la mayor parte de ellos estaban heridos.

De los vecinos de Aranda habian caido diez ó doce.

A las ocho de la mañana todo habia concluido en la poblacion.

Entonces recordó Juan que aún quedaban en el castillo unos cuantos franceses, y sin pérdida de momento se encaminó allí con todas sus fuerzas.

Eran veinticinco hombres, que al verse cercados por más de quinientos infantes, porque Juan repartió entre los paisanos, no sólo los fusiles de los franceses, sino los de sus soldados muertos ó heridos, se rindieron sin disparar un tiro.

Entonces regresó Juan á Aranda, para dar á su tropa el descanso que tanto necesitaba.

.
.

Pero estaba de Dios que aquel día había de ser fecundo en peligros y peripecias.

A las once de la mañana se presentó en el pueblo un emisario.

Llevaba un pliego para Juan.

En el sobrescrito, de letra del cura Merino, se leían estas palabras:

«Al comandante de caballería don Juan Mendoza. Aranda de Duero.»

Abrió Juan el pliego, y leyó lo siguiente:

«Como te conozco y sé que si vives has vencido, te envío el despacho de comandante.

»Los franceses se retiran de Vadocondes; sal á su encuentro ó espéralos en esa, y hazte matar con toda tu gente; pero deténlos una hora, que es lo que me llevan de ventaja.

MERINO.»

Bajo el mismo sobre encontró Juan su nombramiento de comandante.

Capítulo XI

Donde se ve lo que puede hacer un hombre cuando tiene actividad y energía

Veamos lo que había sucedido. Los cuatro ginetes que Juan había enviado la tarde anterior para dar cuenta á su hermano de lo que pasaba, cumplieron lealmente con su deber.

Pero no todos tuvieron igual fortuna.

Echaron por diversos caminos, y sólo tres consiguieron pasar el Duero.

El más torpe, ó el más desgraciado, no logró encontrar sitio por donde vadear el río, y no atreviéndose á echar su caballo á nado, anduvo vagando por la orilla sin saber qué partido tomar, y ya anochecido cayó en poder de una de las patrullas de húsares, que los franceses destacaron en varias direcciones luego de ocupar el puente de Vadocondes.

Para colmo de desgracias, no se acordó, ó no tuvo tiempo de inutilizar ó comerse el pliego de que era portador, y por él se enteraron los franceses del movimiento que Juan estaba operando.

El comandante de la columna comprendió el peligro que corria la posicion de Aranda de Duero, y la falta que harian allí sus dos cañones y sus ochocientos hombres, si acudia como era de esperar todo el grueso de los españoles y la poblacion se sublevaba para secundarlos.

Así es, que dispuso dar un descanso de cuatro horas y contramarchar inmediatamente, volviéndose á Aranda.

A la una emprendió su movimiento, que tuvo que hacer con lentitud, porque además de que los cañones estorbaban la marcha, esta no podia hacerse con la rapidez que el comandante de la columna deseaba, por el cansancio de la tropa y las precauciones que tenia que tomar atravesando de noche un país enemigo, donde ya debia suponerse que estaban en alarma todas las fuerzas del cura Merino.

Así era, en efecto.

Cuando el primero de los emisarios de Juan llegó á las inmediaciones de Ontoria, ya se disponia á salir de allí toda la tropa que Tomás mandaba.

Merino habia sabido por la tarde el movimiento de los franceses, gracias á un propio que le envió el cura de Fresnillo de las Dueñas.

En seguida supuso cuál era el objeto de aquella operacion, calculó que al dia siguiente podia verse Juan

en situacion bastante apurada, y decidió acudir en su auxilio.

Despachó inmediatamente los mejores andarines del país á la Sierra de la Demanda, ordenando al comandante Segura que pusiera en marcha todos los destacamentos de su mando.

El punto de reunion era un caserío, distante una media legua del puente de Vadocondes, á la izquierda del rio.

El cura se proponia nada ménos que atacar á los franceses en su posicion.

No se le ocultaba que esto le podia salir bastante caro; pero como la situacion era difícil y no tenia dónde escoger, se veia obligado á aceptar el único medio que encontraba á mano.

Las fuerzas de que podia disponer Merino para el ataque, reuniendo todos sus destacamentos y haciendo marchar hasta á los reclutas, no pasaban de cuatrocientos infantes y trescientos caballos; pero como tenia armas en abundancia, anunció por medio del pregonero, que los que quisieran reunirse á él por tres dias, recibirian cuatro reales diarios además de la comida.

Iguales pregones mandó hacer en los pueblecillos inmediatos, proponiéndose repetirlos en todos los del tránsito, y para tener armamento que dar á los que se presentaran en el camino, embargó todas las acémilas que habia en Ontoria, disponiendo que fueran siguiendo á la columna cargadas de fusiles.

Este recurso le proporcionaba siempre muchos voluntarios para sus golpes de mano, y entonces, como

de costumbre, no tardaron en presentarse gran número de mozos, incitados unos por el patriotismo y otros por el deseo de la ganancia.

Merino encargó á dos oficiales que los armaran y organizaran en grupos, á los cuales se irían agregando los que despues se presentaran.

Habia dispuesto que la marcha se emprendiera á las doce de la noche, para dar tiempo á que Segura, con los destacamentos que estaban más apartados, ganara el camino que tenia que andar más que él, y pudieran llegar todos sobre las dos ó las tres de la madrugada al lugar de la cita.

A eso de las once llegó á Ontoria uno de los enviados de Juan.

Era el primero que llegaba.

Los otros dos llegaron poco despues.

Ya hemos dicho que el cuarto cayó en poder de los franceses.

Estaba don Jerónimo en su alojamiento haciendo los preparativos de marcha, cuando se presentó Tomás agitado, con un papel en la mano.

—¿Qué pasa?—preguntó Merino.

—Que Juan ataca esta noche á Aranda de Duero.

El cura dió un salto en la silla.

—¿Qué dices?—preguntó.

—Vea usted lo que me escribe, sin duda creyendo que usted no está en Ontoria,—repuso Tomás, presentando al cura la carta que acababa de recibir.

Merino leyó dos ó tres veces aquellos pocos renglones.

—Es más valiente que el Cid,—dijo al cabo de pocos momentos.—Tienes un hermano que vale un imperio. Si á mí algun día me matan, como es posible, nadie más que él debe sucederme en el mando.... ¡Oh! ya se lo diré á la Junta de Sevilla.

—Pero si muere esta noche...—dijo Tomás, que hubiera dado cualquiera cosa por correr el peligro en lugar de su hermano.

—Si muere, morirá comandante de caballería, porque ahora mismo voy á firmar su nombramiento. Ha pensado muy bien, y se lo ha ganado. Su resolución es no sólo digna de un valiente, sino de un jefe entendido,—contestó Merino, interrumpiendo al joven.—Pero no temas, muchacho, no morirá. A él le respetan las balas, y mañana, luego de vencer á los que se hallan en Vadocondes, iremos tú y yo á cenar con él en Aranda, y le encontraremos tan bueno y tan sano.

A las doce salieron de Ontoria los soldados de Merino, reforzados por unos cien voluntarios.

Poco antes de llegar al caserío en que debían reunirse con sus compañeros, encontraron á uno de los confidentes de don Jerónimo, el cual le dijo que los franceses habian abandonado á Vadocondes hacia cerca de una hora.

—¡Vive Dios!—exclamó don Jerónimo, dirigiéndose á Tomás que cabalgaba á su izquierda;—esa canalla ha sabido el movimiento de tu hermano, y va á ver si puede atacarle por la espalda, ó por lo ménos llegar á tiempo de socorrer á los que han quedado en Aranda de Duero.

—Juan les lleva mucha ventaja, y cuando ellos lleguen ya todo debe estar terminado.

—Es verdad, y aunque estos le ataquen, como él resista poco más de una hora, llegaremos nosotros á tomar parte en la fiesta.

Don Jerónimo entonces mandó hacer alto y entró en el caserío, escribiendo á Juan el pliego de que hemos dado cuenta en el capítulo anterior.

Llamó á un soldado y le mandó que lo llevara á Aranda, marchando á campo traviesa y pidiendo á los alcaldes caballos de remuda, si los necesitaba, para llegar más pronto.

No tardó en llegar al punto de la cita el comandante Segura con todo el resto de la guerrilla.

Merino le enteró de lo que ocurría, y acordaron dar un pequeño descanso y ponerse despues en marcha para Aranda de Duero.

.

Juan, inmediatamente que recibió el aviso de Merino, se dispuso á proceder con la rapidez y energía que exigía la gravedad del caso.

Con las armas que habia tomado á los franceses y las que se pudieran recoger en el pueblo, armó unos trescientos paisanos, que mal ó bien, y estando parapetados, podían hacer fuego y aumentar la resistencia.

Los dividió en pelotones de cien hombres cada uno, nombró sus jefes, y se pre paró á hacerlos tomar parte en el combate.

Todavía recibió un contingente inesperado.

Los frailes franciscos, que desde las primeras horas de la mañana habian organizado un servicio sanitario bastante perfecto, y que trabajaban sin descanso por ayudar á los patriotas, sacaron de las cuevas de su convento un par de centenares de fusiles nuevos, que sirvieron para otros tantos voluntarios.

En aquellos tiempos era muy difícil encontrar un convento en que no hubiera fusiles.

Los franceses, sino lo sabian á ciencia cierta, lo sospechaban; pero no se atrevian á inquietar mucho á las comunidades, porque como la guerra de España tenia un gran carácter religioso, cada vejacion impuesta por los imperiales á la gente de iglesia, hacia al rey José centenares de enemigos.

Todo esto quiere decir, que Juan disponia, entre soldados y voluntarios, de unos setecientos tiradores, y dos escuadrones de caballería, no muy mermados por el combate anterior, porque la infantería era la que habia pagado el pato.

El jóven dispuso que la tropa descansara comiendo sentada en el suelo en las posiciones que le parecieron más convenientes, y mandó que todos los vecinos de Aranda, á excepcion de los niños, viejos é impedidos, se presentaran en cuadrillas con espuelas, carritos de mano, hachas, palas ó azadones, para ocuparse en las obras defensivas que se proponia improvisar.

Hizo salir al campo patrullas de caballería, mandando que se alejaran á gran distancia de la poblacion y avisaran á escape en cuanto se acercara el enemigo.

Las obras de defensa que proyectaba no eran muchas.

Se reducian á interceptar el camino por donde debían llegar los franceses, para lo cual se hicieron varias barricadas, formadas por troncos de árboles, y abrir algunas zangas bastante anchas y profundas para impedir el paso de la artillería.

Porque ya se puede calcular que lo que más preocupaba á Juan eran los dos cañones que en un momento dado podian cubrirle de metralla ó de balas rasas.

Las calles de Aranda se llenaron tambien de barricadas y de zanjas, porque Juan sabia que el que para defenderse se encierra en uno ó varios edificios, acaba siempre por ser vencido como el que le ataque sea valiente.

Lo que habia sucedido por la mañana á los franceses que ocupaban el cuartel, era buena prueba de ello.

Juan no queria oponer gran resistencia en cada una de estas barricadas.

Pensaba obligar al enemigo á atacarlas todas, para que, aunque las fuera tomando sin gran dificultad, perdiera algunos hombres en cada una de ellas, y como Aranda es un pueblo grande, y los franceses no tenian bastante gente para ocupar todas sus calles, entretenerlos en este combate, dando lugar á que llegara Merino de refresco y decidiera la victoria.

Los dos cañones que tenian los franceses eran piezas rodadas de campaña, y por consiguiente no podian disparar proyectiles huecos, que era lo que más daño hubiera hecho al pueblo.

Además, tardarian bastante en llegar á Aranda, gracias á los obstáculos que habia en el camino.

Después de tomar todas sus disposiciones, el joven Mendoza se dirigió al convento de los franciscanos, donde los frailes le habían dispuesto un buen almuerzo, digno de tan esforzado defensor de la buena causa.

Acompañábanle á la mesa algunos padres graves, y los legos se desvivían por servirle.

El novel comandante comía con un apetito propio de su edad y de un hombre que ha peleado cuatro horas en ayunas.

Estaban ya en los postres, y no escaseaban los cuentos ni las libaciones, cuando se presentó en el refectorio un oficial de caballería, que había llegado al galope, de las avanzadas.

—¡Mi comandante!—dijo el recién llegado, cuadrándose militarmente.

Ya había circulado en la guerrilla la noticia del ascenso de Juan.

—¿Qué hay?—preguntó este, sonriendo con satisfacción al oírse llamar por su nuevo grado.

—Desde las avanzadas se divisa, muy á lo lejos, una columna en marcha, y se cree que sean las tropas francesas.

—Que toquen llamada, y á caballo,—dijo el muchacho, levantándose y abrochándose el cinturón del sable.

Según las órdenes que había dado con anticipación, todo el mundo tomó las armas.

Los paisanos armados ocuparon las posiciones que se les habían señalado, que estaban todas dentro del

pueblo y detrás de las barricadas, es decir, donde era más fácil batirse.

La infantería y la caballería de la guerrilla, como compuestas de veteranos, salieron al campo para sufrir el primer choque.

Juan iba á la cabeza.

Capítulo XII

El desenlace del drama

Los franceses se acercaban efectivamente, pero aún estaban muy lejos.

Juan llegó con sus soldados hasta la altura de la primera de las cortaduras que había mandado hacer en el camino.

Consistía esta en una especie de barricada, formada por troncos de árboles, delante de la cual había una zanja ancha y profunda.

En el momento desplegó en guerrilla su infantería á la izquierda de la barricada, dejando detrás de ella unos cincuenta tiradores.

La derecha estaba perfectamente defendida por el río.

La caballería permaneció en masa á la espalda de la guerrilla, para proteger sus movimientos y sostener su retirada.

Pasaron algunos minutos antes de que la vanguardia francesa se hallara á tiro de fusil.

Los franceses avanzaban con gran precaucion, porque aunque todavía no habian visto á los españoles, suponian que no estaban muy lejos.

La caballería de Juan se hallaba oculta detrás de las tapias de una casa de campo, y la infantería, echada en el suelo en unas frondosas viñas, no podia ser vista hasta que conviniera descubrir su presencia.

Sin embargo, cuando los primeros exploradores de la vanguardia descubrieron la cortadura que habia en el camino, hicieron alto, y un ginete fué á participar aquella novedad al jefe de la columna.

Pocos minutos despues se vió avanzar al trote largo medio escuadron de húsares por el camino, mientras una compañía se desplegaba en guerrilla paralelamente á la que habian situado los españoles.

La guerrilla francesa avanzaba muy despacio, sin duda para dar lugar á que se le reuniera el grueso de la columna.

Cuando los húsares, que sin duda no tenian más encargo que reconocer el terreno, estuvieron á unas setenta ú ochenta varas de la barricada, Juan, que se hallaba en pié observando los movimientos del enemigo, gritó con voz entera:

—¡A discrecion! ¡rompan el fuego!

Los guerrilleros, que estaban muy acostumbrados á disparar echados en el suelo, dispararon sus armas, volvieron á cargar, y continuaron haciendo un fuego granado bastante nutrido.

Los húsares no vacilaron un momento.

Siguieron en masa avanzando al trote, y así llegaron hasta la misma barricada, aunque perdieron algunos hombres.

Una vez examinado el obstáculo volvieron grupas, y se retiraron al galope para reunirse al resto de sus tropas.

Sólo entonces rompió el fuego la columna francesa.

En aquel momento Juan, por medio del corneta que tenía á su lado, mandó ponerse en pié á los suyos.

Los franceses avanzaban despacio, sin cesar de hacer fuego.

La infantería iba por los viñedos, y la artillería y la caballería por la carretera.

Los españoles, inmóviles y silenciosos, disparaban todo lo que podían, atentos á la voz de mando de la corneta, como verdaderos veteranos.

Por dos veces los húsares intentaron dar una carga en los viñedos, y otras tantas tuvieron que retroceder, no tanto por el fuego de los españoles, como por lo desfavorable del terreno.

Juan había hecho ya que se presentara su caballería, y los franceses vieron que sus húsares no podían ménos de llegar desunidos y faltos de toda cohesión, á chocar con fuerzas iguales, que permanecerían compactas, puesto que no se movían.

La ventaja de los españoles en este caso era evidente, y el jefe que mandaba á los franceses, demasiado hábil para concedérsela.

Renunció, pues, á valerse de la caballería, y dispu-

so que los cañones enviaran desde el camino algunos metrallazos á los españoles.

La lucha hasta entonces habia sido poco sangrienta por una y otra parte.

Colocaron los franceses oblicuamente uno de sus cañones, y empezaron á disparar metralla á los españoles, mientras la otra pieza tiraba balas sólidas á la barricada.

Juan, que no pensaba trabar un verdadero combate en aquellas condiciones, y sólo se proponia molestar á los franceses en su marcha tiroteándose con ellos, tocó retirada.

Y la guerrilla empezó á retroceder sin dejar de hacer fuego.

Entonces la infantería francesa avanzó á la carretera, y se hizo dueña de la barricada sin encontrar la menor resistencia.

Pero allí hubo de hacer alto, por no abandonar la artillería.

Era imposible que los cañones salvaran la zanja.

Los franceses no tuvieron más remedio que sacarlos del camino, hacerles rebasar el obstáculo por medio de la tierra labrada, y volverlos otra vez á la carretera.

Esta operacion era pesada y trabajosa.

Las ruedas se hundian en la tierra hasta los cubos.

Los caballos no podian mover aquellos pesadísimos carruajes, y hubo necesidad de que un escuadron de húsares echara pié á tierra, y ayudara á pasar casi á brazo los cañones.

Entre tanto, la infantería se tiroteaba con los espa-

ñoles, que habian hecho alto como á unas cien varas, y menudeaban sus disparos.

Una vez los cañones en la carretera, se repitió lo que habia sucedido anteriormente.

Pero á las ochenta varas de la primera barricada estaba la segunda.

Allí las mismas dificultades, los mismos trabajos.

Y todo esto con un calor espantoso.

Los franceses sudaban el quilo, y daban á los diablos á los españoles, á sus jefes, y á la hora en que se les habia ocurrido la malhadada expedicion á Vadocondes.

Más de hora y media tardó la columna en salvar las cinco barricadas que los españoles habian puesto en el camino antes de llegar al arrabal de Aranda de Duero.

En esta penosísima marcha habian experimentado cerca de cincuenta bajas, mientras los guerrilleros no tenian más que ocho ó diez heridos, porque habian peleado siempre en retirada, echados en el suelo ó resguardados por las cortaduras del camino.

Juan, en todo aquel tiempo, miraba con frecuencia su reloj, y tendia la vista en todas direcciones, impaciente por divisar las bayonetas de los soldados de Merino.

Llegaron por fin al arrabal los soldados franceses, y allí desde todas las ventanas, desde las aspilleras que se habian abierto en las tapias, y desde las barricadas, que cerraban todas las bocacalles, fueron recibidos con un nutrido fuego de fusilería.

No se detuvieron á contestarlo.

Una compañía se lanzó intrépidamente á la bayo-

neta, y en algunos minutos fué dueña de una barricada.

El ataque costó á los franceses bastante sangre; pero fué obra de un momento.

Detrás de aquella compañía saltó otra la barricada, y las dos se lanzaron á la carrera por la calle que se les presentaba delante.

Entonces empezó lo más terrible de la lucha.

Desde los balcones, desde las ventanas, desde todos los boquetes de las casas de una y otra acera, empezaron á llover sobre los franceses, no sólo balas, sino piedras, ladrillos, muebles, y hasta agua y aceite hirviendo.

En todas las callejuelas habia barricadas, y desde todas ellas, los guerrilleros abrasaban al enemigo con sus mortíferos disparos.

Si todas las calles se defendían de aquel modo, se necesitaba un ejército para apoderarse de Aranda.

Los franceses, al verse en medio de aquel infierno, hicieron alto, vacilaron un momento, contestaron á los españoles con una descarga, y emprendieron la retirada.

Pero entonces redobló el furor de los españoles.

Los que tenían armas de fuego, cargaban y disparaban con una celeridad increíble.

Los que no las tenían, arrojaban por las ventanas todo lo que encontraban á mano.

Aquello era un vértigo.

Más bien un delirio.

Los gritos de entusiasmo y de ira parecían rugidos.

Pero rugidos espantosos, colosales, jigantescos.

A los pocos pasos, la retirada de los franceses se convirtió en fuga.

Algunos soldados arrojaban los fusiles.

Al llegar á la barricada que habian tomado, oficiales y soldados se atropellaban para saltarla.

Y todos fueron á refugiarse detrás del grueso de la columna, que habia quedado fuera del arrabal, y que se adelantó para sostener á los fugitivos.

Allí se rehicieron las dos compañías, ó por mejor decir, sus restos, porque habian dejado la calle cubierta de cadáveres.

Entonces el comandante vió que tenia que dar un ataque en regla.

Hizo adelantar su artillería, la asestó contra una de las primeras casas, y un momento despues la solemne voz del cañon empezó á dominar por intervalos aquel estruendo de tiros de fusil, gritos, blasfemias, lamentos y maldiciones.

Las casas de Aranda de Duero no estaban hechas para resistir un ataque de esta especie, ni mucho menos; así es que Juan, que verdaderamente se multiplicaba, pues se le encontraba en todas partes, y en particular donde habia más peligro, mandó abandonar las amenazada.

Muy oportuna fué su orden, porque á los tres ó cuatro cañonazos se desplomó con estrépito un lienzo de pared de la primera casa, dejando las habitaciones enteramente descubiertas.

La casa fué ocupada al momento por los franceses, y empezó el asalto del arrabal, mientras la artillería dirigia sus disparos contra la primera casa de la acera opuesta, donde sucedió lo mismo que en la anterior.

Dueña la infantería de aquellas dos casas, los gastadores comenzaron á derribar los tabiques que las separaban de las inmediatas, y los españoles comenzaron á abandonarlas sucesivamente batiéndose en retirada.

En cuanto los franceses se hacian dueños de una casa, se asomaban á los balcones y ventanas, y rompian el fuego contra los españoles que habia en la calle.

Habia entrado una compañía en cada una de las aceras, y esta fuerza bastó para apoderarse de las dos primeras manzanas, es decir, de todas las casas que habia hasta la primera bocacalle.

Al llegar allí, el fuego volvió á hacerse terrible.

Para que los cañones pudieran hacer daño, era preciso adelantarlos hasta la mitad de la calle, y para esto habia necesidad de deshacer las barricadas.

El grueso de la columna se dedicó á esta operacion, no sin que las balas españolas le ocasionaran bastantes bajas, á pesar de que la protegian los franceses que habia en las casas.

Los españoles, hasta entonces no habian perdido mucha gente, aunque ya tenian algunos cadáveres y varios heridos, hechos sobre todo en dos ó tres casas, donde en lugar de retirarse resistieron el asalto encarnizadamente.

Por fin, la calle se vió libre de obstáculos, la artillería pudo avanzar y romper el fuego.

Juan ordenó la retirada.

Comprendia que para defender el arrabal necesitaba sacrificar mucha gente y arruinar gran número de casas.

Lo hecho bastaba para quebrantar mucho al enemigo, sobre todo cuando aún le quedaba por tomar lo más difícil, y cuando el joven contaba con que de un momento á otro se presentaría de refresco el cura Merino.

La retirada se efectuó perfectamente, siempre combatiendo, y los españoles fueron á situarse á lo que podríamos llamar su segunda línea de defensa.

La línea del Duero.

Ya sabemos que el rio separaba el arrabal de la ciudad.

Sobre él no habia más que un puente.

Del otro lado del puente, hacia la parte de la ciudad, habia un plaza, ó más bien una explanada inmensa.

Los franceses tenian que pasar el puente, y el caso es que Juan habia fortificado la explanada de un modo formidable.

En la calle que comenzaba delante del puente, habia una gran barricada, muy sólida, y á los lados, hasta la misma orilla del rio, se habian formado unos parapetos de tierra, en forma de media luna.

Detrás de aquellas defensas, los ochocientos tiradores de que Juan próximamente disponia, podian hacer un daño terrible, porque al desembocar por el puente los franceses se iban á ver envueltos en un círculo de fuego.

Juan, que habia montado á caballo, recorrió al galope sus posiciones, animando á todos y excitándoles á morir cumpliendo su deber.

En seguida volvió á echar pié á tierra, y fué á situarse en el parapeto más inmediato al puente.

No tardaron en llegar los franceses.

Habian dejado su caballería en el campo para prevenir cualquier accidente, y la infantería se adelantaba con fiereza en columna cerrada, llevando al frente los dos cañones que tan buenos servicios habian prestado.

Los tambores y trompetas tocaban paso de ataque, y los soldados marchaban silenciosos y resueltos.

Los españoles no chistaban.

Al ver el aparato defensivo de aquella posicion, el jefe francés decidió batirla con la artillería antes de atacarla al arma blanca.

Pero habia una dificultad.

El puente de Aranda no es bastante ancho para que se muevan en él dos cañones, y hacer que las dos piezas lo rebasaran para situarse al otro lado y batir las barricadas de los españoles, era exponer á los artilleros á una muerte cierta, lo cual equivalia á quedarse sin artillería antes de que hiciera seis disparos.

En vista de esto, el comandante decidió que avanzara un solo cañon para que los artilleros estuvieran un poco protegidos por los costados del puente.

Así se hizo, y no tardó la barricada principal en recibir un bala.

Como si aquel cañonazo hubiera sido una señal aguardada por todos los españoles, rompieron el fuego, y la infantería francesa desplegada á la orilla derecha del rio, procuraba con sus disparos herir de flanco á los españoles que defendian los parapetos laterales.

El cañon que batia la barricada tiraba bala rasa.

Sus disparos eran terribles y certeros.

A los cuatro ó cinco empezaron á caer algunas piedras.

La barricada iba á desmoronarse.

Y entonces, si la infantería francesa se lanzaba con resolución hácia la calle Mayor, arrojando el fuego que tendria que sufrir al cruzar la explanada, los españoles podian darse por vencidos.

Los franceses serian en poco tiempo dueños del pueblo, se fortificarian en él, arrojarian á los paisanos y guerrilleros de toda la orilla izquierda del rio, y cuando llegara don Jerónimo se veria obligado á atacar aquel mismo puente, que, defendido por la artillería, seria imposible de tomar.

Juan veia todo esto, y su ansiedad crecia por momentos.

El fuego de los españoles continuaba sin interrupcion, pero los artilleros no por eso cedian.

Continuaban cargando y disparando su cañon con gran rapidez.

Las balas alcanzaban á los artilleros, y ya seis ó siete habian caido.

Pero quedaban dos para servir la pieza, y aún estos podian ser reemplazados por los soldados de la misma arma que guiaban las cajas de las municiones, y hasta por los servidores del otro cañon, que en aquel momento no prestaba los mayores servicios.

Cada bala que daba en la barricada, levantaba una nube de polvo, y hacia caer una porcion de piedras.

Era imposible que resistiera mucho tiempo.

Juan entonces adoptó una resolución desesperada.

—¡A morir! ¡Seguidme!—gritó á los soldados que tenia á sus inmediatas órdenes.

Y abandonando el parapeto en que se encontraba, corrió hácia la cabeza del puente seguido de veinticinco ó treinta hombres.

Tenia que recorrer un trayecto corto.

Todo lo más de unas veinte varas.

Una compañía de infantería francesa que se hallaba en la mitad del puente para proteger á los artilleros, no vió al pronto á los soldados españoles, que corrían envueltos en nubes de humo por entre un diluvio de balas.

Los españoles tardaron algunos segundos en llegar á la pieza.

Acababan de cargarla.

Uno de los artilleros con la mecha en la mano iba ya á hacer fuego, cuando Juan, rápido como el pensamiento, lo tendió sin vida de un pistoletazo.

El otro artillero retrocedió espantado.

La infantería francesa vió entonces el peligro, y se arrojó á la bayoneta.

Pero ya era tarde.

Veinte brazos vigorosos habian cogido el cañon por la cureña, volviéndolo contra los franceses.

Juan tomó del suelo la mecha que se habia escapado de las manos del artillero muerto, la aplicó al oido, retumbó el cañonazo, y la compañía fué barrida por aquella bala francesa disparada por una mano española.

De todas las barricadas y parapetos que un momen-



La aplicó al oído, retumbó el cañonazo...

to antes habian suspendido el fuego, salió una aclamacion inmensa.

Aquello fué obra de un segundo.

Una de esas cosas que pueden realizarse cincuenta veces en el tiempo que se necesita para contarlas.

Los franceses que se salvaron en el puente huyeron despavoridos, arrollando á otra mitad que adelantaba á sostenerlos.

Sin embargo, su jefe estaba resuelto á no ceder, y mandó adelantar el cañon que le quedaba.

El que habian tomado los españoles no les podia servir de nada, porque no sabian manejarlo.

Colocóse el segundo cañon en batería, aunque á la orilla derecha del rio.

El combate se habia suspendido por un momento, como si ambas partes hubieran celebrado un acuerdo táctico para tomar algun descanso.

Pero ya iban á empezar de nuevo.

Juan con un puñado de héroes permanecia en la cabeza del puente, mientras veinte ó treinta hombres se llevaban arrastrando el cañon que tan valerosamente habian conquistado.

Pero pasado el primer momento de estupor que causó en los franceses la heroica conducta del jóven castellano, ya se disponia el jefe á dar nuevamente la voz de *fuego*, cuando heló la palabra en sus labios el eco de una descarga nutrida y tremenda que resonó en el campo.

Todos los franceses permanecieron inmóviles.

Juan sintió que se le quitaba un gran peso de encima, y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Viva el cura Merino!

Comprendió que su jefe llegaba en su auxilio.

Ya era tiempo.

Hacia cerca de dos horas que duraba aquella lucha desesperada.

Juan, entre los dos combates, habia perdido la tercera parte de su gente, y cada vez le iba siendo más difícil prolongar la resistencia.

A tardar Merino media hora más, se hubiera visto obligado á arrojarle sobre las bayonetas de los franceses para morir, por no emprender la retirada, dejando en Aranda más de cien heridos, que hubieran caído en poder del enemigo.

Capítulo XIII

El cuadro

No se había engañado Juan.

Merino había marchado toda la noche á campo traviesa, deteniéndose en los pueblos que encontraba al paso para reclutar mozos, con el objeto de llegar á Aranda á la cabeza de una fuerza respetable.

La gente que logró reunir bajo su mando consistia en unos ochocientos infantes y trescientos caballos.

Más de la mitad de los infantes eran paisanos reclutados en aquella noche, incapaces por consiguiente de batirse en línea; pero que podian muy bien defender una posicion donde estuvieran algo resguardados, y hasta se hubieran tiroteado con los franceses á pecho descubierto, protegidos por la guerrilla, que tenia la solidez de un verdadero cuerpo de ejército.

Hacia más de una hora que don Jerónimo se impacientaba oyendo tronar el cañon en direccion á Aranda.

—¡Avivad el paso, muchachos, que allí pelean, y puede que hagamos falta!—decia recorriendo al galope los costados de la columna.

Pero la verdad es que esta andaba bastante de prisa, y forzar aún más la marcha hubiera sido exponerse á que los hombres llegaran al teatro del combate rendidos de fatiga, y por consiguiente imposibilitados para emprender una lucha, que podia ser larga y reñida.

Cuando ya distaban de Aranda una media legua, Merino, que oia redoblar el fuego por momentos, no pudo contener más su impaciencia, se colocó al frente de la caballería, y dejando á la infantería que continuase la marcha á su paso, dejó la campiña, y tomando la misma carretera que por la mañana habian seguido los franceses, se puso al galope con sus trescientos caballos.

Poco más de un cuarto de hora tardó en llegar á las inmediaciones de Aranda.

Ya hemos dicho que los franceses habian dejado á todo evento, fuera del arrabal, sus dos escuadrones de húsares.

Verlos Merino, desplegar los suyos en línea de batalla, hacer una descarga cerrada y precipitarse inmediatamente sable en mano sobre la caballería francesa, fué obra de un momento.

Pero los húsares, aunque inferiores en número, eran buenos soldados, y no se dejaban acuchillar impunemente.

Se desplegaron con rapidez en guerrilla, y rompieron con sus tercerolas un fuego tan vivo, que detuvieron por un momento el ímpetu de la carga.

Merino, aprovechando su superioridad numérica, intentó envolverlos; y los húsares, viendo que la línea de sus enemigos se debilitaba más cuanto más se extendía por sus alas, á un toque de clarín formaron en columna cercada por mitades de escuadron, y cargaron con tal ímpetu al centro de la caballería enemiga, que les faltó poco para romper su línea de batalla.

Aquello hubiera sido grave.

Afortunadamente, estaba allí Merino y á su lado el comandante Segura; es decir, dos jefes tan valerosos como entendidos.

Ordenaron estos un cambio de frente á la izquierda, y cuando los húsares creían haber roto la línea española, se encontraron con que no habian hecho más que variar el orden del combate, empeorando mucho su posicion, porque se hallaban entre sus enemigos y el rio, expuestos además á ser cortados, si Merino hacia correrse un escuadron que se situara entre ellos y el pueblo.

En aquel momento pensaron replegarse al abrigo del arrabal.

Merino quiso impedir la retirada, cargándoles por dos veces; pero ellos, dispersos en tiradores, y sin dejar de hacer fuego, lograron llegar en buen orden hasta las primeras casas.

En aquel momento encontraron al resto de la columna francesa, que tambien se habia retirado allí y permanecia á pié firme descansando sobre las armas.

Desde que empezó en las afueras el combate de Merino con los húsares, no se volvió á disparar un tiro dentro de Aranda.

El jefe francés, á quien aquella descarga avisó que tenia á retaguardia nuevos enemigos, comprendió que no le quedaba más remedio que desistir de la empresa y ordenar la retirada, si aún era tiempo.

Los ochocientos hombres con que entró en combate estaban reducidos á poco más de quinientos; no le quedaba más que un cañon, y las compañías de infantería apenas tenían oficiales.

Sólo la caballería se hallaba en buen estado, porque aun despues de su escaramuza con los escuadrones de Merino, habia tenido pocas pérdidas.

Juan dejó retirarse á los franceses sin inquietarles.

Mandó que la infantería y los vecinos armados fueran ocupando las posiciones que abandonara el enemigo, y poniéndose al frente de la caballería, que á semejanza de la francesa habia sufrido muy poco, porque apenas se habia batido, pasó con ella el puente que tanta sangre habia costado, y siguiendo la orilla del rio, rodeó el arrabal y fué al encuentro del cura Merino.

Don Jerónimo, que habia formado en masa sus escuadrones, al ver aparecer los que mandaba Juan, arri-mó su única espuela al caballo, y salió al encuentro del jóven.

—¡Bravo, muchacho!—gritó desde lejos sin poder contenerse.

—¡Viva el cura Merino!—exclamaron á una voz los dos escuadrones.

Merino y Juan, sin apearse de los caballos, se abrazaron.

—¿Has tenido muchas bajas?—preguntó.

—La caballería ha padecido poco.

—¿Y la infantería?

—Está reducida á la mitad.

—¡Caramba!

—Pero la mayor parte de las bajas son heridos, y en cambio hemos tomado un cañon.

—¡Muchacho!

—Lo que usted oye.

—¡Eres un valiente!

Don Jerónimo, que se habia colocado al lado de Juan, le estrechó la mano.

En aquel momento empezó á desembocar por la carretera la infantería de Merino.

Los franceses, viendo que á cada momento aumentaba el número de sus enemigos, calcularon que no les quedaba más esperanza que la retirada.

Los trescientos infantes formaron á la salida del arabal un cuadro, dentro del cual iba el cañon.

Los húsares, con el sable colgado de la muñeca y la tercerola en la mano, se disponian á flanquearlo.

Merino dispuso su infantería en orden de batalla, dando frente al camino de Lerma, que era el que sin duda iban á emprender los franceses, y mantuvo en masa sus quinientos caballos.

El comandante Segura mandaba la caballería.

La infantería obedecia directamente las órdenes del cura.

Por fin, una corneta dió la señal, y el cuadro se puso en movimiento.

Al dar el primer paso se oyó la voz de Merino, que gritaba:

—¡Fuego!

Sonó una detonacion espantosa, y toda su línea de batalla se cubrió de una nube de humo.

El cuadro se detuvo un momento, presentando á los españoles uno de sus ángulos.

Las dos caras que lo formaban hicieron una descarga, y un segundo despues, el cañon, asomando por aquel ángulo, lanzó un metrallazo.

La línea española vaciló un momento.

En toda ella se oyó gritar á los oficiales:

—¡Cerrar las filas!

Era que las balas y la metralla francesa habian abierto algunos claros.

Medio minuto despues, el cuadro hizo una segunda descarga, seguida de otro cañonazo.

El mismo efecto en los bisonños soldados españoles.

El cuadro emprendió otra vez la marcha.

—¡A la carga la caballería!—gritó Merino con voz de trueno.

—¡A la carga!—exclamó el comandante Segura, desenvainando la espada.

Brillaron los sables, y los cinco escuadrones se precipitaron al galope.

Los húsares, á pesar de su inferioridad numérica, salieron al trote y en buen orden á detener á sus contrarios.

El choque fué tremendo; pero no duró más que un minuto.

Los húsares, deshechos, destrozados, abrumados por el número, hubieron de ceder y volvieron grupas, salvándose á escape por ambos lados del cuadro.

La infantería de Merino habia suspendido el fuego para no herir á la caballería.

Esta se arrojó con el mayor entusiasmo en persecucion de los húsares.

Pero el cuadro habia hecho alto, siempre presentando un ángulo.

Las dos caras hicieron fuego, y el cañon disparó otro metrallazo.

Entonces tocó á los españoles retroceder.

El primer escuadron, que habia sufrido mucho, volvió grupas, y fué por ambos costados á rehacerse á la espalda del último.

El segundo quedó entonces en primer lugar, y se arrojó hácia el cuadro con igual decision, pero con la misma suerte que el primero.

El cuadro seguia marchando.

Cada vez que la caballería le amenazaba de cerca, se detenia, hacia una descarga, dejaba asomar el terrible cañon, y luego que éste disparaba, volvía á emprender la marcha.

Los húsares, que ya se habian rehecho, amagaban algunas cargas contra los dispersos, y mantenian á respetuosa distancia á los ginetes más resueltos, que á toda costa querian acercarse á los franceses.

Merino vió que aquel combate era muy desfavorable para los suyos, que perdian mucha más gente que los franceses.

Entonces se acercó al comandante Segura, y le dió sus instrucciones.

Un momento despues, el órden de combàte habia variado.

Tres escuadrones, desplegados en una inmensa guerrilla, tiroteaban sin cesar á los franceses, galopaban y caracoleaban al rededor del cuadro, disparando sus carabinas con la destreza que tenian tan acreditada.

El resto de la caballeria, es decir, los otros dos escuadrones, seguian en masa á bastante distancia, dispuestos á sostener á la guerrilla en caso de que los húsares se atrevieran á cargarla formalmente.

Aquel sistema era fatal para los franceses.

Es cierto que su cuadro no podria romperse, pero en cambio perderian la mitad de su gente, si esta persecucion duraba algunas horas.

El cañon servia ya de poco, porque el fuego de la artillería no es temible para las guerrillas.

Así emprendieron los franceses el camino de Lerma, dejando en todo él un rastro de sangre.

Los húsares, tambien dispersos en tiradores, hacian fuego en retirada.

El cuadro marchaba sin contestar á los disparos de los tiradores españoles, y sólo cuando se veia muy acosado se detenia, hacia una descarga, y rompía otra vez la marcha.

Merino, al frente de su infantería, que descansaba sobre las armas, contemplaba aquel espectáculo.

Juan estaba á su lado por disposicion suya.

—Tú has trabajado hoy bastante,—le dijo.—Deja

que la caballería persiga al enemigo, que aquí de seguro me harás falta.

Cuando ya perdieron de vista á los franceses, que iban por el camino de Lerma, siempre hostigados por los ginetes españoles, cuyos escuadrones se relevaban para descansar, yendo alternativamente en guerrilla ó en masa, don Jerónimo determinó entrar en Aranda á la cabeza de su hueste.

No hay que decir cómo le recibió el vecindario.

El entusiasmo rayaba en frenesí.

El cura, cuando los gritos del pueblo cesaban un poco y dejaban oír su voz, decia señalando á Juan, que iba á su lado:

—Este es quien hoy lo ha hecho todo.

Y entonces las aclamaciones subían de punto, y el pueblo y los guerrilleros vitoreaban á Juan, á Merino, á España y al rey Fernando.

Capítulo XIV

El gobernador de Aranda

Concluida la solemne y entusiasta recepcion que á Merino y sus guerrilleros hizo el vecindario de Aranda, retiróse el cura á su alojamiento, donde despues de comer hizo llamar á Juan, con el cual entabló el siguiente diálogo:

—Muchacho, estoy contento de tí.

—Muchas gracias,—repuso Juan.

—La determinacion que tomaste era la mejor, y además veo que has ejecutado admirablemente lo mismo el ataque que la defensa del pueblo.

—He procurado que usted quedara satisfecho.

—Pues has ganado perfectamente tu empleo de comandante.

—A la bondad de usted lo debo.

—Nada de eso... Yo te quiero mucho, lo mismo que á tu hermano...

—Ya lo sabemos.

—Pero si no sirvieras para el caso no te ascenderia, porque antes que todo es la patria, y su servicio podria perjudicarse concediendo los mandos superiores á quien no los mereciera.

Merino hablaba con sinceridad.

En él nada influia el favoritismo, y si hubiera creido que Juan no tenia condiciones para desempeñar bien el empleo que le concedia, no se lo hubiera concedido.

Juan no tuvo que contestar á sus últimas palabras, y permaneció callado.

—Ahora,—prosiguió el cura,—voy á darte una prueba más de mi confianza.

—Ese será un nuevo motivo para que sacrifique mi vida cien veces, si es preciso, por servir á la patria.

—Estoy seguro de ello.

—No tenga usted la menor duda.

—Es el caso, que como nuestras fuerzas aumentan todos los dias, y aumentarán cada vez más, porque se ha mandado á todas las juntas de distrito que activen el reclutamiento de voluntarios, he resuelto organizar definitivamente un batallon de infantería y un regimiento de caballería.

—Está muy bien.

—El regimiento lo tenemos completo, pues nuestras fuerzas se acercan á seiscientos caballos, con los cuales tenemos cinco escuadrones de á ciento veinte ginetes cada uno.

—Es un buen regimiento de campaña.

—Cuyo mando ha de quedar confiado á tí.

—¿A mí?—preguntó Juan con asombro.

—Sí,—replicó don Jerónimo;—Segura mandará el batallón de infantería, que hoy por hoy no tendrá más de quinientas plazas; pero aquí tenemos cerca de doscientos heridos, entre los cuales, como siempre, habrá muchos leves, y creo que dentro de quince ó veinte días más de la mitad podrán prestar servicio.

—Es cierto.

—De modo que con eso y los voluntarios que vayamos reclutando, no es hacerse ilusiones pensar que dentro de un mes el batallón se compondrá de ochocientos hombres, capaces de hacer frente á otros tantos enemigos.

—Dice usted bien.

—Pero no es esto todo.

—¿Piensa usted hacer más?

—Sí, la posesion de Aranda nos ha costado mucha sangre para pensar en abandonarla.

—Es verdad.

—Además, una poblacion tan importante puede proporcionarnos muchos recursos y ser una gran base de operaciones futuras, ó un buen refugio, en caso de que sufriéramos una derrota.

—Para eso es preciso ponerla en estado de defensa.

—Ya lo he pensado.

—Y tal vez será difícil.

—No tanto.

—Puede.

—Nosotros tenemos un buen material de artillería, que no nos sirve de nada.

—Es verdad, el que cogimos en Quintana de la Puente.

—Todos los cañones y cureñas, andan enterrados en los conventos, y hasta en los bosques, estropeándose y sin prestarnos ningun servicio.

—¿Quiere usted traerlos aquí?

—Precisamente. Ya sé que la empresa no es fácil. Sin embargo, toda esta parte está por ahora limpia de enemigos, y además no me propongo formar un convoy, sino hacer que traigan los cañones cada uno por su lado, en carretas de bueyes ó del modo que se crea más conveniente, atendiendo á las dificultades del camino y demás obstáculos que puedan presentarse.

—La empresa, aunque difícil, no es imposible.

—Eso creo.

—Pero hay un inconveniente,—añadió Juan despues de un momento de pausa.

—Sí, la falta de artilleros,—contestó Merino, que cuando concebía un proyecto no era nunca á medias, y estaba acostumbrado á prever todas las contingencias.

—Eso mismo.

—Hoy pienso escribir á la Junta de Sevilla, pidiendo que me envíen cinco ó seis sargentos y algunos cabos de artillería, los cuales podrán en poco tiempo formar buenos artilleros de los reclutas que destinemos á ese servicio.

—Veo que no se le olvida á usted nada.

—Aun he pensado en otra cosa.

—¿En otra?

—¿No adivinas cuál es?

—No, señor.

—¿Entiendes tú algo de fortificación?—preguntó don Jerónimo.

—Ni una palabra.

—Pues yo tampoco.

—Pero el comandante Segura...

—Sabrá poco más que nosotros,—contestó Merino con viveza.—Lo que aquí nos hace falta es un oficial de ingenieros, y hoy lo pediré también á la Junta de Sevilla.

—Hará usted bien.

—Como me envíen un hombre de inteligencia y de buena voluntad, en quince días no diré que pueda convertir á Aranda en una plaza de primer orden; pero podrá construir dos reductos y dos ó tres baterías en los puntos más amenazados, y colocando en ellos unos cincuenta cañones que nosotros poseemos, ya tendrán que mirarse bien los generales franceses antes de venir á buscarnos camorra.

—Es indudable.

—Las fortificaciones de tierra son las mejores, según dicen los militares, porque en ellas hacen poco daño las balas de cañón.

—Y además se construyen pronto.

—Es claro. Por eso he pensado que se hagan de tierra las que aquí se necesiten.

—Trabajadores no han de faltar.

—Creo que todos los vecinos trabajarán con gusto.

—Y además, he pensado que hoy hemos cogido unos sesenta prisioneros.

—En Neila tenemos otros tantos desde la accion de Covarrubias.

—Total, unos ciento veinte hombres, á quienes mantenemos para que estén haciendo los vagos. Los reuniremos aquí todos, y les haremos ganar la comida trabajando en las fortificaciones.

—Estamos en nuestro derecho.

—¡Pues no faltaba más!

—¿Y ha pensado usted,—preguntó Juan,—en las fuerzas que han de quedar de guarnicion aquí?

—Sí por cierto.

—Bien.

—Por de pronto, hoy mismo nombraré un gobernador militar, que serás tú.

—¿Yo?—preguntó Juan.

—Nadie me inspira más confianza.

—Mil gracias.

—A tus órdenes quedará tu regimiento de caballeria.

—¿Todo?

—Aquí tendrá la plana mayor y su punto de residencia, aunque se destinen fuera los destacamentos que sean necesarios, y salgan además los escuadrones que tengan que hacer alguna expedicion ó prestar cualquiera clase de servicio.

—Corriente.

—Tendrás además dos compañías de infantería,—añadió Merino.

Juan movió la cabeza é hizo un gesto, como manifestando que aquella fuerza le parecia muy escasa, pero

que no se atrevia á hacer ninguna objecion, porque no se creyera que tenia miedo.

Merino adivinó lo que pensaba su subordinado, y le dijo sonriendo para responder á sus ideas, ya que no á sus palabras:

—Ya sé que es poca gente...

—Yo no he dicho nada,—replicó Juan.

—Pues yo lo digo,—añadió don Jerónimo, y prosiguió diciendo:—es poca gente, aún contando con los trescientos artilleros que has de reunir bajo tu mando.

—¿Trescientos?

—Segun dice Segura, cada cañon necesita seis.

—Pero no tenemos tantos reclutas.

—Ya irán viniendo.

—Eso es diferente.

—Ya sé que para defender la poblacion, si fuera atacada en regla, necesitarías mucha más infantería; pero en primer lugar, los franceses no te han de atacar sino con fuerzas muy respetables, cuyos movimientos hemos de saber necesariamente, y por lo tanto, nos han de dar tiempo para que yo te enviara todo el batallon y sacara de aquí la caballería, que de poco podría servir encerrada, y á mis órdenes fuera seria terrible.

—Sin duda.

—En segundo lugar,—añadió el cura,—que desde hoy mismo te dedicarás á organizar en Aranda una milicia urbana.

—¿Una milicia?

—Es claro. Nosotros no podemos obligar á nadie á

salir á campaña; pero todo ciudadano, soltero, casado ó viudo, tiene obligacion de tomar las armas para defender su hogar contra el extranjero. Yo no sé si esto lo dirá alguna ley, pero si no lo dice, debia decirlo.

—Tiene usted razon.

—Y sobre todo, quien manda manda, y aquí por ahora mandamos nosotros.

—Los vecinos de Aranda han probado hoy su patriotismo,—dijo Juan,—y me parece que no opondrán la menor resistencia.

—Y al que la oponga le haremos arrepentirse,—repuso Merino.

—El vecindario es muy numeroso, y esa milicia podrá darnos un buen par de batallones.

—De seguro, y no exigiéndoles ningun servicio más que en caso de peligro; ¡qué diantre! no se les pide ningun imposible.

—No, señor.

—Conque ya lo sabes, hoy mismo tomarás posesion de tu empleo de gobernador, y no ha de llegar la noche sin que todos mis proyectos hayan comenzado á ejecutarse.

Merino, solo con su actividad, valia más que un ejército.

Para él las palabras *mañana* y *despues* no existian. Todo lo hacia en el acto.

En cuanto aceptaba una idea, podia decirse que ya habia comenzado á ponerla por obra.

A esto debió los inmensos resultados que obtuvo en la guerra.

Los recursos en sus manos se multiplicaban, por la oportunidad con que sabia emplearlos.

Su genio organizador no tenia rival.

Estaba acostumbrado á sacar partido hasta de las cosas más insignificantes.

Parecia que la nada puesta en sus manos, se convertia en algo.

Los franceses, que al principio le despreciaban, aprendieron por fin á respetarle á fuerza de sangre y de derrotas.

.

Luego que el cura dió por terminada la conferencia, Juan salió de su alojamiento con el corazon henchido de alegría.

No habia cumplido aun veinticuatro años, se encontraba halagado en su amor propio, cada dia se abrian á su ambicion de gloria militar nuevos horizontes, y sólo le faltaba el amor de María para ser completamente feliz.

.

Ya era muy entrada la noche, cuando Segura llegó á Aranda con los cinco escuadrones de caballería.

Habia hecho á los franceses una persecucion terrible.

Más de tres leguas habian marchado los ginetes españoles tiroteando á los vencidos de Aranda.

Es decir, que los franceses habian sufrido cinco horas de marcha, constantemente hostigados por su ene-

migo, que tan pronto se desplegaba en guerrilla y enviaba de todas partes un diluvio de balas, como se reunía en masa para cargar y acuchillar á los pobres húsares, que todo el día tuvieron á su cuidado la difícil tarea de proteger aquella penosa retirada.

Veinte veces los soldados imperiales, asfixiados por el calor y desesperados por aquella enérgica persecución, hicieron alto y presentaron combate, deseando acabar de una vez y escarmentar á sus enemigos, ó ser acuchillados por ellos; pero otras tantas el prudente y hábil Segura esquivó la batalla, hizo replegar á los españoles, manteniéndose á respetable distancia de los franceses, sin perjuicio de volver á acosarlos en cuanto volvían á emprender la marcha.

Así los acompañó hasta llegar á Gumiel, en cuyo pueblo se parapetaron los franceses para pasar la noche.

Segura, que una vez en aquella posición, no podía atacar al enemigo, determinó volverse á Aranda de Duero, para dar á la tropa el descanso que necesitaba después de aquel día de combates y peligros.

Cuando el comandante, con todos sus oficiales, se presentó al cura Merino, este les enteró de que había nombrado á Juan gobernador de Aranda, participándoles que en lo sucesivo sería además el jefe de la caballería y Segura el de la infantería.

En vista de esto, Segura, que ante todo era muy militar y muy ordenancista, determinó que tanto él como sus oficiales debían presentarse inmediatamente al gobernador de la plaza, después de haberse presentado al jefe superior de la guerrilla.

La entrevista fué alegre y cordial.

Juan habia instalado las oficinas del gobierno en el cuartel que por la mañana habia tomado, eligiendo un pabellon para que le sirviera de alojamiento.

Allí se encontraba trabajando asiduamente desde por la tarde.

Ya habia despachado tres correos para que llevaran otras tantas comunicaciones de Merino: una para que fueran á Aranda los prisioneros que habia en Neila; otra para que se preparase la conduccion del material de artillería que estaba en Quintana, y la tercera para que se remitiese á Sevilla, á cuya Junta daba el cura parte de los últimos hechos de armas y pedia el personal que necesitaba.

Además, habia tenido Juan que ocuparse en disponer la asistencia de los heridos, la custodia de los prisioneros, el servicio de la plaza, el alojamiento de las fuerzas, y otra porcion de cosas, que no le habian dejado ni un momento ocioso.

El muchacho estaba rendido.

Conversó un rato con Segura y sus compañeros, que le felicitaron por su ascenso á comandante y por su nuevo empleo, y como todos tenian la misma necesidad de descansar, pronto los recién llegados dejaron al nuevo gobernador solo con su hermano.

—Tanto vas subiendo, chico,—exclamó Tomás luego que se quedó solo con Juan,—que no extrañaré verte algun dia capitan general ó arzobispo de Búrgos.

—¿Arzobispo?

—En estos tiempos en que los curas llegan á coro-

neles, no es de extrañar que los soldados acaben por arzobispos.

—Don Jerónimo se ha ganado bien el empleo que le acaba de conceder la Junta de Sevilla.

—Sí, ¿pero sabes lo que veo?

—¿Qué?

—Que aquí no asciende nadie más que él y tú.

—Hombre, á él le nombraron teniente coronel por la organizacion de la guerrilla, y luego le han dado el empleo de coronel por la accion de Quintana de la Puente.

—Pero los demás tambien somos hijos de Dios, y á todos nos han silbado bastantes balas en los oidos.

—Pero no todos podemos ser jefes.

—Es verdad, porque entonces no tendríamos á quién mandar.

—Ni tú ni yo tenemos motivo de queja.

—No por cierto.

—Y siento haberte oido decir lo que has dicho.

—Calla, hombre, si ha sido en broma. ¿Crees tú que yo voy á tener envidia?

—Nunca has sido envidioso.

—Además, ya sé que vales cien veces más que yo.

—No tanto.

—Y además, que hoy tú has puesto el cascabel al gato.

—El combate ha sido terrible.

—Ya nos lo han contado los oficiales que vinieron contigo esta mañana.

A Juan se le cerraban los ojos.

—Veo que tienes sueño,—dijo Tomás.

- Sí,—contestó su hermano.
- No tengo yo poco.
- Hace cuarenta y ocho horas que no duermo.
- Y yo en las últimas veinticuatro he pasado más de quince á caballo.
- Lo mejor será que nos acostemos, y mañana escribiremos á nuestro padre dándole cuenta de todo.
- No se alegrará poco de tu ascenso.
- Es natural.
- Cierto; pero yo tengo que advertirte una cosa.
- ¿Qué?
- Que el cansancio no me quita el apetito.
- Ya me lo figuro.
- Y como el almuerzo lo tengo en los talones...
- Mi asistente nos dará de cenar.
- Enhorabuena.
- Y tú te alojarás conmigo.
- Corriente.

Los dos hermanos salieron del despacho cogidos del brazo, y se dirigieron al pabellon que Juan habia destinado para alojarse.

Allí cenaron alegremente y se acostaron.

Poco despues dormian profundamente.

Juan vestido, por si acaso ocurría algo en la poblacion y tenia que salir á desempeñar las funciones de su cargo.

Tomás metido entre las sábanas, placer que pocas veces disfrutaban los guerrilleros.

Entre tanto, los vecinos de Aranda, que anticipándose á los deseos del cura Merino habian tomado las ar-

mas desde por la mañana, rondaban con el mayor celo por las calles de la poblacion y por los alrededores, á pesar de que las fuerzas de la guerrilla que estaban de servicio, cumplian sus deberes con una vigilancia que no dejaba nada que desear.

Pero como alli todos rivalizaban en patriotismo, no habia quien no tuviera un gran placer en ocuparse en algo que pudiera contribuir al triunfo de la causa nacional.

Capítulo XV

Donde se pasa revista á todos los personajes que figuran
en este libro

Cerca de un mes habia pasado desde que se dió la formidable batalla de Aranda, á la cual no vacilamos en dar este nombre, aun en la acepcion que la ciencia militar atribuye á la palabra, porque fué un combate en que tomaron parte las tres armas, y duró de sol á sol, contando la persecucion de los vencidos, que no habia sido para los franceses la parte ménos lastimosa.

Los planes del cura Merino se habian realizado en su mayor parte.

La Junta de Sevilla, á falta de un ingeniero, de los cuales no estaba muy sobrada, envió un teniente de zapadores, el cual hizo en Aranda las obras más precisas para ponerla en estado de defensa.

Los cañones que se hallaban en Quintana de la Puen-

te fueron trasladados, no sin grandes trabajos, y se colocaron en diferentes baterías, cuyo principal objeto era la defensa de la orilla derecha del río, que era la parte más amenazada en caso de peligro, porque era la que daba al camino de Lerma.

Algunos sargentos y cabos de artillería se ocupaban asiduamente en la instruccion de reclutas, y como estos abundaban, la plaza podia ya contar con unos doscientos y pico de artilleros, capaces de servir las piezas en caso de necesidad.

En el hospital sólo quedaban unos veinte heridos, que eran los más graves, cuya curacion, á pesar de la esmerada asistencia que tenian, debia ser larga, suponiendo que fuera posible, pues algunos de ellos habian ya sido amputados, y otros, segun declaracion de los facultativos que los asistian, necesariamente quedarian inútiles.

La milicia urbana estaba organizada.

Formaba dos batallones, que habian elegido por medio de votacion sus jefes y oficiales.

Esta fuerza no usaba ningun uniforme, ni tenia más distintivo que una gorra; pero estaba bien armada, y aunque por su falta de instruccion militar, su poca costumbre y la clase de hombres que la componian, hubiera sido poco terrible en un campo de batalla, detrás de los fortines y parapetos, apoyada por una numerosa artillería, podia desempeñar un papel muy importante.

Los prisioneros franceses, que pasaban de ciento, trabajaban sin cesar en las obras de fortificacion, y cuando

estas se concluyeron, dispuso Juan que se ocuparán en empedrar las calles de Aranda.

Sólo los oficiales, que eran tres, fueron exceptuados de estos trabajos.

Juan hizo que se les alojara en el mismo edificio del gobierno militar, destinó para que les sirviera uno de los prisioneros, y como se mantenian por su cuenta, nadie se metia con ellos.

Tenian la poblacion por cárcel y paseaban libremente por donde querian, bajo la garantía de su palabra de honor, á la cual se ha visto muy pocas veces que falten los oficiales en casos análogos.

Como las juntas patrióticas de la provincia no se dormian, Merino recibia diariamente nuevos voluntarios.

Quien más contribuyó á este resultado fué el clero, que por entonces ya predicaba en toda España una especie de guerra santa, y excitaba el ardor de la juventud para que se levantara en armas contra los invasores.

De este modo, fácil es concebir que la formacion del batallon de Segura marchaba á las mil maravillas.

Ya tenia cerca de los ochocientos hombres que debia reunir para estar completo, y don Jerónimo iba pensando en que tal vez pronto lo podria convertir en regimiento de dos batallones.

Segura habia tenido la satisfaccion de ver recompensados sus servicios con el empleo de teniente coronel, que le concedió la Junta de Sevilla, enviando además varias cruces de San Fernando para los oficiales

que más se habian distinguido desde el principio de la guerra.

Nuestro amigo Tomás obtuvo una de ellas.

El regimiento de húsares de Búrgos, que, como ya hemos dicho, era el nombre que Merino habia dado á su caballería, estaba completo.

Tenia seiscientos caballos, y su bizarro jefe el gobernador de Aranda, podia jactarse de que los escuadrones de su mando hubieran hecho buen papel en cualquier batalla, aunque fuera al lado de aquella admirable caballería inglesa, que tantos disgustos daba á los soldados de Napoleon.

Los escuadrones, unas veces reunidos, otras sueltos, apoyados ó no por infantería, y mandados tan pronto por Merino, como por otro jefe á quien delegaba, segun la importancia del asunto, seguian haciendo marchas y contramarchas, ya para sorprender un destacamento francés, ya para procurarse víveres, interceptar correos, ó simplemente para tener en alarma al enemigo ó espiar sus movimientos.

Juan, entregado á las atenciones de su nuevo empleo, no se movia de Aranda, lo cual le parecia poco agradable, y en alguna ocasión manifestó á don Jerónimo con cuánto gusto tomaria parte en un servicio más activo.

—Tú me haces falta aquí,—le replicaba siempre Merino;—pero no tengas cuidado; tienes el brazo demasiado duro para que yo me olvide de él cuando tengamos que hacer algo de provecho. Donde haya que batir el cobre de veras, allí estarás tú; yo te lo prometo.

El joven, tranquilo con esta promesa, consagraba todo su celo al desempeño de su cargo, y sus afanes no eran por cierto infructuosos.

Entre tanto, don Venancio continuaba preso en Búrgos.

Todos los esfuerzos de las personas más importantes de la población, todos los resortes que tocó con pasmosa actividad la Junta insurreccional de la provincia, fueron inútiles.

Y lo peor es, que el proceso del honrado patriota que debía ser juzgado en consejo de guerra, marchaba con gran lentitud.

Como no había contra don Venancio ninguna prueba, el general conde de Dorsenne veía que la sentencia no podía ménos de ser absolutoria; pero como al mismo tiempo tenía una convicción moral íntima y profunda de que este caballero era uno de los principales causantes de la insurrección de la provincia, demoraba todo lo posible el juicio, para retardar el momento de ponerlo en libertad.

No era de extrañar esta conducta, así como la falta de actividad que se notaba en los franceses contra los españoles.

Por regla general, habían adoptado el sistema de no empeñarse en grandes persecuciones contra las guerrillas, en primer lugar, porque los ejércitos ingleses y españoles y los sitios de las plazas fuertes les daban bastante que hacer, y en segundo, porque como las guerrillas eran innumerables, no hacían frente más que cuan-

do les convenia, y se disolvian con tanta facilidad en caso de apuro, para volver á reunirse donde lo tenian por conveniente: luchar con ellas, era exponerse á perder mucho para no ganar nada.

Las partidas venian á ser una especie de sangría suelta para el ejército francés.

Combatiendo con ellas, no experimentaba grandes desastres, no perdia miles de hombres como sucede en las batallas campales; pero en un lado caian dos, más adelante cuatro, en otro sitio diez, y esto todos los dias, todas las horas, todos los momentos.

Los ejércitos de Jerjes se hubieran debilitado, acabando por aniquilarse.

El general Belliar, gobernador de Madrid, decia al ver que los guerrilleros hormigueaban por toda la Península: «Nosotros somos los verdaderamente prisioneros en este país, que decimos haber conquistado (1).»

Por estas razones, el conde de Dorsenne se resistia á poner en libertad á don Venancio, pues temia que con esto recibiera nuevo impulso la guerrilla del cura Merino, que ya estaba bastante envalentonada, como lo demostraban sus últimos hechos.

Don Fabian seguia favoreciendo secretamente la causa de los españoles, y más de una noticia tuvo don Venancio, y por él la Junta insurreccional de Búrgos, que no hubiera tenido á no ser el antiguo escribano prefecto de Búrgos.

No aplaudiremos nosotros su traicion, pero en la

(1) Histórico.

guerra, sobre todo en la guerra defensiva, ningun medio debe perdonarse, y ya que don Fabian era capaz de seguir aquella conducta, los españoles estaban en el deber de aprovecharla.

Pepita, la linda viuda de Barbadillo del Mercado, se encontraba en todas partes.

Tan pronto en Búrgos como en su pueblo; unas veces recorriendo la provincia para comunicar su ardor á las Juntas de distrito, otras en el campamento de Merino, llevando noticias ó recibiendo órdenes.

Era una conspiradora terrible, que hizo á los franceses más daño que diez hombres, porque habia consagrado á la guerra todo su entusiasmo mujeril y la febril actividad de su juventud y su carácter.

En Villoviado tenemos á los ancianos padres de Tomás y Juan, que no cabian en sí de satisfaccion al saber los progresos que hacian sus hijos.

Cada carta de los muchachos era leida y releida una y otra vez.

Gil lloraba de alegría.

Mariana solia recordar con terror los peligros á que se hallaban expuestos aquellos pedazos de su corazon.

—¿No lo ves?—decia el marido.—Ya tienes á tu hijo comandante de caballeria, y como quien no dice nada, gobernador de Aranda.

—Sí, pero esa batalla debe haber sido espantosa, y si lo hubieran muerto.

—Toma,—contestaba Gil,—si lo hubieran muerto, si lo hubieran muerto, era yo capaz de morirme tambien; pero como no ha sucedido esa desgracia, no veo por qué hemos de llorarla. ¡Sobre que á él no le tocan las balas!

—Mira lo que pasó á Tomás en Covarrubias,—dijo Mariana.

—Una herida leve... Eso no vale un comino.

—Pues aunque yo no te ví entonces, estoy segura de que llorabas lagrimones como puños.

—¿Yo llorar... mujer... yo llorar?...

—Si te conoceré yo.

—Bueno, y si lloraba... ahora me rio, y váyase lo uno por lo otro.

Esta era la conversacion de todos los dias.

En ella tomaban parte muchas veces Gregoria y su hija.

María habia ya perdonado á Tomás su inconstancia, lo cual quiere decir que su amor estaba extinguido, y que si aun se acordaba del jóven, era como podia acordarse de un buen amigo, tal vez de un hermano.

Cuanto ménos se acordaba del que habia sido su novio, más daba en pensar en Juan.

Ya se ve, la tia Gregoria le hablaba de él á todas horas.

Gil y Mariana tampoco se descuidaban.

Y la chica recordaba que era un buen mozo y sabia que los que ponderaban sus buenas cualidades no le hacian más que justicia.

Juan tenia en toda la comarca una fama de valien-

te, que no podia ménos de impresionar fuertemente á la muchacha.

Casi se hablaba de él tanto como del cura Merino.

Y aquella gloria no podia ménos de reflejarse en cierto modo sobre su amada.

Además, era comandante, es decir, tenia una posicion con la que nunca se atrevió á soñar ningun vecino de Villoviado.

Habia dado una gran prueba de amor y generosidad, callando su cariño mientras su hermano fué el preferido.

En todo aquel tiempo debia haber padecido mucho.

Esto le hacia aún más interesante.

No habia temor de que fuera infiel como su hermano.

La mujer á quien amara, si correspondia á su cariño, podia estar segura de ser su esposa.

Y de su amor no podia caber duda.

María creia en él.

Cuando las mujeres llegan á creer en el amor de un hombre como Juan, están muy cerca de quererle.

.

La casa de don Modesto, en el pueblo de Covarrubias, seguia albergando el poético amor de Amalia.

Esta no era feliz, ni mucho ménos.

Es verdad que Tomás la escribia con frecuencia, y que en sus cartas se mostraba amante y apasionado; pero la jóven conocia bien á su novio.

Tenia celos del pasado.

El presente la inspiraba miedo.

La aterraba el porvenir.

El amor que pintaba por escrito el joven capitan, no era como el de Amalia.

El amaba como los hombres.

Ella como los ángeles.

Era muy difícil que pudieran entenderse.

Amalia necesitaba poner mucho de su parte, para que la satisficiera un amor que distaba bastante de ser lo que habia soñado.

La alegría de Tomás la asustaba.

Su inconstancia la hacia anticiparse una desgracia que fácilmente podia acontecerla.

—Me quiere,—pensaba;—pero tambien queria á la otra. ¡Si me olvidará á mí lo mismo que á ella!...

La verdad es que este temor no era sino muy fundado, y se apoyaba en un razonamiento exactísimo.

Hay en las almas superiores una especie de don profético, que las hace anticiparse á los acontecimientos.

Y en el corazon de Amalia se levantaba como un presentimiento, cuya voz en vano queria ahogar la joven, procurando aturdirse con la felicidad del presente.

Lo cierto es que para ella habia sido una desgracia conocer á Tomás, y sobre todo amarle.

Verdad es que probablemente le hubiera sucedido lo mismo enamorándose de cualquier otro.

Amalia era la encarnacion del idealismo.

Una verdadera excepcion en el género humano.

Para ser feliz, necesitaba encontrar un alma como la suya.

Y esas almas gemelas, aunque existen, se encuentran pocas veces.

Hay flores que sólo viven en las estufas.

El más débil rayo de sol las marchita.

El menor soplo de viento rompe su tallo.

Amalia era una de esas flores.

Vivia del amor de Tomás.

El amor de Tomás podía matarla.

Para esto bastaba cualquiera cosa.

Doña Susana, que lo conocía, no perdonaba medio para hacer creer á su hija que su novio no se parecía á los demás hombres, que su amor duraría eternamente.

La pobre madre mentía á sabiendas.

Sabía que aquel engaño era muy peligroso.

Pero juzgaba que hubiera sido más fatal el desengaño, y procuraba alejarlo de Amalia, pidiendo entre tanto á Dios que no llegara nunca.

Y Amalia pasaba la vida esperando con impaciencia las cartas de Tomás.

Cada vez que llegaba una, la jóven enloquecía de felicidad.

La cubría de besos, tan castos y tan puros como los que un niño da á su madre estando en la cuna.

La leía saboreándola, y al concluir decía conteniendo una lagrima:

—Me quiere, me quiere mucho, tanto como yo á él... pero no del mismo modo.

Y al contestarle se esforzaba por traspasar á Tomás algo de su modo de sentir, de su sér, de su alma.

Esto era imposible.

La encantadora joven luchaba por realizarlo, y sin saberlo agotaba su vida en aquella lucha superior á las fuerzas humanas.

.....
.....
Veamos qué hacia Tomás entre tanto.

Capítulo XVI

En el que se ve que genio y figura hasta la sepultura

Desde la noche que Tomás vió en el campamento, á la luz de la hoguera en que se calentaban los oficiales, el airoso talle y el lindo rostro de doña Josefa, tenia una idea, que si no estaba fija en su mente, al ménos no dejaba de ocurrírsele con alguna frecuencia.

Nuestros lectores recordarán lo que ocurrió entonces.

—¡ Buen bocado !— habia exclamado el jóven al ver á la viuda.

— Pero no es para tí,— le contestó su hermano.

Y Tomás se preguntó inmediatamente:

—¿ Por qué no ha de ser para mí?

El muchacho, no sólo era aficionado á las hijas de Eva, sino que además habia en su carácter un fondo de

vanidad, que le hacia emprender muchas de sus empresas amorosas.

Tal vez si Juan no le hubiese dicho nada, él hubiese olvidado al dia siguiente á Pepita.

Pero aquella afirmacion de que la viuda no era para él, mortificaba bastante su petulancia.

Veia allí, no sólo una mujer hermosa que añadir al catálogo de sus conquistas, sino una dificultad que vencer, y esto le hacia entrar en ganas de tentar el vado.

Sabia que entre los guerrilleros se murmuraba que aquella buena moza corria por cuenta de don Jerónimo; pero además de que esto podia ser simplemente una murmuracion, él en materia de amores no reconocia más derecho que el de la victoria.

Aunque Merino era su jefe, la ordenanza no habla de que los subalternos deban respetar á las amadas de sus superiores, y Tomás creia que el amor era un campo abierto donde todo el mundo tiene derecho á coger las flores que más le plazcan, con tal que ellas dejen que se las coja.

Al hacer estas reflexiones, más de una vez pensó en Amalia, pero decia:

—¡Qué caramba, esto no tendria nada de particular! Yo no dejo de quererla, pero no soy ningun cartujo. Si esa individuoa se me pone á tiro de ballesta... á nadie amarga un dulce, y porque yo me lo coma, no dejará mi corazon de pertenecer siempre á Amalia. ¡Ah, eso sí! ¡Pues apenas hay diferencia de una á otra! Esta es guapa, pero nada más. Se puede pasar con ella un

buen rato... Pero Amalia, Amalia es otra cosa: á Amalia se la adora; Amalia es el amor de mi alma. Y luego, como no ha de saber nada, ojos que no ven... En fin, si yo encuentro una ocasion favorable, ya le diré al tonto de Juan si ese buen bocado es para mí ó no.

Segun se ve, Tomás discurria como el vulgo de los hombres.

Amaba á Amalia, pero deseaba á la otra, y por conseguirla y satisfacer al mismo tiempo un amor propio mal entendido, era capaz de arriesgar su felicidad y la vida de aquella pobre niña que le adoraba.

Verdad es, que á él no se le ocurrió semejante cosa.

Si se le hubiera ocurrido, habria que considerarlo como criminal.

Pensaba entonces con la impremeditacion y el aturdimiento que se veian en todos sus actos.

Como no tenia en aquel asunto un verdadero empeño, tal vez hubiera desistido de sus propósitos si no se le hubiese presentado ocasion en que hablar á la viuda.

Pero la ocasion se le presentó.

El mismo don Jerónimo, cuando estableció su línea desde Pineda de la Sierra hasta Santa Cruz de la Salceda, y dió á Tomás el mando de las fuerzas acantonadas en Ontoria del Pinar, le llevó como por la mano á emprender aquella aventura.

Ontoria del Pinar está muy cerca de Barbadillo del Mercado, donde residia la viuda.

Los dos pueblos pertenecen al distrito de Salas de los Infantes, y como Merino estaba pocas veces con su tropa, Pepita debia entenderse con Tomás para comuni-

carle todos los avisos que se recibieran, y Tomás dirigirse á ella siempre que necesitara adquirir noticias ó dar algun parte.

La primera vez que el muchacho fué á Barbadillo del Mercado, poco antes de la batalla de Aranda, era de noche.

Tomás fué recibido por la viuda con el agasajo natural en una persona de esmerada educacion, y el que merecia además un capitan delegado del cura Merino.

Estaba diluviando.

El jóven se quitó el capote, que chorreaba agua por todas partes, y se excusó cortésmente con Pepita por presentarse en su casa de aquel modo.

—Ya sé lo que es la guerra,—le contestó Pepita.—Sus excusas de usted podrian tener lugar si viniera á verme por gusto; pero esta no es una visita, sino el cumplimiento de su deber, y esto es tanto más meritorio cuanto son mayores las incomodidades que ocasiona.

—Un deber que me obliga á ver á usted, señora, es tan agradable, que no puede proporcionarme incomodidades, y me haria olvidarlas si me las proporcionara.

La viuda sonrió al escuchar la galante respuesta de Tomás, y reparó que el capitan era un jóven gallardo como pocos y simpático como ninguno.

—¿Le ha encargado á usted su jefe que me dijera eso?—preguntó ella con graciosa coquetería al cabo de un momento.

—Yo no necesito que nadie me lo encargue para decir lo que siento,—replicó él, bajando la voz y adoptando un tono casi confidencial.

—Voy á mandar que cuiden de su caballo de usted y que pongan á secar su capote.

Doña Josefa se separó de Tomás algunos pasos, dió varias órdenes á un criado, y luego, abriendo la puerta de su gabinete, dijo á Tomás:

—Pase usted adelante.

Tomás entró, siguiendo á la viuda, en una habitacion cuyos muebles no dejaban de ser buenos y elegantes, atendiendo á las costumbres de la época. Entonces aún no habia en España ese lujo, que luego nos ha invadido para bien nuestro, segun el parecer de ciertos sábios, que opinan que lo que causa la ruina de los particulares, puede ser origen de la prosperidad general.

Era una salita pequeña, adornada con una sillería de nogal, una gran cómoda-escritorio de las llamadas *burós*, y una mesita de tocador, en que no se encontraban cosméticos ni pinturas, pero donde unos botes de pomada, algunos frasquitos de esencias, varias limas, tijeras y cepillos de diferentes clases, atestiguaban que su dueña era más cuidadosa de su persona que la generalidad de sus coetáneas. Por supuesto, la sillería no estaba tapizada, que semejante muestra de esplendor sólo en los palacios podia entonces permitirse. Sólo el sofá tenia un almohadon de damasco encarnado, y á los lados dos cogines de lo mismo. La ventana, que daba á la calle, ya estaba herméticamente cerrada, y delante de ella se veia un gran cortinon de muselina blanca, y de la misma tela era la colgadura que envolvía completamente una cama que habia en la alcoba.

Detrás del jóven capitan entró una criada, llevan-

do encendido un velon de seis mecheros, producto pesadísimo de la industria de Lucena, y lo dejó sobre la cómoda, saliendo en seguida.

Pepita se sentó en el sofá, é invitó á Tomás con un ademán á sentarse á su lado.

No se hizo rogar el muchacho; y despues de poner un taburete para que la viuda apoyara sus lindos piés, ocupó el sitio que se le ofrecia.

—¿Conque le envia á usted don Jerónimo?—preguntó Pepita despues de sentarse.

—No, señora,—contestó resueltamente el jóven.

—¡Ah!

—Quiero decir,—añadió Tomás, que creyó notar en la exclamación de Pepita un poco de alarma.—Me envia y no me envia.

—Si usted no se explica...

—Es muy fácil. El señor cura me ha encargado que me ponga de acuerdo con usted para adquirir y comunicar las noticias que puedan interesarnos.

—Ayer me avisó efectivamente que se marchaba de Ontoria del Pinar por unos días, y que durante su ausencia debia entenderme con el capitan don Tomás Mendoza.

—Y el capitan don Tomás Mendoza,—se apresuró á decir el muchacho,—seria el más imbécil y el más grosero de los hombres, si por su culpa retrasara un solo minuto la dicha de ponerse á las órdenes de usted.

—Me decia don Jerónimo que ese capitan es uno de sus más valientes oficiales...

—¡Señora!

—Pero sin duda se le olvidó decirme, que era tambien un cumplido cortesano.

—No habrá conocido en mí esa cualidad.

—Pues es raro que yo en pocos minutos haya tenido ocasion de conocer lo que para él en tanto tiempo permanece oculto.

—Como no me atrevo á decir que usted se equivoca, prefiero creer que no he tenido esa cualidad hasta esta noche.

—No creo que la lluvia haga el milagro de transformar á los hombres.

—La lluvia no, pero usted puede hacerlos mucho mayores.

—Aseguro á usted que no lo sospechaba.

—¿No se mira usted nunca al espejo?

La conversacion tomaba un giro bastante significativo.

Tomás iba derecho al asunto.

Pepita conoció que tenia que habérselas con un mozo emprendedor y atrevido, capaz de ponerla en un apuro, si no se mantenía muy sobre sí.

Y lo peor del caso era que ella no tenia gran seguridad de mostrarse todo lo severa que exigian las circunstancias.

Queriendo, sin embargo, huir del peligro que presentia, varió bruscamente de conversacion y preguntó al jóven:

—¿Tiene usted algunas noticias de los franceses?

—Creo que no se hayan movido de sus posiciones, y venia á saber si usted tenia algun aviso,—repuso

Tomás, mordiéndose los labios, porque conoció la intención de Pepita.

—No, ninguno,—contestó la viuda.

—Más vale así.

—¿Tiene usted poca gana de verlos?

—De lo que tengo poca gana es de marchar de este distrito.

—Pues el país no es muy bello que digamos.

—Pero tiene buenas vistas,—dijo Tomás, cuyas palabras iban siendo más intencionadas á medida que doña Josefa se hacia más la desentendida.

—¿Es usted aficionado á la campiña?

—Sí, señora, cuando en la campiña hay pueblos como Barbadillo del Mercado.

Tomás se acercó un poco á Pepita.

Esta se separó, estrechándose hácia el costado del sofá.

—Hablemos de la guerra,—dijo ella en tono ligero, bajando los ojos ante la mirada intensa y apasionada con que Tomás acompañó sus últimas palabras.

—¿De la guerra?

—Sí, usted creo que ha estado en todas las acciones.

—Mi hermano y yo salimos á campaña el mismo día que el señor cura,—contestó el muchacho, que aquella noche, siempre que hablaba de su jefe, ponía gran esmero en recordar su estado, marcando mucho la frase.

—¿Y cuál de los lances en que usted se ha visto le ha causado mayor impresion?—preguntó la viuda, que á toda costa quería hablar de cosas indiferentes.

—Uno que me ocurrió la víspera de la accion de Espinosa.

—¿La víspera?

—Sí por cierto.

—¿Estaba usted de servicio?

—No, señora.

—¿Pero corrió usted algun riesgo?

—Tampoco.

—Y sin embargo...

—Sin embargo, nada de lo que me ha ocurrido desde que empezó la guerra se ha grabado tan fuertemente en mi memoria.

—¿Qué fué entonces?—preguntó Pepita con verdadero interés y sin poder adivinar de qué se trataba.

—Que tuve la suerte de ver á usted por primera vez,—exclamó Tomás, abandonando repentinamente el tono ligero en que habia hablado hasta aquel instante y dando á su voz el acento de la pasion.

—¡Ah!—dijo Pepita, encogiéndose en el extremo del sofá, aunque Tomás no se habia movido.

—Sí, señora,—prosiguió Tomás;—yo estaba en el campamento, sentado en el vivac á que usted se acercó para combatir el frio, y la luz de la hoguera me pareció mucho ménos viva que la que brotaba de esos ojos: desde entonces no he olvidado á usted ni un solo momento; por una sonrisa de sus labios hubiera arrostrado todos los peligros imaginables; por una hora de amor hubiera dado mi vida.

Y Tomás envolvía completamente á la hermosa viuda en una mirada ardiente, audaz, abrasadora.

Pepita estaba muda.

Tenia los ojos fijos en el suelo, y su respiracion era cada vez más anhelante, más fatigosa.

Quiso contestar al jóven, pero encontró seca su garganta y la lengua se le pegó al paladar.

Ella se habia preparado desde la llegada de Tomás para una escena galante.

En este terreno hubiera podido defenderse.

Y en efecto, al principio ya hemos visto que se defendia con gracia y coquetería.

Pero de pronto el enemigo cambiaba de táctica.

En lugar de un tiroteo de frases corteses ó ingeniosas, se encontraba con una verdadera batalla, que empezaba por una formidable carga de caballería.

Pepita tal vez no habia oido nunca un lenguaje tan apasionado, y sobre todo tan elocuente.

Tomás era un jóven de veintidos años, de rostro agraciado y ojos negros y expresivos, que tan pronto fulminaban sobre ella rayos de pasion, como parecian acariciarla con una mirada tierna y dulcísima.

Además de su hermosa figura, hablaba en favor de Tomás á la imaginacion femenil de Pepita, la fama de su valor y el prestigio que tenian en Castilla la Vieja aquellos audaces guerrilleros, que desafiaban el poder y la fortuna del Capitan del siglo.

La soledad, el silencio de la noche, el misterio de aquel gabinete, la ocasion, todo favorecia á Tomás, y pocas mujeres hubieran resistido tanto como Pepita.

Tomás calló un momento, y viendo que ella no le contestaba, continuó diciendo:

—Desde aquella noche he maldecido mil veces mi fortuna y mis deberes, que me mantenian alejado de usted. Y hoy que mi buena estrella me proporcionaba una ocasion de verla, ¿queria usted que no la aprovechara?

—Basta,—murmuró Pepita con voz opaca y apenas perceptible.—Silencio por Dios.

—No, no callaré; para callar seria preciso que perdiera en este instante la vida,—exclamó Tomás, cogiendo entre las suyas la mano de Pepita, y quedando casi arrodillado á sus piés.—No callaria aunque el mundo entero se empeñara en sellar mis labios. Los franceses están en Salas de los Infantes, y yo no he pasado esta noche solo, casi á la vista de sus avanzadas, para callar ahora lo que siente mi corazon.

—¡Ah! es cierto... Yo no me acordaba... ¡Qué imprudencia!... Y tiene usted que volverse á Ontoria...—dijo con agitacion Pepita.

—¿Qué me importa á mí el peligro, si lo corro por ver á usted, por morir á sus piés loco de pasion?...

—¡Oh, Dios mio!

Tomás vió desprenderse una gruesa lágrima de los ojos de Pepita.

—¿Usted llora?

—No.

—Sí... sí; en vano es negarlo... usted llora, usted tiembla... y esas lágrimas y ese temor son por mí... ¡Tú me amas!...

—¡Oh!

—Sí, me amas; el fuego de mi corazon ha logrado encender el tuyo.

Y Tomás rodeaba con su brazo el talle delgado y voluptuoso de Pepita.

—¡Oh! déjame beber tus lágrimas, esas lágrimas que han sido la primera declaracion de amor.

La voz de Tomás era tan insinuante, tan persuasiva, que la hermosa castellana, que ya no era dueña de sí misma, se incorporó delirante, apartó con mano febril los abundantes cabellos que caían sobre la frente del muchacho, posó en ella sus labios que abrasaban, y cayó medio desmayada en los brazos del capitan.

Capítulo XVII

Donde se descubre la clase de relaciones que habia entre Merino
y doña Josefa

Desde aquel dia, ó para hablar con más propiedad, desde aquella noche, Tomás hizo bastantes viajes á Barbadillo del Mercado.

Las frecuentes visitas que hacia á la viuda y el misterio de sus largos diálogos, no dejaron de llamar la atención á los criados, y sobre todo á las criadas de Pepita.

Estas no tardaron en ponerse al corriente de lo que pasaba, y entre ellas era tenido por indudable que su ama estaba en relaciones amorosas con el gallardo capitán.

Y es el caso, que como suponian que su señora era tambien amante de Merino, primero murmuraron de aquella infidelidad, y luego se decidieron á sacar partido de ella en provecho propio.

Ya se sabe lo que es una criada que posee un secreto de su ama.

Se cree autorizada para hacer todo lo que la acomoda, pensando que han de sufrirla por miedo á que suelte la lengua.

Las criadas de doña Josefa eran dos.

Una camarera y una cocinera.

La cocinera, aunque se enteró de todo, no se dió por entendida, y se satisfizo con quitar buenamente el pellejo á su señora; pero la otra, que sin duda tenia peor condicion, empezó á descuidar el cumplimiento de sus deberes y á no hacer caso de las amonestaciones de doña Josefa.

Esta, que no tenia el carácter muy sufrido, calló al principio; pero en cuanto notó que la criada la trataba con cierta insolencia, la puso bonitamente su salario en la mano y la plantó en la calle.

No esperaba la camarera semejante cosa; pero iracunda y despechada, resolvió tomar venganza, cosa que, á su juicio, era sumamente fácil.

Precisamente habia oido decir que don Jerónimo estaba en Barbadillo del Pez, que dista tres leguas de Barbadillo del Mercado, y resolvió ir allá para enterarle de lo que sucedia, con la piadosa intencion de que se promoviera un escándalo mayúsculo y el cura hiciera pagar cara á Pepita su imprudencia.

Como el viaje era tan fácil y los padres de la muchacha vivian muy cerca del pueblo en que á la sazón se encontraba Merino, todo parecia favorecer el intento de la vengativa camarera, la cual al marcharse no tenia

más que dar un rodeo de media legua para avistarse con el impetuoso guerrillero.

Así lo hizo la jóven, que se despidió de sus amigas de Barbadillo del Mercado, diciendo que se iba á pasar con sus padres el tiempo que estuviera desacomodada, y se ajustó con un labrador para que la llevara en su carro hasta Barbadillo del Pez, desde donde dijo que podia irse á pié á su casa.

Marchó, en efecto, al dia siguiente, y al llegar á Barbadillo del Pez se alegró viendo que el pueblo estaba ocupado por un fuerte destacamento de españoles; pagó al carretero la peseta, precio de su pasaje, y preguntó á un soldado por el alojamiento del cura Merino.

No tardó en encontrarle, y llegada que fué á él, el Feo, que la conocia mucho, la llevó á presencia de su amo.

Sorprendióse no poco don Jerónimo al ver á la criada, y pensando que llevaria algun aviso urgente de Pepita, despidió á su asistente y se quedó solo con ella.

—¿Qué hay?—la preguntó inmediatamente.—¿Qué te ha encargado tu ama?

—¿Mi ama?

—Sí.

—Querrá usted decir doña Pepita.

—Es claro.

—Pues doña Pepita ya no es mi ama,—dijo la criada, recalcando mucho sus palabras.

—Entonces, ¿qué vienes á hacer aquí?—preguntó Merino, que estaba de mal humor y era, como sabemos, poco amigo de perder el tiempo.

—La señora me ha despedido.

—Habrá tenido razon.

—Puede,—dijo maliciosamente la muchacha.

—Si tú misma lo conoces, no hay más que hablar, y lo único que puedo hacer por tí, si la falta no es grave, es empeñarme para que te admita otra vez.

—No, señor, muchas gracias,—contestó la criada;—para eso, ya sé yo dónde encontraría un empeño más poderoso.

La muchacha se habia propuesto irritar el amor propio del cura, y viendo que este se encogió de hombros, lo cual demostraba que no la habia entendido, continuó:

—El capitan don Tomás Mendoza...

—¡Tomás!...—gritó el cura, por cuyos ojos pasó un rayo de ira.—¡Mientes!

—¡Como que no le he visto pasar en la casa las noches enteras!—dijo la criada.—A mí ninguno me ha encargado el secreto, y por eso puedo decirlo.

El arrebató de Merino no habia durado más que un segundo.

Al momento logró reponerse.

Dominó los impulsos de su ira, y su rostro, un instante alterado, recobró su habitual impasibilidad.

—Bien; ¿y á mí qué me importa eso?—preguntó á la criada.—El capitan Mendoza va allí en cumplimiento de mis órdenes; y por último, tu señora es dueña de recibir en su casa á quien le dé la gana y hacer lo que se la antoje.

—Yo creia...—murmuró la camarera temblando al ver el mal éxito de su traicion.

—Tú creías una barbaridad; has venido á cometer una infamia, pensando que yo te iba á recompensar por ella, y si en lugar de ser una muchacha fueras un hombre, la recompensa hubiera sido media docena de puntapiés bien dados; ya te estás largando donde yo no te vea, y cuidado con que vuelvas á tomar en boca á tu ama, no sea que te acuerdes de mí.

La criada no pudo oir las últimas palabras de Merino, porque confusa, avergonzada, llorando de rabia y de despecho, habia salido de la sala, y poco despues de Barbadillo, tomando á pié el camino de la casa de campo en que vivian sus padres, y diciendo entre dientes:

—¡Vaya usted á hacer un favor á este bárbaro!... ¡Yo pensaba que tenia algo que ver con ella!

.

En cuanto Merino se quedó sólo, dió rienda suelta á su cólera.

Pegó sobre la mesa tres ó cuatro puñadas terribles.

El Feo, creyendo que le llamaba, se presentó en la puerta.

Don Jerónimo, que paseaba por la estancia como un leon enjaulado, no reparó en él hasta despues de un momento.

—¿Qué quieres?—le preguntó con ira.

—¿Llamaba usted?

—No.

El Feo dió media vuelta y salió de la sala.

Apenas habia cerrado la puerta, cuando el cura gritó:

—¡Feo!

—¿Qué manda usted?—preguntó, volviendo á presentarse el asistente.

—¡Mi caballo!

—¿Ensillo tambien el mio?—preguntó el Feo.

—No.

—Está muy bien.

El Feo salió en seguida, y Merino se calzó el espolin y se dispuso á marchar inmediatamente.

Tres minutos habian pasado, cuando oyó en el zaguan las pisadas del caballo.

Salió de la sala, montó sin decir una palabra, y echó á andar al trote, tomando la direccion de Barbadillo del Mercado.

El Feo, que le vió marchar desde la puerta de la casa, permaneció en ella hasta que le perdió de vista, y luego entró en el zaguan, diciendo:

—¿Qué mala mosca le habrá picado al cura?

Iba cayendo la tarde.

Merino trotaba por el camino de Barbadillo del Mercado.

A medida que avanzaba, su semblante se iba serenando.

Parecia que la reflexion habia sucedido á la rábia.

—Yo debia esperarlo,—murmuraba;—si no hubiera sido ese, hubiera sido otro. ¿Quién fia en mujeres? Lo que siento es que se hayan reido de mí. En fin, yo veré lo que se ha de hacer, y asunto concluido. ¡La tal Pe-

pita!... Todas son iguales. Es jóven y buena moza; pero en la provincia de Búrgos no se han acabado las muchachas, y si yo quisiera... el caso es que no querré... Desde hoy, todas mis afecciones serán el Feo y mi caballo, que no sé cuál de los dos es más animal.

En esta parte don Jerónimo era injusto, porque su asistente más tenia de listo que de otra cosa.

Pero en aquel momento estaba de mal humor, y se le podia perdonar su injusticia.

A las nueve de la noche llegó el cura á Barbadillo del Mercado.

Entró en casa de Pepita, echó pié á tierra, y dijo al criado, que se disponia á llevar el caballo á la cuadra:

—Déjalo ahí, que me marchó en seguida.

—¿Se marcha usted?—le preguntó Pepita, que habia salido á recibirle.

—Sí.

Don Jerónimo entró sin ceremonia en el gabinete que ya conocemos.

Pepita entró detrás de él, y Merino cerró la puerta.

—Siéntate, Pepa,—dijo el cura,—y respóndeme la verdad.

Doña Josefa no sabia qué pensar, pero estaba azorada.

Tomó asiento en el sofá y dijo á media voz:

—Diga usted.

Merino se paseaba de un extremo á otro de la sala.

Cuando hubo dado dos ó tres vueltas, se paró delante de la viuda, diciendo:

—Estoy quejoso de tí.

—¿Por qué?—preguntó Pepita.

—Porque has dado lugar á que una criada despedida, me cuente lo que tú has debido contarme.

—¡Infame!—exclamó doña Josefa, tapándose la cara con las manos y prorumpiendo en llanto.

—¿Con que es verdad todo lo que me ha dicho, ó más bien lo que ha querido decirme, porque yo he sabido hacer que se le quitara la gana de hablar?

—¡Perdon!—exclamó Pepita.

—Basta,—replicó el cura con dureza.—Yo no tengo sobre tí ningun derecho; por consiguiente, nada he de perdonarte. Lo único que siento, es que me hayas querido poner en ridículo.

—¿Yo?

—¿No lo está siempre el engañado?

Pepita no supo qué contestar.

Temia la cólera de Merino, creia que su calma no era más que aparente, y temblaba por su amante más que por ella misma.

Don Jerónimo continuó diciendo:

—Yo ya sabia que esto no podia ser eterno, que algun dia habia de concluirse: que tú eres jóven, hermosa y bastante coqueta; que yo no soy ningun lindo, y que alfin acabarias por enamorarte de cualquier pisa-verde. Si te dijera que no lo siento, mentiria; pero ya comprenderás que no me voy á morir de pena, porque yo no me ahogo en poca agua, y como dijo el otro, la mancha de la mora con otra verde se quita.

Como se ve, Merino a taba este asunto de una manera bastante rara; pero muy de acuerdo con la es-

travagancia de su carácter, esencialmente práctico.

—Lo que tú debiste hacer en cuanto te gustó ese mozo,—prosiguió don Jerónimo,—es decirme: «Amigo, esto se acabó. Los dos somos libres, porque no hemos hecho ninguna escritura. Arréglese usted como quiera, que yo voy á arreglarme como se me antoja.» Yo pue-
de que hubiera echado un par de ternos, luego te hu-
biera dado la mano, y tan amigos como antes. Tú no
has querido tener conmigo esa franqueza; eso ménos
tengo que agradecerte.

Pepita callaba y seguía llorando.

—Enjuga esas lágrimas,—dijo Merino.—Desde
ahora todo ha concluido entre nosotros.

—Bien.

—Ya sé que eso es lo que deseas.

—¡Oh! No...

—Nada de hipocresías. Supongo que ese muchacho
no sabrá...

—Nada.

—Lo creo. A ningun amante se le habla de su an-
tecesor. Así, yo tampoco le diré una palabra, y me ale-
gro, porque para decirle algo tendria que empezar
rompiéndole la cabeza, y es un buen oficial, muy va-
liente y que me hace mucha falta, y su hermano cien
veces más que él. Despues de todo,—añadió don Jeró-
nimo,—nada tiene de particular que lo que á mí me ha
gustado, le guste á él tambien.

Pepita se iba ya tranquilizando al ver el extraño
giro que la cuestion tomaba.

—Creo,—dijo despues de un momento,—que esto

no será motivo para que deje usted de emplearme en todo lo que se le ocurra.

—Sabes prestar muy buenos servicios á la patria para que yo prescinda de ellos. Si continuas prestándolos como hasta aquí, aún podemos ser amigos, que es lo que debíamos haber sido siempre.

—Así lo deseo.

—Sólo habrá en adelante una diferencia.

—¿Cuál?

—Yo te veré lo ménos posible...

—Bien.

—Y tú procurarás no verme más que en caso de necesidad.

—Lo que usted quiera.

—Ya te entenderás con mis subalternos.

Los dos guardaron silencio.

Don Jerónimo exclamó al cabo de un momento:

-- ¡Ah!

—¿Qué?

—Una cosa se me ocurre.

—Diga usted.

—No has de hablar nunca de mí á ese muchacho.

Don Jerónimo evitaba pronunciar el nombre de Tomás.

—Así lo haré,—repuso la viuda, bajando los ojos.

—Y te prohibo que intentes casarte con él,—añadió Merino.

—¿Yo?...

—Sí, porque mira, Pepa, no quiero ofenderte: tú no eres buena para casada; siempre tendrás la cabeza lige-

ra: ese chico es amigo mio, yo quiero mucho á su hermano, y no quiero que tenga ningun disgusto.

Pepita contestó con un suspiro á aquella injuria, que en honor de la verdad, era el menor castigo que don Jerónimo podia imponerla.

—Ahora dame la mano, y separémonos como buenos amigos.

Pepita sin levantarse tendió la mano al jefe de la guerrilla.

Este la estrechó con fuerza durante algunos segundos, y salió del gabinete sin despedirse.

Montó á caballo, y daban las diez de la noche cuando salió del pueblo y emprendió el camino de Barbadiello del Pez.

.

La conducta del cura podria parecer rara en otro que no fuera él.

Don Jerónimo tenia un verdadero disgusto; pero hombre enérgico y acostumbrado á dominarse, ni quiso hacer delante de Pepita el triste papel de amante desairado, ni ménos queria arrostrar el desprestigio que le ocasionaria provocar con un subalterno una cuestion de celos.

A los tres dias de esta escena tuvo que marchar á Ontoria, donde le sorprendió la noticia del movimiento operado por Juan sobre Aranda de Duero.

Ya sabemos lo que hizo con este motivo, y hemos visto que seguia tratando á Tomás como si nada hubiera sucedido, ó al ménos como si él lo ignorara todo.

Era el partido más digno que podía tomar.

En cuanto á Pepita, así que vió salir á don Jerónimo de su gabinete, respiró.

En los pocos dias que llevaba de relaciones con el jóven, habia concebido por él una verdadera pasion.

No un amor puro, ideal é inextinguible como el de Amalia, sino una pasion ardiente, tempestuosa, llena de voluptuosidad, insaciable.

Tomás en cambio no sentia por ella más que un capricho pasajero.

Tenia sed; encontraba un manantial de agua muy dulce, y bebia con delicia.

Ni más ni ménos.

El hijo de Gil Mendoza era un hombre destinado á inspirar amores mucho más intensos de lo que podia sentir.

Conocerle era para las mujeres una desgracia, porque poseia por instinto la ciencia de producir incendios, en los que no se abrasaba nunca.

El no daba ninguna importancia á su aventura con Pepita.

Ni siquiera creia ser infiel á Amalia.

Porque en la linda hija de don Modesto veia el amor de su alma tal como era capaz de sentirlo, y la hermosa viuda de Barbadillo no era para él más que un bonito juguete, que entretiene un rato y luego se olvida.

—Amalia no sabrá nada,—pensaba el muchacho,—

ni Juan tampoco, porque mi hermano tiene una vocación de predicador que me fastidia, y si se enterara de este lance, no me dejaría de encajar un sermón de los buenos. Y sin embargo, no sé lo que daría por volverle al cuerpo aquello de «no es para tí...»

En efecto, Tomás no consideraba completo su triunfo mientras no lo supiera su hermano; pero cuando le vió en Aranda no se atrevió á contárselo, por miedo á las reconvenciones que sin duda le hubiera hecho.

Ya sabemos que nuestras lectoras se indignarán contra el muchacho, y no encontrarán palabras bastante duras para calificar su proceder.

Nosotros no intentamos defenderle.

Pero él era así.

Antojadizo y enamorado por temperamento y poco constante por naturaleza, si bien se mira, no tenía la culpa de haber nacido como era.

Las mujeres guapas, y hasta las feas, ejercían sobre él una atracción invencible.

Iba á ellas como va el acero al imán, á pesar suyo sin voluntad, sin darse cuenta de lo que hace.

Y si ellas le querían... ¿quién es capaz de no dejarse querer?

Capítulo XVIII

Allá, van leyes do quieren reyes

La arbitrariedad y la injusticia de la prision de don Venancio, convertida en una simple y prolongadísima detencion, por la intencionada lentitud de su proceso, eran tan grandes, que por fin el conde de Dorsenne no tuvo más remedio que acceder á que se reuniera el consejo de guerra.

Llegó el ansiado dia, que el caballero y sus amigos creian el de su libertad, porque como la acusacion fiscal se fundaba en meras sospechas, sin aducir la menor prueba, todos creian que la sentencia seria absoluta y segun las prescripciones del Código Napoleon, con arreglo al cual iba á ser juzgado el presidente de la Junta de Búrgos, seria inmediatamente encarcelado.

Don Venancio habia elegido por defensor al tenien-

te coronel Fajols, militar de gran instruccion y secretario del mariscal Bessieres, duque de Istria, el cual le habia dado las mejores esperanzas.

Llegada la hora, se reunió el consejo de guerra en una de las salas de la capitanía general.

Las vistas de los procesos eran públicas, y como aquel habia llamado mucho la atencion, asistieron, no sólo todos los generales y una gran parte de la guarnicion de Búrgos, sino muchísimas personas notables de la poblacion.

Entre ellas, claro es que estaban los patriotas de más acendrado españolismo.

Al presentarse el reo en la sala custodiado por dos gendarmes, se levantó entre el público un murmullo de simpatía.

Don Venancio saludó con dignidad y distincion, primero á sus jueces y luego al público, y con paso firme y reposado fué á sentarse en el banquillo de los acusados.

El fiscal leyó su acusacion, que, como hemos indicado, apenas merecia este nombre, pues se limitaba á hablar de las declaciones de Contreras y de las opiniones de don Venancio; pero no presentaba ni la más ligera prueba de que este se hallara en connivencia con los guerrilleros. Todas las declaraciones que se habian tomado eran favorables al reo, y cuenta que entre ellas las habia de muchos jefes franceses, y del mismo prefecto de Búrgos.

Despues del fiscal habló el defensor.

Conviene advertir que entre los generales franceses

habia no pocas rencillas y rivalidades, y que el duque de Istria pasaba, con razon ó sin ella, por ser enemigo personal del conde de Dorsenne.

El secretario del primero no podia ménos de participar de la animosidad que su jefe abrigaba contra el segundo, y bien lo demostró en aquella ocasion.

No se esforzó gran cosa en la defensa, porque á la verdad no era necesario, y segun dijo al comenzar, la inocencia del acusado resultaba tan clara como la luz del dia, lo cual demuestra que los procedimientos, aún los mejor combinados, son ineficaces muchas veces para averiguar la verdad, porque nosotros sabemos que desde el punto de vista de los franceses, don Venancio era culpable.

Despues de cumplir con el deber de refutar terminantemente los argumentos del fiscal, el defensor pasó á censurar con la mayor energía la maliciosa lentitud con que la causa se habia seguido y los atropellos de que su defendido habia sido víctima, puesto que aunque se le absolviera, como no podia ménos de suceder, le servirian de castigo los perjuicios y las molestias de la prision sufrida, cosa á que se oponian en su espíritu y en su letra los preceptos del Código Napoleon, que queria que los procedimientos fueran muy rápidos, para que los inocentes recobrarán cuanto antes su libertad y no padecieran injustamente.

El presidente del consejo de guerra quiso atajar dos ó tres veces la palabra del defensor; pero este, que, como suele decirse, tenia bien guardadas las espaldas por la alta categoría de su jefe y por su posicion oficial, defendió

con energía la inmunidad de la defensa, que con arreglo á las leyes era sagrada.

Después del defensor, habló don Venancio.

Su posición era difícil.

Tenia que negar su participación en hechos que no podía reprobar, sin que se rebajara su carácter.

Y al mismo tiempo, no podía cometer la tontería de prorumpir en baladronadas que le enagenaran las simpatías que todos le habían demostrado, y llevaran al consejo la convicción moral de su culpabilidad.

En una palabra, ni debía hacerse condenar como un tonto, ni comprar su absolución á costa de su dignidad.

Don Venancio salió hábilmente del paso.

Limitóse á hablar acerca de la cuestión de sus opiniones, que había sido el caballo de batalla del fiscal.

—Mi decoro, — exclamó con verdadera elocuencia, — me impide decir en este momento lo que pienso acerca de la situación y el porvenir de mi patria. Para tener una opinión y para manifestarla de una manera digna, es necesario estar libre, y yo no lo estaré hasta que el tribunal que me escucha pronuncie su veredicto, y lo pronuncie, como creo, con arreglo á justicia. Pero si no debo expresar mis opiniones, tengo el derecho de defender su inmunidad. Piense yo lo que piense, no se me puede imponer por ello ninguna pena, porque no hay tiranía que alcance al asilo de la conciencia. Los ejércitos de la Francia dicen que llevan la libertad en las puntas de sus bayonetas, y hé aquí que el señor fiscal pretende nada ménos que se me castigue por el crimen que supone cometido en el fondo de mi pensamiento.

tos. Las penas pueden recaer sobre hechos, nunca sobre ideas, porque el foco de las ideas ha sido puesto por Dios en un asilo misterioso, adonde no puede llegar la mano de los hombres.»

La sentencia fué absolutoria.

Pero contra lo que todos esperaban, el presidente del consejo de guerra ordenó, que en lugar de poner en libertad inmediatamente á don Venancio, se le condujera otra vez á la cárcel.

Esta determinacion produjo fuertes protestas, no sólo de parte del defensor, sino tambien de los generales franceses Tiboault, d'Armagnac y Solignac, los cuales dijeron á voces que se cometia una arbitrariedad indigna (1); pero el coronel presidente contestó que procedia así de órden del conde de Dorsenne, autoridad militar de la provincia, y no hubo más remedio que callar (2).

En la cárcel encontró don Venancio á su esposa, que habia asistido á la celebracion del consejo, ansiosa de abrazarle en cuanto quedara libre.

Los dos esposos cayeron en brazos uno del otro.

—¿Qué va á ser de tí?—exclamó ella, derramando un mar de lágrimas.

—Nada, no temas. Esta noche iré á dormir á casa. Una vez absuelto, no pueden retenerme aquí. Esto sin

(1) Histórico.

(2) Todos estos detalles son rigurosamente históricos. No hemos variado más que el nombre de don Venancio. Este hecho fué de los que más influyeron en que á los pocos meses el conde de Dorsenne fuera reemplazado en el mando por el duque de Istria.

duda es alguna precaución del general; pero no tardaré una hora en verme libre.

Diciendo esto, entraron los dos en la celda que servía de prision á don Venancio, el cual habia sido felicitado por su absolucion por todos los empleados de la cárcel.

Allí estaban marido y mujer entregándose á las más lisonjeras esperanzas, cuando llegó don Fabian rojo y trémulo de ira.

—¿Qué pasa, amigo prefecto?—le preguntó don Venancio, tendiéndole la mano.

—Esta tarde dejaré de serlo.

—¿Cómo?—preguntaron á la vez los dos esposos.

—Y mañana me voy con Merino.

Don Fabian estaba verdaderamente irritado, cosa que le sucedía pocas veces.

—¿Le han destituido á usted?—preguntó don Venancio.

—No.

—Pues ¿qué sucede?

—Que esto es una infamia.

—Pero...

—No se puede aguantar...

—Hable usted.

—Aquí ya no hay leyes.

—¿Pero acabará usted de explicarse?—dijo la esposa de don Venancio con la mayor ansiedad.

—Allá voy,—contestó don Fabian, haciendo un esfuerzo por serenarse.—Ya saben ustedes lo que nos ha costado conseguir la absolucion.

—Es cierto.

—A fuerza de astucia, y gracias á mi posicion, se han destruido todas las pruebas y se ha hecho perder la pista del asunto.

—Es verdad.

—Pues bien; háganse ustedes cuenta que no hemos conseguido nada.

—¿Qué?—preguntó doña Dolores con angustia.

—Don Venancio saldrá hoy mismo para Bayona.

—¡Dios mio!—exclamó la pobre mujer, cayendo desplomada sobre una silla.

—Así me lo acaba de decir el general. Ha sido inútil que le hable del mal efecto que va á producir esto, de la injusticia que hay en desterrar á un hombre que acaba de ser absuelto... No me ha hecho caso. He apelado á su amistad, he invocado la ley, he amenazado con mi dimision... Ha sido sordo á todo.

—Gracias, amigo mio,—exclamó don Venancio.

—Por consiguiente,—prosiguió el antiguo escribano,—usted saldrá hoy de Búrgos con direccion á Francia, y yo me iré mañana á Aranda á sentar plaza á las órdenes de mi escribiente Juan Mendoza.

—De ningún modo,—dijo don Venancio—

—¿Cómo?

—Usted debe seguir siendo prefecto de Búrgos.

—Es que...

—Algun sacrificio se ha de hacer por la patria.

—Pero...

—Y usted en ninguna parte puede servirla tanto como en ese puesto.

—Sí, pero yo tengo mi genio. Al aceptar la prefectura cometí un delito, que felizmente usted me hizo conocer á tiempo: hoy me encuentro identificado por completo con la causa de los españoles, y el día ménos pensado, irritado por las demasías de esta gente, lo echaré todo á rodar.

—No haga usted semejante cosa. Piense usted en lo que sería de nuestros amigos si se vieran privados de las noticias que usted les proporciona.

—Sufriré porque usted lo dice; pero si se repiten muchos lances como el de hoy, no respondo de mí.

—¿Y cuándo ha de marchar?—preguntó doña Dolores, que apenas podía articular una palabra.

—Dentro de una hora.

—¿Dentro de una hora?

—Dolores, corre á buscar á mis hijos; quiero abrazarlos.

—Voy!

—Pero no te apures. Mi ausencia será corta: la injusticia es tan grande, que no puede durar mucho.

La pobre señora salió del encierro sin decir una palabra.

—Oiga usted, don Venancio,—dijo don Fabian cuando se quedó solo con el desterrado.

—¿Qué?

—Usted necesitará dinero.

—Aunque mis asuntos no andan nada bien, tengo lo bastante.

—No importa: bueno es que deje usted á la señora todo lo que tenga en su casa.

—¿Y yo? —¡Gracias! —Yo no quiero que te vayas!

—Aquí le traigo cincuenta onzas en oro... ya me las pagará usted cuándo vuelva.

Y el prefecto sacó del bolsillo un cartucho de monedas.

—Las aceptó en calidad de préstamo.

—Como usted quiera.

—Y agradezco en el alma la prueba de amistad que acaba usted de darme.

—No hay que hablar de eso.

—Ahora creo que debe usted marcharse; no conviene que aparezca mucha intimidad entre nosotros.

—Tiene usted razón.

—Y lo dicho: patriotismo y prudencia.

—Usted nos enseña á todos.

Don Fabián y don Venancio se abrazaron, y el primero se marchó inmediatamente.

Diez minutos después, entró doña Dolores con sus hijos.

Los pobres niños lloraban, más bien porque veían llorar á su madre, que porque comprendieran lo que pasaba.

Don Venancio los tuvo á todos largo rato entre sus brazos.

Tenia el corazón destrozado; pero haciendo un esfuerzo pudo pronunciar algunas palabras de esperanza y de consuelo.

—Volveré muy pronto,—les decía;—volveré muy pronto.

—¡Yo no quiero que te vayas!—gritaban los niños.

Doña Dolores no podía hablar.

Por fin llegó el momento cruel.

Presentóse en la puerta de la prision un capitan de gendarmería, que al ver aquel cuadro no se atrevió á decir una palabra.

Don Venancio comprendió de qué se trataba.

—¿Viene usted por mí, señor capitan?—preguntó con voz entera.

El capitan hizo con la cabeza una señal afirmativa.

Don Venancio besó y abrazó una y mil veces con febril ansiedad á su esposa y á sus hijos.

En aquel momento apareció en el corredor don Cleto, á quien sin duda el prefecto habia enviado.

—Cuide usted de ellos,—le dijo don Venancio.

Y sustrayéndose violentamente á las caricias y lágrimas de su familia, huyó de la celda en que habia pasado tantos meses, y bajó corriendo la escalera seguido del capitan de gendarmes.

En el patio de la cárcel habia una berlina de viaje.

En la calle, delante de la puerta, se encontraba un escuadron de gendarmería.

Don Venancio entró en el carruaje.

El capitan y sus soldados montaron á caballo.

En seguida se puso el convoy en movimiento.

Entre tanto, doña Dolores, que se habia desmayado,

era trasladada á la cama que habia ocupado su esposo, y recibia los cuidados de don Cleto y de algunos calaboceros que á sus voces habian acudido.

Los niños gritaban llorando:

—¡Que se llevan á papá, y que mamá se muere!

Capítulo XIX

Una visita en Aranda de Duero

Llegado á Bayona don Venancio, fue encerrado en el Castillo Viejo, donde ya se hallaban otros varios prisioneros españoles, entre ellos el capuchino Delfín, que habia venido á los franceses en Toro y luego cayó en su poder en una acción desastrosa; el general Estrada que habia defendido valerosamente la plaza de Ciudad-Rodrigo, y el brigadier Perona, que fue apresado en Cataluña, donde habia peleado con más gloria que fortuna.

Entre tanto, Merino proseguia audazmente la organización de sus fuerzas.

Las fortificaciones de Aranda de Duero estaban terminadas, y su gobernador, el intrépido Juan Mendoza, estaba dispuesto, si llegaba el caso de que le sitiara los franceses, á renovar en Castilla la Vieja las hazañas

estaba trasladada á la cama que habia ocupado su esposo, y recibia los cuidados de don Cleto y de algunas casacas pobres que á sus voces habian acudido.

Los niños gritaban llorando:

— ¡Que se lleven á papá, y que mamá se muera!

Capítulo XIX

Una visita en Aranda de Duero

Llegado á Bayona don Venancio, fué encerrado en el Castillo Viejo, donde ya se hallaban otros varios prisioneros españoles, entre ellos el capuchino Delica, que habia vencido á los franceses en Toro y luego cayó en su poder en una accion desgraciada; el general Errasti, que habia defendido valerosísimamente la plaza de Ciudad-Rodrigo, y el brigadier Perona, que fué apresado en Cataluña, donde habia peleado con más bizarria que fortuna.

Entre tanto, Merino proseguia audazmente la organizacion de sus fuerzas.

Las fortificaciones de Aranda de Duero estaban terminadas, y su gobernador, el intrépido Juan Mendoza, estaba dispuesto, si llegaba el caso de que le sitiaran los franceses, á renovar en Castilla la Vieja las hazañas

que inmortalizaron para siempre los nombres de Gerona y Zaragoza.

Por de pronto, no era de esperar que el jóven necesitara demostrar su valor en nuevos combates, pues los franceses, lejos de tomar la ofensiva, escarmentados por la pasada derrota, habian operado un movimiento de retirada, concentrando sus fuerzas y abandonando á los españoles, no sólo el distrito que les habian quitado, sino tambien el de Salas de los Infantes, cuya guarnicion retiraron, temiendo que fuera victima de un golpe de mano semejante al que tanta sangre habia costado en Aranda.

Don Jerónimo ocupó con dos compañías y dos escuadrones la importante poblacion de Salas de los Infantes en cuanto la evacuaron los franceses, y estos quedaron posesionados de Lerma, donde tenian nada ménos que dos batallones de linea, los cuales constituian, por decirlo así, el puesto avanzado de los invasores, que ya miraban, no sólo con respeto, sino hasta con temor, á aquella partida de *brigantes*, que tan despreciable les pareció en un principio, por estar compuesta de paisanos mal armados y mandada por un cura de misa y olla, pero que habia llegado á convertirse en una verdadera brigada, que podia batirse en campo abierto, y que habia sido capaz de apoderarse y conservar buena parte de la provincia de Búrgos.

Esto tenia de muy mal humor al conde de Dorsenne, que veia malparada su fama y la de los soldados del Imperio, que así se dejaban vencer por hombres que no tenían más que patriotismo, valor á toda prueba y

brazos tan duros, que de una cuchillada hendían la cabeza de un francés con la misma facilidad que si fuera una calabaza.

Cuando el brillante hecho de armas en que Juan había desempeñado la parte principal llegó á noticia de su padre, faltó poco para que el buen anciano enloqueciera de alegría.

—Ya ves quién es tu hijo,—decía á su mujer, á la vez llorando y riendo.—Comandante de caballería y general lo has de ver á poco que esto dure.

—Lo que yo deseo, es que se acabe la guerra y verlos á los dos en casa, para no estar siempre temiendo que un día me los maten,—contestaba Mariana, que como buena madre, no podía gozar ni un momento de tranquilidad mientras sus hijos estuvieran en peligro.

—Sí, anda, en casa,—replicaba Gil.—¡Cómo que va á venirse aquí lleno de cruces y bandas, con su faja y la casaca bordada, que parecerá un áscua de oro!

—Pues ¿qué ha de hacer si no se viene?—preguntó la madre.

—¿Qué ha de hacer?... Irse á Madrid, y estarse al lado del rey hasta que lo envíen de capitán general á Búrgos, ó á otra parte cualquiera. No, y el otro tampoco se descuida. Mandando un regimiento lo has de ver, ó yo soy un topo. Digo, digo... y ¿quién te aguanta á tí cuando seas madre de un general y un coronel?

—Mira, Gil, no digas tonterías... Lo que yo quiero es tenerlos á mi lado sanos y salvos, y lo demás me importa un rábano.

—Ya sé que no eres ambiciosa; pero si los chicos se

lo han ganado, justo es que disfruten lo que deben á su valor y á sus puños. Y no me vengas con escrúpulos de monja: he dicho que has de ser madre de un general y un coronel, ó puede que de dos generales, y de ahí no rebajo nada... Mañana nós vamos á verlos.

—¿A verlos?

—Sí, á Aranda de Duero. Ya que Juan va á quedarse allí por una temporada, justo es que vayamos á darle un abrazo.

—Gracias á Dios que dices algo de provecho,—exclamó Mariana, á quien la idea de ver á sus hijos regocijaba mil veces más que todas las hazañas que pudieran realizar y los ascensos que lograran en la guerra.

Para que la satisfaccion de sus hijos fuera completa, quiso Gil que Gregoria y María hiciesen tambien el viaje.

Sin gran trabajo logró convencer á la viuda, y á los dos dias emprendieron todos la marcha antes de amanecer, porque se proponian realizarlo en una sola jornada.

Mariana hubiera deseado sorprender á Juan; pero Gil creyó conveniente escribirle con un dia de anticipacion, para que buscara casa donde se alojaran.

Imagínese la alegría de Juan al recibir aquella carta.

El muchacho no amaba en el mundo más que á sus padres y á María, y veinticuatro horas despues iba á estrecharlos sobre su corazon.

Evacuó la comision que se le encargaba con la mayor presteza y con mucha facilidad, pues en Aranda

todos le conocian y respetaban, no sólo por su carácter de gobernador militar, sino por sus condiciones personales; así es que la primera persona á quien se dirigió, se dió por muy satisfecha con admitir en su casa á la familia del jóven comandante.

Por la tarde del dia en que debian llegar sus padres, Tomás y Juan montaron á caballo y salieron á recibirles, pues para que la felicidad de Gil y su esposa fuera completa, casualmente en aquellos dias el menor de los dos hermanos se encontraba con su escuadron en Aranda, adonde habia llegado tambien el cura Merino.

Los jóvenes anduvieron poco más de una legua por el camino de Lerma, y aún les faltaba cerca de otra para llegar á Gumiel, cuando divisaron un carro que marchaba á buen paso, tirado por dos excelentes mulas.

Sin decirse una palabra aplicaron las espuelas á sus caballos, y en cinco minutos llegaron á encontrarse con el carro que se habia parado.

Sus corazones no les habian engañado.

Al saltar los dos muchachos de los caballos, cayeron en brazos de Gil, Mariana, Gregoria y María, que se habian apeado y les abrazaban á porfia entre lágrimas, sollozos, plácemes y enhorabuenas.

Buen rato tardaron unos y otros en recobrar la tranquilidad, hasta que Gil hubo de decir:

—Ea, vamos, que se viene la noche, y no es justo que la pasemos en medio del camino. Sigamos la marcha y entremos en Aranda, que estas mujeres en poniéndose á llorar no acabarán nunca.

—Vaya, no la echas tú de valiente,—repuso Ma-

riana.—¿No vemos que viertés lagrimones como puños?

—No lo creas, sino que al ver á este par de chicos convertidos en dos jefes, ¡qué caramba!...

Y Gil, no sabiendo cómo continuar, abrazó otra vez á los dos muchachos.

—De aquí á Aranda no hay más que una legua,—dijo al cabo de un momento.—Subid vosotras en el carro, y los chicos y yo nos iremos á pié, llevando los caballos de la brida.

—Eso es,—contestó Mariana,—sólo tú has de poder hablar con ellos....

—No seas envidiosa; en cuanto lleguemos á Aranda te los dejo á tí sola.

—Bueno.

Terminada esta polémica, Tomás y Juan ayudaron á las mujeres á subir otra vez al carro, ataron los caballos á la zaga para ir con más comodidad, y llevando á su padre en medio, echaron á andar por la orilla del camino.

Más de una hora tardaron en llegar á la poblacion.

Aquel tiempo fué de inefable gozo para los tres hombres y de febril impaciencia para las mujeres, especialmente para Mariana.

Gil no acababa de hacer preguntas á sus hijos; estos se disputaban el placer de contestarle, y el pobre viejo iba de asombro en asombro al conocer detalladamente los progresos de la guerrilla, que ya merecia el nombre de brigada.

Entre tanto, Mariana, que no quitaba los ojos de sus hijos, decía á cada momento:

—¿Qué guapos están?

Y la verdad es que los muchachos, con sus pantalones azules de media bota, sus espuelas, sus levitas cortas, gorra de cuartel y sable de tirantes, eran dos hermosas figuras, que no necesitaban ser mirados por una madre para arrancar esa exclamación á quien los viera.

Tomás llevaba en los hombros sus charreteras de capitán, nuevas y relucientes, y Juan ostentaba en la bocamanga los dos galones que tan valerosamente habia ganado, y llevaba en la mano un precioso baston de mando, que le habia regalado el ayuntamiento de Aranda.

Difícilmente se hubiera reconocido en ellos á los dos jóvenes labradores que Tocho meses antes habian salido de Villoviado, para pelear á las órdenes de su cura párroco.

Llegados á Aranda cuando ya iba á cerrar la noche, la familia de nuestros jóvenes experimentó una nueva sorpresa.

Al llegar á su alojamiento, adonde la acompañaron los dos muchachos, se encontraron nada ménos que con el cura Merino, que estaba esperando á los recién llegados, lo cual, dado el carácter agreste del sacerdote, era una grandísima prueba del cariño que á Tomás y Juan profesaba.

—¡Hola, Gil!—gritó el cura cuando los vió acercarse;—¡deja que te abraze, hombre!

—¡Hola, señor cural—exclamó alegremente Gil.— Parece que está usted contento de los muchachos.

—Muy contento,—replicó Merino.—Los dos solos son capaces de acuchillar á una legion de diablos y meterlos en el infierno de cabeza.

—Ya lo sabía yo.

—Este tiene la cabeza ligera,—añadió don Jerónimo, tirando á Tomás de la oreja;—pero en cambio el brazo es muy pesado, y váyase lo uno por lo otro.

Merino no acababa de olvidar la jugarreta de Tomás con la hermosa viuda de Barbadillo del Mercado.

—Este es quien ha de dar á los franchutes muchos disgustos, y eso que ya les ha dado bastantes,—dijo el cura, variando de tono y apoyando la mano en el hombro de Juan.

Entonces llegó el carro en que iban las tres mujeres.

Merino llevó su amabilidad hasta el extremo de ayudarlas á apearse, cosa que de seguro no habia hecho en toda su vida.

En seguida, conociendo que las primeras expansiones de la familia exigen la falta de testigos, se despidió hasta el dia siguiente, y marchó á su casa.

Los recién llegados se instalaron en las habitaciones que se les tenian preparadas, y eran dos, una para Gregoria y su hija, y otra para Mariana y Gil.

Todos tenian tantas cosas que decirse, que en aquella primera noche casi no se dijeron nada.

Y no es que estuvieran callados.

Antes al contrario, hubo momentos en que hablaron los cuatro á un tiempo.

Las preguntas llovian muchas veces sin obtener respuesta, y algunas sin aguardarla.

Cada cual contaba una cosa, y á todos faltaba el tiempo para hablar y para escucharse unos á otros.

A eso de las diez, Juan dijo á su hermano:

—Vámonos, Tomás... La jornada ha sido muy larga, y veo que á madre se le cierran los ojos.

—No, no lo creas,—contestó Mariana.

—Sí, estarán ustedes muy cansados. ¡Conque á dormir bien, y hasta mañana!

—Si el señor gobernador lo manda, no habrá más remedio que acostarse,—dijo Gil con su acostumbrado buen humor.

Tomás y Juan se despidieron de los viajeros y salieron de la casa, para volver al pabellon que les servia de alojamiento.

Capítulo XX

Donde se ve que Juan sabia en qué consiste la verdadera felicidad.

Al día siguiente, los dos hermanos fueron por la mañana muy temprano á visitar á sus padres, proponiéndoles salir á dar un paseo por las afueras de la poblacion, con objeto de que vieran los alrededores de Aranda, que son bellos, especialmente en las dos orillas del Duero, y que pudieran ver tambien las fortificaciones, que era cosa que en aquellos tiempos interesaba mucho á todos los españoles, sin distincion de edad, sexo, ni oficio.

Antes de salir de su alojamiento, Tomás habia dicho á su hermano:

—¿Supongo que pensarás aprovechar el paseo de hoy para hablar á María?

—Allá veremos,—contestó Juan, á quien efectivamente se le habia ocurrido esta idea.

—No tenemos que ver nada, sino hacerlo,—dijo Tomás.—Mira, yo entretendré á nuestros padres y á Gregoria...

—Van á conocerlo.

—¡Y que lo conozcan!... Tanto mejor, eso te ahorra la mitad de las explicaciones. Tú te adelantas con María y la hablas al alma, sin rodeos ni temores. Esa cortedad ya raya en descortesía.

—¿En descortesía?

—Sí.

—A tí te parece que todo lo que no sea enamorar á cuantas mujeres encuentra uno al paso, es una falta imperdonable.

—No digo tanto... Pero en fin, ¿qué cosa mejor se puede decir á una muchacha bonita que unas cuantas galanterías?... Nada, nada, tú la sitias en regla, y la obligas á rendirse. Hombre, más difícil era tomar á Aranda, y la tomaste con cuatro gatos.

—¿Qué quieres, chico?—repuso Juan sonriendo.—Yo no tengo tu carácter. Tú te encuentras hechas esas cosas, que para mí son un arco de catedral. Dame un escuadron de franceses, y verás cómo los acuchillo sin la menor dificultad.

—Aquí no se trata de franceses, sino de María, que es española y muy española. Tu silencio podría ofenderla, y mira que yo soy voto en esta clase de asuntos. A las mujeres es preciso cogerlas en el momento crítico. El que se adelanta ó se retrasa, puede contarse con los muertos. Conque lo dicho, y vamos andando.

Juan conoció que su hermano tenía razon, por lo

cual no replicó una palabra, y los dos salieron juntos para ir á hacer su primera visita á los forasteros.

Estos acogieron con alegría la proposicion de ir á dar un paseo por los alrededores de la ciudad y visitar las fortificaciones.

En cuanto salieron al campo, como el piso era malo y el camino se hacia en algunos parajes muy estrecho al rededor de las improvisadas fortificaciones, Tomás, que no se paraba en barras y se habia propuesto que se realizara su propósito, exclamó:

—Aquí es preciso que los hombres cuiden de las mujeres: padre irá con la tia Gregoria y María con Juan, porque lo que es yo no me separo del lado de mi madre.

Y al decir esto cogió la mano de Mariana, y sin aguardar más respuesta la obligó á cogerse de su brazo.

—Muy bien pensado,—contestó Gil, que comprendió la intencion de su hijo.

—¡Es mucho chico!—exclamó Gregoria.

Y todos se pusieron en marcha en el órden que Tomás habia dispuesto.

María y Juan, que iban delante, anduvieron algunos pasos en silencio.

El muchacho iba pensando cómo abordaria la cuestion, y la verdad es, que no sabia cómo empezar á hablar.

Como era poco experimentado en amoríos, no sabia que en casos como el suyo, lo importante es decir algo, sea lo que quiera, porque una vez roto el silencio las frases acuden unas despues de otras; cada respuesta

inspira una nueva pregunta, y muchas veces se encuentra uno con que sin saber cómo ha llegado mucho más lejos de lo que deseaba.

María iba mirando al suelo; rompía distraidamente los tallos de las plantas que encontraba al paso, y deshojaba algunas florecillas, que cogia casi maquinalmente.

En el mismo silencio de Juan conocia cuáles eran sus pensamientos y de qué iba á hablarla en cuanto se decidiera á entablar la conversacion.

— ¡María!—dijo por fin el muchacho, resolviéndose á hablar.

—¿Qué?—preguntó ella, saliendo de su distraccion como si despertará de un sueño.

—¿Te has olvidado ya de cuando estábamos en nuestro pueblo?

—No.

—Hace tres años era yo más feliz que ahora.

—¿Hace tres años?

—Sí.

—¿Por qué?

—Entonces aún no querias á mi hermano, al paso que ahora...

—Ahora tampoco le tengo más que el cariño que le tenia cuando niña.

Juan no pudo contener una exclamacion de alegría.

—¿De veras?

—¿Puedes dudarle!

—¿Me dices la verdad, María?

—Nunca me ha gustado engañar á nadie.

—Es cierto.

—Y á tí ménos.

—Gracias.

Los dos jóvenes guardaron silencio por algunos momentos.

Pero este silencio no pudo ser muy largo.

Ya habian entrado en el terreno de las confidencias, y era imposible retroceder.

Así es, que Juan prosiguió antes de que pasara un minuto.

—Hace tres años yo te amaba, María; en tí cifraba toda mi esperanza, toda mi ambicion. Tú no te pudiste apercibir de mi amor; eras demasiado niña, y yo ocultaba mi pasion como si fuera un crimen. Una tarde, la tengo muy presente, paseábamos por nuestra huerta; yo iba tal vez á decirte el secreto de mi alma, cuando tú me confiaste el de la tuya.

—¿Hice mal acaso?

—No, hiciste bien, muy bien, María,—repuso Juan; —Dios te inspiró sin duda aquella resolucion. Amabas á otro, á Tomás, á mi hermano. Yo entonces comprendí mi deber: callé, ahagué mis celos, porque los tenia; ahora puedo confesártelo, pero no pude ahogar del mismo modo mi cariño. Luego tú sabes lo que ha pasado.

—Sí.

—Tomás, ingrato á tu amor, hizo que en mi corazon volviera á alentar la esperanza. Yo desde entonces buscaba una ocasion de hablarte. He querido dejar pasar algun tiempo para que tu respuesta no pudiera ser

dictada por el despecho; pero como tú sabías que te amaba, porque Tomás mismo te lo dijo; como desde que lo sabes has podido reflexionar alguna vez y pensar en mí y en mi cariño, creo que ha llegado el momento de decirte: «Yo te adoro, María; ¿puedo esperar que tú correspondas á este amor, que cada dia es más profundo, más apasionado, más ardiente?»

Juan calló como esperando una contestacion, y la jóven bajó los ojos no pudiendo sostener la ardiente mirada de su amigo de la infancia.

—¿No me respondes?—preguntó él despues de un segundo.

—¿Juan!

—Díme la verdad, por desagradable que sea. Quiero que acabe de una vez esta incertidumbre, que desde hace tres años devora mi existencia; ¿desdeñas mi amor, María?

—No es eso.

—Habla.

—Pero...

—Te lo pido en nombre de lo que haya para tí más querido en el mundo.

—No es necesario.

—¿No?

—El cariño de hermano que siempre me has tenido y el amor de que ahora me hablas, son bastantes para hacerme dar una respuesta.

—¿Me la darás sólo en cumplimiento de eso que crees una especie de deber?—dijo el jóven con desaliento.

—No.

—¿No?... Habla por Dios.

—Al darte esa respuesta cumpliré con uno de los deseos de mi corazón.

—Ya te escucho.

—Juan, yo soy una pobre mujer ignorante de todo, que no he salido nunca de nuestra aldea ni he visto más mundo que el que se descubre desde las montañas de Villoviado.

—Es cierto.

—Desde que supe que me amabas, he pensado muchas veces en lo que podría ser de nosotros si al fin llegáramos á unirnos. Yo ¿para qué he de negarlo? estaría satisfecha con tu amor y llevaria tu nombre con orgullo...

—Entonces,—interrumpió Juan con entusiasmo,—nada se opone á nuestra dicha.

—Eso piensas tú, porque me quieres.

—¿Y tú no piensas lo mismo?

—¿Yo?...

—Prosigue.

—Yo también lo he pensado, porque...

—Acaba.

María hizo un esfuerzo para dominar su turbación, y continuó:

—Porque yo te amaba.

—¿Me amabas?

—Te amo todavía.

—¡Ah! ¿Entonces?...

—Pero mi madre ha reflexionado por mí.

—¿Tu madre?

—Sí.

—¿Y qué te ha dicho?

—Ella piensa, que yo al fin no soy más que una aldeana.

—¿Y qué soy yo, María?

—Tú eres ya un comandante; dentro de poco serás aún más, porque eres valiente... tu padre dice que llegarás á general.

—¿Mi pobre padre sueña!

—Más difícil me parece lo que ya has conseguido,—repuso María.

—Pero ¿á qué viene eso?

—A que tú ya te has elevado sobre nosotras, y debes tener otras ambiciones.

—Yo no ambiciono más que tu cariño,—exclamó Juan con arrebató.

—Te creo.

—Pues en ese caso....

—Cuando concluya la guerra, tú irás á la corte, mandarás un regimiento, tratarás con personas distinguidas, y no podrás presentar como tu esposa á una tosca lugareña, que no aprenderá nunca los finos modales de las señoras bien educadas.

—¿Por Dios, María!

—Mi madre que, como sabes, pasó su juventud en Búrgos, sirviendo en casa de un magistrado, es quien me ha dicho esto, y yo creo que tiene razon. Allí dice que tambien veia algunas que la casualidad habia hecho señoras, y eran la burla de las gentes.

—¿Y quién se atrevería á burlarse de tí cuando llevaras mi nombre?—preguntó impetuosamente Juan, que en aquel momento sintió que se le agolpaba á la cabeza toda su sangre de soldado.

—Delante de tí nadie,—repuso María;—pero detrás todo el mundo. Ese temor bastaría para hacerme mil veces más torpe de lo que soy, y cuando tú te convencieseras de que no me podías presentar en ninguna parte sin peligro de que te alcanzaran las burlas que yo mereciera, me considerarias como una carga...

—¡María!

—Creerías, y con razon, que yo era un obstáculo para tu carrera...

—Me estás ofendiendo.

—No es esa mi intencion. Ya te he dicho que yo no habia pensado en esto; pero mi madre me ha hecho pensarlo. Yo no debo casarme más que con un aldeano como yo.

—¿Pero me amas?—preguntó el jóven con angustia.

—Sí,—contestó María bajando los ojos.

—Entonces serás mia.

—¿Tuya?

—Sí... quiero ser franco contigo, debo serlo, pues de lo contrario seria indigno de mi amor. Yo ya he pensado en los inconvenientes que tienen estas elevaciones improvisadas, inconvenientes, que me alcanzarían á mí tanto como á tí por lo ménos. Cuando uno se ha criado en las montañas, no bastan un par de años pasados en el estudio de un escribano, ni unos cuantos libros leídos tal vez sin entenderlos, ni algunos sabla-

zos bien pegados á los franceses, para hacer buen papel en los salones.

—¿Qué quieres decir?

—Que yo no he salido á campaña para explotar los servicios que puedo prestar á mi patria: yo no he vendido mi vida por un empleo de coronel, ni de general, ni de nada: yo he salido porque España necesitaba de todos sus hijos para rechazar la invasion extranjera; pero cuando la guerra concluya, cuando el último soldado francés haya pasado huyendo los Pirineos, ó haya mordido el polvo en este suelo, que quiere ser español, y lo será porque lo quiere, yo que no hago caso de nécias vanidades, que no he de pedir á la patria que me pague mi sudor y mi sangre, porque mi sudor y mi sangre ni se alquilan ni se venden, volveré á Villoviado á ser quien era hace un año, un labrador dedicado á cuidar la poca hacienda de mis padres; y entonces, sin estas insignias, que no considero más que como un estímulo para lanzarme con más ardor á la batalla, vestido con el humilde traje con que me has visto siempre y convertido otra vez en el aldeano Juan Mendoza, iré con el tío Gil, mi padre, á pedir á la tía Gregoria la mano de su hija.

—¿De veras, Juan?

—Así lo habia pensado hace mucho tiempo.

—No, ese es un sacrificio que quieres hacer por mí; pero que es demasiado grande para que yo lo acepte.

—Te juró, María, que antes de que me hablaras como acabas de hacerlo, habia yo pensado lo que ahora te he dicho. Una sola cosa me detenia.

—¿Cuál?

—El mismo amor que te profeso. Yo no sabia si tú ambicionabas la gloria y los honores, y en ese caso todos los que hay en el mundo me hubieran parecido pocos para tí, y todos los hubiera ganado. Pero ya que tú piensas como yo, ya que te contentas con el amor de un pobre labriego, el pobre labriego que no tiene más ambicion que poseer tu cariño y darte su nombre, irá á dártelo en cuanto cumpla el compromiso de honor que ha contraido con su patria.

Juan decia la verdad entonces como siempre.

Mucho tiempo hacia que habia pensado tomar aquella resolucio[n] , y María, con sus temores, ó por mejor decir, la prudente prevision de Gregoria que se los inspiró, ahorró al jóven el embarazo de tener que dar las razones en que se apoyaba su determinacion.

El instinto de algunas gentes poco instruidas, es maravilloso.

La pobre tia Gregoria, sin más que sus recuerdos de cuando vivió en Búrgos entre personas de elevada alcurnia y educacion esmerada, habia adivinado, con una intuicion verdaderamente maternal, el escollo que podia encontrar la felicidad de Juan y de María, si llegaban á casarse.

En cuanto á Juan, que era naturalmente despejado, aunque apenas habia visto la sociedad más que encerrada en los estrechos límites de la casa de don Fabian, no es tan extraño que pensara lo mismo.

Y como el muchacho tenia un alma bien templada y amaba á María con todo su corazon, nada tiene de

particular que pensara sacrificar á su amor la carrera que tan brillantemente habia comenzado.

A algunos de nuestros lectores les parecerá inverosímil esta conducta.

Pero es preciso que, para comprenderla, recuerden que en 1808, aun no se habia apoderado de los españoles esa sed insaciable de goces y de poder que hoy nos devora.

Aquella era época de sacrificios, y todo el mundo se sacrificaba, sin hacer de ello un mérito, ni pensar en la recompensa.

Los que hemos nacido, y parecemos condenados á pasar la vida, entre las mezquinas luchas políticas; los que contemplamos con doloroso asombro las pasioncillas, pues ni el nombre de pasiones merecen, que son el móvil de los contendientes de nuestras discordias civiles; los que asistimos todos los dias al repugnante espectáculo que dan las ambiciones de tantos héroes de club y barricada, necesitamos un gran esfuerzo de imaginacion para comprender cómo engrandecen las guerras nacionales, y cómo los espíritus se elevan gracias al sacrificio comun y al comun peligro.

Juan se encontraba en medio de la lucha, y no es de extrañar que sus pensamientos, ya de suyo levantados y generosos, se elevaran más aún entre las circunstancias que le rodeaban.

María, despues de un breve espacio de silencio, dijo al muchacho:

—Tu sacrificio Juan es demasiado grande, y yo no quiero aceptar ese compromiso, porque te conozco de-

masiado, sé que por nada del mundo faltarias á tu palabra una vez empeñada, y temo que con el tiempo pudieras arrepentirse.

—Me juzgas mal, María, si eso sospechas. Ya te he dicho que he tomado mi resolucíon, no sólo por tí, sino tambien por mí mismo. Pero aunque sólo por tí lo hiciera, no hay sacrificio que me parezca grande si la recompensa es tu cariño. Por otra parte, el mayor de los sacrificios que yo podia hacer por tí, lo hice el día en que supe que amabas á mi hermano, y resolví amarte en silencio y ahogar la voz de mi pasion, ya que extinguirla era imposible. Pero si bien se mira, yo no voy á hacer un sacrificio, sino un negocio.

—¿Un negocio?

—Brillante.

—No lo entiendo.

—Renunciar á una posicíon, tal vez llena de sinsabores, para conseguir en cambio la felicidad de vivir amándote, siempre á tu lado, al lado de mis padres, en el pueblo donde corrieron mis primeros años, respirando el aire puro y libre de nuestras queridas montañas, sin lujo, pero con desahogo, sin ambicion y sin enemistades, ¿no te parece el mejor negocio que puede hacer un hombre?

María calló, porque verdaderamente Juan presentaba el caso bajo un punto de vista, que no habia más remedio que decirle que tenia razon.

—¿Estás ya convencida?—preguntó Juan, interpretando fielmente su silencio.

Entonces la muchacha se vió obligada á contestar:

—Lo que tú quieras.

—¿Me prometes ser mia? ¿Aceptas mi amor y me amas?

—Sí,—repuso la jóven, que añadió como hablando consigo misma:—y creo que amo por la primera vez de mi vida.

—¡María!

—Te extrañará oír estas palabras despues de lo pasado; pero no creas que las digo únicamente por satisfacer tu amor propio; las he dicho casi sin recordar que me escuchabas. Yo no sé explicarme, pero tú que tienes más talento, me entenderás sin duda alguna.

—Habla.

—Yo quise á Tomás, porque era guapo, porque fué el primer hombre que me dijo que me amaba, porque todas mis amigas gustaban de él, y yo me encontraba satisfecha con que fuera mi novio, con que bailara conmigo los dias de fiesta, y cantara por la noches á mi ventana, y le oyeran todos los vecinos; porque te confieso que si mis amores no hubieran sido tan públicos, yo me hubiera creído mucho ménos feliz. Entonces creía que esto era querer y que no se podía amar de otro modo.

—Lo comprendo,—contestó Juan;—eras una chiquilla, y una gran parte de tu amor consistia en la vanidad.

—A tí,—prosiguió María con creciente animacion,—á tí te amo, porque eres bueno, noble y generoso. No necesito que nadie sepa nuestro amor para ser con él enteramente dichosa. No es orgullo, ni siquiera alegría;

es felicidad lo que siento en este instante, una felicidad que no sé explicarme, pero que llena todo mi sér; una felicidad, que no sé si consiste en el amor que te inspiro, ó sólo en el que por tí siento.

—¡María!

—Tal vez esto te parezca un disparate, pero yo creo que á Tomás le queria por mí misma, y á tí te quiero sólo por tí.

Juan estaba extasiado oyendo á María.

Entretanto, su hermano hacia prodigios de buen humor y de charlatanismo para entretener á sus padres y á Gregoria.

Les explicaba minuciosamente cuál era el objeto de todos los trabajos de fortificacion que se habian hecho, y cualquiera al oirle le hubiera creido un consumado oficial de artillería ó de ingenieros, aunque no podemos asegurar que todas sus teorías estuvieran perfectamente ajustadas á los preceptos científicos.

Cuando el paseo se dió por terminado y todos entraron otra vez en Aranda, Tomás aprovechó un momento para acercarse á Juan y decirle:

—Creo que no has perdido el tiempo.

—¡Soy muy feliz, Tomás!—exclamó Juan con alegría.

—Ya lo habia conocido.

—¿En qué?

—En tu cara.

—¿Si?

—¡Para estas cosas tengo yo un ojo!...

Llegados á la casa donde se alojaban los viajeros,

Juan, que era la lealtad misma, quiso enterar á su familia y á la de María de la conversacion que con esta habia tenido y de los proyectos que ambos habian formado.

No dejó de causar á todos gran extrañeza la resolucion del muchacho de abandonar la carrera de las armas.

Gil y la tia Gregoria intentaron algunas objeciones.

Esta, puramente por delicadeza, y Gil, porque le halagaba ver á su hijo mandando regimientos y con el pecho lleno de cruces y bandas, como habia visto á otros muchos, que de seguro no valian lo que Juan.

Pero las razones del jóven eran tan poderosas y él las expuso con tanta claridad, que todos quedaron convencidos.

Además, conocian la firmeza de su carácter, y sabian que una vez tomada una resolucion no habia nada capaz de hacerle retroceder.

La única á quien no tuvo que convencer el muchacho, fué á Mariana.

Con ese santo egoismo de todas las madres, la pobre vieja no deseaba más que tener á sus hijos siempre á su lado y libres de todo riesgo.

Así es, que en cuanto oyó el propósito de Juan, la faltó tiempo para decir:

—Harás muy bien, hijo, y antes hoy que mañana. Deja que vayan á pasar trabajos los que tengan ese gusto; pero vente tú al pueblo y riete del mundo.

—¿Es decir, que yo voy á ser el único general de la familia?—preguntó Tomás alegremente.

—Así parece,—contestó Gil.

—Y no lo será por mi gusto,—añadió Mariana.

La boda quedó concertada para cuando se concluyera la guerra; pues á pesar de los ruegos de su madre, Juan se negó terminantemente á separarse del cura Merino, mientras no estuviese terminada la empresa que juntos habian comenzado.

Capítulo XXI

Un millon de duros

Hallábase Juan en el pabellon que le servia de alojamiento saboreando á solas la felicidad que inundaba su alma desde que oyó en los labios de María la confesion de su amor, cuando se encontró repentinamente sorprendido por una visita del cura Merino.

—Buenas tardes, muchacho,—dijo este al entrar, sentándose sin ceremonia en una silla.

—A la órden de usted, señor cura,—repuso Juan, poniéndose en pié.

—Siéntate, porque tenemos que hablar despacio.

—Como usted mande.

Juan se sentó en una silla inmediata á la que habia ocupado el cura, y guardó silencio, esperando á que este hablara.

—Vengo á consultarte sobre un asunto,—dijo don Jerónimo, sin dejar que la pausa se prolongara demasiado.

—¿A mí?—preguntó Juan con extrañeza.

—Sí,—repuó el cura;—ó por mejor decir, lo que voy á hacer no es consultarte, sino hacerte varias preguntas, para acabar de combinar un plan que se me ha ocurrido esta mañana.

—Ya escucho á usted.

Merino sacó su petaca, dió á Juan un cigarro puro, picó de otro con un cortaplumas el tabaco necesario para liar uno de papel, que eran los únicos que él fumaba, y dijo:

—Fumemos.

Juan no sabia qué pensar, porque nunca habia visto á su jefe tan despacio.

Tomó la piedra, el eslabon y un pedazo de yesca que tenia sobre la mesa, hizo brotar el fuego, y presentó á don Jerónimo la yesca encendida.

Merino encendió su cigarrillo, y luego encendió Juan el suyo.

—Hombre,—exclamó el cura, echando una bocanada de humo,—hace ya un mes que no hacemos nada, y esto no me acomoda.

—Los franceses,—replicó Juan,—parece que han prescindido de nosotros, y quieren obligarnos á tomar la ofensiva para pelear con más ventaja.

—Así es en efecto.

—Les hemos escarmentado tantas veces, que no es extraño que sean cautos.

—Dios mediante, aún les hemos de dar mucho que sentir.

—Ese es mi deseo, y puedo añadir que el de toda nuestra gente.

—Pues de mí no hay que decir nada,—contestó Merino, empujando con la uña el fuego de su cigarro, que se habia desliado un poco.

—¿Trata usted de dar un golpe de mano?—preguntó Juan.

—Eso dependerá de lo que los dos hablemos,—dijo don Jerónimo.

—Diga usted.

—Yo sirvo mucho más para pegarle un balazo á un mosquito, que para hacer cuentas y formar cálculos. Tú entiendes de esas cosas, y por eso vengo á pedirte auxilio.

—Ya sabe usted que puede mandarme.

—Dime,—preguntó Merino,—¿cuántas onzas de oro son un millon de duros?

Juan tomó un pedazo de papel de los que habia sobre la mesa, y se puso á hacer números.

Al cabo de un momento dió por terminada la operación, y contestó al cura, sin acabar de volver de su asombro:

—Sesenta y dos mil quinientas onzas.

Merino, que habia cogido otra cuartilla de papel y una pluma, apuntó esta cantidad y preguntó al joven comandante:

—¿Y cuántas arrobas pesan sesenta y dos mil quinientas onzas?

—¿Cuántas arrobas?—preguntó Juan, cada vez más admirado.

—Sí.

El muchacho contestó en seguida:

—Cuatrocientas onzas son una arroba.

—Bueno.

—Conque dividiendo sesenta y dos mil quinientas por cuatrocientas, tendremos el resultado que usted desea.

—Haz la operacion.

Juan, que no sabia qué pensar de todo aquello, volvió á hacer nuevos cálculos sobre el papel, y dijo al cabo de un minuto:

—Ciento cincuenta y seis arrobas, seis libras y cuatro onzas.

—¡Bravo!—exclamó don Jerónimo, que no pudo ménos de sonreir al ver la minuciosidad de la respuesta del jóven.—¿Estás seguro?

—Sí, señor,—contestó Juan despues de echar una rápida ojeada sobre su operacion, para repasarla mentalmente.

—De modo,—añadió el cura,—que para llevarlas á lomo se necesitarán unos quince ó diez y seis mulos.

—Suponiendo que cada uno lleve diez arrobas,—dijo Juan, completando el cálculo de su jefe.

—Eso es,—exclamó Merino como hablando consigo mismo.

Luego se quedó un momento pensativo.

Juan, entre tanto, se perdía en un mar de conjeturas.

Merino examinaba las cantidades, que habia ido apuntando á medida que Juan las decia.

Así pasaron algunos minutos.

Por fin, don Jerónimo levantó la cabeza, que tenia apoyada sobre la palma de la mano, y notando que se le habia apagado el cigarro, pidió á Juan el suyo para encenderlo.

—¿Tú no adivinas á qué viene todo esto?—preguntó al muchacho, mirándole de hito en hito.

—No, señor.

—Pues te lo voy á explicar en dos palabras.

Juan se hizo todo oídos para no perder ni una sílaba.

Merino continuó:

—Esos franceses han de ser mi perdicion, si Dios no lo remedia. Como ya creo que van perdiendo la esperanza de quedar al fin y al cabo dueños de este país, han comenzado á saquearlo.

—Es verdad,—repuso Juan, en cuyos ojos brilló un relámpago de indignacion.

—Las alhajas de las iglesias, los cuadros de mérito, todo lo que les parece que tiene algun valor, es bueno para la rapacidad de esos bandidos.

—Ciertamente.

—Y siendo así, figúrate si tendrán cariño á las hermosas onzas españolas.

Juan contestó con una sonrisa, sin adivinar aún adónde iba á parar el cura.

—Es el caso,—prosiguió este,—que segun parte que he recibido esta mañana, acaba de salir de Valladolid, nada ménos que un millon de duros que Pepe Botellas

envia á Francia, por el camino de Búrgos y Vitoria.

—¡Ah!—exclamó Juan, que empezó á ver un poco más claro en el asunto.

—Sí, chico,—dijo con animacion el cura.—Hasta ahora se habia dicho que lo que hay en España es de los españoles; pero desde hoy en adelante se deberá decir por lo ménos, que es tambien de los franceses.

—Tiene usted razon,—contestó Juan.

—Pues no tengo razon,—gritó el cura, exaltándose y dando una terrible puñada sobre la mesa.—No tengo razon, ni la tendrá nadie para decirlo, por lo ménos de ese dinero, porque no he de consentir que se lo lleven en mis barbas, sin hacer todo lo posible para impedirlo.

—Un convoy de tanta importancia, llevará una fuerte escolta.

—Dos mil quinientos hombres,—contestó Merino.

—Nosotros tendríamos que abandonar todas nuestras posiciones y reunir el total de nuestras fuerzas para juntar mil quinientos,—añadió Juan.

—Sí, y además, el enemigo, que debe estar muy sobre aviso, tendria noticia de nuestro movimiento, y en un momento habria doce ó catorce batallones, que saldrian de todas partes para proteger el convoy.

—Entonces, ya veo que es muy difícil apoderarnos de esa suma.

—Con mil ó dos mil hombres, casi imposible,—contestó Merino.

—¿Entonces?...

—Aún no he perdido la esperanza.

—¿No?

—Lo que es imposible para dos mil soldados, puede ser hasta fácil para un hombre solo.

—¿Fácil?

—No digo yo que esto lo sea. Pero, en fin, lo que se consigue, nunca parece difícil despues de conseguido.

—¿Y usted espera?...

—Sí.

—¿Apoderarse de ese dinero?

—Sin arriesgar más que la vida de un hombre.

—¿Y quién ha de ser ese?—preguntó el jóven.

—Yo,—repuso con tranquilidad el cura.

—¿Usted solo?

—Con el Feo; pero á ese no le cuento, porque casi forma parte integrante de mi misma persona.

Juan no se atrevió á decir nada.

Sabia que á Merino no le gustaba que le hicieran preguntas ni que le replicaran, y así resolvió guardar silencio.

Pero el atrevimiento le parecia tan extraordinario, aun tratándose de don Jerónimo, en el cual todo era excepcional, que el hijo de Gil Mendoza no pudo ménos de murmurar al cabo de algunos minutos:

—En fin... usted sabe lo que hace, y tendrá bien tomadas sus medidas.

—No tengas cuidado; yo podré perder el pellejo, pero al ménos no lo perderé en tonto.

—Así lo creo.

—Hijo, lo que mucho vale, mucho cuesta. Aquí la provincia está esquilnada. El mantenimiento de nuestras fuerzas cuesta mucho dinero, y entre las contribu-

ciones que echan los franceses, que no son pequeñas, y los donativos voluntarios que las juntas sacan para nosotros, temo que dentro de poco no haya un burgalés que tenga una peseta. Si nos apoderamos de ese dinero, podemos dar un gran impulso á la guerra, organizar otro batallon de infantería y crear nuevos escuadrones de caballería. La cosa vale la pena de que un hombre se exponga á que le rompan el bautismo. Además, ese dinero es un robo que se hace á los españoles. Es el producto de las contribuciones sacadas á las otras provincias, que el rey José envia á Francia para llenar el tesoro de su hermano, siempre vacío á consecuencia de las guerras injustas que sostiene en todas partes. Esas onzas han de volver aquí en gran parte convertidas en granaderos, cañones y regimientos de húsares; de modo que cogerlas equivale á copar una division, y yo me propongo coparla, ó ellos van á tener el gusto de acabar de una vez con el cura Merino.

—Dice usted bien,—repuso Juan;—pero confieso que me parece sumamente difícil lograr ese resultado.

—Si cuando salimos de Villoviado te hubieran dicho que á los ocho meses derrotarias tú á un batallon francés, y que serias gobernador de Aranda, mandando más de dos mil hombres entre guardias urbanos y voluntarios, ¿lo hubieras creído?

—No por cierto.

—Pues ya ves que todo eso se ha realizado, y que si Dios nos da vida, llevamos camino de hacer cosas mucho más importantes.

—Es verdad.

—Pues lo mismo lograremos coger ese dinero, si la suerte sigue ayudándonos.

—Pero es que hasta ahora hemos atacado siempre á los franceses cuando eran en menor número, ó cuando las ventajas del terreno nos hacian superiores á ellos, aunque fueran más numerosos que nosotros.

—Y ahora me propongo hacer lo mismo,—repuso Merino.

—¿Lo mismo?

—Sí.

—No lo entiendo.

—¿Cuál ha sido siempre nuestra ventaja? La sorpresa. ¿Y en qué consiste la sorpresa? En lo inesperado. Pues bien; me parece que no se puede esperar que dos hombres solos vayan á apoderarse de una suma guardada por dos mil soldados. Ellos harán su marcha con todo género de precauciones; llevarán una fuerte vanguardia y numerosas descubiertas; no es probable que dejen de llevar algunas compañías de flanqueadores, y su retaguardia irá perfectamente cubierta. Todo eso bastaria para defenderles de un ejército; pero no les defenderá de mí, que pienso meterme entre ellos con el Feo y darles el disgusto con tal suavidad, que no se enteren de nada, sino cuando la cosa ya no tenga remedio.

—Todo eso está muy bien,—contestó Juan;—pero perdone usted que le arguya, pues lo hago en interés de todos.

—Dí lo que quieras.

—¿Usted, segun parece, tiene un plan concebido?

—Es claro

—¿Y no sería mejor encargar de realizarlo á uno ó dos hombres de confianza?

—¿A quién?

—A mí, por ejemplo, que podría acometer la empresa con Tomás.

—Sabia lo que ibas á decirme, y por eso te he dejado hablar.

—Usted nos diria lo que teníamos que hacer...

—Y vosotros lo haríais perfectamente, estoy seguro de ello,—replicó don Jerónimo.

—Pues en tal caso.

—Hay una dificultad.

—¿Cuál?

—Que yo no quiero.

—¡Ah!

—Cuando se trata de un asunto tan grave, nadie más que yo debe acometer la empresa, pues para eso soy el jefe de la guerrilla.

—Yo creo,—dijo Juan,—que por lo mismo no debe usted arriesgar su vida. Nosotros ya es diferente: si morimos, cualquiera de nuestros compañeros puede reemplazarnos; pero si usted faltara, ¿dónde encontraremos otro cura Merino?

—En cualquier parte donde haya quien tenga odio á los franceses; y eso, por fortuna, no falta en España. Si yo muero, tú debes tomar el mando en jefe de las fuerzas, como se lo he dicho mil veces á la Junta Central.

—Eso no podría ser en ningun caso.

—¿Que no?

—Segura es teniente coronel.

—¿Y qué?

—Y yo no soy más que comandante.

—Pues que te hicieran coronel ó lo que fuera necesario. Segura es un buen hombre, sabe organizar un regimiento, es honrado, y cuando llega el caso pelea como el más valiente; pero para mandar en jefe una guerrilla se necesitan cualidades que él no tiene. Por consiguiente, digo y repito que, muerto yo, nadie más tú debe obtener el mando.

—Muchas gracias.

—Pero yo todavía estoy vivo,—prosiguió el cura,—y antes de matarme ya verán lo que hacen los franceses.

—Si usted se empeña absolutamente en acometer la empresa...

—Sí, no quiero que todo lo hagais vosotros; yo tambien necesito mi parte de gloria.

—Ha ganado usted tanta con sus victorias...

—Mis victorias han sido las de todos, y entre ellas no cuento la de Aranda, que es sólo tuya. Pero ahora pienso demostrar que yo sólo valgo por dos mil gabachos, quitándoles de entre las manos ese millon de duros, que nos vendrá como pedrada en ojo de tuerto.

—Como usted quiera.

—Lo que necesito para traerme el dinero despues que lo coja, ó llevarlo á lugar seguro, es diseminar, en los pueblecillos que te diré en una nota que te he de dar esta noche, un par de escuadrones de caballería. Cuidarás de que mañana al amanecer emprendan la mar-

cha por grupos, y que vayan á esconderse en los caseríos y casas de campo...

—Está muy bien.

—Pues yo pienso marcharme esta noche; ven á mi casa á eso de las doce, que antes de montar á caballo quiero darte un apretón de manos y enterarte de mis últimas instrucciones.

Al decir estas palabras, Merino se levantó y se dirigió á la puerta.

Juan le siguió acompañándole.

Los dos bajaron la escalera sin decir una palabra.

—Hasta luego,—dijo el cura al llegar á la calle.

—Hasta luego,—repuso Juan, que en cuanto vió alejarse á su jefe volvió á subir á su pabellon.

El muchacho tenia tal confianza en el valor y en la astucia del sacerdote, que aunque no dejaba de preocuparse con la idea de los riesgos que iba á correr, casi no dudaba del éxito de la tentativa.

—¿Qué habrá pensado?—se preguntaba al subir la escalera.

Y la respuesta venia á ser otra pregunta:

—¿Quién es capaz de adivinarlo?

Capítulo XXII

Preparativos

Al llegar Merino á su casa, encontró al Feo que le esperaba en la puerta.

—¿Has comprado lo que te encargué?

—Sí, señor.

—¿No falta nada?

—Nada.

—Pues guárdalo en nuestros maletines y echa buen pienso á los caballos, que esta noche habrá funcion larga.

—Bueno.

El Feo dió media vuelta y fué á cumplir las órdenes de su amo.

Estaba tan acostumbrado á obedecerlas sin discutir ni replicar, que ya las cumplía maquinalmente.

El cura le había prohibido pensar, y el mozo, que ya de suyo era aficionado á dejar en huelga esa facultad, cumplía el precepto prohibitivo al pié de la letra.

De este modo habia llegado á realizar el bello ideal de la obediencia pasiva.

Don Jerónimo recompensaba esta cualidad con un aprecio que no concedia fácilmente.

Aunque el cura tenia á su servicio otros cuatro ó seis soldados, que no necesitaba ménos para la vida agitadaísima que llevaba, el Feo era el preferido.

De él se valia siempre para las comisiones más arriesgadas ó de mayor confianza, y en las expediciones verdaderamente temerarias que emprendia muchas veces á través de los mismos ejércitos enemigos, él era quien le acompañaba.

En una palabra, aunque los otros individuos que se hallaban á su servicio todos eran sus asistentes, cuando el cura decia *mi asistente*, no tenia necesidad de añadir cuál para que todos supieran que se trataba del Feo.

Otro tanto le sucedia con su caballo.

Don Jerónimo tenia cuatro, porque uno solo no hubiera podido resistir la continuada fatiga que exigia el cura; todos iban siempre en las marchas ensillados para que los montara alternativamente, dándoles el descanso necesario; pero cuando decia *mi caballo*, le llevaban sin vacilar el que era su predilecto.

Este era en la apariencia un rocin de poco ó ningún valor.

Percheron de mucha alzada, tordo rodado, feo, poco airoso en sus movimientos, con la cola y la crin desprobladas y las patas gruesas, parecia más bien un caballo de tiro que de silla.

En la accion de Espinosa de Cervera, fijó el cura la vista en él.

Era entonces propiedad de un comandante francés, y don Jerónimo, como hombre inteligente, comprendió á primera vista que á pesar de su mala estampa, el caballo era lo que se llama una alhaja.

Así es que al terminar el combate se apoderó de él, que habia quedado sin ginete, porque el comandante fué muerto de un balazo, y lo declaró propiedad suya.

Muchos fueron en la guerrilla los que no pudieron contener una sonrisa al ver que el cura elegia un caballo que en la apariencia era el peor de los que se habian cogido; lo cual visto por Merino, le hizo volverse, exclamando:

—Ya veo que no entendeis una palabra de caballos. Este tiene mala facha, pero buenos hechos. Durante toda la accion le he estado observando, y he visto que está muy bien enseñado, es muy maestro y no hay aquí ninguno que le gane á ligero.

Los que se habian reido callaron, pero no quedaron convencidos.

Alguno que habia leído el *Quijote*, se acordó del famoso caballo de madera en que los duques hacen montar al Hidalgo y á su escudero para realizar una de sus bromas, y la cabalgadura de Merino quedó desde aquel momento bautizada con el nombre de *Clavileño*.

Cuando Merino supo esto, en vez de incomodarse rió la gracia, y dijo:

—Tanto me da ese nombre como otro cualquiera. Llámese *Clavileño*, que yo aseguro que cuando lo conoz-

can, más de cuatro de los que ahora se rien quisieran echarle los calzones.

Y no se equivocó don Jerónimo.

Clavileño trotaba magníficamente, saltaba lo mismo por alto que por largo con una fuerza y una agilidad prodigiosas, no tenía rival en la carrera, y hacia las jornadas más largas sin dar la menor señal de fatiga.

Era un gran caballo de guerra.

Después de haber andado diez leguas, en cuanto le quitaban la montura, como hubiera cerca un río, su mayor placer era bañarse lo mismo en invierno que en verano, y luego se iba saltando y relinchando á la cuadra, donde el Feo le ponía un celemin de cebada, porque *Clavileño*, como todos los animales de fatiga, comía muchísimo.

Este era el caballo predilecto de don Jerónimo, el que montaba en todos los combates, y en general siempre que había riesgo ó podía ocurrir algo grave.

Porque debemos hacer notar, que *Clavileño* era tan valiente como su amo.

No le asombraban las descargas ni los tiros.

El cura, montado en él, disparaba tranquilamente su terrible carabina, y el caballo permanecía quieto como si fuera de piedra.

En cuanto sentía el espolin, corría con prodigiosa celeridad al enemigo, saltando zanjas, setos y vallas, obediente siempre á la mano del jinete y sin que el estrépito de las armas, ni los gritos de los combatientes le causaran el menor efecto.

En eso de no asombrarse se parecía el Feo á *Clavileño*.

Oía con la mayor impasibilidad las órdenes más raras, y nunca hubo una que le pareciera ni siquiera extraña.

Por eso habia cumplido la que recibió aquel día sin la menor extrañeza, á pesar de que parecía á propósito para excitar por lo ménos la curiosidad de un hombre que tuviera otro carácter.

—Feo,—le habia dicho don Jerónimo por la mañana.

—¿Qué manda usted?

—Compra dos trajes completos de labrador.

—Está muy bien.

—Uno á tu medida y otro á la mia.

—¿Manda usted algo más?

—Nada.

Y el Feo habia dado media vuelta, y pocos minutos despues se encontraba en la única tienda que habia entonces en Aranda, comprando lo que se le habia mandado.

Pero ni entonces ni en todo el día, ni al guardarlos en la maleta, se le ocurrió hacerse esta pregunta, que cualquier otro se hubiera hecho en su lugar:

—¿Para qué serán estos trajes?

Aquella noche don Jerónimo pidió á su asistente de cenar, prueba evidente de que pensaba pasarla toda á caballo.

Luego que se hubo sentado á la mesa, preguntó al Feo:

—¿Han comido los caballos?

—Un celemin de cebada cada uno.

—¿Y están bien herrados?

—Perfectamente.

—A las doce nos marchamos.

Los dos quedaron callados.

El cura comia con buen apetito.

De pronto dijo á su asistente:

—Feo.

—¿Qué hay?

—¿Sabes que es muy fácil que dentro de tres ó cuatro días estemos fusilados?

Don Jerónimo no se andaba con rodeos para decir las cosas, y su lenguaje, como ya sabemos, era casi siempre poco tranquilizador, porque acostumbrado á mirar los asuntos frente á frente, veia pronto su lado malo y no se tomaba la molestia de ocultarlo á los que le escuchaban.

—¿Fusilados?—preguntó el Feo sin alterarse en lo más mínimo.

—Sí.

—¿Dentro de tres dias?

—O cuatro,—repuso don Jerónimo.

—Bien.

El Feo tomaba todas las cosas con igual indiferencia; pero Merino no pudo ménos de sonreir benévola-mente al escuchar tan estóica respuesta, dada con la mayor sencillez del mundo.

—Ya sé que eres un valiente,—dijo,—y que sabrás reírte de la muerte.

—Si no hay otro remedio...

—Hombre, no creas que nuestro fusilamiento sea una cosa segura.

—¡Ah!

—Ya te he dicho que no es más que muy fácil.

—¿A mí qué me importa?

—¡Hombre!

—Usted es el jefe.

—¡Ya!

—Y usted sabrá lo que ha de hacer.

—Es cierto.

—Yo con ir adonde usted me mande, estoy despa-
chado.

—Tienes razon. Pues bien; por ahora no es más que probable.

—Corriente.

—Porque mira, ya ves que desde que salimos á cam-
paña hemos hecho cosas bastante gordas.

—¡Y tanto!

—Pues hazte cuenta que no hemos hecho nada.

—¿No?

—En comparacion con la que ahora vamos á ha-
cer, nada.

—Si hay batalla, ya sabemos nosotros derrotar fran-
ceses.

—El caso es que no habrá batalla.

—Bien.

—Vamos á marchar tú y yo solos.

—¿Y quiere usted que los dos tomemos á Búrgos?—
dijo el Feo.

—No tanto.

—No, es que por mí no hay que dejarlo.

—Ya sé que por tí no se descompone nada.

—En mandándolo usted...

—¿Eres capaz de todo?

—Sí, señor.

—Pues bien; no es tiempo aún de que te explique lo que vamos á hacer.

—Cuando usted quiera.

—Sólo he querido decirte esto, para que estés prevenido y no te coja de sorpresa nada de lo que vamos á intentar.

—A mí nada me coge de sorpresa.

En aquel momento dieron las once de la noche, y casi al mismo tiempo se presentó en la puerta de la habitación Juan, que acudía con su acostumbrada puntualidad á la cita del cura.

—¡Hola, muchacho!—le dijo éste;—¿quieres cenar conmigo?

—Muchas gracias,—repuso Juan.

El Feo, que estaba acostumbrado á salir de la habitación de su amo en cuanto entraba alguien, le preguntó:

—¿Quiere usted algo?

—Nada.

—Pues voy á prepararlo todo.

—Anda, y ten presente que dentro de media hora hemos de estar á caballo.

El Feo saludó y salió.

Juan preguntó al sacerdote:

—¿Ha adelantado usted la hora de su marcha?

—No.

—Creí que me habia usted dicho que marchaba á las doce, y acababan de dar las once.

—Es verdad; pero como ya estás tú aquí y despues de verte no me queda nada que hacer, lo mismo da marchar media hora antes.

—¿Y está usted resuelto á no confiar á otro esa comision?

—¿Me has visto variar alguna vez luego que decido una cosa?

—No, señor.

—Pues ya estás contestado.

—No he querido ofender á usted.

—Ya lo sé.

Los dos guardaron silencio.

Por fin lo rompió el cura, que tomando una hoja de papel que habia sobre la mesa, dijo á Juan:

—Aquí tienes la nota de los pueblos donde se han de distribuir los escuadrones de que te he hablado.

—¿Nada más que dos?

—Nada más.

—Está muy bien.

—Que salgan mañana por la mañana, y cuidado con que hagan alguna torpeza que á todos nos cueste cara.

—Encargaré á los capitanes que tengan el mayor cuidado.

—¿Qué escuadrones vas á mandarme?

—El de Sebastian Ruiz y el de mi hermano.

—Son dos buenos chicos, y confio en su valor y en su celo.

—Por eso he pensado en ellos cuando usted me ha dicho de qué se trataba.

—Has hecho bien. El Ruiz es un excelente oficial, valiente, sufrido, muy callado, formal y cuidadoso.

—De mi hermano me parece que no tendrá usted queja.

—No, le quiero de veras por lo que vale, y por ser hermano tuyo.

—Doy á usted mil gracias.

Merino decia la verdad.

No habia olvidado la mala pasada que Tomás acababa de jugarle con Pepa; pero culpaba más á ella que al muchacho, porque el cura tenia ante todo un gran espíritu de justicia.

Pepa era la que estaba, en cierto modo, obligada; en cuanto á Tomás, lo consideraba como un pasajero que encuentra en su camino una flor que le gusta, y hace bien en tomarla, si el dueño lo consiente.

Y la verdad es, que preocupado como se hallaba exclusivamente por los asuntos de la guerra, entregado en cuerpo y alma á desempeñar las múltiples funciones de su cargo de general en jefe, Merino apenas tenia tiempo para acordarse de la viuda, ni de sus devaneos. Su corazon estaba tan lleno del odio contra los franceses, que no le quedaba sitio para albergar en él otra pasion.

—Desde el dia 9 de Enero de 1809 hasta la termi-

nacion de la guerra de la Independencia, puede decirse que el cura no tuvo memoria más que para recordar la jornada que habia hecho desde Villoviado á Lerma, cargado con un bombo.

Por eso todo lo que no fuera la guerra le era indiferente, ó no le llamaba la atencion más que de un modo muy secundario.

Luego de fumar su indispensable cigarrillo, don Jerónimo miró su reloj.

—Las once y media,—dijo;—ya deben estar los caballos.

Y como estaba vestido, llevaba su espolin calzado y segun costumbre tenia puesto el sombrero, se levantó de la silla, tomó un látigo de montar que sobre la mesa habia, y salió de la sala.

Juan, acostumbrado á aquel modo de despedirse, le siguió sin decir una palabra.

Ya estaba el Feo en el portal, teniendo de la brida su caballo y el de su amo.

Don Jerónimo reconoció su carabina y sus pistolas, para ver si estaban bien cargadas.

Inmediatamente puso el pié en el estribo.

—Adios, Juan, hasta la vuelta,—dijo estrechando la mano al jóven comandante.

—Hasta la vuelta,—repuso este.

Un segundo despues don Jerónimo estaba montado en su *Clavileño*, y salia de la casa al trote.

El Feo saltó sobre su caballo, y siguió á su amo.

Juan se quedó parado en el dintel de la puerta, viéndolos marchar.

No tardó en dejarlos de ver perdidos en la oscuridad de la calle.

Todavía permaneció inmóvil algunos segundos.

Por fin, el ruido de los pasos de los caballos se fué amortiguando.

Entonces el jóven emprendió el camino de su alojamiento, pensando en la temeraria aventura que iba á acometer Merino.

Capítulo XXIII

Plan de campaña

Los franceses hacían su marcha por el camino que sigue la orilla izquierda del río Arlanzon, es decir, que desde Valladolid se dirigían á atravesar parte de la provincia de Palencia, para entrar en la de Búrgos por San Miguel del Moral, dirigiéndose á Villodrigo; desde aquí por la venta de la Vega y la del Pozo iban á Villazopeque, seguían hasta Villanueva de las Carretas, donde abandonaban por un momento el camino real para hacer noche en Villaquirán de los Infantes, que sin duda, por ser pueblo más grande, ofrecía mayor comodidad para el alojamiento de tan numerosa columna. En Villaquirán dejaban el distrito de Castrogeriz y entraban en el de la capital por Celado del Camino y Estépar; más adelante pasaban el río por el puente de Bu-

miel y marchaban á Búrgos por San Mamés y Villalvilla.

No era este el camino más derecho, pero indudablemente era el más seguro, pues de haberse empeñado en seguir en direccion contraria al Duero, atravesando el distrito de Roa, cortando por un extremo el de Aranda, para atravesar el Esgueva por Pinillos, cruzando por el camino de Cilleruelo y Quintanilla toda la jurisdiccion de Lerma, para entrar en la de Búrgos por Cogollos, tenían el inconveniente de acercarse demasiado á la provincia de Segovia, donde á la sazón se encontraba el general Cuesta, y pasar por las inmediaciones del cuartel general del cura Merino, cuyas emboscadas se habian hecho ya muy temibles á los franceses. Esto, sin contar con que el distrito de Lerma es muy montuoso, sobre todo desde Villalmanzo hasta Cogollos, y ofrecia gran facilidad á don Jerónimo para verificar con todas sus fuerzas una de esas marchas rápidas y secretas á que estaba tan acostumbrado, y caer cuando ménos se pensara sobre la columna, empeñando un combate tal vez de éxito dudoso.

Es verdad que la fuerte guarnicion de Lerma, que últimamente se habia reforzado mucho, como que era la que en primer término se hallaba encargada de contener las incursiones de Merino por el Sur de la provincia, podia ser un buen punto de apoyo y asegurar la retirada del convoy en caso de un contratiempo; pero á los franceses en aquella operacion no les importaba tanto pelear, aunque fuera victoriosamente, como llegar á Búrgos cuanto antes, sin detencion de ninguna clase, y si era posible sin disparar un tiro

Como para andar don Jerónimo no necesitaba caminos, iba siempre en línea recta, atravesando montes, vadeando rios, cruzando sierras y surcando valles, y gracias á este sistema las distancias se disminuian para él considerablemente. Así es que desde Aranda á Villazopeque, que buscando los caminos-carreteros, entonces muy escasos, habia muy cerca de veinte leguas, para Merino no pasaban de doce yendo por Villalva, la Aguilera, Gumiel, Cabanas, cruzando el arroyo de Matajudios por entre Villafruela y la venta de la Tórdiga, y siguiendo por Tordomar, Villahoz, Santa María del Campo y Belbimbre; es decir, marchando siempre hácia el Noroeste.

Doce leguas no eran para nuestro cura más que una jornada, que pudiendo remudar caballos, la hubiera hecho de un tiron; pero como no se hallaba en este caso y no queria fatigar inútilmente los caballos, anduvo toda la noche, y por la mañana hizo alto en Avellanosa de Muño, donde residia un grande amigo suyo, en cuya casa permaneció hasta despues de comer. Avellanosa de Muño es un pueblecillo situado al pié del monte Andaya, en el distrito de Lerma.

A eso de las tres de la tarde volvió á montar á caballo, y emprendió la marcha seguido del Feo. Aún no eran las doce de la noche, cuando llegó á Villazopeque.

Fuése derecho á casa del cura párroco, el cual se levantó no poco sobresaltado al oir que llamaban tan á deshora.

Merino se dió á conocer, y no bien pronunció su

nombre abrióse de par en par la puerta de la casa parroquial.

Entraron don Jerónimo y el Feo, se apearon de los caballos, y un minuto despues toda la casa estaba en movimiento, porque el ama del cura y la criada se habian levantado, y todo les parecía poco para obsequiar dignamente al ilustre viajero.

—Que nadie se incomode,—dijo Merino, el cual, allí como en todas las partes, adoptó desde luego el tono de mando que le era peculiar.—Yo no tomo más que chocolate, y en mi alforjilla hay con qué hacerlo. El Feo traerá tambien qué cenar, y él se arreglará como pueda luego que deje los caballos en la cuadra.

El asistente, sin aguardar más órdenes se encaminó hácia el corral, y don Jerónimo entró con su colega en una salita, en cuya alcoba se encontraba una cama, sin duda destinada á los huéspedes, porque tenia los colchones doblados.

Ya el ama y su criada habian sacado sábanas y estaban preparando el lecho en que debia descansar el guerrillero.

—¿De veras no quiere usted más que chocolate, señor don Jerónimo?—preguntó el cura de Villazopeque, que á juzgar por su abdomen y sus abultados carrillos, debia ser mucho ménos frugal que su colega de Villaviado.

—Nunca suelo tomar otra cosa,—repuso Merino, preparando su maquinilla.

—¿Y qué hay por ese mundo? ¿prepara usted algun nuevo disgusto á los franceses?

—No será malo el que lleven dentro de poco, si Dios no lo remedia.

Así continuaron hablando los dos sacerdotes, mientras Merino hacia y tomaba lo que, con mucha razon por cierto, llamaba su colacion.

Concluida esta, el de Villazoque se despidió de su compañero, y don Jerónimo en cuanto se vió solo se desnudó, apagó la luz y se metió en la cama.

A los pocos momentos dormia con tal tranquilidad, que nadie hubiera podido sospechar que habia llegado al término de un viaje cuyo objeto era realizar el hecho más temerario que ha podido ocurrírsele á un hombre, por mal avenido que esté con su pellejo.

Al dia siguiente se levantó al amanecer, vistióse apresuradamente el traje de campesino que habia encargado al Feo, y se encaminó á casa del alcalde.

Don Bruno, que así se llamaba, era un labrador medianamente acomodado, hombre de unos cincuenta años, gran patriota, y uno de los que más servicios habian prestado á la causa nacional con sus rápidos avisos y oportunas confidencias.

Aborrecia de muerte á los franceses y admiraba á Merino sobre toda ponderacion.

Esta era la causa que habia decidido á don Jerónimo á elegir aquel pueblo para teatro de su arriesgada aventura.

Cuando llegó Merino á su casa, don Bruno ya estaba en el portal dando prisa á los mozos que debian salir á la labranza.

Al ver á don Jerónimo corrió á él con los brazos abiertos, y sólo un gesto terrible del sacerdote hizo espirar su nombre en los labios del alcalde.

—Tenemos que hablar,—le dijo á media voz Merino.

—Pase usted adelante.

El alcalde guió á don Jerónimo á una sala baja, y despues de despedir á los mozos, entró en ella con el cura, cerró la puerta, y dijo:

—¿Qué hay?

—Mucho y bueno.

—Me alegro.

—Respóndame usted cuanto antes.

—Pregunte usted lo que quiera.

—¿Cuanto valdrá esta casa, con todo lo que hay dentro?

—Poca cosa.

—¿Cuánto?

—Unos dos mil duros.

—¿Y el resto de la hacienda de usted?

—¿El resto?

—Sí.

El alcalde ponía una cara cada vez más atontada, no pudiendo adivinar cuál era el objeto de aquellas preguntas.

El cura, viendo que no le contestaba, insistió en su pregunta.

—Toda mi hacienda,—repuso al fin don Bruno, despues de reflexionar un poco,—podrá valer ocho mil duros.

—Ocho y dos de la casa, son diez,—dijo entonces Merino.

—Justamente.

—De modo que lo daría usted todo por mil onzas.

—Ya lo creo.

—Está bien; yo lo compro.

—¿Usted?

—Le enviaré el dinero á Inglaterra antes de ocho días.

—¿A Inglaterra?—preguntó el alcalde.

—A Inglaterra,—contestó el cura.

—Pero...

—Allí le aconsejo á usted que se vaya cuanto antes.

—Pero, señor cura...

—Y si quiere usted creerme, su mujer y sus hijos deben emprender hoy mismo el viaje.

—¿Se burla usted?

—Yo hablo siempre de veras.

—¿Y para qué hemos de irnos á Inglaterra?

—Para evitar que los fusilen aquí.

—¿Que nos fusilen?

—Creo que hablo en castellano.

Así era la verdad; pero lo cierto es que el alcalde no le entendía más que si hablara en griego.

—¿Y quiere usted comprarme mi hacienda?—preguntó despues de un momento.

—Sí, porque me he propuesto que la quemén los franceses.

—¿Que la quemén?

—Y la quemarán, esté usted seguro.

—Es posible.

—Digo, porque supongo que usted estará dispuesto á ayudarme.

—Siendo contra esa canalla, ayudo yo á todo el mundo, y mucho más á usted, mi señor don Jerónimo.

—Pues el caso es bien sencillo.

—Usted dirá.

—Ha llegado á mi noticia que por aquí debe pasar pronto una columna con direccion á Búrgos.

—Segun el aviso del capitan general, la espero dentro de dos dias.

—¿Sabe usted lo que trae esa columna? —preguntó don Jerónimo.

—No, señor.

—Pues una friolera.

—¿Qué?

—Sesenta y dos mil quinientas onzas de oro.

—¡Caramba!

—Y yo he pensado apoderarme de ellas.

—¡Bien hecho!

—Y lo conseguiré si usted me ayuda.

—Cuente usted conmigo.

—¿Hay en esta casa alguna habitacion que tenga cueva?

—Mis bodegas son tan grandes, que puede decirse que toda la casa está minada.

—¡Soberbio! ¡La reja de esta sala tiene buenos barrotes de hierro!...

—Ya lo creo.

—¡La puerta es fuerte y no hay más que una!

—Nada más.

—De modo, que aquí puede guardarse ese tesoro sin miedo á que lo roben, sobre todo poniendo centinelas delante de la puerta y de las ventanas,—dijo el cura como hablando consigo mismo.

—¿Quiere usted guardarlo aquí?—preguntó el alcalde.

—Antes al contrario; de aquí es de donde pienso llevármelo.

—De aquí.

—Sí, señor.

—Pero...

—Porque aquí lo guardarán los franceses.

—¿Quién sabe?

—El jefe de la columna se alojará en su casa de usted, y es natural que trayendo una comision tan delicada, no querrá que el dinero se aparte mucho de él.

—Es verdad.

—Querrá tenerlo en su mismo alojamiento, y donde se hallará bajo su vigilancia y custodiado por una gran guardia.

—Tal creo.

—En ese caso, pedirá á usted que le indique una habitacion á propósito.

—Ya lo entiendo... yo le indicaré esta.

—Eso es. Ellos la reconocerán perfectamente, verán que es segura, y encerrarán aquí su oro, guardándose la llave y poniendo centinelas en la puerta y en las ventanas.

—¿Y por dónde va á entrar usted, señor cura?

—Yo entraré por el suelo.

—¡Por el suelo!

—Para dos buenos albañiles, abrir en la cueva un boquete que dé paso á la sala me parece asunto de media hora, todo lo más de una.

—Pero ¿qué piensa usted hacer?

—Una cosa muy sencilla. Entrar por la cueva, desclavar los cajones, en que sin duda vendrán las onzas; desocuparlos, volverlos á llenar de piedras, que ya tendré pesadas de antemano; clavarlos otra vez, ponerles los sellos del gobierno del intruso, que traerán probablemente, y de los cuales hace tiempo que yo tengo uno por si me hacia falta, y una de dos, ó me descubren durante la operacion y me fusilan inmediatamente con usted, el Feo, los albañiles y todos cuantos estemos en la casa, ó no se enteran de nada, en cuyo caso continúan muy sérios su marcha á Búrgos, escoltando cuidadosamente un famoso cargamento de peladillas de arroyo.

—El plan es atrevido, pero no imposible.

—¿Qué ha de ser imposible? Si no descubren nada, en cuanto ellos salgan del pueblo cargamos las onzas en diez y seis acémilas que usted tendrá prevenidas, y salen en distintas direcciones á ponerse bajo la proteccion de dos escuadrones que yo tengo en los pueblos inmediatos, desde donde marcharán á su destino, y usted escapa más que de prisa hácia Segovia, donde el general Cuesta, para quien yo le daré una carta, le proporcionará medios de pasar á Portugal y desde allí á Inglaterra, donde únicamente estará usted en seguridad.

—Me parece perfectamente.

—Como tarden nada más que tres horas en descubrir el engaño, tenemos bastante tiempo, y estoy seguro de que si salen de aquí sin descubrirlo, han de tardar más de tres días.

—Buenos se van á poner cuando se enteren.

—Enviarán aquí una columna para prenderle á usted, porque la misma fuga de usted les hará caer en la cuenta.

—Si tardan un sólo día, les desafío á que me encuentren.

—Y al ver que usted ha huido, quemarán su casa y arrasarán sus propiedades.

—¿Por eso quiere usted comprármelas?

—Sí, no es justo que tras de exponer la vida y tener que emigrar, quede usted arruinado. Le enviaré mil onzas á Inglaterra, ó se las entregaré aquí mismo al separarnos: eso me es indiferente.

—Y á mí tambien.

—Conque lo que urge es que haga usted que su familia emprenda hoy mismo el viaje.

—¿Hoy mismo?

—Así lo harán con más comodidad, y cuando llegue la hora del peligro y usted emprenda la fuga, ellos estarán á muchas leguas de aquí.

—Pediré á un vecino una galera que tiene á propósito, y les haré salir dentro de una hora.

—Déles usted bastante dinero, para que puedan cambiar de mulas y no parar ni de día ni de noche.

—¿Y adónde los envío?

—A Aranda de Duero.

—¿A Aranda?

—Pueden llegar mañana por la noche, es decir, cuando nosotros empecemos la faena. Allí se presentarán de mi parte al gobernador, y esperarán á que yo pueda enviarlos con toda seguridad adonde usted se encuentra.

—Pues no hay más que hablar, señor don Jerónimo.

—Conviene que nadie sepa de qué se trata.

—No tenga usted cuidado. Enviaré á mi mujer á Aranda, sin decirla siquiera por qué hace el viaje.

—Es lo mejor.

—Yo no fio nunca secretos á mujeres.

—Ahora,—dijo Merino,—necesito dos buenos albañiles y un par de carpinteros de confianza, que empiecen á trabajar inmediatamente.

—En el pueblo hay todo lo que hace falta.

—Mucho más, que yo les ofreceré una buena recompensa si cumplen bien, y cuatro tiros si cometen la menor indiscrecion.

—Estoy seguro que no cometerán ninguna.

—Una cosa se me olvidaba.

—¿Cuál?

—Yo me quedo en esta casa.

—Ya lo supongo.

—Y nadie debe saber que estoy en ella.

—Los mozós que le han visto á usted antes, no le conocen.

—Y como he venido tan temprano, nadie me ha visto en el pueblo.

—Ni es usted conocido en él más que de nombre.

—El cura no dirá una palabra.

—Sin contar con que ese traje le disfraza á usted perfectamente.

—Todas las precauciones son pocas.

—Tiene usted razón.

—Conque ahora manos á la obra, que no hay tiempo que perder.

—No tenga usted cuidado.

—Yo voy á casa del cura, donde segun mis instrucciones deben enviarme noticias de los movimientos de mi gente y de todo cuanto ocurra. Dentro de un rato volveré aquí, y para entonces debe usted tenerme ya buscados un par de carpinteros y dos albañiles que sean gente hábil y de confianza.

—Y además haré que para entonces haya emprendido el viaje mi familia.

—Y procure usted que en la casa no haya mozo de labor, ni criados, como no sean gente de cuya lealtad se pueda responder.

Don Jerónimo se puso en pié al decir estas palabras, como dando por terminada la conferencia.

El alcalde le tendió la mano, y Merino, despues de estrechársela salió á la calle, dirigiéndose otra vez á casa del cura de Villazopeque.

No causó poca sorpresa á la familia de don Bruno la órden que le dió este de marcharse inmediatamente á Aranda.

Bien hubieran querido replicar las mujeres; pero el alcalde no las dejó lugar para ello, y no tuvieron más

remedio que hacer precipitadamente su equipaje, y sin tener ni siquiera el gusto de despedirse de las vecinas, lo cual las hubiera proporcionado ocasion de hacer algunos comentarios sobre la repentina determinacion del improvisado y principalísimo auxiliar del cura Merino, meterse en la galera que este pidió á un amigo, é hizo enganchar sin pérdida de tiempo y ponerse en camino, sin saber por qué ni tener más noticia que la de que iban á Aranda de Duero, que no debian detenerse en ninguna parte, lo cual prometia una marcha bastante penosa, porque yendo en carruaje no podian ir por los atajos que habia utilizado al cura, y que una vez en Aranda, debian presentarse al gobernador militar de la plaza, que se llamaba don Juan Mendoza.

El viaje de la galera era penoso.

Tenia que ir á Lerma por Mahamud y Santa Cecilia, y luego desde Lerma á Aranda por Bahaban de Esqueva y Gumiel de Izan, lo cual equivalia á hacer un viaje de veinte leguas.

Salieron de Villazopéque á las ocho de la mañana, y don Br unoprevino al mayoral que debia llegar á Aranda el dia siguiente por la noche; es decir, que les dió unas cuarenta horas para la expedicion, viaje que en aquellos tiempos parecia rapidísimo y poco ménos que inverosímil.

Entre tanto, don Jerónimo llegó á casa del párroco, y allí le esperaban ya los avisos que aguardaba.

Juan habia cumplido fielmente sus órdenes.

Pocas horas despues que Merino, habian salido de Aranda los dos escuadrones que le debian ayudar en

su empresa, habian marchado por secciones á los puntos que se les tenian prevenidos, y desde el amanecer ocupaban los pueblos de Pampliega, Palazuelos, Barrio de Muño y Belbimbre; es, decir que se hallaban formando al rededor de Villazopeque una especie de semicírculo, cuyo rádio no excedia de una legua.

Merino habia querido tenerlos allí, porque en cuanto se apoderara del caudal que escoltaban los franceses pensaba enviarlo á estos cuatro pueblos, desde los cuales podria ser llevado á Aranda por diferentes caminos, con una escolta de medio escuadron cada parte, esperando que á través de los montes y forzando la marcha, esta se haria con rapidez y celeridad.

Habia preferido dividir su presa en cuatro partes y llevarlas por distintos caminos, porque siempre previsor, queria evitar que si acaso los franceses se enteraban del engaño antes de que el dinero estuviera en salvo, y por cualquiera circunstancia emprendian la persecucion de los guerrilleros, éstos pudieran escapar con mayor facilidad; y en último caso, malo habia de ser que las cuatro pequeñas columnas cayeran en poder del enemigo y no hubiera siquiera una que lograra escapar con su tesoro.

La caballería se habia ocultado en los pueblos valiéndose de las precauciones de costumbre, y don Jerónimo quedó satisfecho de la puntualidad y celo con que se habian ejecutado sus órdenes.

Al regresar á casa del alcalde, ya encontró en ella á los cuatro obreros que habia pedido á don Bruno.

—¿Vosotros no sabeis quién soy?—les dijo en cuanto los vió.

—No, señor,—contestaron á una voz los cuatro.

—Tampoco os importa,—añadió el cura, con su aspereza de costumbre.

Los obreros hicieron una señal de asentimiento.

Merino continuó:

—Basteos saber que soy quien os pagará vuestro trabajo diez veces más de lo que valga, si me servís bien, y quien hará que os fusilen muy pronto si cometeis alguna torpeza.

Los cuatro hombres se miraron unos á otros, como preguntándose quién era aquel individuo que usaba un lenguaje tan terminante, el cual, á pesar de su calzon y chaqueta de paño pardo, su sombrero redondo de alas anchas y borlas de seda, sus polainas de paño y su faja de lana negra, de todo tenia trazas ménos de campesino.

—Vamos á ver,—prosiguió diciendo Merino,—¿os gustaria dar una gran desazon á los franceses?

—Sí, señor.

—¡Pues es claro!

—¡Vaya!

—¡No faltaba más!

Todas estas frases salieron al mismo tiempo de los labios de los cuatro interpelados.

—Bien; pues de eso tratamos,—replicó Merino,—y no queráis saber más, porque ni yo he de decirlo, ni me gusta la gente curiosa. Lo que teneis que hacer desde ahora hasta pasado mañana al amanecer, es ver, oír y callar.

—Está bien.

—Y sobre todo, obedecerme.

—Así lo haremos.

Los pobres hombres no adivinaban adónde iba á parar el que les iba á dar ocupacion con tantos misterios.

—¿Habeis traído vuestros útiles?—les preguntó Merino.

—Sí, señor.

—Don Bruno, guéenos usted á la cueva.

El alcalde tomó un manojo de llaves que estaba sobre una mesa, y dijo:

—Vamos.

—Venid vosotros,—exclamó Merino, dirigiéndose á los albañiles, los cuales tomaron sus piquetas y le siguieron.

Una vez en la cueva, preguntó don Jerónimo:

—¿Corresponde esto á la salita de arriba?

—Sí, señor,—repuso el alcalde.

—Pues ea, muchachos, aquí hay que hacer un boquete en el techo para poder entrar en la sala.

—Eso es fácil,—contestó uno de los albañiles.

—Hoy no quiero que quede concluido,—añadió Merino.—Todo lo contrario; es preciso que por arriba no se conozca nada y que el piso quede seguro, para que se pueda andar por él sin miedo de que se hunda; pero de modo que cuando sea necesario no haya más que quitar unos cuantos ladrillos para que pase un hombre.

—Antes de la tarde estará como usted desea,—repuso el albañil.

—Sólo que para trabajar necesitaremos hacer un andamio,—dijo el otro.

—En el corral encontrareis bastantes tablas,—dijo don Bruno.

—Y luego de acabar vuestro trabajo,—dijo Merino,—no quiteis el andamio, que nos servirá mañana.

—Está muy bien.

—¡Ah! se me olvidaba,—exclamó Merino.

—¿Qué hay?

—Luego que el boquete sirva, es preciso volver á taparlo...

—Bueno.

—De modo que no se conozca.

—Eso es más difícil.

—Es preciso hacerlo.

—Haremos lo que se pueda.

—Hay que hacer más de lo que se pueda,—gritó Merino.

—¿Más?—preguntaron los dos albañiles.

—Sí.

Los hombres bajaron la cabeza, no sabiendo qué replicar, hasta que uno de ellos, más atrevido ó ménos lerdo, exclamó:

—Si el piso fuera de losas, ménos malo, pero siendo de ladrillo, no sé cómo hemos de hacerlo para que no se conozca la argamasa.

—No poniéndola,—contestó el cura,—ya que esa es toda la dificultad, se me figura que la tengo vencida.

—¡Cómo!—dijeron los albañiles.

—Preparareis hoy mismo una losa exactamente igual al boquete.

—Bien.

—Sobre ella echareis una capa de tierra y yeso, y la cubrireis con ladrillos, que ajustados hoy y puestos al sol, estarán perfectamente secos.

—Es verdad.

Mañana se dejan en la cueva los escombros y ladrillos que quitemos de la habitacion; luego se tapa el boquete con la losa enladrillada, y asunto concluido.

—¿Es usted maestro de obras?—preguntó con asombro uno de los albañiles.

—Yo soy maestro de todo,—contestó don Jerónimo.

—Además,—dijo entonces el alcalde,—no hay inconveniente en que el boquete se abra en la alcoba, que, como es oscura, disimula mucho mejor la pequeña imperfeccion que puede quedar en el piso.

—Tiene usted mil razones,—contestó Morino; y añadió dirigiéndose á los albañiles:—Conque ea, á hacer el andamio y á empezar en seguida. Pero os advierto, que ya no volveis á vuestras casas...

—¿Que no?

—Hasta pasado mañana.

—Pero si la obra quedará concluida esta tarde.

—No importa.

—Pero...

—La paga la fijareis vosotros, y yo os daré doble de lo que pidáis.

—Está bien.

—Pero ahora os vais á encerrar en la cueva, y ya no salís de ella hasta que yo lo mande. El mismo don Bruno os bajará la comida, y ya cuidaremos de que sea abundante y buena.

—Lo que usted quiera.

—¿Teneis tabaco?

—Sí, señor.

—Pues á trabajar, y lo dicho dicho,—dijo don Jerónimo.

Los cuatro hombres salieron de la cueva.

Don Bruno se fué hácia el corral con los albañiles, para darles las tablas con que habian de hacer su andamio, y don Jerónimo volvió á la salita de recibo, donde se habian quedado los carpinteros.

—Vamos á ver, muchachos,—les dijo el cura:—¿sois vosotros muy hábiles?

—Sabemos nuestro oficio.

—Es decir, que podreis desclavar un cajon sin que lo sienta la tierra.

—Con las tenazas y el cortafrío no se hace mucho ruido,—respondió uno de ellos.

—De modo, que repitiendo la operacion treinta y dos veces, podreis desclavar treinta y dos cajones.

—Sí, señor.

—Y volver á clavarlos sin que nadie lo oiga.

—Teniendo barrenas, no hay que dar muchos golpes.

—Y aun esos, si se pone una almohadilla sobre los clavos, no sonarán nada.

—Es cierto.

Don Jerónimo lo habia discurrido todo.

—Pues mañana por la noche,—dijo,—vais á hacer esa tarea.

—Está bien.

—Os vendreis aquí por la tarde, y os quedareis encerrados conmigo hasta pasado mañana.

—Lo que usted mande.

—Pero de aquí á mañana vais á tener bastante que hacer.

—Usted dirá.

—Necesito que me hagais treinta y dos cajones.

—Muchos son.

—Es necesario hacerlos.

—¿Para cuándo?

—Para mañana por la tarde.

—Poco tiempo queda.

—Han de ser muy fuertes.

—¿Y grandes?

—No.

—¿Cómo?

—Tendrán media vara de largo, por una cuarta de ancho y otra de alto.

—Corriente.

—¿Cuento con ellos?

—Buscaremos un par de hombres que nos ayuden, y con ellos y los aprendices podrán hacerse. No saldrán muy pulidos...

—Eso es lo de ménos.

—Pues los tendrá usted aquí á las cuatro de la tarde.

—De la paga habeis de quedar satisfechos.

—Está muy bien.

—Pero conviene que no se entere nadie de que habeis recibido ese encargo.

—No lo sabrán más que los que los hagan.

—Y aun á esos les habeis de decir lo ménos posible.

—Pierda usted cuidado.

—Pues id con Dios y hasta mañana.

—Hasta mañana.

Y los carpinteros se volvieron á su obrador para dar comienzo á la tarea.

Eran las diez de la mañana, cuando Merino, despues de terminar todos sus preparativos y haber visto comenzada la obra de la cueva, regresó á la casa del párroco á meditar en los últimos detalles de su plan de campaña.

Capítulo XXIV

El todo por el todo

Merino tenía el don de comunicar á todos su actividad.

Así es, que los obreros puestos á sus órdenes por el alcalde trabajaron durante todo el día con el mayor celo, y al llegar la noche estaba terminada la obra de albañilería, habiéndose practicado en la cueva un verdadero escalo, que fácilmente podia convertirse en cómoda entrada para la habitacion en que debia verificarse el suceso que preparaba.

Entre tanto, los carpinteros adelantaban en la construccion de los cajones, y tenían la seguridad de concluirlos al día siguiente por la tarde.

Don Jerónimo hizo además llevar á la cueva, y encerrar en ella, hasta ciento diez y seis arrobas de tierra y piedras pequeñas. Dividió todo aquel material en

treinta y dos porciones iguales, que venian á tener poco más de cuatro arrobas y media cada una, y colocó los montones con la debida separacion, á fin de que no se juntasen, y todo estuviera preparado para el momento oportuno.

—A fin de llamar la atención lo ménos posible, hizo que la tierra y las piedras se tomaran de un gran monton que habia en el corral de la casa del alcalde, procedente de un pajar recientemente derribado, que don Bruno se proponia reconstruir de nuevo.

Como al anoecer los albañiles habian concluido, pidieron permiso á don Jerónimo para ir á sus casas; pero el cura se lo negó, diciéndoles:

—Ya os he dicho que de aquí no se sale.

—Pero, señor...

—Nada, nada.

—Nos vamos á aburrir.

—No importa. ¿Habeis comido bien?

—Sí, señor.

—¿Os han dado tabaco?

—Don Bruno ha cuidado de todo.

—Pues yo haré que os bajen vino, á pesar de que me gusta poco que la gente beba.

—Está muy bien.

—Y con dos colchones y un par de mantas, dormireis como unos patriarcas hasta mañana.

—¿Y tambien pasaremos aquí todo el dia?—insistieron.

—Y la noche.

—¿Caramba!

—Pero por la noche no os faltará que hacer, y yo estaré con vosotros.

—Corriente.

—En cambio os prometo diez onzas á cada uno cuando os deje libres.

Los albañiles, que jamás habian soñado verse con tanto dinero junto, no pudieron contener un grito de admiracion.

—¿Os parece buena la paga?—preguntó el cura.

—Es claro,—respondieron al mismo tiempo los dos menestrales.

—Pero si os empeñais en salir, ó haceis cualquiera cosa que pueda echar á perder mi asunto, en lugar de meteros en el bolsillo diez onzas de oro á cada uno, os meteré una de plomo en la cabeza.

Los albañiles se miraron sin saber qué decir.

—¿Vosotros no sabeis quién soy yo?—preguntó don Jerónimo, sin dejarles volver de su asombro.

—Como usted no nos lo ha dicho...—repuso uno de ellos.

—No os hace falta saberlo; pero si me conociérais, sabríais que soy hombre muy capaz de cumplir lo que ofrezco, y que lo mismo me da pagar diez veces más de lo que valga el trabajo de los que me sirven bien, que dejar seco de un tiro al que me sirve mal.

Dichas estas palabras, don Jerónimo salió de la cueva, dejando á los dos obreros llenos de admiracion y formando mil conjeturas acerca de quién podia ser el que les empleaba y de la clase de aventura en que se habian embarcado, que aunque á ellos al pronto no

les habia parecido más que una cosa vulgar y corriente, en vista de las precauciones que se tomaban, presumian que debia ser asunto del mayor interés, y acaso del mayor peligro.

En el zaguán estaba don Bruno, que se habia constituido allí como de centinela, permaneciendo en aquel sitio casi todo el dia, para evitar que los jornaleros y criados se acercasen á la cueva, y hasta para procurar que parasen en la casa lo ménos posible.

No dejó el buen hombre de pasar algunos apuros para responder á los vecinos, que le interpelaban acerca del precipitado viaje de su familia; pero salió de ellos como Dios le dió á entender, y como nadie podia sospechar ni remotamente de qué se trataba, pues aún no habia en el pueblo noticia de la aproximacion de los franceses, ni mucho ménos podia imaginar nadie que llevaran aquel tesoro que se trataba de arrebatárles, el único perjuicio que se siguió á don Bruno de lo que sucedia, fué que los vecinos más murmuradores, y en los pueblos apenas hay quien lo sea ménos, se dijeran unos á otros:

—¿Qué habrá sucedido en casa del alcalde?

—No sabemos.

—Habrá reñido con su mujer...

—Y la ha echado de casa.

—Y tambien á los hijos.

—¿Por qué habrá sido?

Y alguna vieja, que desde su juventud abrigaba odio contra la alcaldesa, porque la habia quitado un novio, ó porque el dia de la fiesta mayor estrenó un

vestido más bonito que el suyo, se aventuraba á decir:

—¡Ella siempre ha sido ligera de cascos!

—¡A mí me parece una mujer honrada!—añadía otra, no sabemos si por amistad á la víctima, ó por excitar con sus elogios la maledicencia de su compañera.

—¡El diablo harto de carne!...

—¿Pero sabe usted algo?

—De ahora no, pero cuando jóven...

—¿Sí?

—Cuando el alcalde ha echado de casa á sus hijos, es prueba de que...

—¿De qué?—preguntaba la otra.

—Es claro, de que no son sus hijos.

—¿De veras?

—¡Mé parece!

—Tiene usted razon.

—Pero ¡qué tiempos!

—¡Calle usted por Dios!

—No sabe una lo que tiene con poder ir por todas partes con la cara descubierta.

—Ya lo creo.

Y las dos viejas convenian, sin más apelacion, en que la alcaldesa era una perdida y don Bruno el más infeliz de los maridos burlados.

... ..
... ..

No hay que decir que más de uno y más de dos de esos amigos officiosos fueron á llevar á don Bruno noticias detalladas de los comentarios que se hacian en el pueblo á consecuencia de su determinacion.

La raza de los que siempre están dispuestos á darle á uno una mala nueva ó proporcionarle un disgusto, es numerosísima.

Sobre todo, cuando es fácil hacerlo sin riesgo personal.

Y como en decirle á cualquiera que los otros hablan mal de él no hay ningun peligro, los avisos de esta especie que recibió el alcalde fueron innumerables.

Don Bruno se reía de las murmuraciones de las viejas y de la oficiosidad de los que iban á contárselas, y dedicaba toda su atención á ayudar á Merino en su difícil empresa.

Mucho antes de la hora en que pudieran ser necesarios todos los preparativos, estuvieron terminados.

La columna francesa llegó á Villazopeque á eso de las cinco de la tarde del día en que se la esperaba, muy ajena de que en la cueva de la casa del alcalde habia encerrados seis hombres, resueltos á quitar á aquellos dos mil soldados el importante caudal que custodiaban.

Entre estos seis hombres, sólo Merino sabia de qué se trataba.

Los otros, esto es, el Feo, los dos albañiles y los dos carpinteros, le obedecian como autómatas. El primero, porque así estaba acostumbrado á hacerlo, y los otros porque esperaban una buena paga, no imaginaban todo el peligro que corrian si la empresa se malograba, y además de haber empeñado su palabra, se sentian dominados por la superioridad y el ascendiente que Merino tenía aun sobre los que no sabian quién era.

Todo sucedió como el cura había previsto.

El general de brigada que mandaba la columna manifestó al alcalde que necesitaba alojamiento, no sólo para él y sus dos ayudantes, sino para la carga que llevaba en quince ó diez y seis acémilas.

Don Bruno le dijo que en Villazoqueño había más casa á propósito para esto que la suya, y así era la verdad, y que él tendría mucho gusto en ponerla toda á disposición de su excelencia.

El general quedó encantado de la cortesanía del alcalde, reconoció minuciosamente la casa, y encontrándola á propósito, se instaló en ella.

En cuanto á la habitacion en que debía encerrarse el tesoro, fué objeto del más escrupuloso exámen.

Se golpearon las paredes y los pisos, encontrándose que unas y otros tenían toda la solidez apetecible; se vió que la única ventana que daba á la calle tenía una reja con fuertes barrotes de hierro, y que la puerta era sólida y se hallaba provista de magnífica cerradura.

El exámen hubiera satisfecho al más exigente, y el general no tuvo que objetar una palabra.

Por supuesto, que los oficiales se reían de las precauciones de su jefe.

Conociendo la audacia del cura Merino, todos temían que en el momento ménos pensado les atacara, bien en un pueblo ó bien en campo raso, ya preparándoles una emboscada, ó ya presentando un combate donde creyera que podía hacerlo con ventaja; pero ni al más meticoloso le cruzaba por la imaginacion la idea de que pudiera tratar de sustraerles su inmenso y pesadísimo

tesoro como los rateros sustraen á los que van por la calle el reloj del bolsillo.

El mismo general participaba de esta confianza, que cualquiera en su lugar hubiera tenido, y más bien tomaba sus precauciones por mera formalidad que por creerlas estrictamente necesarias.

Creía que lo indispensable era prevenirse de un ataque á viva fuerza, evitar una sorpresa, estar siempre preparado á pelear, y guardar bajo llave y con una guardia los caudales que custodiaba, para impedir que algun soldado de la misma columna, ó un acemilero codicioso, llegará hasta ellos, desclavara un cajón y sustrajera las onzas que buenamente se pudiera meter en el bolsillo.

Para esto no se puede negar que las precauciones que tomaba eran suficientes, y aun sobradas.

Presenció él mismo la operacion de descargar las acémilas, contó una y otra vez las cajas en que iba el dinero, las miró una por una para asegurarse de que no habian sufrido ningun desperfecto durante la marcha, y luego de ver que no les faltaba ni un clavo y que los sellos estaban intactos, dirigió una postrera ojeada á la habitacion, y cerró la puerta con llave, golpeándola fuertemente para asegurarse de que estaba bien cerrada.

Don Bruno, que asistia impasible á aquella operacion, tuvo que pensar dos ó tres veces que el cura le fusilaria si por su culpa se echaba á perder el negocio, para no soltar la carcajada en las barbas del general.

Luego de cerrada la puerta, llamó este al oficial de guardia, y le mandó colocar un centinela delante de

ella, otro en la calle delante de la reja, y como en el zaguan habia otros dos, uno en la puerta principal y otro en la del corral, el tesoro, á juicio de los franceses, quedaba perfectamente guardado.

En cuanto á las precauciones militares, que pudiéramos llamar exteriores, no podian ser más, ni estar mejor tomadas.

Grandes guardias avanzadas, patrullas de infantería y caballería, que recorrian sin cesar el pueblo y sus alrededores, y fuertes reconocimientos operados en los caseríos y bosques de las inmediaciones: nada se habia olvidado. Se conocia que el general francés era perro viejo; tenia como suele decirse el colmillo retorcido, y no pensaba dejarse quitar su presa á dos tirones. Por desgracia suya daba con don Jerónimo, que era más zorro que él y que á una astucia incomparable unia un valor temerario, y por consiguiente era capaz de sacar aquellas onzas de las garras del mismo diablo, convertido en general y servido por sus infernales legiones.

Luego que don Jerónimo se halló encerrado en la cueva y comprendió por el ruido que se escuchaba en la casa que ya habian llegado los franceses, es decir, que no habia escape, habló de esta manera á los hombres que con él estaban:

—¡Vaya, hijos míos, el pellejo ya está jugado, y ahora puedo deciros quién soy y para qué os tengo en este sitio.

Los cuatro obreros prestaron la mayor atención.

El Feo apenas hizo caso de las palabras de su amo: en primer lugar, porque sabia quién era y la revelacion

bajo este punto de vista no le interesaba nada; y en segundo, porque acostumbrado á obedecer ciegamente, le importaba poco lo que le mandara hacer.

—Pues, señor,—prosiguió don Jerónimo con su naturalidad acostumbrada,—yo soy el cura Merino.

Los cuatro hombres abrieron desmesuradamente los ojos, y el mismo asombro ahogó en sus pechos una exclamación.

—Sí, y los que hay arriba, son un general francés, que ni sé cómo se llama ni me importa, y dos mil soldados próximamente, que por nuestra causa van á tener un disgusto grave antes de mucho tiempo.

El Feo, ocupado en atizar la linterna que les alumbraba, prestaba poca atención á las palabras del cura.

—Esos gabachos,—prosiguió éste, de cuyos labios estaban pendientes los cuatro obreros,—llevan así como un millón de duros en onzas de oro, que nosotros les vamos á quitar esta noche, si Dios no lo remedia, y no lo remediará probablemente.

—¿Nosotros?—exclamaron los cuatro hombres.

—Sí.

—Pero...—se atrevió á decir uno de los obreros, sin saber cómo terminar la frase.

—No me hagais más preguntas,—repuso el cura, porque no he de perder el tiempo en contestaros. Los franceses están ya en la casa, y por el sólo hecho de encontrarnos en esta cueva y descubrir los trabajos que tenemos comenzados, nos fusilarían á todos.

Los cuatro hombres estaban pálidos, y apenas podían respirar.

—Ya no es tiempo de retroceder,—añadió don Jerónimo,—sin contar con que el que lo intentara encontraría este par de pistolas, que no yerran tiro.

—Y estas que tampoco se andan en chiquitas,—exclamó tranquila y sentenciosamente el Feo, sacando sus armas al mismo tiempo que su amo.

Los obreros no contestaron una palabra.

—Conque á trabajar,—dijo Merino, variando de tono;—que además del agradecimiento de la patria y la satisfaccion de haberla servido bien, yo os aseguro que la recompensa será tal, que no os arrepentireis de lo que habeis hecho.

Los pobres héroes por fuerza, que se veian cogidos en aquella ratonera, no replicaron una palabra, y se dispusieron á cumplir con su deber lo mejor posible.

Las treinta y dos cajas que Merino habia encargado el dia anterior á los carpinteros, estaban allí abiertas esperando el depósito que debian recibir.

Las piedras y la tierra, amontonadas en un rincon.

Y el escaló, en opinion de los albañiles, podia dar paso á la habitacion de arriba en ménos de media hora.

Además, habia allí martillos, palanquetas, cortafíos y toda clase de útiles, con una buena provision de clavos, argamasa y ladrillos.

En una palabra, todo lo que podia necesitarse para practicar la operacion con entera felicidad.

Merino hizo comer á su gente, porque queria que una vez comenzado el trabajo, no se interrumpiera hasta dejarlo concluido.

Los obreros, haciendo de tripas corazon, comieron,

no con gran apetito, sino como el que teme comer por última vez en su vida; pero el Feo, según costumbre, hizo los honores á los fiambres que don Bruno había preparado.

El Feo era capaz de comerse un pavo en las gradas del patíbulo.

Don Jerónimo comió también con buen apetito, y animaba á los lugareños, diciéndoles:

—Ea, hijos, tripas llevan piés. No hay que hacer melindres, que en lances como estos nos vemos el Feo y yo todos los días, y no perdemos la gana de comer.

A eso de las ocho de la noche creyó don Jerónimo que se debía emprender el trabajo.

El cura había pensado al pronto no emprenderlo hasta hora más avanzada, cuando todos estuvieran acostados.

Peró luego calculó que era mejor no aguardar tanto, porque además de que deseaba ganar tiempo, se le ocurrió que el poco ruido que necesariamente exigía la operación, sería más fácilmente notado en el silencio de las altas horas de la noche, que entre el bullicio que entonces había en la casa.

En esto no se engañaba.—

Como el general estaba allí, no cesaban de entrar y salir jefes y oficiales, que iban á recibir órdenes ó á acompañar un rato á su superior, ordenanzas á caballo que llevaban partes, y soldados que acudían á todas las necesidades del servicio.

El animoso don Bruno veía su casa convertida en un cuartel general, y no dejaba de pensar con inquietud.

tud en los seis hombres que tenía encerrados en la bodega y en la empresa que trataban de realizar.

Lo cierto es, que para encontrarse en la situación en que se hallaba el alcalde, y tener fuerzas para hablar al general, mostrarse con él fino y obsequioso, y atender á las mil preguntas y peticiones que le hacían, por una parte sus criados, y por otra los de su huésped, se necesitaba que el buen don Bruno fuera tan patriota y poco ménos valiente que el cura Merino.

Por fortuna, en España, y en aquella época, todos eran patriotas y á pocos faltaba el valor de morir por la causa nacional.

Los albañiles prosiguieron su escaleo ayudados por Merino, el Feo y los dos carpinteros.

—No hay que dar golpes,—decía de cuando en cuando don Jerónimo.

Y los obreros, subidos en el andamio, arañaban con sus instrumentos y arrancaban con las manos pedazos de cascote del techo de la cueva.

Poco más de media hora llevaban de trabajo, cuando uno de los albañiles sacó en la mano un pedazo de ladrillo.

—Ya estamos arriba,—dijeron casi al mismo tiempo los cuatro obreros, que excitados por el ardor del trabajo y lo patriótico de la empresa, habían ya perdido el miedo.

—¡Silencio!—dijo Merino.—¡Al que hable una palabra lo mato!

Nadie replicó.

Todos siguieron trabajando.

Un minuto después había en el techo un boquete, por el que podía pasar un brazo.

—Adelante,—decía Merino en voz baja.

Y los obreros, poseídos de una especie de fiebre, seguían arrancando cascotes y ladrillos.

A poco, el Feo pudo pasar la cabeza por el agujero que habían practicado.

Un cuarto de hora más tarde, el paso estaba libre; la brecha tenía más de media vara en cuadro.

—Feo,—dijo entonces el cura.

—¿Qué manda usted?

—Tú subes arriba con dos hombres, y empiezas á dar las cajas que encontrarás á los otros dos, que se quedarán en el andamio.

—Está muy bien.

—Quitaos los zapatos.

Todos obedecieron.

—Sube tú delante y busca las cajas á tientas.

—No es difícil.

—Sobre todo, hay que hacerlo. Subir luz, sería exponerse á que la vieran por las rendijas de la puerta, si el patio está á oscuras.

—¡Arriba!—contestó á media voz el Feo. Y subió resueltamente á la sala.

—Anda á gatas para no tropezar ni hacer el menor ruido.

—Bien.

—Subid vosotros,—dijo don Jerónimo á dos de los obreros.

Estos siguieron al Feo sin vacilar.

—Andad muy despacio, no os importe tardar mucho, que hay tiempo de sobra. Lo que importa es no dar golpes.

Don Jerónimo dirigia la maniobra con la calma de un contramaestre que se halla en alta mar sobre la cubierta de un buque.

Para asegurar la obediencia de sus auxiliares en aquella arriesgadísima operacion, tenia en la mano una pistola amartillada.

Pasaron algunos minutos.

A Merino le parecian siglos.

Miraba con impaciencia su reloj; y se le figuraba que no andaba.

En el piso de arriba adonde estaba, el Feo con dos de los obreros, apenas se oia el más leve rumor.

Los tres hombres que quedaban en la cueva comprimian hasta el aliento.

Se hubieran podido oir los latidos de sus corazones.

Por fin, apareció en el boquete una caja bastante pesada.

Los dos hombres que estaban en el andamio, la recibieron de manos de sus compañeros y la bajaron hasta el suelo con las cuerdas que tenían preparadas, ayudándoles Merino desde abajo para que no golpeará.

Luego de aquella caja, apareció otra.

Y despues otras.

Hasta treinta y dos.

Las noticias que habian dado al cura Merino sus espías eran exactas.

La operación fué lenta y pesada, gracias á las precauciones que tuvieron que adoptar para realizarla.

Luego de la última caja, bajaron el Feo y sus compañeros.

Eran las once y media de la noche, y estaban trabajando sin parar desde las ocho.

—Descansad un cuarto de hora y bebed un trago,—dijo el cura á sus auxiliares, que sudaban á más no poder.

Los cinco hombres se sentaron sobre las cajas, y tomaron aliento algunos minutos antes de empinar la bota.

Merino por aquella vez habia tenido que transigir con el vino, no para beberlo él, que no lo hubiera probado por nada del mundo, sino para permitir que lo bebieran los que estaban á sus órdenes.

El Feo, sin embargo, no se aprovechó del permiso.

Mientras los obreros pasaban de mano en mano una bota llena de lo tinto, él requirió un cántaro y se echó á pechos media azumbre de agua.

Don Jerónimo entre tanto fumaba un cigarrillo de papel.

—Lo principal está hecho,—dijo;—lo demás se hará muy fácilmente.

Pasado el cuarto de hora de descanso, el cura, á quien rebosaba en el cuerpo la impaciencia, exclamó:

—Ea, manos á la obra.

Los cinco auxiliares le preguntaron con una mirada qué habia que hacer.

—Hay que desclavar esas cajas sin estropearlas ni hacer ruido.

Los carpinteros tomaron sus herramientas, y los cor-
tafíos comenzaron á hacer su oficio; ayudados por las
tenazas.

Empezaron á saltar clavos.

Merino, el Feo y los dos albañiles, devoraban con
la vista á los carpinteros, que habían tomado por su
cuenta cada uno una caja.

Pocos minutos tardaron en abrir las dos primeras.

—¡Silencio!—dijo Merino, apretando convulsiva-
mente la culata de su pistola, para ahogar la exclama-
cion que estuvo á punto de arrancar á aquellos hombres
la vista de tanto oro, cuando se abrió la primera de las
cajas.

Todos callaron, dominados por el terror, y perma-
necieron más de un minuto absortos, contemplando
aquella inmensa riqueza.

El mismo cura no pudo sustraerse á un momento de
estupor.

—Seguid desclavando,—dijo á los carpinteros des-
pues de un minuto,—y vosotros á vaciar esas cajas y
colocar las onzas en las nuestras.

—¡Despacio!... ¡No hacer ruido!—exclamó, viendo
que el Feo y los albañiles se precipitaban sobre las
onzas.

Mientras los carpinteros desclavaban otras dos cajas,
los otros tres hombres vaciaron completamente las pri-
meras y colocaron su contenido en dos de las que el cura
habia mandado hacer.

La operacion continuó del mismo modo por espacio
de más de hora y media.

Eran las dos ménos cuarto de la madrugada cuando las treinta y dos cajas de los franceses estaban completamente vacías y llenas las de don Jerónimo.

El cura habia separado quinientas onzas, formando con ellas cinco montones, que puso en una tabla que en la pared habia á modo de repisa.

Inmediatamente las cajas que habian contenido el dinero fueron llenas de tierra.

—Ahora á clavar todos,—dijo el cura, tomando un martillo para dar el ejemplo.

La operacion fué rapidísima.

Como los clavos se ponian en los agujeros ya hechos, entraban sin dificultad.

Además, los obreros colocaban unas almohadillas de trapo para amortiguar los golpes de los martillos.

Todo se hizo perfectamente y sin ruido.

A las dos y media de la madrugada ya estaban clavadas las treinta y dos cajas, y el cura, provisto de lacre y el sello imperial que poseia, las fué sellando una por una.

—¡Arriba con ellas!—dijo.

El Feo volvió á subir por la brecha á la habitacion del piso superior.

Dos obreros le siguieron.

Las cajas se fueron subiendo con las mismas precauciones con que se habian bajado, y colocándolas en su sitio sin que ocurriese ninguna avería.

Ni el ojo más experto hubiera podido conocer que aquellas cajas habian sido tocadas.

Su peso era próximamente igual al del día ante-

rior, y en su exterior no presentaban la menor señal de violencia.

Con tal habilidad habían trabajado los carpinteros. Además, el caso era tan extraordinario, tan inverosímil, que á nadie se le podía ocurrir la menor sospecha sobre lo que había sucedido.

Don Jerónimo ordenó que sin pérdida de tiempo se tapara el boquete que había servido para verificar aquel audaz robo.

La operacion estaba preparada desde el dia anterior, y se efectuó con facilidad.

El Feo y los cuatro obreros subieron al andamio la losa enladrillada que tenían prevenida.

Los albañiles la aseguraron en pocos minutos, atravesando por debajo, para mayor seguridad, una viga, que se claveteó y pegó con armagasa, de modo que pudiera soportar el peso de algun hombre que pudiera colocarse en el sitio donde había estado el boquete.

Ni aun esto era probable que sucediera, porque el escalo se había practicado en la alcoba, donde no había nada, y no era probable que entraran en ella los franceses, sobre todo no sospechando el chasco de que eran víctimas.

A las tres y media de la madrugada todo estaba concluido.

Sólo faltaba clavar las cajas que encerraban el tesoro de que se habían apoderado los españoles.

Pero como esta era operacion breve y había tiempo, don Jerónimo quiso dar á sus obreros otro descanso, porque estaban rendidos de fatiga.

—Muy bien, muchachos,—dijo el cura, sentándose en un pequeño tonel que habia en el centro de la cueva;—os habeis portado perfectamente, y habeis ganado las cien onzas que he resuelto dar á cada uno.

—¡Cien onzas!—dijeron los aludidos, que se habian dejado caer en el suelo y acariciaban la bota ó liaban sus cigarrillos.

—Sí, cien onzas: el servicio que habeis prestado es grande, el peligro no pequeño, y la paga debe ser proporcionada. Por otra parte, aunque la patria gaste hoy medio millon de reales, creo que hace un buen negocio si adquiere un millon de duros.

Al decir esto, Merino tomó las onzas que antes habia apartado, y fué contando á cada uno de los obreros la suma prometida.

Los pobres hombres no sabian cómo darle las gracias.

Cien onzas eran para ellos un tesoro con que no habian osado soñar nunca.

Recibian el dinero, y se quedaban mirándolo y dudando de lo que veian.

Capítulo XXVII

Continuacion del anterior.

Sólo quedaba ya uno de los montones de cien onzas.

Merino lo tomó en la mano.

—Feo,—dijo.

—¿Qué manda usted?

—Toma.

—¿Yo?

—Sí.

—¿Y para quién es esto?

—Para tí.

—Pero...

—Todo el que hace un apresamiento para el Estado, tiene derecho á percibir una parte.

—¿Pero cien onzas!

—Es mucho ménos de lo que te tocaria si hubieras cogido un contrabando que valiera un millon de duros.

—¡Puede!...

—Y no hubieras corrido tanto peligro.

—Lo que usted quiera.

Y el Feo tomó las onzas, que fué guardando en su faja y en todos los bolsillos.

Luego de embolsarlas, dijo:

—Pero, señor cura, quien verdaderamente ha cogido esto es usted.

—Yo tambien tendré mi parte.

—¡Ah!

—Sí, sólo que yo no cobro en dinero.

—¿No?

—Mi parte es la alegría de haber hecho este flaco servicio al enemigo. Con pensar cómo se arrancarán los pelos los franceses cuando se descubra el pastel, estoy yo más que pagado.

Todos guardaron silencio.

Merino saboreando la satisfaccion, que no le cabia en el cuerpo.

Los otros, aturdidos por verse dueños de tanto dinero, lo cual embotaba todas sus facultades y les hacía olvidar que á pocos pasos de ellos se encontraban los franceses, es decir, la muerte, si por cualquier accidente se descubria lo acaecido, antes de tiempo.

Eran ya más de las cuatro de la madrugada, cuando don Jerónimo creyó conveniente sacar de su éxtasis á los que tan bien le habian servido.

—Ea, muchachos,—dijo,—id clavando esos cajones, pues conviene que todo esté preparado para que en cuanto marchen los franceses los pongamos en salvo.

Los cinco hombres empuñaron sus martillos, y gra-

cias al sistema de poner tramos sobre los clavos, la operación se hizo, si no con gran celeridad, al ménos sin ruido.

Acababan de clavar la última caja, cuando Merino miró su reloj y vió que eran las cuatro y media.

Un minuto después se oyó en la calle el rumor de tambores y trompetas, que tocaban diana.

—Se conoce que el general quiere marchar temprano: me alegro,—exclamó Merino;—antes de una hora estaremos completamente libres, y nuestra aventura habrá terminado.

No pasaron cinco minutos sin que se oyera por todas partes el rumor confuso de una tropa numerosa que se disponía á emprender la marcha.

Merino y sus acompañantes procuraban escuchar todo lo que pasaba fuera del recinto en que se hallaban encerrados.

Pero todo lo más que llegaba hasta ellos eran las pisadas de algun caballo, que entraba ó salía en la casa del alcalde.

Por fin, oyeron distintamente el ruido de pasos en la habitación que habia sido objeto de su asalto.

Habia llegado el momento crítico.

Merino escuchó con interés.

Los cuatro obreros palidecieron.

El Feo permaneció indiferente.

Todos contuvieron la respiración.

Hubieran dado cualquiera cosa por oír lo que hablaban en la pieza superior.

Pero esto era imposible.

A los diez minutos cesó el ruido.

Pero no la ansiedad de los reclusos.

Esta situación se prolongó aún cerca de un cuarto de hora.

Al cabo de este tiempo, los alegres y penetrantes acordes de una banda de música que pasaba por la calle, penetraron hasta la cueva.

La columna se ponía en marcha.

—¡Victoria!—gritó Merino, deponiendo toda prudencia.

—¡Viva el cura Merino!—contestaron sus compañeros.

Aún trascurrió otro cuarto de hora.

Al cabo de él oyóse rechinar una llave en la puerta de la cueva.

Don Jerónimo se dirigió hacia ella.

Subió dos ó tres escalones.

La puerta se abrió.

Don Bruno, sin poder decir una palabra, cayó en brazos del cura.

El alcalde tardó bastante tiempo en reponerse y poder hablar.

Por fin logró serenarse.

—¿Qué hay?—preguntó.

—Todo ha ido á las mil maravillas,—contestó Merino.

—¿Y el dinero?

—Ya es nuestro... ¿Se ha marchado esa canalla?—añadió el cura.

—Ya no queda ni uno en Villazopeque.

—¡Vayan con Dios, y cuidado no les quiten las piedras!—exclamó alegremente Merino.

—¿Qué hay que hacer ahora?—preguntó el alcalde.

—Si han cumplido mis órdenes, y de seguro las habrán cumplido, dos escuadrones míos deben haber pasado la noche emboscados á media legua de aquí.

—Ya he mandado gente á buscarlos, según usted me dijo.

—Bien. ¿Y los bagajes que he pedido?

—No tardarán cinco minutos.

—Entonces todo está hecho. Salgamos de esta cueva, donde ya me iba yo aburriendo. Tú, Feo, véte á casa del señor cura y dispon nuestra ropa y los caballos.

—Allá voy,—repuso el Feo.

—En cuanto á estos buenos muchachos,—añadió don Jerónimo señalando á los obreros,—es preciso que almuercen bien, porque han trabajado en grande.

—Que se coman todo lo que encuentren en la casa,—contestó don Bruno.

—Ya lo oís,—les dijo Merino.—Luego podeis hacer lo que querais; pero os advierto que los franceses no tardarán en volver aquí á vengar la mala pasada que les hemos hecho; por consiguiente, no conviene que habléis á nadie de la parte que habeis tomado en el negocio, ni que manifestéis tener el dinero que os he dado. Los espías andan listos, y una imprudencia podría costaros cara. Andad arriba.

Los obreros no se hicieron repetir la orden, y era tal su aturdimiento, que sin despedirse de Merino, ni

aprovechar el permiso del alcalde para entrar á saco su despensa, marcharon á sus casas.

—Subamos también nosotros,—dijo don Jerónimo,—porque la verdad es que la agitacion de esta noche me ha abierto el apetito; estoy rabiando de hambre y ansioso de respirar el aire libre.

El cura y el alcalde salieron de la cueva, y cerraron con llave la puerta que guardaba aquel enorme tesoro.

—Se ha portado usted como un gran patriota, amigo don Bruno,—dijo Merino cuando estuvieron en el zaguan de la casa.

—Le aseguro á usted, señor don Jerónimo, que he creído morir de angustia.

El lance no era para menos.

El pobre alcalde habia pasado una noche horrible de incertidumbre y de zozobra.

A cada momento temia que se descubriera la presencia de Merino y de sus minadores, en cuyo caso no habia salvacion para ninguno de los que se encontraran en la casa.

Por otra parte, temia que el cura hubiera tropezado de pronto con alguna de esas dificultades insuperables é imprevistas que impiden con frecuencia la realizacion del plan mejor combinado.

Y en este caso, el horrible peligro que corrian todos se hacia estéril.

Y los hombres son capaces de morir por algo.

—Pero morir por nada, es una de las cosas más tristes que puede haber en el mundo.

Afortunadamente, nada de esto había sucedido.

—¿Y no han conocido nada?—preguntó el cura.

—Ya lo ve usted,—repuso el alcalde.

—Es verdad, la pregunta es ociosa. Si hubieran conocido algo, ninguno de los dos estaríamos vivos.

Luego don Jerónimo, mientras se desayunaba con un plato de magras que el alcalde le había hecho servir, y le ayudaba á comer con buen apetito, contó á este todos los detalles de la operacion.

Don Bruno marchaba de asombro en asombro.

—¡Qué prevision!—decía á cada detalle que relataba el cura.

—La cosa valia la pena de hacerse bien,—replicaba Merino; y proseguia su interrumpido relato.

—¿Conque ahí tenemos ese millon de duros?—preguntó el alcalde cuando terminó don Jerónimo.

—Ménos quinientas onzas que he dado á esa gente.

—¡Buena paga!

—Se lo han ganado.

—Es verdad.

—Y mil que le debo á usted, segun hemos convenido.

—Como usted quiera.

—Sí señor; diez y seis mil duros, con los cuales no hago más que resarcir á usted de las pérdidas que esto le costará indudablemente.

—Es cierto.

—¿Y qué piensa usted hacer, amigo don Bruno?

—Largarme de Villazopeque antes de una hora,—contestó el alcalde.

—Bien pensado, y creo que lo mejor sería que montara usted á caballo y se viniera con nosotros.

—Ya se me ha ocurrido.

—Yo cuento estar mañana al amanecer en Aranda, y allí está usted seguro, y puede recoger su familia, tomar su dinero, y marcharse por donde veamos que hay menos peligro.

—¿Marcharme?

—Sin duda.

—En cuanto á que mi familia salga de España y ponga en salvo mi fortuna, me parece muy justo,—dijo el cura.

—Bien.

—Pero eso de que yo me vaya con las mujeres pudiendo pelear con los hombres...

—¿Cómo?

—¿No me querrá usted de soldado en su guerrilla?

—¿Señor don Bruno!

—¿Señor don Jerónimo!

—¿A su edad de usted!

—¿A mi edad!... ¿Pues no parece sino que soy un carcamal!... Acabo de cumplir cincuenta años. ¿Tiene usted muchos menos?

—Pero usted tiene familia.

—Si sólo los curas y los incluseros hubieran de pelear por España, estábamos frescos.

—¿Deme usted un abrazo, hombre, deme usted un abrazo!—exclamó Merino, que por poco ahoga sobre su corazón al bueno del alcalde.

—¿Conque me admite usted de soldado?

—¿De soldado?

—De ranchero si usted quiere.

—Como la Junta Central no le reconociera á usted el empleo de comandante de infantería, me habian de oír los sordos...

—¿De comandante?

—Hoy se ha ganado usted eso y mucho más,—dijo el cura.

—Pero si yo no entiendo una palabra...

—Tampoco entiendo yo, y no obstante soy coronel de caballería?

—Sin embargo.

—Nada, el teniente coronel Segura le enseñará á usted el oficio, que no es difícil. Además, para lo que nosotros hacemos, no hace falta ser ningún sábio. Esperar á los franceses en un lugar á propósito, y en cuanto se presentan empezar á tiros con ellos hasta que llega el momento de caerles encima sable en mano, y no dejar ninguno vivo. A esto se reduce todo, que no es ninguna ciencia del otro jueves, y con un poco de buena voluntad, mucha muñeca y corazon entero, se hace á las mil maravillas.

Aquí llegaban el cura y el alcalde en su patriótico diálogo, cuando un gran rumor que oyeron en la calle les hizo levantarse y acudir á ver lo que sucedía.

No era nada que debiera alarmarles.

Era que los dos escuadrones de Merino llegaban á Villazopeque, y el pueblo se disponía á recibirlos.

Hacia unos tres cuartos de hora que habian salido los franceses.

-ab Don Bruno llamó á uno de sus criados, y le mandó ensillar su caballo y prepararlo todo para la marcha.

-sno La casa debía quedar sola y cerrada, para que los franceses ejercieran en ella su venganza.

-sno A los pocos minutos aparecieron en la calle los escuadrones.

-sno Iban al paso y desfilando de á cuatro.

-sno A la cabeza marchaba Tomás, que mandaba el primero.

-sno Delante de él, y como sirviéndole de guía, el Feo, que llevaba del diestro su caballo y el de Merino.

El Feo habia recobrado ya su traje de guerrillero.

-sno Al llegar delante de la casa de don Bruno, los dos escuadrones formaron en ala y echaron pié á tierra.

-sno Tomás y Sebastian Ruiz entraron en el portal para presentarse á su jefe y recibir órdenes.

-sno —Todo está bien,—les dijo Merino al verlos.—

Mientras yo me cambio de traje, haced cargar en las acémilas las cajas que hay en la cueva. El Feo os servirá de guía.

-sno Don Jerónimo dió á Tomás la llave de la cueva, y este hizo que se adelantaran unos cuantos soldados para sacar las cajas en cuestion.

-sno Hacia ya un cuarto de hora que en el corral esperaban diez y seis bagajes.

-sno Merino entró en la salita del alcalde, y á los pocos minutos volvió á presentarse en el patio con su pantalón negro, levita, alzacuello y sombrero de copa.

Entre tanto, los soldados iban subiendo cajas y cargando dos en cada acémila.

Mientras concluían su operación, don Jerónimo daba sus instrucciones á los dos capitanes.

Tomás y Sebastian Ruiz debían dividir sus escuadrones en dos mitades, y estas cuatro mitades, á cada una de las cuales se confiaría la custodia de cuatro acémilas, marcharían por caminos diferentes, pero evitando las carreteras, á Aranda de Duero. La marcha debía ser forzada, á fin de que al día siguiente las cuatro secciones llegaran á aquella población. De estas secciones, dos irían mandadas por Tomás y Ruiz, otra por un teniente de confianza, y la cuarta por el mismo Merino.

La orden era marchar con la mayor celeridad, y evitar encuentros y combates con fuerzas enemigas, aunque fuesen muy inferiores en número y hubiera completa seguridad de vencerlas.

—La victoria,—dijo Merino, al terminar sus explicaciones,—consiste en llegar pronto y sin tropiezo. Ahora á cumplir cada cual con su deber.

Las diez y seis acémilas estaban ya cargadas; se dividieron en cuatro grupos de á cuatro, y cada grupo emprendió la marcha por un camino, escoltado por sesenta caballos.

Lo que más llamó la atención á los vecinos de Villazopeque, que ya estaban bastante admirados de lo que sucedía, fué ver que su alcalde, en traje de caza, con espuelas y una buena escopeta, montaba también á caballo, y partía con la sección que mandaba el cura Merino, dejando su casa herméticamente cerrada.

—¿Qué habrá sucedido?—se preguntaban.

—¿Qué llevarán esos bagajes?

—¿Adónde irá don Bruno?

Y las respuestas, como nuestros lectores pueden comprender, no se acercaban ni remotamente á la verdad.

Capítulo XXVIII

Don Bruno comandante

A los cuatro días de los sucesos que en el capítulo anterior hemos referido, el general conde de Dorsenne, que se hallaba en Burgos sentado en su sillón, ocupado en abrir y despachar su correspondencia, pegaba un salto al leer una de las cartas que acababa de recibir, se limpiaba los ojos como si no hubiera visto bien, y volvía á leer de nuevo.

El general se puso en un momento de mil colores, llamó á todos sus ayudantes, y habiéndolos llamado á todo el mundo para que le ayudasen en el trance que le ocurría.

La cosa, en efecto, era grave, gravísima. El papel que de tal modo agitaba al conde de Dorsenne, era una comunicación del cura Merino, concebida en estos términos:

Capítulo XXVIII

Don Bruno comandante

A los cuatro días de los sucesos que en el capítulo anterior hemos referido, el general conde de Dorsenne, que se hallaba en Búrgos sentado en su sillón, ocupado en abrir y despachar su correspondencia, pegaba un salto al leer una de las cartas que acababa de recibir, se limpiaba los ojos como si no hubiera visto bien, y volvía á leer de nuevo.

El general se puso en un momento de mil colores, llamó á todos sus ayudantes, y hubiera llamado á todo el mundo para que le ayudara en el trance que le ocurría.

La cosa, en efecto, era grave, gravísima.

El papel que de tal modo agitaba al conde de Dorsenne, era una comunicacion del cura Merino, concebida en estos términos:

«Excelentísimo señor general conde de Dorsenne:

»Tengo el gusto de participar á vuecencia, que en la noche del 12 al 13 del corriente me apoderé en la villa de Villazopeque de la cantidad de veinte millones de reales en onzas de oro, que conducia á esa capital una brigada francesa. Doy á vuecencia esta noticia, á fin de que no se siga perjuicio en su buena reputacion al general que mandaba aquella fuerza.—Dios guarde á vuecencia muchos años. Aranda de Duero, 16 de Setiembre de 1809.—JERÓNIMO MERINO.»

Pasados los primeros momentos, el conde de Dorsenne sospechó si aquello podria ser una broma de mal género; pero conocia bien la letra de Merino, y sabia que el cura no era hombre que se chancease.

El convoy habia llegado á Búrgos dos dias antes, y se habia detenido para que la tropa que lo escoltaba tuviera un descanso.

Como las cajas iban lacradas y selladas, nadie pensó en abrirlas; se encerraron en la tesorería, de donde se proponian sacarlas para proseguir la marcha á los cuatro ó cinco dias.

El conde de Dorsenne hizo llamar inmediatamente al general que mandaba el convoy; le participó lo que ocurría, y ambos convinieron en que era preciso trasladarse á la tesorería sin pérdida de tiempo, y comprobar la verdad de lo que sucediese.

Así lo hicieron, y en presencia de un escribano y buen número de testigos se procedió á abrir la primera caja.

Fácil es comprender las caras que pondrían los circunstantes al encontrarla llena de piedras y de tierra.

Abrióse la segunda; lo mismo.

Y la tercera.

Y la cuarta.

Y todas, las treinta y dos.

El general burlado quiso arrojarle por la ventana, costando gran trabajo contenerle.

El conde de Dorsenne no sabia en quién descargar su ira, y la descargó en un pobre empleado, á quien dejó cesante, porque le pareció que habia sonreído.

Para que se vea que siempre pagan justos por pecadores.

La situacion del general de brigada era terrible.

No podia ménos de ser sometido á un consejo de guerra, ante el cual no sabia qué contestar, porque lo cierto es que el pobre hombre se devanaba los sesos por averiguar cómo podia haberse hecho aquella sustitucion, y no encontraba ninguna solucion á su problema.

Aquello indudablemente le iba á costar la faja, y alguna pena bastante dura.

Sin contar con la pérdida de su reputacion.

Estaba decidido á pegarse un tiro.

El conde de Dorsenne, como la cosa no le tocaba tan de cerca, estaba un poco más sereno.

Se encerró en una habitacion con su colega y procuró tranquilizarle, á fin de que entre los dos discurrieran el modo de remediar en lo posible aquella catástrofe.

Reunir una fuerte columna y marchar contra Aranda, fué su primera idea.

Pero todo lo más podrian juntar siete ú ocho mil hombres.

Aranda estaba fortificada.

Tenia más de cincuenta cañones.

Y entre guerrilleros y paisanos, podia contar con unos cuatro mil defensores.

Por consiguiente, tomarla no era empresa tan fácil como hubieran deseado.

Además, Merino podia abandonar la ciudad, retirarse á los montes con sus fuerzas, llevándose el dinero, y en este caso todo lo que lograban era inaugurar una campaña en la estación de las lluvias, que no podia ser muy provechosa.

En cuanto á rescatar el tesoro perdido, á medida que pensaban en ello lo iban encontrando más difícil.

Lo grave era que el conde de Dorsenne no podia ménos de dar parte en el acto de aquella ocurrencia.

De lo contrario, recaeria sobre él una gran responsabilidad.

Y la caridad bien ordenada empieza por uno mismo.

Esto fué lo que debió pensar sin duda el conde de Dorsenne, porque manifestando un gran sentimiento, su primera providencia fué arrestar á su compañero el general de brigada que habia sido encargado de aquella desgraciada comision, y dar parte de lo que ocurría al gobierno de Madrid.

La noticia tardó poco en circular por toda la poblacion de Búrgos, donde los patriotas, que lo eran todos

los vecinos, se rieron á más y mejor del tremendo chasco que habian llevado los franceses, y hubo hombre que se emborrachó aquel dia á la salud del cura Merino.

El conde de Dorsenne, enterado de que el desastre habia sido en Villazopeque, envió sin pérdida de tiempo un jefe de estado mayor con un batallon y dos escuadrones para prender al alcalde, á quien desde luego suponía cómplice en el hecho, y á todos aquellos de quienes pudiera presumirse que le habian ayudado.

Afortunadamente, temerosos de lo que pudiera suceder á la aproximacion de estas fuerzas, los cuatro obreros que habian servido de auxiliares tan eficaces á Merino tomaron el prudente partido de huir á los montes, pues de lo contrario, es fácil que por razon de su oficio hubieran excitado alguna sospecha.

Al llegar la columna á Villazopeque y saber la fuga de don Bruno, ya no quedó al jefe la menor duda de que este habia sido uno de los principales, si no el principal autor de aquel crimen, porque para los franceses lo era que los españoles trataran de recobrar lo que les habian robado.

Registróse minuciosamente la casa, cuya puerta hubo necesidad de forzar, y en la bodega se encontraron las señales del escaló.

Entonces tuvieron los franceses el consuelo de comprender algo de lo que habia pasado, ya que no la satisfaccion de recuperar ni una sola de las onzas que habian perdido.

Como habia previsto don Jerónimo, los bienes del

alcalde fueron secuestrados, anunciándose que se venderian en pública subasta, para indemnizar algun tanto al gobierno del rey José de la cantidad que se le habia quitado.

Este anuncio no produjo ningun efecto.

Los vecinos de Villazopeque, como todos los de la provincia de Búrgos, en todo pensaban ménos en acudir á tomar parte en semejante subasta, para lo cual, además de su patriotismo, tenian una buena razon, y era que Merino, muchos meses antes, habia publicado un bando anunciando que pasaria por las armas á los compradores de bienes embargados á los españoles por el gobierno del rey intruso.

De este modo las pérdidas de don Bruno eran mucho menores de lo que se creia, si la terminacion de la guerra era favorable á España, pues quedaban reducidas á la privacion de sus rentas durante algun tiempo y al mal cultivo de sus propiedades mientras fueran administradas por los invasores.

Lo único que perdió definitivamente fué su casa, que los soldados, para desahogar su furor, entregaron á las llamas, cometiendo de paso en Villazopeque otras tropelías, de que fueron víctimas los vecinos más inocentes.

Entre tanto, don Bruno se encontraba en Aranda de Duero, cada vez más satisfecho de su conducta.

En el capítulo anterior dejamos al bueno del alcalde cuando salia de su pueblo montado á caballo al lado del cura Merino.

La marcha se hizo con toda felicidad.

Desde que las partidas que escoltaban el dinero rebasaron la altura de Lerma, comenzaron á encontrar en la mayor parte de los pueblos, y en los pasos más peligrosos, fuertes destacamentos de infantería y caballería, que la prevision de Juan habia colocado allí para que protegieran la retirada de los expedicionarios.

Como Lerma era el último pueblo en que por aquella parte habia tropas francesas, que no pasaban de dos batallones y una batería, en cuanto las partidas pasaron por los costados de aquella poblacion, se encontraron ya como en su casa y caminaban por las carreteras casi reunidas, pues comprendian que nada tenian que temer.

Don Bruno iba de asombro en asombro, al ver lo numeroso y bien disciplinado de las fuerzas que mandaba Merino.

Aquellos soldados sanos, robustos, alegres y bien vestidos, eran capaces con su sola presencia de inspirar ánimo al hombre más pusilánime, y sobre todo al alcalde, que no tenia nada de esto.

Pintar las demostraciones de alegría con que el vecindario de Aranda recibió á Merino, es imposible.

Sobre todo, cuando corrió entre el pueblo el rumor de la importante presa que acababa de hacer, que fué en cuanto llegaron al pueblo las avanzadas, el entusiasmo se convirtió en delirio.

Merino, con sus dos escuadrones, se abrió paso á duras penas por entre la muchedumbre que le vito-reaba.

Los dos batallones de guardia urbana, que habian formado para recibirle, rompieron las filas y le rodearon pidiéndole que los llevara al combate.

En aquel momento, y con un jefe como el cura, aquellos hombres que en su vida habian disparado un tiro, se sentian capaces de ir á Búrgos y tomarlo por asalto, pasando á cuchillo á sus defensores.

—¡A Búrgos! ¡A Búrgos!—gritaban roncós de entusiasmo, no sólo los guardias urbanos, sino tambien los paisanos.

—Todo se andará,—replicaba Merino, más bien con la accion que con la palabra, porque estaba seguro de que aunque hablara no le oirian.

Si en aquel momento hubiera querido, no tardara un cuarto de hora en encontrarse al frente de cuatro ó cinco mil hombres, capaces, si no de vencer, de morir á sus órdenes.

Afortunadamente, don Jerónimo era demasiado prudente para dejarse arrebatar por aquel entusiasmo.

Don Bruno, colocado entre Merino y Juan, que habia salido á recibirles, iba atontado, sin darse cuenta de lo que le pasaba, y más de una vez tuvo que enjugarse una lágrima, arrancada á su corazon de patriota por aquella escena de españolismo.

—Venceremos,—decia el alcalde de Villazopeque;—¿no hemos de vencer? Con gente como esta se vence siempre.

—Lo mismo creo,—le contestaba Juan.

Y sólo á fuerza de tiempo y de trabajos logró la comitiva llegar al gobierno militar, donde se descargó el

tesoro con tanto riesgo adquirido, poniéndolo bajo la custodia de una buena guardia.

Calmado algun tanto el entusiasmo, pudo Merino dedicarse á sus ocupaciones, encerrándose en el despacho de Juan y dejando en la antesala á don Bruno, rodeado de jefes y oficiales, que le pedian con avidez detalles de aquella maravillosa aventura.

Como don Jerónimo habia ya enterado á Juan de los servicios prestados por don Bruno á la causa nacional y del empleo que habia resuelto conferirle, todo le trataban cariñosamente y con el respeto que merecia el que de tal modo habia sabido captarse en un solo dia el aprecio de su jefe.

En la guerrilla, todo lo que hacia Merino se encontraba justo. De tal modo los tenia acostumbrados el cura á no ver en él preferencias caprichosas, que en verdad no tenia, pues nunca se le vió premiar sino al verdadero mérito.

Entre tanto, don Jerónimo daba parte de lo ocurrido á la Junta de Sevilla, manifestando que podia disponer de aquel dinero, que en tan gran cantidad constituia para él un estorbo, y en caso de experimentar un revés, podia caer de nuevo en poder del enemigo. Como es de suponer, no olvidaba en su parte pedir para don Bruno el empleo que provisionalmente le habia concedido, encargiendo la importancia de su servicio, su patriotismo y buenas prendas.

Luego tomó algunas disposiciones puramente militares, encaminadas á aumentar la seguridad de la plaza de Aranda y vigilancia en los movimientos de los

franceses, que según él esperaba, no podían menos de intentar algo para resarcirse de su pérdida, ó por lo menos borrar con una victoria el recuerdo de la ridícula derrota que acababan de experimentar.

Concluidos estos importantes trabajos, salió otra vez Merino á la sala donde se encontraban los oficiales; dispuso que se llevara su correspondencia á su destino, y dijo dirigiéndose á don Bruno:

—Pero, hombre, ¿aún está usted aquí?

—¿Qué quiere usted que haga?

—Yo creía que habría usted ido á buscar á su familia.

—El señor comandante,—repuso don Bruno, señalando á Juan,—me ha enterado de que llegó anteayer sin novedad, y aguardaba á despedirme de usted para ir á verla.

—Juan,—dijo entonces Merino.

—Mande usted.

—Dispon que le acompañe un ordenanza á la casa en que se encuentren su mujer y sus hijos.

La orden fué cumplida inmediatamente, y don Bruno salió del gobierno militar con un soldado de la guardia, no sin que antes le dijera Merino:

—Ya sabe usted que en nuestra tesorería hay mil onzas que son suyas.

—Está bien.

—Cuando usted las quiera, no tiene más que pedir las.

—No corre prisa.

Y don Bruno salió poco menos que á escape, porque

lo cierto es que el pobre hombre tenia grandes deseos de abrazar á los suyos.

Dejémosle entregado á las expansiones de la familia, contando á la suya sus aventuras y dándola parte de la resolucion que habia tomado, cosa que disgustó altamente á su mujer, la cual sin duda tenia pocas ganas de ser esposa de un héroe, á quien el dia ménos pensando podia un francés dejar cojo ó manco.

—Pero, hombre, ¿aún está usted aquí?

—¿Qué quiere usted que haga?

—Yo creo que habría usted ido á buscar á su familia.

—El señor comandante, —repuso don Bruno, señalando á Juan, —me ha enterado de que llegó ayer sin novedad, y aguardaba á despedirme de usted para ir á verla.

—Juan, —dijo entonces Merino.

—Manda usted.

—Dispon que le acompañe un ordenanza á la casa en que se encuentran su mujer y sus hijos.

La orden fue cumplida inmediatamente, y don Bruno no salió del gobierno militar con un soldado de la guardia, no sin que antes le dijera Merino:

—Ya sabe usted que en nuestra tesorería hay mil onzas que son suyas.

—Estará bien.

—Cuando usted las quiera, no tiene más que pedir.

—¡Díjelas!

—No corre prisa.

Y don Bruno salió poco ménos que á escape, porque

Capítulo XXIX

Las cuentas del cura Merino

Diez días habían pasado desde los sucesos que en el capítulo anterior hemos referido.

La familia de don Bruno había salido de España por Portugal, llevándose los diez y seis mil duros, que Merino había entregado al ex-alcalde.

Este, dado ya á reconocer como comandante de infantería, se había hecho cargo del mando del segundo batallón del regimiento de Arlanza, y bajo la dirección de Segura, que era el jefe del regimiento, se aplicaba con la mayor asiduidad á aprender su nuevo oficio.

Don Jerónimo recorría sin cesar todos sus destacamentos, y la tropa se dedicaba continuamente á hacer el ejercicio.

Juan cuidaba con el mayor celo de que las fortificaciones de la plaza estuvieran en buen estado, los ar-

tilleros diestros en el manejo de las piezas, y los urbanos dispuestos á pelear como soldados detrás de los parapetos.

Las noticias que se recibían de Búrgos hacían necesaria esta actividad, pues se sabía que allí estaba reuniéndose un cuerpo, que no bajaría de ocho mil hombres de todas armas, los cuales se creían destinados á marchar sobre Aranda y escarmentar de una vez á la guerrilla del audaz cura de Villoviado.

Es decir, que se acercaba el momento solemne de que el ejército de Castilla la Vieja, como Merino había titulado las fuerzas de su mando desde que salió de su pueblo con tres hombres armados de escopetas, midiera sus armas á la luz del sol, y sin sorpresa ni emboscada, con una excelente division francesa.

Todos aguardaban con impaciencia aquel choque, y lo único que deseaba Merino es que la Junta Central dispusiera cuanto antes del dinero que tenía en su poder, porque diez y nueve millones y medio en metálico, son demasiado pesados y exigen muchos cuidados para conservarse, en caso de una retirada.

Por fin llegó un correo de Sevilla.

Merino se quedó asombrado al abrir el voluminoso pliego que le enviaba la Junta.

En él se le incluía una comunicacion muy lisonjera por su última hazaña, y se disponía del caudal que guardaba, en la forma siguiente:

La tercera parte para los aprehensores, y de lo restante, se mandaba al cura reservar cuatro millones para las atenciones de su guerrilla y los gastos de campaña,

remitiendo lo demás al general Cuesta, que adelantaria fuerzas suficientes para recibirlo al limite de la provincia de Segovia.

Además, la Junta enviaba el despacho de comandante de infantería á don Bruno, cosa de que Merino se alegró, como una muestra de la consideracion personal que seguia mereciendo.

Debemos advertir, que aunque no hubiera recibido tal despacho, no por eso don Bruno hubiera dejado de mandar su batallon, porque, como hemos visto, cuando Merino concedia un empleo daba inmediatamente posesion al agraciado, y sólo por mera formalidad pedia la confirmacion á la Junta.

En cuanto hubo leído aquellas comunicaciones y otras referentes á los asuntos de la guerra, llamó á Juan y á Segura, que eran sus consejeros áulicos.

—Ya ven ustedes lo que pasa,—les dijo.

Segura era uno de los pocos á quienes Merino no tuteaba.

—La tercera parte de ese dinero,—continuó el cura,—dice la Junta que ha de ser para los aprehensores.

—Así lo disponen las leyes del reino,—replicó Segura.

—No lo sabía,—contestó Merino con su habitual sencillez;—pero es el caso,—añadió don Jerónimo,—que á mí me ocurre una duda.

—¿Cuál?—preguntaron á la vez Juan y su compañero.

—¿Quiénes son aquí los aprehensores?

—Los aprehensores,—contestó Juan inmediatamen-

te,—son usted, el alcalde de Villazopequé, el Feo, y los obreros que ayudaron en la empresa.

—Total siete,—exclamó el cura.

—Sí, señor.

—¿Y crees que yo voy á repartir entre siete hombres más de seis millones de reales?

—¿Por qué no, si es de ustedes?

—El alcalde, el Feo y los obreros, ya han tomado su buen pellizco, y no necesitan más. A los obreros les ofrecí diez ónzas, y les he dado ciento; el alcalde ha cobrado más de lo que vale su hacienda, y sobre todo sus pérdidas, sin contar el empleo de comandante, que es buena recompensa; y el Feo y yo no necesitamos nada, aunque á él le conté otras cien ónzas como cien soles.

—¿Qué pretende usted hacer?... — preguntó Segura.

—Mi primera idea ha sido considerar como aprehensores á los dos escuadrones que me acompañaron; pero luego he pensado que esos no han hecho más que escoltar el dinero despues de cogido, y aun para hacerlo, como no han tenido que batirse, la cosa ha sido bastante cómoda.

—Es cierto.

—Por consiguiente, creo que lo mejor es tener en cuenta que yo no hubiera podido ir á Villazopeque si no hubiera contado con los dos escuadrones que me habian de escoltar á la vuelta.

—Sí.

—Y no hubiera podido acercar los dos escuadrones, si no contara con que en caso de un percance tenían

guardadas las espaldas y podían replegarse sobre el resto de la fuerza.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó Juan, que ya iba comprendiendo algo.

—Es muy sencillito. Quiero decir, que en justicia, los aprehensores somos todos, porque para mí, tanto papel hace tu sable cuando le abres la cabeza á un igabacho, como los estribos en que apoyas los piés para pegar la cuchillada.

—¿Es decir que usted quiere?...

—Que se reparta entre todos ese dinero, pues ó todos lo merecemos, ó no lo merece ninguno,—dijo resueltamente Merino.

—Será de muy buen efecto,—dijo Segura.

—Sí, hombre; no todo han de ser malos ratos,—replicó Merino.—Justo es que nuestra gente tenga algún día de jolgorio.

—¿Y ha pensado usted en la forma en que ha de hacerse el reparto?

—Me parece que por partes iguales, considerando á los sargentos como dos soldados, á los alféreces y tenientes como cuatro, á los capitanes como ocho y á los jefes como diez y seis.

Merino, por un rasgo de desinterés muy natural en su carácter, no había querido establecer diferencia entre las clases de comandante, teniente coronel y coronel, porque teniendo él este empleo, le pareció poco decoroso reservarse la mayor parte.

—¿Conque están ustedes conformes?—preguntó al cabo de un momento.

—Nosotros no tenemos más obligacion que obedecer á usted,—repuso Juan.

—No pregunto eso,—replicó con viveza Merino;—pregunto si es justo lo que pienso hacer.

—Justo y conveniente,—contestó Segura.

—Pues no hay más que anunciarlo á los cuerpos, pedir las listas de revista y hacer la cuenta.

—Las listas de revista,—contestó Juan,—las tengo en el bolsillo: precisamente ayer me las enviaron al gobierno.

—Veamos las fuerzas que tenemos,—exclamó don Jerónimo.

Juan sacó los documentos en cuestion.

—Empieza,—dijo Merino.

—Regimiento infantería de Arlanza.

—Veamos.

—Un teniente coronel, primer jefe,—dijo leyendo Mendoza.

Merino habia tomado un pliego de papel, y dijo á Segura, dándole una pluma:

—Vaya usted apuntando.

—Un comandante.

—Ponga usted dos,—dijo el cura al militar que iba formando el estado.

—Diez y seis capitanes,—añadió Mendoza.

—Adelante.

—Treinta y cuatro tenientes, incluyendo los dos ayudantes.

—Bien.

—Diez y ocho subtenientes.

—Bueno.

—Diez y seis sargentos primeros y treinta y dos segundos.

—Hacen cuarenta y ocho,—dijo Merino á Segura, que continuaba escribiendo.

—Y mil doscientos ochenta individuos de tropa.

Como se ve, el regimiento de Arlanza estaba perfectamente organizado; se componia de dos batallones de á ocho compañías cada uno, con ochenta plázas por compañía.

—Haga usted el resúmen, amigo Segura, para que sepamos á qué atenernos.

Segura, que tenia bastante práctica en operaciones aritméticas, no tardó más de cinco minutos en presentar á su jefe la siguiente cuenta:

Mil doscientos ochenta soldados. 1.280

—Cuarenta y ocho sargentos á dos partes cada uno. 96

Cincuenta y dos oficiales subalternos á cuatro partes. 204

Diez y seis capitanes á ocho. 128

Tres jefes á diez y seis. 48

TOTAL. 1.756

—Perfectamente,—contestó Merino, apuntando en otra hoja la suma total;—veamos la caballería.

—Un comandante, primer jefe,—leyó inmediatamente Juan.

—Un comandante,—dijo Segura escribiendo.

—Cinco capitanes.

—Cinco.

—Quince tenientes.

—Quince.

—Diez alféreces.

—Ya está.

—Quince sargentos entre primeros y segundos, dijo Juan para ahorrar á Segura el trabajo de escribir dos cantidades, y quinientos noventa individuos de tropa.

—Vamos á la cuenta, exclamó don Jerónimo cuando Juan hubo leído la última partida.

Segura no tardó en hacer una cuenta análoga á la anterior:

Quinientos noventa soldados.	590
Quince sargentos, á dos partes.	30
Veinticinco subalternos, á cuatro idem.	100
Cinco capitanes, á ocho id.	40
Un jefe, á diez y seis.	16
TOTAL	776

—Setecientos setenta y seis hombres, repitió Merino, apuntando la suma debajo de la que habia escrito antes.

—Artillería, dijo Juan, desdoblado otro pliego.

—Veamos.

Y el hijo de Gil Mendoza leyó un estado que arrojaba las siguientes cantidades: un capitan, dos tenientes, dos alféreces, cinco sargentos y trescientos quince cabos y soldados.

Segura formó un estado semejante al que habia hecho para la infantería y caballería, cuyo total ascendia

á trescientos cuarenta y nueve, que no representaba el efectivo de la fuerza, sino las partes que le correspondían, según la representación que se había dado á cada empleo.

—La cuenta de los ingenieros pronto está hecha, — exclamó entonces Merino.

—No hay más que un teniente y dos sargentos.

—Que hacen ocho partes, — añadió Segura.

—Pues veamos el total de todas ellas.

Y al decir esto Merino, presentó el estado que había ido formando, y Juan repasó la suma.

El estado era este:

Infantería.	1.756
Caballería.	776
Artillería.	349
Ingenieros.	8
TOTAL GENERAL.	2.889

—Vamos á ver cómo hacen ustedes la cuenta, — dijo Merino á sus subordinados; — quien de veinte millones de reales, quita cuatrocientos ochenta mil que se han gastado en indemnizaciones. — añadió don Jerónimo.

—Le quedan, — replicó Segura, — diez y nueve millones quinientos veinte mil reales.

—Y la tercera parte de eso, ¿cuánto es? — preguntó Merino.

—Seis millones quinientos seis mil seiscientos sesenta y seis reales, — contestó Juan después de hacer la operación.

—Eso es lo que hay que dividir en dos mil ochocientas ochenta y nueve partes iguales.

—Haremos la division,—exclamó Segura poniéndose á hacerla.

—Después de algunos minutos, dió por terminada la operacion, y dijo:

—Tocan á dos mil doscientos cincuenta y dos reales, si no me he equivocado.

Y al decir esto presentó á Juan su cuenta. Este la repasó rápidamente, y dijo:

—Está bien.

—Corriente,—exclamó Merino.

—Nos quedará un sobrante de seiscientos treinta y ocho reales,—añadió Segura, porque la division no es exacta.

—Ingresarán en caja,—contestó Merino,—y tal vez algun dia nos vengan bien.

—Poco dinero es para sacarnos de un apuro.

—No es mucho que digamos, pero ménos seria nada.

—Indudablemente.

—Ya qué estamos con las manos en la masa,—dijo Merino,—saquemos la cuenta general, y veamos lo que hay que enviar al general Cuesta. Los franceses podrian presentarsè de un momento á otro, y quiero enviárselo mañana mismo, luego que la tropa reciba la parte que le corresponda.

—Yo haré la cuenta para que usted no se canse,—dijo Juan á Segura.

—Como usted quiera.

Y Juan empezó á disponer los números en este orden:

Para repartir entre la tropa y oficiales,
por derecho de apresamiento. 6.506.666

Para las atenciones de la guerrilla. 4.000.000

TOTAL. 10.506.666

—Bueno,—dijo Merino;—tenemos diez y nueve millones quinientos veinte mil reales.

—Luego hay que enviar al general Cuesta nueve millones trece mil trescientos treinta y cuatro,—repuso Juan después de efectuar la resta.

—Que le vendrán como llovidos del cielo,—exclamó Merino encendiendo un cigarro.

—Esas cosas siempre vienen lo mismo.

—Usted, amigo Segura,—contestó Merino al teniente coronel, que era el último que habia hablado,—se encargará de la conduccion con la fuerza que crea necesaria.

—Si no hay que ir más que desde aquí al límite de la provincia de Segovia, todo se reduce á una jornada corta, yendo por Fresnillo de las Dueñas, y me bastan dos escuadrones por lo que pueda suceder.

—Mañana al amanecer emprenderá usted la marcha, y en Fuestelcéspedes encontrará al delegado del general Cuesta con la tropa de su mando.

—¿Ha recibido usted alguna comunicacion en que se lo participen?

—Ya sabe usted que ese es el punto donde siempre se verifican nuestras entrevistas con los emisarios que vie-

nen de la provincia de Segovia, y siendo ese el punto más inmediato, parece natural que á él acudan. Además, ahora mismo enviaré propios que vayan á escape á participarlo todo al general; la distancia es corta, y como los propios llevarán á usted veinticuatro horas de ventaja, no habrá nada que temer.

—Eso es lo mejor, que por sobra de precauciones nunca se ha echado á perder nada. —Bueno, —dijo—

—Así es en efecto.

—Separáronse los tres jefes despues de esta conferencia, marchando Segura á hacer sus preparativos de marcha, Juan á dar la órden para que desde aquella misma tarde comenzara la tropa á cobrar la parte que le correspondia en el botin cogido á los franceses, y Merino á despachar su correspondencia, consultar los partes de los espías y enterarse de todos los asuntos que sobre él pesaban.

No hay que decir el efecto que produjo en los soldados la noticia de que iban á recibir dos mil doscientos cincuenta y dos reales cada uno.

Habia hombre que ya tenia el dinero en el bolsilo, y aún no acababa de creerlo.

Sin embargo, era preciso rendirse á la evidencia.

Todos llegaban á la puerta del gobierno militar temiendo ser víctimas de alguna broma; pero todos salian de allí contando las hermosas onzas que se repartian.

Los sargentos recibían cuatro mil quinientos cuatro reales.

Los oficiales subalternos, nueve mil ocho.

Los capitanes, diez y ocho mil diez y seis.

Los jefes, treinta y seis mil treinta y dos.

Don Bruno no percibió la parte que le correspondia sin sostener antes una viva polémica con Merino, asegurando que él ya estaba sobradamente recompensado con las mil onzas que habia recibido.

El Feo decia que aquello era una ganga, y que á poco que durara, cuando volviera á Villoviado seria el más rico del pueblo.

Todos estaban á más no poder satisfechos, y Merino no cabia en sí de satisfaccion viendo á sus soldados tan alegres.

El cura, con su natural perspicacia, adivinaba que aquel suceso no podia ménos de serle muy favorable.

Cuando se viera que en su guerrilla, además de la satisfaccion de servir á la patria, podia aspirarse al lucro personal, los voluntarios lloverian de todas partes.

—Antes de mucho tendremos que despedir gente,—pensaba don Jerónimo, que conocia lo que excita á los hombres el interés.

Capítulo XXX

Una tempestad que se forma

Aún continuaban en Aranda Gil Mendoza, Mariana, la tia Gregoria y su hija, á quien en toda la poblacion se conocia por la novia del gobernador.

Hacia ya muchos dias que Gil hablaba de la necesidad de regresar á Villoviado; pero una madre y una mujer enamorada, no creen que ningun momento es oportuno para separarse de su hijo y de su amado.

Así es que el viaje se dilataba, con gran satisfaccion de Juan y de las dos mujeres.

El dia que se repartió entre la guerrilla la suma de que ya hemos hablado, los dos hermanos entregaron á su padre las cantidades que respectivamente les habian correspondido, para que se las emplease en su pueblo como creyera conveniente, y despues de celebrar como merecia aquel suceso que daba á los jóvenes el principio

de una pequeña fortuna, Juan, más serio aquel día que de costumbre, dijo:

—Ahora es preciso que hablemos de un asunto grave

—¿Qué ocurre?—preguntó su madre con ansiedad.

—Por ahora nada,—repuso Juan, procurando tranquilizarla con una sonrisa.

—¿Pues qué nos quieres decir?

—Creo,—prosiguió Juan con calma,—que deben ustedes volverse á nuestro pueblo.

—¿Eso dices?—interrumpió María, sin comprender que su novio quisiera apartarla de su lado.

—¿Hay algún peligro?—preguntó Gil.

—Habla,—dijo Tomás, á quien las tres

—Dí,—dijo Tomás, á quien las tres

—No te calles.

Exclamaron á un tiempo las tres mujeres.

—Peligro en este momento, no hay ninguno;—

contestó Juan. —Pero háganse ustedes cargo de la situación. Es imposible que los franceses nos dejen en

tranquila posesión de Aranda, mucho más después de la jugarreta que les acaba de hacer don Jerónimo. En

Búrgos se juntan tropas, que vendrán contra nosotros cuando ménos se piense.

—Es cierto,—añadió Tomás.

—Sí,—dijo sencillamente Gil, que se habia quedado pensativo.

—¿Otra vez vais á estar en peligro?—preguntó la pobre madre.

—Mientras no termine la guerra, no podemos dejar de estarlo.

—Sin embargo, aquí podeis defenderos... —objetó Gil.

—Yo lo creo, —repuso Juan.

—Y nos defenderemos, —añadió su hermano. —¿Cree usted que hemos trabajado más de un mes para fortificar el pueblo, y que hemos traído cincuenta cañones para entregarlos al primero que llegue?

—La resistencia, —continuó Juan, —será obstinada, y casi puedo asegurar que victoriosa. Nuestra posición es muy fuerte, y para atacarla con buen éxito se necesitan mucho más de los ocho ó diez mil hombres de que puede disponer el enemigo.

—Es claro, —dijo Tomás, á quien las palabras rebosaban en el cuerpo. —El cura se saldrá al campo con la caballería, y ya daremos bastante que hacer á los gabachos. Juan, entre tanto, mandará aquí más de tres mil hombres, que parapetados y con una buena artillería, no tienen ni para empezar con una división.

—Tú todo lo ves muy sencillo, —dijo Mariana.

—Madre, usted no entiende de estas cosas.

—Pero sé que acabaremos por tener alguna desgracia.

—¡Qué disparate!

María, entre tanto, lloraba, y su madre la contemplaba en silencio.

Todos permanecieron callados algunos minutos. El primero que habló fué Gil Mendoza.

—Creo que Juan tiene razon: ya no es tiempo de afligirse ni dar crédito á malos pensamientos, sobre todo cuando las cosas van saliendo á pedir de boca. Si

vienen los franceses, como los chicos piensan y á mí me parece probable, Dios dará la victoria á los que tienen razon, y El nos conservará nuestros hijos, como nos los ha conservado hasta ahora. Pero no es justo que vosotras sufraís las contingencias de un sitio, siempre más peligroso y más molesto para la poblacion sitiada, que para las mismas tropas que la defienden. ¡Qué caramba! ¡yo sé lo que es eso! Detrás de las trincheras se pelea bien y sin gran riesgo; un hombre solo vale por una docena de los que le atacan á pecho descubierto. Por consiguiente, no hay nada que temer, y lo que importa es disponer la vuelta á Villoviado.

—Lo que tú quieras,—replicó Mariana, que estaba lejos de quedar convencida del poco peligro que, segun Gil, iban á correr sus hijos en la cercana lucha. —Verdad es que Gil tampoco estaba muy seguro de lo que decia para tranquilizar á las tres mujeres, procurando de paso engañarse á sí mismo.

—Mañana nos marchamos.

—¿Tan pronto?—preguntó María sin poder contenerse.

—Al ti nunca te habia de parecer tarde,—contestó Gil bondadosamente.

—¿Pero crees tú que el peligro esté tan cercano?—preguntó Mariana, dirigiéndose á su hijo.

En aquel momento entró en la habitacion un ordenanza, que llevaba al señor gobernador una orden del cura Merino.

Juan abrió el pliego, y despues de leerlo dijo al soldado, entregándole el sobre:

—Esta bien: véte.

—Dí,—añadió Mariana,—¿piensas qué urge tanto que nos marchemos?

—Sí, señora.

—¿De veras?

—Si no tuviera otra razón, la orden que acabo de recibir sería suficiente.

—¿Qué orden es esa?—preguntó Tomás.

—El señor cura me manda que disponga para mañana por la mañana la salida de todas nuestras fuerzas en partidas sueltas, encargadas de recorrer los pueblos, comprando víveres, que deben enviar sin dilación á Aranda.

—Eso prueba que quiere prepararse para el sitio.

—La cosecha ha sido buena este año, y habiendo dinero largo, yo os aseguro que no os morireis de hambre aunque os tengan cercados un año.

—De modo que mañana,—dijo Tomás,—tenemos que salir todos.

—En partidas de veinte á veinticinco hombres, mandadas cada una por un oficial.

—¿Sin contar los dos escuadrones, que marchan hacia Segovia con Segura?

—Es claro.

—¿Pues sabes lo que pienso?

—¿Qué?

—Que si nuestros padres deciden marchar mañana, puedes enviarme á mí en la dirección de Villoviado, y con eso les acompañaré lo ménos la mitad del camino.

—Dices bien,—contestó Juan.

—Y mañana marcharemos efectivamente,—añadió Gil, para no dar lugar á nuevas dudas.

El día se pasó triste.

Juan no se separó de su familia más que lo absolutamente indispensable para cumplir sus muchas obligaciones.

Al sentarse á la mesa para comer, ninguno tenía apetito.

En vano Tomás quiso animar la conversacion, contando cuentos y diciendo chistes algun tanto forzados.

Lo más que conseguia era arrancar alguna sonrisa, muy pronto ahogada por los suspiros de las mujeres.

Al amanecer del día siguiente, todo estaba preparado para la marcha.

María y Juan se hicieron mil protestas de amor y constancia.

Gil procuraba aparentar una entereza que estaba muy lejos de tener.

Mariana y Gregoria abrazaban una y otra vez al jóven comandante.

Especialmente la primera, parecia que ya no le iba á ver nunca.

Por fin los viajeros subieron á la galera que debia llevarlos.

Y al ponerse el vehículo en movimiento, Juan, que con gran sentimiento no podia acompañarles, se dirigió con el corazon oprimido y los ojos arrasados en lágrimas al gobierno militar, mientras su hermano se encamina-

bá al cuartel para montar á caballo y ponerse al frente de su fuerza, con la que se proponia dar alcance á la galera.

Aquella misma tarde, por disposicion de don Jerónimo, publicó Juan un bando, en que se anunciaba á la poblacion de Aranda la posibilidad de un sitio próximo, y se invitaba á los vecinos á que se proveyesen de víveres, ó saliesen del pueblo los que no tuvieran medios ó ánimo suficiente para arrostrar la gravedad de las circunstancias. Al mismo tiempo se excitaba al celo de los patriotas para que acudiesen á trabajar en las fortificaciones, hacer donativos, ó tomar las armas ingresando en las filas de la guardia urbana, los que no pudiesen ingresar como voluntarios en la guerrilla.

Aquel bando puso en conmocion á todo el pueblo.

Pocos fueron los que huyeron del peligro.

Los demás se consagraron con patriótica actividad á los preparativos de la defensa.

Cuadrillas de trabajadores, entre los que se contaban muchos hidalgos, que no cobraban ningún jornal, acudieron á ponerse bajo la direccion de los ingenieros y artilleros, y trabajaron dia y noche, construyendo trincheras, abriendo fosos y levantando parapetos.

Los cañones rodaban por las calles de Aranda, arrastrados hasta por las mujeres para ser puestos en batería.

La guardia urbana hacia continuamente ejercicio y se instruia en el manejo de las armas.

Sus batallones aumentaban considerablemente, por-

que hasta los viejos querían tener el honor de pertenecer á ellos; lo cual inspiró á Merino la idea de organizar unas compañías sedentarias, encargadas de conservar el orden y hacer el servicio interior de la población, mientras la gente útil se batiera en los baluartes. La misma guerrilla veía acudir á sus filas buen número de reclutas, procedentes de los pueblos cercanos.

Las mujeres se ocupaban en hacer hilas y vendajes, y se organizaban en escuadras, que se proponían acudir á los mismos sitios donde se peleara para recoger heridos.

En pocos dias se dispusieron tres excelentes hospitales en otros tantos conventos. Los médicos que habia en Aranda se comprometieron á servirlos con todo el celo é inteligencia de que eran capaces.

Fueron aquellos unos dias de extraordinaria actividad.

Al mismo tiempo, de todas partes afluían á Aranda víveres en abundancia.

En los edificios destinados á almacenes habia montones de patatas, de arroz, de trigo, de tocino.

Agua no habia miedo de que faltara, pasando el Duero por en medio de la ciudad.

Merino estaba completamente satisfecho, y así lo manifestaba á todo el mundo.

Juan tambien se hallaba contentísimo.

Ya don Jerónimo le habia anunciado, que según estaba previsto, se proponia salir al campo con toda la caballería y un batallon de infantería, que debia mandar Segura, para hostilizar por la espalda á los sitiado-

res, dejándole á él el encargo de defender la ciudad, para lo cual contaba con el otro batallón de la guerrilla, la guardia urbana, que pasaba de dos mil hombres, y su numerosa artillería.

Total, unos tres mil combatientes.

El muchacho estaba justamente orgulloso del papel importante que le tocaba desempeñar.

Tomás también se alegraba de salir, pues suponía que verificando algunas expediciones, le sería fácil acercarse de vez en cuando á Barbadillo del Mercado, y ver á la linda doña Pepita, á quien hacia cerca de un mes que no había visto, y que continuamente le estaba escribiendo para reprocharle su tibieza.

Por consiguiente, las cosas marchaban á gusto de todos.

Hasta don Bruno, que mandaba el batallón que debía quedar en Aranda, se alegraba al pensar que pronto tendría ocasión de combatir por primera vez.

Y eso que al bueno del ex-alcalde no dejaba de preocuparle la idea de que, siéndole comandante, si por casualidad Juan era muerto ó herido, en él recaería el mando, y no sabía cómo podría salir airoso de semejante compromiso.

Ya Merino había pensado en esto; pero se le ocurrió que los franceses no podían incomunicarle tan completamente con Aranda que no supiera lo que ocurriese, y en el caso de inutilizarse Juan, se proponía hacer entrar en la población á Segura, nombrándole gobernador de ella.

Por fin llegó el momento.

Merino recibió parte de haber salido de Búrgos una division de diez mil hombres.

La mandaba el mismo conde de Dorsenne.

Una alocucion dirigida por el capitan general á los habitantes de la provincia, anunciaba que se proponia acabar con el cura Merino y su *cuadrilla de bandoleros* en quince dias.

Don Jerónimo al leerla soltó una ruidosa carcajada, y exclamó dando un fuerte puñetazo sobre la mesa:

—Me parece que es más fácil llamarme bandolero que acabar conmigo, y lo que podrá suceder es que yo le pegue á este una zurra y le haga volverse á Búrgos con las orejas gachas.

Inmediatamente de recibir estas noticias, dispuso que se preparase á salir con él la tropa que debia acompañarle.

Segura, que ya habia regresado de su corta expedicion á Segovia, felizmente llevada á cabo, se puso á la cabeza de su batallon, y salió de Aranda de Duero con Merino, que mandaba en persona el regimiento de caballería.

En la poblacion sólo quedaron cincuenta caballos para desempeñar el servicio de ordenanzas y llevar con celeridad las órdenes.

Además, se agregaron al gobierno militar cuatro oficiales montados, que fueron dados á reconocer como ayudantes de campo del gobernador.

Juan recibia dos ó tres noticias diarias acerca del

movimiento de los franceses, que avanzaban con bastantes precauciones por el camino de Lerma.

Merino no abandonaba las cercanías de la población, y se corría por toda la orilla derecha del Duero, desde Ontoria de Valdearados hasta Berlangas de Roa, adelantándose á Tubilla, Gumiel, Quintana y la Aguilera.

Cuatro dias duraba esta actitud expectante, cuando uno de los escuadrones que don Jerónimo habia enviado por el camino de Lerma, tropezó de improviso con algunos tiradores franceses, primera descubierta de la vanguardia.

Cambiaron con ellos unos cuantos disparos los húsares de Búrgos, y se retiraron inmediatamente á dar cuenta á Merino de lo que pasaba.

Como don Jerónimo no se proponia empeñar un combate, se limitó á avisar á Juan que se acercaba el enemigo, y se replegó con toda su fuerza hácia Tubilla, que se hallaba apartado más de una legua á la derecha del camino.

Desde aquella tarde Juan puso su guarnicion sobre las armas.

Distribuyó el servicio, disponiendo que los defensores se dividieran en tres secciones.

La primera, que era la que entraba de servicio, debia pasar veinticuatro horas en los baluartes y puntos amenazados.

La segunda, formaba la imaginaria y debia mantenerse reunida en los cuarteles para acudir adonde fuera necesario.

La tercera estaba libre y podia entregarse al descanso, á ménos que se tocase generala, en cuyo caso debian todos acudir á las armas.

De este modo, aunque el sitio se prolongara mucho, la fatiga de la guarnicion no seria excesiva y los soldados se mantendrian alegres y sanos, que era lo que más encargaba Merino á sus lugartenientes.

Segura, cuyas lecciones de arte militar tomaba Juan con aprovechamiento, le habia dicho que este suele ser el órden de servicio en todas las plazas sitiadas.

Capítulo XXXI

La embestida

A las nueve de la mañana del día siguiente se divisaron desde las fortificaciones de Aranda las primeras bayonetas francesas.

Desde el amanecer toda la guarnicion y la guardia urbana ocupaban los baluartes.

Juan esperaba que los franceses, antes de emprender un sitio formal, procurarían apoderarse de la ciudad por medio de un ataque brusco, y se habia preparado á rechazarlo.

Efectivamente, la division enemiga, abandonando el camino real, fué saliendo á ambos lados por los campos, y avanzó en masas formando una media luna, hasta situarse á tiro de cañon de los baluartes.

Entonces hizo alto.

Un oficial de estado mayor se adelantó con un trompeta, tocando parlamento.

Juan mandó que se le contestara con el mismo toque.

El oficial, una vez seguro de que no se le haría fuego, se dirigió á Aranda, llevando para mayor precaucion un pañuelo blanco en la mano.

Al llegar á la primera avanzada de los españoles se apeó del caballo y se dejó vendar los ojos, para ser conducido á la presencia del gobernador, que le esperaba en el cuerpo de guardia inmediato.

Una vez allí, quitaron al enviado el pañuelo que le cubria los ojos, y le dejaron solo con Juan.

Los dos jefes se saludaron cortésmente.

—¿Es usted portador de algun pliego de su general?—preguntó Mendoza al francés, invitándole á sentarse.

—En efecto,—repuso el parlamentario en buen español;—el señor conde de Dorsenne quiere evitar, si es posible, el derramamiento de sangre.

—Si no se retira,—dijo Juan,—y no creo que haya hecho una marcha para retirarse, me parece difícil que lo logre.

—Sin embargo, usted tiene pocos medios de defensa.

—Eso es lo que veremos cuando empieza el ataque,—contestó Juan sin altanería, pero con entereza.

—Aquí tiene usted la comunicacion de mi jefe,—dijo el oficial de estado mayor, convencido de que la discusion era completamente inútil.

Juan tomó el pliego que le presentaba, y lo leyó rápidamente.

La lectura no fué larga, porque el escrito era muy lacónico.

Se reducía á una simple intimación para que los defensores de Aranda se rindieran lisa y llanamente, entregando la población, deponiendo las armas y quedando á merced del vencedor.

Por los ojos de Juan pasó un relámpago de ira.

Pero se calmó inmediatamente, y una sonrisa irónica vagó por sus labios.

El oficial francés, que le examinaba atentamente, comprendía lo que estaba pasando en su alma.

Juan, después de un minuto, tomó un pliego de papel y escribió estos renglones:

«Al general en jefe del ejército francés de la provincia de Búrgos:

«Desde hoy dispongo que todo parlamentario que se acerque á esta plaza con proposiciones de capitulación ó rendición, sea pasado por las armas.

JUAN MENDOZA.»

—Aquí tiene usted mi respuesta,—dijo nuestro amigo al francés, entregándole dentro de un sobre el papel que había escrito.

El oficial se despidió de Juan, y este llamó al oficial que había servido de introductor al parlamentario para que le volviera á vender los ojos y le acompañara hasta la avanzada en que tenía su caballo.

Pocos minutos despues el portador de aquella altiva respuesta galopaba en direccion á las masas francesas, que descansaban sobre las armas.

Juan se encontraba ya en el baluarte más avanzado, con la vista y el oido atentos á lo que sucedia en el campo francés.

No habia pasado un cuarto de hora, cuando se oyó el toque de un clarín.

Juan, con el auxilio de un excelente anteojo, pudo ver que algunas baterías de artillería á caballo se adelantaban al galope, y á una distancia conveniente hacian alto y volvian contra Aranda las bocas de sus cañones.

Un minuto despues se vió un fogonazo, luego una nubecilla de humo, y por fin se oyó el estampido.

Un proyectil sólido fué á enterrarse en la tierra, á cincuenta ó sesenta metros delante del baluarte.

—¡Fuego!—gritó Juan con todas sus fuerzas.

É inmediatamente el baluarte en que se hallaba, y luego toda la parte de Aranda situada á la derecha del Duero, se vió envuelta en densas nubes de humo, retemblando con el fragor de la artillería.

Aquella primera descarga fué saludada por una aclamacion inmensa:

—¡Viva España!

Los franceses suspendieron por un momento el fuego.

Pero aquella especie de tregua duró muy pocos minutos.

Los necesarios para enganchar nuevamente las piezas y adelantarlas cerca de cien metros, porque habian

visto que los disparos desde su primitiva posicion no alcanzaban á la plaza.

En cambio las balas de los españoles llegaban á ellos perfectamente.

Esto consistia en la diferencia que hay de las piezas de sitio á las de batalla.

El conde de Dorsenne no habia creido necesario llevar un tren de batir para atacar una poblacion mal fortificada y defendida por paisanos.

El cañoneo por una y otra parte duró cerca de dos horas.

La ventaja de los españoles era notable.

Además de tener una artillería más poderosa, aunque algo inferior en número de piezas á la de los franceses, estos se batian á pecho descubierto contra enemigos parapetados.

La lucha en estas condiciones es imposible.

No habia sido hasta entonces muy mortífera, porque el fuego de cañon no suele serlo.

Pero es lo cierto que á las dos horas de combate, los españoles tenian cuatro heridos, y los franceses más de cincuenta y algunos muertos.

Resultados muy pequeños con relacion al estruendo que unos y otros causaban; pero que acusaba una gran ventaja de parte de los sitiados.

Entonces el conde de Dorsenne quiso dar el último golpe de audacia para ver si podia ahorrarse emprender las lentas operaciones de un sitio, que la circunstancia de hallarse la ciudad atravesada por el Duero hacia bastante difícil.

Hasta entonces la infantería no había tomado parte en la pelea, y sabido es que la infantería francesa gozaba en el mundo una merecida reputación de atrevida y valerosa.

Organizó el conde de Dorsenne cuatro columnas de ataque, de dos batallones cada una, y flanqueadas por la artillería, que marchaba en los intervalos haciendo fuego para contestar al de la plaza, las arrojó al asalto.

La infantería avanzó á la carrera, llegando sin dificultad ni grandes pérdidas hasta unos doscientos cincuenta metros de los baluartes.

Pero entonces el fuego de los españoles era espantoso.

Ya no se trataba sólo de la artillería.

La infantería y los urbanos disparaban sin cesar, y como el humo de los cañones franceses no era mucho, porque el fuego avanzando es poco nutrido, desde los baluartes se veía perfectamente á los asaltantes, y se les apuntaba con toda seguridad.

Hubo algunos minutos horribles.

Las columnas francesas dejaban un rastro de muertos y heridos.

El conde de Dorsenne, persuadido de que no lograría nada, y viendo que algunos batallones empezaban á vacilar, mandó tocar retirada.

Ya era tiempo, porque una de las columnas, destrozada por las balas, retrocedía en desorden, y las otras tres comenzaban á cejar ante el diluvio de proyectiles que les enviaban los españoles.

Estos continuaron disparando hasta que sus enemigos estuvieron fuera de tiro.

Los cañones franceses todavía enviaron algunas balas á los fuertes durante la retirada.

Por fin el fuego se suspendió de una y otra parte.

Los franceses tocaron parlamento, y algunas compañías sin armas se dedicaron á recoger los muertos y heridos, luego que las trompetas de los españoles, correspondiendo á su toque, garantizaron que no se hostilizaría á los que se consagraran á tan piadosa y triste tarea.

Juan, entre tanto, recorría los baluartes, y en todos era acogido con entusiastas aclamaciones.

El jóven se alegraba mucho de que el conde de Dorsenne se hubiera empeñado en aquel ataque, que demostraba á los guardias urbanos la ventaja y el poco peligro de batirse parapetados.

Esto no podia ménos de alentar mucho á aquellos soldados improvisados, y demostrarles que la defensa era más fácil de lo que á primera vista podia parecer.

En todo el combate los españoles no habian perdido más que un muerto y seis heridos.

Los franceses tenian más de cuatrocientas bajas.

Esta enorme desproporcion quitó á su general en jefe la gana de apoderarse de Aranda á viva fuerza.

Así es que en la tarde del mismo dia se vió á los ingenieros comenzar el trazado de las primeras trincheras para establecer sus paralelas, no sin que de cuando en cuando les molestara alguno que otro cañonazo con que les saludaban desde los baluartes.

—Juan, al observar aquellos trabajos preparatorios, de cuyo objeto le enteró el teniente de zapadores que desempeñaba en Aranda las funciones de ingeniero general, dijo volviéndose á don Bruno, que le acompañaba:

—Vamos á tener un sitio en regla.

—Mejor,—replicó don Bruno, que estaba aquel día tan satisfecho como todo el que se ha batido por primera vez.

La noche pasó tranquila.

Al amanecer del día siguiente, los franceses, que ya habian terminado algunas trincheras y puesto en ellas unos cuantos cañones, rompieron un fuego no muy vivo.

Los españoles les contestaron desde sus baluartes.

Pero siempre quedaba en pié la misma dificultad de la diferencia de piezas.

Los estragos que causaban las de los españoles eran mucho mayores que los que ocasionaban las de los franceses, porque aparte de su mayor alcance, eran de más calibre.

Sin embargo, aquellos cañoneos hacian poco daño á unos y á otros.

El cerco seguia reducido á una media luna, pues los franceses no ocupaban más que el lado derecho del río.

Pero á los dos días, cuando ya hubieron terminado por aquella parte las obras de la primera paralela, determinaron formalizar el sitio, á cuyo fin los ingenieros comenzaron á echar dos puentes de barcas, con el objeto de pasar el Duero por ambos lados de la pobla-

cion, y cercando entonces el costado de la orilla izquierda, hasta entonces libre de todo ataque, cerrar el círculo de hierro en que pretendian envolver á los españoles.

No se ocultó á Juan que esta operacion era atrevida, porque extendiendo mucho la línea de los franceses, la debilitaba considerablemente, y si los españoles hubieran tratado de salir, no les hubiese sido difícil romperla con un ataque vigoroso; pero como lo que trataban era de defender y conservar á Aranda, la cuestion variaba bastante, pues el sitio así establecido no dejaria de hacer sentir en la poblacion algunas privaciones, á pesar de lo bien abastecida que estaba.

Los puentes de barcas se echaron con mucha dificultad y pérdida de bastantes hombres, porque las baterías que daban hácia ellos hicieron sin cesar un fuego terrible, y no pocos pontoneros perecieron en las aguas del rio.

Entre tanto, Merino permanecia sin acercarse más de dos leguas al teatro de aquellos sucesos, porque comprendia que era una temeridad atacar á diez mil hombres con ochocientos infantes y seiscientos caballos; pero cada vez que los ecos de las montañas llevaban á sus oidos los estampidos de los cañonazos que se disparaban en Aranda, se daba á todos los diablos por no poder tomar parte en la danza, y ponia en prensa su imaginacion para discurrir alguna traza que le permitiera hacer algo de provecho.

El cura, enterado de todos los movimientos de los franceses, los seguía con ansiedad, y ordenó algunos reconocimientos que le permitieran enterarse de todo con exactitud.

Estos consistían en hacer que un escuadrón se acercara á los franceses, generalmente al amanecer; cuando las avanzadas lo descubrían, hacían una descarga, y volvía grupos perseguido por la caballería de los sitiadores, que nunca se atrevía á internarse mucho, temerosa de caer en alguna emboscada.

De este modo supo con satisfacción que los franceses formalizaban el sitio.

Desde entonces ya no tuvieron ni una noche de reposo.

Don Jerónimo caía sobre ellos donde ménos lo pensaban y cuando estaban más descuidados.

Los de Aranda, en cuanto oían el tiroteo, solían decir:

—Ya está en baile el señor cura.

Y efectivamente, Merino, acercándose á los sitiadores, les hacía con su infantería dos ó tres descargas, y en seguida lanzaba su caballería sobre los puestos avanzados, y los acuchillaba bonitamente.

Todo el ejército francés se ponía sobre las armas. Acudían batallones y regimientos.

Y entonces el cura tocaba retirada, y la efectuaba al galope.

Algunas veces no pasaban dos horas sin que volviera á realizarse el mismo ataque por un punto diferente.

Aquello era verdaderamente insoportable, no sólo por las bajas que causaba, que en verdad no eran muchas, sino porque no dejaba á los franceses ni un minuto de descanso.

Además, la actividad del cura, que tan pronto estaba á la derecha como á la izquierda del rio, tenía otro resultado tambien lamentable para los franceses.

Estos sufrían una especie de bloqueo.

Merino se apoderó en pocos dias de dos ó tres convoyes de víveres destinados á los sitiadores; de modo que el conde de Dorsenne, para atender al abastecimiento de sus tropas, tenía que destacar fuertes columnas, las cuales no regresaban nunca al campamento sin haber sostenido reñidos combates.

Y el sitio adelantaba poco ó nada.

Los pequeños desperfectos causados en los baluartes por los cañones de campaña del conde de Dorsenne, eran reparados inmediatamente, y se encontraban más que compensados por los destrozos que las formidables baterías de los sitiados ocasionaban en las obras de los sitiadores.

El general francés pidió por fin á Búrgos algunos batallones de refuerzo, porque Merino se iba haciendo cada vez más audaz, y varias partidas de paisanos, que se levantaban en todos los pueblos del distrito de Aranda, hormigueaban al rededor del ejército francés y hacían cada vez más formal el bloqueo que sufría.

Por supuesto que, como sucede siempre, el sitio no era tan estrecho que la poblacion de Aranda estuviera completamente incomunicada con el exterior.

Algunos hombres audaces y listos lograban entrar y salir en la poblacion, y Juan recibia casi diariamente noticias del cura Merino, y le comunicaba lo que sucedia en la plaza.

El gran afan de don Jerónimo era proveer á los sitiados de carne fresca, porque las reses que habia en Aranda se iban concluyendo á los quince dias de sitio, y aunque habia salazon abundante, esta carne es siempre malsana.

Para lograr su deseo combinó con Juan una salida.

El muchacho, que como gobernador de la plaza no podia abandonar el recinto, llamó á don Bruno una tarde y le dijo:

—Amigo mio, hoy es preciso que pruebe usted de lo que es capaz su valor y su patriotismo.

—¿Qué hay que hacer?—preguntó con resolucion don Bruno.

—Esta noche entre doce y una se pondrá usted al frente de su batallon, y con otro de la guardia urbana saldrá á atacar las trincheras enemigas del camino de Lerma.

—Muy bien.

—Don Jerónimo me avisa que atacará por el mismo sitio la retaguardia del enemigo.

—¡Bravo!

—Y á favor del combate entrarán en la plaza unas cuantas cabezas de ganado que nos envia.

—Perfectamente; nos vendrán á las mil maravillas.

—Nada tengo que decir á usted sobre la importancia de que todo se haga lo mejor posible.

—Yo moriré si es preciso cumpliendo con mi deber.

—El ataque debe ser resuelto.

—Lo será.

—Y una vez conseguido el objeto, se emprende la retirada con orden.

—Pierda usted cuidado.

—Yo la apoyaré con el resto de la guarnición.

—No habrá queja de mí.

—Así lo espero.

Juan y don Bruno se separaron.

Llegada la noche, se efectuó la salida.

El ex-alcalde, al frente de los dos batallones, esperaba en el baluarte más avanzado el momento oportuno.

Juan estaba allí para dirigirlo todo.

A eso de las doce y media de la noche se oyó fuego en el camino de Lerma.

—Ya está ahí el cura,—gritó don Bruno.

—En marcha,—exclamó Juan.

Don Bruno montó á caballo y se puso á la cabeza de los dos batallones, que salieron del baluarte y emprendieron la marcha á la carrera.

Diez minutos despues habian caido sobre los franceses, que atacados por el frente y por la espalda, peleaban como fieras acorraladas.

Unos y otros gritaban sin cesar para ser conocidos en medio de la oscuridad de la noche, sólo interrumpida por los resplandores de las descargas.

La caballería de Merino cargaba denodadamente, y no tardó en abrirse paso, dando la mano á la columna que habia salido de Aranda.

Todo había sido obra de pocos minutos, porque el principal elemento de la operación era la sorpresa.

Los batallones que mandaba don Bruno recibieron unas cien vacas y terneras.

Don Jerónimo, que había logrado llegar hasta el alcalde, le dijo al momento:

—En retirada.

Ya era tiempo, porque iban acudiendo cada vez más regimientos franceses, y al cabo de un cuarto de hora los españoles hubieran tenido que pelear con los diez mil soldados del conde de Dorsenne.

La guardia urbana se hizo cargo de las reses, y emprendió la vuelta hacia Aranda.

El batallón de línea, mandado por don Bruno, cubría la retirada, haciendo fuego por escalones.

En cuanto á Merino, al frente de sus temibles escuadrones, había pasado otra vez la línea francesa, y se retiraba muy tranquilamente.

Aun no hacía media hora que habían salido del baluarte los batallones expedicionarios, cuando regresaron llevando su precioso botín.

En aquel momento toda la artillería francesa había roto el fuego, y las baterías de todos los fuertes respondían vigorosamente.

Al fin, convencidos unos y otros de que aquello era gastar pólvora en salvas, suspendieron los disparos.

Las pérdidas no habían sido grandes por ninguna de las dos partes, porque en los combates de noche es más el ruido que el daño.

Los españoles de la plaza habían tenido diez ó doce

muertos y unos treinta heridos, dejando en poder del enemigo algunos prisioneros.

Merino experimentó próximamente otras tantas bajas.

Y las pérdidas de los franceses fueron casi iguales á las de los españoles.

Ya era tiempo, porque iban acortando cada vez más regimientos franceses, y al cabo de un cuarto de hora los españoles hubieran tenido que pelear con los diez mil soldados del conde de Dorsenne. La guardia urbana se hizo cargo de las reses, y emprendió la vuelta hacia Aranda.

El batallón de línea, mandado por don Bruno, cubría la retirada, haciendo fuego por escalones.

En cuanto a Merino, al frente de sus temibles escuadrones, había pasado otra vez la línea francesa, y se retiraba muy tranquilamente.

Aun no hacía media hora que habían salido del baluarte los batallones expedicionarios, cuando regresaron llevando su precioso botín.

En aquel momento toda la artillería francesa había cedido el fuego, y las baterías de todos los fuertes res-pondían vigorosamente.

Al fin, convencidos unos y otros de que aquello era gastar pólvora en salvas, suspendieron los disparos.

Las pérdidas no habían sido grandes por ninguna de las dos partes, porque en los combates de noche es más el ruido que el daño.

Los españoles de la plaza habían tenido diez ó doce

Pero el diablo, que todo lo entreda, hizo que la feli-
cidad de nuestro héroe se viera turbada de repente por
un suceso, que aunque raro, no dejaba de ser consue-
cia natural de su carácter aturvido.

Hallábase una mañana el muchacho desahogado de
una arriesgada expedición que durante la noche le había
hecho realizar el cura, escapado de acostarse vestido
en la cama de su habitación, para ir a una mala casa de
un pueblo por tabaco, siendo a unas tres leguas de
Atanda, cuando entró en su cuarto su asistente, en-
tando desahogado:

Durante el sitio

Así marchaban las cosas de la guerra, mientras á
nuestro amigo Tomás se le preparaba una tormenta, que
le debía salir cara.

El joven buscaba en vano una ocasión en que poder
realizar una escapatoria á Barbadillo del Mercado, para
tener una de sus dulces entrevistas con la hermosa do-
ña Josefa.

Entre tanto, la escribía con alguna frecuencia, sin
dejar por eso de contestar á las cartas que recibía de la
linda y espiritual Amalia, la cual cada día estaba más
apasionada.

Tomás se creía el más feliz de los hombres, y con-
vengamos en que ser amado por dos mujeres tan bellas,
es una fortuna que debe satisfacer al más descontenta-
dizo.

Pero el diablo, que todo lo enreda, hizo que la felicidad de nuestro héroe se viera turbada de repente por un suceso, que aunque raro, no dejaba de ser consecuencia natural de su carácter aturdido.

Hallábase una mañana el muchacho descansando de una arriesgada expedición que durante la noche le había hecho realizar el cura, y acababa de acostarse vestido en la cama de su alojamiento, que era una mala casa de un pueblo peor todavía, situado á unas tres leguas de Aranda, cuando entró en su cuarto su asistente, gritando despavorido:

—¡Mi capitán! ¡Mi capitán!

—¿Qué pasa?—preguntó Tomás, despertando sobresaltado.—¿Se ha presentado el enemigo?

—No, señor; pero...

—¿Qué?

—Doña Pepita...

—¿Está ahí?

—Y me ha pegado una bofetada porque le dije que acababa usted de acostarse y no le podía llamar.

—Ha hecho bien,—repuso Tomás, saltando de la cama.—¿Que entre!

El soldado dió media vuelta, y un minuto después, cuando Tomás, que se había arreglado á toda prisa, se preparaba á salir galantemente al encuentro de su querida, se presentó esta en la puerta de la sala.

Tenia el rostro descompuesto, y parecía que los ojos se le querían saltar de las órbitas.

El desorden de toda su persona era tal, que Tomás no pudo ménos de alarmarse, y la preguntó:

—¿Qué tienes?

Pepita guardó silencio un momento, contemplando á Tomás de arriba abajo.

—¿Qué hay?—volvió á preguntar este, sin poder adivinar lo que sucedía.

—¡Infame!—exclamó Pepita con voz ahogada por la ira.

Y como si el llanto, que se agolpaba á sus ojos, hubiera aguardado para salir á que pronunciara esa palabra, rompió á llorar amargamente.

—¡Pepita!—dijo Tomás.

—¡Traidor!—murmuraba la viuda.

El capitán se acercó á ella, y quiso enlazarla por la cintura; pero Pepita le rechazó con energía, gritando:

—No se acerque usted á mí.

—¿Usted?—preguntó el jóven con extrañeza.—Vámonos, Pepita, ya veo que estás incomodada conmigo porque hace tanto tiempo que no voy á verte; pero, hija, no es culpa mia: tú te convencerás.

—No es eso,—exclamó Pepita, en quien el dolor se iba sobreponiendo á la cólera.

—¿Qué es entonces?

—Mira.

Y al decir esto, Pepita sacó del bolsillo una carta, que presentó á su amante.

Este la tomó, y dió un grito de sorpresa.

Era la que tres dias antes había escrito á Amalia.

—¿Cómo ha llegado á tu poder esta carta?—preguntó, sin atreverse á dar crédito á lo que sospechaba.

—Mira el sobre,—repuso la hermosa viuda.

Tomás volvió la carta, que estaba cerrada con el mismo pliego, y cayó anonadado en una silla.

El sobre era para Pepita.

Los dos permanecieron callados algunos minutos: Tomás, como si tuviera una pesadilla, pasándose la mano por la frente, surcada por gruesas gotas de sudor, y apenas podía respirar; Pepita en pié, á dos pasos de él, con los ojos ya enjutos, mirándole con ira y complaciéndose en su angustia.

El jóven en aquel momento no se acordaba de ella.

Pensaba en Amalia, y veía claramente lo que habia sucedido.

Tres dias antes habia escrito á las dos mujeres: cuando iba á cerrar las cartas tocaron llamada, y el muchacho, aturdido con la precipitacion, habia equivocado los sobres.

De este modo, la carta destinada á Amalia habia ido á poder de Pepita, y la de Pepita estaria seguramente en manos de Amalia.

Tomás estaba como si se le hubiera desplomado encima una montaña.

Se le representaba la desolacion de la interesante niña, el dolor de sus padres, la consternacion de todos.

Luego pensaba en Gil Mendoza y en Juan, ante los cuales no sabia cómo presentarse cuando aquello se descubriera.

Pepita, con esa perspicacia natural en las mujeres celosas, leia en el corazon de su amante, y adivinaba sus pensamientos.

Comprendia que en aquel instante ella no entraba

por nada en el pesar y en la confusion del jóven, y esto aumentaba su rábia.

—¿La amas mucho?—preguntó con acento desesperado.

Tomás siguió mudo.

—¿La amas mucho?—volvió á preguntar Pepita, sacudiéndole del brazo.

—La adoro,—exclamó brutalmente Tomás, levantándose y haciendo retroceder á Pepita con una mirada.

Pero la viuda se repuso pronto.

—Entonces, ¿por qué la engañas?—preguntó implacable.

Tomás no tuvo qué responder.

Y á cualquiera en su lugar le hubiera sucedido lo mismo.

El jóven se acusaba interiormente con la mayor severidad; pero delante de Pepita, que le habia irritado con su tono agresivo, no queria confesarse culpable.

—Y ¿por qué me has mentido á mí?—continuó la hermosa viuda, que al fin y al cabo tenia derecho para pedir cuentas á su amante.

—¡No lo sé!—repuso Tomás, qué deseaba poner término á aquella escena.

—¿No lo sabes, ó no me crees digna de una explicacion?

—Pepita,—dijo por fin el muchacho, haciendo un esfuerzo,—lo que ha pasado no puede explicarse. Yo confieso que no he procedido bien; no te pido que me perdones...

—¿Yo perdonarte? —Yo no pienso en el pasado y en la culpa.

—No lo pretendo.

—Ya lo veo preguntado. —¿Las cosas muchas?

—Entonces, concluyamos.

—¿Me echas de tu casa?

—No es eso. —¿Las cosas muchas?

—Sí, quieres verte libre de mí para ver si consigues el perdón de la otra, de esa niña mimada, que por lo que he visto en tu carta...

—¡Calla!

—No callaré.

—Entonces, ¿por qué la engañas?

—¿Con qué derecho? Yo te he sacrificado mucho

para no poder hablar en este momento.

—¿A qué recordar lo pasado?

—Dices bien. Es muy cómodo y muy digno lo que estás haciendo.

—Las circunstancias lo han querido así. Ya te he dicho que no pretendo disculparme. —Entonces, ¿por qué me lo has dicho todo ha concluido entre nosotros!

—No; estás equivocándote.

—¿Cómo?

—Han concluido nuestros amores.

—Bien.

—Pero empieza mi venganza.

Tomás se encogió de hombros.

—Yo sabré quién es esa mujer, y la perseguiré sin descanso, contándole la historia de nuestros amores, para que si verdaderamente te quiere, se muera de rabia y de celos.

—¡Pepita!—exclamó Tomás.

—Y si no te quiere,—exclamó la viuda,—¡oh! si no te quiere y tú la adoras como has dicho, ya me vengará ella misma. ¿Quién sabe si en este momento me estará vengando en brazos de otro?

—¡Miserable!—gritó Tomás fuera de sí.

Pepita no supo el peligro que habia corrido en aquel instante.

Tomás sintió una nube que le cegaba, y su primer impulso fué arrojarle sobre la viuda y estrangularla.

Pero aquel arrebató duró ménos de un segundo.

El jóven se repuso, y con voz ronca de coraje y ahogada por su respiracion fatigosa, dijo á Pepita, señalando la puerta:

—¡Véte!

—¿Me despides?

—¡Véte!

—Adios; te acordarás de mí,—exclamó con energía Pepita; y salió de la sala sin aguardar respuesta.

Tomás no prestó atención á la amenaza de la viuda, ni siquiera reparó en que habia salido.

Dejóse caer en una silla sin darse cuenta de lo que pasaba, y lanzó un hondo suspiro para desahogar su pecho.

Así permaneció más de una hora.

Cuanto más queria coordinar sus ideas, mayor era el desórden de su imaginación.

Sentia al mismo tiempo dolor y vergüenza.

Estaba avergonzado de sí mismo, y temia el mo-

mento en que se le presentara su padre ó el de Amalia á pedirle cuentas de su conducta.

Y además, en aquel momento su corazón estaba traspasado, no sólo porque comprendía que había perdido para siempre el amor de Amalia, sino porque temía el efecto que en esta causara su cruel desengaño, tan rudamente recibido.

El jóven sentía que amaba á la linda niña todo lo que él era capaz de amar, y sin embargo, hubiera dado cualquier cosa porque ella no le amara tanto.

Pero en aquel momento no podía engañarse.

Sabia que Amalia le quería con toda su alma.

Esto, que en otras circunstancias le hubiera halagado, era entonces su martirio.

Aquel amor le parecía un reproche.

Si hubiera podido hacer que la jóven lo trocara en desden, no hubiese vacilado.

En vano trataba de excusarse consigo mismo.

Cada minuto le parecía una hora.

Deseaba que llegara la noche para montar á caballo y distraer su pena acuchillando franceses, si el cura disponía alguna de sus expediciones cotidianas.

Esta idea le llevó á otra, que en el estado que se encontraba su ánimo, acogió con cariño.

—¡Si me mataran esta noche!—pensó desesperado.

Y luego completó su pensamiento diciendo:

—¡Ojalá!

Una vez en este orden de ideas, su imaginación se iba aclarando por momentos.

—Soy un villano,—se decía,—y merezco la muer-

te, puesto que he asesinado á esa pobre niña. Sí... la bala que me hiriera no sería más que un instrumento de la justicia divina. Tal vez al verme muerto me compadecerían en lugar de maldecirme. Debo morir... pero en este caso, ¿por qué he de aguardar á que un francés me mate? ¿No me condeno yo mismo? Pues ya que soy mi juez, ¿no debo tambien ser mi verdugo?...

Y el jóven se detenía... y el caos de su cabeza estaba cada vez más revuelto.

Ya se sabe lo que es la idea del suicidio cuando llega á penetrar en un entendimiento.

Una aberracion mental, que primero se presenta de un modo vago, indeterminado.

Que luego va tomando forma.

Que despues es acariciada por la mente.

Que poco á poco se va apoderando de uno, envolviéndole completamente, filtrándose en todo su sér, haciéndose dueña de sus sentidos, aletargando el instinto de conservacion natural en el hombre, y produciendo una especie de embriaguez que no le deja dueño de sí mismo, que le permite ver á través de los males del presente, el bienestar y la tranquilidad de la muerte.

La muerte entonces no tiene ningun aspecto repugnante.

Aparece dulce, amante como una vírgen misteriosa, que envuelta en gasas nos convida con su seno, para reposar en él nuestra cabeza calenturienta y llevarnos en su carro de nubes á un mundo en que no hay lágrimas ni pesares.

La idea del suicidio es una alucinacion, y como to-

das las alucinaciones tiene algo de poética y de bella. Desgraciado el que la albergue en ciertos momentos de la vida.

Si por un esfuerzo poderoso de su inteligencia, ó por otra causa exterior que llame fuertemente su atencion, no vuelve á la realidad de la vida, está perdido sin remedio.

Cuando uno se siente desgraciado, la muerte no es un temor, sino una esperanza.

Y para el que llega á considerarla de este modo, hasta la idea del dolor físico se borra y desaparece.

Tomás fué dejando que se apoderara de su espíritu esa especie de soñolencia vecina de la embriaguez, si no es la embriaguez misma.

Comenzó á olvidarse de sus padres, de su hermano, de todo lo que habia amado en la tierra.

Sus ideas se iban haciendo cada vez más confusas. Hasta el mismo pesar que le habia puesto en aquel estado, se borraba poco á poco de su imaginacion.

Ante él se presentaban en revuelta confusion Amalia, Pepita, don Modesto, Juan, el cura Merino... todas las personas que conocia.

Pero apenas se daba cuenta de quién eran.

Sólo sabia que se encontraba en un mundo donde le faltaba aire que respirar, donde se sentia desgraciado.

Y con los ojos medio entornados, veia sin conocerla la imagen de la muerte, que le decia abriéndole los brazos:

—Ven, yo soy la paz, yo soy la vida; yo libero al hombre de sus más tenaces enemigos; en mí encuentra

lo que en el mundo busca en vano una dicha, no turbada jamás por nada ni por nadie. Ven, yo te llamo á mi seno, te brindo con mis caricias que adormecen á los desgraciados. Ven, yo soy el olvido, y por consiguiente la felicidad.

Tomás creía oír esta voz que le llamaba, y reparando de pronto en sus pistolas de arzon, que según costumbre, habia dejado cargadas sobre la mesa, se levantó con precipitación y empuñando una de ellas, contestó:

—Voy.

El jóven estaba ya loco.

El castañeteo de la llave de la pistola, que preparó para hacer fuego, no le volvió á la razón.

Examinó por un momento el arma, y ya la dirigia contra su cabeza, cuando abriose la puerta de la estancia, y Tomás vió reflejarse en el espejo que sobre la mesa habia la figura impasible y severa de don Modesto, el padre de Amalia.

—¿Qué iba usted á hacer?—preguntó el recién llegado, adivinando por la actitud del jóven sus designios.

Tomás se dejó quitar la pistola de la mano, y no respondió una palabra.

Don Modesto prosiguió diciendo:

—¿Iba usted á privarme del único placer que me queda en la vida?... El de matarle en castigo de su crimen.

Tomás se irguió al oír estas palabras.

Luego, presentando el pecho á don Modesto, que aún conservaba la pistola en la mano, le replicó con impavidez:

—Pues bien; máteme usted.

—¿Cómo? —V.

—Aquí me tiene. —V.

—¡Infame! —V.

—¡Señor don Modesto!

—¡Infame! vuelvo á decirlo; —replicó el anciano

caballero con indignación. —¿Cree usted que yo soy un

asesino?

—No le creo si no un juez que condena y cas-

tiga.

—Efectivamente: soy un juez, pero no pienso con-

vertirme en verdugo. Escúcheme usted.

—Escucho.

—Cuando usted estuvo por última vez en mi casa

y yo le concedí formalmente la mano de mi hija, le

advertí que le haria responsable de su vida.

—¿Ha muerto? —preguntó Tomás con angustia.

—Todavía no.

—¿Todavía?... —volvió á preguntar el jóven, que

en esta palabra encontraba un cruel anuncio de la

suerte de la pobre Amalia.

—Pero yo vengo á castigar el crimen de usted,

puesto que cualesquiera que sean sus resultados, ya lo

ha cometido.

—Es justo.

—Anuncié á usted que su vida respondia de su pa-

labra.

—Es verdad.

—¿Ha cumplido usted su palabra? —preguntó don

Modesto.

—Aquí está mi vida,—contestó Tomás, abrumado por la mirada del ofendido caballero. ¿Habíase ya?

—Por ella vengo.

—No tema usted que se la dispute. Y—

—¿Cómo?

—La entregaré á usted cuando me la pida, y le agradeceré que sea pronto.

—Pero ¿piensa usted que he venido á cometer un asesinato?

—No pienso nada.

—Lo que yo quiero es un duelo.—Basta!—

—¿Un duelo?

—Sí.

—¡Imposible!

—¿Cómo?

—Imposible!

—¿Por qué?

—Yo no he de defenderme.

—¿Que no?

—Está dicho.

—¡Miserable!

—¡Caballero!

Don Modesto estaba fuera de sí de ira.

Tomás, al escuchar su insulto, habia sentido que toda la sangre se le agolpaba á la cabeza.

Pero al momento logró reponerse, y dueño ya de sí mismo, replicó con entereza:

—Es inútil que usted me injurie; no habrá nada en el mundo capaz de hacerme aceptar ese duelo.

—Y si yo publico ahora mismo que es usted un co-

barde, que pretende encubrir su miedo con una mentida generosidad?

—No le creerá nadie.

—¿Y si digo que le he abofeteado á usted sin lograr que su valor se despierte?

—Tampoco lo creerán.

—Y si le abofeteo verdaderamente...

—¡Oh!

—Aquí primero, y luego en la calle, delante de sus soldados, de sus jefes, de sus camaradas.

—¡Basta!—gritó Tomás.

—No, no basta.

El capitan, cárdeno de ira, no sabia ya cómo contenerse.

El anciano se complacia viendo su rabiá, que le anunciaba que, á pesar de todos sus propósitos, Tomás no sufriría el último insulto.

—Dí,—preguntó don Modesto,—¿es necesario que ponga la mano en tu cara para que no puedas desmentirme?

Y en aquel momento el padre de Amalia, uniendo la accion á la palabra, levantó la mano abierta, y si el capitan no le hubiera cogido con fuerza, es seguro que la sentaria en el rostro del muchacho.

—¿Cuándo quiere usted que le mate?—gritó en el colmo de la desesperacion Tomás, en quien la sangre de soldado habló por un momento más alto que todas las consideraciones, y le hizo olvidar á Amalia y todo lo ocurrido, para no ver más que un hombre que habia levantado la mano sobre su mejilla.

—Hoy mismo pienso matarte.

—¿Tiene usted padrinos?

—No faltarán aquí dos oficiales que quieran prestar ese servicio á un padre ofendido.

—Yo mismo rogaré á todos que lo sean.

Al decir Tomás estas palabras, cogió su gorra, y sin ceñirse siquiera el sable, salió á la calle en busca de cuatro compañeros que le apadrinaran á él y á su adversario.

El jóven se dirigió sin vacilar al alojamiento del teniente coronel Segura.

Le expuso en pocas palabras lo que ocurría.

Segura deploró el suceso; pero convino con Tomás en que el duelo era inevitable.

Lo exigía hasta el honor del uniforme.

Segura accedió á servir á Tomás de padrino, llevando de segundo al capitán Ruiz, á quien enviaron un recado inmediatamente.

En seguida, el mismo Tomás fué á buscar á otros dos capitanes, á quienes propuso que apadrinaran á don Modesto; y estos, después de enterarse de lo extraordinario del caso, accedieron sin dificultad á complacer á su compañero.

El jóven volvió á su casa, donde habia quedado don Modesto, y le presentó á los dos capitanes.

—Estos caballeros,—dijo,—tienen la bondad de servir á usted de padrinos.

—Mucho se lo agradezco, y siento ocasionarles esta molestia,—contestó con dignidad don Modesto.

—Pues si usted quiere que hablemos, podrá ente-

rarnos de las condiciones con que desea que se efectúe el combate, para que luego vayamos á ponernos de acuerdo con los padrinos del capitan Mendoza,—dijo uno de los recién llegados al desconocido á quien iban á apadrinar.

—Será mejor que pasemos á mi posada,—contestó don Modesto.

—Lo que usted guste.

El padre de Amalia salió con sus padrinos, despidiéndose de Tomás con estas sencillas palabras:

—Hasta luego.

—Hasta luego,—repuso el jóven.

En cuanto Tomás se quedó solo, y cuando ya la excitacion producida por las pasadas escenas se habia calmado algun tanto, quedó sumido en profunda meditacion!

Una voz que se levantaba del fondo de su conciencia, le dirigia esta pregunta:

—¿Puedes tú matar á ese hombre?

Y la verdad es que semejante pregunta quedaba sin respuesta.

El jóven volvió á su casa, donde habia quedado don Modesto, y le presentó á los dos capitanes.

—Estos caballeros,—dijo,—tienen la bondad de servir á usted de padrinos.

—Mucho se lo agradezco, y siento ocasionarles esta molestia,—contestó con dignidad don Modesto.

—Pues si usted quiere que hablemos, podrá enten-

Capítulo XXXIII

Un duelo á muerte

La conferencia de los padrinos no fué muy larga. Hombres leales y caballerosos, aunque se hallaban interesados en favor de Tomás, que era su amigo y compañero, eran incapaces de darle la menor ventaja.

Así es, que desde que se reunieron los cuatro estuvieron de acuerdo en que el combate debía verificarse á pistola, porque el sable, además de ser el arma usual de Tomás, á cuyo manejo seria probablemente ajeno don Modesto, exige una agilidad y una fuerza, que Tomás tenia por hallarse en el lleno de su juventud, mientras que su adversario, ya entrado en años, no podia tener.

Segura hubiera querido que el duelo se redujera á disparar dos tiros cada uno, obedeciendo á la voz de mando, y sin más diferencia, que la distancia para los primeros disparos fuera de veinticinco pasos y para los segundos de veinte.

Pero en este punto se mostraron inflexibles los padrinos de don Modesto.

Su apadrinado les habia exigido un duelo á muerte, y ellos no podian ménos de obedecer sus instrucciones.

Segura trató de convencerles, pero todo fué inútil.

Por lo mismo que no conocian á don Modesto y él se entregaba tan noblemente á su lealtad, se creian obligados á desempeñar mejor su cometido.

Segura, á quien nunca se hablaba en vano de honor, hubo de ceder.

Entonces quedó acordado que los adversarios tirarian hasta que cayese uno de ellos; que se colocarian á veinticinco pasos, avanzando cinco en cada tiro, pero sin acercarse á más de diez; y que tirarian á voluntad, uno despues de otro, empezando el que designara la suerte.

Las condiciones eran indudablemente duras.

Tratándose de buenos tiradores, la muerte de uno de ellos hubiera sido poco ménos que infalible.

Los oficiales sabian que Tomás manejaba bien las armas de fuego, y don Modesto habia dicho á sus padrinos que él tiraba todos los dias; por consiguiente, era de suponer que tampoco fuera lerdó.

Así es, que los cuatro padrinos quedaron disgustados despues de fijar estas condiciones, pero no tenian otro remedio.

Pusiéronse de acuerdo en cuanto al sitio, y convinieron en que el duelo tendria lugar á las cinco de la tarde, para que el sol ya poniente no molestase á los adversarios.

Inmediatamente se separaron, y fueron á dar cuenta de sus determinaciones á sus respectivos ahijados.

Tomás oyó con indiferencia los detalles que le contó Segura, hondamente preocupado como estaba por el recuerdo de todo lo que le habia pasado aquella mañana.

Comprendiendo los padrinos que el jóven queria quedarse solo, porque el que va á batirse necesita siempre tomar sus disposiciones y recogerse en sí mismo por lo que pueda suceder, le dejaron á los pocos minutos.

El capitán les estrechó la mano dándoles las gracias, y les acompañó hasta la puerta de la calle.

Una escena muy semejante se verificaba al mismo tiempo en el cuarto que don Modesto tenia en la posada.

Una vez en la calle, Segura se despidió de su compañero, encaminándose al alojamiento del cura Merino, á quien se creía en el deber de participar lo que sucedia.

—¿Qué hay, amigo Segura?—preguntó don Jerónimo al verle entrar.

—Nada de bueno.

—¿Cómo es eso?

—Podemos hoy tener una desgracia.

—¿Los franceses?...—preguntó Merino.

—No se trata de los franceses.

—¿Qué es entonces?

—Antes de hablar, señor don Jerónimo, necesito que me dé usted su palabra de honor de que no se valdrá de su posicion ni de su carácter de jefe para impedir lo que va á pasar esta tarde.

—¿Qué va á pasar?

—¿Me da usted su palabra?

—Está dada.

—Pues bien: el capitán Mendoza se bate esta tarde!

—¿Tomás?

—Sí, señor.

—¿Con quién?

—Con un tal don Modesto, á quien conoció en Covarrubias.

—¿El que le tuvo en su casa cuando fué herido?

—El mismo.

—¿Pero por qué?

—Creo que es cuestión de faldas.

—Vamos... sí... aquel señor, si mal no recuerdo, tiene dos hijas... Tomás es aficionado á ellas... y estoy al cabo... ¡Pero ese chico necesita todas las mujeres del mundo para él solo! —exclamó don Jerónimo, que en aquel momento se acordaba de doña Josefa.

—El caso es que el padre parece hombre de mal genio.

—¿Y qué?

—Y le ha insultado, y aun para obligarle á batirse, le ha amenazado con abofetearle.

—Pero es preciso impedir ese desafío.

—Lo creo difícil.

—¿Difícil?

—Por no decir imposible.

—¿Qué diablura! ¿Y usted no puede revistar ese lance?

—Soy padrino de Tomás.

—El duelo está prohibido por las leyes.

—Las del honor, no sólo lo autorizan, sino que lo exigen.

—Pues yo no puedo consentir que mis oficiales más valientes arriesguen su vida por niñerías.

—Este caso es grave...

—Ya lo veo.

—Y Tomás, si no se batiera, quedaria deshonorado.

—Yo le hablaré, y si no logro convencerle, cerraré los ojos; pero nada más que hoy, porque en lo sucesivo estoy resuelto á impedir que se repitan semejantes tonterías.

Luego don Jerónimo preguntó á Segura las condiciones del duelo, y cuando éste se las dijo, exclamó:

—¡Es una friolera! Afortunadamente, Tomás tiene el pulso seguro, y supongo que al primer tiro despachará á esa viejo chocho. En fin, voy á ver si se puede hacer algo.

Al decir esto, Merino se levantó, y Segura, viendo que daba la visita por terminada, imitó su ejemplo.

Ambos salieron á la calle, y el cura se dirigió sin pérdida de tiempo á la casa de Tomás, mientras Segura regresaba á su alojamiento.

—Oye, chico, ¿tú te has propuesto darme un disgusto?—preguntó bruscamente Merino, entrando como una bala de cañon en la salita que ocupaba el capitán Mendoza.

—¿Sabe usted?—dijo Tomás levantándose.

—Todo.

—En ese caso...

—En ese caso, yo podría evitar que hicieras una locura, y creo que eso es lo que debia hacer; pero he dado mi palabra de cruzarme de brazos, y sólo vengo á hablarte como amigo y á convencerte con mis razones.

—Doy á usted las gracias,—repuso Tomás;—pero es inútil.

—Pero, hombre, ¿qué es ello? ¿que te gustó la hija de ese individuo y que hubo algo que al padre no le acomoda?

—Nada que pueda ofender á Amalia.

—Vaya... del mal el ménos.

—Lo juro.

—Te creo. Pero entonces no me explico lo que pasa.

—He faltado á mi palabra, y ese hombre me ha amenazado.

—Lo sé.

—Yo me negaba á batirme.

—Bien hecho.

—Pero me insultó de tal manera...

—Corriente.

—Me levantó la mano.

—¿Y aceptaste el duelo?

—Sí, señor.

—Muy mal. Si á mí alguno me levantara la mano, le habia de dar en el acto tal coleccion de palos y patadas, que en tres meses no pudiera moverse, y si luego venia á hablarme de desafio se repetiria la funcion.

—Yo ciego de ira he admitido el lance.

—Pues si quieres creerme, no debes exponer tu vida

por semejante cosa. Vete ahora mismo á su casa y dile que no te bates. Si réplica, palo; vuelve á replicar, y vuelves á darle, y cuando le hayas molido á garrotazos, verás qué convencido se queda de que tienes razón.

—De ningún modo.

—Piensa que las balas son traidoras; que lo mismo puedes darle tú á él, que él á tí.

—Ya lo sé.

—Que tu vida pertenece á la patria.

—En un caso como este, creo que puedo arriesgarla por mi cuenta.

—Y ¡qué voy yo á decir á tu padre si mueres?

—Mi padre sabrá que mi castigo es justo.

—Sí... ¡como que hay padres á quienes parece justo que maten á sus hijos! ¡No sé dónde los habrás encontrado! Yo tengo más años que tú, y no he visto ninguno.

—Sé que voy á dar á los míos un gran disgusto; pero no puedo evitarlo.

Pues, chico, haz lo que quieras; yo he cumplido como amigo y como jefe, diciéndote lo que venia al caso. Si te he de decirlo que siento, tu terquedad no me sorprende, porque la esperaba. Ahora Dios te dé buena suerte, y procura salir bien del compromiso. Nada de generosidades. Apúntale á la cintura, que así, aunque el tiro suba ó baje un poco, siempre encuentra carne. Ya sé que á tí no te tiembla el pulso, porque eres valiente. Conque adios... y lo dicho.

Don Jerónimo estaba conmovido como no lo había estado nunca, y en sus movimientos cortados y su voz

poco firme, pudo conocer Tomás el cariño que le tenía.

Luego que se quedó solo, volvió el muchacho á sus meditaciones.

El jóven miraba con frecuencia su reloj, y sentia que se acercase la hora del combate.

Cada vez le parecia más difícil resolverse á herir á don Modesto.

El último consejo del cura Merino le habia manifestado con la mayor claridad todo lo repugnante de la situacion.

El no podia apuntar con tranquilidad á su adversario.

Disparar contra don Modesto, le parecia en cierto modo disparar contra Amalia.

Además, ¿no debia la vida á aquella familia? ¿cómo podria dirigir sus balas al pecho del hombre, que hasta con riesgo de su vida le habia albergado en su casa, asistido cariñosamente y curado su herida?

—No,—se decia Tomás;—si yo matara á don Modesto, seria, no sólo el más vil, sino el más desgraciado de los hombres. Su fantasma me perseguiria eternamente. Tendria que suicidarme. Yo le dejaré que me mate sin ofenderle.

Tomada esta resolucion, el jóven empezó á hacer sus preparativos.

Estos se reducian á escribir tres cartas.

Tomó papel y tintero, y comenizó la primera de esta manera:

«Amalia mia: perdóname qué te escriba; pero á un muerto no sé le guarda rencor, y cuando recibas éstas

líneas yo habré pagado con mi vida la mala acción que he cometido. No te hablo de las circunstancias de mi muerte, porque no sé si tu padre querrá hablarte de ella, y yo, ni aun en este momento en que te escribo por última vez, quiero hacer á tus ojos ningun mérito, porque sé que no le hay que baste á borrar mi culpa. Adios, no me maldigas, y dí á tu madre y á tu hermana que las pido perdon por las penas que las he ocasionado. Si te dicen que he muerto en un combate y sabes quién era mi contrario, te juro por Dios, ante el cual voy á comparecer, que no me he defendido. No me maldigas, pues, y ruega á la Divina Providencia por tu pobre

TOMÁS.»

Despues de escrita esta carta, el jóven la leyó dos ó tres veces con los ojos llenos de lágrimas; luego tomó otra hoja de papel, en el que trazó con mano febril los siguientes párrafos:

«Juan, hermano mio: ¡cuánta razon tenias al decirme que mi carácter ocasionaria mi desgracia! Pero ¡qué tarde lo conozco! Voy á batirme con don Modesto. Es inútil que te explique la causa. He sido infiel á Amalia; todo se ha descubierto, y el padre me ha provocado en términos que no he podido excusar el duelo. El tenia razon; lo conozco, y no pienso defendérme. Nos batimos á pistola. Yo dirigiré mis tiros de modo que no puedan darle, y como hemos de disparar hasta que uno de los dos caiga, sé que voy á morir dentro de pocas horas. Como mi contrario no puede sospechar esto,

la lucha será leal por su parte, y tal vez no llegue á saber jamás que se ha batido con quien, lejos de defenderse, empleaba en no herirle toda su destreza.

»Mentiría si te dijera que no siento la muerte. En este instante envidio á todos los compañeros que he visto caer en los campos de batalla. Allí, con la espada en la mano y la cara al enemigo, al frente de soldados ciegos de patriótico entusiasmo, con el nombre de España en los labios y en el corazón el sentimiento del deber, se muere noblemente, dejando un buen ejemplo que imitar y un nombre lleno de gloria. Comprendo que al que así pierde la vida, le lloren los suyos; pero en medio del dolor que les aflija no podrán ménos de experimentar un santo orgullo, colmando de bendiciones su memoria. ¿Por qué no me ha enviado Dios esa hermosa muerte?

»Ve á ver á nuestros padres cuando puedas, llévalos mi último abrazo, despídeme también de María y de su Madre, sé dichoso, y acuérdate siempre de tu desgraciado hermano.»

A su padre escribió el jóven casi en los mismos términos, pidiéndole mil perdones por los disgustos que le habia causado, especialmente el que le ocasionaba con su muerte, y terminando la carta con un párrafo lleno de ternezas para la pobre Mariana.

Al poner el nombre de su madre, sintió Tomás que los sollozos le ahogaban, y el llanto bañó el papel en que escribía.

Luego que concluyó de escribir se sintió más tranquilo.

Cerró las tres cartas y esperó á que llegaran sus padrinos, que le habian ofrecido ir á buscarle.

Cuando estos se presentaron, eran más de las cuatro de la tarde.

Aunque el combate no debia de ser hasta las cinco, Segura habia querido ir un poco antes, suponiendo que el jóven tendria que hacerle algunos encargos.

—Mi teniente coronel,—dijo Tomás al verle entrar,—¿es ya la hora?

—Todavía no, pero hemos querido venir por si usted tenia que hablarnos.

—Sí, señor.

—Diga usted.

—Pocas son las molestias que tengo que ocasionar á ustedes.

—Tendremos mucho gusto en servirle,—dijeron á la vez los dos padrinos.

—Gracias.

—¿De qué se trata?—preguntó Segura, que llevaba la voz, por ser el más caracterizado.

—Deseo que envíen ustedes á su destino estas tres cartas.

—¡Cómo! ¿luego que usted muera?—preguntó Segura, sin tomar las cartas que el muchacho le presentaba.

—Si muero,—añadió Tomás sonriendo tristemente.

—Amigo mio,—exclamó con gravedad Segura,—advierto á usted, que nosotros vamos á autorizar un combate, pero no un sacrificio.

—Por supuesto,—añadió el segundo padrino.

—¿Y quién habla de sacrificio?—preguntó Tomás.

—He creído notar en su voz de usted una seguridad algo extraña al hablar de su muerte. —
—¿No puede matarme mi contrario?

—Indudablemente.

—Entonces no hay nada de raro en que yo prevea esa eventualidad.

—Es que, podrá ser aprension mia,—replicó Segura;—pero en su acento de usted he creído notar que lo consideraba como algo más que una eventualidad.

—Sin duda está usted preocupado.

—Podrá ser.

—Así es en efecto.

—En todo caso, debo recordar á usted, que antes de un lance está uno autorizado para ser todo lo generoso que quiera; pero una vez en el campo, la obligación del que se bate es defenderse y ofender lo mejor que pueda.

—No lo ignoro.

—Yo estaré alerta.

—Y yo también,—dijo el segundo padrino.

—No será necesario.

Habian dado las cuatro y media.

Tomás se levantó y dijo á sus amigos:

—Vamos.

—Sí, ya es hora,—repuso Segura.

—¿Llevo mis armas?—preguntó el joven, que estaba enteramente sereno.

—Mi asistente nos espera con las mias en el terreno,—replicó Segura.—El duelo no puede verificarse con pistolas conocidas por ninguno de los contendientes.

Los tres hombres salieron de casa.

El duelo debía verificarse en un bosquecillo situado á un cuarto de legua del pueblo.

Allí estaba ya el asistente de Segura con dos buenos pares de pistolas.

Poco despues de llegar Tomás con sus padrinos, llegó don Modesto con los suyos.

Entonces despidieron al asistente de Segura, y una vez solos los seis actores de aquel drama, comenzaron los preparativos.

Los cuatro padrinos examinaron y cargaron las pistolas.

Luego reconocieron el terreno, y eligieron un sitio á propósito en el centro de una frondosa alameda, donde no penetraban los rayos del sol, que ya se inclinaba rápidamente sobre el horizonte.

Midieron veinticinco pasos, y colocaron á los adversarios uno enfrente de otro.

—Señores,—dijo entonces Segura, hablando pausadamente y dando á su voz una entonacion grave, —¿no hay entre ustedes medio de avenencia sin apelar á este recurso extremo?

—Ninguno,—respondió don Modesto con entereza.

—Ninguno,—dijo Tomás, como si su voz fuera el eco de la de su contrario.

—Pues veamos á quién toca tirar primero.

Al decir esto, sacó una moneda del bolsillo.

—Pida usted,—exclamó dirigiéndose á don Modesto.

—Cara.

Segura tiró al aire la moneda.

Los cuatro padrinos se precipitaron para verla caer.

Los adversarios permanecían impassibles en sus puestos.

—Cara es,—dijeron á un tiempo tres ó cuatro voces.

—Usted tira primero,—exclamó Segura, dirigiéndose á don Modesto.

Cada uno de los adversarios recibió un par de pistolas.

—Pueden ustedes empezar,—dijo Segura; cuya voz temblaba de emoción.

Don Modesto levantó lentamente el brazo derecho y apuntó á Tomás, que permanecía cuadrado é inmóvil como una estatua.

Pasó un minuto.

Los cuatro padrinos no respiraban.

Don Modesto quería asegurar el tiro, y rectificaba la puntería.

Por fin hizo fuego.

Todas las miradas se fijaron en Tomás, que no se había movido.

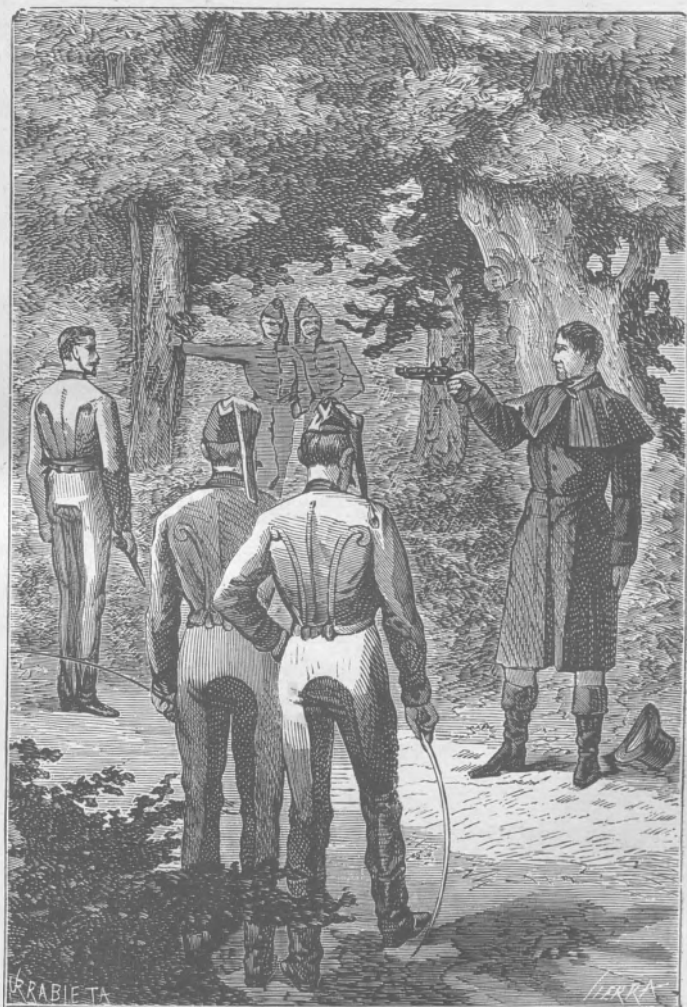
La bala había pasado á la altura de su cabeza sin herirle.

Segura y sus compañeros respiraron.

Sabían que Tomás era un gran tirador; no dudaban que le pegaría un balazo á su contrario, y como al fin eran amigos suyos, se alegraban de que la cosa tuviera aquel desenlace.

—A usted le toca,—exclamó Segura.

El joven capitán levantó la pistola, la tendió en dirección á don Modesto, y disparó.



Don Modesto levantó lentamente el brazo derecho y apuntó á Tomás...

—Con gran asombro de todos, don Modesto continuó en pié.

—¿No está usted herido?—le preguntó uno de sus padrinos.

—La bala ha pasado más de tres varas por encima de mi cabeza.

Los cuatro padrinos se miraron con asombro.

—Esto no es natural,—murmuró Segura con enfado, sin que por fortuna le oyeran los contendientes.

El segundo tiro debía ser á veinte pasos.

Midióse la distancia, y puestos convenientemente los contrarios, Segura dijo á don Modesto:

—Vuelva usted á tirar.

Entonces la bala se llevó un mechón de pelo de Tomás, que flotaba á merced del viento.

Una línea más á la derecha, y el jóven quedaba en el sitio.

Por fortuna salió ileso.

—Usted, capitán Mendoza.

Tomás repitió lo que habia hecho antes.

Su segundo disparo tronchó la rama de un árbol que estaba bastante separado de la direccion en que se hallaba don Modesto.

—Alto,—gritó entonces Segura.

—¿Qué hay?—preguntaron á la vez don Modesto y Tomás.

—Yo no he venido aquí á presenciá un asesinato.

—Ni nosotros,—dijeron los demás padrinos.

—¡Un asesinato!—exclamaron los dos combatientes.

—¡Juro por mi honor,—gritó Segura,—que el capitán Mendoza no se defiende!

—Es claro que no,—dijeron á un tiempo los tres capitanes. Nosotros le conocemos, y estamos seguros de que si se defendiera, su contrario hubiera caído al primer disparo.

—Tal vez le tiemble el pulso,—observó don Modesto.

—Si vuelve usted á repetir esa palabra,—contestó Segura irritado,—tendrá que habérselas conmigo, y le advierto que yo no tiraré al aire.

—¡Mi teniente coronel!—gritó Tomás,—aquí soy yo quien ha venido á batirse.

—A batirse sí, pero no á dejarse matar impunemente.

Don Modesto tenía un corazón noble y generoso.

Conoció que al pronunciar las últimas palabras se había excedido.

No se le ocultaba que los oficiales decían la verdad, pues alguna vez, durante la convalecencia de Tomás, le había visto tirar al blanco, y recordaba que era un tirador de primer orden.

Era, pues, evidente que su torpeza no significaba más que el propósito de dejarse matar.

Aquella generosa resignación no podía menos de conmoverle.

Así es que se quedó cortado por algunos minutos, al cabo de los cuales dijo:

—Señores, conozco que he dicho mal, y sólo el arrebatado natural en la situación en que me hallo puede disculparme.

—Basta, caballero,—interrumpió Segura,—no necesita usted excusarse.

—En cuanto al combate,—prosигuió don Modesto con amargura,—demasiado veo que no puede continuar.

—Los dos se han portado ustedes como valientes y como hombres de honor,—dijo Segura.—Por consiguiente, lo que hay que hacer es dar por terminado el asunto.

—Por mí ya lo está,—contestó don Modesto.—

—Y por mí,—añadió Tomás.

—En ese caso, ruego á ustedes que, dando al olvido todas sus diferencias, se estrechen noblemente las manos,—exclamó Segura con visible satisfacción.

—Perdone usted, caballero,—dijo don Modesto;—el señor sabe que entre nosotros esa demostracion seria una farsa. Yo perdono la ofensa que he recibido; pero aun que quisiera olvidarla, hay lejos de aquí un sér cuyas lágrimas me la recordarian.

Tomás no dijo una palabra.

Segura contestó á don Modesto:

—Usted perdone si mis palabras han renovado alguna herida de su corazon.

Despues de esto, los seis hombres se separaron, y cada uno de los contendientes marchó á su casa con sus padrinos.

En cuanto Segura dejó á Tomás en su alojamiento, corrió al del cura Merino, que le esperaba con impaciencia para tener noticias del combate.

—¿Qué ha sucedido?—gritó al verle llegar.

—Nada.

—¿Nada?

Entonces el buen jefe contó al sacerdote todos los detalles del caso.

—¿Conque ese chico queria dejarse matar?—preguntó don Jerónimo.

—Indudablemente.

—¿Qué disparate!

—Por fortuna, yo estaba prevenido.

—Más vale así... Aunque, á decir verdad, me alegraría de que hubiera dado una leccion á ese individuo.

Durante dos ó tres días, el desafío de Tomás fué el asunto de las conversaciones de todos sus compañeros.

Señor sabe que entre nosotros esa demostracion seria una falta. Yo perdono la ofensa que he recibido; pero como que quisiera olvidarla, hay lejos de aqui un ser cuyas lagrimas me la recordarian.

Tomás no dijo una palabra.

Segura contestó á don Modesto:

—Usted perdone si mis palabras han renovado alguna herida de su corazon.

Despues de esto, los seis hombres se separaron, y cada uno de los contendientes marchó á su casa con sus padrinos.

En cuanto Segura dejó á Tomás en su alojamiento, corrió al del cura Merino, que le esperaba con impaciencia para tener noticias del combate.

—¿Qué ha sucedido?—gritó al verle llegar.

Pero cuando pudo dominar algun tanto su turbación y se persuadió de que aquellas ternuras las decía el capitán á otra mujer, la pobre niña lanzó un grito, quiso romper á llorar, no pudo, y cayó al suelo, revolcándose presa de la convulsion más espantosa.

Acorrió á socorrerla toda la familia, y cuando á fuerza de caricias y cuidados se hubo por la eficacia de los remedios que la aplicaron, consiguieron hacerla volver en sí, don Modesto, que aún no sabia á qué atribuir aquel accidente, reparó en el papel que habia quedado en el suelo, lo recogió, conoció la letra de Tomás, y al leer los primeros renglones un rugido.

—¡Infame!—gritó el infeliz padre.

—¿Qué te sucede?—preguntó doña Susana sonriendo á su marido, que estrujaba la carta entre sus dedos.

La misma tarde del día en que ocurrieron los sucesos que en el capítulo anterior hemos referido, don Modesto montó á caballo, y seguido de su criado, caballero en una buena mula, emprendió la vuelta á Covarrubias, y los afligidos padres pudieron hablarle.

El buen caballero estaba impaciente, y al mismo tiempo temia llegar á su casa.

El espectáculo que le esperaba en ella era dolorosísimo, no sólo para el corazón de un padre, sino hasta para el de un indiferente.

Veamos lo que habia sucedido desde que la fatal impremeditacion de Tomás descubrió el secreto de su infidelidad.

Al recibir Amalia la carta destinada á Pepita, comenzó á leer sin entender al pronto lo que leía.

Pero cuando pudo dominar algun tanto su turbacion y se persuadió de que aquellas ternezas las decia el capitan á otra mujer, la pobre niña lanzó un grito, quiso romper á llorar, no pudo, y cayó al suelo, revolcándose presa de la convulsion más espantosa.

Acudió á socorrerla toda la familia, y cuando á fuerza de caricias y de besos, más bien que por la eficacia de los remedios que la aplicaron, consiguieron hacerla volver en sí, don Modesto, que aún no sabia á qué atribuir aquel accidente, reparó en el papel que habia quedado en el suelo, lo recogió, conoció la letra de Tomás, y al leer los primeros renglones lanzó un rugido.

—¡Infame!—gritó el infeliz padre.

—¿Qué te sucede?—preguntó doña Susana acudiendo á su marido, que estrujaba la carta entre sus manos.

—Nos mata á nuestra hija,—repuso don Modesto.

Amalia, despues de la violenta crisis que habia sufrido, quedó en la mayor postracion, asistida por su hermana, y los afligidos padres pudieron hablar libremente.

Don Modesto enseñó á su esposa la malhadada carta, y ambos se explicaron todo lo que sucedia.

—¡Oh! ¡yo le mataré!—exclamaba don Modesto.

—Por Dios, no te expongas.

—Quisiera que ese hombre tuviera cien vidas para quitárselas todas.

Doña Susana temia tanto por el arrebató de su marido, como por la enfermedad de su hija.

Don Modesto, luego que el médico dijo que Amalia

por entonces no ofrecía peligro, se encerró en su despacho y comenzó á hacer sus preparativos.

Puso todos sus papeles en órden, formó un legajo con los títulos de propiedad de sus bienes, hizo una cuenta detallada, expresando las cantidades que le debían por razon de ventas y arrendamientos, y otra en que manifestaba lo que había que pagar y en qué fechas. Realizó un balance de su caja y existencias que había en sus graneros y bodegas, y despues de arreglar de este modo todos sus asuntos, llamó á su esposa.

—Voy á marchar esta misma noche,—la dijo.—

—¿Adónde?—preguntó doña Susana.

—Tengo que despachar un asunto.

—Tú me engañas.

—¿Susana!

—Me engañas te digo: no hay para tí asunto más importante que la salud de tú hija.

—Estaré de vuelta dentro de cuatro dias.

—Tú vas á buscar á ese hombre.

—Pues bien, sí; necesito su sangre.

—¿Modesto!

—La necesito y la tendré.

—¿Y si él vierte la tuya?

—Dios estará de parte de la justicia.

—Dios no puede estar de parte del crimen.

—No es crimen castigar á un villano.

—Tú no eres su juez.

—¡Basta!—exclamó don Modesto, que como casi todos los hombres, cuando no tenía razones con que repli-

car á su esposa, apelaba á su autoridad para terminar la discusion.

Doña Susana conocia demasiado bien el carácter inflexible de su marido, y estaba segura que despues de haber formado aquella resolucion, no habria nada capaz de hacerle retroceder.

La pobre mujer bajó la cabeza y dejó correr sus lágrimas.

—Manda á Pedro que disponga mi caballo.

—Bien!

—El me acompañará montado en una mula.

—Como quieras.

Doña Susana salió del despacho resignada con aquella nueva desgracia, y don Modesto descolgó su capote de monte, y comenzó á calzarse las espuelas y á meter alguna ropa blanca en un maletin de grupa.

Al cabo de un cuarto de hora entró su esposa, anunciándole que todo estaba dispuesto.

—¡Esposo mio!—dijo al verle disponerse á salir.

—¿Qué?

—Piensa lo que vas á hacer.

—Está pensado.

—Por mí, por tus hijas.

—Prometí á ese hombre que le castigaria si faltaba á su palabra, y quiero cumplir mi promesa.

—La piedad es propia de los corazones nobles y generosos.

—¿La ha tenido él de nosotros?

Entonces fué doña Susana la que no supo qué contestar.

Don Modesto entró en la salita en que estaba Amalia acostada.

La pobre niña habia conseguido llorar abundantemente, y una vez desahogado su pecho, se habia quedado traspuesta.

Don Modesto la contempló un instante, y luego la besó en la frente.

Luisa, al ver á su padre en traje de camino, preguntó:

—¿Se marcha usted?

—Sí, vuelvo pronto, —repuso don Modesto en voz baja, abrazando fuertemente á Luisa.

Doña Susana le esperaba en la puerta.

Al verle salir se arrojó en sus brazos sin pronunciar una palabra.

—Nada temas, —la dijo á media voz don Modesto.—

Dios no querrá que seamos más desgraciados. Cuida mucho á nuestra hija, y hasta la vuelta.

—Adios, —murmuró doña Susana, que apenas tenia fuerzas para hablar.

Don Modesto montó á caballo, y salió de la casa seguído de su criado.

Caminó toda la noche: al dia siguiente llegó al pueblo donde se encontraba el cura Merino con su guerrilla; buscó á Tomás, y ya sabemos lo que habia sucedido.

El infeliz padre no habia descansado en todo el dia.

Antes de acudir al campo en que se verificó el desafío, se echó en la cama un par de horas, pero no logró conciliar el sueño.

Tal vez esto habia salvado á Tomás la vida, porque el pulso no puede estar muy seguro despues de una noche pasada á caballo y sin dormir ni un minuto.

Y así, aunque don Modesto era buen tirador de pistola, luchaba con una gran desventaja, que no habian podido tener en cuenta los padrinos, porque él se guardó muy bien de alegarla.

El cansancio que debia experimentar el amantísimo padre, hizo que su fiel criado, al recibir la orden para disponer las cabalgaduras, se atreviera á decir á don Modesto:

—Pero, señor, ¿quiere usted volver esta misma noche á Covarrubias?

—Sí.

—Despues de haber pasado la anterior en claro, debia usted dormir hoy, y mañana al amanecer haríamos el viaje.

—No, ahora mismo.

—¿Y si se pone usted enfermo?

—No importa.

El criado calló y obedeció á don Modesto.

Este tomó un poco de sopa, bebió medio vaso de vino para sostener sus fuerzas, y al anochecer emprendió otra vez el camino de su pueblo.

Allí le esperaba doña Susana en medio de la mayor ansiedad.

La pobre señora, en cuanto vió salir á don Modesto de su casa, se encaminó lentamente á la alcoba de su hija.

Allí á los piés de la cama, cayó de rodillas ante

un crucifijo de marfil que habia colgado en la pared, y con los ojos arrasados en llanto oró largamente.

Luisa, sin saber á punto fijo lo que sucedia, viendo que su madre rezaba y lloraba, se arrodilló tambien, y lloró y rezó con ella.

Amalia estaba aletargada, y no veia ni oia nada.

De cuando en cuando se escapaban de sus labios estas palabras:

—¡Tomás!... ¡Ingrato!

La infeliz madre sentia que se la desgarraba el corazón.

Luisa no se atrevia á hacer ninguna pregunta; pero comprendia que pasaba una gran desgracia.

Así pasaron las tres mujeres toda la noche.

La ansiedad de la madre era horrible.

No sólo temblaba por su hija, sino por su marido.

Dirigia á Dios las más fervientes oraciones, y nunca le parecia que oraba bastante.

Hubiera dado diez años de su vida por que no amaneciera.

Calculaba los pasos que daba su marido en busca de Tomás, y le parecian otros tantos dados hácia la tumba.

A cada minuto se repetia con terror:

—Ya está más cerca.

Y á todo esto sin poder desahogarse con nadie.

—¿Qué tiene usted, mamá?—la preguntaba Luisa, adivinando que tanta afliccion no podia reconocer por única causa la enfermedad de su hermana.

—Nada, hija mia, nada,—respondió doña Susana;—no llores más, y reza.

Y Luisa rezaba y lloraba sin saber por qué.

Cuando se oyeron en el zaguán de la casa las pisadas de los caballos que anunciaban el regreso de don Modesto, su esposa salió desalada, y el caballero al apearse se encontró en sus brazos.

—¿Qué ha sucedido?—preguntó doña Susana con ansiedad.

—Nada.

—¿Y él?

—Me ha perdonado la vida,—repuso el pobre padre con amargura.—¿Cómo está Amalia?

—Lo mismo.

Entonces se presentó Luisa, y don Modesto, después de abrazarla, entró con ella en la habitación donde se encontraba Amalia.

Al penetrar en ella tuvo que contener un grito.

Su hija, sentada en la cama y recostada en tres ó cuatro almohadas, parecía otra distinta de la que había dejado.

Poco más de cuarenta horas habían bastado para cambiarla completamente.

Sus mejillas tenían una palidez mate, que las hacía casi transparentes.

Sus labios estaban blancos, sus ojos medio apagados, y una mano que tenía sobre el cubrecama estaba del color de la cera.

Se veía que respiraba trabajosamente, y en toda ella se notaban las señales de una consunción rápida.

—Parecía imposible que en tan poco tiempo una enfermedad moral hubiera podido hacer tantos estragos.

Don Modesto quedó consternado.

—¡Papá!—dijo débilmente sonriendo la pobre niña.

—¡Hija mía!—exclamó don Modesto, lanzándose á la cama y cubriendo de besos á Amalia.

—¿Dónde ha estado usted?

—He tenido que hacer. Y tú, ¿cómo te encuentras?

—Bien.

—¿De veras?

—Sí.

—Me parece que estás muy débil.

—El médico dice que no tengo nada.

—Más vale así.

—Esto pasará,—añadió Amalia, que hablaba como una sonámbula.—Mañana podré levantarme, y saldré al jardín para tomar el sol y el aire.

Doña Susana permanecía en la sala para que su familia no la viera llorar.

Don Modesto se había sentado á la cabecera de la cama, y Luisa se mantenía en pié á dos pasos de su padre.

No hables mucho,—dijo don Modesto, á quien las palabras de su hija destrozaban el alma.—Me parece que te fatigas.

Amalia no dijo nada.

Desde el fatal accidente que la habia postrado de aquel modo, hablaba muy poco.

Permanecía horas enteras con la vista clavada en el crucifijo que tenia en su alcoba, sin que pueda asegurarse que rezaba.

Más bien podía creerse que soñaba despierta.

Dominada por una idea fija, que no habia formulado en palabras, no salia de su abstraccion sino cuando la voz de su madre ó de Luisa la volvian á la realidad de la vida.

Algunos ratos se quedaba dormida.

Sólo entonces nombraba á Tomás.

Sonaba con el ingrato, y sonreia dulcemente.

Doña Susana la contemplaba con pena, y temia que despertara.

Dos ó tres veces intentó hablarla, aludiendo ligeramente á su desgracia para hacerla llorar.

Pero Amalia parecia no entenderla.

Su madre hubiera querido verla más afligida.

Aquella serenidad, aquella calma, que no era aparente, sino real, asustaba á doña Susana.

Era una atonía moral, que demostraba el aniquilamiento de las fuerzas físicas.

Con esa doble vista peculiar á todas las madres, doña Susana habia previsto que su hija se moria.

La nostalgia no es sólo esa tristeza que se apodera de los habitantes de las montañas cuando se hallan lejos de su patria.

Debe haber otra nostalgia que padecen las almas desterradas del paraíso, y esta era la que consumia á Amalia.

Su madre lo habia visto desde el primer momento, y su padre lo adivinó al regresar de su expedición al distrito de Aranda de Duero.

Aprovechando el primer momento en que él salió de la habitacion de la enferma, ella le siguió á su cuarto.

—¿Cómo la encuentras?—preguntó doña Susana.

Don Modesto por toda respuesta se enjugó una lágrima.

Los dos esposos se comprendieron, y lloraron justos.

—¡Pobre Amalia!—exclamó al cabo de un cuarto de hora don Modesto.

—¡Y desgraciados de nosotros!—añadió doña Susana.

Si Tomás hubiera podido contemplar aquel cuadro, obra de su ligereza y de su inconsecuencia; si hubiera sido capaz de adivinar lo que pasaba en el corazón de aquellos padres, que veían morir á su hija de tristeza y que no podían hacer nada para luchar con su enfermedad; si hubiese podido ver aquella niña que se extinguía lentamente como una luz que se apaga... su tormento hubiera sido horrible, digno de su crimen, porque un crimen es llevar la desolación y la muerte al seno de una familia que nos abre los brazos y nos recibe con amor en ellos.

Y los pobres padres no le maldecían.

Desde el regreso de don Modesto, ni siquiera habían pronunciado su nombre.

Y la niña sólo lo pronunciaba en sueños, y lo pronunciaba para acariciarlo con su amor de ángel.

¡Pobre flor que el soplo del huracán había tronchado! ¡Pobre mártir sacrificada á la veleidad de un hombre que no la merecía!

.

El mismo día que don Modesto llegaba á Covarrubias, cerca de Aranda de Duero tenia lugar un combate terrible.

Don Jerónimo habia preparado una emboscada á un batallon de los que marchaban á reforzar la division del conde de Dorsenne.

El batallon cayó en ella; pero mandado por jefes valerosos y entendidos, se dispuso á resistir bizarramente.

Gracias á una impetuosa carga á la bayoneta, logró abrirse paso hasta una explanada que habia cerca de la angostura en que fué sorprendido. Una vez allí y viendo que le era imposible retirarse, porque los españoles más numerosos le picarian sin cesar la retaguardia, formó el cuadro y provocó el combate.

Merino aceptó el reto.

Reunió en masa toda su caballería y ordenó á Segura que desplegara en guerrilla medio batallon para hostilizar á los franceses y quebrantarlos antes de dar el ataque.

Tomás, que como sabemos mandaba el primer escuadron de caballería, esperaba con febril impaciencia el momento de lanzarse á la carga.

El jóven se sentia atormentado por la memoria de los sucesos del día anterior, y deseaba aturdirse en medio del combate y del peligro.

Los franceses iban á pagar caros sus disgustos.

Entre tanto, Segura habia abierto el combate con su acostumbrada bazarria.

Los soldados de Merino eran inmejorables para batirse en guerrilla.

Aprovechaban todos los accidentes del terreno.

Echados en el suelo cargaban y disparaban sus fusiles con rapidez y excelente puntería.

Así es, que su fuego era muy mortífero, y gracias á su modo de combatir, no recibían ni la décima parte del daño que causaban.

El batallon de franceses hacia un fuego terrible.

Sus descargas se sucedían sin interrupcion, y muy pronto Segura tuvo que hacer entrar en línea al otro medio batallon que le quedaba, porque iba experimentando bastantes bajas.

Pero en el cuadro de los franceses se abrian muchos claros, que eran inmediatamente cubiertos.

Hubo un momento en que en una de sus caras se notó bastante confusion.

Era la que estaba más expuesta al fuego de los españoles.

—Merino, que lo observaba todo atentamente, no dejó pasar desapercibido aquel detalle.

—¡A la carga!—gritó con voz de trueno.

—¡A la carga!—contestaron unánimemente los cinco escuadrones.

Y rápidos como la tormenta, se arrojaron al galope en medio del campo de batalla.

Segura tocó alto el fuego.

La infantería de la guerrilla se abrió para dejar paso á la caballería.

Un momento despues, el batallon de infantería estaba formado en masa, dispuesto á acudir adonde fuera preciso.

Los franceses se prepararon para recibir dignamente el choque.

La primera fila hincó la rodilla en tierra, presentando las puntas de sus bayonetas.

Las otras tres continuaron haciendo un fuego terrible.

Pero nada detenía la impetuosidad de la carga de la caballería.

Los escuadrones, especialmente el de Tomás, que marchaba á la cabeza, dejaban en su camino una porción de muertos y heridos, pero continuaban avanzando á la carrera.

Por fin llegaron á mezclarse con los franceses.

El primer choque fué fatal para los españoles, que se vieron rechazados.

Pero Merino no era hombre que retrocediera fácilmente.

—¡A ellos! —gritaba como un desesperado. —¡A ellos! ¡cobardes!

Y los soldados españoles revolvían sus caballos y se lanzaban sable en mano sobre los franceses.

Muchos caballos murieron clavados en las bayonetas.

Pero esto mismo contribuyó á romper el cuadro.

Las convulsiones de los pobres animales en su agonia, introdujeron el desorden en las filas de los franceses.

Entonces estos, reunidos en grupos ó dispersos aisladamente, empezaron á defenderse cuerpo á cuerpo, trabándose un combate á tiros y bayonetazos.

En aquel momento Segura avanzó con su batallón para completar la victoria.

A la bayoneta, respondió á la bayoneta. —

Los franceses, deshechos y acorralados, se batían con el valor de la desesperación.

Hubo algunos momentos horribles.

Por una y otra parte se mataba y se hería sin piedad.

Tomás, desesperado, corría de un lado á otro, acuchillando cuanto se le ponía por delante, y dando el mismo grito que seis años más tarde debía lanzar el mariscal Ney en los campos de Waterlóo:

—¿No hay una bala para mí?

El joven capitán no fué en este deseo más afortunado *que el valiente entre los valientes* (1).

Por fin los franceses comenzaron á rendirse.

Algunos lograron emprender la fuga.

Pero la mayor parte se entregaron prisioneros, y entonces concluyeron aquellos horrores.

El campo estaba lleno de heridos de uno y otro bando.

Al terminar el combate, Segura cayó de su caballo.

Sus soldados acudieron á él, y vieron que estaba herido.

Había recibido un balazo al principio de la lucha; pero se mantuvo firme sin decir una palabra y tapándose con su capote para no desanimar á sus soldados.

El pobre Sebastian Ruiz, hijo del posadero de Pan-

(1) Nombre que se daba en el ejército al mariscal Ney.

corbo, que su padre envió tan valerosamente á la guerra, habia muerto como un héroe, gritando:

—¡Viva España!

Los padrinos de Tomás estuvieron aquel día desgraciados.

Este y el cura Merino salieron ilesos.

Capítulo XXXV

Un bando de Juan Mendoza

Cuando Juan tuvo noticia del desafío de Tomás, que fué á los pocos dias de verificarse, pues según ya hemos dicho, los sitiados recibían con frecuencia cartas y comunicaciones del exterior, sintió una gran pena, tanto mayor cuanto que su hermano se creyó en el caso de escribirsele todo, enterándole de sus amores con Pepita y de la fatal equivocación que había producido tan funestos resultados.

Su disgusto fué mayor, porqué sentía que su hermano hubiera procedido tan mal con aquella familia á quien tanto debía, y con una pobre muchacha tan digna de ser amada como Amalia.

Pero mayor aún que el disgusto de Juan, fué el de sus padres.

Don Modesto se creyó en el caso de enterar de lo

ocurrido á Gil Mendoza, y aunque en su carta tuvo la delicadeza de no decir ni una sola palabra injuriosa al referirse á Tomás, el hecho que relataba era bastante para que el honradísimo padre se avergonzara por su hijo.

—¡Lo voy á matar á palos!—exclamó Gil al leer el primer párrafo.

—¿A quién?—preguntó Mariana, que hacia media en un rincon de la cocina, y ni siquiera sabia de quién era la carta que estaba leyendo su marido.

—A Tomás.

—Ave-María Purísima.

—Como lo oyes.

—Pero ¿qué ha hecho?

—Una infamia.

—¡Mi hijo!

—¡Tu hijo!

—¡Imposible!

—¡Bribon!

—¿Qué dices?

—¡Traidor!

—¡Vamos, Gil. tú estás loco!

—Más quisiera estarlo que no saber lo que leo.

—¿Quién te escribe?

—Don Modesto.

—¿Y qué?

—Que nuestro hijo se ha encalabrinado con yo no sé qué bribona.

—Eso no es verdad.

—Y todo se ha descubierto, y aquella pobre chica,

más rubia y más guapa que el sol de la mañana, se está muriendo, porque Tomás es un canalla.

—Pero, Gil.

—Lo dicho dicho.

—Vaya, hombre, no será tanto.

—No, y lo que es el padre, ha sido demasiado bueno.

—Pues ¿qué ha hecho?

—Le ha desafiado.

—¿Sí?

—Y se han batido.

—¿Y Tomás?... Acaba.

—No le ha pasado nada. Todos los pícaros tienen fortuna.

—Gracias á Dios.

—El muchacho se portó bien en el lance; eso es verdad,—añadió Gil, que en medio de su ira sentía una gran satisfaccion encontrando algo que elogiar en su hijo.

—Es claro.

—Tiró al aire.

—¿Y el otro?

—El otro parece que tiraba á dar.

—¿Pero no le dió?...—preguntó con ansiedad la madre.

—No le dió, ya te lo he dicho. Quien le dará una buena paliza cuando le vea, es el hijo de mi madre.

—¿Tú?

—Yo.

—¿Estás en tu juicio!

—¡Y el diablo me lleve, si mañana no monto en la mula y voy á molerle el cuerpo á palos!

—Vaya, Gil, no digas tonterías.

—Pero, mujer, ¿te parece bien lo que ha hecho ese pillo?

—No digo que me parezca bien.

—Entonces...

—Pero es mi hijo, y bastante tiene que hacer con la guerra, todos los dias expuesto á que le peguen un tiro, para que tambien sus padres vayan á darle disgustos; cuanto ménos á maltratarlo.

—¡Ah! ¿Pues crees tú que le voy á decir que ha hecho perfectamente?

—Lo que tú debes hacer es no decir nada.

—¿Por qué?

—Porque no.

—¡Vaya una razón!

—Tan buena como otra cualquiera. Mira, Gil, yo siento mucho lo que sucede; pero Tomás es variable, no lo puede remediar. Luego, las mujeres, como le ven tan buen mozo, ya se ve, se despepitan por él, y ¿qué ha de hacer el chico?

—¡Aun vas á defendérle!

—No es eso.

—Si fueras la madre de la chica...

—Bueno, pero cómo soy la madre del chico!

—¡Pobre niña!

—No se morirá, hombre. Los padres, es claro, siempre se figuran que sus hijos van á morir.

Mariana tenia el santo egoismo de las madres.

Al ver que Tomás estaba en peligro de sufrir las iras de su padre, se preocupaba poco por lo que pudiera suceder á la novia burlada y á su familia.

Lo que queria á toda costa, era evitar á Tomás un disgusto.

Y sobre todo, no queria que su padre se indispusiera con él.

Gil, que tenia encarnado en el corazon el sentimiento de la justicia, se mostraba más severo.

Pero al fin tambien era padre, y padre amantísimo.

Así es, que las razones de su mujer no dejaban de hacerle mella, sin duda porque no le pesaba del todo dejarse convencer.

Permaneció un largo rato callado y pensativo.

Sin duda luchaban en su conciencia el amor que á Tomás tenia y la fealdad de la falta que habia cometido.

Quería ábsolverle, pero no podia.

Mariana seguia con la vista, adivinando los pensamientos de su marido.

A cada momento se tranquilizaba más, porque veia que la tempestad se iba desvaneciendo.

Después de cerca de media hora de silencio, Gil exclamó:

—No, pues yo no digo que le pegue, porque al fin ya es un hombre y no estaria bien; pero lo que es mañana voy á verle, y te juro que me ha de oír.

—¿Y para qué?

—Pero, mujer, ¿tú quieres que no le diga una palabra?—preguntó Gil irritado.

—Puedes escribirle,—contestó Mariana;—y aún eso sería mejor que no lo hicieras hasta dentro de dos ó tres días.

—Eso es... te figuras que dentro de dos ó tres días me habré olvidado de todo.

—No, pero estarás más tranquilo y sólo le dirás lo que sea justo.

—Vaya, vaya, déjame en paz.

—Corriente.

Mariana creyó que no debía insistir más.

Por otra parte, ella sabia por experiencia que lo difícil es que un hombre empiece á ceder, porque en empezando no es difícil lograr de él todo lo que se quiera, especialmente tratándose de un hombre tan bueno como Gil Mendoza y de una mujer tan querida como ella.

La que no pudo ménos de sentir una secreta satisfaccion al enterarse de todo aquello, fué María.

Ya se ve, Amalia habia sido causa inocente de que Tomás la olvidara, y la venganza es muy sabrosa.

El mismo Tomás la vengaba.

Y no se crea por esto que María tuviera ya entonces ningun sentimiento por haber perdido su amor.

Aquella herida estaba completamente cicatrizada, y la jóven era feliz con el cariño de Juan.

Pero en las mujeres siempre ejerce el amor propio gran influencia, y la derrota de Amalia satisfacía el amor propio de María.

Debemos advertir, que esta no calculaba las terribles consecuencias que para la hija de don Modesto pudiera tener aquel desengaño.

A imaginarlo, no se hubiera alegrado, porque su razon era noble y bondadoso.

Pero como ella no se habia muerto de amor, no podia creer que nadie se muriera de semejante enfermedad.

Por regla general, nadie cree á los demás capaces de aquello de que no lo es uno mismo.

Este sentimiento de asimilacion que nos hace juzgar á los otros por nuestra propia personalidad es tan natural, que no debemos culpar por él á María.

.

Tenemos que hablar ahora de un personaje, á quien nuestros lectores no habrán olvidado.

Don Cleto, que á pesar de su carácter bonachon y tímido se habia hecho un conspirador terrible, en vista de que los franceses lo mismo perseguian á la gente pacífica que á los revoltosos, pues para ellos era un delito estar tildado de españolismo.

Este era el agente intermediario entre el prefecto don Fabian, entregado en cuerpo y alma á los españoles, y la junta insurreccional de Búrgos.

Sus ocupaciones eran tantas, que con frecuencia hasta descuidaba sus trabajos en la escribanía, sucediéndole muchas veces llegar tarde, y algunas hasta dejar de asistir, cosa que no hubiera creído que le llegara á pasar nunca.

Entonces entraba confuso en el despacho de su principal.

—Señor don Dimas,—decia, poniéndose encarnado

hasta la punta de las orejas,—usted me dispensará si un asunto urgente...

—No se apure usted, don Cleto,—contestaba el escribano, que sobre poco más ó ménos, ya sabia en qué clase de asuntos se ocupaba su pasante.—Venga usted cuando quiera, y cuando no, no venga, que aquí nos arreglaremos como podamos, y no es cosa de que haga usted falta en otra parte.

Don Cleto daba gracias á su jefe por aquella deferencia, y se consagraba con el mayor ardor á ganar el tiempo perdido, llenando pliegos y más pliegos de papel sellado.

Raro era el dia que no visitaba á don Fabian.

—¿Cómo va el sitio de Aranda?—era siempre su primera pregunta cuando se quedaba sólo con el prefecto.

—Mal para los franceses,—contestaba éste.

—Es decir, bien para nosotros,—añadia don Cleto

—Justamente.

—¿Sabe usted que mi sobrino se porta?

—No sabíamos nosotros á quién teníamos de escribiente.

—Y ¿qué hay, qué hay?

—El conde de Dorsenne pide refuerzos.

—¿Todavía más?

—Es la cantinela de todos los dias.

—¿Van á enviárselos?

—El gobernador militar no se atreve á quedarse en Búrgos sin tropas.

—Hace bien.

—Pero como el otro manda en la provincia, dice que le enviará un par de batallones.

—Haremos que avisen á don Jerónimo, á ver si los puede copar en el camino.

—Además, el general me escribe sin cesar para que active las pesquisas de la policía y procure coger á los que supone que desde Búrgos auxilian á la insurrección.

—Y supone bien.

—Pero se equivoca si piensa que yo les he de echar mano.

—Señor don Fabian.

—¿Qué?

—¿Quiere usted que le diga una cosa?

—Diga usted.

—No lo tome usted á ofensa.

—Acabemos.

—Cuando aceptó usted el empleo de prefecto de Búrgos, mi indignación no tuvo límites,—exclamó don Cleto un día que celebraba con su antiguo jefe una de estas conferencias.

—¿De veras?

—Lo que usted oye.

—¿Y despues?

—Cuando veo lo que usted hace, le tengo por un santo.

—Ni tanto ni tan poco.

—Usted y el cura Merino son los grandes elementos de resistencia que aquí tenemos.

Para que se vea lo que son las guerras.

La conducta de don Fabian no puede defenderse en

sana moral, ni siquiera admitirse entre hombres honrados.

Y sin embargo, don Cleto, que era honradísimo, la encontraba digna del mayor aplauso.

Y lo mismo hubieran hecho todos los españoles si tuvieran conocimiento de ella.

Todo lo que fuera hacer daño á los franceses, les parecia lícito.

Hasta tal punto desmoralizan á los pueblos esas situaciones de fuerza creadas por los conquistadores, que no reconociendo más derecho que la victoria, ponen á los hombres en el caso de vencer á toda costa, sin reparar en los medios.

Para los españoles era un acto meritorio sorprender á un francés en medio del sueño, asesinarlo y arrojarlo á un pozo.

De esto hubo infinitos ejemplos.

Al terminar la guerra de la Independencia, se gloriaban de haberlo hecho, tal vez hasta los que ni siquiera lo habian pensado.

Si la guerra no hiciera otro daño que esta perversión del sentido moral, bastaria para que fuera abominable.

Don Cleto, al salir del despacho de don Fabian el dia que tuvo con él la conversacion que acabamos de referir, corrió al hospital de Nuestra Señora del Carmen, cuyo rector era el presidente de la Junta en ausencia de don Venancio Tordesillas, que continuaba encerrado en el castillo de Bayona.

Este sacerdote era un español exaltado, hombre de

mucho talento, que pasaba su vida dia y noche exclusivamente ocupado en inventar medios de hacer mal á los franceses.

Cuando hablaba de ellos, echaba fuego por los ojos. Y no es que fuera uno de los muchos curas fanáticos que consideraban aquello como una guerra religiosa.

Pero era un patriota ardiente y sincero, que sólo veía la traicion artera con que los enemigos habian entrado en España, y le parecia que no habia en el mundo bastante sangre para lavar tamaña ofensa.

—¿Hay alguna novedad?—preguntó al ver entrar á don Cleto.

—Van á salir dos batallones.

—¿Para dónde?

—Para Aranda.

—¿Cuándo?

—De un momento á otro.

—¿Segun eso, van mal los franceses?

—Mi sobrino se defiende como gato tripa arriba.

—Don Juan Mendoza es un héroe.

—Y el cura Merino no deja respirar á los gabachos.

—Demasiado respiran.

—¿Conque usted dará el aviso?

—Hoy mismo.

—Es lo mejor.

—Y lo renovaremos cuando salga esa tropa.

—A ver si los cogen en el camino.

—Y no dejan uno para contarlo.

—¡Caramba!

—Don Jerónimo se va haciendo demasiado humano.

—¿Humano?—preguntó don Cleto, á quien no se le ocurría que se pudiera hacer á los franceses más que acuchillarlos sin compasión todos los días.

—Sí, señor.

—No lo entiendo.

—¿Para qué quiere los prisioneros?

—No tiene muchos.

—Más de doscientos hay en Aranda.

—Creo que son útiles trabajando en las fortificaciones.

—Y ahora acaba de coger un batallón.

—Mejor dirá usted medio, porque el resto...

—Quedó tendido en el campo.

—Justo.

—Así debían haber quedado todos.

—Es usted terrible.

—Yo no daría cuartel á nadie.

—Con eso se consigue que lo den á los nuestros.

—¿Y sabe usted cuál será el resultado?

—¿Cuál?

—Que los cobardes se dejen hacer prisioneros para librarse de todo peligro.

—Pero también es muy duro que el valiente que sea cogido haya de perder la vida.

—En fin, Merino dirige la campaña, y á mí no me toca enmendarle la plana, sino ayudarle desde aquí todo lo que pueda.

—Pues ya sabe usted que hoy...

—Se le dará ese aviso.

—Además, ya estaremos alerta para saber el momento en que salgan los refuerzos, para enviar nuevos confidentes y que él tenga noticia exacta de todo.

—Así lo haremos.

—¿Se le ocurre á usted algo?

—Nada.

—Pues me voy á mi escribanía.

—Vaya usted con Dios.

Don Cleto se despidió del sacerdote, y marchó á su oficina.

El rector de Nuestra Señora del Cármen requirió los manteos, se puso el sombrero y salió á la calle para disponer que inmediatamente se enviara á Merino noticia de lo que ocurría.

La situación de Aranda iba siendo un poco grave.

No es decir que la población corriera un peligro inminente de caer en manos del enemigo.

La defensa podía prolongarse mucho, y Juan estaba resuelto á llevarla hasta el último extremo.

Los franceses sitiadores adelantaban poco, y su posición no tenía nada de cómoda.

Por un lado los fuertes de la ciudad, y por otro las nocturnas acometidas de Merino, equivalían para ellos á una sangría suelta, que iba mermando mucho la brillante división que mandaba el conde de Dorsenne.

El hecho de pedir continuamente refuerzos, probaba

que el general francés no las tenía todas consigo, ni veía próximo el fin de su empresa.

Los refuerzos llegaban con mucha dificultad, cuando llegaban.

Merino, perfectamente enterado de todo lo que sucedía en la provincia, los atacaba siempre en el camino, y cuando no lograba rendirlos, como hizo con el batallón de cuya mala suerte nos hemos ocupado en el capítulo anterior, por lo ménos retrasaba y dificultaba su marcha, causándoles muertos y heridos, y haciéndoles llegar á reunirse con el grueso de sus fuerzas en bastante mal estado.

Además, el servicio de los sitiadores era penoso sobre toda ponderación.

Juan ordenaba frecuentes y vigorosas salidas, que se veían obligados á rechazar, á costa algunas veces de grandes pérdidas, y don Jerónimo les hacía estar siempre vigilantes, temiendo verle aparecer de un momento á otro por donde ménos se pensara.

Pero todo esto no impedía que en Aranda se experimentaran privaciones y hubiera necesidad de grandes esfuerzos para mantener vivo el espíritu público.

Como en todos los sitios de plazas, los sitiados experimentaban muchas ménos bajas que los sitiadores, por efecto de los combates; pero en cambio abundaban las enfermedades y la mortandad aumentaba diariamente.

La poblacion civil era, como siempre, la que más sufría.

El estado de sobresalto en que se vive en una po-

blacion cañoneada sin cesar; los alimentos conservados, que nunca son tan saludables como los frescos; la falta de ejercicio y de aire libre, pues los vecinos pacíficos apenas se atrevían á salir de sus casas por miedo á las granadas, producian sus naturales consecuencias.

Las mujeres, los niños y los hombres más pusilánimes, eran los que más la sufrían.

Luego los pobres, privados de trabajo, habían agotado sus recursos, y se hallaban en situacion bastante angustiosa.

Juan procuraba atender á todo; pero le era imposible remediar algunos males.

Todos los dias visitaba los hospitales, y veía con dolor que aumentaba el número de enfermos.

Los médicos se multiplicaban para prestar, no sólo la asistencia pública, sino la particular que exigían las personas acomodadas, que permanecían en sus casas.

La única satisfaccion de Juan, era que sus soldados soportaban todas las penalidades con una alegría y un entusiasmo que no se desmentían nunca.

Cada vez que el jóven se presentaba en un baluarte era recibido con aclamaciones, y cuando ordenaba una salida, todos querían ser de los combatientes.

La guardia urbana rivalizaba en patriotismo con los guerrilleros.

Pero de esta no disponía Juan sino con gran prudencia, procurando ponerla siempre donde el riesgo era menor, porque aunque peleaba bizarramente, las bajas que sufría eran más sensibles y producían un gran clamoreo en las familias.

Uno de los que más se distinguían entre los defensores de Aranda, era don Bruno.

El novel comandante quería demostrar que merecía los galones, y no sólo se encontraba siempre en su puesto cumpliendo con valor y puntualidad los deberes de su cargo, sino que acudía á todas partes donde creía que su presencia podía ser útil.

Juan le habia tomado un sincero cariño, y contaba con él para todo.

Por fin llegó lo que Juan más temía.

Una tarde comenzaron á formarse grupos delante del gobierno militar.

En el arrabal de Aranda habian caído cinco ó seis granadas, incendiando dos casas.

Los vecinos, que eran gente pobre, al encontrarse completamente arruinados, prorumpieron en alaridos.

Pronto se convirtió aquello en verdadero motin.

Los grupos, en su mayoría compuestos de mujeres, pedían que se capitulara.

Los más atrevidos dijeron que era preciso manifestar al gobernador la opinion del pueblo.

Y la muchedumbre se dirigió al gobierno militar.

Pero cuando fueron á entrar los amotinados, se encontraron con que la guardia les cerraba el paso, presentándoles las bayonetas.

El pueblo retrocedió.

Juan Mendoza tenia fama de hombre enérgico y duro para reprimir los desórdenes.

Pocos dias antes se habia verificado un robo; presos

los ladrones, que eran ocho, Juan los hizo juzgar y fusilar en tres horas.

Desde entonces todos sabían en Aranda, que andarse en bromas con el gobernador era bastante expuesto.

Los amotinados deliberaron en la plaza, y decidieron nombrar una comision que conferenciara con la autoridad militar.

Elegidos los más resueltos, entraron en el gobierno con el permiso del oficial de guardia.

Juan les recibió en su despacho, donde estaba con algunos oficiales, entre ellos don Bruno, que habia acudido desde los primeros momentos.

—¿Qué quereis?—preguntó con dureza á los parlamentarios.

—¡Señor!...—dijo el más atrevido.

Y no acertó á continuar hablando.

—Habla ó te tiro por el balcon, tunante,—gritó Juan, acercándose al pobre diablo, que temblaba como un azogado.

—Es el caso que...

—Acaba.

—Han ardido dos casas.

—¿Y qué más?

—Y el pueblo tiene hambre, y quisiéramos!..

—¿Qué quisiérais?

—A nosotros nos envian todos...

—Aguarda,—exclamó Juan, interrumpiendo al orador de la plebe;—antes de que continues quiero leerte el bando que acabo de firmar, y que voy á publicar ahora mismo.

Y tomando de encima de la mesa un pliego, leyó en voz alta lo que sigue:

«Artículo único: el que pronuncie las palabras *capitular* ó *rendirse*, será pasado por las armas.»

Todos los comisionados se estremecieron.

—Ahora dí lo que quieras,—añadió Juan con la mayor naturalidad.

—No... no, señor... no quiero nada,—contestó el desventurado.

—Y vosotros, ¿quereis algo?—preguntó Juan á los otros enviados.

—Nada, nada...

—Pues largo de aquí, y dentro de cinco minutos no quiero que quede ni un alma en la plaza.

Los comisionados salieron con las orejas gachas.

El pueblo, al saber el mal resultado de su embajada, los recibió á silbidos.

Entonces Juan se asomó al balcon.

Al verle estallaron algunos murmullos.

—¡Oficial de guardia! —gritó el jóven incomodado.

—¡Mande usted, mi comandante!—repuso un teniente, presentándose debajo del balcon.

—Despeje usted la plaza.

Un sargento con veinte soldados comenzó la operacion.

Pero la gente que echaban de un lado se iba á otro, y aquello se prolongaba demasiado.

Entonces Juan dió algunas órdenes al oído á uno de sus ayudantes.

Pocos minutos despues toda la guardia se presentó en ala delante del gobierno.

El tambor tocó tres redobles.

El pueblo no sabia que eran intimaciones.

Al sonar el tercero, se oyó la voz del oficial que decia:

—¡Preparen!... ¡Apunten!... ¡Fuego!...

Los soldados hicieron una descarga, que no hirió á nadie, porque Juan habia mandado tirar al aire.

La plaza quedó en un momento limpia de gente.

Don Bruno, que estaba en el balcon al lado de Juan, soltó una carcajada.

—No se ria usted, amigo don Bruno,—le dijo el muchacho.—Hoy nos ha bastado tirar al aire, otro dia tendremos que tirar al bulto.

Media hora despues se publicaba á son de caja por las calles de Aranda, el terrible bando que Juan habia leído á los comisionados de la plebe.

Capítulo XXXVI

La situación se agrava

A los pocos días, Tomás recibió una carta, en que su padre le ponía, como suele decirse, de vuelta y media por su conducta con Amalia.

El joven no necesitaba que le dijeran nada acerca de este asunto, porque él se acriminaba duramente, y ni siquiera trataba de excusarse consigo mismo, ni atenuar su falta.

Juan también le había escrito sobre el particular en un tono semejante al de Gil Mendoza.

Asíes, que el muchacho se encontraba entre dos fuegos; y andaba hacia muchos días triste y pensativo, con gran asombro de sus compañeros.

Y eso que no dejaba de tener ocupaciones.

Entre el servicio y la asistencia de Segura, de quien se había constituido en enfermero, le ocupaban bastante.

La herida del bizarro militar era grave.

Durante cuatro ó cinco dias estuvo en inminente peligro de muerte.

La bala le habia atravesado el pecho, rompiéndole una costilla, aunque por fortuna no habia lesionado ninguno de los órganos indispensables para la vida.

El médico encargado de su asistencia no desconfiaba de salvarle, aunque decia que la curacion, si se lograba, seria larga y penosa.

El herido habia perdido mucha sangre, y esto hacia más expuesto su estado.

Tomás, como hemos dicho, se instaló desde los primeros momentos en el alojamiento del herido, y se dedicó á asistirle con el esmero de un hijo ó un hermano.

Don Jerónimo quiso librarle de todo servicio para que se consagrara exclusivamente á este cuidado; pero el muchacho se opuso á ello, porque como el servicio por entonces consistia en batirse todos los dias, le pareció poco delicado sustraerse al peligro por aquel medio.

Además, él experimentaba un gran consuelo en los combates.

Se arrojaba al enemigo con una furia, que más bien que la victoria, parecia buscar la muerte.

Sólo despues del combate, y cuando regresaba al pueblo en que estaba acantonado, se consagraba al cuidado de Segura.

Merino, que habia notado el ardor extraordinario con que el jóven capitan se lanzaba á la pelea, deseaba tener con él una conferencia, y una noche se fué á casa del herido, donde Tomás se quedaba velándole.

Por la mañana los guerrilleros habían atacado y cogido un convoy de víveres destinado á los franceses, y Tomás había hecho, no ya prodigios de valor, sino milagros de desesperación.

La ocasión era, por consiguiente, oportuna para hablarle en los términos en que lo quería hacer Merino. Este, después de preguntar por Segura, que estaba aquella noche un poco más tranquilo, se llevó al muchacho á una salita inmediata á la que ocupaba el herido para que la conversacion no le incomodara.

—Oye, chico,—le dijo bruscamente, segun costumbre,—¿tú te has propuesto que te maten?

—¿Por qué me dice usted eso?

—Una pregunta no es una respuesta.

—Yo no me he propuesto nada.

—Cualquiera diria lo contrario.

Tomás se encogió de hombros.

Merino continuó con animacion.

—A mí me gusta que los hombres sean valientes.

—Yo procuro cumplir con mi deber.

—Mira, no me vengas con mentiras.

—¿Mentiras?

—Sí, hombre.

—Si usted no se explica...

—Me explicaré, ya que no quieres entenderme.

—Ya escucho.

—Desde que tuviste el lance con aquel hombre á quien hiciste la barbaridad de no pegarle un balazo, te veo siempre sério, callado y triste. Esto no es natural, porque tú eres más alegre que unas castañuelas.

—He tenido un disgusto.

—No quiero que me lo cuéntes, porque la confianza no se impone, y además yo no soy de los que creen que las penas se alivian contándolas.

—Es verdad.

—Pero lo que sí he observado, es que desde aquel día, cada vez que nos batimos pareces un endemoniado.

—Siempre he procurado batirme bien.

—Ya lo sé.

—Y no es extraño que ahora...

—Sí es extraño. Una cosa es batirse, y otra arrojar-se de cabeza á un horno encendido. Yo quiero que tú hagas lo primero, pero no consentiré lo segundo.

—El modo de vencer es ese.

—El modo de vencer lo sé yo mejor que tú.

—No lo dudo.

—El valor no excluye la prudencia.

—Es cierto.

—¿Voy yo con mil y pico de hombres á presentar batalla campal á los diez ó doce mil que tiene ese franchute sobre Aranda?

—No, señor.

—Pues si yo quisiera, nada más fácil que ahora mismo caer sobre ellos como un desesperado. Pero ¿qué sucedería? Que mataríamos mil ó dos mil hombres, concedido; pero ellos nos aniquilarían á nosotros, y con el resto de su fuerza quedarían dueños de toda la provincia.

—Es indudable.

—Para evitarlo me valgo yo de mis ardidés; no les ataco más que por sorpresa, preparo emboscadas á sus

tropas en marcha, y logró economizar mi gente y hacerles todo el daño posible.

—Ya lo veo.

—Si te pegaran un balazo como al pobre Segura, ó como el que ya te pegaron en Covarrubias; si te tocara morir un dia como murió Ruiz y han muerto tantos otros, yo lo sentiria mucho; pero ¡cómo ha de ser! al que le toque la china que se aguante, pues á eso estamos.

—Eso digo yo.

—Sí, pero esos no han buscado las balas, y tú parece que las buscas. Esta mañana te ví enredado con diez ó doce franchutes, solo en medio de sus bayonetas, y si no acuden tan pronto cinco ó seis de tus soldados, no estarias á estas horas hablando conmigo.

—Es probable.

—Pues no quiero que lo sea.

—Yo no puedo evitarlo.

—Puedes.

—¿Cómo?

—El valor es muy bueno; la temeridad es un disparate y además una falta de patriotismo.

—¿Una falta?

—Sí, nosotros somos necesarios. Debemos guardar la vida todo lo posible, porque si los hombres que tienen alma y pelean se hacen matar como tontos, verás que bien les viene á los franceses. Conque lo dicho: si vuelvo á ver que faltas á la prudencia, te prohibo bati-
tarte.

—¿A mí?

—¿No soy tu jefe?

—Sí, señor.

—Pues verás cómo te destino á guardar bagajes ó á otra ocupacion sedentaria.

—No hará usted eso.

—Si no te moderas, tenlo por seguro.

—Procuraré complacer á usted,—dijo sinceramente Tomás, á quien habia conmovido el cariño que le demostraban las palabras del cura.

—¡Enhorabuena!—repuso este, dándole la mano;—y creeme, chico, no seas tonto. El mundo es ancho, y cuando una puerta se cierra ciento se abren. Para combatir las penas sirve el valor de los hombres. Bueno que lloren y se desesperen las mujeres, ¡pero nosotros!...

Don Jerónimo dijo con tal expresion estas palabras, que Tomás no pudo ménos de sonreir.

El cura, alentado por aquella sonrisa, continuó:

—Por lo demás, ocasiones de morir no nos faltan en la vida que llevamos; pero de morir dignamente, y no acorralado entre un aluvion de enemigos, que destrocen á uno como si fueran perros de presa... Conque adios, muchacho... yo me voy á mi casa. ¿Tú te quedas?

—Paso aquí la noche.

—Pues haz que te pongan una cama. Segura parece que está mejor; duerme bien, y vengan penas.

Don Jerónimo salió al decir estas palabras.

Tomás no pudo ménos de volverle á estrechar la mano.

Se sentia verdaderamente consolado por aquella amistad brusca y sincera.

—No olvidaré lo que ha hecho usted hoy por mí,—dijo al sacerdote.

—Hasta mañana.

Tomás pasó toda la noche pensando en las palabras del cura.

Don Jerónimo tenía razón.

Una cosa es que se arrepintiera del mal que había causado, y otra que buscara la muerte, que del modo que lo hacia no dejaria de ser un suicidio.

El joven era profundamente religioso.

Y además ardiente patriota.

Estos dos sentimientos venian en apoyo de las razones de don Jerónimo.

Dios le prohibia quitarse la vida, y la patria necesitaba de ella.

Tomás resolvió variar de conducta desde el dia siguiente.

Una vez en este órden de ideas, no le fué difícil hacer que su corazón abrigara la esperanza.

El estaba temiendo todos los dias recibir la noticia de la muerte de Amalia.

Por eso tenia tanta prisa de que lo mataran; pero aquella noche, más dispuesto su ánimo á la confianza, pensó que tal vez el daño no fuera tan grave como imaginaba.

—He perdido su amor para siempre,—pensaba, y esto le producía un dolor inmenso;—pero tal vez no tendré que acusarme de haber causado su muerte. Habrá tenido una gran pena, acaso estará enferma; pero los cuidados de su familia lograrán curarla, y las caricias

de su madre harán que me olvide. ¿Quién sabe si algún día amará á otro?

Este pensamiento arrancaba á Tomás una lágrima, pero por entonces deseaba que se realizara.

Tal era su afán por ver consolada á la pobre niña.

En toda la noche pudo conciliar el sueño, á pesar de las recomendaciones de Merino y de que Segura la pasó con la mayor tranquilidad.

Al amanecer ya estaba en pié.

Iba á salir de la casa del herido para enterarse de la orden del día, cuando se presentó su asistente, entregándole una carta que llevaba para él un propio que acababa de llegar de Covarrubias.

—¿De Covarrubias?—preguntó Tomás sobresaltado.

—Sí, señor.

—Venga.

Tomás se apoderó de la carta y palideció.

El sobre era de letra de don Modesto.

¿Qué podía decir aquella carta?

El jóven tardó algunos minutos en abrirla.

Por fin se decidió, y á medida que la leía, gruesas lágrimas se desprendían de sus ojos.

La misiva era muy lacónica.

Don Modesto le decía que Amalia estaba gravemente enferma, que deseaba verle, y él á pesar de todo no se atrevía á negar á su hija aquel consuelo, que podría ser el último.

Tomás corrió desalentado á casa de don Jerónimo.

—¡Señor cura!—gritó desde la puerta.

—¿Qué te pasa?... ¡Estás pálido!

—No, no es nada. Vengo á pedir á usted un favor.

—Habla.

—Cuatro ó seis dias de licencia.

—¿De licencia?

—Sí, señor.

—¿Cuándo quieres marcharte?

—Ahora mismo.

—Anda con Dios.

—Gracias.

Habia en la cara de Tomás cuando se presentó á su jefe tal ansiedad, tal angustia, que don Jerónimo no se atrevió ni siquiera á preguntarle de qué se trataba.

Al verle volver la espalda y echar á correr hácia su casa, el cura exclamó con disgusto:

—¡Pobre chico!... ¡Me lo han vuelto loco!... ¡Qué lástima!

Un minuto despues, Tomás montaba á caballo y emprendia al galope el camino de Covarrubias.

Un buen rato tardó en serenarse un poco, y comprender que si seguia galopando iba á reventar el caballo, y por consiguiente no podría llegar al término de su expedicion.

Entonces refrenó su montura y tomó un aire más moderado.

El muchacho no se daba cuenta de lo que le sucedia.

Aunque don Modesto no lo hubiera dicho en su carta, demasiado comprendia que para que se decidiera á escribirla despues de lo que habia pasado entre los dos,

era preciso que lo hiciera, obedeciendo al último capricho de su hija moribunda.

¿Quién sabe si cuando llegara encontraría aún viva á la pobre Amalia?

Al pensar en esto Tomás, hubiera querido poner alas á su caballo.

Desde su acantonamiento á Covarrubias, había unas diez leguas.

El hubiera querido recorrerlas en diez minutos.

La ansiedad de Tomás estaba justificada.

Para convencernos, bastará que nos traslademos á Covarrubias y á casa de don Modesto.

El día anterior por la mañana, el médico se había visto obligado á declarar á los padres que su hija no tenía remedio.

Se le había declarado un aneurisma en el corazón, que podía quitarla la vida de un momento á otro.

La ciencia es impotente contra esa enfermedad.

Puede juzgarse cuál sería el dolor de los pobres padres.

Aunque ellos ya sospechaban que la dolencia de Amalia no podía ménos de tener un fatal resultado, las palabras del médico les causaron el mismo efecto que si no supieran nada.

La desgracia siempre sorprende, por prevista que sea.

Esto, que parecerá una paradoja á los infelices, es una verdad que saben todos los desgraciados.

Luego que se marchó el médico, Amalia llamó á su madre:

—¡Mamá!

—¿Qué quieres, hija mia?—preguntó doña Susana, procurando contener sus lágrimas.

—Yo estoy muy mala.

—No lo creas.

—Sí, conozco que voy á morirme.

—Son aprensiones tuyas.

—Y quisiera confesarme.

Doña Susana tardó un momento en contestar.

Aquel deseo manifestado por la enferma, la ahorra-
ba la grandísima pena de tener que decirle que se dis-
pusiera.

—Bien,—repuso la madre despues de una breve
pausa;—por eso nadie se muere, y tu padre y yo nos
alegraremos mucho de que lo hagas.

—Pero antes de confesarme...

—¿Qué?—preguntó doña Susana, viendo que Ama-
lia se detenía como si temiera concluir la frase.

—Quisiera verle.

—¿A quién?

—A él,—murmuró Amalia lanzando un suspiro.

Doña Susana no se atrevió á contrariar abiertamen-
te el deseo de su hija.

Quedó callada, y sólo despues de algunos momen-
tos dijo:

—No pienses en eso.

—Sí,—replicó la enferma;—quiero decirle que le
perdono.

—Eres un ángel.

—Quiero que ustedes le perdonen también.

—Le hemos perdonado.

—Quiero que mi padre le abrace en mi presencia, para que mi memoria no produzca ódios ni rencores.

Amalia no sabía que su padre se había batido con Tomás; pero parecía que lo adivinaba.

Tal vez algún presentimiento la advertía que algo grave había motivado la ausencia de don Modesto en los primeros días de su enfermedad.

Doña Susana volvió á guardar silencio.

Amalia añadió, viendo que no la contestaba:

—¿Se ha incomodado usted?

—No, hija mía.

—¿Y no quiere usted complacerme?

—Ya sabes que eso no depende de mí.

—Pero papá accederá si usted se lo dice.

—Allá veremos.

Doña Susana besó á su hija, y salió del gabinete en busca de su marido.

Ya puede comprenderse que la primera contestación de don Modesto á la propuesta de su mujer, fué una rotunda negativa.

—¿Escribir yo á ese hombre? No lo pienses.

—Pero, Modesto...

—No quiero ni oír hablar de semejante cosa.

—¡Nuestra hija se muere! exclamó la infeliz madre, llorando amargamente.

—Yo no podría contemplar en calma á ese hombre delante de su víctima.

—Modesto, Dios nos manda perdonar: no desoigas su voz cuando tenemos que rogarle, cuando tal vez quiera darnos la vida de Amalia.

—Es imposible.

—Nada hay para Dios que lo sea.

—Sería preciso hacer un milagro, y Dios no los hace si no por grandes causas.

—Y si no quiere hacerlo, si ha dispuesto llevarse á Amalia, ¿amargarás tú sus últimos momentos negándote al deseo de ver que abrazas á ese hombre, á quien ha amado tanto, á quien ama todavía? No, Modesto... no, esposo mio, yo te lo pido por nuestro amor, por nuestras hijas, por la memoria de tu madre!

—¡Susana, no puedo más!—exclamó el honrado caballero.—Escribiré á ese hombre.

—¡Eres el mejor de los padres!—dijo con efusion doña Susana, abrazando á su marido.

—Si Dios quiere que Amalia viva,—prosiguió don Modesto,—él me tomará en cuenta el sacrificio que voy á hacer; si el Señor desoye nuestros ruegos, no será mi hija de peor condicion que los reos de muerte, á quienes la sociedad satisface su último deseo.

Don Modesto escribió inmediatamente á Tomás y le envió la carta con un propio, al cual pagó con largueza para que fuera pronto.

El propio anduvo toda la tarde y la noche, y al amanecer habia desempeñado su comision del modo que hemos visto.

Esté, lleno de una impaciencia febril, espoleaba su caballo por el camino de Covarrubias.

Al mediodía el noble animal había andado nueve leguas, y no podía más.

Tomás, viendo que tendría que darle un descanso de tres ó cuatro horas, y que sólo le faltaba una legua, prefirió dejarlo en un ventorrillo, encargando que por la noche se lo llevaran al pueblo, y andar á pié la legua que le faltaba.

A las dos de la tarde entraba el jóven en Covarubias.

Capítulo XXXVII

El último adios

Tomás se detuvo algunos minutos antes de entrar en casa de don Modesto.

La verdad es que el caso era difícil, aun para un hombre que tuviera mucho más mundo que el jóven capitán de guerrilla.

La extremada humildad podía parecer afectacion hipócrita.

Y entrar como si tal cosa en una casa adonde habia llevado la desgracia, era poco ménos que imposible.

Por fin se decidió á traspasar aquel umbral, echándose, como suele decirse, en brazos de Dios.

Al primer criado que encontró le dijo que avisara á sus señores, pero sin pronunciar su nombre.

Así lo hizo el doméstico, y un momento despues don Modesto y doña Susana salieron de la habitacion de Amalia.

Tomás al verlos bajó los ojos, y aunque quiso hablar, no encontró ninguna palabra á propósito.

Otro tanto sucedió á los afligidos padres.

Después de un silencio bastante prolongado, el joven capitán, conociendo que la situación se hacia cada vez más difícil, se atrevió á dirigirse á doña Susana, diciendo:

—¡Señora!

—¡Tomás! — dijo la pobre madre por única respuesta.

Nueva pausa, nuevo silencio, nueva cortedad por ambas partes.

—Adelante, capitán, adelante,— exclamó por fin don Modesto.—No hablemos de lo pasado... mi hija quiere que se olvide, y yo tambien quiero olvidarlo.

—Sobre todo, en este momento en que Dios va á llegar á nuestra casa,—añadió doña Susana.

—¡Dios!...—exclamó Tomás sobresaltado.—¿Pero aún no se habrá perdido toda esperanza?

—Sólo la tenemos en la Divina Misericordia,—contestó con gravedad don Modesto.

Tomás estaba aterrado.

—Hasta después de la solemne ceremonia,—añadió doña Susana,—me parece que no debe usted verla.

—Lo que usted mande.

En aquel momento se oyó en la calle una campanilla.

Era que se acercaba el viático.

El párroco de Covarrubias, que era el confesor de Amalia, habia querido administrarla por sí mismo.

No tardó la comitiva en presentarse delante de la casa.

Detrás del sacerdote revestido, que llevaba en la mano el copon con la sagrada forma, iban todos los criados de don Modesto y muchos vecinos del pueblo con hachas encendidas.

Todos llevaban capa.

Cerrando la marcha, iba buen número de mujeres con sus mantillas puestas.

Las más de ellas iban llorando.

Don Modesto y doña Susana tomaron luces, y entraron en la habitación de la enferma acompañando al Viático.

Tomás se apoderó sin saber lo que hacia del cirio que le presentaba un criado, y siguió á la comitiva, cayendo de rodillas muy cerca de la puerta, de modo que veia á Amalia sin que esta pudiera verle.

Todos los circunstantes estaban arrodillados.

Amalia, incorporada en el lecho, apoyándose en dos almohadones, repetia fervorosamente los actos de fe, esperanza y caridad que recitaba el sacerdote.

Era la única que no lloraba.

Jamás habia estado tan bella.

Pero su belleza desconsolaba, porque se veia en ella algo que no era de este mundo.

Parecia que su alma de ángel se mostraba entonces, como si quisiera abandonar aquel cuerpo.

—Hija mia,—dijo el sacerdote luego de concluir su oracion,—¿perdona usted á sus enemigos?

—No los tengo,—repuso con sencillez la enferma.



La comunión de Amalia

Los presentes, al oír aquella respuesta tan cándida, no pudieron contener los sollozos.

—¿Y pide usted perdon á los que haya ofendido?— continuó el sacerdote.

—Sí, padre.

Entonces el párroco presentó la sagrada forma, y Amalia la tomó, quedando con los ojos cerrados, como si no quisiera perder la impresion de aquel solemne acto.

Don Modesto estaba arrodillado á la cabecera de la cama, con la cabeza escondida entre los almohadones, y allí se quedó inmóvil luego que el sacerdote salió con su acompañamiento.

Tomás acompañó el Viático hasta la iglesia, y luego de cumplir con aquel deber religioso volvió apresuradamente á casa de la enferma.

Doña Susana le esperaba en el zaguan.

—Ya sabe que está usted aquí,—dijo al ver llegar al jóven.

—Entremos.

Tomás siguió á la buena señora.

—Ya te esperaba,—dijo al verle Amalia, que como estaba prevenida no se sorprendió nada.

—¡Amalia!—exclamó el jóven.

—¡Tomás!—repuso ella.—Te hablo de este modo, porque te considero como mi hermano, y me seria muy doloroso darte un tratamiento que sólo se da á los extraños. Mis padres me perdonan que no sea hipócrita en tu presencia. Dios y ellos saben que mis pensamientos son puros como la luz de la aurora.

Don Modesto, sentado en un sillón, ocultaba la cara entre las manos.

—Tomás en pie, apenas se atrevía á fijar la vista en Amalia, cuya demacracion le asustaba.

Doña Susana á su lado, procuraba contener el llanto; y Luisa, sentada en un taburete, miraba á Tomás con los ojos espantados, como si quisiera decirle: «Contempla tu obra.»

—¡Perdon, Amalia!—exclamó Tomás en cuanto la emocion le permitió hablar.

Y cayó de rodillas á los piés de la cama.

—Levanta, Tomás,—dijo la enferma.—Yo no he querido verte para que llores y te aflijas, sino para decirte que todo lo he olvidado, que es más aún que perdonarlo.

—Eres un ángel.

—No lo creas; soy una mujer que te ha querido mucho, y te quiere todavía. Tú no me has comprendido. Dios ha dispuesto que así sea, sin duda porque así nos convendría. Voy á morir.

—¡Oh! ¡Amalia!—exclamó Tomás suplicante.

—¡Hija mia!

—Por Dios,—dijeron casi al mismo tiempo don Modesto y doña Susana.

—No se aflijan ustedes,—añadió Amalia.—¿Qué es la muerte sino el principio de otra vida, de una vida que no se concluye nunca? Ustedes mismos me lo han enseñado. Ustedes me han dicho desde niña, que para los que son buenos, morir es nacer para vivir siempre en la presencia de Dios, y yo... no he sido mala.

Amalia pronunció estas últimas palabras con tal candor, con tanta inocencia, que se comprendía que en su cuerpo de mujer había un alma de niña.

—No te he hecho venir sólo para hablarte así, Tomás,—prosiguió Amalia.—He comprendido que entre mi papá y tú podría haber algún resentimiento, y quería veros abrazados antes de mi muerte.

Tomás, por toda respuesta, cogió la mano de don Modesto y la besó repetidas veces.

El afligido caballero le abrió los brazos, y le tuvo en ellos largo rato.

—Gracias, padre mio; gracias, Tomás,—dijo con efusion la enferma.—Ahora ofrézcanme ustedes olvidar los dos todo lo pasado.

—Lo juro,—dijo con efusion don Modesto.

—¿Y tú, Tomás?—preguntó la niña, viendo que el joven permanecía callado.

—Yo no podré olvidar nunca la ingratitud con que he correspondido á los favores que en esta casa se me han hecho. Que el ofendido olvide, es santo y meritorio; el ofensor no puede olvidar, á ménos de ser un malvado.

—¿Quién habla aquí de ofensas?

—Tú no, porque eres un ángel, ni tus padres, porque tienen la resignación de los santos; pero yo, sería un miserable si no hablara de ellas. ¡Perdon, Amalia! ¡Perdon, señora! ¡Perdon, caballero!—exclamó el muchacho, dirigiéndose sucesivamente á la enferma y á sus padres.

—Todo está perdonado,—contestó doña Susana, tendiendo á Tomás la mano.

Al cabo de algunos minutos, doña Susana, que temía que aquella escena perjudicara á la salud de su hija, dijo:

—Amalia, ya es tiempo de que te recojas.

—Lo que usted mande.

—Sí, hija mia, el hablar puede hacerte daño.

—Hasta mañana, Tomás,—dijo entonces la niña.

—Hasta mañana.

Estaba anocheciendo.

Al llegar al zaguan, Tomás fué á despedirse de don Modesto.

—¿Adónde va usted?—preguntó éste.

—A la posada.

—¿No ha oído usted que quiere que se olvide todo?

Tomás bajó la cabeza.

Tanta bondad le confundía.

—Dios quiere sin duda mostrarme toda la grandeza que hay en su corazón de usted, para que comprenda mejor la pequeñez del mio,—dijo el muchacho, entrando en el cuarto que le tenían dispuesto, que era el mismo que ocupó cuando estuvo herido.

Pasaron tres días.

La enfermedad de Amalia no se agravaba visiblemente, pero su vida se extinguía.

La pobre muchacha tenía dos padecimientos; cada uno de los cuales bastaba para llevarla á la tumba.

La lesión al corazón que el médico había calificado de aneurisma, y que la podía matar de un momento á otro.

Y sobre todo, el decaimiento moral, que presenta-

ba todos los síntomas de una tísis en su último período.

Su demacracion aumentaba por momentos.

Tenia fiebre casi continua, y sus manos estaban ardorosas y secas.

El hablar la fatigaba mucho.

Pasaba las noches en vela, molestanda por una tosecilla seca, y sentia en el pecho una opresion y una fatiga, que no la permitian acostarse.

Aun incorporada en la cama y recostada en dos almohadones, se oia en su pecho un ronquido que no cesaba.

Todos esperaban que iba á morir de un momento á otro.

Ella no se hacia ilusiones con respecto á su estado.

Estaba, no sólo resignada, sino contenta.

Esperaba la muerte con la tranquilidad de los bienaventurados.

Es una cosa rara, pero que han tenido ocasion de observar todos los que por profesion ó por caridad suelen asistir á los moribundos.

Los jóvenes sienten morirse mucho ménos que los viejos.

Tal vez es porque tienen en el mundo ménos lazos que los unan á la vida.

Acaso por otras causas que no podemos alcanzar nosotros.

Pero es un hecho que los que por haber sufrido más los desengaños y contrariedades del mundo, parece que debian estar más dispuestos á abandonarlo, son, por el contrario, los que más temen ese momento.

La conformidad de Amalia era un gran consuelo para su familia.

En aquella dicha inefable, en la especie de beatitud que resaltaba en su persona y sus palabras, habia un no sé qué de celestial, que quitaba á la muerte su lado horrible.

A los tres dias de la llegada de Tomás, la enferma se puso tan mal, que todos vieron claramente que se acercaba su última hora.

Doña Susana, don Modesto, Luisa y Tomás, rodeaban su lecho.

—¡Qué feliz soy!—murmuró Amalia.—Muero rodeada de todas las personas que me quieren, y á quienes he querido tanto. Me parece que los ángeles vienen por mí, para llevarme á la presencia de la Virgen.

Los circunstantes no decian una palabra, y parecian consternados.

El joven capitan sentia, no sólo afliccion, sino remordimiento.

Amalia conoció lo que pasaba en su alma.

—Hermano mío,—le dijo con dulzura,—no te aflijas así, no pienses en nada.

—¡Yo te mato!—exclamó Tomás sin poder contenerse.

—Te engañas.

—¡Amalia!

—Sólo Dios puede dar la vida y quitarla. Los hombres, todo lo más le sirven de instrumentos. Yo era débil, no podia vivir mucho. No te acuses de una culpa que no tienes. Acuérdate de mí, pero no para llorarme,

sino como se acuerda uno de las personas queridas, de quienes no se ha separado para siempre. Nosotros volveremos á vernos en la otra vida. Allí nos reuniremos todos, para no separarnos más. Allí estarán mis padres, y tú tambien, Luisa. Nuestra separacion ahora es momentánea. Figuraos que tenemos que hacer un viaje, y que marchó algunos dias antes, para esperaros al fin de la jornada. Papá... mamá... Luisa... no lloren ustedes, esto no significa nada. Tomás, tú que estás tan acostumbrado á arrostrar la muerte todos los dias, ¿por qué te espantas ahora?

Amalia hablaba cada vez con más trabajo. Su madre queria interrumpirla; pero por otro lado veia que su estado era tan grave, que con hacerla callar no se ganaria nada, y en cambio todos perderian el consuelo de oir sus palabras, llenas de santa uncion.

—Papá,—continuó á poco la enferma.

—¿Qué quieres?

—Usted abrazó á Tomás hace tres dias.

—Sí.

—Ya sabe usted lo que ese abrazo significa.

—No tengas cuidado.

—Olvido completo de todo.

—Te lo he jurado,—contestó don Modesto, que añadió con sinceridad.—Y aunque no te lo hubiera jurado, Tomás, sean las que quieran sus faltas, llora en este momento, y el que llora conmigo mis penas, no será jamás mi enemigo. Tomás estrechó con efusion la mano de don Modesto.

En aquel momento entró en la habitación el cura párroco, á quien habian mandado llamar.

El sacerdote se acercó á la enferma, y la contempló cariñosamente.

—¿Cómo va, hija mia?—dijo.

—Siento que se me acaba la vida.

El buen cura no se atrevió á replicar.

El momento era demasiado solemne para querer engañar, á la que, por otra parte, no lo necesitaba, pues estaba dando pruebas de una serenidad y un valor verdaderamente envidiables.

En la misma alcoba, sobre una mesa, habia puesto doña Susana un crucifijo, ante el cual ardian dos velas de cera.

El momento supremo se aproximaba.

Amalia hablaba cada vez con más dificultad.

Tenia una de sus manos abandonada entre las de su madre.

En su frente, brillaban algunas gotas de sudor.

Y su madre, al darla un beso, vió que aquel sudor estaba frio.

El sacerdote queria hacer salir de la alcoba á la familia, para evitar á los pobres padres el doloroso espectáculo de la agonía.

Pero no supo cómo decírselo, y tomó el partido de empezar á decir en alta voz sus oraciones.

Amalia y todos los presentes las repetian.

El buen párroco creyó que no habia necesidad de exhortar á la moribunda, porque estaba persuadido de que moria una santa.

Todos estaban de rodillas.

Por las mejillas de Tomás corrían gruesas lágrimas.

Por fin, el ronquido que se oía en el pecho de Amalia se fué haciendo más sonoro.

La respiracion era cada vez más fatigosa.

Sus ojos se iban cerrando.

Doña Susana sintió que su mano se enfriaba por momentos.

—No veo,—dijo por fin Amalia; pero su voz era tan débil, que sus palabras más bien se adivinaron que se oyeron.

Pasaron algunos minutos.

El sacerdote seguía orando.

La enferma ya no repetía sus palabras.

Por fin entreabrió los ojos.

—¡Dios mío!—exclamó haciendo un esfuerzo.

Y lanzó un suspiro.

Inclinó la cabeza sobre el pecho, y quedó sin vida.

El párroco encomendaba á Dios su alma.

Los padres de Amalia, su hermana y Tomás, no se daban cuenta de lo que pasaba.

El cura tuvo necesidad de decir á don Modesto:

—Sáquela usted de aquí.

El pobre padre besó por última vez á su hija en la frente, y sacó de la habitación á doña Susana, que se dejó llevar como un autómata.

Entonces Luisa se arrojó llorando sobre el cadáver, y lo cubrió de besos.

Gran trabajo costó á Tomás y al sacerdote arrancarla de allí y obligarla á salir de la estancia.

Tomás estaba aterrado.

Aquel desenlace tan rápido le había herido profundamente en el corazón.

Se encerró en su cuarto, y allí permaneció todo el día, sin hablar ni ver á nadie.

—Yo no debo permanecer un momento más en esta casa. No tengo valor para asistir al entierro de Amalia, ni para ver más á esta familia, cuya desgracia he causado. Cuando esté un poco más tranquilo, si Dios quiere que viva, vendré á derramar una lágrima sobre la tumba de ese ángel.

Era ya de noche.

El cadáver de Amalia estaba depositado en la parroquia.

Tomás escribió á don Modesto las siguientes líneas:

«Perdon si me marcho sin despedirme: me faltan fuerzas para ello. Perdon otra vez y otras mil veces por los daños que le he causado. La santa que ya no existe, ve desde el cielo la sinceridad de mi arrepentimiento. Adios, no maldigan ustedes la memoria del desgraciado

TOMÁS.»

Escritas estas líneas, el joven llamó á un criado y le mandó que preparase su caballo y lo llevara á la puerta falsa del jardín, por donde se proponía salir de la casa.

Luego le entregó la carta, encargándole que se la diera á su amo despues que él se hubiera marchado.

A los pocos minutos cabalgaba por el camino de Aranda, dejando á su caballo marchar á discrecion, pues llevaba las riendas abandonadas sobre el arzon de la silla.

Tres dias antes habia pasado el mismo camino en direccion contraria, espoleando al noble animal y sintiendo que no tuviera alas.

A los pocos minutos cabalgaba por el camino de Aranda, dejando á su caballo marchar á discrecion, pues llevaba las riendas abandonadas sobre el arzon de la silla. Tres dias antes habia pasado el mismo camino en direccion contraria, espoleando al noble animal y sin

Capítulo XXXVIII

El asalto

La defensa de Aranda continuaba perfectamente. Gracias á la energía que Juan habia demostrado para reprimir el primer motin, el órden público continuaba inalterado, y no queremos decir *inalterable*, por no incurrir en la absurda exageracion de la literatura oficial, que suele dar esa calificacion á lo que ménos la merece, pues lo cierto es que hay en el mundo pocas cosas más *alterables* que el órden público.

El conde de Dorsenne seguia haciendo jugar su artillería contra la plaza, ó por mejor decir contra sus reductos. Pero los cañones de Aranda contestaban perfectamente á los sitiadores, y no habia motivo de sospechar que las cosas variaran en algun tiempo.

Juan habia ideado un medio de combatir la miseria

en la poblacion civil y aumentar al mismo tiempo el número de hombres armados.

Como en la guardia urbana los individuos, no sólo tenían que equiparse, sino mantenerse, perdiendo muchos dias de trabajo, sólo formaban parte de ella personas acomodadas.

El jóven pensó ofrecer á los pobres que se alistaran en ella un socorro de cuatro reales diarios.

Esto era casi un jornal, y dada la situacion del pueblo, un jornal no despreciable; por consiguiente, los voluntarios fueron tan numerosos que se pudo organizar otro batallon de más de ochocientas plazas.

Armamento no faltaba, porque Merino habia dejado bien provistos los almacenes antes de comenzar el sitio, y por dinero tampoco se apuraban los españoles, gracias á la importante presa hecha por don Jerónimo en Villazopeque.

Entre tanto, el general francés se desesperaba, no sólo por la resistencia que oponia Aranda, sino por las comunicaciones que casi diariamente recibia del gobierno de Madrid.

Desde lejos, siempre se juzga todo imperfectamente.

En Madrid sólo se sabia que Aranda es un pueblo abierto y que sus defensores eran algunos centenares de paisanos, mandados por un labriego discípulo de un cura, y no se comprendia que todo un general del imperio, con más de doce mil hombres de excelentes tropas, permaneciera más de un mes delante de tan pequeño obstáculo.

Por eso diariamente le decían al conde de Dorsenne, que era preciso tomar la población á toda costa y acabar cuanto antes con aquella guerrilla, cuya existencia era una vergüenza para el ejército.

El conde conocía que su crédito se iba debilitando, y sospechaba que si no lograba pronto un triunfo completo, no tardaría en ser separado.

Y en efecto, nosotros sabemos las dificultades que tenía su empresa; pero hay que convenir en que para los que no estuvieran en pormenores y vieran la cosa en conjunto y desde lejos, aquella tardanza era inexplicable.

El general resolvió, pues, lo que suelen resolver los generales en casos semejantes.

Intentar un esfuerzo supremo, y ver si salvaba su empleo y su reputación á costa de la sangre de sus soldados.

Dispuso dos formidables baterías frente á uno de los baluartes que le pareció más débil, y abrió contra él un fuego espantoso.

Precisamente don Bruno era jefe de día, y el comandante de la guardia, mientras contestaba á los franceses lo mejor que podía, le envió un aviso.

Acudió rápidamente el ex-alcalde, y no necesitó preguntar nada para enterarse de la situación.

Las balas rasas y las granadas de los franceses cubrían materialmente el baluarte.

Los artilleros españoles, resguardados por los parapetos, pagaban al enemigo en la misma moneda.

Por todas partes saltaban grandes piedras, y la for-

tificacion de tierra se desmoronaba en los sitios más expuestos al fuego.

—Animo, muchachos,—gritó don Bruno á los artilleros;—esto no es nada. Esa gente quiere ver si nos asusta haciendo ruido. Ya le probaremos que se engaña y gasta la pólvora en salvas.

Hay que convenir en que si esta especie de arenga no era ningun modelo de elocuencia militar, tampoco era del todo mala para dicha por quien hacia poco más de un mes que vestia el uniforme.

Como el fuego continuaba, don Bruno, despues de hacer que se reforzara la guardia del punto amenazado con cuatro compañías de la imaginaria, montó á caballo y corrió al gobierno militar para enterar á Juan de lo que sucedia.

—¿Qué fuego es ese?—preguntó al comandante el jóven gobernador, al verle entrar en su despacho.

—El enemigo ha descubierto dos nuevas baterías contra el baluarte de la Concepcion, y me temo quiera dar un asalto.

—¿Qué medidas ha tomado usted?

—He hecho reforzar la guardia con cuatro compañías.

—Perfectamente.

—Por lo demás, nuestra artillería responde muy bien, y creo que han de necesitar algunas horas para intentar nada formal.

—Vuélvase usted inmediatamente á ese punto, que allí iré yo dentro de un cuarto de hora.

—Está muy bien.

Don Bruno salió del gobierno, montó en su caballo, que le tenía de la brida un ordenanza, y partió á escape en direccion al punto amenazado.

Juan, sin pérdida de tiempo, salió á la antesala, donde estaban reunidos los oficiales que le servían de ayudantes.

—Que toquen generala,—dijo á uno de ellos.

El muchacho corrió á hacer cumplir la orden de su jefe.

—Las compañías del batallón de línea francas de servicio, que vayan á la carrera al baluarte de la Concepcion.

—Está muy bien,—contestó el oficial á quien se dirigia esta orden.

—¡A caballo conmigo!—exclamó entonces Juan, dirigiéndose al tercer ayudante.

El jóven salió para pedir los caballos, sin decir una palabra.

—Usted,—dijo entonces Juan al único oficial que quedaba,—cuidará de que se reunan en la plaza todos los batallones de la guardia urbana, y permanezcan en masa descansando sobre las armas hasta recibir mis órdenes.

—Y luego, ¿qué hago?

—Vaya usted á buscarme al baluarte de la Concepcion.

Despues de tomar estas disposiciones, Juan bajó al patio, montó á caballo, y seguido del ayudante que debia acompañarle, marchó al galope al teatro del combate.

Poco despues, en todas las calles de Aranda se oia el redoblar de los tambores.

Los guardias urbanos salian de sus casas con el fusil al hombro.

Las mujeres cerraban las puertas.

Por todas partes se oian lamentos.

—¡El enemigo!

—¡Nos asaltan!

—¿Qué va á ser de nosotros?

Los ordenanzas á caballo galopaban en todas direcciones.

Las compañías de ciudadanos se iban reuniendo en los sitios de costumbre.

En cuanto una estaba completa, marchaba al punto donde se reunia el batallon.

La actividad y el órden eran admirables.

Parecia que la guarnicion de Aranda era un ejército aguerrido mandado por un general veterano.

Al llegar Juan al baluarte de la Concepcion, el fuego de los sitiadores era desesperado.

El jóven gobernador recorrió sus baterías, y en todas ellas encontró á los soldados poseidos del mayor entusiasmo.

Las bajas hasta entonces eran pocas.

Habian acudido allí las compañías de obreros, que bajo la direccion del teniente de zapadores se ocupaban en reparar los desperfectos que causaban las balas en el baluarte.

Bajo un fuego de cañon y de fusil cada vez más nutrido, acudian á todas partes con cestones, faginas y sa-

cos de arena, que volvian á formar los parapetos donde quiera que se deshacian.

Juan, en vista de lo encarnizado del cañoneo, no dudó que don Bruno tenia razon.

Los franceses querian sin duda dar un asalto.

En vista de esto, dispuso que acudiese al baluarte un batallon de guardia urbana.

Al mismo tiempo ordenó á los jefes de los demás baluartes, que tuvieran la mayor vigilancia y dieran parte de las novedades que ocurrieran al frente de sus posiciones.

El gobernador de Aranda, esperaba tranquilo el choque.

—¿Qué opina usted?—le preguntó don Bruno.

—Me parece que ese general va á hacer un disparate.

—¿De veras?

—Tenia usted razon, creo que nos va á dar unio asalto.

—Esa es mi opinion.

—Pero el escarmiento será terrible.

—No hay brecha abierta.

—Ni la puede haber por ahora. El poco daño que sus disparos hacen en nuestros parapetos, no basta para abrir paso.

—Eso digo yo.

—Y además, aquí estamos nosotros para pelear como siempre.

—¿No cree usted que seria conveniente traer toda la guardia urbana?

—No hace falta. El batallón que ha venido basta, y me quedan los otros dos para acudir á otro punto, si acaso el enemigo intentara un ataque simultáneo.

—Dice usted bien.

En aquel momento cesó el fuego en las baterías sitiadoras.

—Va á empezar la fiesta,—exclamó Juan.

Y acercándose á una trinchera, vió que cuatro columnas de ataque, compuesta cada una de dos batallones, emprendían la marcha á la carrera.

—¡Fuego!—gritó el jóven con voz enérgica.

El estrépito fué espantoso.

Los cañones, la infantería y la guardia urbana, dispararon á un tiempo.

—¡Fuego! ¡Fuego!—seguía gritando Juan.

Y los españoles cargaban y disparaban sus armas sin darse un punto de reposo.

A la mitad de su camino, una de las columnas francesas estaba destrozada.

Enfilada por dos cañones, había recibido en dos minutos cuatro ó cinco balas rasas, que se llevaron compañías enteras.

Las otras tres columnas, aunque terriblemente diezmadas por los cañones y la fusilería, seguían avanzando con rapidez.

Los gastadores, que marchaban á la cabeza, llevaban faginas y escalas de asalto.

Una de las columnas llegó hasta el pié del baluarte.

Los soldados arrojaron sus faginas, para rellenarlo, al foso que lo defendía.

Aunque la operacion fué muy rápida, los momentos que duró fueron terribles para los franceses.

Los españoles, desde lo alto del baluarte, los fusilaban impunemente.

Rellenó el foso, aquella bizarra infantería lo pasó con algun trabajo, y los primeros soldados aplicaron al fuerte las escalas de asalto.

Un capitán se lanzó intrépidamente á trepar por una de ellas.

Detrás de él subieron tres ó cuatro soldados.

Pero los españoles, no sólo los acribillaban á balazos, sino que á los que lograban subir hasta la altura de las trincheras los clavaban en sus bayonetas ó les abrían la cabeza á culatazos.

Las escalas rodaban, arrastrando á todos los que habían subido á ellas.

Volvían á aplicarse, y volvía á suceder lo mismo.

Aquello duró más de un cuarto de hora.

Los dos batallones franceses que formaban aquella primera columna de asalto, habían hecho ya todo lo que se puede exigir á los mejores soldados.

Apenas tenían oficiales.

Había compañías mandadas por un sargento.

Los españoles redoblaban su furia al ver el suelo sembrado de cadáveres.

Juán y don Bruno se encontraban en todas partes.

Parecía que se multiplicaban.

Dó quiera animaban á los combatientes y organizaban la defensa.

—¡Viva España!—gritaban desaforadamente.

—¡Viva España!—respondían los heroicos defensores del baluarte de la Concepcion.

Por fin los franceses no pudieron más. Primero algunos, un segundo despues muchos, y por fin toda la columna, hizo oír el terrible «Sálvese quien pueda,» y se pronunció en precipitada fuga, envolviendo y arrollando la cabeza de la segunda columna, que aunque algo tarde, avanzaba para sostener á la primera.

Pero el conde de Dorsenne estaba resuelto á jugar aquel dia el todo por el todo.

Frustrado el primer ataque, organizó otro.

El resultado fué idéntico.

Por tercera vez marcharon las columnas francesas al asalto, y por tercera vez los españoles las destrozaron, llegando á pelear cuerpo á cuerpo y á brazo partido con los soldados que lograron escalar la trinchera.

El general francés estaba fuera de sí.

El mismo se puso al frente de las tropas que debían dar el cuarto asalto.

Con una bandera en la mano, se lanzó el primero á las escalas y trepó por una de ellas.

Sus soldados le seguían entusiasmados.

Pero un culatazo en la cabeza le hizo rodar al suelo arrojando sangre, y gracias á que sus ayudantes le recogieron y se lo llevaron, no quedó allí abandonado, expuesto á morir sin socorro de nadie, ó caer en poder de los españoles; pero el pánico que al verle en tal estado se apoderó de los franceses fué tal, que los soldados dieron á huir sin orden ni concierto, desbanda-

dos, por todo el terraplén que habia delante del baluarte.

—¡A ellos!—gritó Juan en aquel momento.

Y ciego de entusiasmo se puso al frente de los urbanos y el batallón de línea, saliendo al campo para completar la derrota de los franceses.

La carga á la bayoneta que entonces dieron los españoles fué tal, que no sólo hicieron entre los fugitivos centenares de prisioneros, que no oponian lo menor resistencia, sino que llegando hasta las baterías francesas, las cuales habian suspendido el fuego para no herir á sus mismos soldados, las destruyeron en un momento y clavaron sus cañones.

Si en aquel instante hubiera aparecido allí el cura Merino con la fuerza de su mando, la derrota de los franceses hubiera sido completa.

Desgraciadamente, el caso habia sido imprevisto, y Juan, viendo que los regimientos franceses que no habian tomado parte en el ataque se disponian á cargar sobre él, ordenó la retirada, que efectuó sin ser molestado en lo más mínimo.

Por ambas partes se habia suspendido el fuego, habiendo por de pronto una especie de tregua tácita.

Al llegar Juan al baluarte que con tanta intrepidez habia defendido, oyó en el campo francés el toque de parlamento.

Hizo que se le contestara desde el fuerte, y á poco se adelantó hacia la plaza un oficial de estado mayor, el mismo que un mes antes habia intimado la rendición á nuestro amigo.

El francés se presentó abatido, pero digno.

Juan Mendoza le recibió con la modestia que tan bien sienta á los valientes, y era en él habitual. —

—Ya sabrá usted la desgracia de mi general, —dijo el parlamentario despues de saludar al gobernador. —

—Iba á preguntar á usted por él, —contestó Juan cortésmente. —Le he visto caer cuando peleaba con gran bizarría. ¿Cómo se encuentra?

—No tiene más que una contusion grave, que le impedirá tomar en algunos dias el mando del ejército.

—Lo celebro infinito.

—Gracias.

—¿Y á qué debo el honor de ver á usted en este momento?

—El general de brigada que ha reemplazado en el mando al conde de Dorsenne, quisiera celebrar un armisticio.

—¡Armisticio!

—Para tratar de él vengo.

—La victoria de hoy me pone en el caso de ser un poco exigente, —exclamó Juan sonriendo.

—Creo que usted no olvidará que esta ha sido una victoria parcial, pero no decisiva.

—Ustedes han perdido más de dos mil hombres.

—Unos dos mil quinientos, —replicó el francés con tristeza.

—Mis pérdidas no llegan á doscientos, la mayor parte heridos.

—Ya lo supongo.

—Además, los mejores cañones de ustedes han sido clavados.

—Algunos.

—Destruída una de sus trincheras.

—Es cierto.

—Y yo tengo en mi poder dos banderas, que atestiguan mi victoria.

—Todo eso es verdad; pero á nosotros nos quedan más de diez mil hombres.

—Que hoy han perdido mucho de su fuerza moral.

—Ya ha visto usted con qué valor han marchado al asalto.

—Sin duda; pero tambien los he visto huir á la desbandada cuando se convencieron de que su empresa era imposible.

El francés calló un momento, persuadido de que Juan era tan hábil negociador como soldado valeroso.

—En resumen,—dijo al cabo de algunos momentos,—¿con qué condiciones aceptaria usted el armisticio?

—Si ustedes levantan el sitio de Aranda, yo me comprometo á no hostilizarles en su retirada.

—¿Y las tropas que manda el cura Merino?

—De esas no puedo decir nada.

—¿Que no?

—¿Cómo he de pactar yo la conducta de fuerza cuyo mando no tengo?

—Veo que no me ha entendido usted, señor gobernador.

—Es posible.

—Nosotros no tratamos de levantar el sitio.

—¿No?

—Lo que deseamos es una suspension de hostilidades por algunos dias.

—¿Sobre qué bases?

—Sobre la de que todo permanezca en el mismo ser y estado que hoy tiene.

—De ningún modo.

—¿Se niega usted?

—Lo que usted me propone, es sencillamente que mi victoria de hoy redunde en perjuicio mio.

—¿Cómo?

—Es claro. Mientras dure ese armisticio, yo seguiré bloqueado y la plaza consumiendo los víveres que hay en sus almacenes.

—Tal vez pudiéramos arreglar la cuestion de abastecimiento.

—Aunque así fuera. Ustedes para tomar á Aranda necesitan un tren de batir y grandes refuerzos. El armisticio daria lugar á que llegaran, y cuando lo tuvieran todo dispuesto y curado su general en jefe, comenzarían el ataque con toda comodidad. Esto no puede convenirme, y puede usted decir á quien le envia, que no admito ningun trato cuya primera base no sea el levantamiento del sitio. Si no le acomoda así, le daré tres horas de tregua para que recojan ustedes sus heridos, y pasado ese plazo romperé el fuego otra vez, creyéndome dueño de hacer lo que tenga por conveniente.

—¿Es esa la última resolucíon de usted, señor gobernador?—preguntó el francés levantándose.

—La última.

—Y en caso de que accediéramos á retirarnos, ¿no podria usted comprometerse en nombre del cura Merino á que sus fuerzas no nos hostilizaran?

—Ya he dicho á usted que me es imposible:

—Diré á mi jefe lo que ocurre, y volveré, si me lo manda, antes de que terminen las tres horas de tregua que hemos convenido.

—Como guste.

Juan acompañó al francés hasta que estuvo fuera de la plaza.

Los españoles aprovecharon perfectamente las tres horas de tregua.

Mientras los franceses recogian sus heridos, Juan dispuso que todos los obreros se dedicaran á recomponer los daños que el cañoneo habia causado en los baluartes.

El jóven no cabia en sí de contento.

Como hecho de armas, el que acababa de realizar era tal vez el más brillante que la guerrilla habia llevado á cabo desde que salió á campaña.

Verdad es que se habia batido con gran ventaja; pero no por esto dejaba de ser cierto que acababa de rechazar un ataque formidable, dado por excelentes tropas imperiales, á las órdenes de un general valeroso y aguerrido; y que lo habia rechazado tan victoriosamente, que el enemigo le pedia un armisticio y trataba con él de potencia á potencia.

La primera medida que tomó el muchacho, fué enviar un emisario que participara su triunfo al cura Merino.

Aprovechando la confusion que reinaba entre los si-

tiadores, no fué difícil á un hombre valiente y listo burlar su vigilancia y cumplir aquella comision.

Al anochecer, don Jerónimo, que ya por los espías que incesantemente tenia en el campo francés, sabia que los franceses habian dado un ataque desgraciado, recibió al enviado de Juan, que le confirmó la noticia, dándole preciosos detalles de todo lo ocurrido.

Al cura le faltó tiempo para hacer que la grata nueva corriera entre los suyos.

Tomás, en cuanto llegó á sus oídos el rumor que empezaba á circular, corrió al alojamiento de su jefe.

Entró en su cuarto rápido como un rayo, y antes de saludarle preguntó al cura:

—¿Qué pasa?

—Que vale más que yo.

—¿Quién?

—Tu hermano.

—¿Juan?

—¿Cuántos hermanos tienes?

—¿Pero es verdad?...

—Sí.

—¿Que ha ganado una gran victoria?

—Como lo digo.

—¿Y el conde de Dorsenne?

—Le han roto el bautismo, y á más de dos mil gabachos por añadidura.

—¿Han pedido una suspension de armas?

—Veo que ya lo sabes todo.

—Sí, señor; pero no me atrevia á creerlo.

—Pues creelo, hombre, creelo. Es exacto, tan exac-

to como que esta noche vamos nosotros á pasar á cuchillo á los franchutes que hoy han quedado vivos.

—¿De veras?

—Ahora mismo voy á dar la orden para que todo el mundo se ponga en movimiento.

—Pero si Juan pacta la tregua.

—El pactará en su nombre, no en el mio.

—Eso es claro.

—En fin, te digo que hoy es un gran dia. ¿Cómo está Segura?

—Bastante mejor.

—Acompáñame. Quiero que me dé su parecer sobre el golpe de mano que proyecto.

—Vamos andando.

Merino y Tomás salieron de la habitacion del primero, y marcharon á la casa en que vivia el teniente coronel herido.

Segura estaba bastante más aliviado; pero no habia podido abandonar el lecho, y segun la opinion del facultativo, tardaria aún bastante en abandonarlo.

Pero ya pasaba muchas horas medio sentado, y podia conversar con los que iban á verle sin experimentar gran fatiga.

Don Jerónimo entró sin ceremonias en la alcoba del herido.

—Grandes noticias, amigo Segura,—le dijo gritando desde la puerta.

—¿Pues qué sucede?—preguntó Segura.

—Los franceses derrotados.

—¿Por quién?

—Por Juan Mendoza.

—¿Cuándo?

—Hoy.

Aquí Merino refirió al teniente coronel todo lo que nosotros ya sabemos.

El honrado militar escuchaba al sacerdote con la boca abierta.

—¿Pero es eso cierto, señor don Jerónimo?—preguntó cuando Merino hizo una pausa.

—¿No lo ha de ser?—repuso don Jerónimo.—Además de que los espías me lo han contado, hace media hora acabo de recibir á un sargento que Juan envia para contármelo.

—Entonces no hay duda.

—De ningun modo.

—El suceso es de gran importancia, y puede influir mucho en las operaciones de la provincia de Búrgos.

—Sobre todo, si yo esta noche acabo de derrotar á esa gente.

—¿Usted?

—Eso he pensado.

—Sin embargo,—replicó Segura,—bueno es tener presente que usted apenas podrá arrojar sobre el enemigo mil doscientos hombres, que habrán de pelear contra unos diez mil.

—Ya lo sé; pero avisaré á Juan para que verifique una salida.

—Entonces el caso ya seria diferente; pero si Juan ha firmado el armisticio, no podrá ayudar á usted con un solo soldado.

—Sentiré que lo firme.

—Con las condiciones que usted me ha dicho es ventajoso para él, y debe firmarlo.

Juan habia dado á su emisario una copia escrita de las cláusulas que habia propuesto al oficial francés.

—Ya lo comprendo,—contestó á Segura don Jerónimo.—Pero tambien hay que hacerse cargo de que despues de un dia de combate, y especialmente de una gran derrota, los franceses, sin general en jefe, no estarán esta noche para muchas grescas.

—Eso es indudable.

—Además, yo no le digo á usted que me empeñe en un imposible. Lo que pienso hacer es, en lugar de ir como otras noches con dos ó tres escuadrones sin más objeto que no dejarles dormir, caer hoy con todas las fuerzas y dar un buen ataque á fondo. Si resisten mucho, tiempo hay de emprender la retirada, y de todos modos logro hacerlos pasar un mal rato. Pero si veo que ceden y Juan puede ayudarme con dos ó tres batallones, le digo á usted que mañana queda levantado el sitio de Aranda.

—Nunca he sentido mi herida más que en este momento,—exclamó Segura.

—¿Por qué?

—Por no poder batirme esta noche.

—Ocasiones habrá de sobra, que la guerra no tiene trazas de acabarse.

—Tambien siento no poder dar á Juan un abrazo; pero Tomás se lo dará en mi nombre si levantan ustedes el sitio.

—Muchas gracias,—repuso Tomás, que hasta entonces no había dicho una palabra.

—Y yo le he de dar lo ménos una docena,—añadió don Jerónimo, que estaba entusiasmado á más no poder.

—Bien los merece.

—Y el empleo de teniente coronel, para el cual pienso proponerle.

—Será muy justo.

—Conque hasta mañana, amigo Segura, que ya va cerrando la noche y quiero dar mis órdenes para la expedición.

—Hasta mañana, señor don Jerónimo, y buena suerte.

—No es posible que acabe mal lo que tan bien ha comenzado.

Tomás y el cura Merino salieron de la habitación del herido, dirigiéndose á sus respectivos alojamientos.

Capítulo XXXVI

En que se siguen contando los sucesos de aquel día.

Los vecinos de Aranda habian tenido un día de asueto.

Apenas circuló en el pueblo la noticia de que se habia alcanzado una gran victoria, y como consecuencia de ella estaba pactada una tregua, faltó tiempo al vecindario para echarse á la calle.

La poblacion corrió poco ménos que en masa á los baluartes, para enterarse de los estragos de la artillería y preguntar á los combatientes lo que habia sucedido.

Puede juzgarse la alegría con que todos acogerian aquellas tres horas de respiro, sólo con imaginar que el sitio duraba ya más de un mes, y que hubo vecino que no habia salido de su casa desde que se rompieron las hostilidades.

Todos miraban á Juan Mendoza con la admiracion que inspira un sér superior.

Los guardias urbanos, hasta los que no habian tomado parte en la pelea, abrazaban á sus familias con cierto orgullo, y procuraban imitar el lenguaje y los ademanes de soldados viejos.

Sólo una cosa turbaba el general contento. —

La idea de que la tregua no era por entonces más que de tres horas.

Aunque ya todos sabian que se trataba de concluir un armisticio, y Juan por medio de un bando habia participado á la poblacion las condiciones con que lo aceptaria, sólo los muy optimistas aseguraban que aquel llegaria á realizarse.

Los demás opinaban que los franceses no lo aceptarían, y aseguraban que al pasar aquellas tres horas, el estampido del cañon volveria á aturdir sus oidos.

Don Bruno era de esta opinion, y Juan participaba de ella.

—¿Cree usted que levanten el sitio?—preguntó el ex-alcalde.

—Yo en su lugar no lo levantaria,—contestaba el muchacho.

—Seria deshonorarse para siempre.

—Eso he creido desde el momento en que manifesté mis proposiciones; pero dada nuestra situacion, no podia hacer otras.

—Lo que sí me parece es que no les ha de quedar gana de intentar un nuevo asalto.

—Así lo creo.

—Gran ocasion hemos perdido hoy de acabar con ellos.

—Si don Jerónimo hubiera sabido lo que pasaba, ha habido un momento, cuando salimos del baluarte, en que cuatro escuadrones y un batallon de refresco hubieran bastado para destrozar al enemigo.

—¡Cómo ha de ser!

Iban trascurridas dos horas de la tregua, que habia empezado á la una de la tarde, cuando el oficial negociador se presentó delante de la plaza.

Juan Mendoza se encontraba en el gobierno militar.

Don Bruno, encargado de recibir al francés, le acompañó hasta donde estaba el gobernador.

Por orden de éste se prescindió de la precaucion de vendar al parlamentario los ojos, que suele tomarse en casos semejantes.

Juan, lejos de querer ocultar nada, deseaba que el francés atravesara por medio de aquella poblacion alegre y entusiasmada; que viera el poco daño que hasta entonces habia causado el fuego en los edificios, y que pudiera apreciar la marcialidad y el buen aspecto de su numerosa y resuelta guarnicion.

El francés, que como hombre práctico en asuntos de guerra, comprendió esta intencion, hizo un particular estudio, para que no se traslucieran en su rostro las impresiones que sentia.

Cuando atravesaban las calles, don Bruno no le qui-

taba ojo, y él procuraba desorientar al comandante hablando de cosas indiferentes y aparentando una gran distracción.

Llegados al gobierno militar, el francés y Juan se encerraron en el despacho de este último.

—Supongo,—dijo con jovialidad el joven comandante,—que me trae usted buenas noticias.

—Eso dependerá de las concesiones que usted se halle dispuesto á hacer.

—¡Concesiones!

—Quiero decir,—replicó el francés,—que supongo que usted podrá modificar algo las condiciones que hace dos horas me propuso.

—No digo que no pueda ceder en algún detalle, pero en cuanto á lo esencial me parece difícil.

—Señor gobernador,—dijo entonces el francés con seriedad,—nosotros hemos sido desgraciados en nuestra empresa, no hay para qué negarlo.

—No por falta de valor ciertamente,—repuso Juan, á quien conmovía la amargura que se notaba en el acento de su enemigo.

—Mil gracias.

—Adelante.

—Mi jefe me autoriza para tratar del levantamiento del sitio.

—Mucho lo celebro.

—Pero así como yo confieso nuestra desgracia de hoy, usted debe reconocer que no estamos completamente vencidos.

—Es cierto.

—El revés de hoy no es irreparable.

—Lo conozco.

—Usted no tiene fuerzas para hacernos levantar el sitio.

—Dentro de Aranda, no.

—¿Cuenta usted con el cura Merino?

—Todas las noches oigo desde aquí las visitas que á ustedes hace.

—Sus fuerzas bastan para molestarnos y causarnos bajas; pero son escasas para intentar nada formal.

—¡Quién sabe!

—Usted y yo lo sabemos.

—Aunque así sea, no son las fuerzas del cura los únicos enemigos de los franceses en España.

—En España no, pero en la provincia de Búrgos sí.

—Lindante con la provincia de Búrgos, está la de Segovia.

—Y en ella el general Cuesta, lo sé; pero el general Cuesta tiene bastante que hacer con mantenerse á la defensiva en la línea que ha formado, y que no tardará en ser deshecha por las tropas imperiales destinadas á romperla.

—¿Quién es capaz de profetizar en asuntos de guerra?—repuso Juan.

—Por lo demás, las tropas regulares españolas desdennan á las guerrillas, y no acuden en su auxilio.

Desgraciadamente, lo que el francés decia era verdad en muchas ocasiones.

El interés comun y el bien de la patria no bastaron

á ahogar los celos que en algunos jefes militares despertaban las hazañas de los guerrilleros.

Ha habido siempre en los ejércitos, como en todas las profesiones especiales, hombres que se figuran que el título es todo, y que sin una patente ganada por los trámites regulares, no se puede tener valor, ni pericia, ni inteligencia, ni nada.

Por fortuna, los hechos les desmienten todos los días.

En las grandes ocasiones, en las crisis supremas, lo mismo políticas que militares, no suelen ser los hombres de oficio los que salvan á las naciones.

El genio no se adquiere en las escuelas, y en las circunstancias excepcionales todo lo previsto, todas las reglas, todas las teorías son impotentes.

Por fortuna, el general Cuesta, á quien en la guerra de la Independencia se puede tachar de cualquier cosa ménos de falta de buen deseo, no era de los que más desden mostraban hácia las guerrillas, en las que más de una vez encontró poderosos auxiliares.

Esto permitió á Juan contestar á su interlocutor con mayor seguridad:

—El ejército español no tiene más idea que el bien de la patria, y acude á todas partes donde le llaman el deber y el honor.

—No he tratado de ofender á usted, señor comandante,—repuso el francés en vista del tono severo que Juan habia empleado.

—Así lo creo, señor coronel,—repuso Juan.

—Pero veo que nos hemos apartado mucho del asunto principal.

—Pienso lo contrario: discutimos las probabilidades que ustedes y yo tenemos de vencer en Aranda, y esto no depende sólo de nuestra propia situación, sino del estado general de la guerra.

—Pues mi jefe,—replicó el oficial francés, que se iba impacientando y deseaba llegar al asunto,—insiste en lo que esta mañana he tenido el honor de indicar á usted.

—Veamos.

—El ejército francés se retirará de Aranda, replegándose sobre Lerma, siempre que usted le dé la seguridad de que no ha de ser hostilizado en su marcha...

—Por las fuerzas de mi mando,—interrumpió Juan vivamente,—lo garantizo.

—Por ninguna de las fuerzas españolas que operan en la provincia de Burgos.

—Señor coronel, yo no soy más que un subalterno del cura Merino, y no estoy autorizado para tratar en nombre de mi jefe.

—Las circunstancias son excepcionales.

—No hay circunstancias que me autoricen á invadir atribuciones que no son mías. Aun pactando en nombre de toda la guarnición de Aranda, tal vez me comprometo á lo que no pueda cumplir.

—¿Cómo es eso?

—Muy sencillamente.

—Hable usted.

—¿Quién me dice que mañana seré yo gobernador de Aranda? Don Jerónimo Merino, que me ha nombrado, puede quitarme.

—Después de lo que ha hecho usted hoy, eso no es probable.

—Pero es posible.

—En efecto.

—Si no aprobara el armisticio, y como jefe superior de todas las fuerzas quisiera disponer de las que yo mando, podía relevarme.

—Es que su compromiso de usted no es solamente personal.

—Sé que me comprometo como jefe de las tropas españolas que guarnecen á Aranda.

—Efectivamente, y valerse de un subterfugio para faltar á la fe de lo tratado, seria una felonía.

—Creo que don Jerónimo aprobará lo que yo haga; pero repito que no me comprometeré más que por las fuerzas de mi mando. Las tropas que no se han batido, no deben entrar para nada en los pactos que ajustan los combatientes.

—El general Castaños en Bailén no fué de su opinion de usted. Allí exigió que se le rindieran, no sólo los cuerpos que tenia delante, sino la caballería del general Vedel, que ni siquiera sabia que se daba la batalla.

—Sentiré ofender á usted, señor coronel; pero voy á hablarle con franqueza.

—Diga usted.

—Si yo hubiera sido el general Castaños, hubiera opinado como él.

—En ese caso...

—No he concluido.

—Concluya usted.

—Si hubiera sido el general Dupond, hubiese opinado lo contrario.

—¡Ah!

—Y á ser el general Vedel, hubiera desobedecido á mi jefe cuando me mandaba rendir fuerzas que no estaban vencidas ni habian peleado.

—La subordinación obligó al general Vedel á rendirse.

—Pero el cura Merino no es mi subordinado; el caso varia mucho, no tiene obligación de obedecerme, y tengo la seguridad de que no se consideraria obligado por lo que yo pactara.

—En ese caso, no podemos llegar á entendernos.

—Lo siento en el alma.

—Y yo.

—Dentro de media hora romperán el fuego los baluartes de la plaza.

—Pues nuestras baterías les contestarán inmediatamente.

El francés se levantó para despedirse.

Juan, poniéndose tambien en pié, tomó su gorra de cuartel y se dispuso á acompañarle.

—Tendré el honor de servir á usted de guía hasta los puestos avanzados,—dijo.

—Como usted guste.

Los dos jefes salieron del gobierno militar.

Al verlos conversar amistosamente, nadie hubiera creído que las negociaciones habian fracasado.

.

Media hora despues sonó un cañonazo.

Entonces se convencieron de la triste realidad los habitantes de Aranda.

El sitio continuaba.

Al cañonazo de los españoles, contestó otro de los franceses.

Pero ni de una ni de otra parte se hizo el fuego muy vivo.

Durante toda la noche sonó un disparo de cañon de cuarto en cuarto de hora.

Era una especie de alerta que se daban mutuamente sitiadores y sitiados.

Capítulo XXXVII

El todo por el todo

Entre tanto, Merino continuaba disponiendo sus escuadrones y compañías para el ataque que se proponía dar aquella misma noche.

Las diez serian poco más ó ménos, cuando la columna expedicionaria salió de su acantonamiento.

Antes de emprender la marcha, el cura habia arengado á su tropa, diciendo:

«Muchachos: la guarnicion de Aranda ha pegado hoy una gran zurra á los franceses. ¿Sereis vosotros ménos que vuestros camaradas? Demasiado sé que no. A todos os conozco bien, y estoy seguro de que ardeis en deseos de probar otra vez al enemigo, lo que sois capaces de hacer al grito de: ¡Viva España!»

Los soldados contestaron con entusiasmo, y la columna se puso en movimiento.

Tres leguas separaban á los españoles de los franceses.

Don Jerónimo dispuso que la marcha se hiciera despacio, tanto para que la tropa no llegase fatigada, cuanto porque no pensaba comenzar la pelea hasta muy poco antes de amanecer, es decir, hasta las cuatro y media de la madrugada, porque esto sucedia en los primeros dias de Octubre.

Tenian, pues, los españoles seis horas y media para andar unas tres leguas, lo cual les permitió hacer un gran descanso cuando hubieron hecho las dos terceras partes de su camino.

Los franceses pasaron la noche con gran vigilancia, porque les extrañaba que despues del revés que habian experimentado, Merino les dejara dormir en paz, cosa que no habia hecho desde que comenzó el sitio.

Toda la noche estuvieron destacando fuertes patrullas con encargo de reconocer los alrededores, y á eso de las cuatro de la mañana los jefes se entregaron al descanso, quedando encargada la seguridad del campo á la vigilancia de las grandes guardias y tropas de trinchera.

La verdad es, que jefes y soldados necesitaban descansar despues de aquel dia de combate y de los trabajos que luego habian tenido que hacer para enviar sus heridos á los pueblos inmediatos, enterrar los muertos, y demás operaciones que siguen á una batalla, cuando á mayor abundamiento se ha pasado la noche en vela temiendo una nueva acometida.

Juan tampoco habia podido descansar mucho.

A eso de las once y media ó las doce de la noche, se presentó en la puerta del gobierno militar un paisano, á quien los soldados de guardia reconocieron en seguida:

—¡El Feo! ¡El Feo!—exclamaron á voces dos ó tres de ellos.

—Yo soy,—repuso el asistente del cura Merino.

—¿Qué vienes á hacer á Aranda?

—Vengo á hablar con el comandante Mendoza.

—Pasa, y vuelve á que echemos un cigarro.

El Feo subió al piso principal, donde estaban las oficinas y la habitacion del gobernador.

Juan acababa de echarse en un sofá, donde dormía vestido desde que comenzó el sitio.

Aún no habia logrado coger el sueño, cuando entró en la habitacion el ayudante que estaba de guardia.

—¡Mi comandante!—dijo el oficial.

—¿Qué hay?

—El asistente del cura Merino acaba de llegar, y dice que tiene que hablar con usted.

—Que entre,—repuso Juan quitándose el capote, que se habia echado á los piés, porque las noches empezaban á refrescar bastante.

Un momento despues entró el valiente soldado á quien ya conocemos.

—¡Hola, Feo!

—¡A la órden, mi comandante!

—¿Cómo está don Jerónimo?

—Tan bueno.

—¿Y cómo has logrado entrar en la plaza?

—Cuando no se tiene miedo y se conoce bien el terreno, pasar por entre un cordón de centinelas arrastrándose por el suelo, no es cosa muy difícil, mi comandante.

—Es verdad. ¿Y qué traes por aquí?

—Mi amo me envía.

—Ya me lo figuro.

—Pues nada, dice que esta noche se viene hacia Aranda, y que á eso de las cuatro de la mañana atacará á los franceses; que le ayude usted con todas sus fuerzas y... nada, que á quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga.

—Está bien, anda á acostarte.

En cuanto salió el Feo, Juan llamó á su ayudante.

—Vaya usted á buscar al señor jefe de día,—le dijo.

—Al momento,—respondió el oficial.

Y salió inmediatamente.

Media hora despues entraba don Bruno en el despacho.

—¿Tiene usted algo que mandarme?

—Sí.

—Usted dirá.

—El señor cura se propone atacar al enemigo al amanecer.

—Bien hecho.

—Manda que nosotros le ayudemos.

—Magnífico.

—Es preciso disponer una salida en masa.

—¿En masa?

—Sí. Cuando no se tiene miedo y se conoce la ter-

—Pero...

—Se juega el todo por el todo.

—Eso es otra cosa.

—Mandaré usted que toquen diana á las tres y media.

—Está muy bien.

—Y que la guardia urbana se reúna á la misma hora.

—Pierda usted cuidado.

—Inmediatamente hará usted relevar todas las guardias, de modo que su batallon quede íntegro á nuestra disposicion.

—Es decir, que en los baluartes no deben quedar más que los urbanos y los artilleros.

—Precisamente.

—Para todo el servicio no se necesitan más que dos batallones, y la guardia urbana forma cuatro. Yo sacaré los otros dos con el de línea.

—Como usted guste.

—Usted se quedará mandando en la plaza.

—¿Yo?...

—Alguien ha de quedar. Podemos ser derrotados, y necesitamos que se nos apoye bien en caso de una retirada.

—Lo que usted mande.

Don Bruno sentia no salir á batirse; pero las razones de Juan eran irrefutables, y además, el muchacho, aunque afable y cariñoso con todo el mundo, no consentia que se discutieran sus órdenes.

A pesar de esto, conoció el patriótico pesar de don Bruno, y le dijo para consolarle:

—No tema usted, tiempo tendrá de batirse, si no esta noche, otro día.

—Así lo espero.

—Pues vaya usted en seguida á cumplimentar mis órdenes. Es cerca de la una, y yo voy á ver si duermo un par de horas.

Al decir esto, marchóse don Bruno, y Juan bajó la pantalla de la luz que ardía sobre la mesa, se echó en el sofá, se envolvió las piernas en el capote, y no tardó en quedarse dormido.

Los franceses estaban muy ajenos del nublado que al amanecer iba á descargar sobre ellos.

El conde de Dorsenne, que á pesar de su contusión no había querido abandonar su campo, estaba desvelado en su tienda, revolviéndose en su cama de campaña, y sintiendo más que el dolor de sus heridas, la humillación de haber sido derrotado de aquella manera.

No podía borrar de su imaginación la memoria del gobierno de Madrid, cerca del cual sus émulos aprovecharían ocasión tan propicia para desacreditarle.

A las cuatro y cuarto de la madrugada los escuadras franceses dieron la señal de alarma.

Cinco minutos después se oía el toque de generala en todo el campamento.

Y como si aquello hubiera sido una señal, los cinco escuadrones de Merino se arrojaban sobre los puestos

avanzados con una impetuosidad extraordinaria, aun en ellos mismos, arrollando y acuchillando cuanto encontraban por delante.

El ataque se habia dado por la orilla derecha del Duero.

En su primera acometida, los españoles llegaron hasta el puente de barcas que servia para comunicarse los franceses de uno y otro lado del rio.

Don Jerónimo habia formado el proyecto de cortarlos.

A este fin, una compañía de infantería, provista de barriles de brea y teas encendidas, se arrojó con el mayor denuedo al puente y le prendió fuego por tres ó cuatro partes.

Inmensas columnas de humo y grandes llamaradas se elevaron hasta el firmamento.

El combate empezaba de un modo fatal para los franceses, que á las primeras de cambio se veian privados de la mitad de su fuerza, pues todos los regimientos que habia á la orilla izquierda del Duero quedaban inutilizados y reducidos al triste papel de espectadores impotentes de la batalla.

En aquel momento salió de Aranda Juan con sus tres batallones.

Todos los esfuerzos de los franceses se encaminaban por de pronto á apagar el incendio y restablecer el puente.

Pero la infantería española defendia encarnizadamente aquella posicion, porque sabia que allí estaba la victoria.

Los franceses habian perdido una batería, cuyos cañones fueron vueltos contra ellos, y servidos por artilleros que salieron de Aranda, barrian todo el frente de su línea y mantenian á raya á la caballería enemiga.

Los escuadrones de Merino, tan pronto se lanzaban sobre los regimientos medio formados é introducian en ellos la matanza y el desorden, como se replegaban detrás de la línea de batalla que habian formado Juan y el cura Merino.

—Muchacho,—dijo este último al primero en cuanto pudo hablarle,—saca de Aranda toda la artillería que puedas.

Juan dió sus órdenes á un ayudante.

Media hora despues, doce ó catorce cañones de los que habia en los baluartes, arrastrados por mulas de labor, y hasta empujados por los paisanos y soldados, entraban en línea.

Las fuerzas que peleaban en la orilla derecha eran próximamente iguales. Unos cinco mil franceses y más de cuatro mil españoles. En cuanto á los imperiales que se hallaban en la orilla izquierda, no podian servir de nada á sus compatriotas, tanto más cuanto que don Bruno, para tenerlos ocupados, rompió contra ellos un fuego espantoso desde todos los baluartes de aquel lado del rio.

El cura recorria al galope toda su línea de batalla, gritando:

—¡Animo, muchachos! Manteneos firmes, y la victoria es nuestra.

El incendio del puente se iba acabando, no por falta de fuego, sino de combustible, y una hora después las aguas del Duero arrastraban en su corriente los restos carbonizados y aún humeantes de las barcas que lo habian formado.

Ya no habia para los franceses esperanza de restablecer el paso.

Los ingenieros trataron de echar al rio algunas barcas que les quedaban, y que si no bastaban para hacer otro puente, al ménos hubieran permitido establecer alguna comunicacion; pero varios cañonazos, perfectamente asestados, echaron á pique una de ellas, y fué preciso desistir de la empresa.

Desde el principio del combate, el conde de Dorset habia sido acomodado en un coche y enviado á Lerma, escoltado por un regimiento de caballería, precaución indispensable, para que no cayera en poder de las muchas partidillas de paisanos que por allí habia, las cuales hubieran tardado en fusilar al general lo que tardaran en cogerlo.

Más de una hora duraba la pelea.

Las bajas eran numerosas por ambas partes.

El general francés se hallaba hondamente preocupado.

Tenia todos los pueblos inmediatos llenos de heridos, de los combates que habian tenido lugar los dias anteriores.

Y en caso de tener que retirarse, no sabia qué hacer de ellos, ni de las compañías que habia destacado para protegerlos.

Su situación, por lo tanto, era comprometida y difícil.

Así es, que para no exponerse á mayores descabros, reunió en grandes masas todas sus tropas disponibles y se limitó á sostener el fuego de cañon y de fusil, contestando al de los españoles.

Pero á Merino no le tenía cuenta aquel combate, que en último caso no producía más resultado que ocasionar bajas.

Así es que desplegó en guerrilla toda su caballería, y comenzó á hostilizar el ala derecha del enemigo con un fuego vivo y mortífero.

Allí tenían los franceses dos batallones, que desde los primeros momentos comenzaron á sufrir mucho de aquella clase de pelea.

Era necesario poner término á aquel tiroteo, que permitía á la infantería española descansar en sus puestos sobre las armas y causaba grandes pérdidas á los franceses.

Los franceses hicieron avanzar un regimiento de caballería.

Pero, por regla general, las masas son impotentes contra las guerrillas.

Los tiradores españoles continuaron disparando sus armas, y cuando tuvieron encima á los primeros escuadrones enemigos, á un toque de clarín volvieron grupos y huyeron dispérsos en diversas direcciones, atrayendo á la caballería francesa al frente de la artillería de Merino.

En el momento oportuno, ocho cañones dispararon

á la vez, y la caballería que cargaba se vió obligada á retroceder, dejando el campo sembrado de cadáveres.

Entonces llegó su vez á los ginetes españoles.

Otro toque de clarín los lanzó nuevamente al combate, persiguiendo á los fugitivos y valiéndose alternativamente del sable y la tercerola.

Merino á su cabeza les animaba con la voz y con el ejemplo.

En todas partes se veía al terrible cura.

Su sombrero de copa se destacaba entre nubes de humo, y los anchos faldones de su levitón flotaban á merced del viento.

Olavileño galopaba sin cesar de un lado para otro.

El cura estaba impaciente por concluir.

Los franceses cometieron entonces una falta imperdonable.

El jefe que mandaba el ala derecha, temeroso de que su propia caballería lo arrollara, en lugar de mantenerse en masa para contener á los guerrilleros, desplegó tambien en tiradores sus dos batallones, á fin de que los que huían pudieran pasar por los claros.

Don Jerónimo, cuya ojeada militar era infalible, comprendió al momento todo el partido que podía sacar de aquel error.

—Ya son nuestros,—gritó con voz de trueno.

—¡A ellos!

—¡A ellos!—contestaban los soldados que se hallaban más cerca del cura.

Sonó otro toque de trompeta.

Instantáneamente se agruparon los guerrilleros, y

diez columnas, de medio escuadrón cada una, cayeron como una avalancha sobre la extensa línea de los tiradores franceses, que fué al momento rota y destrozada.

Los soldados, acuchillados por todas partes, huían y arrojaban las armas, ó se rendían prisioneros.

El ala derecha de los franceses estaba completamente derrotada.

Iba su general á reforzarla con otros dos batallones, cuando Juan, que permanecía al frente de toda la infantería, formó una columna y amagó un ataque sobre el ala izquierda, al mismo tiempo que hizo avanzar la artillería y rompió el fuego contra el centro.

Gracias á esta hábil maniobra, el combate volvió á hacerse general, y los franceses se vieron imposibilitados de reforzar su ala izquierda.

Entre tanto, en la orilla derecha del Duero el cañoneo era espantoso.

Don Bruno, comprendiendo admirablemente que su misión era distraer á la mitad del ejército francés que allí estaba, para que no pudiera hostilizar á los españoles por la espalda, enviándoles algunos cañonazos, sostenía desde los fuertes un fuego vivísimo. Los franceses trataban de apagarlo, pero su artillería no era bastante gruesa. Cuatro veces intentaron el asalto, y otras tantas fueron rechazados con grandes pérdidas, hasta que se resignaron á permanecer detrás de sus trincheras, disparando contra los baluartes balas y granadas.

Cerca ya de las ocho de la mañana, el general francés, que se veía vencido, que habia tenido que abandonar las alturas en que apoyaba su izquierda, de las

cuales se habían posesionado los españoles, estableciendo en ellas una batería que barria con sus fuegos de flanco toda la línea de batalla, mandó tocar parlamento.

Suspendieron el combate ambos ejércitos, y un jefe de estado mayor invitó al cura Merino á celebrar una conferencia con el jefe de las tropas enemigas.

Aceptada esta, envióse un oficial á don Bruno para que dejara de hostilizar á los franceses de la orilla izquierda, y pasando por dentro de Aranda, otro jefe francés fué á comunicar á estos la orden de suspender el fuego, porque se estaba negociando.

La conferencia fué larga.

Por parte de los españoles asistieron Merino y Juan, por la de los franceses el general que los mandaba y su jefe de estado mayor.

El general francés ofrecia levantar el sitio y retirarse á Lerma con todas sus tropas, siempre que los españoles accedieran á una tregua de ocho dias, durante los cuales pudieran los heridos franceses transitar libremente por los caminos.

Don Jerónimo le dijo con su acostumbrada impetuosidad:

—En cuanto á levantar el sitio, ya nosotros lo tenemos levantado; por consiguiente, veo que lo que usted quiere es que yo le deje retirarse con toda comodidad, lo cual, señor mio, no me conviene.

—¿Qué pretende usted entonces?—preguntó el general.

—Usted, con las tropas que están á este lado del

rio, se retirará enhorabuena; pero los regimientos que han quedado á la orilla izquierda se han de rendir prisioneros de guerra.

—¡Prisioneros de guerra!

—Poco les falta ya para serlo. No tienen más salvacion que pasar el Duero, para lo cual tendrian que echar un puente, y corré de mi cuenta que no lo consigan. Están completamente cortados; mañana no tendrán ni víveres, porque todos los caminos estarán llenos de partidas; por consiguiente, yo no sé qué otro recurso les queda.

—Yo no firmaré nunca semejante ignominia,—dijo el general.

—Si usted prefiere que mueran todos, puede emprender la retirada con las tropas de su mando; pero en ese caso, yo no me creeré obligado ni á respetar los convoyes de heridos, y los atacaré en los pueblos, en las carreteras ó donde lo tenga por conveniente.

Ambos interlocutores permanecieron callados algunos minutos.

El francés sabia que Merino era muy capaz de hacer lo que decia, pero por nada del mundo se hubiera resuelto á rendir cuatro mil hombres, que eran precisamente los que menos habian padecido en el sitio y los combates de aquel dia y del anterior.

—Señor cura,—dijo el general rompiendo el silencio,—creo que si los dos cedemos un poco, podremos evitar un derramamiento de sangre, que es inútil desde el momento en que yo me declaro vencido.

—Veamos.

—Yo le entrego á usted todo el material de artillería que tengo á la izquierda del Duero.

—Aunque ese material puede decirse que ya es mio, por la mala situacion en que se encuentran esas tropas, acepto con una condicion.

—¿Cuál?

—La retirada de usted no ha de ser á Lerma.

—¿Pues adónde?

—A Búrgos.

—Eso es demasiado.

—No mucho, si se atiende á que usted salva los restos de su ejército.

—Restos que aún son más numerosos que todas las fuerzas que usted manda.

—Pero que no pueden intentar nada, porque además del efecto moral de la derrota, si yo en la retirada les pido la retaguardia, tendrán que custodiar unos tres mil heridos, y esto es bastante embarazoso.

—A no mediar esa circunstancia, no estaría yo tratando este concierto.

—Conque veamos: se retira usted á Búrgos, ¿sí ó no?

—Sí.

—Corriente.

—¿Y quedan suspensas las hostilidades por ocho dias?

—Aunque sean quince.

—Pues no hay más que extender el tratado.

Esta conferencia habia tenido lugar al rededor de una mesita de campaña que habian llevado los soldados franceses.

—Vámos.

Los negociadores estaban sentados en sillas de tijera.

Juan y el jefe de estado mayor se pusieron á redactar las cláusulas del armisticio.

El general y el cura Merino se levantaron, y dieron algunos paseos hablando de las cosas de la guerra.

El general miraba con admiracion á aquel hombre estrafalario, que de tal manera sabia organizar fuerzas militares, capaces de vencer á los mejores soldados del siglo.

Entre tanto, los dos ejércitos descansaban sentados en el suelo, pero sin perder la formacion ni abandonar sus respectivas posiciones.

Cuando estuvo redactado el convenio se leyó en alta voz, y ambos jefes lo firmaron, quedándose cada uno con un ejemplar.

Comunicóse á los dos ejércitos, y se puso inmediatamente en ejecucion.

Las campanas de Aranda se echaron á vuelo, y todo el vecindario salió á reconocer el campo de batalla.

Don Jerónimo dispuso que Juan pasara al otro lado del rio para hacerse cargo de la artillería que allí estaba, y que debia ser entregada.

Eran en junto unas cincuenta piezas, la mayor parte de campaña.

En cuanto á las tropas que allí habia, se las permitió pasar por dentro de la poblacion; pero como Merino era sumamente desconfiado, exigió que pasaran por medios batallones, y aún así mantuvo todas sus fuerzas sobre las armas mientras duró la operacion.

Hasta media tarde no pudo ponerse en marcha el ejército francés.

A los vecinos de Aranda les parecía mentira ver alejarse aquellas tropas, que tan malos ratos les habian hecho pasar.

Cuando se perdió de vista el último enemigo, que ya era cerca del anochecer, el cura, que estaba á caballo al frente de sus húsares de Búrgos, exclamó dirigiéndose á Juan, que estaba á su lado:

—Hijo, te has portado como un héroe.

—¿Está usted contento de mí?

—¡Que si estoy contento! Teniente coronel te nombro, y de buena gana te nombraría teniente general.

—Muchas gracias.

En seguida entró la caballería en Aranda.

Don Bruno salió á recibir á su jefe.

Merino, que ya sabia por Juan que el ex-alcalde se habia portado valerosamente, le dió un fuerte abrazo.

—Bien, amigo don Bruno, ya sé que batimos el cobre á las mil maravillas.

—Se hace lo que se puede, señor don Jerónimo,—contestó el buen hombre.

—Ya lo veo, ya lo veo.

Los soldados que habian sostenido el sitio se volvian locos de entusiasmo al ver al cura, y los vecinos, agrupados debajo de las ventanas del gobierno militar, donde se habia alojado, no cesaban de aclamarle.

—Mañana, si los médicos dicen que no hay peligro, hago traer á Segura en una camilla,—dijo Merino.

—¿Cómo está?—preguntó Juan, que ya tenía noticia de que se hallaba herido.

—Fuera de peligro, pero ha estado á punto de liarlas.

—Hubiera sido una gran pérdida.

Capítulo XXXVIII

Quelques-uns des événements

Tomás había pasado aquel día tan valerosamente como de costumbre.

Después de dejar su escaño acostumbrado, corrió al Gobierno militar, porque estaba ansioso por ver á su hermano y hablarse á solas, pues durante la jornada sólo había podido cruzar con él algunas palabras.

Juan también le iba á hablar.

El cura Merino le había dicho el estado de tristeza en que el joven se hallaba, y que era preciso hacerle recuperar á toda costa su buen humor, sin lo cual temía que les diera algún disgusto.

En cuanto los dos hermanos se encontraron solos,

Juan abordó la cuestión, diciendo:

—Ya sé todo lo que ha sucedido.

—Sabes que he muerto Amalia?

Capítulo XXXVIII

Quince días de armisticio

Tomás había peleado aquel día tan valerosamente como de costumbre.

Luego de dejar su escuadron acuartelado, corrió al gobierno militar, porque estaba ansioso por ver á su hermano y hablarle á solas, pues durante la jornada sólo había podido cruzar con él algunas palabras.

Juan también deseaba hablarle.

El cura Merino le había dicho el estado de tristeza en que el jóven se hallaba, y que era preciso hacerle recobrar á toda costa su buen humor, sin lo cual temía que les diera algun disgusto.

En cuanto los dos hermanos se encontraron solos, Juan abordó la cuestion, diciendo:

—Ya sé todo lo que ha sucedido.

—¿Sabes que ha muerto Amalia?

—¿Ha muerto?—preguntó Juan, poniéndose pálido.

—¿No lo sabías?

—No; al decir que lo sabia todo, me referia única-
mente á tu rompimiento con esa pobre niña y al desa-
fío que tuviste con su padre.

—Pues hace doce dias que ha muerto,—murmuró
Tomás,—y yo soy su asesino.

Juan permaneció callado.

No podia ménos de acusar á su hermano, y sabien-
do el estado de su ánimo, temia hacerlo.

—¡Qué gran desgracia!—exclamó al cabo de algu-
nos momentos.

—¡Inmensa!

—Pero estás seguro...

—La ví espirar,—exclamó Tomás con los ojos lle-
nos de lágrimas.

—¿Cómo?

Entonces Tomás contó á su hermano lo que noso-
tros ya sabemos de su expedicion á Covarrubias.

Juan le escuchaba con la mayor atencion.

—Hiciste muy bien, muy bien,—dijo luego que el
otro terminó su relacion.—Tu falta habia sido grande;
pero hasta donde es posible la has borrado con el arre-
pentimiento, y el perdon de ese ángel y de su familia
acabó de purificarte.

—Nunca me creeré purificado.

—No te aconsejaré que olvides lo pasado; para eso
seria preciso no tener corazon, y además, su recuerdo
puede impedir que en lo sucesivo incurras otra vez en
esas faltas, que el código no castiga, que el mundo sue-

le hasta mirar con benevolencia, pero que son verdaderos crímenes, si se atiende á sus consecuencias. —

—No temas que á mí me suceda. —No; al decirlo.

—Así lo espero. —

—El recuerdo de Amalia me acompañará mientras viva, y Dios quiera que no sea mucho. —

—¡Tomás! —

—¿Qué? —

—¿Qué estás diciendo? —

—¿Te extraña que desee la muerte? —

—Me extraña lo que me ha contado don Jerónimo. —

—¿Qué te ha contado? —

—Que no sólo desees la muerte, sino que la buscas. —

—Se equivoca. —

—El corazón me dice que no. —

—Y aunque así fuera. ¿Crees que yo puedo vivir, sufriendo un martirio que no se acaba nunca? No, si los franceses no me matan, acabaré por pegarme un tiro. —

El jóven hablaba con una desesperacion próxima al delirio. —

Juan estaba espantado. —

—¿Es decir, que aún crees que no has causado bastantes lágrimas? —preguntó con amargura. —

—¿Qué quieres decir? —

—¿Es decir, —prosiguió el mayor de los hermanos, —que no contento con ver morir á Amalia, quieres que mueran tambien nuestros padres? —

—¡Hermano mio! —

—¿Es decir, que quieres dejar una memoria manchada? —

—¿Manchada?

—Sí, la memoria de un cobarde.

—¿Juan!

—Tus compañeros, tus soldados, que ya saben lo que te pasa, pueden decir al ver que te arrojas como un loco sobre el enemigo: «El capitán Mendoza no se bate así por odio á los franceses; ese ardimiento no es patriotismo, no es valor; es miedo: ese hombre no es un soldado intrépido, es un miserable suicida.»

—¡Por Dios, calla!

—Y dirían la verdad!

—Te suplico que no continúes.

—Continuaré hasta que te avergüences de abrigar tan mezquinos sentimientos. No quiero hablarte de religion, ya que no la tienes.

—¿Juan!

—Si la tuvieras, ¿pensarías en quitarte la vida?

—Viviendo desesperado, se ofende más á Dios que muriendo.

—Los hombres que se precian de valientes no desesperan nunca; los que creen en Dios se resignan.

—Yo no tengo la virtud que tú.

—Dí que no quieres tenerla, porque te es más cómodo hacer tu voluntad. Pero, Tomás... piensa en nuestros padres... en nuestra pobre madre. Aunque sólo fuera por ella, estamos obligados á conservar la vida mientras nos sea posible. ¿Quieres amargar los años que le queden de existencia? ¿quieres hacerla llorar noche y día? ¿quieres que en su desesperacion maldiga hasta á la pobre mártir que ya no existe, á la cual considera-

rá necesariamente como causa indirecta de tu muerte?

—No.

—Pues si quieres conseguir este humilde resultado, no tienes más que realizar el crimen que meditas.

—No, hermano mio, yo te juro vivir, vivir para tí, para nuestros padres,—exclamó Tomás, arrojándose en brazos de su hermano.

—Gracias en su nombre,—respondió Juan, estrechando á Tomás sobre su corazon.

—Yo te lo juro,—repitió Tomás.

—Y si por desgracia el plomo enemigo te quita la vida en un campo de batalla, muere noblemente, con Dios y la patria en el corazon y el nombre de nuestros padres en los labios.

Despues de pronunciar Juan estas palabras tan en armonia con la elevacion de su carácter, los dos jóvenes permanecieron callados cerca de un cuarto de hora.

Cuando el mayor vió á su hermano ya tranquilo, se levantó diciendo:

—Tomás, es tarde; tú tendrás gana de acostarte, y yo me estoy cayendo de sueño. Hace mes y medio que no me meto entre las sábanas; calcula si esta noche las cogeré á deseo.

—Yo tambien estoy rendido de fatiga.

—Pues en tu antiguo cuarto te habrán puesto la cama.

—Buenas noches.

—Hasta mañana.

La tregua de quince dias acordada con el general francés, era muy conveniente á Merino.

En los hospitales de Aranda habia más de seiscientos enfermos ó heridos, porque el trabajo y los combates de los últimos dias habian sido muy rudos.

En quince dias don Jerónimo esperaba con fundamento que más de la mitad podrian incorporarse otra vez á sus filas, pues sabido es que la mayor parte de las heridas se curan muy pronto, y en cuanto á las enfermedades, las que no son mortales no suelen prolongarse más allá de ese plazo.

Merino dió á la Junta central un extenso parte de todo lo ocurrido, elogiando como debia la brillante conducta de las tropas, y sobre todo del gobernador de Aranda, á cuya bizarria y carácter enérgico atribuia en gran parte el triunfo conseguido.

Escribió además una circular, que se repartió con profusion á todas las juntas patrióticas y á las personas más distinguidas de la provincia de Búrgos, excitando su celo para que le ayudaran por todos los medios posibles á dar gran impulso á las operaciones.

El primer resultado de aquella, como de todas las victorias del cura Merino, fué la afluencia de voluntarios.

En pocos dias se presentaron más de mil en Aranda.

No es de extrañar este entusiasmo, porque los curas párrocos predicaban en todas partes la guerra santa; los padres enviaban sus hijos al sacerdote guerrillero, y las muchachas excitaban á sus novios á tomar las armas.

Don Jerónimo consultó con Segura, que habia sido trasladado á la poblacion en una camilla, llevada en hombros de cuatro soldados.

El teniente coronel abandonaba ya el lecho, y permanecía levantado diariamente algunas horas.

Encerrados en su habitacion el cura, Juan y el bizarro jefe del ejército, formaron una especie de consejo de guerra.

—Es preciso dar una nueva organizacion á nuestro ejército,—dijo Merino á sus amigos;—hemos recibido mil voluntarios, y espero que todavía han de presentarse algunos más. Este contingente haria demasiado grandes nuestros dos regimientos, si lo hiciéramos ingresar en ellos; por lo tanto, creo que habrá que pensar en la organizacion de nuevos cuerpos.

—Opino lo mismo,—contestó Segura;—y más de una vez he pensado en ello desde hace cuatro ó cinco dias.

—Sin embargo,—exclamó Juan,—el regimiento de Arlanza no tiene más que dos batallones, y yo creo que los regimientos de infanteria deben tener tres, porque en ciertos casos me parece muy conveniente que haya una fuerza respetable bajo el mando de un solo jefe.

—No estoy lejos de esa opinion,—contestó Segura;—pero conviene advertir que esos batallones tienen más de novecientas plazas cada uno, y si se les agregaran los mil reclutas que hoy tenemos, nos encontraríamos con un regimiento de cerca de tres mil hombres, y esto es demasiado.

—Tal creo,—añadió el cura, que escuchaba con la mayor atencion las razones de los dos jefes.

—Estoy conforme con usted en ese punto; pero insisto en los tres batallones.

—Todo puede conciliarse,—dijo entonces el cura;—de los dos batallones que hoy tenemos, nos sobran, en concepto de Segura, doscientos y pico de hombres.

—Así es en verdad.

—Pues con esos y los reclutas que falten, hasta completar el número de ochocientos, se forma el tercer batallón del regimiento de Arlanza, y con los restantes, que serán cuatrocientos y tantos, haremos lo que sea conveniente.

—Lo mejor será,—contestó Segura,—organizar un batallón de infantería ligera, que nos hace bastante falta. Esos batallones sueltos que pueden operar aislados, y que han de componerse de hombres escogidos, ágiles y robustos, son de gran importancia en los ejércitos. Un comandante basta para mandarlo, y con tal que haya tino en la elección, puede prestar grandes servicios.

—Pero me ocurre una cosa,—replicó don Jerónimo.

—Usted dirá.

—Ese batallón nuevamente creado, y compuesto sólo de reclutas, no presentará al pronto gran solidez ante el enemigo.

—Precisamente iba á hablar de eso.

—Diga usted.

—El batallón de ligeros, que por ahora no tendrá más que cuatrocientos y tantos hombres, según hemos convenido, debe organizarse con soldados viejos, escogiendo veinticinco ó treinta en cada compañía.

—¿Entonces, los mil reclutas ingresan en el regimiento de Arlanza?

—Sí, señor, porque embebidos entre los otros que

ya están acostumbrados á batirse, no tardarán en ser veteranos.

—Y al batallón ligero, formado con tan sólida base, no habrá inconveniente en agregarle los voluntarios que en lo sucesivo se presenten,—dijo Juan.

—Ninguno.

Los tres hombres acabaron de concertar los detalles de aquella organizacion de fuerzas.

Luego que estuvieron enteramente de acuerdo, exclamó Merino:

—La idea del amigo Segura sobre la organizacion de la infantería, me hace pensar en la caballería.

—Usted dirá.

—Algunas juntas patrióticas me avisan que han hecho compras de caballos para nosotros. Creo que dentro de pocos dias hemos de tener unos doscientos. Los húsares de Búrgos forman cinco escuadrones de á ciento veintitantos. ¿No podríamos quitarles el pico, lo cual nos daria cien ginetes, que pudieran servir de base á dos escuadrones de tiradores, destinados á maniobrar aisladamente y á prestar servicio de tropas ligeras?

—Es indudable,—respondió Segura.

—Me parece acertadísimo,—añadió Juan.

—Pues está convenido.

—Aún nos falta otra cosa,—dijo entonces Segura,—que se me ocurre en este momento.

—¿Cuál?

—La artillería.

—Hace tres noches que no duermo pensando en ella,—contestó Merino.

—Las fortificaciones de Aranda,—alegó Juan,—están bastante bien artilladas.

—Y las piezas que nos han entregado los franceses son de campaña,—repuso Segura.

—Con ellas poco ó nada podemos hacer en un país tan montañoso.

—Por eso tengo una idea.

—¿Cuál?—preguntó Merino.

—Creo,—contestó el teniente coronel Segura,—que podía usted pedir á la Junta central que nos las cambiara por cañones de á cuatro. Con ellos se podrían ir formando baterías de montaña de á seis piezas cada una.

—Pero no tenemos más que los trescientos artilleros que hay en Aranda.

—La Junta central no se negaría á enviarnos otros doscientos con cuatro ó seis oficiales.

—Es verdad.

—Y esos bastarían para instruir á los reclutas que se fueran presentando.

—¿Sabe usted que vamos á formar un verdadero ejército?—exclamó Merino, que estaba cada vez más contento.

—¿Acepta usted mi idea?

—Ya lo creo.

—Pues lo importante es no perder tiempo,—dijo Segura.

—Hay que aprovechar los diez días de paz que nos da aún el armisticio.

—No tenga usted cuidado.

Y al decir estas palabras, levantóse el cura, dando por terminada la conferencia.

Diez días para un hombre tan activo como don Jerónimo, son un mundo.

En ellos es incalculable lo que hizo.

Escribía incesantemente á la Junta de Sevilla.

Mantenía una activa correspondencia con todos sus auxiliares de la provincia, y activaba la presentación de nuevos voluntarios.

Realizó la nueva organización de sus fuerzas, é hizo que la instrucción de los reclutas adelantara notablemente.

Estos hacían ejercicio por mañana y tarde en todos los alrededores de Aranda.

Entre tanto, se recibieron de Sevilla importantes comunicaciones.

La Junta concedía á don Jerónimo Merino el empleo de brigadier de caballería, por los servicios que había prestado á la causa nacional.

Segura fué ascendido á coronel, Juan Mendoza á teniente coronel, y Tomás á comandante. Otros muchos jefes y oficiales recibieron ascensos y cruces, para que Merino los había propuesto.

Como es de suponer, la idea de la creación de la artillería de montaña fué aceptada, y el general Cuesta recibió el encargo de entregar veinticuatro cañones de á cuatro y doscientos artilleros, recibiendo en cambio todas las piezas de campaña cogidas á los franceses en Aranda.

Los labradores de Castilla la Vieja empezaron á

regalar mulas para la creacion de las nuevas baterías, y el mismo dia que terminaba el armisticio se presentaron á don Jerónimo los cuatro tenientes que la Junta enviaba desde Sevilla, para organizarlas y mandarlas.

Más de otros quince dias se emplearon en su organizacion; pero los franceses, escarmentados por sus pasadas derrotas, y detenidos además por el tiempo, que era malísimo, en todo pensaban ménos en hostilizar á los españoles.

Por consiguiente, la artillería pudo organizarse con toda comodidad.

Juan volvió á encargarse del mando de su regimiento, y don Bruno fué nombrado en su lugar gobernador de Aranda.

En cuanto á Segura, completamente restablecido, volvió á mandar el régimien to de infantería.

Merino organizó tambien una especie de estado mayor, compuesto de un jefe y cuatro oficiales.

El jefe fué Tomás Mendoza.

La guerrilla, por consiguiente, quedó convertida en una hermosa brigada, que los franceses en lo sucesivo tendrian que tomar muy en cuenta, si no querian exponerse á grandes descabros.

El conde de Dorsenne, ya repuesto de sus contusiones, hubo de marchar á Madrid llamado por el gobierno, que le quitó el mando de la provincia de Búrgos, nombrando para reemplazarle á uno de los más acreditados generales del imperio.

Don Jerónimo, en cuanto vió su brigada tan perfec-

tamente organizada, pensó nada ménos que en tomar la ofensiva.

Los franceses se habian retirado á Búrgos, y la posicion más avanzada que ocupaban con respecto á los españoles era Lerma, porque desde que perdieron á Aranda habian abandonado el distrito de Salas de los Infantes.

En Lerma tenian dos batallones con ocho piezas de artillería, y un par de escuadrones de caballería ligera.

Desde principios de Noviembre empezó á llover y nevar, en términos que los caminos estaban intransitables.

Si don Jerónimo no hacia nada, podía seguramente contar con algunos meses de paz, porque era seguro que los franceses no emprenderian una campaña de invierno.

Pero la inacción se avenia mal con el carácter de Merino.

Pensaba que dejando Aranda confiada á la guardia urbana, podia sacar sus fuerzas, que eran cuatro batallones, siete escuadrones con más de novecientos caballos y cuatro baterías, cuyo ejército le parecia más que suficiente para tomar á Lerma.

Segura trató de disuadirle de este propósito.

—¿Cree usted que saldremos mal de la empresa?

—Es indudable.

—Pero, hombre.

—El sitio de Aranda debe haber demostrado á usted lo difícil que es tomar á viva fuerza una poblacion que quiere defenderse.

—En efecto.

—Cada soldado detrás de un parapeto vale por ocho de los que se baten á pecho descubierto.

—Lo siento.

—Además, hay que tener en cuenta que nosotros, soldados españoles, no podemos emplear la artillería contra poblaciones españolas, porque en ese caso, en lugar de ser los defensores del país, seríamos sus enemigos.

—Tiene usted razon.

—Hay que pensar mucho en eso.

—¿Qué podemos hacer entonces?

—Yo no soy tampoco de opinion de que se deje tranquila á la guarnicion de Lerma.

—Indique usted un medio.

—Se puede establecer una especie de bloqueo, que aunque no sea muy riguroso, la haga experimentar algunas privaciones.

—Pero tambien el pueblo participará de ellas.

—Ya lo sé, pero es distinto comer mal algunos dias, de quedar arruinado, porque una bala de cañon le derriba á uno la cara.

—Dice usted bien.

—Y cómo estableceremos el bloqueo.

—Bastará situar toda la caballería, y si se quiere el batallon de ligeros, con un par de baterías, en los pueblos inmediatos á Lerma. Estas tropas formarán pequeñas columnas volantes, que recorran sin cesar los alrededores de la poblacion, procurando tenerla incomunicada; apoderarse de los convoyes de víveres, municio-

nes y dinero que la guarnicion reciba; atacar los re-
fuerzos que se la envien desde Búrgos, y en una pala-
bra, hacerla vivir en constante alarma, aguardando
siempre ocasion en que dar un golpe de mano.

—Juan Mendoza puede desempeñar esa comision.

—Siendo el jefe del regimiento de caballeria, á él
corresponde indudablemente el mando del bloqueo.

—Pues es cosa decidida.

Merino hubiera deseado intentar contra Lerma
algo más importante; pero tenia en mucho la pruden-
cia de Segura, y resolvió aceptar su parecer por enton-
ces, á reserva de hacer otra cosa, si las circunstancias se
presentaban favorables.

Capítulo XXXIX

El bloqueo

No bien hubo terminado su conferencia con Segura, don Jerónimo llamó á Juan á su alojamiento y le enteró del plan que habia formado.

El jóven escuchó con satisfaccion que él iba á encargarse de realizarlo, y agradeció con toda su alma aquella prueba de confianza.

—¿Cuándo quiere usted que marche?—preguntó á su jefe.

—Mañana mismo,—respondió el cura, que nunca dejaba para despues sus resoluciones.

Juan se despidió de Merino, y fué á dar las órdenes para que el regimiento estuviera dispuesto.

Como Tomás habia comenzado á ejercer sus funciones de jefe de estado mayor, ya habia entregado el mando de su escuadron, y no podia ser de la partida.

—Mucho siento no ir con vosotros,—dijo á su hermano cuando se enteró de lo que se proyectaba.

—Yo tambien lo siento. Bloqueando á Lerma, podremos ir á Villoviado casi todos los dias, y nuestros padres hubieran tenido una gran satisfaccion en vernos á los dos. Pero no hay que apurarse; operando allí, el señor cura irá con frecuencia, y tú podrás hacer alguna visita á nuestro pueblo.

—Es probable,—repuso Tomás.

—Entre tanto, ya sabes lo que hemos hablado. Ten mucho juicio, hermano mio.

—Te lo prometo. Por mi causa no han de tener nuestros padres el menor disgusto.

.
Al dia siguiente emprendió Juan la marcha.

Llevaba á sus órdenes, no sólo los cinco escuadrones de su regimiento, sino uno de los de tiradores que se habian organizado, un batallon de infantería ligera y dos baterías de á lomo, con seis piezas cada una.

El jóven iba orgulloso al frente de su pequeño ejército, y hubiera dado cualquier cosa por pasar por su pueblo.

Acaso nuestros lectores vean en esto un pequeño rasgo de vanidad ajeno á su carácter; pero debe tenerse en cuenta que por grave y formal que fuera, tenia veinticinco años, en Villoviado estaba la mujer á quien amaba con toda su alma, y dadas estas circunstancias, no hay jóven que en su caso no hubiera pensado lo mismo.

Desgraciadamente, Villoviado estaba fuera del camino, á poco más de media legua á la derecha.

La marcha se hizo en dos jornadas.

Juan, que conocia perfectamente todo aquel contorno, habia ya formado su proyecto, y sin acercarse demasiado á Lerma, cuya guarnicion, ya prevenida, le esperaba dispuesta á defenderse, acantonó sus fuerzas, distribuyéndolas en los pueblos de Santa Cecilia, Villalmanzo, Santa Inés, Revilla-Cabriada, Quintanilla de la Mata y Avellanosa de Muño.

El terreno es allí tan accidentado y las vias de comunicacion entre estos pueblos tan escasas y malas, que la distribucion de fuerzas no dejaba de ofrecer alguna dificultad, porque era necesario prever el caso de que los franceses quisieran romper el bloqueo, atacando inopinadamente algun destacamento.

Para evitar todo peligro, era indispensable que cada uno de ellos pudiera acudir con celeridad en socorro del que se viera amenazado, y que entre tanto este se hallara en el caso de resistir, si no podia esquivar el combate.

A este fin, estableció su cuartel general en Quintanilla de la Mata, y dispuso que este pueblo, Villalmanzo y Revilla-Cabriada, que eran los más importantes, serian cabeza de canton.

En Quintanilla de la Mata dejó medio batallon de infantería y seis piezas á sus inmediatas órdenes, para acudir con aquellas fuerzas adonde fuera necesario.

En Villalmanzo y Revilla se alojaron dos compañías y media batería en cada localidad. En cuanto á

la caballería, fué un escuadrón á cada uno de los seis pueblos.

Juan enteró minuciosamente á los jefes de lo que debían hacer.

Su misión estaba reducida á recorrer incesantemente los alrededores de Lerma, formando una especie de circunferencia, y procurando que el centro, ó sea la citada villa, permaneciese incomunicado.

Este servicio debían hacerlo en combinación la infantería y la caballería.

Prohibió expresamente á los jefes de columna y de cantón aceptar combates, como no fueran con fuerzas muy inferiores, ordenándoles que el que se viera amenazado se replegara inmediatamente á la cabeza de su cantón: si un cantón se encontraba comprometido, todas las tropas que se hallaban en él debían marchar á reunirse con las del inmediato, y en el caso poco probable de un ataque general, retirarse hacia Quintanilla, donde se reuniría toda la columna expedicionaria.

Recomendó á todos la mayor vigilancia y el celo más exquisito para comunicar sin pérdida de tiempo á los cantones inmediatos y al cuartel general cualquiera novedad que ocurriese, fuera de movimiento de tropas ó de otra clase.

Por lo demás, él se proponía recorrer diariamente toda la circunferencia para asegurarse de que el servicio se hacía con la debida puntualidad, y remediar las faltas que notase.

Los franceses, por de pronto, no pensaron en oponerse á que sus enemigos ocupasen aquellos pueblos.

Ignorando el número y los propósitos de las tropas españolas, se mantenían encerrados en Lerma, dispuestos á defenderse á todo trance; pero sin pensar ni por un momento en salir de la poblacion, temerosos de caer en alguna de las terribles emboscadas que el cura Merino preparaba con tan singular habilidad.

Así es que, aunque vieron pasar por cerca de la poblacion algunos de los escuadrones que marchaban á sus respectivos puestos, como tenían cuidado de pasar fuera de tiro, ni siquiera pensaron en hostilizarlos.

El sitio de Aranda y la batalla que le puso término, habían aumentado extraordinariamente el prestigio de aquellos *bandidos*, pues los franceses seguían dándoles este nombre, aun despues de haber tratado con ellos de potencia á potencia.

Lo cierto es que no se atrevían á atacarles, y soportaban la humillacion de verlos circular libremente por las inmediaciones de la poblacion, que ocupaban como cabeza de distrito.

Lo primero que áquel mismo día cayó en poder de los españoles fué el correo, en que el comandante de armas francés participaba al capitan general de Búrgos lo que ocurría, pidiéndole además instrucciones y prometiéndole defender su posicion á toda costa.

Desde Quintanilla de la Mata á Villoviado, hay poco más de una legua; por consiguiente, puede calcularse la impaciencia de Juan por ir á ver á sus padres.

Sin embargo, esclavo de su deber, no le pareció conveniente separarse de su puesto el mismo día de su llegada, y moderando su impaciencia, se limitó á enviar

un peaton, anunciando á sus padres que al dia siguiente iria á comer con ellos.

Júzguese la alegría de los pobres viejos.

Era ya el anochecer cuando recibieron la noticia.

A Mariana le faltó tiempo para alborotar todo el pueblo, anunciando que su hijo habia llegado á la jurisdiccion de Lerma al frente de un ejército.

En cuanto á Gil, al momento que oyó al enviado exclamó, saltando de contento:

—Si él viene á comer mañana con nosotros, yo voy á cenar esta noche con él.

—¿Estás loco?—decia su mujer.

—Lo estaria si sabiendo que el chico está como quien dice á dos pasos, tardara un minuto más en ir á verlo.

Y dicho y hecho: aparejó una mula, montó en ella, y diciendo á su esposa: «Hasta mañana,» echó á andar en direccion á Quintanilla.

Una hora despues entraba en este pueblo.

Al primer soldado que encontró le dijo que le acompañase al alojamiento de su jefe, y una vez en él, saltó de la mula y entró en la casa, gritando como un loco:

—¡Juan! ¡Juan!...

El muchacho estaba en una salita que le habian destinado; conoció la voz de su padre, y salió corriendo al patio.

—¡Padre mio!

—¡Hijo de mi alma!

Hé aquí los gritos que se escaparon de aquellos dos corazones.

Padre é hijo permanecieron largo rato estrechamente abrazados.

—¿Por qué ha venido usted? —Y —

—¿No quieres darme de cenar? —

—Siento que se haya usted incomodado. —

—Pues me gusta. —

—Yo hubiera ido esta tarde, si las atenciones del servicio... —

—Has hecho bien. La obligación ante todo. ¿Y tu hermano? —

—Bueno. —

—¿Y el señor cura? —

—Cómo siempre. —

Juan y su padre entraron en la habitación del primero. —

—Ante todo, —preguntó el hijo, —¿cómo está María? —

—Tan guapa... deseando que se acabe la guerra. —

—Yo también lo deseo, para volver á nuestro pueblo y no salir ya más de él. —

—¿Sigues en la misma idea? ... —

—Sí, señor. —

—Tú harás lo que quieras. ... —

—¿Usted desearía que siguiera en el ejército? —

—Hombre, me da lástima que renuncies en un día á lo que tanto te ha costado ganar. —

—Yo seré más feliz en Villoviado al lado de ustedes y de María. —

—Ella y tu madre, de fijo que son del mismo parecer. —

—Tomás es quien debe seguir la carrera; el tiene

otro genio; ya es comandante, y puede tener un gran porvenir.

—Y ¿cómo está ese chico? Supongo que sabes todo lo que ha pasado.

—Todo.

—Me dió un gran disgusto.

—Yo no lo he tenido pequeño.

—Mi primera intencion fué ir á darle una paliza.

—Y Cuando yo le ví en Aranda, le encontré tan abatido, tan desesperado, que más que acusaciones necesitaba consuelos.

—¿De veras?

Entonces Juan contó á su padre lo que le habia dicho Merino y lo que habia pasado entre él y su hermano.

—¿Dices que queria matarse?

—Sí, señor.

—¿Qué infamia!

—Estaba loco.

—¿Pero ahora?...

—Ya está más tranquilo.

—¿Y no temes?...

—Nada.

—Me has dado una gran pena.

—Lo siento.

—Te hubiera agradecido que callaras.

—Lo hubiera hecho si no temiera que él venga de un momento á otro; como es natural, irá á ver á ustedes, y pudiera suceder que si usted le reprochaba su conducta, volviera á caer en su desesperacion.

—Dices bien.

—Era preciso evitar una imprudencia.

—Has sido previsor, como siempre.

Después de esto, el buen Gil abrumó á su hijo con mil preguntas sobre las operaciones militares.

Le hizo contar una porción de veces todos los detalles del sitio de Aranda.

Ya el asistente habia servido la cena, y Juan la hacia los honores admirablemente.

Pero el honrado viejo apenas comia; embobado como estaba oyendo aquellas hazañas, que le parecian increíbles, en las que su hijo habia desempeñado tan principal papel.

—Vosotros acabareis por tomar á Búrgos,—exclamó dos ó tres veces durante el relato de Juan.

—Todo podria ser,—contestaba el muchacho.

—¿Y ahora vienes á echar á los franceses de Lerma?—preguntó.

—No tanto.

—¿No?

—Por de pronto, no tengo orden más que para bloquearlos.

—Vamos.

—Para formalizar un sitio se necesitarian más fuerzas,—añadió el jóven.

—Si el cura acudiera con las suyas.

—Tal vez aún no bastarian.

—Nos levantaríamos todos los de la comarca.

—¿Tambien usted?

—¿Piensas que ya no puedo sostener un fusil?

—No digo tal cosa.

—¿Y que se me ha olvidado tirar tiros?

—No, señor.

—Pues aún me has de ver batiéndome á tus órdenes.

—No lo consentiría.

—¿Por qué?

—Porque su obligacion de usted está en Villoviado.

—¡Vosotros creéis que los viejos no servimos de nada!

—Dios me libre de tal pensamiento.

—No te pongas sério, hombre, no te pongas sério. Ya sabes que hablo en broma.

—Ya me lo figuro.

—Las doce de la noche eran, y el padre y el hijo aún estaban de sobremesa.

No se cansaban de hablar.

—Los dos tenían que hacerse mil preguntas. Y;

Cada respuesta daba lugar á un nuevo diálogo.

Gil se enteraba con asombro de los progresos de la brigada.

—Juan queria saber algo de todos sus vecinos, de los amigos y compañeros de su infancia.

Aquello era interminable.

—¿A qué hora piensas que marchemos mañana á Villoviado?

—Al amanecer pienso montar á caballo para recorrer todos los puestos y ver si ha ocurrido novedad.

—Bien hecho.

—De modo que hasta las diez no podré tomar el camino del pueblo.

—Eso es.

—A las doce tendrá tu madre dispuesta la comida.

—Y pasaré con ustedes hasta la caída de la tarde, que volveré á Quintanilla.

—Entonces yo saldré de aquí á las ocho de la mañana, para avisar tu llegada y que todo lo tengan dispuesto.

—Como usted quiera.

—¡Y qué hora tenemos?—preguntó Gil después de un momento.

—Cerca de la una,—repuso Juan mirando su reloj.

—¡Qué atrocidad! ¡Y tú que tienes que montar al amanecer, y llevas hoy dos días de marcha. Vamos á acostarnos.

El jóven habia pedido á sus patrones que pusieran á su padre una cama en la misma alcoba en que estaba la suya.

Los patrones se apresuraron á complacerle, pues todo les parecia poco para agasajar á uno de los jefes más queridos del cura Merino.

Después de acostados, aún tardaron los dos hombres bastante rato en dormirse.

Ya al uno, ya al otro, se les ocurría algo que preguntar ó que decirse.

En vano Gil solia decir cada vez que se interrumpía el silencio:

—Ea, callemos, y buenas noches.

—Buenas noches,—contestaba Juan.

Pero á los dos ó tres minutos volvía á hablar alguno de ellos.

La satisfaccion no les dejaba dormir.

Gil se gozaba en oír la respiracion de su hijo y saber que lo tenía á su lado.

Juan se hacia la ilusion de que estaba en su casa, en Villoviado, rodeado del amor de su familia y próximo á ser esposo de María.

Saboreando aquel placer, no dejaba lugar á que el sueño se apoderase de él.

Hasta más de las dos de la madrugada no lograron dormirse aquellos dos hombres, acaso para continuar en sueños el agradable coloquio que habían tenido despiertos.

A las cinco y media ya se encontraban padre é hijo en pie.

Juan llamó á su asistente, pidió su caballo y se despidió de su padre, para empezar la especie de ronda que se habia propuesto hacer.

En cuanto á Gil, tomó una jícara de chocolate, y á eso de las siete cabalgaba en su mula de paso, con direccion á Villoviado.

Al llegar á su casa, Mariana, María y la tia Gregoria le salieron al encuentro.

—¿Y Juan?

—¿Y mi hijo?

—¿Por qué no viene?

Estas fueron las preguntas que hicieron á la vez las tres mujeres.

—Luego vendrá, dijo Gil echando pié á tierra.

—¿Luego?

—Sí.

—¿Cuándo?

—A las once.

—¿Qué tarde!

—No puede venir más temprano.

—¿Por qué?

—Porque tiene que hacer.

—¿Qué fastidio!

—¿Y luego se marchará en seguida?

—No.

—¿Hasta cuándo va á estar?

—Hasta la noche.

—¿Tan poco!

—Pero ahora le vereis casi todos los días.

—¿De veras?

—Yo creo que ha de pasar en Quintanilla dos ó tres meses.

—¿Y los franceses?

—En Lerma.

—¿Pero no le harán nada?

—¿Qué han de hacer!

—¿No corre peligro?

—Ninguno.

—¿Es verdad eso?

—Yo no miento nunca.

—Por no asustarnos...

—Oí digo que el muchacho está seguro, y nadie se meterá con él.

—¿Qué vida esta!

—¿Cuando le veais con sus galones de teniente coronel!...

—Más quisiera verle con su chaqueta de labrador y su sombrero redondo.

—Todo se andará, porque él sigue erre que erre en que se ha de volver al pueblo cuando todo se acabe.

—¡Ojalá fuera mañana!

—¡Ojalá!

Este animadisimo diálogo tuvo lugar entre Gil y las tres mujeres.

No hemos creido necesario decir quién hablaba, porque fácilmente se comprende.

Las tres mujeres formaban entonces una sola, por el pensamiento y el cariño.

Desde aquel momento fueron presa de la mayor impaciencia.

Los minutos les parecían horas.

—¿Pero ha dicho que vendrá á las once?— preguntaban á Gil.

—Sí.

—¿Y vendrá?

—Si no sucede nada de particular.

—¿Qué puede suceder?

—Quién sabe.

Y las tres mujeres exclamaban á coro:

—Dios quiera que no suceda nada.

Pasaba un rato.

—Ya serán las diez y media,—decía alguna de ellas.

—Las nueve acaban de dar en la iglesia.

—¿Las nueve?

—Sí.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Si yo he contado diez.

—Pues has contado mal.

Por fin dieron las diez.

Entonces habian contado bien.

—Ahora no nos hemos equivocado:

—No.

—Tú tambien has contado diez, ¿no es verdad, Gil?

—Sí, mujer.

—Bueno.

—¡Ya no tardará!

—Es claro.

—Puede que venga antes de las once.

—Tal vez.

—El se dará toda la prisa que pueda.

—Es natural.

—Pues no faltaba más.

—¡Pobre hijo mio!

—Las diez y cuarto.

—Me parece mentira que le he de ver en mis brazos.

—Vaya,—decia Gil,—serenarse. Si hubiera sabido que ibais á estar tan impacientes, no os digo una palabra.

—¡Hubieras sido capaz!...

—¡Mal corazon!

—No es posible.

—Pronto darán las diez y media.

A eso de las once ménos cuarto se oyeron en la calle pisadas de caballo.

Las tres mujeres se lanzaron á la puerta, y prorrumpieron en un mismo grito:

—¡Es él!

Y era Juan en efecto.

El jóven saltó de su caballo y cayó en brazos de su madre, María y la tia Gregoria.

Los sollozos impidieron hablar á los cuatro.

Un corro de vecinos, que habian acudido al rumor de que Juan Mendoza llegaba hecho un personaje, permanecia silencioso contemplando aquel tiernísimo cuadro.

Gil, que era el único que estaba sereno, tomó de la brida el caballo de su hijo, diciendo:

—Ea, entrad, entrad en casa, que tiempo habrá de hablar y de abrazarse.

Y todos siguieron al bondadoso padre, que se limpiaba una lágrima con el revés de la mano.

Capítulo XL

Un día de asueto

Las horas de aquel día fueron minutos para todos, especialmente para Juan, su madre y María.

—¿Cuándo se acabará la guerra?—preguntaba sin cesar Mariana.

—Al paso que vamos, pronto,—respondió Juan, que por animar á su madre decia lo contrario de lo que pensaba.

—¿De veras?

—Ya lo ve usted, el día ménos pensado nos apoderamos de Búrgos.

—¡Pero si los franceses son tantos!

—¿Qué importa?

—Derrotais un ejército y acude otro.

—Alguna vez tendrán fin.

—A mí me parece que nunca.

—Eso es porque usted reflexiona con el corazón, y el cariño que nos tiene á mi hermano y á mí hace que el peligro se abulte á sus ojos.

—Puede ser.

—No tenga usted duda.

Llegada la hora de comer, Juan tomó asiento entre su madre y su amada.

—Eso es,—dijo Gil Mendoza;—mi hijo ha de estar á vuestro lado, y yo me iré á la cocina.

—Hombre, tú te pones en frente.

—¿Quiere usted ponerse en lugar de María?—preguntó la tía Gregoria.

—Sí... ¿quiere usted?—añadió la jóven, temblando que la proposicion fuera aceptada.

—No, mujer... si ha sido una broma,—contestó Gil.—Yo estoy aquí perfectamente, porque teniéndote á mi lado ya sé que estoy al lado de mi hija.

La jóven bajó los ojos ruborizada.

—¿No es verdad?—preguntó el anciano, sonriendo al ver la turbacion de la muchacha.

—Sí por cierto,—repuso María.

Los cuatro ocuparon sus asientos y se sirvió la comida.

Mariana habia echado el resto.

La pobre mujer tenia pretensiones, muy fundadas, de cocinera, y para obsequiar á su hijo habia preparado dos ó tres platos de lo mejor de su repertorio.

—¡Caramba! se chupa uno los dedos con esta sopa,—exclamó Juan, no sólo porque la sopa estaba muy

buena, sino porque sabía que á su madre le había de agradecer el elogio.

—¿Te gusta?—preguntó Mariana.

—Ya lo creo.

—Pues no te digo que tomes más, porque te he asado un cabrito y no quiero que te quite la gana.

—¿Conque también un cabrito?

—Y unas magras que te hán de saber á gloria, añadió Mariana.

—De seguro.

—Y para postres...

—¿Qué ha hecho usted para postres?

—Una fuente de arroz con leche.

—Pues digo que esto es el festin de Baltasar.

—No se merece ménos un teniente coronel,—exclamó Gil.

—¿Crees que tu madre no sabe hacer las cosas?—preguntó la tia Gregoria.

—Ya veo que aquí le tratan á uno á cuerpo de rey.

—¿Qué lástima que Tomás no haya venido!—dijo María.

—¿A él que le gusta tanto el arroz con leche!—añadió Mariana.

—Yo comeré por los dos,—dijo Juan, que estaba aquel dia más decidor que de costumbre.

—Ya veo que tienes buen apetito!

—Acostumbrado á los guisos de su asistente!—dijo María.

—Y á comer lo que se encuentra, cuando se encuentra algo,—contestó Juan.

—Ya me figuro que no tendrás el paladar muy delicado.

—¡Qué cosas habrás comido!—exclamó la tía Gregoria.

—Sobre todo,—dijo Gil,—en el sitio de Aranda.

—En el sitio no es donde peor lo he pasado. Allí no faltaban las provisiones. Más apuros ha habido en algunas marchas, cuando entrábamos en pueblecillos tan pequeños, que aunque los hubiéramos saqueado, no hubiésemos podido ni dar media ración á la gente.

Entre tanto, la criada y un mozo de labor iban y venian quitando y poniendo platos.

El cabrito estaba excelente y todos le hicieron los honores, sin que por esto el plato de magras que salió despues quedara desairado.

En cuanto al arroz con leche, se declaró por unanimidad que no podia estar más acertado.

Terminada la comida, el buen Gil rezó como de costumbre una oracion en accion de gracias, y un padre nuestro por las almas del purgatorio.

—Tú no rezarás mucho,—dijo Mariana á Juan luego que todos hubieron concluido.

—¡Ya ve usted!—contestó el muchacho.—Nosotros no tenemos mucho tiempo, luego, como tantas veces á la mitad de la comida tocan á caballo y tiene uno que montar con el bocado en la boca y empezar á repartir sablazos, no suele estar para oraciones.

—Para lo que querais, bien tendreis tiempo,—contestó Mariana en tono chancero.

—Nosotros no necesitamos rezar

—¿Qué no? —No, señora, porque ya sabemos que hay quien reza por nosotros.

—Ya lo puedes decir. No hay día que yo no pase horas enteras pidiendo á Dios que os permita volver á casa sanos y buenos.

—Y yo lo mismo,—añadió María.

—Y todos,—dijeron á la vez Gil y Gregoria.

—¿Lo ven ustedes?—preguntó Juan.

—Pero eso no importa,—dijo su madre.

—No,—añadieron María y la suya.

—Vaya, no digas majaderías, mujer,—dijo Gil;—los militares no son frailes capuchinos. Dios ya ve que su corazon es bueno, y por eso les ayuda.

Terminada la comida, Juan preguntó á su padre:

—¿Hay flores en el jardin?

—¿Qué flores quieres que haya en este tiempo!—exclamó su madre.

—¿Qué lástima!—dijo el muchacho.

—¿Por qué?

—Hubiera hecho un ramo para María.

—Anda, que puede ser que aún encuentres alguna,—dijo entonces Gil.

Juan no esperó á que se lo dijeran segunda vez.

—¿Vienes, María?—dijo.

—Vamos.

Los dos jóvenes salieron al patio y entraron en la pequeña huerta, que Juan habia elevado á la categoría de jardin.

Por una delicadeza muy natural en el mucha-

cho, dejó la puerta abierta de par en par, de modo que los que habían quedado en la casa no les perdían de vista.

—Pero, hombre, ¿a qué le dices que aún encontrará flores, si ni hojas se ven por ninguna parte?—preguntó Mariana.

—¡Qué tonta eres!—repuso Gil, soltando una carcajada.

—¡Tonta!

—¡Pues es claro!

—Ya te explicarás.

—¿No has conocido que lo que tu hijo quiere es hablar un poco con María?

—¡Ah!

—¿Ves como eres una tonta?

—Tienes razón.

—¿Te has olvidado ya de cuando éramos novios?

—¡Quién se acuerda de esas vejeces!

—Yo.

—Más vale así.

Gregoria y Gil no pudieron menos de reírse al ver la sinceridad con que Mariana dijo sus últimas palabras.

Verdad es que aquel era un día de felicidad para todos, en que reír les costaba bien poco trabajo.

Entre tanto, María y Juan recorrían las calles de la huerta sin acordarse de las flores, como Gil había pensado.

—¡María!

—¡Juan!

—¿Me quieres?

—No,—respondía ruborizada la muchacha, sonriendo al jóven y enseñándole dos filas de dientes blanquísimos.

—¿De verás?

—Ya está dicho.

—Es que yo no te creo.

—¡Vanidoso!

—Lo soy.

—Ya lo veo.

—¿No tengo razon?

—Tú lo sabrás.

—Conque vamos, ¿me quieres?

—No seas pesado.

—Dí que sí.

—Bueno.

—¿Lo dices?

—Tú eres quien lo ha dicho.

—Y no me engaño.

—¿Quién sabe!

—Tú.

—¡Yo!

—Los dos lo sabemos.

—Es verdad.

—¿Qué feliz soy, María!

—¿Y tú me quieres mucho?—preguntó la jóven.

—¿Lo dudas?

—No, pero me gusta oírtelo.

—Pues bien, María, no te quiero, te adoro.

—¿Es verdad eso?

—Algunas veces temo ofender á Dios queriéndote tanto.

—¿Y por qué?

—Porque pienso que mi cariño raya en idolatría.

—Anda, tonto, que Dios no se mete en esas cosas.

—Además, no depende de mí quererte ménos. No podria aunque lo intentara.

—Ni hace falta que lo intentes.

—No deseo más que ver terminada la guerra, para volver á tu lado y pasar aquí la vida consagrándote todos mis pensamientos, todas mis acciones.

María, escuchando á su novio, temblaba de felicidad.

—¿No dirás nunca lo mismo á otra mujer?

—Nunca.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro.

—¿Qué dichosa soy!

—¿Acaso desconfías de mí?

—No.

—Pero esas preguntas...

—Mira, Juan, perdóname, no quiero ofenderte.

—Habla.

—Algunas veces, cuando pienso en la diferencia que hay entre los dos, temo no poder hacerte feliz.

—¡María!—exclamó el jóven con acento verdaderamente dolorido.

—Quisiera que no hubieras dejado de ser nunca un aldeano como yo.

—¿No te he prometido volver á serlo?

—¿Y no te pesará algún día haber hecho ese sacrificio?

—¿Te pesaría á tí si por mí lo hicieras?

—No, pero yo estoy en distinto caso.

—¿Creés que tienes más corazón que yo?

—No es eso.

—¿Que me amas más que yo te amo?

—Tampoco.

—Pues entonces...

—Los hombres veis las cosas de otro modo. ¡tú, no sólo eres ya un jefe, que tal vez dentro de poco tendrás una posición elevada... sino que... mira, hasta hablas de distinto modo que yo... yo te quiero mucho y apenas encuentro palabras para decírtelo... tú te expresas con una facilidad... con un lenguaje.

—Calla... no digas tonterías.

La muchacha decía la verdad. Ella amaba á Juan con toda su alma; pero se sentía inferior á él en todo, y esto que no la preocupaba cuando él no estaba delante, había herido su imaginación al oír el lenguaje apasionado y algún tanto elocuente de su novio.

Los dos guardaron silencio algunos minutos.

Ella fué la que lo rompió.

—¿Te has incomodado conmigo?—dijo.

—Sí.

—Perdóname.

—Te perdono.

—Bueno.

—Pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que no me has de hablar nunca como hoy me has hablado.

—Lo que tú quieras.

—Yo quiero que te persuadas de que mi amor es tan grande, que no pueden influir en él las miserias del mundo; que todo me parece mezquino y pobre al lado de la dicha de llamarte mia, de estar siempre á tu lado, porque eres el alma de mi alma.

—¿Lo ves?—interrumpió la joven.

—¿Qué?

—Yo no sabré nunca decir esas cosas.

—Pero sabes inspirarlas, y esto es bastante; sabes sentir las, y esto es todo lo que yo ambiciono.

En aquel momento llegaron los dos jóvenes á la puerta de la casa.

Mariana, á quien su marido habia tenido que detener dos ó tres veces para que no fuese á interrumpir el amoroso diálogo, preguntó á su hijo:

—¿Qué tal? ¿hay flores?

—No, señora,—repuso Juan, entrando en el patio detrás de María.

—¡Todas las mujeres son iguales! Por estorbar se levantarán de la cama!—decía entre dientes Gil Mendoza.

—¿Qué murmuras, hombre?—le preguntó su mujer.

—Nada.

.

Desde aquel momento empezó á decaer la alegría de las mujeres.

Eran las tres de la tarde, en Noviembre anochece pronto, y comprendían que Juan no tardaría en marcharse.

Pero no se atrevían á decírselo.

Gil lo conoció, y dijo:

—Oye, chico.

—Que quiere usted, padre.

—¿Cuándo vas á volver?

—Dentro de dos ó tres días.

—¿Sí?—preguntaron Mariana y María.

—¡Es claro, estando ahí tan cerca!—contestó Gil.

—¿Y por qué no te quedas esta noche?—preguntó Mariana.

—No puede ser,—repuso el jóven.

—Podría ocurrir algo,—añadió su padre.

—¿Pero esta noche no habrá combate?—preguntó María.

—No.

—Ni esta noche ni en mucho tiempo,—exclamó Gil.

—Eso me parece.

—¡Dios lo quiera!—dijo Gregoria.

—Los franceses no se atreven á salir de Lerma,—dijo con seguridad el anciano.

—Y si salen les haremos que se arrepientan,—añadió alegremente el muchacho.

—¡Mejor es que no salgan!—exclamó María.

—Sí, mejor para todos.

—¿A qué hora vas á marcharte?—preguntó Mariana.

—A eso de las cuatro.

—¡Y han dado ya las tres!—dijo María con tristeza.

—Si te he dicho que vuelvo dentro de un par de dias.

—¡Qué fastidio!

—¿No podias irte más tarde?—preguntó la madre.

—Antes de entrar en Quintanilla,—dijo el joven,—quiero recorrer todos los puestos, como he hecho esta mañana.

—Pues tienes que andar más de cinco leguas,—dijo Gil.

—Aunque diga usted seis, no dirá demasiado.

—¡Llegarás rendido!—exclamó Gregoria.

—Eso es cuenta de mi caballo.

—Al menos hoy debias irte derecho á tu alojamiento,—añadió Mariana.

—No hará tal cosa,—contestó Gil.

—No por cierto,—exclamó su hijo.

—Un buen jefe debe estar siempre vigilante.

—Sí, pero tambien necesita descansar.

—Para un hombre como este, andar seis leguas á caballo es una friolera.

—Saliendo de aquí á las cuatro, pienso estar en mi casa á las ocho de la noche.

Las tres mujeres callaron, entre otras cosas, porque estaban persuadidas de que todo lo que dijeran seria inútil.

Al llegar la hora de la partida pidió Juan su caballo.

El mozo de labor se presentó con él en el patio.

—Vaya, hasta la vista,—exclamó el joven, disponiéndose á montar.

—No olvides que has dicho dentro de dos días,—le dijo su madre.

—De dos ó tres todo lo más.

—Dos... dos,—añadió María.

—Corriente; serán dos, si no ocurre nada de particular.

—¿Qué puede ocurrir?

—¿Quién sabe!

Juan abrazó estrechamente á sus padres, y luego á la tia Gregoria y á María.

Las mujeres suspiraban.

—¡Ea, no hay que gemir ahora!—exclamó brusca-
mente el padre.—Tenemos al chico á dos pasos como
quien dice; estará viniendo aquí á cada momento, y no
es cosa de apurarse.

—Sin contar,—añadió Juan,—con que el dia mé-
nos pensado entro por esa puerta con Tomás.

—¿De veras?—preguntó Mariana.

—El cura Merino no tardará mucho en venir á ver
lo que por aquí sucede.

—¿Y viniendo él, por fuerza ha de venir el mu-
chacho?

—Es su jefe de estado mayor.

—Y puede que cuando vengan haya alguna ba-
talla.

—¿Qué ha de haber, muchacha!—contestó Gil.

—Vaya, adios,—dijo Juan, volviendo á abrazar á
su novia, que murmuró en su oído:

—¿Te acordarás de mí?

—Ya lo sabes... Adios, madre mía.

—El Señor te acompañe.

Juan montó á caballo.

Cruzó con María una mirada que equivalía á un postrer juramento de amor y constancia, y salió á la calle.

Eran cerca de las cuatro y media.

En lugar de tomar el camino de Quintanilla, tomó el de Revilla-Cabriada, por donde se proponía empezar su ronda; desde allí pensaba ir á Villalmanzo, y por Avellanosa regresar á su cuartel general.

Juan era tan práctico en aquellos caminos, que los podia andar con los ojos cerrados.

No habia vereda ni atajo que no hubiera recorrido cien veces en sus cacerías.

Conocia personalmente á todos los pastores y labradores que por allí habia, y más de uno al verle pasar montado en su hermoso caballo y luciendo en la manga los galones de teniente coronel, decia:

—¡Qué fortuna ha hecho Juanillo! El día ménos pensado lo vemos de general en Búrgos.

Y á las muchachas se les iban los ojos detrás del arrogante jóven.

Y los mozos sentian grandes deseos de empuñar las armas á ver si lograban lo que Juan habia logrado.

El jóven no se ocupaba de la impresion que producia su presencia.

Continuaba al trote corto por aquellos andurriales, pensando únicamente en María.

Recorrió todos los cantones en que habia dividido su distrito, quedando satisfecho de la puntualidad y celo con que se desempeñaba el servicio.

En toda la circunferencia que rodeaba á Lerma, encontró fuertes destacamentos de infantería que vivaqueaban en posiciones estratégicas ú ocupaban aldeas y caseríos, bien elegidos para el objeto que se habian propuesto.

Grandes patrullas de caballería recorrían la circunferencia en todas direcciones, y por los jefes de todas ellas supo que no habia ocurrido novedad.

Llegó á Quintanilla cerca ya de las nueve de la noche, y se acostó despues de cenar, pensando con satisfaccion que el bloqueo de Lerma era tan completo como permitian las circunstancias.

Capítulo XLI

En que vuelve á aparecer una buena moza que tenemos algun tanto olvidada

Pepita estaba verdaderamente apasionada de Tomás, y no se resignaba con haber perdido de un golpe su cariño.

Además de su amor, se hallaba interesada en el asunto su vanidad de mujer, y por consiguiente la hermosa viuda habia pasado ratos muy crueles desde que terminaron sus relaciones con el gallardo guerrillero.

Habia formado mil proyectos á cual más estravagantes y atrevidos para atraer nuevamente al jóven; pero todos los habia desechado por considerarlos ineficaces.

Y sin embargo, no desistia.

Todas sus cavilaciones sobre el particular, terminaban invariablemente con esta frase:

—Es necesario que ese hombre caiga á mis piés.

Por su puesto, que se proponia, engañándose á sí misma, abrumarlo con su desprecio luego que lo viera rendido.

Esto se lo proponen muchas veces las mujeres (y no lo hacen nunca, sobre todo cuando se trata de un hombre tan buen mozo como Tomás, y ellas están tan apasionadas como Pepita.

Nosotros, que conocemos el estado de su corazon y sabemos algo de la violencia de sus pasiones, podemos asegurar que antes de que el jóven hubiera caido á los piés de la viuda, ella le hubiese abierto los brazos.

Pero Tomás guardaba en su alma el luto por la muerte de Amalia, y estaba resuelto á ser fiel á su memoria, ya que no habia sabido serlo á su amor cuando vivia.

Además, es bien seguro que aunque faltara á su propósito de no tener más amorios, no seria Pepita quien le hiciera quebrantarle.

Tomás, como ya hemos dicho, no habia estado nunca verdaderamente enamorado de la viuda.

Era una mujer que le habia gustado, y nada más.

Satisfecho el capricho, la hubiera olvidado con mucha facilidad.

Y despues que veia en ella, si no la causa, al ménos la ocasion de la muerte de Amalia, no era desvío, sino repugnancia lo que le inspiraba.

Pepita esperó por algun tiempo que el jóven capitán volveria á ella.

Pero pasaban las semanas, y Tomás no daba señales de vida.

Entonces pensó ella en tomar la iniciativa.

El caso es que no sabia cómo.

Desde que habia reñido con el cura Merino no se habia presentado en la guerrilla más que el día que fué á ver á Tomás en las cercanías de Aranda.

Presentarse otra vez, la parecia demasiado violento.

Escribir al muchacho, le era un recurso de poco efecto.

Ella contaba sobre todo con la influencia de su hermosura, y para poder utilizarla necesitaba una entrevista con el jóven.

Engañándose acerca de la pasion que Tomás habia sentido por ella, creia poder reanimarla fácilmente.

Pero ¿cómo atraerlo á una cita sin rebajarse demasiado?

Más de una noche pasó Pepita en vela, haciéndose esta pregunta.

Al fin tuvo un momento de inspiracion.

—¡Vendrá!—pensó sonriendo satisfecha; y añadió como si quisiera darse á sí misma una seguridad:

—Es imposible que no venga.

El plan que habia imaginado era bastante vulgar; pero algunas veces ha solido producir efecto en circunstancias análogas.

Pepita conservaba en su poder algunos regalos que Tomás la habia hecho.

Estos consistian en objetos de poco valor, de que la

viuda ni siquiera se había acordado al romper con el joven.

Pero en aquel momento creyó que podían servir de pretexto para una conferencia.

Una vez tomada su resolución, envió á Tomás Mendoza un propio con esta carta:

«Señor don Tomás Mendoza.—Muy señor mío: teniendo en mi poder algunas cosas pertenecientes á usted, y no existiendo ya la causa que me autorizaba á conservarlas, deseo devolvérselas, y le ruego que cuando sus ocupaciones se lo permitan venga á este pueblo, donde tendré el gusto de entregárselas.»

Tomás recibió la misiva, y al punto comprendió de qué se trataba, lo cual no pudo menos de arrancarle una sonrisa.

Detuvo al propio portador de la epístola, y gratificándole con un duro, le mandó que llevase á su señora la siguiente respuesta:

«Muy señora mía: lo que doy una vez, lo doy para siempre. Si á usted le estorban en su casa los objetos á que se refiere y de que ya no me acuerdo, puede darlos á sus criadas ó tirarlos á la calle. Por si su carta es un medio delicado de pedirme el único recuerdo que tengo de usted, el portador de la presente lo es también de una cajita que contiene la sortija que usted tuvo la bondad de darme en tiempos que pasaron para siempre.

»De usted atento servidor

TOMÁS MENDOZA.

Y en efecto, el muchacho entregó al propio una ca-

jita cuidadosamente lacrada, dentro de la cual iba la sortija en cuestion.

Cuando doña Josefa se enteró de aquella respuesta, rugió como una leona.

Sentia el desaire como si fuera un bofetón.

Al verse humillada por un desden y una frialdad que no esperaba, hubiera hecho cualquier cosa por vengarse.

En el primer momento se la ocurrió una idea diabólica.

Pensó en ir á Búrgos, y como ella era todavía poseedora de muchos secretos de la insurrección, delatarlos á los franceses, y hasta de servir de espía, para lograr que alguna division sorprendiera á los guerrilleros y acabará con ellos.

Y sin encomendarse á Dios ni al diablo, emprendió el viaje á la capital de la provincia.

Pero en el camino reflexionó un poco.

Se acordó de la suerte de Contreras, y temió que si su traicion se descubria, el cura Merino, tan fecundo en estratagemas y tan duro de corazón, la persiguiera hasta en el centro de la tierra y la fusilara sin más ceremonias.

Ella conocia mejor que nadie el carácter montaraz de don Jerónimo, y sabia que era inexorable con los traidores.

Resolvió por consiguiente no precipitarse, proceder con calma, y ver si podia conseguir algun resultado sin apelar á recursos tan violentos.

No queria confesarse que no la quedaba ninguna

esperanza de recobrar el cariño de su amante, y antes de pensar en la venganza creyó mejor hacer algo para que Tomás volviera á acercarse á ella.

Como estaba enterada de todos los asuntos que se referian á la insurreccion y á los insurrectos, sabía que Tomás era sobrino de don Cleto, á quien conocia desde que fué preso don Venancio Tordesillas.

A él pensó dirigirse en primer término.

Así es, que al llegar á Búrgos dejó su mula en una posada, porque no queria alojarse en casa de su familia, y se encaminó sin pérdida de tiempo á casa del honrado pasante.

Don Cleto acababa de llegar de su escribanía, y su hermana, que se preparaba á poner la mesa, fué quien abrió la puerta.

—¿Está don Cleto?—preguntó Pepita.

—Sí, señora.

—Necesito hablarle.

A este tiempo el pasante se asomó á la puerta, y exclamó reconociendo á Pepita:

—¿Usted por aquí, señora?... Pase usted adelante.

Doña Josefa entró en el gabinete y cerró la puerta.

La hermana de don Cleto, que se habia quedado en la antesala, murmuró:

—¿Qué aire tan descarado tiene esta mujer!

Y se metió en la cocina.

—¿Qué se le ofrece á usted, señora?—preguntó don Cleto, ofreciendo una silla á la recién llegada.

—Señor don Cleto, yo vengo á que me haga usted un gran favor,—dijo Pepita sin sentarse.

- ¿Yo?
- Usted mismo;
- ¿De qué se trata?
- Su sobrino de usted es un tunante.
- ¿Mi sobrino?
- Un bribon!
- Pero ¿cuál de ellos?
- ¡Tomás!
- Aunque á ese no le conozco como á su hermano, respondo de él como de mí mismo.
- Ha sido capaz de engañar á una mujer.
- ¡Señora!...
- O por mejor decir, á dos.
- ¡Ave-María purísima!
- Y eso es una infamia.
- Sí, pero en mi familia no hay nadie capaz de semejante cosa. Usted debe estar mal informada.
- Yo soy una de sus víctimas.
- Usted.
- Yo he sido su querida.
- ¡Por Dios, señora!—dijo don Cleto, ruborizándose hasta las orejas.—Debe usted estar equivocada.
- Cuando yo lo digo, me parece que debo saberlo.
- Es verdad,—repuso el pasante, á quien aquel argumento le parecia convincente.—¿Y qué desea usted?
- Es necesario que me pida perdon.
- Por mí, no hay inconveniente.
- Usted debe decírselo.
- ¿Yo?
- Sí, señor.

—Pero yo no puedo meterme en eso.

—Debe usted escribirle.

—Me guardaré muy bien.

—Y si usted no lo consigue...

—¿Qué?

—Nada.

—¡Ah! Bueno.

—Es decir.

—Acabemos.

—Le denuncio á usted como agente principal del cura Merino.

—¡Señora!

—Lo dicho.

—Usted no hará semejante cosa.

—Vaya si lo haré.

—Pero ¿qué gusto tiene usted en que me fusilen?
¿La ha de querer por eso mi sobrino?

—No me importa.

—Pero á mi sí.

—Pues ofrézcame usted escribirle.

—No me hará caso,—contestó don Cleto, que estaba sudando á pesar del frio que hacia.

—Pues si no se lo hace á usted, le denuncio.

—A él.

—No, á usted.

—¡Vaya un empeño!

—Ocho dias tiene usted de plazo.

—Pero, señora, usted se chancea.

—No me chanceo.

—¿Usted no recuerda que yo, al verme preso, puedo

hacer que la fusilen á usted conmigo? No tengo más que contar lo de Contreras....

—Cuéntelo usted si quiere.

Al decir estas palabras Pepita, que hablando de Tomás y de su traicion se ponía fuera de sí, salió del gabinete, y antes de que don Cleto tuviera tiempo de replicar ya estaba en la escalera, cuya puerta cerró, dando un golpe que resonó como un cañonazo.

—Pero esa mujer está loca!—se quedó diciendo don Cleto.

—¿Quién?—le preguntó su hermana.

—Doña Josefa.

—¿Quién es doña Josefa?

—Ella... ¡Vaya un enredo!

—¿De qué enredo hablas?

Don Cleto, sin contestar, se volvió á meter en su cuarto.

Su hermana le anunció que la comida estaba dispuesta, pero él dijo que no tenía gana de comer.

—¿Estás enfermo?

—No; déjame sólo.

—¿Qué le pasará?—pensó la buena mujer, dejando á su hermano.

Capítulo XLIII

Don Cleto no sabe lo que se hace

El pobre don Cleto no había estado nunca tan apurado.

—¿Qué hago yo?—pensaba.—Esa mujer es muy capaz de cumplir su amenaza. Las mujeres tienen todas el diablo en el cuerpo, y la tal doña Josefa me parece que no es uno sólo, sino toda una legion de demonios la que tiene.

Doña Nicolasa dejó pasar un rato, y viendo que su hermano no salía á comer, entró en el gabinete.

—Pero, hombre,—dijo la buena señora,—que la sopa está hecha una cataplasma.

—Que esté como quiera; ya te he dicho que hoy no como.

—¿Qué te sucede?

—Por ahora nada.

—¿Por ahora?... Es decir que más adelante...

—Sí, más adelante es probable que me fusilen,—dijo don Cleto con una resignacion que hubiera parecido altamente cómica á cualquiera ménos interesada que su hermana.

—¿Que te fusilen?—preguntó doña Nicolasa con terror.

—Así parece.

—No lo querrá Dios.

—Creo que ya va queriendo.

—No digas disparates.

—O por mejor decir...

—¿Qué?

—Quien quiere es esa señora.

—¿Esa?

—La que acaba de salir.

—Ya lo comprendo.

—Pues ella se empeña.

—Pero ¿qué le has hecho tú á esa mujer?

—Yo, nada. Tomás es el que parece que la ha hecho algo.

—¿Tomás?

—Nuestro sobrino.

—¡Ya!

—Y como siempre pagan justos por pecadores...

—Pero, hombre, yo no entiendo una palabra.

Entonces don Cleto contó á su hermana lo que le acaba de decir la viuda.

Doña Nicolasa no volvía de su asombro.

Ella, que tenía una honradez veterana, y que no

habia tenido nunca un novio; apenas lograba comprender nada de aquella historia.

—¿Y qué vas á hacer?—preguntó la hermana luego que don Cleto hubo terminado su relacion.

—¿Qué sé yo? Escribiré á nuestro sobrino.

—Pero ¿qué le vas á decir?

—Eso quisiera yo saber, qué le voy á decir... repuso don Cleto.

—Dile...

—Habla.

Don Cleto quedó pendiente de los labios de su hermana.

Doña Nicolasa iba ya á hablar, pero se detuvo de repente.

—No, no... eso es una tontería.

—¿Qué?—preguntó don Cleto.

—Lo que iba á decirte.

—No importa.

—No.

—Dile... Pues nada, tendrás que acceder á lo que ella desea.

—Bueno, le diré al muchacho: «Querido Tomás: hazme el favor de querer á doña Josefa, porque si no me van á pegar cuatro tiros.»

—Eso es.

—Pero ¿crees tú que él hará caso?

—Hombre, no ha de dejar fusilar á su tío.

—Seria una inhumanidad.

—Y el muchacho, si se parece á Juan, debe ser bueno.

—Eso es lo que me disgusta.

—¿Qué?

—Que según mis noticias, no se parece á su hermano.

—¡Hombre!

—Gil siempre se quejaba de que quería á cuantas veía.

—¡Un veleta!

—Que ahora tal vez ande enamorado de otra.

—Pues si con tanta facilidad se enamora, bien puede hacerte el favor de enamorarse de esta por una temporada.

—En fin, allá veremos.

Don Cleto, cediendo á las instancias de su hermana, consintió en sentarse á la mesa; pero le fué imposible comer, porque hasta la sopa se le atragantaba.

El bueno del pasante no podía apartar de su vista la imagen de Pepita.

Doña Nicolasa tambien comió poco.

Los dos hermanos estaban tan poco acostumbrados á ver turbada la tranquilidad de su vida, que el suceso más insignificante les perturbaba profundamente.

Calcúlese lo que les perturbaria tener que haberse las con una loca, que así habían calificado desde luego á doña Josefa.

—¿Conque vas á escribir hoy mismo á Tomás?— preguntó doña Nicolasa.

—Mujer, si cuanto más lo pienso me parece más disparatado.

—¿Qué vas á hacer entonces?

- Estoy por marcharme ahora mismo de Búrgos.
- ¿Adónde?
- A incorporarme á la partida del cura Merino.
- ¡Cleto, por Dios!
- Allí al ménos estaré seguro.
- Pero si tú no sabes montar á caballo.
- Sentaré plaza en la infantería.
- Tú no has andado nunca media legua.
- Haré las marchas montado en un burro; creo que me lo permitirán.
- ¿Y en las batallas?
- Como no tengo costumbre de estar en pié, llevaré conmigo una silla, y sentado en ella tiraré tiros hasta que me maten.
- Ya veo que tú tambien estás loco.
- ¡Quién me ha metido á mí en estas danzas!—exclamaba el pobre don Cleto, á quien un sudor se le iba y otro se le venia.
- ¿Por qué no hacer una cosa?
- ¿Qué?
- Habla á don Fabian.
- No se me habia ocurrido.
- El es de los vuestros.
- Y además, prefecto de Búrgos.
- Lo que no haga como español.
- Lo hará como afrancesado... Dices bien; voy á verle al momento.
- Y el pobre hombre, sin aguardar ni un minuto más, cogió su sombrero y su paraguas, y corrió desalado á la prefectura.

Don Fabian estaba en su despacho tomando una taza de café, porque acababa de comer.

—¿Qué hay?—preguntó al ver entrar á don Cleto, en cuyo rostro se notaban las señales del terror más profundo.

El pasante contó lo mejor que pudo lo que le sucedia.

Don Fabian no pudo contener la risa.

—¿Eso es todo?—preguntó.

—Me parece bastante.

—No se apure usted.

—¿Que no?

—Todo lo arreglaremos.

—Dios lo haga.

—¿Dónde vive esa mujer?

—No me lo ha dicho.

—Bien; ya la buscaremos... para algo ha de servir la policía.

El antiguo escribano tomó un pliego de papel con timbre de la prefectura, y escribió apresuradamente algunas líneas.

—Vea usted, —dijo luego que acabó de escribir, presentando el papel al bueno de don Cleto.

Este leyó aquel escrito, que era una orden al jefe de la policía para buscar y prender á Pepita, cuyo nombre y señas se detallaban perfectamente, previniendo que una vez presa se la llevara á un convento de monjas situado fuera de la ciudad, donde debía quedar encerrada y sin poder hablar con nadie.

—¿Pero la admitirá la abadesa?—dijo don Cleto.

—Yo la escribiré ahora mismo diciendo que se trata del servicio nacional, y no habrá inconveniente.

—¿Es de los nuestros?

—Ya se supone.

—En los conventos hay buenos encierros.

—Allí la tendremos hasta que se le cure la manía.

—Y diga usted, señor don Fabian...

—¿Qué?

—Si esa mujer hablara en el momento de ser presa.

—No hay cuidado.

—Es de la piel del diablo.

—Pero está tan comprometida como el que más, y no hablará sino en último extremo.

—¿Quién sabe!

—En fin, mandaré al jefe de policía que la ponga una mordaza.

—Me parece muy acertado,—dijo don Cleto, que por verse seguro no hubiera dudado en pedir que cortaran aquella lengua que podía hacer que le fusilasen.

—Una vez presa,—prosiguió don Fabian,—irá usted á verla.

—¿Y o?

—Para ver si se da á partido.

—Mucho lo dudo.

—Bien, si no quiere ser razonable, tiempo hay para tomar las medidas necesarias á la seguridad de todos.

—En último caso, se la enviamos al cura Merino.

Don Cleto estaba feroz

El terror que le habian inspirado las amenazas de

Pepita le tenía fuera de sí, y en aquel momento no hubiera vacilado en incendiar á Búrgos, si con esto creyera ponerse en salvo.

Don Fabian llamó á un portero y le mandó que inmediatamente llevase al jefe de policía la orden que acababa de dictar.

—Ea, ¿ya está usted tranquilo?—dijo á don Cleto.

—Un poco.

—¿Nada más?

—Si no logran prenderla...

—Sí, hombre.

—¿De veras?

—Esta noche duermo en el convento de Trinitarias.

—Sólo así podré yo dormir un poco descansado.

—Pues no tenga usted duda. Pero se me ocurre una cosa.

—¿Qué?

—Ella solía parar en casa de don Venancio.

—No siempre.

—Desde que él está prisionero en Bayona, creo que para en la posada.

—Sí, señor.

—Pero con todo, bueno es que vaya usted á ver á doña Carmen para advertirla lo que sucede.

—Lo que á usted le parezca.

—Tordesillas es amigo nuestro; se encuentra en la desgracia, y merece esta consideracion.

Don Cleto no tuvo nada que replicar.

Tomó el paraguas y el sombrero, y salió de la prefectura.

Una vez en casa de don Venancio, y seguro de que Pepita no estaba allí ni doña Cármen tenia noticia de su llegada á Búrgos, la enteró de todo.

Doña Cármen, que ya sabia algo de la conducta ligera de su prima, se avergonzó delante de don Cleto al ver la falta de decoro con que hacia públicos sus devaneos.

Don Cleto la dió las mayores seguridades de que se evitaria el escándalo por consideracion á Tordesillas y á su familia, y que no se haria nada más que lo que fuera absolutamente indispensable, para evitar que un arrebato de aquella mujer frenética produjera á todos desgracias sin cuento.

La esposa de Tordesillas, mujer intachable y madre virtuosísima, dió las gracias al pasante de escribano.

Don Cleto, terminada aquella comision, corrió á su casa para tranquilizar á su hermana.

—¿Ves como yo decia bien?

—Sí, mujer. Ese don Fabian no encuentra obstáculos para nada.

—Así debian ser todos los hombres.

Don Cleto no contestó. Conocía que su hermana tenia razon, pero sabia que no dependia de él dejar de ser tímido y apocado.

—Sobre todo proponiéndose no salir á la calle más que lo absolutamente preciso, y eso cuidando de llevar siempre el velo echado á la cara.

Una vez en casa de don Venancio, y seguro de que Pepita no estaba allí ni doña Carmen tenía noticia de su llegada á Búrgos, la entéro de todo.

Doña Carmen, que ya sabía algo de la conducta irregular de su prima, se avergonzó delante de don Cleto al ver la falta de decoro con que hacía públicos sus de-

Capítulo XLIII

Don Cleto la dio las más oportunas lecciones de que se evitaría el escándalo por consideración á Tordesillas y á su familia, y que no se haría nada más que lo que fuera absolutamente indispensable, para evitar que un atropello de aquella mujer frenética produjera á todos desgracias sin cuento.

La esposa de Tordesillas, mujer intachable y madre virtuosísima, dió las gracias al pasante de escribano.

Pepita se había alojado en una posada situada en la calle de Nuño Rasura, es decir, cerca del paseo llamado de los Cubos.

Como aquel es un barrio apartado, lleno de callejas poco frecuentadas, se creía allí más segura que en ninguna parte.

Y al hablar de seguridad, entiéndase que no queríamos decir que la hermosa viuda temiera nada de la policía, sino que, como quería permanecer en Búrgos de incógnito, allí creía difícil que la viera ninguna persona de su familia, ó de los muchos amigos y conocidos que en la capital tenía.

Sobre todo proponiéndose no salir á la calle más que lo absolutamente preciso, y eso cuidando de llevar siempre el velo echado á la cara.

Pero la policía averiguó fácilmente su paradero.

El comisario á quien don Fabian habia dado el encargo de buscarla, no hizo más que enviar sus agentes á todos los paradores de la ciudad, dándoles las señas de la viajera.

El dueño de la posada del *Caballo Blanco*, á quien doña Josefa no habia encargado que guardara el secreto, muy ajena de que pudiera ser objeto de tales pesquisas, dijo que efectivamente aquella misma mañana habia llegado á su casa una señora, cuyas señas convenian exactamente con las que le daba el agente.

En seguida el comisario se presentó en la posada y tomó sus disposiciones para verificar su prision por la noche.

Ya iba cayendo la tarde. Pepita, que ni remotamente sospechaba el peligro que corria, habia pedido que la sirviesen de cenar en su cuarto.

La viuda no llevaba consigo ninguna criada, y por consiguiente la servía la Maritornes del parador del *Caballo Blanco*.

Nuestra heroína habia hecho el viaje como solia hacer todos los suyos, montada en su mula del paso, con un peaton que la sirviera de guia.

Al llegar á Búrgos despidió al peaton y encargó al posadero que cuidara de la mula.

Acababa de cenar, no de muy buena gana, y serian las diez de la noche, cuando sintió que daban unos golpecitos á la puerta de su cuarto.

—¿Quién es?—preguntó sin levantarse.

—Abra usted,—contestó desde fuera una voz desconocida.

—¿A quién?

—A la autoridad.

Pepita cambió de color y permaneció un momento perpleja.

Pero los golpes dados á la puerta se repitieron algo más imperiosos que la primera vez, y doña Josefa, que por hallarse entonces alejada de la conspiración y ser ajena á los trabajos de la Junta insurreccional de Búrgos no tenía nada que temer de las autoridades francesas, se levantó y descorrió el cerrojo, que ya había echado.

Al abrir la puerta se presentó en ella un comisario con dos agentes de policía.

—¿Qué significa esto?—preguntó con altivez la viuda.

—Tranquilícese usted, señora,—repuso el comisario.

—Debe usted venir equivocado.

—Eso es lo que veré cuando usted me haga el favor de enseñarme su pasaporte.

Doña Josefa sacó del pecho una bolsilla, y de ella un papel, que entregó al comisario.

Era un pasaporte en regla, en el que constaban su nombre y apellidos.

El comisario lo leyó con atención.

—¿Está usted ya convencido?—preguntó Pepita.

—Sí, señora, estoy convencido de que es á usted á quien busco.

—¿A mí?

—De orden del señor prefecto, está usted presa, —dijo el comisario.

—¡Señor comisario!... —exclamó doña Josefa pálida de ira.

—Ruego á usted que no levante la voz. Tengo las órdenes más severas para no permitir que se comunique con nadie.

—Tengo en Búrgos personas que me conocen, —dijo la hermosa viuda dominando su cólera, porque el tono firme, pero comedido, del agente de la autoridad, la imponía respeto.

—Esa no es cuenta mia.

—Pero esto debe ser una equivocacion.

—Me alegraré infinito, —contestó el comisario.

—¿Y adónde va usted á llevarme?

—Al convento de Trinitarias.

—¿A un convento!

—Es la prision más decorosa para una señora.

Pepita no sabia qué pensar.

De pronto la ocurrió una idea.

—¿Dice usted que me prende de orden del prefecto de Búrgos?

—Sí, señora.

—Todo me lo explico.

—En cualquier caso, ruego á usted que me siga y no hable con nadie ni una sola palabra, pues como he dicho antes, tengo órdenes severisimas para impedirlo, y sentiria tener que apelar á ciertos recursos.

Hasta la policia es galante con las mujeres hermo-

sas, y el comisario procuraba desempeñar su misión con la mayor delicadeza posible.

Pepita se dejó caer en la silla anonadada.

Había recordado que don Fabian estaba en secreta inteligencia con la Junta insurreccional, y comprendió que, enterado de todo por don Cleto, se valía en aquel momento de su autoridad, no para servir á los franceses, sino por favorecer á los españoles.

En el primer arrebato de su ira, pensó empezar á dar voces y denunciarlo todo.

Pero al momento se la ocurrió que esto equivalía á denunciarse á sí misma; recordó la parte que había tenido en la prision de Contréras, y calculó que decir una palabra equivalía á firmar su propia sentencia de muerte.

Resolvió seguir callando hasta el último extremo, y cayó en el abatimiento más profundo.

El comisario respetó su dolor y su silencio cerca de un cuarto de hora.

Al fin, viendo que doña Josefa no se movía, ni siquiera reparaba en él, dijo:

—Señora...

—Es verdad... Vamos, — exclamó Pepita, levantándose de repente y cogiendo con un movimiento nervioso un manton de abrigo que tenía sobre la cama.

Antes de salir del cuarto el comisario la dijo: —

—Si usted quiere evitar el escándalo, puede tomar mi brazo y salir de la posada como si viniera conmigo voluntariamente. En la calle hay un coche que nos llevará al convento, y aquí se quedará un agente para

recoger todo lo que á usted pertenezca, y se lo llevará mañana por la mañana.

Pepita, que se encontraba en un terrible estado de exaltacion nerviosa, tomó por toda respuesta el brazo que la ofrecia el comisario, y dijo en tono breve y resuelto:

—Vamos.

Y los dos salieron de la posada, sin llamar la atencion de dos ó tres arrieros que dormitaban en el patio.

La noche estaba húmeda y fria.

Pepita saltó con ligereza al pesadísimo carruaje que estaba delante de la puerta; el comisario entró detrás de ella, y un momento despues la enorme máquina se puso en movimiento.

Sin duda el cochero ya sabia adónde iban, porque el comisario no tuvo que decirle nada.

El paseo no era corto, y el cochero, sin duda por órden superior, habia emprendido el camino más largo.

En lugar de ir por el centro de la ciudad tomó por las afueras, y siguiendo la calle de San Estéban, pasó delante del castillo y por el arco de San Gil atravesó la antigua carretera de Santader, en cuyas inmediaciones estaba el convento de Trinitarias.

Esto significaba cerca de tres cuartos de hora de marcha.

A pesar de lo avanzado de la hora, pues eran más de las once y media, en el convento no hicieron esperar á los recién llegados ni siquiera un minuto.

No bien se paró el carruaje, cuando se abrió la puerta y apareció en ella el demandadero con un farol en la mano.

Pepita en todo el camino habia hablado una palabra.

El comisario se apeó primero y presentó la mano á su prisionera; pero esta no se dignó apoyarse en ella, y de un salto se bajó del coche.

—Entre usted,—dijo el agente de la autoridad á Pepita.

La jóven no se hizo repetir la invitacion, porque el viento era muy desagradable.

—Una vez en la portería, el comisario preguntó al desmandadero:

—¿La madre abadesa?

—Está en el locutorio.

—Vamos.

Pepita y el comisario siguieron al guardian de aquella fortaleza, que tal parecia el convento, si se atendia al espesor de sus muros y á lo grueso de las puertas y cerrojos que servian para cerrar aquella mansion destinada á la virtud y al retiro.

La abadesa estaba efectivamente en el locutorio, y tanto esta circunstancia, como la presteza del portero en abrir la puerta, prueban que se habia recibido oportunamente el aviso de don Fabián, y que habia surtido efecto.

—Buenas noches, madre abadesa,—dijo al entrar el comisario.

—Muy buenas,—replicó una voz gangosa detrás de la reja del locutorio.

—Aquí está la señora que traigo al convento de orden superior.

—Ya estoy enterada de todo,—replicó la monja.

En aquel momento se abrió una puertecilla pequeña que habia al lado de la reja.

—Pase, hermana,—dijo á Pepita una novicia que apareció en el dintel.

Doña Josefa entró sin pronunciar una sílaba.

El comisario, acercándose á la reja, entregó á la abadesa un papel, que sin duda contenia las últimas instrucciones, y se despidió de ella, saliendo con el demandadero.

La abadesa entonces se acercó á Pepita, y con una mirada rápida la examinó á luz de una lámpara que la novicia tenia en la mano.

—Vaya, hermana, la llevaremos á su celda,—dijo á doña Josefa.

—Mejor direis á mi calabozo,—contestó la viuda, que desde hacia más de una hora no habia despegado los labios.

—No será sino celda mientras no dé motivo para otra cosa.

La abadesa echó á andar al decir estas palabras, y doña Josefa y la novicia la siguieron por el largo y oscuro corredor que tenian delante.

Al llegar á una puerta entornada, por cuyo resquicio se veia luz, la abadesa la empujó suavemente, y las tres mujeres entraron en la celda destinada á Pepita.

—¿Se le ofrece algo, hermana?—preguntó la abadesa.

—Nada,—replicó con sequedad la prisionera.

—Pues que duerma bien, y hasta mañana.

Pepita no respondió.

La abadesa y la novicia salieron de la celda.

Pepita encajó la puerta, que no podía cerrarse por dentro, y sin desnudarse ni apagar la luz que ardía sobre la mesa, se arrojó en la cama y rompió á llorar amargamente.

El comitán, acercándose á la reja, entregó á la abadesa un papel, por el cual contenía las últimas instrucciones, y se despidió de ella, saliendo con el encargado.

La abadesa entonces se acercó á Pepita, y con una mirada rápida la examinó á los de una lampara que la novicia tenía en la mano.

—Vaya, hermana, la llevaremos á su celda,—dijo.

—Mejor diría á mi celda,—contestó la viuda.

—No será sino celda mientras no dé motivo para los labios,—dijo la abadesa.

—La abadesa cobó á andar al decir estas palabras, y

la novicia y la novicia la siguieron por el largo y oscurito corredor que tenían delante.

Al llegar á una puerta entornada, por cuyo resplandor se veían las abadesa la empujó suavemente, y las tres mujeres entraron en la celda destinada á Pepita.

—¿Se le ofrece algo, hermana?—preguntó la abadesa.

—Nada,—replicó con seducida la prisionera.

—Pues que duerma bien, y hasta mañana.

Capítulo XLIV

En la celda

Doña Josefa pasó casi toda la noche en vela.

Al amanecer, el cansancio de aquel día, tan lleno de emociones, pudo más que su agitación nerviosa, y se quedó dormida sobre la cama.

Pero su sueño duró poco.

Los primeros rayos de sol que penetraron á través de la celosía, porque los postigos de la ventana se habían quedado abiertos, la despertaron.

Entonces pudo examinar detenidamente el aspecto de su prision, porque para ella la celda no era otra cosa.

Lo primero en que fijó sus miradas fué la ventana. ¿A qué prisionero no le sucede otro tanto?

La ventana, es decir, el aire, la luz, tal vez la libertad, si las circunstancias se presentan un poco favorables.

No hay recluso cuyo primer pensamiento no sea la evasión.

Pepita no podía sustraerse á esta regla general.

Pero por su desgracia, la ventana de su celda dejaba pocas esperanzas en este punto.

Víctor Hugo, en su novela *Los Miserables*, que tiene tantas bellezas y tantos defectos, bellezas de primer orden y defectos tan grandes como el genio de su autor, ha dedicado un capítulo entero á esa profusion de rejas y cerrojos que sirven para encerrar á las Vírgenes del Señor, como si en lugar de tratarse de tímidas mujeres consagradas voluntariamente á la vida contemplativa, se tratara de terribles foragidos, para los cuales no hay barra de hierro que sea bastante fuerte, ni precaucion ociosa.

Este capítulo del escritor francés es admirable, acaso el mejor de su obra, y podria sin inconveniente reproducirse al tratar de cualquier convento, á no ser por respeto á los fueros de la propiedad literaria.

El de las monjas Trinitarias de Búrgos, no era una excepcion de la regla general.

Pepita, pues, se encontraba en una habitacion cuya reja hubiera podido resistir los esfuerzos de un presidiario acostumbrado á las faenas más duras.

En cuanto á las puertas del edificio, ya la noche anterior habia tenido ocasion de ver que eran tan sólidas como las de un castillo, y estaban perfectamente cerradas.

La puerta de su celda estaba abierta, es cierto, pero esto mismo demostraba la seguridad que habia de que no pudiera salir del edificio, y no hacia más que ensan-

char un poco su cárcel, permitiéndola circular libremente por el convento.

Desde su ventana veía la huerta, y pudo observar que las tapias eran altísimas, y escalarlas trabajo muy superior á sus fuerzas.

Lo que más la aterraba era la seguridad de que se encontraba sola, no ya en el convento, sino en la ciudad y en la provincia, casi en el mundo.

Todos los presos se consuelan con la idea de que fuera de su cárcel hay alguno que se interesa y trabaja por su libertad.

El más desdichado, confía en los jueces que han de juzgarle y en el defensor, que procurará sacarle libre.

Pepita no podía tener ni esta esperanza.

Aunque presa en nombre de la autoridad, estaba segura de que don Fabian no había atendido más que á sus intereses de conspirador y no á su deber de prefecto.

Por consiguiente, no esperaba ser juzgada.

Es verdad que en Búrgos tenía amigos y parientes; pero ¿cómo avisarles? ¿cómo lograr que se interesaran por ella?

El comisario de policía la había dicho que estaba incomunicada.

Es verdad que la puerta abierta de su celda probaba que podría hablar con las monjas; pero hablar con las monjas es lo mismo que no hablar con nadie.

Además de que ellas tienen poca ó ninguna comunicación con el exterior, Pepita estaba segura de que la abadesa había ya dado órdenes severas para que nin-

guna pudiera servir de intermediaria entre la reclusa y el resto de las gentes. La hermosa viuda sabia por experiencia que las juntas insurreccionales españolas no hacian las cosas á medias.

Y no tenia la menor duda de que se hallaba en poder de la Junta insurreccional.

El recuerdo de Contreras habia turbado la tranquilidad de Pepita toda la noche.

Contreras habia caido como ella en un lazo, en un lazo que ella habia tendido, y maniatado, indefenso, habia salido de Búrgos, yendo á Pineda de la Sierra á morir fusilado por la inexorable justicia del cura Merino.

El delito de Contreras era la traicion á su patria.

Y ella habia amenazado á don Cleto con delatar los secretos que poseia por vengarse de Tomás.

Aun no habia cometido el crimen, pero era ya sospechosa.

Y don Jerónimo no mostraba grandes escrúpulos para castigar ó prevenir los delitos que pudieran perjudicarle.

Doña Josefa habia momentos en que creia que iba á ser enviada al terrible sacerdote, y entonces temia hasta por su vida.

Luego entraba en ella la reflexion, y comprendia que su temor era absurdo.

A eso de las ocho de la mañana se presentó en la celda una novicia, que llevaba á la reclusa el chocolate.

Con la novicia iba la madre abadesa.

Era esta una mujer alta, delgada, de aire distinguido y ademanes aristocráticos.

Llevaba el hábito con cierta elegancia, y su voz, aunque un poco gangosa, no carecía de distinción.

A la legua se conocía que era una mujer de buena sociedad, retirada del mundo despues de haber hecho en él un papel nada secundario.

La novicia dejó el chocolate sobre la mesa y se retiró.

Pepita, que estaba sentada junto á la ventana, se puso en pié al ver á la abadesa por un movimiento instintivo de respeto.

Tal es el poder de la autoridad en todas las ocasiones de la vida, que siempre rodea al que la ejerce de una aureola.

—Buenos dias, señora,—dijo la abadesa, tomando una silla y acercándose á la reclusa.

—Buenos dias,—contestó Pepita, que á pesar suyo habia modificado el tono grosero con que la víspera habia hablado á la monja.

—¿Habeis dormido bien?

—No he dormido,—contestó tristemente la linda viuda.

—Tomad el chocolate.

—No tengo gana.

—Para eso no se necesita.

El tono de la abadesa era tan dulce, tan persuasivo, que Pepita se vió obligada á acercarse á la mesa y á tomar algunas sopas de chocolate.

Luego bebió un sorbo de agua.

En seguida preguntó dirigiéndose á la abadesa:

—¿Podré saber, señora, por orden de quién estoy en este sitio?

—Me es imposible contestaros.

—¿Imposible!

—Sí tal.

—¿Pero sabeis que el dia que yo salga de aquí puedo quejarme, y os exponeis á graves disgustos?—repuso Pepita.

—Obedezco á mis superiores, hija mia, y no temo nada.

—¿Y no podeis decirme al ménos cuánto tiempo va á durar mi reclusion?

—Lo ignoró.

—¿Pero, Dios mio, esto es horrible!— exclamó desesperada la jóven viuda.

—Tranquilizaos; nada lograreis con vuestra desesperacion. Es preciso resignarse con las contrariedades de la vida. Yo no sé quién sois, ni por qué se os envia á este sitio. Ignoro si sois culpable ó inocente; pero de todos modos, tened confianza en Dios y rogad á su Madre que os dé alivio y consuelo.

—¿Tranquilizarme, señora? Eso se dice fácilmente; pero cuando no se ha cometido ningún delito, encontrarse de repente secuestrada en medio de una ciudad populosa, encerrada entre cuatro paredes, enterrada en vida y no se sabe por cuánto tiempo, ni hay tranquilidad de ánimo para orar, ni es posible otra cosa que desesperarse.

—He creído que era mi deber hablaros como lo he

hecho y venir á enterarme de cómo habíais pasado la noche,—dijo la abadesa levantándose.

—Os doy mil gracias.

—Por lo demás, mis ocupaciones no me permiten estar aquí más tiempo. Haré que os traigan la comida á vuestra celda; podeis bajar cuando querais á pasear por la huerta, y circular libremente por todo el convento. Lo único que os está prohibido es hablar como no sea conmigo ó con alguna persona que venga á veros y traiga superior permiso. Es inútil que trateis de faltar á esta regla, porque estoy segura de que nadie os escucharía.

—Está bien,—dijo Pepita, que sentía encenderse nuevamente su ira al oír aquellos detalles que la recordaban su verdadera posición en el convento.

—Si se os ofrece algo, podeis ir á buscarme á mi celda.

Al decir esto la abadesa, salió reposadamente.

Pepita permaneció algunos minutos en la puerta sin saber lo que la sucedía.

Cada vez parecía más grave su situación á la joven viuda.

El tono de seguridad con que había hablado la abadesa, probaba que estaban seguros de retenerla allí mucho tiempo, tal vez para siempre.

La joven, que era valiente por naturaleza, comenzó á acobardarse al ver que estaba sin defensa en poder de un enemigo misterioso, que podía aniquilarla sin la menor responsabilidad.

No hay valor que baste para soportar una de esas

situaciones en que no se sabe cuándo ni cómo ha de venir el golpe.

De todos los peligros, el que más abate el ánimo es el desconocido.

Y este era precisamente el que aguardaba Pepita

Sumida en tan tristes reflexiones hallábase la pobre mujer, cuando la avisaron para que fuera al locutorio, donde la esperaba una visita.

Doña Josefa echó á correr desalada, no dudando que iba á encontrar un rayo de luz que iluminara la oscuridad de su porvenir.

El que estaba en el locutorio era don Cleto.

—¿Usted aquí?—preguntó Pepita con rabia.

—Yo mismo.

La suerte de don Cleto en aquel momento, fué que la reja del locutorio se componia de barrotes fuertes y muy unidos unos á otros, porque de lo contrario es posible que Pepita le hubiera despedazado.

—¿Me guarda usted rencor, señora?—preguntó el pasante, que á través de los huerros veia que la viuda le dirigia miradas de odio capaces de hacer retroceder á un gigante.

—¿Viene usted á burse de mí, á gozarse en su obra?—exclamó la jóven.

—De ningun modo.

—Seria una conducta muy digna del que me ha secuestrado en este sitio.

—¿Yo?—preguntó don Cleto con asombro.

—Es inútil que usted finja.

—Ni á mí me gusta hacerlo.

—Lo celebro infinito.

—Yo he sido la causa efectivamente del encierro que usted sufre.

—Ya lo suponía.

—Pero no soy quien la ha traído aquí.

—También lo he visto. Sin duda le dió á usted vergüenza ponerse delante.

—Yo no me avergüenzo de mis buenas acciones,—respondió don Cleto, cuya calma contrastaba con la agitacion de su interlocutora.

—¿De sus buenas acciones?—preguntó Pepita.

—He impedido á usted cometer un delito de lesa traicion contra la patria.

—Y ha salvado usted su persona,—interrumpió la viuda con desprecio.

—Me parece que todo el que se halla amenazado de un peligro, tiene la obligacion de defenderse,—repuso don Cleto.

—No cometiendo una vileza.

—No es vileza un acto que sin perjuicio de nadie me salva á mí y salva también á usted, pues de realizar sus propósitos, lo hubiera pasado por lo ménos tan mal como yo.

—¿Quién sabe!

—Los dos sabemos...

—¿A qué viene usted aquí?

—A una cosa muy sencilla: á ofrecer á usted la paz ó la guerra.

—¿La paz?

—Sí.

—¿Con usted?

—Connigo... ó con otros. Yo no soy nada en este asunto. Usted quiere valerse de mí como de un instrumento, pero por fortuna sus planes están frustrados.

—Todavía no.

—Es indudable.

—Lo veremos.

—Creo que ya está visto. Hemos parado el primer golpe, y en nosotros consiste que no se intente el segundo.

—¿En usted?...

—Y en usted misma.

—¿Cómo?

—Aceptando la paz que le propongo.

—Hable usted.

—Si usted quiere ser razonable...

—¡Caballero!—exclamó con indignacion Pepita, interrumpiendo al pasante.

—Señora,—replicó este con calma,—me parece que la situacion es bastante grave, para que hablemos sin rodeos.

—Explíquese usted.

—Decia, que si usted quiere ser razonable, si renuncia para siempre á sus locos devaneos con mi sobriño...

—Señor mio, no tolero que se me insulte.

—Señora, usted misma es quien me hizo ayer esa confianza.

—Continúe usted. Si accedo á lo que se exige de mí, saldré de aquí, ¿no es esto?

—Saldrá usted... —

—¡Ah!

—Con su cuenta y razon,—dijo don Cleto, terminando su frase.

—No comprendo.

—Despues de las amenazas que me hizo usted ayer, no seria prudente que la dejáramos en situacion de cumplirlas, y acaso lo más acertado seria tal vez que permaneciera usted encerrada hasta que terminara la guerra y no pudiera ponernos en peligro con su imprudencia.

—Bien sabe usted que eso es imposible.

—En Búrgos seria difícil, si la guerra se prolongara.

—En ese caso.

—Usted olvida que hay ciudades en que mandan los españoles. Cádiz por ejemplo, donde es fácil guardar á un prisionero de Estado.

—¡Cádiz?

—Y no hay necesidad de ir tan lejos. Sin salir de la provincia de Búrgos, los españoles son dueños de Aranda, donde se encuentran algunos conventos en que la reclusion es posible. En cuanto al viaje, ya usted sabe que no es difícil. Forzando un poco la marcha, un carruaje podria llevar á usted hasta los alrededores de Lerma, donde se encuentran tropas del cura Merino, mandadas precisamente por su hermano, que daría unos cuantos ginetes para que la escoltaran á usted hasta Aranda en caso necesario.

Pepita guardó silencio.

Sabia que todo lo que estaba diciendo el pasante era la pura verdad, y que no la quedaba ninguna esperanza de fugarse.

Lo que más la aterraba era la eventualidad de que la enviaran á Aranda.

Temia el carácter feroz del cura Merino, y además tenia vergüenza de presentarse delante de él despues de lo ocurrido.

Pero no quiso darse por vencida.

—Yo gritaré,—dijo;—desde aquí á Lerma, fuerza será que alguien me oiga, y entonces acabará mi martirio.

Don Cleto llevaba bien estudiada la leccion, y tenia respuesta para todo.

—Usted olvida que hay medios de hacer callar á los que importa que no hablen.

—¿El asesinato?...

—No tanto.

Al pobre hombre le repugnaba pronunciar la palabra *mordaza*, y Pepita estaba muy lejos de sospechar que la noche anterior habia estado muy cerca de sufrir una, que el comisario llevaba á prevencion para impedir que hablase.

—¿Es decir, que están ustedes resueltos á todo?—preguntó la viuda.

—A todo,—repuso don Cleto.

—Pero si yo logro que alguien me oiga,—dijo irritada la jóven viuda;—si le acuso á usted, al prefecto, á mí misma...

—Ya he dicho que eso no es fácil.

—Pero es posible. Cuando creyó que ya podía haberlo

—Aun en ese caso. Le dije de su posición, rompió el silencio

—¿Qué? —Conque usted me dice si quiere

—En el hospital de Búrgos hay una sala de observación para los enagenados. —¿Es posible la paz?

—¿Se atreverían ustedes á declararme loca? —exclamó Pepita.

—El médico es quien lo haría probablemente.

—¿El médico? —Enunciando la voz todo lo que pudo

—Es español... —¿Con qué condiciones?

—Sí. —Y a celebraría mucho poder decir á usted

—Y de los buenos, —añadió don Cleto, acentuando la palabra de un modo significativo. —¿Y acaso no

—Pero las gentes... —Pepita

—No tendrían dificultad en creer que había perdido la razón una mujer que acusaba á un hombre tan inofensivo como yo, á don Fabian, que es la primera autoridad civil de la provincia en nombre del rey José, y por último á sí mismo, que loco y bien loco se necesitaba estar para levantar uno con sus propias manos el patíbulo en que han de ahorcarle. —Muy poca cosa

Pepita estaba vencida en todos los terrenos. —Buenos

Don Cleto, ó por mejor decir don Fabian, que era quien le había preparado para aquella conferencia, había previsto todas las eventualidades, y el pasante discutía con una lógica inflexible y una calma aterradora. —Usted algunos meses en este retiro

La hermosa jóven se hallaba presa en una red, por cuyas espesísimas mallas la era imposible escapar.

Don Cleto la dejó reflexionar algunos momentos.

Cuando creyó que ya podía haber comprendido todo lo difícil de su posición, rompió el silencio.

— Conque usted me dirá si quiere la paz ó la guerra.

— ¿Es posible la paz?— preguntó con amargura doña Joséfa, cuyas mejillas se veían surcadas por gruesas lágrimas.

— Ya he dicho antes que sí,— respondió don Cleto, dulcificando la voz todo lo que pudo.

— ¿Con qué condiciones?

— Ya celebraría mucho poder decir á usted que nos bastaba su palabra.

— ¿Y acaso no basta?— preguntó con altivez doña Pepita.

— El asunto es demasiado grave, y está muy exaltada por esa maldita pasión para que no sea de temer un nuevo arrebató.

— Acabe usted.

— Voy á ello.

— ¿Qué se exige de mí?

— Muy poca cosa.

— Bien.

— En primer lugar, es preciso que usted se calme, y eso no puede ser más que obra del tiempo.

— Adelante.

— Por consiguiente, será necesario que permanezca usted algunos meses en este retiro.

— ¿Algunos meses?

— Sí, la tranquilidad y el recogimiento mitigan los dolores del alma.

—¿Es una burla?

—Dios me libre.

—Si usted opta por continuar aquí, será atendida en todo; podrá escribir y recibir cartas, siempre que la madre abadesa lea unas y otras; le será permitido recibir visitas, aunque la misma señora debe estar presente.

—Basta;—interrumpió Pepita con ira.

—Lo que usted quiera.

—¿Ha creído usted que yo iba á aceptar esas condiciones?

—Yo no he creído nada.

—Ha hecho usted bien.

—Pero me parece mejor estar aquí una temporada de grado, que ir por fuerza Aranda de Duero.

—A mí me es indiferente.

—Todavía hay otro medio.

—¿Cuál?

—Consienta usted en marchar al extranjero. Una persona de confianza la acompañará hasta Inglaterra.

—¿Yo expatriarme?

—En Londres podrá usted vivir libre.

—Nunca.

—Corriente.

—¿Qué iniquidad! exclamó Pepita en voz ahogada por el llanto.

—Vamos, señora,—dijo don Cleto, ya compadecido,—piénselo usted bien.

—No, nó...

—¿Qué gana usted con ir presa á Aranda?

Esto era precisamente lo que más temía la bella castellana.

—Si yo pudiera dar á usted un consejo,—añadió el pasante,—la aconsejaría que no fuera tampoco al extranjero. Aquí se la tendrán toda clase de consideraciones. Rodeada de estas santas mujeres, encontrará usted la calma que necesita su corazón, y de usted dependerá que la reclusion sea más ó menos larga.

—¿De mí?

—¿Qué interés ha de tener nadie en que permanezca usted aquí cuando su salida no ofrezca peligro? En cuanto usted vuelva á sus ideas de razón y de patriotismo, quedará libre. Repito que lo piense usted bien. Este no es el momento oportuno. Yo volveré dentro de tres días por la respuesta.

Al decir estas palabras, don Cleto tomó su sombrero y su indispensable paraguas, y se dispuso á marchar.

Antes de salir preguntó á Pepita:

—¿Han traído ya los objetos que tenía usted en la posada?

—Sí,—repuso la viuda.

—Pues lo dicho: hasta dentro de tres días.

Y el expasante de don Fabian salió del locutorio.

Pepita se quedó pegada á la reja, y ya hacia cerca de un cuarto de hora que don Cleto se había marchado, cuando aún le estaba viendo.

Las palabras del honrado burgalés resonaban en sus oídos.

Largo rato tardó en sustraerse á aquella especie de influencia magnética.

Cuando volvió en sí, tomó el corredor que conducía á su celda, y echó á andar lentamente.

Parecía que deseaba conservar bien grabadas en su imaginacion todas las palabras que habian mediado en aquella importante conferencia, y como si todavía las oyera repetidas en su memoria por un eco extraordinario, no quería que las turbara ni el ruido de sus pisadas.

Entró en su celda y se acercó á la ventana, mirando con distraccion al cielo y aspirando con fuerza el aire que necesitaban sus pulmones.

En aquel momento no pensaba.

Estaba aturdida por lo que acababa de oír.

La lucha habia sido demasiado terrible, y necesitaba algun tiempo para reponerse.

Las facultades intelectuales necesitan cierto reposo para entrar en ejercicio.

Cuando se acaba de recibir un gran golpe, no se piensa.

Doña Josefa aún no habia acabado de darse cuenta de lo que la sucedia.

Don Cleto se presentaba entonces á sus ojos como un sér sobrenatural.

Siempre la habia inspirado risa, y en aquel momento la daba miedo.

Aquel hombrecillo ridículo que más de una vez habia sido objeto de sus burlas, se trasformaba para ella en un gigante pavoroso, árbitro de su destino.

La verdad es, que don Cleto habia estado á la altura de las circunstancias, desempeñando su mision de un modo admirable.

La solemnidad del caso había dado gravedad á sus palabras.

Sus ademanes habían sido dignos; y el tono de su voz mesurado y enérgico.

No había pecado por carta de más ni por carta de menos.

Pocos hombres en su caso hubieran salido tan airosos.

Entró en su celda y se acercó á la ventana, mirando con distracción al cielo y aspirando con fuerza el aire que necesitaban sus pulmones.

En aquel momento no pensaba.

Estaba aturvido por lo que acababa de oír.

La lucha había sido demasiado terrible, y necesitaba algún tiempo para reponerse.

Las facultades intelectuales necesitan cierto reposo para entrar en ejercicio.

Cuando se acaba de recibir un gran golpe, no se piensa.

Don Cleto se presentaba entonces á sus ojos como un ser sobrenatural.

Siempre la había inspirado risa, y en aquel momento le daba miedo.

Aquel hombrillo ridículo que más de una vez había sido objeto de sus burlas, se transformaba para ella en un gigante pavoroso, árbitro de su destino.

La verdad es, que don Cleto había estado á la altura de las circunstancias, desempeñando su misión de un modo admirable.

Capítulo XLV

Una tréguva que es una lucha

Pepita se habia resignado gustosa á seguir en Burgos encerrada en el convento, si no creyera que esa resignación era en realidad un amor de Tomás.

Conociendo el carácter del joven y no pudiendo calificar la impresión que le habia causado la muerte de Amalia, creía que no tardaría en enamorarse de otra. Ella libre, se podía dar todas sus fuerzas para conseguir que volviera á amarla; pero encerrada en un convento, se veía reducida á la impotencia. Estaba, por lo tanto, anticipadamente celosa, y los celos no la dejaban discurrir bien.

Veía á Tomás en medio de una multitud, embriagándose en sus caricias, debiendo en sus labios torrentes de pasión, y una nube pasaba por sus ojos y sentía una especie de vértigo, y tenía intención de romperse la cabeza. Pasadas algunas horas, Pepita se fué serenando un poco.

Sus ideas lograron ordenarse, y pudo pensar formalmente en su situación.

Las proposiciones y las amenazas de don Cleto se presentaron entonces claramente en su imaginación.

El pasante habia dicho la verdad.

De grado ó por fuerza, no tenía más remedio que someterse á sus enemigos.

Emigrar al extranjero ó permanecer reclusa en el convento, sin saber á punto fijo cuándo concluiría su reclusión, ó someterse á todas las consecuencias de su rebeldía, dejarse llevar á Aranda de Duero en calidad de presa y sufrir un juicio que no sabía adónde podía conducirla.

Pepita se hubiera resignado gustosa á seguir en Búrgos encerrada en el convento, si no creyera que esto equivalia á renunciar al amor de Tomás.

Conociendo el carácter del jóven y no pudiendo calcular la impresion que le habia causado la muerte de Amalia, creia que no tardaria en enamorarse de otra.

Ella libre, se proponia luchar con todas sus fuerzas para conseguir que volviera á amarla; pero encerrada en un convento, se veia reducida á la impotencia.

Estaba, por lo tanto, anticipadamente celosa, y los celos no la dejaban discurrir bien.

Veia á Tomás en brazos de otra mujer, embriagándose en sus caricias, bebiendo en sus labios torrentes de pasion, y una nube pasaba por sus ojos y sentia una especie de vértigo, y tenia intencion de romperse la cabeza contra las paredes de su celda y poner fin de una vez á su tormento.

La pasion de Pepita no era un amor puro, inmenso, celestial, como el que habia llevado á Amalia á la tumba: era uno de esos arrebatos de las mujeres de naturaleza ardiente y que puede llevarlas á cometer los mayores crímenes.

En aquel momento sobre todo, estaba exacerbadada por los celos.

Se sentia además humillada, impotente, y nada irrita más que la impotencia á los caracteres fuertes.

Formaba mil planes á cual más descabellados.

En los momentos en que la razon recobraba algún tanto su imperio, conocia que todos ellos eran irrealizables.

Entonces lloraba y se resolvía á aceptar las proposiciones de don Cleto.

Pero luego volvian á hablar su amor y su orgullo de mujer, y la lucha se entablaba de nuevo.

Damos á su pasion el nombre de amor, aunque ella creia que era odio.

Odiaba á Tomás ó creia odiarlo, pero esto no era sino amor, amor impetuoso, tal como ella era capaz de sentirlo.

Hubiera querido ver muerto á su amante, y por eso creia que le odiaba.

Pero hubiera querido verle muerto, porque pensaba que sólo de este modo seria enteramente suyo, de la única manera que ya podia serlo.

Jamás bajo el techo blanco y tranquilo de aquella celda se habian agitado ideas tan tempestuosas como las que bullian en el cerebro de la jóven.

Recorra con la imaginacion todo el pasado.

Recordaba la noche que Tomás la hizo su declaracion de amor.

Le veia á sus piés trémulo de pasion, palpitante, balbuceando frases apenas inteligibles y abriendo los brazos para recibirla en ellos.

Luego, merced á un espejismo de la imaginacion, más sujeta aún á este fenómeno que los ojos, veia esta misma escena, pero la protagonista era otra.

Aquello la ponía fuera de sí.

La muerte la parecia muy poca cosa en comparacion de aquel tormento.

Así pasó toda la mañana.

Por la tarde, despues de comer, recibió otra visita de la abadesa.

—¿Por qué no bajais á la huerta?—dijo á la prisionera.

—No he tenido gana.

—El aire libre os hará bien.

—Acaso,

—Venid conmigo.

—Con mucho gusto.

La tarde estaba hermosísima.

En la huerta del convento no habia flores ni los árboles tenian hoja, porque el invierno estaba ya bastante adelantado.

Pero el sol brillaba en el firmamento, y doña Josefa sintió una sensacion agradable con el calor de sus rayos.

La abadesa, notando en el rostro de la reclusa la preocupacion que dominaba su ánimo, quiso distraerla hablando de cosas indiferentes.

Pepita no pudo permanecer inaccesible á su bondad, y la dijo vertiendo un raudal de lágrimas:

—Perdonad, señora, que no corresponda como debo á vuestros favores.

—No os ocupeis de eso, hija mia,—dijo con excesiva amabilidad la abadesa.

—Soy muy desgraciada.

—Esperad en Dios.

—Dios me ha abandonado.

—Eso es una blasfemia.

—Perdonadme.

—Dios no abandona jamás á los pecadores.

—Yo sufro además la persecucion de mis enemigos,—repuso Pepita.

—Tal vez con vuestra conducta la hayais merecido,—dijo la abadesa, que no olvidaba de dónde procedia la órden en cuya virtud tenia á doña Josefa en el convento.

—¿Vos tambien me acusais?...—exclamó arrebatadamente Pepita.

—No por cierto.

—Si supiérais...

—Os ruego que no hablemos de eso,—interrumpió la abadesa, temiendo que Pepita la hiciera una confianza peligrosa.

—Es verdad,—exclamó la viuda, comprendiendo la razon de aquella prudencia.

—No creais que es falta de interés si dejo de oiros.

—No tengo derecho á que os intereseis por mí.

—Os engañais. Me habeis dicho que sois desgraciada, y esto basta para interesarme; pero los sucesos que os han traído aquí están aún demasiado recientes, os hallais muy impresionada, podriais contarme secretos que no sean exclusivamente vuestros, y otros que tal vez cuando lo pensárais mejor sentiriais haber dicho. Cuando hayais tenido tiempo de coordinar vuestras ideas y pensar con madurez lo que podeis decir y lo que os conviene callar, yo escucharé vuestras revelaciones y procuraré consolar vuestras penas.

—Teneis razon, señora,—dijo Pepita;—sólo nues-

tros amigos tienen derecho á molestarnos contándonos sus penas.

—Veo que no me habeis entendido, ó no quereis entenderme. El tiempo os demostrará, si permaneceis á mi lado, que acabais de ser injusta conmigo.

Las dos mujeres guardaron silencio y continuaron paseando.

Pepita se encontraba en una situacion verdaderamente desagradable. Comprendia que habia correspondido mal á la bondad extraordinaria de la monja; pero en el estado de irritacion en que se hallaba, no podia hacer más que responder con acritud á toda clase de cuestiones.

La abadesa se hacia cargo de esto, y no se habia ofendido.

Pero la viuda sentia pasar por discola ó mal educada á los ojos de aquella mujer, que la trataba con tanto agrado.

Durante el paseo, que aún duró largo rato, hablaron poco y de cosas indiferentes: Pepita, porque no podia apartar de su pensamiento la grave conferencia que acababa de tener con nuestro amigo don Cleto, y la abadesa, porque viendo la distraccion de su compañera, creia inconveniente arrancarla á sus meditaciones, que despues de todo no eran sino muy naturales en la posicion excepcional en que se encontraba.

A la hora del coro, la abadesa se despidió de Pepita, teniendo el buen tacto de no invitarla á que asistiese al rezo.

La oracion es un gran consuelo para los dolores del

alma, pero para orar se necesita cierta tranquilidad de espíritu, que Pepita no tenia por entonces.

En el primer momento de una desgracia no hay facultades más que para sentir, y la viuda se encontraba aún en ese período.

Esto, que es una verdad en tésis general, lo era más todavía tratándose de una mujer del carácter impetuoso y hasta varonil de la hermosa jóven, y de la clase de desgracia que la habia herido.

Doña Josefa se quedó sola en la huerta, donde aún paseó cerca de una hora, abstraída en sus pensamientos.

El aire fresco de la tarde, que en cualquiera otra ocasion la hubiera incomodado, entonces la hacia bien y lo aspiraba con delicia.

Sólo cuando el sol iba á ponerse, la fria temperatura de la atmósfera hizo volver á Pepita de su arrobaamiento.

Entonces entró en el convento, y se dirigió á su celda.

Desde ella se oia el monótono canto de las monjas, que elevaban sus preces al Altísimo.

Los graves y solemnes acordes del órgano acompañaban á las voces.

Aquel sonido que llegaba á la celda algo amortiguado por la distancia, la luz vacilante del crepúsculo, la soledad y el silencio de los largos corredores, formaban un conjunto que hablaba al alma, y Pepita sintió humedecerse sus ojos, y acabó por encontrarse bañada en lágrimas.

Pero aquel llanto no era de ira como el que tantas

veces habia derramado desde que terminaron sus amores con Tomás; era un llanto de consuelo. Pepita al verlo experimentaba una sensacion grata. Parecia que su corazon se aliviaba de un peso que le estaba agobiando.

Por un momento logró olvidar sus penas, y cayó en una especie de letargo, en que veía y oía confusamente.

Ya habian cesado los cánticos, y Pepita continuaba aún en un arrobamiento que la habia hecho caer de rodillas ante un reclinario, sobre el que estaba la imagen del Salvador crucificado.

No rezaba, ó por mejor decir, no recitaba ninguna oracion.

Permanecia allí adorando, contemplando... ¿quién sabe?... ella misma no hubiera podido explicárselo.

Se sentia fuera del mundo, y gozaba la dicha inmensa de no darse cuenta de nada.

Un momento así en ocasion en que el alma se siente azotada por el huracan de las pasiones que agitaban á Pepita, es un oasis en medio del desierto.

No sabemos cuánto tiempo hubiera permanecido en aquella especie de letargo, á no llegar la abadesa acompañada de una novicia, que llevaba en la mano el velon encendido que debia servir para alumbrar la celda de la reclusa.

La abadesa, al ver á Pepita arrodillada á los piés del reclinatorio, quedó sorprendida.

La jóven viuda, vuelta á la vida real por la luz y el ruido de las personas que habian entrado en la celda,

se levantó rápidamente, y exhalando un hondo suspiro se arrojó en brazos de la abadesa, que la estrechó contra su seno.

—¡Madre mia!

—¡Hija de mi corazon!

Las dos mujeres confundieron sus lágrimas y sus sollozos.

La novicia se habia retirado discretamente.

Capítulo XLVI

La novela de una monja

Pepita, como todas las personas de carácter impetuoso, pasaba con la mayor rapidez de un extremo á otro.

Era excesivamente impresionable, y en aquel momento estaba impresionada.

Todo el horror que la inspiraba el cláustro habia desaparecido, trocándose en afición.

Pocas horas antes luchaba con don Cleto porque no queria permanecer allí algunos meses, y al desprenderse de los brazos de la abadesa, las primeras palabras que pronunció fueron:

—Yo quiero ser monja.

La abadesa se quedó asombrada.

Retrocedió dos pasos y miró atentamente á la reclusa, temiendo que su razon se hubiera perturbado.

Aquel cambio tan repentino la daba miedo.

Pero el semblante de Pepita estaba perfectamente tranquilo.

En su mirada no habia la menor señal de extrávio.

Miraba á la abadesa sonriendo con dulzura, y en aquel momento estaba doblemente bella.

—¡Cómo! ¿qué decís?—preguntó la buena madre estupefacta.

—Que quiero ser monja,—repuso con resolución Pepita.

—¡Pobre jóven!—exclamó la abadesa;—estais alucinada.

—Os juro que no.

—No jureis en vano.

—Ya comprendo que os extrañará mi resolucion; pero no por eso es ménos irrevocable.

—En este momento no podeis decirlo.

—¿Por qué?

—Porque, ya os lo he dicho, estais alucinada. Yo no conozco vuestra vida, pero dada la situacion en que os encontrais, no se necesita mucha perspicacia para adivinar que es muy agitada. Tal vez ahora os hallais sufriendo una gran tormenta, veis en este convento un refugio que os parece tranquilo, y os acogeis á él con la misma ansiedad con que el navegante se acoge al puerto cuando su bagel es juguete de las olas y se cree próximo á hundirse en el abismo.

—Aunque así sea, ¿negareis amparo al que os lo pide con toda su alma?

—Dios me libre.

—Habéis dicho la verdad. De algun tiempo á esta parte he luchado, he luchado mucho; hacia una hora me proponia luchar más aún, pero en este momento Dios ha tocado mi corazon, me ha hecho ver en un instante que cuando me creia para siempre sumida en la desgracia, tengo cerca de mí la felicidad, una felicidad inalterable, y que puede durar tanto como dure mi vida.

—Una felicidad que puede ser una desesperacion hasta el último dia de nuestra existencia;—dijo solemnemente la abadesa.

El acento de la monja al decir estas palabras heló á Pepita de espanto. Aquellas frases habian salido del fondo del alma de la abadesa. No se sabia si eran un consejo ó un ¡ay! que se escapaba de su corazon herido.

Pepita miró á su interlocutora como si quisiera adivinar en sus facciones el enigma.

Pero la abadesa era muy dueña de sí misma, y su rostro permaneció impasible.

—Parece que os admira oirme hablar de este modo,—dijo á la hermosa viuda despues de un momento de pausa.

—Os engañaria si lo negara,—contestó Pepita.

—Es preciso que no deis á mis palabras otro sentido del que realmente tienen; la vida religiosa, cuando se tiene una verdadera vocacion, es no sólo la más perfecta, sino tambien la más venturosa. Pero cuando se abandona el mundo en un momento de arrebató ó de despecho; cuando se viene al cláustro fugitivo, pero no convencido; cuando se pronuncian votos que no salen del corazon, sino de la inteligencia, entonces es posible que

llegue un día de arrepentimiento. ¿Y sabéis lo que es el arrepentimiento cuando ya es imposible retroceder? Si no lo sabéis, hija mia, no queráis saberlo. Dad gracias á Dios por vuestra ignorancia, pero tened entendido que el arrepentimiento en este caso es la desesperacion durante la vida, y tal vez la condenacion eterna despues de la muerte.

—Pero es que yo estoy sedienta de paz, de calma.

—Lo creo.

—Y sólo aquí puedo encontrarla.

—Tambien es posible.

—Por eso estoy decidida á tomar el velo.

—Si vuestra vocacion fuese verdadera, yo no tendria más que motivos para felicitaros; pero en estos momentos, os lo repito, no podeis ni siquiera saber lo que deseais. Pasad aquí algun tiempo, dad lugar á que vuestro espíritu se tranquilice, meditadlo con calma, y si dentro de seis meses insistís en ese propósito, yo, seré muy dichosa en veros para siempre á mi lado.

—¡Seis meses!

—Sí... quiere decir que de este modo vendreis á tener dos noviciados; y creedme, no están de más.

—Pero, madre abadesa, me dejais absorta.

—Para que vuestra admiracion desaparezca, os contaré la historia de una pobre mujer que murió hace años en este convento, y que antes de morir tuvo ocasion de confiarme sus pensamientos más íntimos, sus dolores más acerbos.

—Ya os escucho.

—Oid.

La abadesa permaneció en silencio algunos minutos, como reconcentrando sus ideas ó evocando sus recuerdos, y luego habló de esta manera:

—Hace algunos años, no importa cuántos, vivía en Madrid una familia distinguida. El padre era un honradísimo alcalde de casa y corte, muy querido del rey y apreciado de todo el mundo. La madre, modelo de esposas, había heredado el nombre y las virtudes de un antiguo consejero de Castilla, á quien debía el sér. Este matrimonio, bien visto en palacio, á cuyas fiestas era siempre invitado, que gozaba las ventajas de una posición holgada, si no opulenta, y se encontraba rodeado del respeto y el cariño de cuantos le conocían, tuvo una hija, á quien llamaremos Adela.

—¿Llamaremos?—preguntó Pepita, que seguía con visible interés el relato de la abadesa.

—Aunque los personajes de mi historia ya no existen, comprendereis que no debo revelaros sus verdaderos nombres,—contestó la abadesa, que hablaba pausadamente.

—Continuad.

—Continúo.

Y la abadesa prosiguió en estos términos:

—Llegada Adela á los diez y ocho años, sus padres la presentaron en el mundo. La jóven era linda, y aunque criada con el mayor recogimiento, sabía que Dios la había favorecido con ese don tan efímero como preciado de las mujeres, que se llama belleza. Adela amó y fué amada, así al ménos lo creía. El hombre que despertó su pasión era un oficial de guardias, jóven, ga-

llardo y distinguido, tanto por su nacimiento como por sus prendas personales. Adela le amaba como se ama por primera vez cuando se tienen diez y ocho años. Él... yo no puedo explicaros como la queria él, si la queria de algun modo.

La abadesa quedó un momento ensimismada.

Pepita, que escuchaba sus palabras con la mayor atencion, respetó su silencio, y en la emocion que dominaba á la religiosa no pudo ménos de comprender que la historia de la supuesta Adela no era más que su propia historia.

—Pasado algun tiempo,—prosiguió diciendo la abadesa,—Adela se convenció de que habia sido engañada. Su novio habia dejado de amarla, si alguna vez la habia amado. Afortunadamente, la pobre muchacha era pura, tan pura como la sonrisa de un ángel. Pero aquel desengaño hirió su corazon enamorado. Sus padres por distraerla la trajeron á Búrgos, para ver si variando de objetos olvidaba al ingrato. No le olvidó. Pasaron algunos meses; Adela estaba cada vez más triste, y por fin anunció su resolucion de entrar en un convento.

—Sus padres debieron disuadirla,—exclamó doña Josefa.

—Yo no puedo juzgarlos, pero no lo hicieron.

—¡Qué error tan grave!

—¡Qué quereis? Cada época tiene sus preocupaciones, y en nuestra patria se ve con la mayor indiferencia, sino con alegría, que una muchacha quiere abrazar el estado religioso. Ninguno de sus parientes se atreve á contradecirla, creyendo que esto seria apartar-

la del camino de su salvacion, sin ver que algunas, muchas quizás, de las que se encierran en el cláustro, no encuentran en él más que su perdicion eterna.

—Proseguid la historia.

—Adela entró en este convento.

—¿En este?

—Ya os he dicho que aquí la he conocido;—dijo la abadesa.

—Es verdad.

—No encontró á su lado nadie que fuera bastante previsor para decirla que á los diez y ocho años se olvida fácilmente, que aquel amor que creia inextinguible se extinguiria pronto, que entonces echaria de ménos el mundo á que habia renunciado en un momento de despecho, y que el asilo donde buscaba paz y consuelo, se convertiria para ella en horrible calabozo, donde pasaria la vida en lucha consigo misma, en perpétua rebellion contra sus votos, en un estado de desesperacion constante, ofendiendo á Dios todos los dias con su rabia y su impotencia, llorando lágrimas de sangre, y deseando el momento en que la muerte la arrancara de la prision en que se habia encerrado.

La abadesa al decir estas palabras se habia trasformado completamente.

Sus ojos echaban fuego, su tez, de pálida que era, se habia enrojecido, y sus labios temblaban de una manera convulsiva.

Pepita se levantó, temiendo que la liba á dar un accidente, y se acercó á ella.

Pero la monja se repuso pronto, y una vez dueña de

sí misma, dijo, procurando dár á su voz un tono pausado y tranquilo:

—Perdonad... siempre que hablo de la pobre Adela se apodera de mi alma una emocion indefinible.—

—¡Pobre mártir!—exclamó Pepita.

—Ni eso siquiera. Lo que hace bello el martirio, lo que constituye al mártir, es el sufrir voluntariamente. Pero el que padece por fuerza, el que procura por todos los medios sustraerse á sus dolores, no es un mártir, es un condenado.

—¿Y decís que murió?—preguntó Pepita.

—Sí... murió.

—Pero permitidme que os haga una observacion:

—Decid.

—Antes de profesar, hay un año de noviciado.

—Inútil.

—¿Inútil?

—Sí por cierto. Una falsa vergüenza, las preocupaciones del mundo, otras mil razones que están al alcance de todos, hacen que muy rara vez la que es novicia no llegue á ser profesa. ¡Cuántas habrá que al hacer sus votos cometen un sacrilegio, porque tratan de engañar á Dios consagrándole un corazon que pertenece al mundo!

—Me horrorizais... ¿Y Adela?

—No hablemos más de esa infeliz.

—Siento que me hayais contado su historia, y si hubiera presumido que os habia de impresionar tanto, os hubiera pedido que no la contárais.

—Lo he hecho;—dijo la abadesa,—para que co-

nozcais el peligro á que podeis exponeros en un momento de arrebató.

—Yo ya no tengo diez y ocho años.

—Es verdad, y por eso no trataré de disuadiros completamente. Creo que dentro de seis ú ocho meses, cuando hayais tenido tiempo de meditar tranquilamente, cuando en vuestro corazon reine la calma, cuando hayais pensado bien en lo que vais á abandonar, si pensais lo mismo que ahora, si teneis una vocación perfecta ó por lo ménos un deseo firme de paz y tranquilidad, podeis sin peligro ser de las nuestras. Estais ya en una edad en que se puede calcular con acierto, en que las ilusiones comienzan á desvanecerse, en que lo que se desea, se desea de veras.

—Teneis razon.

—Sí, hija mia. Vos teneis enemigos, no quiero saber si por vuestra culpa ó la suya; permaneced entre nosotras algun tiempo, y si despues de pensarlo maduramente deseais el velo, yo os abrazaré de todo corazon y os daré mil parabienes. Pero lo repito, no os precipiteis, no os labreis la suerte de la infeliz Adela.

Calló la abadesa, y Pepita quedó pensativa.

La monja tenia razon; pero no por esto su lenguaje habia sorprendido ménos á la hermosa viuda.

No podia ella sospechar que bajo el blanco hábito de la religiosa latia un corazon con tanta violencia como los volcanes debajo de las montañas cubiertas de nieve.

Las dos mujeres permanecieron calladas cerca de un cuarto de hora.

Por fin la abadesa se levantó, diciendo:

—Han dado las nueve; ya es hora de recogerse. Buenas noches.

—Buenas noches.

En cuanto Pepita se quedó sola en su celda, se acostó después de cerrar la ventana y apagar la luz.

Estaba rendida por aquel día de emociones, que había sucedido á una noche de insomnio.

Pero en su cabeza hervía un mundo de ideas, y tardó mucho en conciliar el sueño.

Capítulo XLVII

En que se preparan nuevos acontecimientos

Tres meses duraba el bloqueo de Lerma.

Los franceses no podían decir que estaban enteramente privados de comunicacion, pero sí que experimentaban bastantes privaciones.

Muchos de los convoyes de víveres que desde Búrgos les enviaban caían en poder de los españoles, y los que lograban llegar á su destino rara vez entraban en la poblacion sin haber dado lugar á combates más ó ménos empeñados.

Juan estaba muy contento con aquel mando, que le proporcionaba ver casi diariamente á sus padres y á María.

Cuando el jóven no iba á Villoviado, su familia iba á verle á él, y aquella comunicacion continua le permitia hacerse la ilusion de que estaba en su pueblo rodeado de los suyos.

María cada vez le demostraba mayor cariño; don Jerónimo, lo mismo de palabra en las diferentes veces que fué á revistar las fuerzas que estaban á sus órdenes, que en sus diarias comunicaciones, se mostraba muy satisfecho de él, y elogiaba grandemente su conducta: de modo que los asuntos del gallardo mozo marchaban viento en popa.

No sucedia otro tanto á Tomás.

Su carácter habia cambiado completamente.

Tenia remordimientos por la muerte de Amalia, y no podia olvidarla.

La idea de que habia muerto por él, le atormentaba continuamente.

Aunque sus funciones de jefe de estado mayor le ocupaban bastante, dos ó tres veces pidió permiso al cura para ir á Covarrubias.

No se atrevia á presentarse en casa de don Modesto.

Permanecia en alguna casa de campo cercana al pueblo, y cuando cerraba la noche se dirigia á pié al cementerio.

Saltaba la tapia y buscaba el sepulcro de Amalia.

La jóven estaba enterrada en el suelo, porque en las aldeas no se conoce este sistema de nichos que hace semejarse los cementerios de las grandes ciudades á un almacén de cadáveres, donde se hallan estos colocados como en una estantería.

En los pueblos se devuelve á la tierra lo que es de la tierra.

El cuerpo de Amalia reposaba en un rincón del cementerio.

Una tosca piedra, en que estaba labrado su nombre por único epitafio, indicaba el sitio en que dormia el último sueño.

Al lado de la tumba, un sáuce pobladísimo inclinaba hasta el suelo sus pobladas ramas, como si al mismo tiempo que para darle sombra, estuviera allí llorando siempre la muerte de aquel ángel.

Tomás permanecía en aquel sitio horas enteras.

Algun rayo de luna que penetraba á través de las hojas del sáuce, iluminaba la lápida y le permitia leer el nombre de Amalia.

El jóven unas veces en pié y otras con una rodilla hincada en tierra, pasaba las noches en muda contemplacion sollozando y pidiendo perdon á Amalia.

Más de una vez creyó ver que la jóven se levantaba de su tumba y le perdonaba.

Así le sorprendió en alguna ocasion el crepúsculo de la mañana.

Sólo entonces pensaba en abandonar el cementerio.

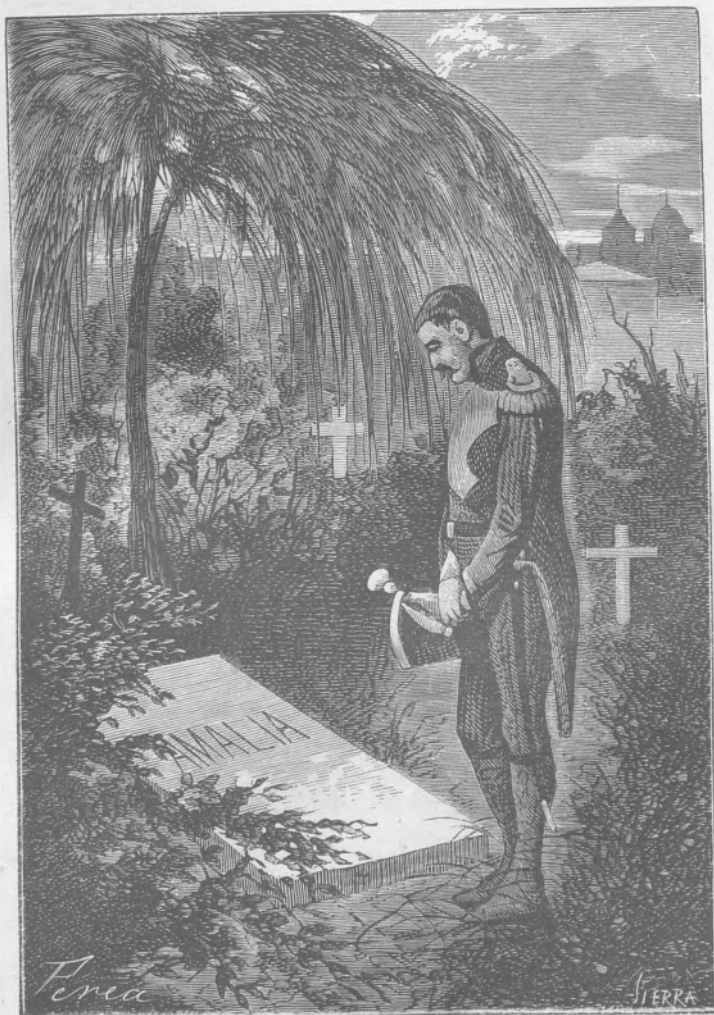
Volvia á escalar la tapia, y huia de Covarrubias como el que teme ser sorprendido.

Lo que habia ocurrido en Búrgos con Pepita, de lo cual estaba enterado, aunque no le habia afectado extraordinariamente, no dejó de aumentar algun disgusto á sus dolores.

Tambien aquella mujer era desgraciada.

Y tambien él era causante de su desgracia.

El saber por don Cleto que Pepita, despues de su desesperacion del primer dia, se mostraba más conforme con su suerte y hasta manifestaba formal propósito de



Tomás permaneció una hora absorto en muda contemplación.

tomar el velo en las Trinitarias de Búrgos, no bastaba á tranquilizarle.

Aun suponiendo que aquella vocacion fuera perfecta, á él le constaba que la viuda en todo pensaba algunos meses antes ménos en ser monja.

Si no le hubiera conocido á él, es probable que no lo pensara nunca.

De modo que tambien el muchacho debia acusarse de aquella resolucion, que le parecia tanto más grave, cuanto que no sabia lo que habia ocurrido en el convento, y la atribuia más bien al despecho que á su verdadera causa.

Convengamos en que Tomás tenia motivos para estar triste.

Dos mujeres, una muerta y otra enterrada en vida, son bastante para alterar la conciencia de un Tenorio de Villoviado.

Merino, que conocia lo que pasaba en el corazon de su jefe de estado mayor, procuraba consolarle.

—No te apures, chico,—le decia—ni pongas la cara larga. Las mujeres todas son locas. Si no hacen un disparate han de hacer otro; conque déjalas que revienten á su antojo. Yo no conocia á la niña de Cobarrubias; sólo la ví una vez, y esto no es bastante; pero estoy seguro de que se murió por darte un disgusto. Ellas son así, y hay que aceptarlas como son. En cuanto á Pepa... tú y yo sabemos que es buena alhaja. Ahora dice que quiere ser monja, mañana querrá ser otra cosa. Déjala que sea lo que quiera, y si ya se ha cansado de hacer perradas á los hombres, y ahora quiere entretenerse en hacer ace-

ricos y botes de dulce, á bien que ya no es ninguna niña y bastante ha gozado del mundo: bueno es que dé algo á Dios, la que ha dado tanto al diablo.

Ya sabemos que la sensibilidad no era el lado flaco del cura Merino, y por consiguiente, no debe extrañarnos este razonamiento, que con ligeras variantes, pero siempre igual en el fondo, hizo á Tomás una porcion de veces.

El muchacho solia contestarle con una sonrisa, pero no quedaba convencido.

.

Entre tanto, el nuevo capitan general de Búrgos meditaba un golpe de mano para acabar de una vez con don Jerónimo, cuya partida se habia convertido en una division de cerca de cinco mil hombres, perfectamente organizados en regimientos, batallones, escuadrones y baterías.

El bloqueo de Lerma, aunque no extremadamente riguroso, era una vergüenza para el ejército francés, y el capitan general queria levantarlo á toda costa.

Pero luchaba con un gran inconveniente.

El gobierno de Madrid, que no era otra cosa que una sucursal de las Tullerías, se atenia en todo, pero muy particularmente en la distribucion de tropas, á las instrucciones que recibia de Paris.

En la capital de Francia se atribuía verdadera importancia á los ejércitos regulares inglés y español, pero se despreciaba completamente á las guerrillas.

Para los generales del imperio que no tenían que

luchar con ellas y estaban acostumbrados á vencer en campo abierto á los prusianos, rusos y austriacos, grupos de paisanos, por más que fueran numerosos, mandados por médicos, curas, abogados ó pastores, eran cosa tan baladí, que no merecia más que algunos escuadrones de gendarmes destinados á su persecucion.

A fuerza de llamarles bandidos, habian llegado á creer que no eran otra cosa.

En vano los jefes militares de las provincias se esforzaban un dia y otro por hacer comprender la verdadera situacion de las cosas; en vano hablaban de miles de hombres, de su buen armamento, de su excelente organizacion. No se les hacia caso, y cuando los hechos hablaban con su irresistible lógica, cuando regimientos y hasta brigadas sufrían grandes derrotas y eran exterminados ú obligados á rendirse, se atribuían aquellos descabros á impericia de los jefes, cuando no á su cobardía; se quitaba el mando á los que habian sido vencidos y se les reemplazaba con otros, á los cuales aguardaba la misma suerte.

Los nuevamente nombrados se presentaban siempre con grandes propósitos, y anunciaban para un plazo muy próximo el completo exterminio de las guerrillas; pero cuando ménos lo pensaban sufrían un revés, y se encontraban con una columna derrotada; pasaba el tiempo y las guerrillas continuaban haciendo de las suyas.

Como en Búrgos no operaba contra los franceses ningun ejército regular, las tropas destinadas por el gobierno de Madrid, ó mejor dicho por el de Paris, para guarnecer la provincia, eran relativamente escasas.

Napoleon I se reía de sus generales cuando hablaban de enviar muchas fuerzas para vencer á cuatro ó cinco mil paisanos mandados por un cura de misa y olla.

Este fué el gran error de la guerra de España y la inmensa ventaja de las guerrillas.

El capitan general de Búrgos organizó con las fuerzas que tenia á su disposicion una division de seis mil hombres próximamente, compuesta de las tres armas.

Dió el mando de ella á uno de los generales que tenia á sus órdenes, y le mandó que á toda costa hiciese levantar el bloqueo de Lerma, y una vez en esta poblacion, esperase sus instrucciones.

Segun costumbre, aún no habia empezado el capitan general de Búrgos á organizar su expedicion, cuando ya tenia noticia de ella el cura Merino, que se encontraba en Aranda.

—Muchacho,—dijo á Tomás, que despachaba con él el correo.

—¿Qué hay?

—Envia un ordenanza á Segura para que venga inmediatamente.

—Está muy bien.

—Y circula las órdenes para que toda la tropa de línea que tenemos en Aranda y en los destacamentos, esté dispuesta á marchar diez minutos despues que yo lo mande.

—Voy al momento.

Tomás salió del despacho de don Jerónimo, y lo

dispuso todo con la actividad que caracterizaba al ejército de Castilla la Vieja.

No habia pasado un cuarto de hora cuando el jóven, que iba á dar cuenta á su jefe de que estaba obedecido, encontró en la antesala al coronel Segura, el cual acudia al llamamiento de Merino.

—¿Qué sucede?—preguntó Segura á Tomás.

—No lo sé.

—Ahora lo veremos.

Y los dos jefes entraron en el despacho del sacerdote.

—¡Hola, coronel!—exclamó Merino.

—A la órden de usted, mi brigadier,—repuso el veterano.

—Vamos á tener danza.

—¿Sí?—preguntó Tomás.

—Los franceses se cansan de que tu hermano tenga en jaque á la guarnicion de Lerma.

—¿Organizan alguna expedicion?—dijo Segura.

—Precisamente.

—¿Son muchos?—preguntó Tomás.

—Seis mil hombres.

—Con artillería.

—Veinticuatro piezas.

Segura hizo un gesto de disgusto.

—¿Le parecen á usted pocas?—preguntó Merino.

—Me parecen muchas.

—¿Y qué vamos á hacer?—dijo Tomás.

—Reunir todas nuestras fuerzas y salirles al encuentro.

—Es lo mejor,—repuso Tomás.

—Sin embargo,—añadió Segura,—la cosa merece pensarse. Su artillería es doble de la nuestra.

—Pero la nuestra es de montaña, puede subir á los más altos vericuetos, y en todas partes sirve; mientras que los franceses no la tienen más que rodada: el distrito de Lerma es el más escabroso de la provincia, y en tal sitio les podríamos presentar batalla, que no supieran qué hacer de los cañones,—contestó Merino.

—Eso es indudable.

—Y si logramos sorprenderlos,—dijo Tomás.

—¡Qué sorpresa ni qué ocho cuartos!—replicó impetuosamente Merino.—Lo que yo quiero hacer es cerrarles el paso, presentando una batalla campal.

—¿Una batalla?—preguntaron á la vez Tomás y Segura.

—La batalla de Madrigalejo,—respondió tranquilamente Merino.

—¿Ha elegido usted ya el terreno?—exclamó el coronel, que siempre escuchaba con admiración á don Jerónimo.

—Conozco yo eso á palmos.

—¿Y tiene usted su plan?

—Completo. Nosotros formaremos una especie de herradura, cuyos puntos más salientes serán los pueblos de Villaverde y Madrigal, que son fáciles de defender; el centro estará en Madrigalejo del Monte, que es donde el camino de Búrgos á Lerma corta la herradura. Los franceses no tienen más remedio que atacar este punto de frente, y allí estaré yo para defenderlo.

Cerrar el camino real es sumamente fácil, porque lo corta el río Madrigalejos, que ahora, como ha llovido mucho, viene algo crecido. Conque todo se reduce á defender el puente si no queremos destruirlo.

Segura seguia con la mayor atencion sobre un mapa de la provincia la explicacion del cura, y hacia con la cabeza signos afirmativos.

—Situados en el puente,—prosiguió Merino,—se hace en él una barricada, donde se ponen dos cañones, y los defensores encontrarán apoyo á su derecha en la casa de postas y á la izquierda en el pueblo, que está muy cerca del camino.

—Si los franceses atacan ese puente, están perdidos,—dijo Segura;—porque además de sufrir el fuego de todo nuestro semicírculo, las fuerzas que ocupan á Madrigal y Villaverde les pueden cortar la retirada.

—Efectivamente.

—Una cosa me ocurre,—preguntó Tomás, que como buen cazador conocia perfectamente aquel terreno.—

—Dí,—exclamó Merino.

—Usted ya recordará que el río Madrigalejos tiene por aquella parte, no sólo el puente de la carretera, sino tambien el del pueblo.

—Los dos se fortificarán igualmente,—contestó el cura.

—Entonces no hay más que un peligro,—exclamó Segura.

—¿Cuál?—preguntó don Jerónimo.

—La guarnicion de Lerma queda á nuestra espalda.

—Como está no es batalla de caballería, nuestro re-

gimiento de húsares se encargará de contenerla, mientras nosotros con toda nuestra infantería y la artillería nos entendemos con los que vienen de Búrgos. Además, para aumentar nuestras fuerzas pienso apelar al recurso de otras veces: llamar á todos los paisanos que quieran ayudarnos. Esos tiradores sueltos metidos entre las peñas suelen hacer buen papel, y nos ayudarán á conseguir la victoria.

—Si quisiera usted sacar de Aranda dos batallones de la guardia urbana...—dijo Tomás al sacerdote.

—Ya se me habia ocurrido; pero eso no se les puede mandar; seria preciso que vinieran voluntariamente.

—Toquemos llamada, y se les dice que venga el que quiera y el que no que se quede.

—Has tenido una gran idea, muchacho. Manda tocar en seguida.

Mientras Tomás iba á dar la órden, don Jerónimo preguntó á Segura:

—¿Qué opina usted de mi proyecto, señor coronel?

—Que es inmejorable, y la victoria será de quien llegue antes á Madrigalejo.

—Por eso pienso que marchemos dentro de una hora. Los franceses están más cerca que nosotros; pero nosotros andamos mejor que ellos.

—Tenemos que andar cerca de catorce leguas.

—Es bastante, pero voy á hacer una cosa.

—¿Qué?

—Embargar para el servicio nacional todos los carros y caballerías que encuentre en Aranda y en los pueblos por donde pasemos. Así nuestra infantería hará la

marcha con mayor rapidez, y mañana al mediodía estaremos en Madrigalejo.

—Es lo mejor. Además, podría usted enviar en el acto un ginete, que reventando su caballo, llevara á Juan Mendoza la orden de ocupar esta misma noche con su infantería y su artillería la posición en que pensamos dar la batalla.

—Dice usted bien. Voy á hacerlo al momento.

Y el cura se puso á escribir rápidamente.

La carta estaba concebida en estos términos:

«En el momento de recibir esta, marcharás á Madrigalejo con el batallón y la batería que tienes á tus órdenes, dejando en el bloqueo de Lerma toda la caballería. Una vez en el pueblo, fortificarás el puente que hay en él y el que está sobre la carretera, poniendo dos cañones en cada uno. Si se presenta el enemigo resiste lo que puedas, y cuando no puedas más destruye los puentes.»

Cinco minutos después un soldado de caballería marchaba al galope por el camino de Lerma, llevando esta orden.

Al cabo de un cuarto de hora los cuatro batallones de la guardia urbana se reunían en sus puntos respectivos.

Como en la población se ignoraba la causa de aquella reunión, se produjo una gran alarma.

Quién decía que Juan había sido derrotado en Lerma, y que los franceses le perseguían y no tardarían en llegar á Aranda detrás de los fugitivos restos de sus escuadrones.

Quién afirmaba que se había presentado un cuerpo de ejército por la parte de Segovia, y que la ciudad iba á sufrir un nuevo sitio.

Las mujeres lloraban sin saber por qué.

Los chiquillos también, porque veían llorar á sus madres.

Y entretanto, los buenos de los guardias urbanos sacaban el uniforme, requerían el fusil y acudían presurosos adonde les llamaba el tambor ó la trompeta, como si fuera la misma voz de la patria.

Ni uno solo dejó de acudir á aquel llamamiento.

Los cuatro batallones estaban completos, formando un contingente que excedía de tres mil hombres.

Don Bruno, á quien Tomás había comunicado la orden de Merino para que la hiciera ejecutar como gobernador de la plaza, corría de un lado para otro, sin saber aún á punto fijo de qué se trataba.

Merino se encargó de hablar al primer batallón, que se reunía delante del gobierno militar; Segura al segundo; Tomás al tercero, y don Bruno el cuarto.

Don Jerónimo bajó á la plaza, mandó que el batallón formara el cuadro, explicó brevemente lo que sucedía, y preguntó quiénes eran los que querían contribuir á la próxima derrota de los franceses.

—¡Todos! ¡todos!—contestaron á una voz los guardias urbanos.

Don Jerónimo se quitó el sombrero para saludar á aquellos valerosos patriotas, que en tratándose de pelear por España se olvidaban de sus familias, de sus comodidades, de sus intereses y de sus vidas.

Lo mismo que con el primer batallón, sucedió con los tres restantes.

Ni un solo individuo quiso dejar de acudir al peligro.

Hasta las dos compañías sedentarias que durante el sitio se habían organizado, y que estaban compuestas de hombres viejos y achacosos, por cuya razón nadie se había acordado de ellas, en cuanto corrió la voz de lo que pasaba se presentaron en masa á Merino, solicitando que las permitiera ir á la batalla.

—Si pudiera os llevaria;—contestó Merino;—os llevaria para que al veros pasar por los pueblos se murieran de vergüenza los hombres jóvenes y robustos que permanecen en sus casas. Pero necesito dejar aquí alguna fuerza, y vosotros con los artilleros de plaza sereis la única que quede.

Costó mucho trabajo convencer á aquellos inválidos de que no debían moverse de Aranda.

Hubo viejo que al separarse de Merino lloraba, diciendo:

—¿De qué servimos nosotros, si no servimos para morir por España?

Merino estaba entusiasmado.

—Esto va mejor que podíamos esperar, coronel,—dijo á Segura en cuanto le vió.—Ya somos más de ocho mil hombres; con eso y las posiciones que hemos escogido, ya pueden venir franceses.

—¿Y yo me quedo aquí, señor don Jerónimo?—preguntó don Bruno al entrar en el gobierno.

—Es claro.

—Lo siento.

—Para eso es usted gobernador de Aranda.

—Ya lo veo.

—Con que no hay que perder tiempo. Usted, Segura, vaya á ponerse en marcha con su regimiento. Yo le seguiré con la artillería y los escuadrones de tiradores. El caso es llegar pronto. Tomás, manda que salga delante una seccion de tiradores á caballo, para que embargue todos los carros y caballerías que encuentre. La infantería de Segura los irá ocupando. La marcha ha de ser rapidísima; si hay rezagados, no importa, que sigan andando como puedan, y ya se incorporarán á sus compañías cuando lleguen á Madrigalejo.

Tomás y Segura salieron precipitadamente.

El cura comunicaba á todos su actividad.

—Y yo ¿qué hago?—preguntó don Bruno.

—Usted va á mandar á los urbanos que se retiren á sus casas para hacer los preparativos de viaje, pues no saldrán de Aranda hasta dentro de dos horas.

—Bien.

—En ese tiempo, y anunciándolo á son de caja, se apoderará usted de todos los medios de transporte que haya en la ciudad. Hasta los jumentos sirven.

—Perfectamente.

—Y dispondrá usted que los urbanos emprendan la marcha. Si no hay carros y caballerías para todos, como me figuro, que alternen y vayan unos ratos á pié y otros montados. En fin, que se arreglen como puedan, con tal que lleguen á donde harán falta lo más pronto posible.

—Pierda usted cuidado.

Pocos minutos despues se oia la banda de tambores y cornetas del regimiento de Arlanza, y Segura salia de la poblacion al frente de sus tres batallones.

Eran poco más de las doce de la mañana, y Merino habia recibido el parte del movimiento de los franceses cerca de las once.

Era imposible aprovechar mejor hora y media.

A eso de la una, marchó don Jerónimo con sus dos escuadrones de tiradores y su batería de montaña.

A la una y media emprendian la marcha los urbanos.

El aspecto del camino de Lerma era de lo más pintoresco.

Sólo la caballería presentaba un aspecto militar.

La infantería semejaba una emigracion.

Sus individuos marchaban unos á pié, otros en carros, donde se acomodaban diez ó doce.

Estos montados en caballos:

Aquellos en mulas.

Algunos en borricos.

En cada pueblo se aumentaba el número de bagajes.

Los aparejos eran de lo más variado que puede imaginarse.

Mientras algunos llevaban caballos con sillas y estribos, otros iban sentados en un seron, ó cabalgaban sobre una albarda.

La mayor parte de los ginetes llevaban un compañero á la grupa.

Aquello hubiera hecho reir á cualquiera que no supiese de qué se trataba.

Pero los hombres que van á dar la vida por su patria, no hacen reir nunca.

Y aquella larga procesion de hombres armados, que en cualquier otro caso hubiera sido ridícula, era entonces sublime.

El soldado que Merino habia enviado á Juan con la orden de ocupar á Madrigalejo, iba bien instruido.

A la mitad de su camino se detuvo en un pueblo, y pidió al alcalde el mejor caballo que tuviera.

A los soldados de Merino no se les negaba nada en la provincia de Búrgos, y aquella petición fué satisfecha.

Gracias á esto, el ginete pudo andar cerca de ocho leguas en poco más de tres horas.

Los dos caballos habian galopado grandemente.

A las tres y media recibió Juan la orden.

Sin pérdida de tiempo mandó á la infantería y artillería que estaban en los destacamentos que se pusieran en marcha.

Dispuso que toda la caballería se mantuviese reunida sobre el camino de Aranda para proteger el paso de la columna, y él con el resto de la fuerza que tenía en su cuartel general, salió para Madrigalejo á las cuatro y media de la tarde.

No tenia que andar más que cuatro leguas, y á las diez de la noche los vecinos de Madrigalejo se encon-

trarón sorprendidos por la llegada al pueblo de un batallón y seis cañones, procedentes de la brigada del cura Merino.

Nuestro amigo no era aficionado á perder el tiempo.

Antes de alojarse mandó á dos compañías que ocuparan el parador que estaba á la derecha del camino; hizo levantar en el puente de la carretera y en el del pueblo dos formidables barricadas, las artilló cada una con dos cañones, y á las doce de la noche, cuando todos estos trabajos estuvieron terminados y el servicio establecido, permitió á su tropa entregarse al descanso.

El se proponia pasar la noche en vela, atento á cualquier novedad que ocurriese.

Los franceses que guarnecían á Lerma no dejaron de notar los movimientos que hacian las fuerzas que los bloqueaban.

Pero temerosos de que se les tendieran algún lazo, no se atrevieron más que á ordenar un reconocimiento, que practicó su caballería, cambiando algunos disparos con las avanzadas del regimiento húsares de Burgos, que Juan había situado en masa para proteger el paso de la brigada.

A las once de la noche llegó la descubierta de Segura á encontrarse con sus compañeros.

El coronel, al ver á los soldados españoles mandó hacer alto, no sólo porque era indispensable dar algunas horas de descanso á la tropa, que había hecho una jornada larguísima, sino para que hubiera tiempo de que se le reuniesen los rezagados.

Otra consideracion hizo proceder de este modo al

prudente coronel, cuya conducta aprobó Merino al llegar media hora despues.

Segura comprendia el orden, ó por mejor decir el desorden, en que marcharian los guardias urbanos.

La guarnicion de Lerma estaba en alarma.

Si se pasaba por delante de la poblacion en aquella larguísima hilera, bastaba que salieran dos compañías para derrotar á la brigada.

Era conveniente reunir todas las fuerzas, pasar la noche acampados descansando, y al amanecer proseguir la marcha, háciendo ir delante á la guardia urbana, que pasaria formada en columna por delante de Lerma, fuera del alcance del cañon, mientras él con sus tres batallones en masa y la caballeria podria imponer respeto á los franceses, que se guardarian bien de intentar nada contra enemigos tan superiores en número.

Merino, no sólo se hizo cargo de estas razones y aprobó la determinacion del coronel Segura, sino que le manifestó que le parecia conveniente dejar delante de Lerma, no sólo la caballería, sino un batallon de la guardia urbana, para que pudieran contener más fácilmente á los franceses que habia en la poblacion. Esto le privaria en el momento del combate de algunas fuerzas, que en rigor no creia necesitar; pero en cambio le daria la ventaja de estar mucho más seguro de que no seria atacado por la espalda.

Segura fué del mismo parecer, y aun dijo á don Jerónimo:

—Yo en su lugar de usted no dejaria un batallon de guardia urbana, sino uno de los mios.

—¿Por qué?

—Porque aquí habrá combate mañana, y mientras en Madrigalejo se peleará parapetado, aquí habrá que pelear á pecho descubierto.

—¿Cree usted que habrá combate?

—O el jefe francés que manda en Lerma no tiene nada de militar, ó ha de comprender lo que sucede y ha de querer salir para atacar nuestra retaguardia.

—Dice usted bien... Pero entoncés me ocurre que debemos dejar tambien dos cañones.

—Y un buen jefe al frente de todas las fuerzas.

—Se quedará Tomás Mendoza.

—Así podremos marchar tranquilos.

Capítulo XLVIII

La vispera de la batalla

Toda la noche estuvieron llegando al campamento del cura Merino los restos de sus fuerzas.

Como los españoles no tenían ningún interés en ocultar su posición al enemigo, don Jerónimo mandó encender hogueras, para que su gente se defendiera del intenso frío de una noche de Febrero.

A eso de las seis de la mañana se tocó diana. Poco antes había recibido Merino un confidente, que iba á darle parte de la situación de las cosas.

Cuando Segura se presentó á su jefe, este le dijo:

—No hay necesidad de forzar la marcha.

—¿Ha tenido usted alguna noticia?

—Los franceses van muy despacio. Han debido pasar esta noche en Arcos, hoy dormirán en Cogollos, y

por consiguiente, hasta mañana al mediodía no pueden estar en Madrigalejo.

—Eso nos permite llegar á este punto con toda comodidad.

—Tanto que he pensado no emprender la marcha hasta las diez; así daremos lugar á que se reúnan todos los rezagados, que aun quedan bastantes, y como no tenemos que andar más que cuatro leguas, pienso despedir los bagajes.

—Será muy acertado.

—Son las seis de la mañana; hasta las diez van cuatro horas, que nuestra gente aprovechará para comer y descansar. Haciendo la marcha con toda comodidad, llegaremos á Madrigalejo á eso de las cinco de la tarde, dando en la mitad del camino otra hora de descanso.

—Son siete horas para cuatro leguas.

—Me parece que no se reventará nadie.

—Mejor, así estarán descansados para batirse mañana.

—En eso he pensado. A Juan Mendoza voy á enviarle ahora mismo un oficial bien montado, que puede ir en poco más de dos horas, el cual le explicará extensamente mi plan, para que ocupe el día, no sólo en hacer en el camino las cortaduras que crea necesarias, sino para que tome los pueblos de Madrigal y Villaverde, los ponga en estado de defensa, abriendo aspilleras en las casas más á propósito; cierre los pasos que sean peligrosos y puedan servir al enemigo, y ponga corrientes las comunicaciones entre los tres pueblos, si hay en ellos

alguna interrupcion. Ya he dicho á usted que el terreno es muy quebrado, y si todo se dispone bien, con las fuerzas que tenemos no hay que dudar de la victoria.

—Para que Mendoza haga eso, será preciso autorizarle á tomar jornaleros, porque esos trabajos exigirán bastante gente.

—Le diré que haga trabajar á los vecinos de grado ó por fuerza;

—Justo; en casos semejantes no hay que andar en contemplaciones.

—No será necesario emplear el rigor, porque las gentes de los pueblos se prestan de buena voluntad á todo lo que sea hacer daño á los franceses.

Merino decia bien. En los pueblos por donde habia pasado la columna se les iban agregando voluntarios; mejor ó peor, todo el que tenia una arma la tomaba y marchaba á combatir á las órdenes del intrépido cura. De este modo la columna contaba con unos doscientos individuos, de los cuales sólo la mitad iban armados con escopetas de caza, y si Merino hubiera llevado fusiles, seguramente se le hubiesen agregado más de ochocientos voluntarios.

Don Jerónimo llamó á uno de los oficiales más inteligentes que tenia á sus órdenes en lo que formaba su estado mayor, y le mandó que fuera á buscar á Juan Mendoza con la importante mision de que habia hablado á Segura. Luego hizo despedir á los bagajeros, que establecian un gran desórden en el campamento, y mandó que se presentaran á él todos los jefes de cuerpo, á los cuales enteró de cómo se habia de verificar la marcha.

Todos le ofrecieron la mayor obediencia y la puntualidad más escrupulosa.

Merino anunció á los comandantes de la milicia urbana que desde el momento en que se habian agregado voluntariamente á la expedicion, quedaban sujetos á la ordenanza: ellos contestaron que ya lo sabian, y respondieron de que los individuos que estaban á sus órdenes sabrian portarse como veteranos.

Terminada aquella orden general, y mientras cada uno marchaba á revistar las fuerzas de su mando y á comunicar las disposiciones de don Jerónimo, este, que habia mandado á Tomás que no se marchase, le dijo:

—Tú vas á quedarte aquí.

—¿Yo?

—Sí.

—¡Pero no voy á Madrigalejo!

—No.

—¿Y no asistiré á la batalla?

—Segun la opinion de Segura, que es tambien la mia, la batalla se dará á la vez en dos partes.

—¿En dos?

—En Madrigalejo y aquí.

El cura explicó al muchacho todo lo que la noche anterior habia hablado con Segura, diciéndole:

—Tú con un batallon, dos piezas, la caballería y esos paisanos que se nos han agregado, permanecerás aquí para impedir que los franceses salgan de Lerma. Son dos batallones, un escuadron y dos cañones de campaña, que no dejarán de hacer grandes esfuerzos. Si los contienen habrás hecho tanto como el que más, y no te

pese no haber ido á Madrigalejo, porque al dejarte en Lerma tal vez te quedes en el sitio de mayor peligro.

—Lo que usted mande.

—Has de tener el mayor cuidado.

—Lo tendré.

—Eres superior al enemigo en caballería.

—Ya lo veo.

—Pero inferior en infantería.

—Es verdad.

—Esta falta podrás subsanarla con los paisanos que se presentarán indudablemente en el día de hoy, los cuales armarás con todo lo que se encuentre en los pueblos. Por aquí no faltan escopetas, porque abundan los cazadores, y tienes veinticuatro horas por delante.

—¿Veinticuatro?

—Sí; los franceses deben saber el itinerario de marcha de sus compañeros, y mientras la columna esté lejos no se atreverán á salir de Lerma, por miedo á que yo caiga sobre ellos con todas mis fuerzas, que ya están viendo que son muy numerosas.

—Es indudable.

—Pero mañana, cuando me supongan á mí empeñado en el combate con la division que viene de Búrgos, querrán salir á atacar nuestra retaguardia.

—Yo lo impediré.

—Para eso te quedas.

—Pierda usted cuidado.

—Hoy pasarás el rio con tu fuerza, y ocuparás el camino al otro lado de Lerma; te fortificarás bien en el sitio que creas conveniente, y aguardarás allí los

acontecimientos, porque tu ventaja consiste en no atacar, sino esperar el ataque.

—Quedará usted contento de mí.

—Así lo creo.

Entre tanto, los franceses observaban desde Lerma todo lo que sucedia, pero se hallaban reducidos á forzada inaccion.

Los cálculos de Merino eran exactos.

El enemigo sabia que de Búrgos llegaban tropas para levantar el bloqueo de Lerma; el coronel comandante militar del pueblo tenia el itinerario de la marcha, y sabia dónde se debia encontrar la columna; desde que vió los preparativos de los españoles, no dudó que se disponian á cerrar el paso á los expedicionarios, pero como las tropas de que disponia el cura Merino eran muy superiores en número á las suyas, no se atrevió á intentar nada, comprendiendo que si salia seria derrotado, y su derrota empeoraria la situacion de las cosas.

En aquella mañana supo por un espía que Juan Mendoza habia ocupado á Madrigalejo, y entonces ya no dudó que al dia siguiente habria allí un combate decisivo, en el cual se proponia intervenir con sus dos batallones, saliendo de Lerma antes de amanecer para llegar al teatro de los sucesos á las once de la mañana; es decir, poco despues de la hora á que, segun sus cálculos, podia empezar la batalla.

El coronel francés no contaba con la prevision de

Merino y de Segura, ni creía que empeñados en una lucha tan importante como la de Madrigalejo, se atrevieran á dejar en Lerma bastantes fuerzas para detenerle todo un día.

Ya sabemos que en esto se equivocaba.

Tomás, que aunque no tenía el talento que su hermano, no carecía de instinto militar, creyó que lo más conveniente era elegir su posición y fortificarse en ella antes de que la brigada se pusiera en marcha, pues estaba seguro de que mientras permaneciese allí, los franceses no habían de intentar oponerse á sus operaciones.

Así se lo manifestó al cura Merino, y este aprobó su determinación.

El joven quería obligar á los franceses á batirse á bastante distancia de Lerma, para que no les fuera fácil retirarse y pelear al amparo de las casas.

Con este objeto eligió al pueblo de Villalmanzo, que está sobre la carretera á cosa de una legua de la capital del distrito, en la dirección de Madrigalejo.

A eso de las ocho emprendió su movimiento.

El batallón, los cinco escuadrones de caballería, los dos cañones y el pelotón de paisanos que debía quedar á sus órdenes, marchó en línea recta hacia Ruyales del Agua, pasó el Arlanza por un vado, y dejando á su izquierda á Santa Cecilia, se encaminó á campo traviesa hacia Villalmanzo.

Todo el resto de la brigada, es decir, seis batallones, dos escuadrones de tiradores y cuatro piezas de montaña, continuaron acampados entre Quintanilla de la Mata y Lerma.

Los franceses, que observaban todos los movimientos de los españoles, creyeron que estos empezaban su movimiento hacia Madrigalejo, y tardaron algunas horas en salir de este error, muy disculpable, porque el camino que habia seguido Tomás era el que debia seguir el resto de la brigada.

A las nueve en punto, Segura, con los dos batallones que le quedaban de su regimiento, marchó á interponerse entre Ruyales del Agua y Lerma para impedir que los franceses quisieran dar á la brigada un ataque de flanco, aprovechando el momento en que esta pasara el rio.

El coronel francés, que habia sacado de Lerma todas sus tropas y las mantenia en masa en las afueras de la poblacion, observó aquella maniobra y perdió toda esperanza de poder batir por sí sólo á un enemigo tan cauto.

A las diez en punto Merino se puso en marcha; los cuatro batallones de la guardia urbana vadearon el Arlanza.

Luego pasó la caballería y la artillería.

Por último, Segura con sus dos batallones.

Sólo en aquel momento los franceses, que habian permanecido impasibles contemplando la operación, se atrevieron á amagar un ataque con sus dos escuadrones de caballería.

Pero una descarga, que derribó seis ó siete húsares muertos ó heridos, bastó para hacerles retroceder.

Por otra parte, el comandante militar de Lerma era harto entendido para intentar un combate formal, que

necesariamente habia de ser desventajoso para los suyos.

A las diez y media toda la brigada habia pasado el rio, y tomaba el camino de Madrigalejo.

Entonces los franceses volvieron á entrar en Lerma, y su jefe comenzó á tomar sus disposiciones para la marcha que pensaba hacer al dia siguiente.

Aún tardó más de tres horas en saber que los españoles estaban fortificando á Villalmanzo, donde habian dejado bastantes tropas para cerrar el camino, y donde á mayor abundamiento, acudian sin cesar vecinos de los pueblos inmediatos, armados de toda clase de armas.

Entonces el coronel francés tuvo un momento de duda, y reunió un consejo de jefes.

Se trataba de resolver si convenia salir inmediatamente y atacar á Villalmanzo aquella misma tarde, para dejar libre el camino de Búrgos, ó aplazarlo para el dia siguiente.

La opinion de todos los jefes fué unánimemente favorable al aplazamiento.

Las razones en que se apoyaban no podian ser más sólidas.

Si, como ellos suponian, lograban vencer á las tropas que Merino habia dejado para cerrarles el paso, quedaban siempre expuestos á que el cura contramarchara y cayera sobre ellos con fuerzas muy superiores, lo cual no era difícil, atendiendo á que el movimiento de la columna francesa que iba desde Búrgos le dejaba aún veinticuatro horas de tiempo.

Una vez vencida la guarnicion de Lerma, don Je-

rónimo podia renunciar á su posicion de Madrigalejo, operar un movimiento general de retirada, y dueño de la importante poblacion cabeza del distrito, que los franceses perderian al ser derrotados, aguardar á la division de Búrgos, presentándole batalla sobre la línea del Arlanza, con lo cual siempre las tropas imperiales quedarian privados en el momento del combate decisivo del apoyo de las tropas que habia en Lerma. Este caso seria aún mucho más grave, si Tomás Mendoza lograba vencer sin necesidad de refuerzos.

Entonces Merino, no sólo conservaria sus posiciones de Madrigalejo, sino que libre del temor que le inspiraba la guarnicion de Lerma, podria disponer de todas ó la mayor parte de las tropas que habia dejado en Villalmanzo.

En vista de estas razones, se resolvió por unanimidad permanecer tranquilos aquel dia, y no realizar el movimiento hasta el siguiente.

Entre tanto Tomás, luego que hubo pasado la brigada, procedió á cerrar completamente el camino. Construyó dos grandes barricadas en forma de ángulo obtuso, cuyo vértice estaba inmediato á Villalmanzo. Los lados de este ángulo se prolongaban á ambos costados del camino hasta las montañas que están muy cerca, porque la carretera pasa por allí casi encajonada. Delante de las barricadas abrió dos fosos bastante anchos y profundos, y solamente á su izquierda dejó un paso para que pudiera salir su caballería desfilando de á cuatro, en el caso de que los franceses fueran vencidos y á él le conviniera cargarles en la explanada que hay de-

lante de Lerma, á orillas del Arlanza. Colocó sus cañones en batería detrás de la barricada, que tenia dos grandes troneras, é hizo aspillerar las primeras casas de Villalmanzo, que dominaban el camino y eran á propósito para hostilizar desde ellas á los franceses por encima de las barricadas.

La posicion, de buena que en sí era, gracias á estas obras se convirtió en formidable.

Justo es que digamos que al lado de Tomás habia dejado Merino uno de sus oficiales de zapadores, que fué el director de los trabajos de defensa.

A las dos de la tarde recibió Tomás una visita, que no esperaba.

Su padre Gil Mendoza.

Ya se puede comprender que el inusitado movimiento de tropas que desde el dia anterior se verificaba, habia puesto en conmocion á todo el distrito de Lerma.

Como Villoviado estaba tan inmediato á la carretera, la noticia llegó allí antes que á ningun otro pueblo.

Y Gil Mendoza, á quien los sucesos interesaban doblemente, como español y como padre, quiso enterarse de lo que ocurría, montó en su mula y marchó á Quintanilla de la Mata.

Cuando llegó, ya no estaba allí la brigada de Merino; pero supo que en Villalmanzo habia tropas españolas, y decidió ir á su encuentro, muy ajeno de que las mandaba su hijo Tomás.

El jóven estaba aquel dia más triste que de ordinario. A pesar de la animacion, ficticia ó real, que hay siempre en los campamentos la víspera de una batalla,

él permanecía callado y taciturno. Daba sus órdenes en voz breve é imperiosa, como el que no tiene gana de conversacion, y atendia al cumplimiento de su deber sin entusiasmo y sin alegría.

Gil, apenas llegó á la primera avanzada, preguntó á un soldado que estaba de centinela:

—Oye, muchacho, ¿quién es vuestro jefe?

—El comandante Mendoza,—contestó el soldado.

—¿Tomás?

—No hay otro.

—Es verdad, gracias.

Y Gil echó á correr, esperando encontrar otro soldado más comunicativo, que le dijera dónde estaba su hijo.

Pero no necesitó hacer más preguntas, porque al llegar á la barricada que cerraba el camino vió á Tomás, que estaba sentado sobre la cureña de un cañon en actitud meditabunda.

Se acercó á él, y el muchacho al sentir pasos levantó la cabeza.

—¡Padre!—exclamó, levantándose y corriendo á abrazar al recién llegado.

—¡Aprieta firme, hombre!—contestó Gil, estrechándole con toda su fuerza.

Después de las primeras preguntas que son naturales en una entrevista como esta, Gil quiso enterarse de lo que se proyectaba.

Tomás se lo contó en breves palabras, explicando la parte que á él le correspondia tomar en la pelea.

—¿Conque vais á tener gresca?

—Sí, señor. Dabañes en el permancea callado y taciturno.

—¿Mañana? como el que no se da cuenta de la imperiosa voz provee e imperiosa,

—Así parece. Y atiende al cumplimiento de la conversacion.

—Pues me alegro de haber venido. Y sin enojos.

—Yo tambien me alegro. Gil, apenas llegó a la aldea.

—Ya me lo figuro. Y estaba de contento.

—De ese modo, si mañana muero, no será sin haberle abrazado antes.

—¿Quién habla de morir? —El comandante Mendoc.

—Yo. —¿Tomás? —No hay otro.

—¿Qué simpleza! —Es verdad, gracias.

—El que va á batirse. —Y Gil echó á correr.

—Vaya... vaya, déjate de tontunas. Dado mas como un soldado.

—Padre, usted es hombre y tiene valor; por consiguiente, puedo decirle lo que no me atreveria á decir á mi madre.

—Me pones en cuidado. Y estaba sentada que cerraba el camino.

—No hay motivo. —Me pones en cuidado.

—Habla. —Se acercó á él, y el muchacho al se-
ñaló la cabeza.

—Tengo un presentimiento. —¿Padre! —exclamó, levantándose y corriendo.

—Yo, padre mio. —Aprieta firme, hombre! —contes.

—Patrañas! —Bien puede ser. —Después de eso.

—Pero vamos, ¿qué presentimiento es ese? —Después de eso.

—Creo que voy á morir mañana. —Después de eso.

—¿Tienes miedo? —preguntó con severidad Gil. —Después de eso.

—Padre! —exclamó Tomás verdaderamente ofendido. —Después de eso.

—No te apures; ya sé que no lo tienes. —Después de eso.

—Soy hijo de usted, y esto basta.

—Es verdad.

—Por lo demás, serán aprensiones, será lo que usted quiera; pero me parece que no me equivoco.

—¡Tomás!—exclamó el anciano con solemnidad.

—¡Padre mio!

—Sé que hace algun tiempo has querido atentar á tu vida. No te he hablado de eso, porque hay cosas que un padre no sabe cómo decir á su hijo. Sé que en algunos combates has hecho lo posible por que te mataran.

—Es cierto.

—¿Lo confiesas?

—No puedo negarlo.

—Creia que aquello habia pasado.

—Y no se engañaba usted.

—¿Me lo juras?

—Por la memoria de Amalia.

—Es decir, que si mañana hay el combate que se espera, tú cumplirás con tu obligacion; pero no harás ninguna de esas locuras que hacen los desesperados.

—Pelearé como buen soldado y nada más.

—Recuerda que me lo has jurado.

—No lo olvidaré.

—Además, yo estaré á tu lado para recordártelo.

—¿Usted?

—Sí.

—¿Va usted á correr los riesgos de la batalla?

—¿Crees que me dará miedo?

—No creo nada, pero no lo consentiré.

—¿Con qué derecho? y estar el hijo de usted, y

—Usted hace falta al lado de mi madre.

—Yo soy un soldado viejo, tu hermano y tú vais á pelear, y yo no me he de marchar de aquí en el momento de romper el fuego como quien dice.

—Se marchará usted esta misma tarde.

—¿Por qué?

—Porque yo se lo ruego.

—No te hago caso.

—Es que entonces... —exclamó Tomás, no atreviéndose á concluir la frase.

—¿Qué harás entonces?—preguntó Gil.

—¿Lo mandaré?

—¿Tú?

—Soy aquí el jefe, puedo admitir en el campamento á quien tenga por conveniente y expulsar al que me parezca oportuno.

—¿Te atreverías?

—Sería un mal hijo si no lo hiciera... Pero no, padre mio, usted no me obligará á cometer semejante violencia. No haga usted caso de lo que le he dicho antes: mis presentimientos pueden engañarme. Pero aquí la pelea será muy reñida, sobre todo en este sitio. Los franceses harán todo lo que puedan por forzar el paso, y yo estoy resuelto á que no lo logren sin pasar por encima de nuestros cadáveres. Piense usted en mi madre; ¿qué sería de ella si los dos muriéramos? Bastante es que Juan y yo estemos en peligro.

—Bueno, bueno... basta de sermones, —dijo Gil incomodado, sobre todo porque veía que su hijo tenía

razón.—No me prediques más. Después de haberla echado de jefe, es inútil que trates de convencerme. Quien manda manda, y cartuchera en el cañón. La visita duró hasta las cuatro de la tarde.

A esa hora Gil pidió su mula.

—¿Se marcha usted tan pronto?

—Quiero volver de día á Villaviado.

—Siento no poder acompañar á usted.

—Tu deber es no moverte de este sitio.

En aquel momento un ordenanza acercó la mula del excelente padre.

—Conque éa, venga un abrazo, y no te olvides de lo que me has ofrecido.

—No lo olvidaré,—contestó Tomás, abrazando estrechamente á su padre.

—Pelear bien, como siempre.

—Sí, señor.

—Pero nada de locuras.

—Lo he jurado.

—Por la memoria de Amalia.

—Por la memoria de aquel ángel.

Gil Mendoza montó en su mula, alargó á Tomás la mano, que el jóven besó varias veces, y echó á andar por la carretera, volviéndose repetidas veces para saludar á su hijo.

El padre se alejaba con verdadero sentimiento.

Saber que sus hijos iban á pelear al día siguiente, que tal vez él oiría los cañonazos, y no tomar parte en la batalla, le parecía una falta, no sólo de patriotismo, sino de amor paternal.

Las razones que Tomás había aludido le parecían poderosas; pero él encontraba otras en contra que le hacían no menos fuerza.

Un cuarto de hora hacía que marchaba embebido en sus pensamientos, cuando exclamó de repente, como si contestara á alguien que pudiera oírle.

—Pues, señor, Tomás dirá lo que quiera, pero el diablo me lleve, si estando mis dos hijos en peligro, yo no les ayudo como Dios me dé á entender.

Y arreó su mula, emprendiendo á buen trote el camino de Villoviado.

Aunque Merino tenía completa confianza en Juan Mendoza, estaba impaciente por llegar á Madrigalejo; así es que, alterando el orden de la marcha, dejó á Segura el mando de los seis batallones de infantería, encargándole que hiciera la jornada del modo que habían convenido para que la gente llegara descansada, y él se adelantó con las baterías de montaña y los dos escuadrones de tiradores, única caballería que debía tomar parte en la batalla principal.

Con aquellas fuerzas montadas, una marcha de cuatro leguas era cosa de otras tantas horas sin hostigar los caballos; así es que el cura entraba en Madrigalejo á las dos de la tarde.

Desde antes de llegar al pueblo quedó satisfecho de la actividad que allí reinaba.

Por todas partes servían cuadrillas de trabajadores, ocupadas en las obras de defensa.

Juan, avisado de la llegada de su jefe por la guardia que había establecido en la carretera, se presentó á él y le enteró minuciosamente de lo que había hecho.

Merino dispuso que la artillería fuera á situarse en los puntos en que debía pelear, colocándolos desde luego sus piezas en batería, á fin de que ya los artilleros no tuvieran nada que hacer y pudieran descansar en sus puestos hasta el día siguiente.

La caballería se alojó en Madrigalejo, Madrigal y Villaverde, quedando un escuadrón en el primer pueblo y repartiendo el otro entre los dos últimos. En el momento de presentarse el enemigo, los dos escuadrones debían reunirse á las órdenes del cura.

Juan había construido una especie de campo atrinchado, apoyando la derecha en Madrigal y la izquierda en Villaverde. El centro era el puente situado en la carretera al lado de la casa de postas y el pueblo de Madrigalejo.

Nada se había descuidado. En el camino se habían abierto varios fosos que dificultaban la marcha de los que se presentaran de la parte de Cogollos.

Los dos puentes tenían magníficas barricadas, defendidas cada una por dos cañones y flanqueadas por excelentes parapetos, también dispuestos para recibir artillería.

Los pueblos de Madrigal y Villaverde, cuyas subidas desde el camino son muy escarpadas, estaban en buen estado de defensa.

Allí el arte militar había tenido poco que hacer. La

naturaleza los había fortificado, y Juan en rigor no tenía más mérito que haber aprovechado hábilmente todas las quebraduras del terreno para aumentar las dificultades del ataque por aquella parte.

Merino quedó satisfecho de todo, cuando recorrió acompañado de nuestro amigo las posiciones que habían de servir de campo de batalla.

En cada uno de los pueblos que habían de servir para apoyar los costados se situó un solo cañon, pero de tal manera, que enfilaban perfectamente la única subida, por donde los franceses habían de marchar en columna cerrada y sin artillería, porque aquellos vericuetos no eran practicables para piezas rodadas.

Los otros ocho cañones se pusieron en el centro de la posicion, es decir, dos en cada fuerte, y los otros cuatro en los parapetos que los flanqueaban.

Las comunicaciones entre todos los puntos que los españoles debían ocupar eran cómodas y seguras, de lo cual Juan había tenido tanto más cuidado, cuanto que no contando con los cuatro batallones de urbanos de Aranda, comprendía que las fuerzas de la brigada tendrían que efectuar muchos movimientos para defender una línea demasiado extensa con relacion á su número.

Cuando Merino le dijo que llevaba consigo aquellos tres mil y pico de combatientes, el joven no pudo reprimir un grito de alegría.

—Entonces la victoria es nuestra, aunque nos atacaran diez mil hombres, —dijo Mendoza.

—Y el general francés no trae más que seis mil, —contestó Merino.

—¿Con artillería?
—Veinticuatro piezas, que le servirán de poco.
—En el sitio más ancho que le queda para batirse, con dificultad podrá poner seis de frente.

—Y las otras le harán el mismo papel que si se las hubiera dejado en Búrgos.

—Seguramente.
Merino y Juan entraron en Madrigalejo, donde el cura del pueblo les había preparado una opípara comida.

El buen párroco no se había contentado con obsequiar á sus huéspedes.

Desde el amanecer había enviado propios á los curas de los pueblos inmediatos, diciéndoles que enviaran á todos los mozos que pudieran con cuantas armas encontraran á mano, y él había ofrecido á los jóvenes de Madrigalejo que tomaría parte en la batalla con su escopeta de caza.

De este modo había ya reunidos más de seiscientos voluntarios, pues hubo cura de aldea, que al recibir el recado de sus compañero se puso en marcha al frente de casi todos sus feligreses. El que no tenía arma de fuego llevaba una hoz, ó un palo convertido en lanza gracias á la reja de un arado, y había algunos que no llevaban nada, esperando coger el armamento del primero que muriera en el combate.

Aquel entusiasmo alegraba extraordinariamente á Merino, porque le parecía de buen agüero.

A poco más de las cinco de la tarde llegó toda la infantería.

Sin pérdida de tiempo se dirigió un batallón á Madrigal y otro á Villaverde. Acampó un tercero en la carretera, ocupando el puente. Y los tres restantes vivaquearon junto á Madrigalejo, porque el pueblo era pequeño para alojar tanta gente. —

El batallón que Juan había llevado el día anterior, y que estaba distribuido preventivamente en las posiciones en que se debía dar la batalla, se concentró poco despues en Madrigalejo.

El buen parroco no se había contentado con observar á sus huéspedes.

Desde el amanecer había enviado propios á los curas de los pueblos inmediatos, diciéndoles que enviaran á todos los mozos que pudieran con cuantas armas encontraran á mano, y él había ofrecido á los jóvenes de Madrigalejo que tomaría parte en la batalla con su escopeta de caza.

De este modo había ya reunidos mas de seiscientos voluntarios, pues hubo curas de aldeas, que al recibir el recado de sus compañeros se puso en marcha al frente de casi todos sus feligreses. El que no tenía arma de fuego llevaba una hoz, ó un palo convertido en lanza gracias á la reja de un arado, y había algunos que no llevaban nada, esperando coger el armamento del primer que muriera en el combate.

Aquel entusiasmo alegraba extraordinariamente á Merino, porque le parecía de buen agüero. A poco más de las cinco de la tarde llegó toda la

infantería.

Capítulo XLIX

Durante la noche

Al día siguiente, 11 de Febrero de 1810, había mercado en Lerma.

Gil Mendoza no quedó convencido por las razones de Tomás, y cuando llegó á Villaviado llevaba en la cabeza un plan, que no le parecía descabellado, y que le permitiría tomar alguna parte en los acontecimientos, sin arriesgarse de un modo imprudente.

El viejo era valiente, amaba á su patria, adoraba á sus hijos, había sido soldado, y los preparativos de combate que acababa de presenciar le habían excitado poderosamente.

Entró en su casa, y apenas supo qué responder al chaparrón de preguntas con que le saludó Mariana.

Pocos minutos después llegaron Gregoria y su hija, que le volvieron á interrogar de nuevo.

—¿Hay algun peligro?

—¿Qué ha de haber! Mañana puede que se oigan desde aquí unos cuantos cañonazos, pero todo ello no será nada.

—¿Es verdad lo que dices?

—¿Si son un ejército!

—¿Pero y los franceses?

—Los franceses ya los habeis visto en Lerma.

Gil queria ocultar á las mujeres lo que iba á suceder en Madrigalejo, y queria hacerlas creer que las tropas de Merino sólo tendrian que batirse con los dos batallones que habian visto en la cabeza de distrito.

—Los que han estado esta mañana en Quintanilla, dicen que don Jerónimo tenia mucha tropa.

—Más de ocho mil hombres.

—De modo que habrás visto á los chicos,—exclamó Mariana.

—¿A los chicos?—preguntó Gil, que no mentia nunca.

—Sí.

—Es decir... he visto á Tomás.

—¿A Tomás?

—¿Y Juan?—preguntó María.

—Juan habia salido en comisión del servicio; pero Tomás estaba en Villalmanzo, y he pasado con él un par de horas.

—Ya ha anochecido,—exclamó Mariana;—es hora de rezar el rosario.

—Sí,—contestó María,—y hoy rezaremos tambien el trisagio para que Dios los libere de todo mal.

—Bueno,—repuso Gil,—rezad vosotras...

—¡Qué! ¿tú no rezas?

—Tengo que salir.

—¿A esta hora?

—Sí.

—¿Adónde?

—A casa del alcalde.

Y Gil tomó su sombrero, se embozó en la capa y salió sin decir una palabra.

Las tres mujeres se miraron unas á otras.

La primera que se atrevió á hablar fué María.

—Algo le pasa al señor Gil,—dijo.

—Sí.

—Algo le pasa,—contestaron simultáneamente Mariana y Gregoria.

—¿Estarán enfermos los chicos?—preguntó esta última.

—Se hubiera quedado con ellos,—dijo Mariana.

—Es verdad.

Esta reflexion las tranquilizó á todas.

—Vamos á rezar,—dijo Mariana despues de algunos minutos de silencio.

—Vamos.

Las tres mujeres entraron en la salita, donde sobre una cómoda habia una imágen de la vírgen metida en una urna.

Encendieron dos velas de cera y comenzaron el rezo, que desde tiempo inmemorial hacian juntas todas las noches.

.

Entre tanto, Gil Mendoza llegaba á la puerta de casa del alcalde.

—Dios me perdone la mentira que voy á echar, — murmuró dando un fuerte aldabonazo.

Abrióse á poco la puerta, y apareció el bueno de don Blas, á quien no hemos vuelto á ver desde el primer capítulo de esta obra.

—¿Qué trae por aquí el señor Gil?—preguntó el alcalde.

Desde que el anciano tenía un hijo teniente coronel y otro comandante, nadie en el pueblo le llamaba *tío Gil*.

—Tenemos que hablar, señor alcalde.

—Adelante.

Don Blas hizo entrar á Gil en la salita que le servía á la vez de habitación y de despacho.

Presentó á su visitante una silla, y él ocupó otra.

—Hoy he estado en Quintanilla, señor don Blas, — dijo Gil, entrando en materia inmediatamente despues de sentarse.

—¡Hola! ¿cómo están los muchachos?

—No tienen novedad.

—Me alegro.

—Pues el caso es que he visto al cura Merino.

—¿Y está bueno?

—Tan campante.

—Parece mentira.

—Pues sí, señor, le he visto, y me ha dado una orden para usted.

—¿Para mí?

—Justo.

—Ese don Jerónimo nos ha de perder á todos,—dijo el alcalde.

—No tanto.

—¿Y qué quiere?—preguntó don Blas, dejando escapar un suspiro.

—Necesita que para mañana al amanecer se presenten en Lerma cuarenta ó cincuenta hombres con armas de fuego.

—¿En Lerma?

—Como es día de mercado, fácil será que acudan llevando las armas escondidas entre las cargas.

—¿Y de dónde los he de sacar yo á esta hora?

—Enviando gente á Nebrena, Solarana, Fontioso, el Prisco de Quintanilla y Robé de los Escuderos; es fácil que entre esos pueblos y Villoviado puedan reunirse. Ya ve usted, son las ocho de la noche; hasta mañana al amanecer hay mucho tiempo.

—Sí lo habrá; pero yo no tengo gana de que los franceses me fusilen si saben que ando metido en tales asuntos.

—El caso es que el cura Merino también fusila á los que no le obedecen.

—Ya lo sé,—contestó don Blas, sudando á pesar del frío que hacia.

—Y que mañana es probable que todo el distrito de Lerma se halle en su poder,—añadió Gil.

—¡Dios le confunda!—murmuró el alcalde.

—Yo le he dicho que por usted no habria inconveniente.

—Pues me gusta.

—¡Usted resolverá! Yo con enviarle ahora mismo un propio y decirle que usted no quiere servir á la patria, he concluido.

—Hombre, no sea usted tan vivo de genio, —dijo el alcalde.

—Pues usted dirá.

—Hay que pensarlo.

—Es que se pasa el tiempo.

—Cinco minutos siquiera.

—¿Para qué? Usted al cabo ha de cumplir la orden.

—No tendré más remedio.

—Pues ea, lo que es en Villoviado, ya tengo yo dos hombres alistados.

—¿Quiénes?

—Mi criado y yo.

—Corriente.

—Además, me comprometo á reunir siete ú ocho.

—Bueno.

—En cuanto á los otros pueblos, basta avisar á los alcaldes y á los curas.

—Lo haré ahora mismo.

—Que envíen á Lerma todos los hombres armados que puedan.

—Bien.

—Que estos se presenten en el mercado con carros ó caballerías, cargados de cualquier cosa.

—Entendido.

—Que lleven ocultas las armas entre la carga.

—Ya se supone.

—Y una vez allí, que aguarden á que yo me presente, y obedezcan mis órdenes.

—Es una locura.

—Lo manda don Jerónimo.

—Le obedeceré,—contestó con resignacion el alcalde.

—Hasta la vista,—dijo el anciano y valeroso Gil, tomando su sombrero.

—Vaya usted con Dios.

El padre de nuestros dos valientes guerrilleros salió de casa de don Blas y empezó á recorrer las de sus amigos, para reunir los siete ú ocho hombres que debian formar al contingente de Villoviado.

En pocos encontró resistencia.

Les explicaba su proyecto, y todos, unos por patriotismo y otros por vergüenza de parecer cobardes, lo contraban excelente y prometian secundarlo.

Al mismo tiempo de casa del alcalde salian emisarios para todos los pueblos circunvecinos.

Al pobre don Blas, que como ya sabemos, era tímido en demasía, no se le pegaba la camisa al cuerpo.

Gil, al retirarse á su casa cerca ya de las ocho de la noche, pensaba para sí:

—¡Caramba! tal vez haya hecho mal en tomar el nombre del señor cura; pero de otro modo no hubiera conseguido nada... Y luego, es para servir á la patria... Conque he hecho bien en tomarlo.

Cuando llegó á su casa, las mujeres estaban alarmadas.

Nunca le habian visto volver tan tarde, pues las

pocas noches que salia volvia siempre antes de las nueve.

—¿Dónde has estado?—le preguntó Mariana.

—En casa de mi novia.

—No te vengas con burlas.

—¿Y Gregoria y su hija?

—Hace más de una hora que se marcharon.

—Pues vámonos á la cama.

—Ya es hora.

—Y mañana hay que madrugar.

—¿Madrugar?

—Sí, voy al mercado.

—¿Adónde?

—¿Adónde ha de ser? A Lerma.

—¿Pero no dices que allí va á haber jaleo?

—No será allí.

—¿No?

—El combate va á ser en Villalmanzo.

—Gil, me parece que esta noche no has dicho más que mentiras.

—En todo caso, á tí no te importa,—replicó Gil, apelando al vulgar recurso de incomodarse cuando no sabe uno qué contestar.

Los dos esposos entraron en la habitacion; pero Gil volvió á salir á los pocos momentos.

—¡Antonio!—dijo llamando á su criado.

—¿Qué?—preguntó un mozo de labor bostezando.

Gil habló al oído á su criado.

—¿Has entendido?

—Sí, señor.

—Las dos mulas cargadas.

—Y las escopetas escondidas.

—Muy bien.

—Me llamas á las cinco.

—No hay cuidado.

El criado no sabia de qué se trataba, y el sueño no le dejaba tampoco pensar en ello.

Media hora despues, todos dormian en casa de Gil Mendoza.

Aquella noche la division francesa, que dos dias antes habia salido de Búrgos, dormia en Cogollos.

Su jefe ya sabia que Merino era dueño de Madrigalejo, y se disponia á disputarle el paso.

Por consiguiente, los franceses sabian que al dia siguiente tenian que batirse con los terribles guerrilleros españoles.

Para prevenir un golpe de mano, se habian alojado con las mayores precauciones.

Pero Merino no pensaba en atacarles.

Ocupando posiciones casi inexpugnables, sabia que la victoria consistia en aguardar el ataque.

Y se limitaba á pasar la noche con la mayor vigilancia, tanto al frente como á la espalda.

En cuanto á sus costados, las enormes cadenas de montañas que en ellos habia, le defendian mejor que si fueran ejércitos.

Las patrullas de caballería que toda la noche estuvieron saliendo de Madrigalejo, llegaban á cruzarse con las que Tomás enviaba desde Villalmanzo.

De este modo la comunicacion era constante entre los dos cuerpos de ejército, y durante la noche cada uno supo dos ó tres veces que no ocurría novedad al otro.

Don Jerónimo, Juan y Segura, no durmieron ni siquiera un cuarto de hora.

Teniendo al enemigo tan cerca, temían que intentara forzar por sorpresa el paso, que en lucha abierta le sería muy difícil abrirse, y pasaron la noche en vela, interrogando á todos los jefes de las patrullas y recibiendo los partes que de hora en hora enviaban los comandantes de las guardias avanzadas.

Su jefe ya sabía que Merino era dueño de Madrid, y se disponía á disputarle el paso.

Por consiguiente, los franceses sabían que al día siguiente tenían que batirse con los terribles guerrilleros españoles.

Para prevenir un golpe de mano, se habían alojado con las mayores precauciones.

Pero Merino no pensaba en atacarles. Ocupando posiciones casi inexpugnables, sabía que la victoria consistía en aguardar el ataque.

Y se limitaba á pasar la noche con la mayor vigilancia, tanto al frente como á la espalda.

En cuanto á sus costados, las enormes cadenas de montañas que en ellos había, le defendían mejor que si tenían ejército.

Las patrullas de caballería que toda la noche estuvieron saliendo de Madrid al alba, llegaban á cruzarse con las que Tomás enviaba desde Villamanza.

Capítulo L

El primer acto del drama

A eso de las seis y media de la mañana, la guarnición de Lerma salía con dirección á Villalmanzo.

Sólo quedaba en la ciudad una guardia de prevención, que no pasaba de veinte á veinticinco hombres de infantería; es decir, lo suficiente para guardar el cuartel en una poblacion pacífica.

El coronel francés habia querido sacar todas sus fuerzas para forzar rápidamente el paso de Villalmanzo y llegar con un buen contingente á la batalla, que suponía iba á darse en Madrigalejo.

Los dos batallones marchaban en buen orden, precedidos de un escuadron de húsares, que servía de avanzada.

En el centro iban las dos piezas, seguidas de los artilleros á caballo.

Cerraba la retaguardia el otro escuadron de caballería.

Cerca de una hora tardó la vanguardia en encontrar una patrulla de caballería que Tomás habia destacado de su posicion, para que diera aviso de la aproximacion del enemigo.

Los ginetes españoles dispararon sus tercerolas, y cuando los húsares, despues de hacerles una descarga, se disponian á cargar sable en mano, volvieron grupas y se dirigieron al galope hácia Villalmanzo.

La caballería francesa no se atrevió á perseguirles, tanto por miedo á caer en alguna emboscada, cuanto porque el jefe de la columna habia dado orden al capitán que la mandaba de no empeñar ningun combate formal.

Por consiguiente, los húsares hicieron alto y se limitaron á dar parte al coronel de que las tropas españolas estaban cerca.

El ruido de los tiros habia dado este aviso antes que los emisarios, y ya los dos batallones franceses llegaban á la carrera al sitio de la ocurrencia.

El camino hacia allí un recodo que impedia ver la barricada construida por los españoles delante de Villalmanzo, pero desde la tarde anterior sabia el coronel francés que existia.

Por consecuencia, ordenó que los dos escuadrones de caballería, que en aquel ataque no podian ser de gran utilidad, se quedasen allí resguardados del fuego, y él avanzó con la infantería, llevando al frente sus dos piezas de artillería.

Al revolver el recodo del camino la cabeza de la columna, fué saludada por una bala de cañon que le enviaron desde la barricada.

A esta siguió otra.

Inmediatamente los artilleros franceses desengancharon sus piezas, las volvieron y contestaron al saludo de los españoles.

Al mismo tiempo, dos compañías se desplegaron en guerrilla á ambos lados del camino, y rompieron el fuego.

Los españoles, cuyo jefe habia calculado mejor la distancia, continuaron disparando sus cañones; pero no tiraron ni un tiro de fusil.

Efectivamente, las balas de la infantería no podian alcanzar de unos á otros, porque los combatientes estaban aún demasiado lejos.

El jefe francés mandó avanzar á toda su columna; pero á excepcion de las dos piezas que iban en medio del camino y de las compañías desplegadas en guerrilla á los costados, el resto de la infantería desfilaba por las orillas de la carretera sin presentar más que dos hombres de frente, para que el fuego de los españoles fuera ménos mortífero.

Cuando los primeros franceses estuvieron á unos cuatrocientos metros de la barricada, los españoles, que no habian dejado de disparar sus cañones, causando algunas bajas en los contrarios, rompieron el fuego de fusil en toda la línea.

Desde la barricada, desde las alturas que dominaban el camino en las inmediaciones del pueblo y desde las

primeras casas de Villalmanzo, cayó sobre los agresores un diluvio de balas.

La guerrilla francesa soportó el fuego con energía, y los artilleros, á pesar del peligro, cargaban y disparaban sus piezas con la misma serenidad y rapidez que hubieran podido hacerlo en un campo de maniobras.

Ya algunos de ellos habian mordido el suelo; pero sus compañeros les reemplazaban inmediatamente y el combate continuaba como si tal cosa.

Aquellos soldados estaban muy acostumbrados á pelear, habian visto la muerte mil veces frente á frente, y no les asustaba verla una vez más.

Pero los españoles no les cedian en bravura, y tenían, como casi siempre, la ventaja de luchar parapetados.

Diez minutos duraba el fuego, y ya el coronel francés estaba convencido de que su empresa era mucho más difícil de lo que habia imaginado.

La barricada era de piedra, pero estaba revestida exteriormente de una gran capa de tierra, que amortiguaba el efecto de las balas de cañon francesas.

El coronel sabia que le interesaba, no sólo vencer, sino vencer pronto, porque si llegaba tarde á Madrigalejo, toda la sangre que se derramara en Villalmanzo correria inútilmente.

Perder tiempo equivalia á perderlo todo.

El coronel formó en columna cerrada uno de sus batallones, se puso á su cabeza y se lanzó intrépidamente á la bayoneta.

Pero los soldados que mandaba Tomás estaban muy acostumbrados á rechazar aquellos ataques.

La artillería y la infantería española redoblaron el fuego.

Los franceses, que avanzaban primero con rapidez, fueron luego disminuyendo la velocidad de la marcha.

Tenian bastantes muertos y muchos heridos.

Tomás, que estaba entre los dos cañones mirando atentamente al campo de batalla, gritó con voz de trueno á los artilleros:

—Basta de balas: metralla.

Y un segundo despues los franceses recibian un metrallazo.

Luego otro.

La columna por fin hizo alto.

En sus filas se abrian claros horribles.

El coronel mandó tocar retirada.

La primera compañía hizo una descarga á los españoles, y toda la columna retrocedió en buen orden, á pesar del fuego espantoso que caia sobre ella.

Tomás quiso precipitar su retirada y convertirla en derrota.

Al efecto, hizo salir por el paso que habia dejado practicable sus cinco escuadrones, y puesto á su frente dió una carga.

Entonces llegó su vez á los franceses.

Los españoles habian suspendido el fuego para no herir á su caballería.

Y los franceses lo rompieron; despues que el batallón que se retiraba hizo alto y formó el cuadro.

Algunos cañonazos bien dirigidos desordenaron el primer escuadron español.

Sus ginetes, que sufrían una granizada de balas y metralla, se precipitaron en dispersion sobre el segundo, y faltó poco para que lo arrollaran.

—Acuchillar á esos cobardes,—gritó Tomás ciego de ira, repartiendo terribles sablazos entre sus soldados.

—¡Adelante!—decía el valeroso jóven.

—¡Adelante!—repetían los oficiales.

Pero los franceses hacían cada vez más fuego.

Por el centro del camino avanzaban ya los dos escuadrones de húsares para aprovechar aquella confusión, y Tomás tuvo que ordenar la retirada.

Los franceses avanzaron en masa, gritando:

—¡Victoria!

Pero en cuanto los ginetes españoles hubieron rebasado la barricada, toda la línea de defensa volvió á romper el fuego y les obligó á retroceder otra vez.

Tomás ardía de coraje.

No había insulto que no dijera á la caballería.

Y sin embargo, no era justo.

Los soldados franceses eran los primeros del mundo, y habían retrocedido antes.

En ciertas condiciones, la lucha es imposible.

El primer escuadron había perdido en un minuto veinte soldados entre muertos y heridos.

No se puede obligar á los hombres á suicidarse en masa.

Los franceses siguieron cañoneándose con los españoles, pero con notable desventaja.

Los primeros estaban á pecho descubierto y los segundos parapetados.

El coronel comprendió que aquel ataque de frente no podia dar resultados.

Su columna tenia ya más de cien bajas.

Necesitaba á toda costa flanquear la posicion de los españoles.

Pero el camino estaba encajonado entre montañas, que aunque no muy altas, eran escarpadísimas y estaban ocupadas por los tiradores de Tomás.

Sin embargo, no habia más remedio que apoderarse de una de ellas ó renunciar á la empresa.

La que protegia el costado izquierdo de los españoles, es decir, la que estaba más cerca de Villalmanzo, tenia más fácil acceso.

Sobre ella dirigió el coronel francés dos compañías, que se lanzaron á la carrera.

Entre tanto, continuaba en la carretera el fuego de frente.

Pero por parte de los franceses se debilitaba mucho.

Una de sus piezas habia sido desmontada por una bala de cañon, y era ya imposible servirse de ella.

La otra no tenia más que cinco artilleros.

El combate duraba ya más de una hora.

Las compañías que atacaron la montaña marcharon con resolucion, á pesar del nutrido fuego que de todas partes recibian.

Hasta llegar al pié de la colina fueron dejando un rastro de muertos y heridos.

Empezaron á trepar por la vertiente, y llegaron hasta la mitad de la colina, aunque perdiendo muchos hombres, porque los tiradores que allí habia, á pesar

de ser paisanos, peleaban con la misma serenidad que si fueran soldados viejos.

Resguardándose con las peñas y los árboles, echados en el suelo, metidos entre las ondulaciones del terreno, de todas partes hacían caer sobre los franceses un diluvio de balas y de piedras. Hubo peñascos cuya posesión fué disputada cuerpo á cuerpo. Los soldados á bayonetazos y los montañeses con sus cuchillos ó manejando las escopetas á modo de mazas, trabaron combates horribles, en que por ambas partes se hacían prodigios de valor y de ferocidad.

Hubo paisano que, rota ya su escopeta, desarmado, jadeante, cubierto de sangre, se arrojó sobre un francés, y abrazándose á él y forcejeando rodó al abismo con su enemigo.

Cuando la lucha era más empeñada, llegaron á la colina dos compañías de refresco, enviadas por Tomás muy oportunamente.

Aquello era más de lo que podían resistir los franceses, que al primer choque se declararon en precipitada fuga.

El coronel estaba fuera de sí, y sin embargo, no podía quejarse de sus soldados, que se habían portado como buenos.

Casi la mitad de los asaltantes quedaban en la fatal colina.

El coronel francés intentó renovar el ataque, poniéndose al frente de otras cuatro compañías; pero á los dos minutos de ponerse en marcha, un metrallazo de la barricada barrió la cabeza de la columna.

El coronel, derribado al suelo con su caballo, no tuvo fuerzas más que para incorporarse apoyándose en la mano izquierda, y levantando la derecha, con la cual empuñaba fuertemente la espada, gritó:

—¡Viva el emperador!

Y cayó sin vida.

Tenia destrozado el pecho por un casco de metralla. Desde aquel momento la derrota de los franceses era inevitable.

El segundo jefe que tomó el mando lo comprendió así, y ordenó la retirada.

En dos horas de pelea las tropas imperiales habían perdido ochenta muertos y unos trescientos heridos, es decir, casi la tercera parte de su fuerza.

Su artillería no contaba más que una pieza y dos artilleros, ó sea lo absolutamente indispensable para hacer fuego.

Sólo la caballería no había sufrido nada.

Pero entonces empezaba su tarea.

El jefe francés, despues de pensarlo un momento, adoptó una resolución, que por más que pueda parecer cruel, estaba justificada por la necesidad.

Era imposible á una columna derrotada como la suya, y que segun todas las probabilidades tendria que retirarse peleando, recoger los heridos y llevarlos.

Determinó, pues, abandonarlos á su propia suerte.

Los que podian andar, vendados, pálidos, cubiertos de sangre, marchaban apoyándose en los fusiles, ó en alguna rama desgajada de los árboles por los proyectiles.

La infantería formó en columna cerrada, y emprendió la marcha.

Los dos escuadrones se presentaron en medio del camino para protegerla.

Tomás adoptó con rapidez sus resoluciones.

Llamó al alcalde de Villalmanzo, y le ordenó que todos los vecinos del pueblo se dedicaran inmediatamente á recoger los heridos y enterrar los muertos de una y otra parte, si no preferían quemar á estos últimos.

Para mantener el orden durante esta operación, le dejó cincuenta tiradores, mandados por un oficial.

El con todas las fuerzas de su mando se dispuso á perseguir á los que se retiraban.

Los españoles habían tenido hasta entonces unos treinta muertos y cien heridos.

Los dos cañones fueron sacados con presteza de la barricada y cargados en los mulos.

En seguida la caballería salió con ellos al camino.

Detrás iba el batallón de infantería, formado en masa.

Los paisanos se corrieron á ambos lados de la carretera por las colinas y cerros que la dominaban, y comenzaron á seguir la marcha de los húsares, molestandoles con sus disparos.

Con el mismo objeto había desplegado Tomás en guerrilla uno de sus escuadrones.

Ya sabemos que en esta clase de combate no tenían rival los soldados del cura Merino.

Los otros cuatro escuadrones marchaban en masa, dispuestos á cargar cuando el terreno lo permitiera.

Los húsares sufrían mucho por aquel fuego; pero eran excelentes soldados y ni un momento perdían su formación.

Cuando los españoles les hostigaban demasiado, hacían alto y daban una pequeña carga para contenerlos.

Luego continuaban su marcha dispersos en tiradores y sosteniendo el fuego en retirada.

El único cañon que quedaba á los franceses, también hacía su papel en aquellas maniobras.

Cada vez que los ginetes de Tomás se hacían demasiado atrevidos les enviaba un metrallazo, que los mantenía á respetuosa distancia.

Cerca de una hora duró esta marcha.

Al fin llegaron los franceses á la pequeña explanada que hay delante de Lerma; pero allí les esperaba un nuevo contratiempo.

La descubierta que llevaban, al acercarse á la población fué recibida con un tiroteo bastante vivo desde las primeras casas.

Efectuó un reconocimiento, y vió que el puente que había sobre el Arlanza estaba cortado.

Un ojo había sido roto, y como los franceses no tenían tren de puentes, les era imposible recomponerlo.

El jefe que los mandaba, al ver que le habían cortado la retirada, lanzó un rugido de ira.

Comprendió que tenía que aceptar una nueva batalla, y en las condiciones más desventajosas, teniendo enemigos al frente y á la espalda.

Hizo alto y mandó formar el cuadro, mientras sus

dos escuadrones de caballería se preparaban á rechazar al enemigo lo mejor que pudieran.

Tomás, que oía los disparos que hacian desde las casas de Lerma y vió las disposiciones que tomaban los franceses, adivinó algo de lo que pasaba.

No quedaba á las tropas imperiales más recurso que correrse por la orilla del Arlanza, vadearlo por Ruýales del Agua, y una vez en la otra orilla, atacar la poblacion para mantenerse en ella.

Pero vadear un rio delante de un enemigo numeroso, resuelto y superior en caballería y artillería, es bastante arriesgado.

Por otra parte, Tomás, que se habia hecho cargo de la situacion, en cuanto vió que los husares franceses se dirigian hácia Ruýales, lanzó contra ellos sus cinco escuadrones, que los acuchillaron sin dificultad, gracias á su número.

La infantería y la artillería siguieron á la carrera el movimiento de la caballería, y cuando los husares vencidos por los escuadrones de Tomás se replegaron al amparo de su infantería, ya el jóven castellano habia logrado establecer su línea de batalla, apoyando la derecha en el Arlanza y prolongando su izquierda hasta el camino por donde acababan de pasar vencedores y vencidos.

Aquello era un reto á batalla campal, en que los españoles tenian sobre los franceses la inmensa superioridad moral que les daba su reciente victoria y la ventaja de contar con más caballería y artillería que sus contrarios.

Después de la carga de los españoles, cuyo resultado había sido la retirada de los húsares franceses, los dos pequeños ejércitos permanecieron cerca de un cuarto de hora contemplándose sin ofenderse, como si hubiera entre ellos una tregua tácita.

Aprovechemos nosotros este tiempo para enterarnos de lo que había sucedido en Lerma.

Las gestiones que el alcalde de Villoviado había practicado durante la noche por instigación de Gil Mendoza, y creyendo obedecer las órdenes del cura Merino, habían dado un gran resultado.

Antes de amanecer estaban en Lerma más de sesenta hombres, que habían ido allí como si fueran á traficar en el mercado; pero que llevaban todos sus armas ocultas entre las cargas de sus carros ó caballerías.

Gil Mendoza había acudido de los primeros.

El solo estaba en el secreto de lo que iba á suceder.

Dejaron salir de la ciudad á la guarnición francesa, y cuando ya hacia cerca de una hora que había marchado, sin dejar, como hemos dicho antes, más que una veintena de hombres para guardar el cuartel, Gil, que había ya avisado á sus amigos, dió de pronto el grito de:

—¡Mueran los franceses! ¡Viva España!

Un segundo después se vió rodeado de unos cincuenta hombres con armas, que repetían sus voces.

Antes de un cuarto de hora, como él había presumido, Lerma en masa se había sublevado.

Y Lerma era una ciudad que tenia algunos miles de almas.

Los pocos franceses que habian quedado en ella no pudieron oponerse á la sublevacion, porque si bien es verdad que la mayor parte del pueblo estaba desarmado, el número hubiera bastado para aplastarlos.

Harto hicieron con encerrarse en su cuartel y disponerse á vender caras sus vidas.

Gil hizo entrar en las casas inmediatas veinte ó treinta hombres para que se tiroteasen con ellos desde las ventanas, más con el objeto de impedir que salieran, que con el de librar un verdadero combate.

El fuego no era muy nutrido ni temible.

Casi puede decirse que unos y otros gastaban la pólvora en salvas.

El principal objeto de Gil era cortar el puente.

A él se dirigió seguido de más de trescientos aldeanos, provistos de picos, palas, azadones, palanquetas y otra porcion de instrumentos de albañilería y hasta de labranza.

No faltó un maestro de obras que se prestara á dirigir la operacion, la cual, si no fué hecha con gran inteligencia, al ménos se hizo pronto y de un modo suficiente para el objeto que se deseaba.

Gil, convertido en dictador por autoridad propia, mandó cerrar con barricadas todas las entradas de la poblacion.

Las mujeres trabajaron en aquella obra patriótica con el mismo ardor que los hombres.

En ménos de una hora todo estuvo hecho.

Los hombres que tenían armas se unieron á los insurrectos, y cuando las descargas que se oían en el campo avisaron que se acercaban los franceses, lo cual significaba que habían sido vencidos en Villalmanzo, unos ochenta hombres con escopetas pudieron ocupar los edificios inmediatos al río.

Estos fueron los que recibieron con una descarga á la descubierta de la columna, que retrocedía á su acantonamiento.

La guardia de prevencion seguía encerrada en el cuartel, y convencida de que no podía hacer nada, había suspendido el fuego.

Los españoles hicieron otro tanto, y se limitaban á cercar el edificio para no dejar salir á los soldados.

En media hora de fuego no había habido entre ambas fuerzas beligerantes más que un paisano herido.

Gil Mendoza, que desde el terrado de una casa miraba al campo y veía el aprieto en que se encontraban los franceses por no poder entrar en Lerma, estaba satisfecho de sus disposiciones como general en jefe.

Capítulo LI

En Madrigal

Casi á la misma hora en que Tomás presentaba batalla campal á la guarnicion de Lerma, se presentaba la division francesa que iba de Búrgos delante de las posiciones del cura Merino.

Eran próximamente las diez de la mañana.

Los franceses ya estaban enterados de lo que allí les esperaba; así es que en lugar de meterse en la ratonera que les habia armado don Jerónimo, siguiendo por el camino real hasta atacar los dos puentes que habia sobre el rio de Madrigalejo, lo que hicieron fué organizar desde luego dos columnas, que atacaran á Madrigal y Villaverde.

En el primero de estos pueblos estaba Juan Mendoza; en el segundo el coronel Segura.

El general francés envió dos batallones y una ba-

tería contra cada uno de estos pueblos, quedándose con el grueso de sus fuerzas en la carretera para acudir adonde fuese necesario.

La batalla se abrió con un gran fuego de cañón, débilmente contestado por los españoles, que eran inferiores en artillería.

El cura Merino, que se hallaba en Madrigalejo, recibió casi al mismo tiempo dos oficiales, enviados respectivamente por Segura y por Juan.

Los dos llevaban una peticion idéntica.

Cañones.

Don Jerónimo sentía desartillar el centro de su posicion, pero no pudo ménos de comprender la razon que tenían los dos bizarrós jefes, y considerando más importantes las piezas que defendian ambos puentes que las que flanqueaban la carretera, hizo cargar estas en sus mulos, y envió dos á Villaverde y otras dos á Madrigal.

De este modo Mendoza y Segura tenían cada cual tres cañones para contestar á los disparos de los cuatro que el general francés habia destinado para batir cada uno de los pueblos que defendian.

La posicion de Villaverde, que defendia Segura, era mucho más fuerte que la de Madrigal; por eso Merino habia destinado un batallon á aquel pueblo y dos á este.

Villaverde está sobre una colina de acceso poco ménos que imposible, al paso que Madrigal tiene una entrada, que aunque no muy fácil, es sin embargo ménos difícil.

Juan Mendoza conocía esto, pero confiaba mucho en el valor de sus soldados. Eran estos un batallón de guardia urbana y otro del regimiento de Arlanza. A última hora Merino le envió como unos doscientos paisanos de los que se habían agregado con armas.

Los franceses cañonearon algún tiempo la posición de los españoles; pero estos contestaban con un vivo tiroteo de cañón y de fusil.

El combate no fué muy sangriento en la primera media hora.

Por fin los franceses intentaron un asalto.

Un batallón marchó á la bayoneta contra el pueblo, empezó á subir la cuesta al paso gimnástico, y llegó hasta la mitad de ella. Una vez allí, tuvo por precisión que hacer alto. Juan desde la tarde anterior había mandado abrir un foso profundo y bastante ancho.

En el momento que los franceses permanecieron detenidos, dando lugar á que sus jefes deliberaran sobre el modo de salvar aquel obstáculo, los españoles redoblaron su fuego de cañón y de fusilería. Algunas balas rasas dieron en la columna, arrastrando varias hileras; uno de sus jefes había sido herido por una bala de fusil, y el general francés, que desde la carretera observaba el ataque, decidió reforzar la columna con otro batallón y una compañía de ingenieros.

Juan recorría todos sus puestos animando á los combatientes.

—¡Firmes!—gritaba sin cesar el joven.—¡Apuntar bien! ¡No precipitarse! ¡Viva España!

—¡Viva España!—contestaban soldados y guardias

urbanos, procurando cumplir todos con su deber y contestando al fuego que los franceses hacian desde el otro lado del foso.

Los ingenieros comenzaron inmediatamente á echar un puente para salvar el obstáculo.

Pero la empresa ofrecia bastante dificultad.

Algunos soldados tuvieron que descolgarse al foso, subir gateando del lado de Madrigal, y una vez allí, ayudar á sus compañeros.

Los franceses realizaron la operacion con no poco trabajo.

Pero una vez al otro lado del foso, quedaban expuestísimos al fuego de los españoles, que los fusilaban impunemente.

Muchos mordieron el polvo, pero los demás proseguian intrépidamente su obra.

Los que trabajaban dentro del foso asegurando los caballetes, estaban completamente resguardados de las balas, y estos eran la mayor parte. Una vez puestos los caballetes, no habia más que échar encima los tablones, y el paso estaba asegurado.

Juan, situado en una de las primeras barricadas que habia levantado á la entrada de Madrigal, miraba con creciente inquietud los progresos de aquel trabajo.

Cuando se acabara de echar el puente iba á encontrarse con que se le arrojaban encima tres batallones, algo mermados por el fuego, es verdad, pero al fin tres batallones aguerridos y enardecidos por el combate, cuando él no podia oponerles más que dos, uno de los cuales se componia de paisanos.

Era necesario impedir á toda costa que se acabara el puente.

El valiente jóven se puso á la cabeza de dos compañías, y se precipitó á la carrera sobre los ingenieros, que desde el lado de Madrigal ayudaban á la operacion.

Pero los ingenieros no le esperaron.

Obedientes á la voz de sus jefes se arrojaron al foso, y una vez despejado el frente, dos cañones franceses enviaron á la pequeña columna otros tantos metrallazos, que hicieron en ella horrible destrozo.

Juan conoció que, frustrado su intento, tenia que retirarse, y que si se retiraba en masa, sus dos compañías perecerian enteras antes de llegar á sus parapetos.

Con la rapidez que caracterizaba todas sus resoluciones, mandó desplegar en guerrilla con grandes intervalos y romper el fuego en retirada.

Gracias á esta hábil determinacion pudo salvar á sus soldados, no sin dejar en el campo diez ó doce muertos y más de treinta heridos.

La situacion se hacia cada vez más angustiosa.

Los ingenieros seguian trabajando en el foso.

Esto hacia que la operacion fuera más lenta; pero en cambio les daba la ventaja de trabajar enteramente á cubierto de los disparos del enemigo.

Juan no veia los progresos de la obra, pero los calculaba por minutos.

Los franceses, formando una extensa línea del lado de allá del foso, sostenian el fuego, mientras sus ingenieros iban clavando y asegurando los capalletes.

Juan veía dos ó tres compañías de infantería, cuyos soldados, convertidos en auxiliares de los ingenieros, iban y venían sin cesar cargados con útiles y maderas, que se arrojaban al foso para proseguir la obra.

El muchacho había ya enviado á pedir refuerzos á Merino.

Este conservaba á sus órdenes cuatro batallones que aun no habían disparado un tiro, porque el centro de la posición no había sido atacado.

—¿Tan apurados estais?—preguntó el cura al oficial que le envió el jóven teniente coronel.

—¡Ya ve usted, cuando él pide refuerzos!

—Es verdad,—replicó Merino.

Y meditó un momento antes de resolverse.

—Pues, señor,—dijo despues de un minuto,—ya que ese general de los diablos no me ataca á mí, será preciso que le ataque yo á él.

Don Jerónimo dió al oficial un batallon de la guardia urbana de Aranda.

—Dí á Juan que no pida más gente, porque como no la pinte, no puedo dársela; pero que resista en el pueblo todo lo que pueda, que pronto le ayudaré yo por otra parte.

El oficial partió al galope con riesgo de que le faltara un pié á su caballo y se despeñaran ambos, y el batallon de urbanos le siguió al paso ligero, dando gritos de entusiasmo.

Don Jerónimo, que ya se había convencido de que el ataque de Villaverde no tenía importancia, envió allí cuatro compañías de urbanos, dando orden á Segu-

ra de que con el batallón que tenía á sus órdenes, que era de línea, bajara á reunírsele sobre la carretera.

En seguida dispuso que todas sus fuerzas, es decir, dos batallones y medio, cuatro piezas de montaña, y los dos escuadrones de caballería, avanzasen con él en direccion á los franceses, que distaban una media legua próximamente.

Hemos visto que don Jerónimo procuraba que la guardia urbana se batiera parapetada, tanto porque así era más fácil sostenerse á militares tan bisoños, como porque de este modo experimentarían ménos bajas, y él temía el efecto que pudiera causar en Aranda la muerte de muchos de aquellos honrados padres de familia.

Tratándose de sus soldados, ya era diferente. Aquellos se habian comprometido á hacer la guerra con todas sus consecuencias, cobraban puntualmente sus haberes, estaban vestidos y mantenidos, recibian premios y ascensos, y no tenían por qué quejarse.

La division francesa constaba de ocho batallones de infantería, seis baterías de á cuatro cañones y dos regimientos de caballería.

De estas fuerzas, dos batallones y una batería se tiroteaban sin resultado con los defensores de Villaverde, que no experimentaban daño, y en cambio lo causaban muy grande en sus contrarios cada vez que intentaban avanzar un paso; tres batallones con otra batería estaban empleados en el sangriento combate de Madrigal; el general en jefe, con cuatro baterías y otros tres batallones, permanecía sobre la carretera. Los dos regimientos de caballería permanecian á retaguar-

dia, y eran completamente inútiles, porque el terreno no les permitía maniobrar.

Merino era igual á sus enemigos en infantería, porque aunque no contaba más que siete batallones, estos tenían mayor número de plazas que los franceses; tenía además bastantes paisanos y dos escuadrones de tiradores á caballo. Su artillería estaba reducida á diez piezas de montaña, y esta inferioridad en el número de bocas de fuego es lo que habia querido compensar con las ventajas de la posición.

Es conveniente recordar cuál era la distribución de las fuerzas españolas en el momento en que el cura se decidió á tomar la ofensiva por la carretera para hacer general la batalla.

En Villaverde no iban á quedar más que cuatro compañías con tres cañones.

Juan Mendoza tendria en Madrigal, cuando recibiera el último refuerzo, tres batallones organizados y unos quinientos paisanos armados, porque el cura ordenó que todos se replegaran á dicho pueblo; su artillería consistia en otros tres cañones.

El cura se encontraria en el momento de atacar á los franceses con tres batallones, dos de ellos de sus soldados veteranos, cuatro compañías y cuatro cañones.

Los dos escuadrones de tiradores eran tan inútiles como la caballería francesa, y no se ocupaban más que en llevar órdenes de un lado á otro.

Merino no tenia nada que temer de la superioridad de los franceses en artillería, pues mientras hubieran de combatir en la carretera, todo lo más podrian ser-

virse de cuatro cañones, y eso con alguna dificultad; de modo que las tres baterías restantes no tendrían más remedio que permanecer en forzada inacción.

Si lograban hacerse dueños de Madrigal, todo cambiaba de aspecto.

Posesionados de aquellas alturas, podían subir á ellas ocho ó diez piezas, y dominando todo el camino, barrerlo completamente.

Por eso la verdadera llave de la posición era Madrigal.

Dueños de ese pueblo los franceses, no quedaba á los españoles más remedio que retirarse á defender el paso del río Madrigalejo, entre el pueblo y la carretera.

Juan conocía esto y redoblaba sus esfuerzos por defender el puesto que se le había encomendado.

El general francés, por idéntica razón, no perdonaba medio de apoderarse de aquella aldea.

Los ingenieros acabaron por fin de echar el puente; Juan conoció que la obra estaba terminada, porque vió, gracias á su excelente anteojo de campaña, que un batallón francés se formaba en columna.

Rápido como el pensamiento, el valeroso hijo de Gil Mendoza hizo asestar sus tres cañones contra la cabeza del puente, ordenando á los artilleros que no disparasen hasta oír su voz de mando.

El batallón francés se lanzó al puente al paso de carga.

Cuando Juan vió que ya las primeras hileras habían pasado al otro lado del foso, gritó:

—¡Fuego!

Señaron tres cañonazos, y el improvisado puente fué barrido por la metralla.

Hubo un momento de confusion horrible.

Más de cincuenta hombres cayeron muertos, heridos, mutilados, hechos pedazos por los proyectiles.

La primera compañía retrocedió, atropellando á las que la seguian.

Faltaba el terreno á los que huian y á los que avanzaban, y muchos franceses cayeron al foso, hiriéndose con sus bayonetas y pereciendo algunos á manos de sus compañeros.

—¡Fuego!—volvió á gritar Juan Mendoza á los artilleros, que ya habian cargado las piezas.

Y otros tres disparos de cañon volvieron á dominar el estridente sonido de la fusilería, y la confusion que habia en el puente aumentó, y el desórden se hizo espantoso, y otros muchos hombres perdieron la vida, y nuevos gritos de dolor y de desesperacion anunciaron nuevas heridas y nuevas mutilaciones.

Los restos del batallon que habia intentado el ataque, retrocedieron espantados.

Otro batallon se dispuso á seguir la obra comenzada.

Formóse tambien en columna y se lanzó á la carrera sobre el puente, donde aún quedaban muchos heridos desangrándose, que fueron pisoteados por sus compañeros.

Juan Mendoza repitió el fuego de artillería, que tan buen efecto habia producido en el primer ataque.

Pero entonces ocurrió una cosa inesperada.

Al mismo tiempo que el estampido de los tres caño-

nazos, y dominando el fuego graneado de los defensores de Madrigal, oyóse á la izquierda de los españoles una nutrida descarga cerrada, seguida de un inmenso: ¡Viva España!

El batallon francés que habia recibido el fuego de frente y de costado, huyó en completo desórden. Entonces los soldados ya no caian al foso, se arrojaban á él por librarse de las balas, que llovian como granizo.

Lo que habia ocurrido era lo siguiente:

El batallon de guardia urbana que Merino enviaba á Juan de refuerzo llegaba á Madrigal por el único camino que habia practicable, y estaba á la altura del pueblo y en direccion casi paralela al foso que trataban de pasar los franceses. Vió lo que ocurría, y como pudiera haberlo verificado un cuerpo de soldados viejos, hizo alto, dió frente á la izquierda, é intervino en el combate con una oportunísima descarga cerrada.

Inmediatamente marchó á la carrera á Madrigal, para librarse detrás de los parapetos del fuego de la artillería francesa.

Desde aquel momento, la situacion de Madrigal habia mejorado mucho.

De tres batallones que tenia delante, dos estaban destrozados, y el tercero, escarmentado con el ejemplo de los otros, no era probable que intentara un ataque.

La artillería siguió haciendo fuego, pero los españoles contestaban cada vez con más energía y sin experimentar grandes pérdidas.

El jefe francés que se habia encargado de tomar el pueblo, envió á pedir refuerzos á su general.

Iba este á enviarle otro batallon, cuando en medio de la carretera resonó un cañonazo.

Era que se presentaba el cura Merino.

El general, obligado á aceptar aquel nuevo combate, no podia desprenderse de un solo soldado.

Así pues, se redujo á enviar contra Madrigal otra batería, encargando al coronel jefe de aquella media brigada, que se limitara á cañonear el pueblo é impedir salir á sus defensores.

Desde aquel momento, la lucha en Madrigal habia perdido toda su importancia.

Ya varias veces hemos hecho notar que los combates de artillería son poco mortíferos, sobre todo para el que pelea parapetado, como estaban los españoles.

Los franceses quisieron tener igual ventaja.

Los ingenieros, que ya en aquel dia habian trabajado bien y valerosamente, empezaron á cortar ramas de árboles para hacer faginas, detrás de las cuales se resguardasen los artilleros.

Los heridos franceses eran tantos, que el jefe de la media brigada tocó parlamento.

Juan mandó suspender el fuego, y se adelantó hasta el foso, sobre cuyo puente, cubierto de sangre y de miembros palpitantes, le esperaba el coronel enemigo.

El jefe francés propuso una suspension de hostilidades de una hora.

—Ni cinco minutos,—replicó Juan con viveza.

—Caballero, se trata de recoger los heridos, y es un deber de humanidad lo que propongo á usted que cumpla,—exclamó el coronel.

—Lo siento mucho; pero oigo el cañon en el camino de Búrgos, mi jefe se bate allí sin duda, y yo tengo obligacion de ayudarle distrayendo la atencion de todas las fuerzas que usted manda, y más aún si fuera posible.

El coronel francés conoció en el tono de Juan que no estaba dispuesto á ceder, y se despidió de él cortésmente.

Ambos jefes regresaron á sus respectivas posiciones, y un minuto despues se rompió el fuego por una y otra parte.

Los franceses, sin embargo, destinaron cuatro compañías sin armas á recoger sus heridos; pero aquellos pobres soldados desempeñaban su piadosa mision bajo un diluvio de balas.

Juan contemplaba aquel espectáculo transido de dolor; pero el deber militar era para él antes que todo y le imponia el terrible sacrificio de hacer rodar por el suelo á los improvisados camilleros, por no exponerse á que los franceses aprovecharán la suspension de armas que habian pedido para aumentar con parte de las tropas que habia delante de Madrigal, las que peleaban en la carretera con el cura Merino.

Capítulo III

Dos batallas campales

Don Jerónimo, antes de romper el fuego, se había dado la mano con Segura, que acudió desde Villaverde á la cabeza de su batallón.

—¿Qué tal ha ido eso?—preguntó el cura al coronel.

—Perfectamente.

—¿Hay muchas bajas?

—Dos muertos y nueve heridos.

—¿Y los franceses?

—También habrán tenido pocas.

—No debe suceder lo mismo en Madrigal.

—¿Resiste Mendoza?

—Ya oye usted el fuego.

—Es verdad.

—Pero dos veces ha pedido refuerzos.

—Se conoce que le atacan de veras.

—Indudablemente.

Mientras tenia lugar este diálogo entre los dos jefes, la artillería de los españoles cambiaba sus disparos con la de los franceses, y dos compañías de tiradores habian roto el fuego de guerrilla.

Segura, que se mantenía al lado de Merino, le preguntó:

—¿Cómo se ha decidido usted á tomar la ofensiva?

—No ha habido más remedio.

—La posicion de Madrigalejo era muy buena.

—Es cierto, pero los franceses no me atacaban en ella, y en cambio estaban asando vivo al pobre Juan.

—Era indispensable distraerles por otro lado.

—¿Cree usted que para defender á Villaverde bastarán las cuatro compañías que hemos dejado?

—Y sobran.

—¿Sí?

—Como lo digo.

—Pues me alegro.

—Villaverde se defiende por sí solo.

—Es exacto.

—Cien hombres decididos pueden detener á todo un ejército.

—Entonces no seria malo que sacáramos de allí dos cañones.

—Los tres pueden ya traerse.

—Y se los enviaremos á Juan, que tal vez le harán falta.

Merino envió uno de sus ayudantes con orden de que se realizara esta combinacion, entonces ménos peli-

grosa aún de lo que imaginaban los dos jefes, porque el general francés, viéndose empeñado en un combate serio en la carretera, y comprendiendo lo inútil del ataque de Villaverde, había ya desistido de él, mandando á sus tropas que se replegaran sobre el grueso de la division.

Esta peleaba bien; pero no se hallaba comprometida.

El fuego se había hecho general en toda la línea, pero aún no habían empezado las maniobras.

Franceses y españoles se limitaron á extenderse por ambos lados, tanto como lo permitía la aspereza del terreno, y se tiroteaban desde sus posiciones sin grandes resultados.

Aquella situacion no podia durar mucho, porque Merino era hombre de poca paciencia y le gustaba acabar pronto.

Miraba su reloj con frecuencia, y decia á Segura:

—Son más de las doce; el combate empezó á las diez.

—Tiene usted noticias de Villalmanzo.

—Sí, Tomás me ha enviado un parte fechado hace dos horas.

—¿Qué dice?

—Ha rechazado á los franceses, y los persigue sobre

Lerma.

—¡Bravo!

Cuando Juan recibió los tres cañones que el cura le enviaba de refuerzo, se alegró muchísimo.

Preguntó al ayudante que los acompañaba lo que

sucedía en la carretera, y este le explicó como se había empeñado la batalla y que los franceses desistían del ataque de Villaverde.

—Bueno es que empiecen á ceder en alguna parte,—exclamó el muchacho;—pero la victoria de hoy nos costará cara.

—Si la tenemos,—replicó el ayudante.

Juan miró al jóven con severidad, y este, comprendiendo que había dicho una inconveniencia, se quedó cortado.

—La tendremos ó moriremos todos,—le dijo Juan con energía.

—Ya lo sé,—contestó el otro.

—Puede usted volverse á su puesto.

El oficial salió de Madrigal al trote largo, y dando un largo rodeo, buscó la carretera para ir á reunirse al cura Merino.

Era ya cerca de la una, y las cosas se hallaban en el mismo estado.

Los franceses y los españoles habían intentado algunas cargas sin resultado.

Merino estaba impaciente.

Recorria á caballo la línea de sus tropas animando á los soldados, pero no veía medio de dar un golpe decisivo.

Cuando se le presentó el ayudante que había ido á Madrigal con la artillería, le preguntó:

—¿Qué sucede?

—Hay fuego de cañon y de fusil por ambas partes.

—¿Y nada más?

—Nada más.
—Lo mismo que aquí,—murmuró impaciente don Jerónimo.

De pronto se dió una palmada en la frente, y el ayudante le oyó gritar:
—La victoria es nuestra.

En seguida espoleó á *Clavileño* y partió al galope al encuentro de Segura.

—¡Coronel!—gritó, conteniendo su caballo cuando estuvo á dos pasos.

—¿Qué hay?

—Tengo una idea.

—¿Cuál?

—Acérquese usted,—dijo Merino al ayudante, que le habia seguido.—¿Qué fuerza tienen los franceses de lante de Madrigal?

—Tres batallones muy mermados por las bajas del combate,—repuso el oficial.

—Vaya usted á escape, y diga al teniente coronel Mendoza que haga una salida enérgica en el momento en que vea que los franceses son atacados de flanco.

El oficial partió á la carrera.

—¿Ha comprendido usted?—preguntó Merino á Segura.

—Perfectamente.

—Usted irá con un batallón.

—Al momento.

Efectivamente, Merino habia tenido una idea, que si se realizaba bien, era la victoria.

Desde Madrigal no se dominaba el sitio en que es-

taba el grueso de los franceses; pero sí desde la meseta que ocupaba la media brigada que había peleado con Juan Mendoza.

Apoderarse de aquella meseta, situar en ella una batería y romper el fuego contra los que estaban en la carretera, era hacer con el enemigo una cosa análoga á la que el general francés había querido hacer con Merino apoderándose del pueblo, que era el que dominaba aquella parte del camino.

Los franceses que seguían cañoneando á Madrigal formaban una línea casi paralela á la carretera; de modo que presentaban á los españoles el flanco derecho.

Segura, al frente de un batallón empezó á subir el cerro, recomendando á los soldados el mayor silencio, porque contaba en primer lugar con la sorpresa.

Los franceses apoyaban su derecha en un bosquecillo, que se prolongaba casi hasta la carretera, y por allí pensó dar el ataque.

El camino era malo y largo, pero los guerrilleros estaban acostumbrados á marchar por otros peores.

Cuando Juan recibió la orden de Merino, mandó redoblar el fuego, y comenzó á organizar sus columnas para operar la salida.

Para atravesar el foso que le separaba de los franceses, tendría que pasar el puente que ellos mismos habían echado, y que se había quedado allí inútil y teñido en sangre.

Calculó que pasarlo le costaría perder mucha gente; pero no dudó que lo conseguiría, porque los franceses, teniendo que acudir al ataque de flanco que se le anun-

ciaba, no podrían oponer á su frente una gran resistencia.

Otra circunstancia habia favorable.

Juan no dudó que el ataque tendria lugar, por el bosque en que el enemigo apoyaba su derecha, y el puente estaba muy cerca de aquel bosquecillo.

Aún pasaron las cosas mejor de lo que él pensaba.

Segura, al cabo de cerca de media hora, llegó á la inmediacion de los franceses.

Sin preparacion ninguna, sin hacer siquiera una descarga, apenas fué descubierto por los primeros soldados franceses, se arrojó sobre ellos á la bayoneta tan impetuosamente, que arrolló todo lo que se le puso por delante.

Las primeras compañías que formaban la derecha de los franceses fueron desordenadas por aquella terrible carga á la bayoneta, y cuando un batallon logró cambiar de frente y recibió con una descarga á los nuevos enemigos que se presentaban, ya Segura, que en un momento se habia hecho cargo de aquel campo de batalla, habia llegado á la cabeza del puente, apoderándose de dos cañones que cerca de él estaban, cuyos artilleros fueron muertos á bayonetazos antes de que tuvieran tiempo de hacer un disparo.

Juan salió de Madrigal en aquel momento. Sus tres batallones atravesaron á escape la meseta, despreciando los tiros de la artillería, que no sabia á quién disparar, si á los que salian del pueblo ó á los que se habian presentado de improviso.

Los franceses se lanzaron á la bayoneta contra el

batallón de Segura, pero este los recibió con un fuego terrible y les hizo retroceder.

Segunda vez le cargaron y segunda vez el bravo coronel, que conocia toda la importancia de mantenerse firme, rechazó la carga.

Entonces ya Juan Mendoza habia empezado á pasar el puente, de modo que á la tercera carga los franceses ya no tenian que sufrir el fuego de un batallón solos sino de dos.

Diez minutos despues, los cuatro batallones españoles estaban reunidos.

—¡A la bayoneta!—gritó entonces Segura.

—¡Viva España!—respondieron á una voz los cuatro batallones; y se lanzaron ciegos de entusiasmo contra los restos de la media brigada, que durante toda la mañana habia sostenido lo más rudo del combate.

Los franceses no esperaron el choque y se declararon en desordenada fuga, arrojando los fusiles y huyendo en todas direcciones.

El pánico era horroroso.

Pocos capitanes pudieron impedir que se comunicase á sus compañías.

Estos militares, los más bizarros y los más enérgicos, lograron retirarse haciendo algunas descargas.

Algunos minutos despues no quedaba ni un soldado francés en la meseta.

Es decir, quedaban muchos, pero estaban muertos, heridos ó prisioneros.

Aquella posicion tan disputada era por fin de los españoles.

Y el último ataque, el que les hacía definitivamente dueños de la colina, les costó muy poca sangre.

Los ocho cañones que allí tenían los franceses, con la mayor parte de los tiros, cajas de municiones y atalajes, cayeron en poder de los españoles.

Segura, que por ser de graduación superior á la de Juan había tomado el mando, dispuso que se acercaran al borde de la meseta, poniéndolos en batería, juntamente con los seis que se sacaron de los parapetos de Madrigal.

Desde allí los españoles veían perfectamente todo el camino de Burgos, y por consiguiente, dominaban al ejército francés que peleaba en él.

Pocos minutos tardaron los artilleros en distribuirse entre las piezas, y los catorce cañones rompieron un fuego espantoso.

Merino y sus tropas, á las cuales el bosquecillo que había servido para el ataque impedía ver la meseta, comprendieron al escuchar el fuego lo que había sucedido.

En toda la línea francesa hubo al recibir los primeros disparos un movimiento de retroceso.

El general comprendió que había perdido la batalla; pero no quiso abandonar la partida sin intentar un nuevo esfuerzo.

Reunió cuatro batallones de los que menos habían sufrido, y trató por última vez de tomar la meseta.

Los batallones, obedientes á la voz de sus jefes, formaron otras tantas columnas, y comenzaron á subir la colina.

Pero no llevaban artillería, porque la inclinación de

la falda era demasiado pendiente y los cañones no podían disparar con tanta oblicuidad.

Hubiera sido preciso que formaran con la tierra un ángulo de cerca de ochenta grados, es decir, que estuvieran casi perpendiculares al terreno, y esto es imposible.

Segura, al ver que emprendían aquel nuevo ataque, exclamó dirigiéndose á Juan Mendoza: —Ese general tiene gana de quedarse sin un soldado.

Efectivamente, las balas de cañon, la metralla y la fusilería de los cuatro batallones españoles, barriaban literalmente la subida de la colina.

Los franceses caían como las espigas en un campo de trigo lleno de segadores.

Aquello duró muy pocos minutos.

El general enemigo, viendo que sus batallones eran diezmados en la colina y que don Jerónimo hacia avanzar en masa por la carretera el resto de sus tropas para recoger los frutos de su victoria, mandó tocar retirada.

Al fin se declaraba vencido.

Los españoles gritaban en todas partes:

—¡Viva España!

Los franceses cubrieron la carretera con un batallón y una batería, y emprendieron la retirada en dirección á Cogollos; pero por mucho tiempo les persiguieron las balas de los españoles.

Segura, al ver aquel movimiento, dijo á Mendoza:

—Permanezca usted aquí con la artillería y el ba-

tallon de urbanos; yo voy á reunirme al curá con los otros tres batallones, que aquí ya no hacen falta.

Y efectivamente, bajó de la colina por el mismo sitio por donde habian intentado tomarla los franceses.

La retirada de estos fué lenta y costosa.

Los españoles les acosaban sin cesar, y el batallon que protégia el movimiento tuvo que hacer prodigios de valor.

Por fin, despues de media hora de marcha, llegaron á una esplanada que hay antes de llegar á Cogollos.

Allí pudo el general extender sus dos regimientos de caballería, que no habian perdido ni un solo hombre, y los diez y seis cañones que le quedaban.

La infantería, que despues de su derrota habia logrado reorganizar sus batallones, siguió marchando por la carretera.

Merino y Segura avanzaban al frente de todos los suyos.

—¿Qué hacemos?—preguntó don Jerónimo á Segura al ver aquellas disposiciones.

—Se nos presenta una nueva batalla.

—Y son las tres de la tarde.

—No debemos continuar.

—¿Lo cree usted así, coronel?

—Aquí la posición favorece al enemigo, que puede manejar su caballería y artillería como tenga por conveniente.

—Es verdad.

—Además, nuestras tropas están muy fatigadas por todo un día de combate.

—Es cierto, y la caballería francesa no se ha batido.

Don Jerónimo mandó hacer alto, y desde aquel momento las tropas imperiales pudieron proseguir tranquilamente su marcha; sólo la caballería recibió al retirarse algunos cañonazos; pero no fué más hostilizada, porque Merino no se atrevió á desembocar en la esplanada, por temor á una carga que, apoyada por los diez y seis cañones de los franceses, hubiera podido ser terrible para los españoles.

La victoria era demasiado grande para exponerla al azar de nuevos acontecimientos.

Los franceses habían perdido cerca de dos mil hombres entre muertos y heridos, dejando en poder de los españoles ocho cañones, unos setecientos prisioneros y dos banderas que tomó Segura en la meseta de Madrigal.

Los españoles tenían cuatrocientas bajas entre muertos y heridos. Entre estas sólo unas cincuenta eran de la guardia urbana.

Merino, en cuanto perdió de vista los últimos escuadrones enemigos, ordenó que todas las fuerzas de su mando volvieran á los mismos puntos en que habían pasado la noche anterior, y se entregaran al descanso.

El regresó á Madrigalejo, adónde hizo llamar á Juan Mendoza para felicitarle por su brillante conducta en aquel día.

Más de las cuatro de la tarde eran cuando Merino,

Segura y Juan se encontraron reunidos en la casa en que se había alojado el primero.

Los tres pueblos y casi todas las casas de campo que había en las inmediaciones, estaban llenos de heridos de ambos ejércitos, y cuatro ó cinco médicos, únicos que se pudieron reunir, no bastaban á hacer á todos la primera cura.

Don Jerónimo envió emisarios á todos los pueblos inmediatos, ordenando que sus médicos y cirujanos acudieran sin pérdida de tiempo á Madrigalejo, para prestar los auxilios de la ciencia á tantos centenares de hombres que los necesitaban.

A eso de las cuatro y media se presentó en el alojamiento de Merino un húsar de Búrgos, cubierto de polvo.

Iba de Lerma, y llevaba un pliego cerrado para el comandante general de Castilla la Vieja.

El cura abrió el pliego, lo leyó apresuradamente é hizo un movimiento de sorpresa.

—¿Qué hay?—le preguntó Juan.

—Victoria completa.

—¿En Lerma?

—Los franceses han rendido las armas.

—Bien.

—Pero nuestros pobres húsares han sido diezmados.

—¿Y Tomás?—preguntó Juan con angustia.

—Está herido; tu padre es quien me lo ávisa.

—Mi padre.

—Sí, ha sublevado á la población de Lerma, y debe haber contribuido mucho á la victoria.

Juan habia perdido el color.

—No te aflijas, hombre,—le dijo el cura;—no porque le hayan herido ha de morir tu hermano. Ya otra vez le pegaron un buen balazo, y no le hizo ningun efecto. Nuestros dos escuadrones de tiradores no han hecho hoy casi nada; ahora acabarán de comer el rancho: te pondrás á su cabeza y marcharás con ellos á Lerma á tomar el mando de las fuerzas; verás á ese chico, y dispondrás en todo lo que creas conveniente.

—¿Y dice usted que mi padre?...

—Parece que ha peleado como un hombre.

—¡Honrado viejo!—exclamó Segura.

—Ya tengo gana de darle un abrazo,—añadió Merino.

Juan salió de la habitacion inmediatamente, y dió la orden á los escuadrones de tiradores de que se preparasen á marchar.

Los soldados no habian hecho más que comer el rancho y dar agua á los caballos.

Fué necesario aguardar á que dieran pienso.

Lo cual equivalia á una hora de retraso, pero absolutamente indispensable.

Juan manifestó al cura Merino que podia ir sólo y luego le seguirian los escuadrones.

—No,—le contestó el cura.

—¿Por qué?

—Por los alrededores de Lerma deben andar muchos franceses dispersos en el combate de hoy; y no quiero que te asesinen.

—Si usted manda que espere.

—Sí, te lo mando.

—Lo que usted quiera.

Ya habia anochecido cuando Juan salió de Madrigalejo con los dos escuadrones.

No veia el momento de llegar á Lerma y enterarse de lo ocurrido.

No se le alcanzaba que parte habia podido tomar su padre en la batalla, y estaba impaciente por saberlo todo.

La herida de Tomás le preocupaba profundamente.

Cuatro horas tardó en llegar á la poblacion.

Eran más de las diez de la noche, cuando encontró á la primera guardia avanzada.

Apenas se dió á conocer el jóven, cuando se le presentó el oficial de guardia.

—¿Cómo está mi hermano?—fué la primera pregunta de Juan.

—Lo ignoro, mi teniente coronel,—respondió el oficial saludando con marcialidad.

—¿Adónde se ha establecido el principal?

—En la casa de ayuntamiento.

—Está bien.

Juan se dirigió, seguido de su caballería, á la plaza Mayor de Lerma.

Como el jóven conocia tanto la poblacion, no necesitó guia.

Al llegar allí, antes de que se apeara, ya le habia salido al encuentro el comandante de infantería, que despues de la herida de Tomás habia tomado el mando en jefe.

—Que se aloje la fuerza que viene conmigo.

—Al momento.

El comandante comunicó á un oficial la orden de Juan, y entró con él en el ayuntamiento.

—¿Qué hay?

—Muchas bajas.

—¿Y mi hermano?

—Herido.

—Ya lo sé. ¿Dónde está?

—Ha sido conducido á Villaviado en una camilla por orden de su padre.

—¿Pero es grave su herida?

—Aún no lo sabemos.

En el toño del comandante conoció Juan que la herida de Tomás era grave, y no quería decírselo.

—¿Será de balá?

—Tiene dos balazos.

—¿Dos?

—Uno en el pecho.

—¿Y el otro?

—En el hombro izquierdo.

—¡Dos balazos!—repitió Juan.

Y una cuchillada en la cabeza.

—¿También?

—Sí, señor; pero esa es más leve.

—Es decir, que no hay esperanza.

—Creo que no debe usted perderla.

—Pero ¿qué ha sucedido aquí?—preguntó impaciente Mendoza.

—Después de rechazar al enemigo de Villalmanzo,

vinimos hasta Lerma en su persecución.

—Bien.

—Y al ver que Lerma se habia sublevado, cortando el puente que usted habrá pasado sobre unos tablones...

—No me he fijado.

—Y que los franceses no tenían más salvacion que el vado de Ruyales del Agua, quisimos disputarles ese paso.

—Era natural.

—El enemigo ha peleado con desesperacion, y nosotros con frenesí, con delirio.

—Adelante.

—Los húsares franceses nos han dado multitud de cargas.

—¿Siendo siempre rechazados?

—Por supuesto.

—A cada una de sus cargas respondia su hermano de usted con otra.

—Es claro.

—Pero el enemigo resistia enérgicamente. Los sables y las bayonetas se han cruzado cien veces. Un gran número de franceses se han ahogado en el Arlanza, arrojándose á la corriente por no rendirse.

—¿Y los demás?

—Los demás, acosados por todas partes, hambrientos, rendidos de fatiga, sin municiones, han peleado por compañías, por grupos, individualmente, y han acabado por rendirse los pocos que no han huido y andan ahora dispersos por los montes. Mañana, si se da una batida, caerán todos en nuestro poder.

—Pero... ¿y Tomás?

—Su hermano de usted se separó demasiado de los escuadrones en una de las últimas cargas; perdió su caballo, y peleó el sólo contra diez ó doce franceses, que le hubieran muerto si algunos de nuestros soldados, viendo el peligro de su jefe, no acudieran á salvarle.

Juan permaneció callado.

Ya sabia todo lo que necesitaba saber.

El resto se reducía á que Gil Mendoza, cuando después de la total victoria de los españoles vió que entraban en Lerma á su hijo herido, lo hizo colocar en una camilla, y se lo llevó á Villoviado para que lo asistiesen en su casa.

En el campo de batalla le habia hecho un médico de la poblacion la primera cura.

—¿Han perdido ustedes mucha gente?—preguntó Juan al comandante.

—Más de trescientos hombres, entre muertos y heridos.

—Es la cuarta parte de la fuerza.

—Sí, señor.

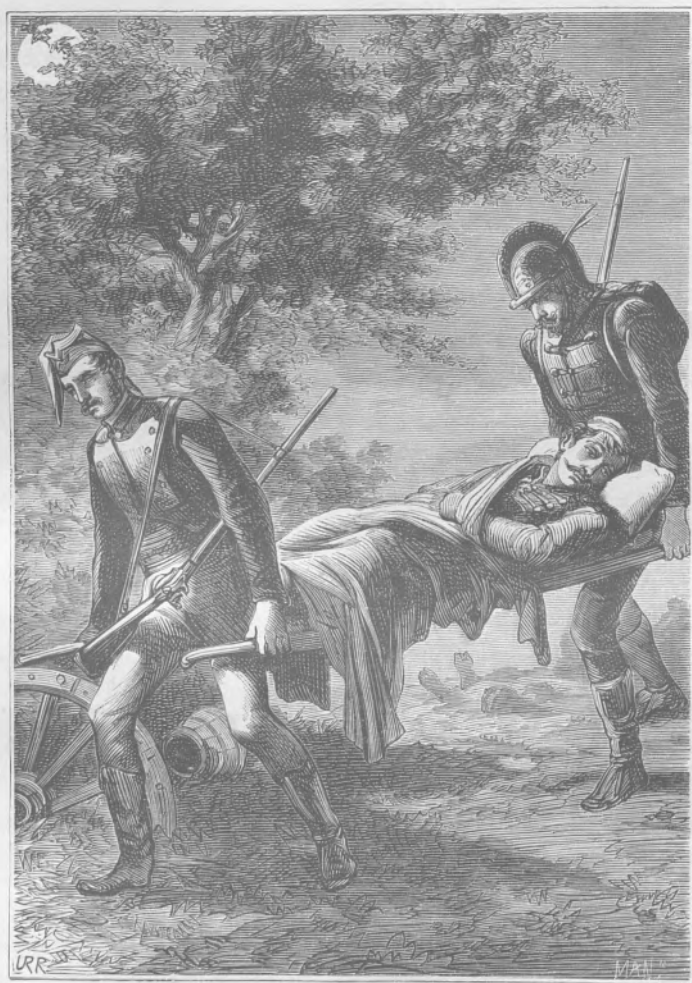
—Mucho es.

—Pero hemos cogido un cañon, una bandera y seiscientos prisioneros.

—¿Qué ha hecho usted de ellos?

—He encerrado á la tropa en el cuartel con una guardia de dos compañías, y he dejado libres á los oficiales bajo su palabra de honor.

—Bien hecho. ¿Se ha cuidado de la asistencia de los heridos?



Tomás herido, es conducido en una camilla por dos guerrilleros.

—Como la poblacion es grande, he preferido alojarlos; pues creo que cada uno en una casa estará mejor cuidado que todos juntos en un hospital improvisado.

—Tiene usted razon.

Juan pasó toda la noche en la mayor angustia.

Pensaba en su hermano, y sobre todo en sus padres.

El recuerdo de su pobre madre le partia el corazon.

Aunque sin salir de la casa de ayuntamiento se acostó un rato, no pudo ni cerrar los ojos, á pesar de que estaba rendido de cansancio.

Estaba deseando que amaneciese para montar á caballo é ir á Villoviado.

Mariaña habia pasado un dia horrible de ansiedad y de angustia. Desde que vió á su marido salir de Villoviado antes de amanecer, no tuvo duda de que intentaba hacer algo, y al pensar en que Gil que nunca habia tenido secretos para ella, los tenia entonces, comprendió que lo que intentaba debia ser grave. Además, en todo el pueblo se hablaba de que aquel dia se estaba verificando un gran combate, y la infeliz mujer pensaba en sus hijos. A las diez de la mañana ya se sabia en Villoviado la sublevacion de Lerma, y que el señor Gil Mendonza estaba al frente de los insurrectos. La tia Gregoria y Maria, en cuanto los primeros re-

—Como la población es grande, he preferido alojar-
los; pues creo que cada uno en una casa estará mejor
cuidado que todos juntos en un hospital improvisado.
—Tiene usted razón.

Juan pasó toda la noche en la mayor angustia.
Pensaba en su hijo que todo en sus brazos.
El recuerdo de su pobre madre le partía el corazón.
Aunque sin salir de la casa de ayuntamiento se
acostó en tal, no pudo ni cerrar los ojos, a pesar de que
estaba tendido de cansancio.
¡Pobre madre!
Estaba deseando que amaneciese para montar a ca-
ballo e ir a Villavieja.

Mariana había pasado un día horrible de ansiedad y de angustia.

Desde que vio á su marido salir de Villavieja antes de amanecer, no tuvo duda de que intentaba hacer algo, y al pensar en que Gil, que nunca había tenido secretos para ella, los tenía entonces, comprendió que lo que intentaba debía ser grave.

Además, en todo el pueblo se hablaba de que aquel día se estaba verificando un gran combate, y la infeliz mujer pensaba en sus hijos.

A las diez de la mañana ya se sabía en Villavieja la sublevación de Lerma, y que el señor Gil Mendoza estaba al frente de los insurrectos.

La tía Gregoria y María, en cuanto los primeros ru-

móres de lo que pasaba llegaron á sus oídos, acudieron á la casa de Mariana para hacerla mil preguntas y rezar y llorar con ella.

Otras muchas mujeres habían acudido, especialmente las que tenían á sus esposos en Lerma, y estaban con tal motivo justamente alarmadas.

Mariana no tenía qué contestar á las interrogaciones de sus vecinas.

Ella era tal vez en Villoviado la más ignorante de todo.

Sólo podía decir que Gil había salido ántes del amanecer con el criado, llevándose las dos mulas cargadas de paja, y escondidas entre los haces las escopetas.

Pero esto no podía satisfacer la curiosidad de aquellas mujeres, cada una de las cuales podía contar que en su casa había sucedido lo mismo, sobre poco más ó ménos.

Cuando Mariana logró quedarse sola con sus amigas, las tres mujeres empezaron á hacer conjeturas sobre lo que podría ocurrir.

—¿Qué será de Juan?—preguntaba María.

—Su padre dijo anoche que no estaba en Villalmanzo,—contestaba Mariana.

—Allí es donde dicen que pelean,—añadía Gregoria.

—Y allí está mi pobre Tomás,—decía Mariana.

—Dios lo sacará con bien,—exclamaba María, que se tranquilizaba creyendo que su novio no corría peligro.

La joven no podía sospechar que Juan se encontraba

en aquel momento luchando desesperadamente en Madrid.

—¿Y el señor Gil?—preguntaba Gregoria.

—Ya lo habéis oído.

—Dicen que se ha sublevado en Lerma.

—Sí lo creo: mi marido tiene los demonios en el cuerpo.

—Pero á su edad...—decía Gregoria.

—¡Si él se figura que es un joven!

—No tenga usted cuidado,—exclamaba María.

—¿Cómo no lo he de tener?—respondía Mariana.

—Ya verás cómo viene con algún hueso roto.

—No...

—Si viene.

—¿No ha de venir?

—Pues mira, como te lo digo...

—¿Qué?

—Me alegraría que le pegaran un paló.

—¡Mujer!

—No diga usted eso.

—No quiero decir que le lastimarán mucho.

—Ni mucho ni poco.

—Lo bastante para que escarmentara.

—¡Por Dios, Mariana!

—¿Quién le mete á él en esas grescas?

—Cuando ve á sus hijos en peligro.

—Bien contra mi voluntad salieron del casa. Pero

los hombres son así... en diciendo que se les mete una

cosa en la cabeza, aunque les prediquen frailes descal-

zos... Y dale con la patria, y vuelta con la independen-

cia... ¿Qué tenemos que ver nosotros con esas cosas? Para el pobre labrador la patria se reduce á que cada año son mayores las contribuciones. Lo mismo tendremos con el rey José, que con el rey Fernando, que con el rey que rabió... Anda y que se maten ellos, que es á quien importa, y nos dejen en paz á nosotros.

Mariana hablaba en aquel momento con el egoismo de todas las madres; pero no se puede negar que decia muchas verdades.

Si todos los españoles hubieran sabido lo que iba á ser para España aquel rey Fernando por quien corrian torrentes de sangre, tal vez algunos que empuñaron las armas y pelearon como buenos, hubieran permanecido en sus casas.

Pero España veia en el hijo de Carlos IV la personificacion de la patria, y si el ídolo era malo, no puede negarse que la religion era buena: por eso cuando se habla de los héroes de la Independencia, es preciso olvidar cuáles fueron las consecuencias de su triunfo, y no pensar más que en el heroismo que hubieron menester para alcanzarlo.

Las tres mujeres pasaron el dia en la mayor inquietud.

A eso de las cinco de la tarde se presentó en la casa Gil, que se habia adelantado á la camilla en que iba Tomás herido, para prevenir á Mariana á que recibiese aquel terrible golpe.

Al verle aparecer, su esposa iba á dirigirle mil reproches, y María y Gregoria á preguntarle lo que habia pasado.

Pero las palabras espiraron en los labios de las tres mujeres.

La palidez mortal del noble anciano, el dolor que se pintaba en su rostro, el temblor convulsivo con que se apoyaba en su escopeta, y las dos gruesas lágrimas que al ver á su esposa rodaron por sus mejillas, decían bien claramente que era portador de malas nuevas.

—¡Mariana!—exclamó Gil, haciendo un violento esfuerzo para hablar.

—¿Cuál de los dos ha muerto?—preguntó la infeliz madre, vertiendo un mar de lágrimas.

—Ninguno,—contestó el viejo.

—¿Qué sucede entonces?

—No te alarmes.

Habla.

Es una gran desgracia.

Te digo que hables.

—Tomás...

—¿Qué?

—Está herido.

—¡Herido!

—Aquí lo traen en una camilla,—dijo el atribulado anciano.

—¡Hijo de mi alma!

Mariana cayó en brazos de Gregoria y de su hija.

—Tranquilízate.

—Tal vez no sea nada.

Esto decían las dos mujeres á la madre, que no las oía.

—¡Mariana! ¡Mariana!—gritaba Gil,—vuelve en tí.

Va á llegar nuestro hijo; no aumentes sus dolores con tu desesperacion. — ¡Gil! — ... — Yo no digo —

La pobre madre, al oir estas palabras, levantó la cabeza y fijó en su marido los ojos llenos de lágrimas.

— ¡No quieres ni que lllore? — exclamó en voz ahogada.

Gil no tuvo qué contestar á aquella pregunta.

Dejó pasar dos ó tres minutos, y dijo:

— Mejor será que entres en tu cuarto.

— ¿Para qué?

— Para cuando llegue.

— Quiero verlo.

— Bien, pues es preciso que tengas valor, que no le alarmes sin motivo.

— Bebe un poco de agua, — dijo Gregoria, presentándole un vaso.

Mariana bebió un sorbo.

Luego pareció un poco más tranquila.

— Dime, Gil, ¿es grave la herida? — preguntó á su esposo.

— Puede que no, — contestó este.

— ¿Dónde es?

— En el pecho...

— ¿En el pecho?

— Y en la cabeza.

— ¿Y dice que no es grave?

— ¡Mujer!...

— ¡Dios mío! ¡Dos heridas!

Gil creyó innecesario sacar por entonces á su esposa del error en que estaba. Nosotros ya sabemos

que las heridas de su hijo, no eran dos, sino tres.

—Yo no digo...—murmuró Gil;—pero á veces las heridas en el pecho y en la cabeza son las que más pronto se curan. Recuerda cuando lo hirieron en Covarrubias...

El pobre Gil, de paso que queria animar á su esposa, trataba de animarse á sí mismo.

Entonces se oyó rumor en la calle.

Era que llegaba el herido, y como es natural, los aldeanos salian á verlo.

Tomás iba tendido en una camilla, que llevaban cuatro robustos montañeses.

Detrás iban otros cuatro, que durante el viaje habian compartido con los otros el trabajo de llevar al herido.

Un oficial á caballo, y diez ó doce soldados de infantería, cerraban la marcha.

—Ten valor, Mariana,—exclamó Gil suplicante.

—Lo tendré,—dijo la pobre madre, enjugando sus ojos.

Tomás iba en tal estado de debilidad, que no se daba cuenta de lo que le sucedia.

Los camilleros entraron en la casa, y el jóven fué echado con las mayores precauciones en una cama, que Gregoria y su hija prepararon en un abrir y cerrar de ojos.

La infeliz Mariana, al ver á su hijo lívido, lleno de vendas ensangrentadas, con los labios cárdenos, la cabeza inclinada sobre el pecho, los ojos medio cerrados, mudo, indiferente á cuanto le rodeaba, sintió que

la faltaba la respiracion, se la hacia un nudo en la garganta, y no podia llorar ni articular una palabra.

Gil, más dichoso que su mujer, contemplaba aquel espectáculo derramando gruesas lágrimas.

El oficial que habia acompañado al herido se adelantó hacia el pobre padre.

—¿Necesita usted algo?—preguntó.

—Nada, mil gracias, caballero,—repuso Gil con voz ahogada.

—Entonces voy á volverme inmediatamente á Lerma,—añadió el oficial.

—¿Sin descansar?

—La distancia es corta, y allí descansaremos.

Gil mandó á un mozo de labranza que diera medio duro á cada uno de los soldados, y el doble á los camilleros, y se volvió á la alcoba de su hijo.

Un momento despues entró el médico de Villoviado, que por fortuna era uno de esos pobres sabios que pasan su vida oscuros é ignorados en una aldea miserable, donde no hay quien pueda apreciar su ciencia.

Pidió una luz, y dijo acercándose á Gil:

—Conviene que se lleven á la madre.

Gil se acercó á Mariana y la dijo:

—¡Mariana!

—¿Qué?—preguntó la pobre mujer.

—Vete á tu cuarto con María.

—¿Por qué?

—Don Facundo lo dice.

—¡Oh! yo tendré valor,—exclamó suplicante la pobre madre.

—Usted sí, pero yo tal vez no lo tendría en su presencia,—contestó el médico, interviniendo en el diálogo.

—Ya ves que es preciso.

—Bien.

Mariana obedeció como un autómatas, y salió con María de la habitación del herido.

—Que traigan una palangana con agua caliente,—dijo entonces el médico.

La orden fué cumplida al momento por el criado.

Entre tanto, Gregoria sacó de la cómoda una sábana, que el médico hizo pedazos en un instante, cortándola en forma de vendas.

Mientras la madre de María iba á buscar un canastillo lleno de hilas, cosa que en aquellos tiempos no faltaba en ninguna parte, el facultativo preguntó á Gil:

—¿Qué tiene?

—Tres heridas,—contestó con dolor el pobre padre.

—¿De bala?

—Dos de bala, y una de arma blanca.

—No hay que apurarse. Ahora veremos.

Entonces llegó Gregoria con las hilas.

El médico ya habia sacado su bolsa de instrumentos.

Hizo pasar al criado á la izquierda de la cama para que tuviera en la mano un candelero, y él se colocó á la derecha, haciendo á Gregoria que se pusiera á su lado con la palangana. Abrió la bolsa, sacó de ella los instrumentos que creyó necesarios, y destapó al herido, que abrió débilmente los ojos.

Gil se mantenía á los piés de la cama, y mirando con ansiedad al médico, como si quisiera leer un pronóstico en su semblante.

Don Facundo empezó por quitar el vendaje que Tomás tenía en la cabeza; lavó la herida con agua templada, y la examinó despues atentamente.

—¡Esto no es nada!...—exclamó al terminar su examen.

—¿No?—dijeron á la vez Gil y Gregoria. Y:—

—Nada.

El médico cortó unas tiras de aglutinante, las aplicó á la herida; puso luego unas hilas, cubrió el todo con un trapo doblado, y vendó la cabeza del jóven con extraordinaria agilidad.

En seguida pasó á ver la herida del pecho.

La bala habia entrado por debajo de la tetilla derecha; pero penetrando poco, segun pudo hacer constar el operador, gracias á la sonda.

Aquella herida era más grave que la de la cabeza, pero no ponía en gran peligro la vida del muchacho.

Así lo comprendieron los presentes en el gesto que hizo el médico, expresamente para que lo compendieran.

Gil Mendoza iba animándose por momentos.

Empezaba á concebir alguna esperanza.

El médico dijo volviéndose al padre.

—No hay que asustarse, aunque el herido dé un grito...

—¿Por qué?

—Voy á extraer la bala.

El médico comenzó á operar con rapidez y seguridad.

Gil y Gregoria volvieron instintivamente la cabeza para no verlo.

Un minuto despues sintieron que Tomás se estremecía y exhalaba un débil quejido.

—¿Qué es?—preguntó el padre sin poder contenerse.

—¡Ya está!—contestó el médico, enseñando la bala, que tenia entre el pulgar y el índice de la mano derecha.

Luego vendó la herida, la dispuso de un modo conveniente, y pasó á examinar la del hombro.

Aquella era más grave.

La bala se habia pegado al hueso, que estaba roto.

La extraccion, aunque operada felizmente, fué más larga y dolorosa.

Tomás, vuelto por el dolor á la realidad de la vida, fijó los ojos en su padre y en Gregoria, y fue necesario que el médico le prohibiera imperiosamente hablar para que no dijera una palabra.

La cura quedó hecha en pocos momentos, y el médico salió de la alcoba con los que le habian ayudado, recomendando la quietud y el silencio.

Gil lo cogió de la mano y lo llevó con él á su cuarto.

—¿Qué me dice usted?

—Por ahora no ofrece un peligro inminente.

—¿Por ahora?...—exclamó el anciano.

—La herida del hombro es grave.

—¿Grave?

—Sí, señor.

—Dios mio, ¿qué será de nosotros?

—Calma, señor Gil; yo no he dicho que sea un caso desesperado.

—¿No?

—Dios lo puede todo.

—¿Pero usted?...

—Yo podré algo. Afortunadamente, la naturaleza es jóven y robusta.

El médico no queria dar muchas esperanzas, porque, á decir verdad, él no las tenia; pero tampoco se atrevia á decir al pobre padre que se iba á quedar sin hijo.

En su opinion, aquello, aunque causara la muerte del jóven, aún daria tiempo, y entre tanto, ¿quién sabe? la curacion, aunque probable, no era imposible.

—¿Conque dice usted que la herida del hombro?...

—Sí, señor; es la que me da más cuidado.

—¿Y la de la cabeza?

—Esa no es nada; hoy le tiene atontado por el golpe; esta noche le hará delirar, pero dentro de ocho dias estará casi curada.

—¿Y la del pecho?

—Aunque más considerable, tampoco me apura.

El médico salió inmediatamente de la casa, despues de prescribir la clase de asistencia que necesitaba el enfermo.

En seguida el pobre Gil pasó á la habitacion de su esposa.

—¿Qué dice ese hombre?...—le preguntó vivamente Mariana.

—Que no hay peligro.

—¿No?

—¡Por ahora!...

—Pero...

—No te alarmes.

—Es decir...

—Puede que Dios se compadezca de nosotros,—repuso Gil.

—¿Puedo ya verle?

—Verle sí, pero no hablarle.

—¿No?

—Lo ha prohibido el médico.

Mariana y María salieron de la sala en que estaban, y pasaron á la que ocupaba Tomás.

Gregoria se habia sentado en una silla á los piés de la cama.

Al presentarse las dos mujeres, Tomás clavó en ellas los ojos amortiguados, y hubiera prorumpido en una exclamación, si Gil con un ademán no le impusiera silencio.

Mariana no se atrevió siquiera á acercarse al lecho por temor de lastimar al paciente.

María, detrás de ella, lloraba.

Así permanecieron todos cerca de un cuarto de hora.

Tomás estaba como aletargado.

De vez en cuando movia los labios y murmuraba palabras que no se entendían.

Hubo un momento en que habló más claro, y le oyeron decir:

—¡Adelante!... ¡A la carga!...

Habia empezado el delirio, consecuencia natural de la fiebre.

Gil sacó á su esposa del aposento.

La pobre madre volvió á su cuarto, donde pasó la noche con María llorando y rezando.

VII

Capítulo LIV

Los resultados del triunfo

Aquella misma noche, Segura y el cura Merino celebraron en Madrigalejo una importante conferencia.

—¿Qué opina usted, coronel, de las consecuencias del combate de hoy?—preguntó Merino.

—Creo que los franceses tendrán que retirarse á Búrgos.

—¿A Búrgos?

—Sí, señor.

—Nada menos.

—Sin grandes refuerzos, no intentarán forzar otra vez el paso hácia Lerma.

—Esos refuerzos habia de pasar mucho tiempo antes de que los tuvieran, porque en la capital de la provincia les quedan muy pocas tropas.

—En eso me apoyo para suponer que efectuarán la retirada.

—Pero retirarse, equivale á dejarnos dueños de casi toda la provincia.

—¿Qué remedio les queda?

—Es verdad.

—¿Y opina usted que nosotros fortifiquemos á Lerma?

—De ningun modo.

—¿No?

—A nosotros nos basta Aranda como base de operaciones, y no debemos emplear nuestras fuerzas en ocupar pueblos que no tienen importancia militar.

—Es cierto.

—Los franceses deben su derrota de hoy, como han debido otras muchas, al error de guarnecer poblaciones relativamente de poca importancia.

—Es exacto.

—Ven las guarniciones comprometidas, tienen que socorrerlas, y se encuentran obligados á operar, no como quisieran, sino como á nosotros nos acomoda.

—Tiene usted mil razones.

—Ya que la suerte nos ha hecho dueños de este distrito, tampoco debemos abandonarlo inmediatamente.

—Juan puede quedarse en Lerma con su regimiento y un batallon de tiradores.

—Me parece muy bien; pero dándole orden para que si se viera atacado por fuerzas superiores, se retire sobre Aranda, sin empeñarse en combates comprometidos.

—Perfectamente.

—Mientras permanezca en el distrito de Lerma, puede fomentar el alistamiento de voluntarios y la creación de juntas insurreccionales.

—Así aumentarán nuestros recursos, que ya nos van haciendo falta.

—En la guerra nunca sobra el dinero.

—Cuando yo pensaba hoy que en Aranda teníamos otros doce cañones de á cuatro, que aquí nos hubieran sido muy útiles, y no los teníamos á nuestra disposición, porque por falta de ganado no se han podido organizar más que tres baterías, me daba á todos los diablos.

—Yo también he pensado en ellos muchas veces.

—Pero me propongo no levantar mano hasta dejar organizadas las otras tres baterías,—respondió Merino.

—Hoy hemos tomado ocho cañones...—recordó Segura.

—Nueve.

—¿Nueve?

—En Lerma se ha cogido uno.

—Es verdad.

—Propondré al general Cuesta que me los cambie por piezas de montaña.

—No creo que tenga inconveniente.

—¿Qué inconveniente ha de tener?—exclamó don Jerónimo;—¡pues no faltaba más! Nosotros organizamos regimientos y brigadas que no le cuestan un cuarto al gobierno de la nación, y ganan victorias, toman plazas fuertes y deshacen divisiones enteras.

—Es indudable.

—¿Y queria usted que nos escatimaran unos cuantos cañones, ofreciendo otros en cambio? Hasta ahí podían llegar las bromas. Puede que me fuera yo á Segovia á quitárselos á porrazos al general Cuesta.

—No será necesario,—contestó Segura, sonriendo al ver la impetuosidad con que habia hablado don Jerónimo.

—Lo que voy á hacer mañana mismo es mandar que se vuelvan á Aranda los guardias urbanos, que aquí ya no sirven de nada.

—Será muy conveniente.

—Harán la marcha despacio.

—Pueden hacerla en tres jornadas.

—Lo dejaré al arbitrio de sus jefes,—añadió Merino, que estaba verdaderamente contento.

—Bien se han portado los pobres.

—De un modo admirable.

—Es necesario que se les dé una buena recompensa.

—Pienso proponerlos á la Junta central para que les conceda buen número de cruces. Es lo único que se puede dar á paisanos, que en su mayoría son personas acomodadas.

—Ciertamente.

Los dos jefes acordaron otros pormenores antes de entregarse al descanso, que tanto necesitaban despues de aquella jornada de agitacion y de fatiga.

Como Merino era incansable, antes de acostarse hizo á caballo su acostumbrada ronda, recorriendo todos los puestos avanzados.

Todo lo que acordaron don Jerónimo y Segura comenzó á ejecutarse al dia siguiente, pues ya sabemos que el rasgo más valiente del carácter de Merino, era que sus ideas no tardaban en realizarse despues de concebidas más que el tiempo absolutamente indispensable.

A las ocho de la mañana ya sabia el cura que los franceses abandonaban su empresa, y habian salido de Cogollos con direccion á Búrgos, es decir, se declaraban en completa retirada.

En el mismo momento de recibir esta noticia hizo formar los cuatro batallones de guardia urbana, y despues de manifestarles en breves y lacónicas palabras que estaba muy satisfecho de su conducta, les dijo que podian emprender la marcha á Aranda.

Los guardias urbanos vitorearon una y otra vez al cura, y se pusieron inmediatamente en camino, orgullosos y satisfechos de haber tomado parte en aquel glorioso hecho de armas, que daria á los más de ellos asunto de conversacion para el resto de su vida.

Como todos aquellos pueblos estaban llenos de heridos, se convino en que lo que se pudieran llamar las tropas regulares no abandonarían aún la posición que tan bizarramente habian defendido.

Segura debia quedar en Madrigalejo con los tres batallones de infantería y un escuadron de tiradores, mientras Merino con la artillería y el resto de la caballería decidió marchar la misma tarde.

El cura tenia prisa por verse en Aranda, para ver si lograba organizar las otras tres baterías de artillería,

que en el combate de la víspera habia conocido que le hacian mucha falta.

Con veinticuatro cañones de montaña, que podian subirse á todas partes, y una base de operaciones tan fuerte como Aranda, don Jerónimo se creia capaz de todo, y nosotros, que ya conocemos su carácter, sabemos que efectivamente podia hacer mucho.

A las dos de la tarde salió de Madrigalejo, y como los cañones tomados á los franceses eran rodados y los tiros que embargó á los labradores de la comarca poco á propósito para arrastrarlos, la marcha fué bastante lenta y el convoy tardó cinco horas en recorrer las tres leguas que tenia que andar hasta Villalmanzo, porque don Jerónimo, calculando que los guardias urbanos harian noche en Lerma, se hizo cargo de que toda la poblacion estaria llena de alojados, y por no aumentar las incomodidades de los vecinos prefirió que las tropas que él llevaba se quedaran en aquel pueblo.

El cura continuó solo hasta Lerma, dando órden al jefe superior de la fuerza que quedaba en Villalmanzo de emprender la marcha á las ocho de la mañana, diciéndole que él se reuniria á la columna cuando pasara por la cabeza del distrito.

Don Jerónimo queria ir á aquella poblacion, porque se figuró que Juan habia ido á Villoviado para ver á Tomás, que ya sabia el cura que estaba en su pueblo, temia que la aglomeracion de hombres armados produjera en Lerma algun desórden, y queria estar allí para reprimirlo.

En esta parte se engañaba Merino. En Lerma lo

que había era un entusiasmo indescriptible. La población en masa había salido á recibir á la guardia ciudadana, aclamándola sin cesar, abrazando á sus individuos y disputándose todos el honor de darles alojamiento. Los buenos guardias urbanos no daban muestras de abusar de la cordialidad de los lermehños, y por otra parte Juan, que era rígido como él solo cuando se trataba del servicio, aunque la noche anterior había pensado efectivamente ir á su pueblo, por la mañana varió de idea, imaginando que sin un permiso formal de su jefe no podía abandonar la población, donde podía hacer falta su presencia.

El fué quien recibió á Merino, cuando este, ya entrada la noche, se presentó á caballo en el cuartel que hasta el día anterior habían ocupado los franceses y entonces servia de alojamiento al batallón que había peleado en Villalmanzo á las órdenes de Tomás.

—¿Tú aquí?—preguntó don Jerónimo al ver al muchacho.

—¿Qué tiene de particular?—contestó Juan.

—Te creía en Villoviado.

—¿Sin permiso de usted?

—Tienes razon. ¿Cómo está Tomás?

—Mal.

—¿Mal?

—Sí, señor.

—¿Por quién lo sabes?

—He enviado un propio esta mañana, —repuso Juan.

—¿Qué diablura!

—Si muere va á ser para mis padres una pena horrible.

—¿Quién dice que muera?

—Yo lo temo.

—Mañana iremos á verle.

—¿Los dos?

—Sí por cierto.

—Doy á usted mil gracias.

—¿No faltaba más? Tengo que darle un abrazo y otro á tu padre. Todo se reducirá á un pequeño rodeo, y aún alcanzaré en el camino el convoy que llevo á Aranda. Dime, ¿hay aquí muchos heridos?

—Muchos.

—¿Y prisioneros?

—Unos seiscientos.

—Tu hermano se ha batido como un león.

—Dios quiera que no le cueste la vida.

—No le costará.

Don Jerónimo hubiera querido tranquilizar á Juan á toda costa, y tranquilizarse él mismo, porque profesaba á los dos hermanos verdadera amistad.

Aquí llegaban en su conversacion los dos valerosos españoles, cuando fueron interrumpidos por un gran alboroto, causado por los vivas y músicas que resonaban en la calle.

Es que ya habia circulado en Lerma el rumor de la llegada del cura Merino, y el pueblo en masa acudia á saludarle.

Aunque don Jerónimo era poco aficionado á ovaciones, no pudo evitar aquella y hubo de asomarse á la

ventana, donde fué necesario sacar luces para que el pueblo le viera.

—¡Viva el cura Merino!—gritaron á un tiempo mil y mil voces entusiasmadas.

—¡Viva España!—contestó don Jerónimo, quitándose el sombrero para saludar á la vez á la multitud que le aclamaba y á la patria, cuyo sagrado nombre invocaba.

Hecho esto quiso retirarse, pero los gritos de la muchedumbre le obligaron á presentarse otra vez en la ventana.

Aquello duró cerca de una hora.

Oleadas de gente se sucedian unas á otras, y todos querian ver al que ya por entonces comenzaba á ser designado con el nombre de *El Cid de Castilla la Vieja*, apelativo cuya propiedad no discutiremos, pero que se aplicó en aquella época á don Jerónimo.

Pero el entusiasmo popular tiene un límite, que es la fuerza de las gargantas, y los vecinos de Lerma habian gritado tanto desde por la tarde en que recibieron á los guardias urbanos de Aranda, que llegó el momento en que ya no podian gritar más, y entonces se retiraron á sus casas.

Merino, aún tenia que hacer antes de acostarse, é hizo llamar al jefe del batallon que debia quedar en Lerma, y le dió orden para que al dia siguiente mandase á la fuerza que se habia quedado en Villalmanzo que continuara su marcha hácia Aranda, diciéndole al mismo tiempo que enviara á Madrigalejo dos compañías á recoger todos los prisioneros que allí habia, que eran al-

gunos centenares, á fin de que una vez reunidos en Lerma todos los que se habian hecho en las dos batallas, fueran llevados á Aranda por el mismo batallon.

El cura no queria mantener bocas inútiles, y como en Aranda aún habia muchos prisioneros procedentes del sitio de aquella plaza y de los combates anteriores, se proponia enviarlos todos á Segovia para que el general Cuesta los cangease ó hiciera de ellos lo que tuviera por conveniente.

En seguida se dirigió á la Colegiata, para donde habia citado por medio de varios ordenanzas á los priores de los tres conventos de frailes que habia en la poblacion, y al abad y varios canónigos de los que servian en aquella iglesia.

No hay que decir que todos habian acudido con la mayor puntualidad.

La mayor parte de ellos conocian á Merino, y los que no, deseaban conocer á aquel hombre extraordinario.

El abad de la colegiata de Lerma habia asistido, segun recordarán nuestros lectores, á la primera junta insurreccional celebrada en el convento de benedictinos de San Pedro de Arlanza; era buen patriota y estaba dispuesto á hacer los mayores sacrificios por la causa de España.

Los demás se hallaban sobre poco más ó ménos animados de los mismos sentimientos.

Al llegar don Jerónimo, todos le salieron al encuentro, disputándose el honor de estrecharle las manos.

Pasados los primeros momentos en que la efusion, la curiosidad y el entusiasmo hacian hablar á todos á

un tiempo, Merino ocupó sin cumplidos el sillón de la presidencia, y dijo al sentarse, dirigiéndose al abad de la Colegiata:

—Señor don Benito, si aquí tratáramos de cosas de iglesia, yo le dejaria á usted este puesto, porque ya sé que es usted prelado del cura de Villoviado; pero como vamos á ocuparnos de asuntos de guerra, el brigadier Merino es el que debe presidir, ó yo soy un zote.

—Dice usted bien, señor don Jerónimo,—contestó riendo el abad.—No sólo á usted corresponde la presidencia, sino que en caso de necesidad yo me ofrezco á servir de secretario.

—No hará falta, porque yo soy poco aficionado á escribir,—replicó Merino.

—Pues usted nos dirá el objeto de esta reunion, y veamos en qué podemos servirle,—dijo el abad.

Merino, que por rarísima excepcion se habia quitado el sombrero, se dispuso á hablar.

Todos prestaron la mayor atencion.

—Es inútil que cuente lo que ha pasado ayer, porque ha pasado casi á la vista de todos.

—Es verdad, — respondieron á coro los concurrentes.

—El ejército de Castilla la Vieja ha conseguido una gran victoria.

—¡Magnífica!

—¡Increíble!

—¡Maravillosa!

Exclamaron varios de los oyentes.

—Una division rechazada.

—Cierto.

—Ocho cañones y dos banderas, cogidos.

—¡Ocho cañones!—exclamaron con asombro dos ó tres curas.

—¡Y dos banderas!—contestaron otros.

—Más de mil prisioneros, media brigada que ha rendido las armas, trescientos franceses muertos y una infinidad de heridos, tales han sido los resultados de los combates que ayer se verificaron en Madrigal y Lerma.

—¡Viva España!—gritó entusiasmado el abad al oír aquella relacion.

—¡Viva España!—respondieron, poniéndose en pié, todos aquellos patriotas.

Merino dejó pasar aquella explosion de entusiasmo, y continuó diciendo:

—Pero esas victorias cuestan caras.

—¿Caras?—preguntó un canónigo.

—¿Qué, piensa usted que los franceses tiran con algodón en rama?

—No digo eso,—repuso el que habia interrumpido, poniéndose colorado hasta las orejas al verse blanco de las miradas de todos sus compañeros.

—Pues nosotros,—prosiguió Merino,—hemos tenido doscientos muertos.

—¡Qué dolor!—exclamó el abad.

—Sin contar con que de nuestros heridos, aún morirán, ó quedarán inútiles, otros ciento.

—Es verdad.

—Lo cual equivale á decir que tenemos una baja de trescientos hombres.

—Es preciso reponerla.

—Eso me parece fácil, si ustedes me ayudan.

—¿Cómo?

—Predicando por todas partes la guerra santa, y haciendo que hasta las piedras se alisten en mis batallones.

—Lo haremos,—dijeron todos á una voz.

—Es preciso además que se aumenten los donativos patrióticos; mis gastos son mayores cada dia, y voy estando mal de dinero.

—Se activará el celo de las juntas patrióticas y se creerán otras nuevas,—respondió el abad.

—Necesito adquirir sesenta mulas para la artillería,—añadió Merino.

—De esas yo me encargo,—contestó el abad.

—¿Usted?

—¡La Colegiata es rica!

—Ya lo sé.

—Y sus canónigos pueden reunir entre todos diez mil duros para comprarlas.

—Seguramente,—dijeron dos de los presentes, que eran del número de los aludidos.

—Yo,—prosiguió el abad,—daré en la suscripcion que se abra al efecto, doble de lo que dé el que se suscriba por mayor cantidad.

—¡Bravo!—gritaron todos.

—Eso prueba el amor de usted á la patria y lo bien provisto de su bolsa,—replicó Merino.

—¿Para qué quiere uno los cuatro cuartos que tiene, amigo don Jerónimo?

—No lo sé, amigo don Benito, porque yo no he tenido un real en mi vida.

Esta franca declaracion fué acogida con una carcajada.

—Tambien voy á necesitar algunos caballos.

—¿Tambien?

—En el combate de ayer hemos perdido más de ciento cincuenta, y los franceses sólo han entregado unos cincuenta que puedan servirnos.

—Entonces necesitará usted otros ciento.

—Precisamente.

—¿Adónde los quiere usted?

—En Lerma, que es donde por ahora se quedará mi caballería.

—Dentro de una semana me comprometo á entregarlos.

El que habia hablado así era el prior de un convento de carmelitas que habia en la poblacion.

—¿De veras?—preguntó don Jerónimo.

—Digo esto contando con mis compañeros. En Lerma hay cinco conventos, tres de frailes y dos de monjas; me parece que no es un gran sacrificio pedir á cada comunidad que compre veinte caballos.

—Es cierto.

—Aunque los tiempos están malos, ¿en qué convento no habrá dos mil duros para emplearlos en servicio de la patria?

—Pues con eso y las sesenta mulas que el señor abad me ha ofrecido en su nombre y en el de sus compañeros, me habré repuesto en parte de las pérdidas de

ayer, porque voluntarios para cubrir las bajas no han de faltar.

—Y dinero tampoco,—exclamó el abad.—Precisamente hace mucho tiempo que no pide usted nada.

—Los millones que me tocaron del caudal que cogí á los franceses han dado mucho de sí, y aún quedan restos; pero ya se van acabando, á pesar de que procuro vivir con economía.

—¿Conque quedamos en lo dicho?—preguntó el prior del Carmen.

—Sí, señor, los caballos á Lerma.

—¿Y las mulas?—preguntó el abad.

—Si me las envia usted á Aranda, se lo agradeceré mucho.

—Allí las enviaré dentro de pocos dias.

—En ese caso podemos retirarnos; ya es tarde, y al amanecer pienso estar á caballo.

—¿Se marcha usted de Lerma?

—Mañana mismo.

—¿Sin descansar ni un dia?

—Yo no me canso nunca.

—La poblacion lo va á sentir mucho.

—Ya nos veremos con frecuencia.

—¿Sí?

—Mientras dure la reorganizacion de mis fuerzas y yo tenga aquí el canton de caballería que pienso establecer, he de venir bastante á menudo.

—Me alegraré infinito,—contestó el abad.

—Y todos,—añadieron otros varios.

—Milgracias,—contestó don Jerónimo levantándose.

Poco despues se daba la reunion por disuelta.

Todos los concurrentes acompañaron á Merino hasta la plaza del Duque, donde se hallaba la casa-cuartel en que se habia alojado.

Por el camino decia el cura al abad, que iba á su lado:

—¿Se acuerda usted de la reunion de San Pedro de Arlanza?

—Yo lo creo.

—Apenas contaba yo con sesenta hombres, mal armados y casi la mitad de ellos sin caballos.

—Bien me acuerdo.

—Y en un año he logrado formar una brigada, que parece una division, capaz de hacer frente á las mejores tropas imperiales.

—¡Quién lo habia de decir!

—Ustedes de seguro no se lo figuraban.

—Ni nadie.

Diciendo esto llegaron á la plaza del Duque; Merino se despidió de sus acompañantes, y cada cual marchó á su retiro.

Al subir el cura á su habitacion, encontró al Feo, que le esperaba.

—Hazme el chocolate,—le dijo.

—Al momento,—contestó el asistente.

Don Jerónimo entró en su cuarto y se puso á liar un cigarrillo, diciendo:

—Pues, señor, todo va perfectamente. Con hombres, armas, caballos y dinero, me rio de los gabachos y de su emperador Napoleon, y de Pepe Botellas y de todos

los zascandiles habidos y por haber. La gente está cada vez más entusiasmada y dispuesta á ayudarme: con que garrotazo y tente tieso; que el diablo me lleve si no doy todavía á los franceses muchas desazones, mayores que las que ya les llevo dadas.

—¿Se acuerda usted de la reunión de San Pedro?

—Atanasio?

—Yo lo creo.

—Apenas contaba yo con sesenta hombres, mal ar-

madados y casi la mitad de ellos sin caballos.

—Bien me acuerdo.

—Y en un año he logrado formar una brigada que

parece una división, capaz de hacer frente á las mejo-

res tropas imperiales.

—¿Quién lo había de decir?

—Ustedes de seguro no se lo figuraban.

—Ni nadie.

—Diciendo esto llegaron á la plaza del Duque, Mari-

no se despidió de sus acompañantes, y cada cual mar-

chó á su retiro.

Al subir el cura á su habitación, encontró al Tío,

que le esperaba.

—¿Hazme el chocolate,—le dijo.

—Al momento,—contestó el asistente.

Don Jerónimo entró en su cuarto y se puso á liar

un cigarrillo, diciendo:

—Pues, señor, todo va perfectamente. Con hombres,

armas, caballos y dinero, me río de los gabachos y de

su emperador Napoleón, y de Tío Botellas y de todos

Capítulo LV

Los dos hermanos

Al día siguiente, luego que los batallones de urbanos de Aranda emprendieron su marcha, montaron á caballo el cura Merino y Juan, y saliendo de Lerma al trote corto, tomaron el camino de Villoviado.

Como la distancia no es larga, la anduvieron ambos ginetes en ménos de dos horas.

Los dos iban callados.

Juan pensaba en su hermano y en la desolacion que iba á encontrar en su casa, donde habia estado pocos dias antes, dejando á sus padres llenos de satisfaccion y de esperanzas.

Merino tambien iba pensativo; pero pensaba en otra cosa muy distinta.

Recordaba que aquel mismo camino que entonces

pasaba perfectamente montado, como jefe de un verdadero cuerpo de ejército y despues de obtener una gran victoria, lo habia pasado un año antes cargado como una acémila con el bombo de los franceses y siendo objeto de burla para soldados y oficiales.

La memoria de aquella humillacion, que muchas veces le habia hecho enrojecer de ira, le era entonces grata.

—¡Pensar,—decia para sí el valiente cura,—que si aquel coronel hubiera sido un hombre prudente, y en lugar de insultarme me hubiera tratado con decoro, yo tal vez estaria aún en mi casa y los franceses tendrian más de mil soldados que no tienen y la mitad de la provincia de Búrgos que he logrado quitarles!...

Juan Mendoza adivinaba los pensamientos de su jefe, pero los suyos le preocupaban tanto, que no decia una palabra, á pesar de que él tambien habia sido uno de los mozos que los franceses cargaron con sus equipajes, lo cual, segun recordarán nuestros lectores, fué lo que obligó á él y á Tomás á salir á campaña.

Pero Juan en aquel momento no tenia motivos para felicitarse por su determinacion.

Es verdad que habia ganado el empleo de teniente coronel de caballería; pero por una parte ya sabemos que no pensaba conservarlo, y por otra, en aquel momento se veia amenazado de perder á su hermano; y temia aquella desgracia, no sólo por el amor entrañable que á Tomás profesaba, sino por el efecto que habia de causar en sus padres.

Cuando divisaron la torre de la iglesia de Villovia-

do, que gracias á la aspereza del terreno y á no ser la torre de las más altas, fué cuando ya estuvieron muy cerca del pueblo, Merino rompió el silencio.

—Animate, muchacho,—dijo.—Si te presentas en tu casa con esa cara compungida, vas á aumentar la pena de tus pobres padres en lugar de servirles de consuelo.

—Tiene usted razon,—contestó el jóven, haciendo un esfuerzo por manifestar en su rostro una animación ficticia.

Pocos minutos despues llegaron á las primeras casas del pueblo.

El primer aldeano que se fijó en ellos quedóse mirando de hito en hito á don Jerónimo, y al cabo de un momento exclamó:

—¡Calle!... es el cura.

—¡Es el cura!...—dijeron en seguida otros dos ó tres que por allí estaban:

Unos cuantos chiquillos siguieron á los viajeros, gritando:

—¡El señor cura!

Y á los pocos pasos ya les seguia un grupo de hombres, mujeres y muchachos, que repetian la misma exclamacion, y no pudiendo contener su entusiasmo, acabaron por expresarlo en repetidos vítores.

Don Jerónimo detuvo su caballo é hizo seña al grupo, que aumentaba por momentos, de que deseaba hablar.

—¡Silencio!

—¡Callarse!

—¡Que va á hablar don Jerónimo!

Estas exclamaciones salieron á la vez de todos los labios.

Merino aprovechó el primer momento de silencio para decir gritando:

—No quiero que deis voces. Vamos á casa del señor Gil Mendoza para ver á Tomás, que está herido, y no tiene gracia que le rompáis la cabeza con vuestras aclamaciones. Por consiguiente, al primero que le oiga dar un grito le pego un palo.

—¡Bueno!

—¡Es verdad!

—¡Tiene razon!

—¡Dice bien!—exclamaron al mismo tiempo hombres y mujeres.

Satisfecho el cura del efecto que habia causado su elocuencia en sus antiguos feligreses, espoleó á *Clavileño* y se dirigió á casa de Gil, adonde ya habia llegado Juan; que no detuvo su marcha mientras Merino hablaba á los curiosos.

Cuando don Jerónimo se apeó del caballo, ya Juan estaba en brazos de sus padres. El cura entró en la casa, preguntado:

—¿Cómo está ese valiente?

Las lágrimas de Gil y Mariana, que se desprendieron de brazos de su hijo, contestaron al sacerdote.

—Vaya, no hay que apurarse, que Dios proveerá. ¡Podemos verle?

—Ahora ha entrado María á decirle que está aquí su hermano,—dijo Mariana.

—Pues entre tanto venga un abrazo, Gil,—añadió el cura.—Ya sé lo que has hecho por la patria, y te lo agradezco de todo corazón.

El honrado padre abrazó al sacerdote, que le estuvo largo rato sobre su pecho.

—¿Y tú, Mariana, no quieres abrazarme?—preguntó Merino á la esposa de Gil.

Mariana se dejó abrazar sollozando.

En aquel momento apareció María en la puerta de la izquierda, diciendo:

—Pueden ustedes entrar.

Juan no aguardó á que se lo dijeran por segunda vez, y se precipitó en la estancia.

Detrás entraron los otros personajes.

Tomás, en el lecho, recostado en tres ó cuatro almohadas, que le permitían estar medio incorporado, inmóvil, pálido, lleno de vendajes, tenía un aspecto que infundía lástima.

Juan y el cura Merino quedaron dolorosamente sorprendidos.

Aunque ya sabían que las heridas del joven eran graves y esperaban encontrarle en mal estado, siempre hay mucha diferencia entre ver los progresos de un mal é imaginarlos.

Hay que tener en cuenta sobre todo, que Merino le había dejado tres días antes en Villalmanzo lleno de vida y energía, y entonces le encontraba postrado, abatido, casi sin fuerzas para hablar.

—¿Cómo va eso?—preguntó Merino, haciendo un esfuerzo por dominar su emoción y romper el silencio.

—Bien,—replicó el muchacho en voz apagada.

—Hoy tiene ménos calentura...—añadió Gregoria, que desde que Tomás fué llevado á casa de sus padres no habia salido de ella, constituyéndose su enfermera.

—Al fin no será nada,—exclamó don Jerónimo.—Aún tienes que andar mucho á mi lado, luciendo en la manga los galones de teniente coronel.

Tomás miró al cura sonriendo.

—Sí, hombre,—prosiguió este;—te he concedido ese empleo, que á decir verdad lo has ganado perfectamente.

—Muchas gracias,—contestó el herido, cuya voz se habia animado un poco, y por cuyos ojos pasó un relámpago de vida.

Merino se regocijó al ver el buen efecto que causaban sus palabras, y volviéndose hácia Gil y Mariana, que permanecian á su lado, continuó:

—Teneis dos chicos que dentro de poco no habrá empleos que darles. Si se fuera á hacer justicia, cada dia tendríamos que darles un ascenso. Ahí teneis á Juan, tan callado, mirando á su hermano como si se hubiera quedado mudo, y anteayer me hizo ganar la batalla.

—¿Yo?—murmuró el jóven confuso.

María clavó los ojos en Merino, como si quisiera devorar sus palabras.

—Es claro. Si tú no hubieras resistido tan valientemente en la altura de Madrigal, no sé lo que hubiera sido de nosotros. De buena gana te haria coronel de ca-

ballería, pero porque no digan en Cádiz (1) que soy pródigo de empleos, me contentaré con darte el grado por ahora.

—¿El grado?...—preguntaron todos á la vez.

—Sí, el grado, para que pueda llevar los tres galones y le den tratamiento de usía!

—¿Usía?—exclamó María con placer.

—Sí, chica, *usía*, y á tí tambien tendrán que dár-telo cuando te cases con él,—añadió Merino alegremente.

—¡Señor cura!—dijo la muchacha ruborizándose.

—Mujer, ya sé lo que pasa, y no hay ningun mal en ello. Los buenos mozos se crián para las chicas guapas, y por último, yo te ofrezco que he de ser padrino de la boda y del primero que nazca.

Gil hizo observar entences que la conversacion podría perjudicar al enfermo, y todos se dispusieron á salir de la estancia; pero Tomás manifestó que deseaba hablar con su hermano, y para acceder á sus deseos, Juan ocupó la silla que á la cabecera de la cama solia ocupar Gregoria.

En cuanto se quedaron solos los dos hermanos, Tomás comenzó á hablar en estos términos:

—Juan, hermano mio, tú eres valiente, estás acostumbrado á las cosas de la guerra y no te alarmarás por lo que voy á decirte.

—Habla.

(1) La Junta central se habia trasladado á Cádiz á consecuencia de la derrota de los españoles en Ocaña.

—Conozco que me muero...

—¡Tomás!

—Sí, podré durar algunos dias más ó ménos, pero no me levantaré de esta cama.

—¿Quién sabe?

—No tengo duda...

—¿Te ha dicho algo el médico?

—No.

—En ese caso...

—No necesito que él me lo diga,—repuso débilmente Tomás.

Juan no se atrevió á contradecir más al enfermo ni á preguntarle detalles de sus heridas, porque por desgracia desde que le habia visto tenia el mismo presentimiento que él.

—¿Y qué es lo que quieres?—le preguntó despues de un momento de pausa.

—Quiero que vayas á Covarrubias.

—¿A Covarrubias?

—Sí.

—¿A qué?

—A ver á los padres de Amalia.

—Bien.

—Y á pedirles su perdon.

—Ya te lo concedieron en presencia de su hija,—repuso Juan.

—No importa.

—¿A qué refrescar el recuerdo de cosas tristes y que ya han pasado?

—Quiero morir tranquilo. Les he ofendido grave-

mente, y por muchas veces que me perdonen, nunca creeré que sean demasiadas.

—Haré lo que desees.

—Gracias.

—¿Quieres algo más?

—Aún deseo otra cosa.

—Dí.

—Otra mujer está también ofendida.

—¿Pepita?

—Sí, encerrada por mi causa en un convento, —añadió Tomás.

—¿Quieres que vaya á verla?

—No.

—¿Qué quieres entonces?

—Que la escribas.

—Pierde cuidado.

—¿La escribirás?

—Sí.

—Pidela también perdon.

—Te confieso que será una carta bastante difícil, pero en fin haré todo lo que sepa.

—Gracias, hermano mío.

—Ahora voy á dejarte.

—¿Ya?

—No conviene que hables.

—¿Por qué?

—Eso te empeoraría.

—Ya has oído que no espero curarme.

—Pero debes hacer todo lo posible.

—Dices bien.

—Por nuestros padres y por mí.

—No lo olvido.

—Hasta luego.

—¿Vas á escribir?

—Escribiré hoy mismo.

—Bien.

—Y esta tarde marcharé á Covarrubias.

—Te deberé más que la vida.

Al decir Tomás estas palabras, Juan se levantó de la silla y salió de la estancia, yendo á reunirse con su familia.

Capítulo LVI

Una carta difícil

— ¡Que atrocidad! —
 Cuando Juan salió de la salita en cuya alcoba se hallaba el herido, encontró al cura Merino que escuchaba embelesado la relacion que Gil le hacia de los sucesos de Lerma.

Don Jerónimo no podia contener su entusiasmo, y á cada momento interrumpia al honrado patriota para felicitarle por su valor y astucia.

— ¡Otro tanto debian hacer todos los españoles, y verian qué pronto se acababa la guerra! — exclamaba don Jerónimo. — Es lo que yo digo: el levantamiento en masa. No hay ejército en el mundo que resista tres dias á un país entero que se pone en armas. Por desgracia no quieren comprenderlo. Los males que pesan sobre la patria, se deben exclusivamente á los cobardes

y á los egoistas. Si nos levantáramos todos, no hay franceses ni para empezar.

Juan tambien prestó la mayor atencion al relato de su padre, porque aunque el dia anterior ya le habian contado en Lerma mil detalles acerca de los sucesos, la verdad es que aún no habia tenido ocasion de oir una relacion auténtica y completa de lo ocurrido.

Mariana es quien escuchaba á Gil con más disgusto.

Más de una vez quiso interrumpirle; pero una mirada de su marido la impuso silencio.

Por fin, cuando el anciano contó cómo habian roto el fuego desde las primeras casas de Lerma sobre la columna francesa que marchaba en retirada, no pudo contenerse y exclamó:

—¡Qué atrocidad!

—¿Qué dices, mujer?—preguntó Gil severamente.

—¡Que erés un viejo loco!

—¡Mariana!

—¡Vaya, tengamos la fiesta en paz!—dijo el cura Merino.

—¡Madre!—exclamó Juan suplicante.

—No quiero callar, ea, no quiero,—exclamó Mariana, cada vez con más energia.—Como si no fuera bastante tener dos hijos en peligro, va él tambien á meterse en la danza.

—Precisamente porque tenia dos hijos en peligro es por lo que debia ayudarles,—contestó Gil.

—Y por cierto que su auxilio fué muy importante,—añadió Merino.

—¿No es verdad?—preguntó Gil satisfecho.

—Seguramente,—contestó Juan.

—Si los franceses hubieran logrado entrar en Lerma y hacerse fuertes en las casas, no hubiera podido Tomás atacarles,—dijo el cura.

—Y entonces no le hubieran pegado dos balazos y una cuchillada,—repuso la pobre madre con una lógica terrible.

Los tres hombres callaron, porque la verdad es que no tenían qué contestar.

Don Jerónimo, después de algunos minutos, pidió su caballo.

—¿Se marcha usted?—le preguntó Gil.

—Sí.

—¿Tan pronto?

—La artillería ya debe haber pasado por Lerma, y quiero salir á su encuentro en la carretera. Aquí no hay peligro de franceses, pero sí de que la tropa cometa algún exceso en los pueblos, y eso es lo que hay que evitar á todo tance, porque el día que los aldeanos, de amigos nuestros se conviertan en enemigos, estamos perdidos.

—Eso no sucederá.

—No sucederá si los jefes tenemos mucha vigilancia y gran energía.

—Tiene usted razón!

El cura montó á caballo y se despidió de todos, encargando que le escribieran diariamente dándole parte del estado del herido, á quien prometió volver á visitar siempre que pasara por las inmediaciones de Villoviado.

—¿No tiene usted nada que mandarme?—le preguntó Juan cuando ya le vió montado.

—No, nada. Ya sabes lo que has de hacer. Tú quedas en Lerma: nada de combates; si se acercan enemigos, te retiras sobre Aranda, aunque en ese caso ya lo sabré yo por los confidentes y te enviaré mis instrucciones. Por lo demás, cuando recibas los caballos que me han ofrecido, ve reorganizando los escuadrones; haz que los heridos, á medida que se vayan curando, se presenten en sus cuerpos. Segura aún permanecerá en Madrigalejo doce ó quince días, si no ocurre novedad; manten tus comunicaciones con él, que como está en puesto más avanzado, es quien podrá enterarte mejor de lo que suceda; y siempre que quieras venir á Villaviado no necesitas permiso mio, pues eres demasiado prudente para saber cuándo puedes hacerlo sin que se perjudique el servicio.

—Muchas gracias.

Merino estrechó la mano del jóven, y salió á la calle.

Luego que hubo marchado el cura, Gil contempló un momento á su esposa, y Mariana bajó la vista sin atreverse á sostener la mirada de su marido.

Aquella mirada era un réproche.

La pobre mujer habia gastado toda su audacia en la pequeña polémica que acababa de sostener con los tres hombres, y temblaba como la hoja en el árbol.

Desde su casamiento no se habia atrevido nunca á contradecir ni replicar á su esposo, y estaba verdaderamente asombrada de lo que habia hecho.

Juan y María contemplaban en silencio aquella escena muda.

Mariana y Gil permanecieron callados más de un minuto, aunque sus respectivas actitudes hablaban eloquentemente.

Ella por fin se atrevió á hablar.

—¡Te he ofendido!—dijo.

—Sí,—contestó Gil con entereza.

—Perdona.

—Basta que lo conozcas.

—No he podido contenerme.

—Vaya, padre, eso se ha concluido,—se atrevió á decir Juan, para quien aquella situación era muy penosa.

—Calla tú,—exclamó con severidad el viejo.

—Ya me callo.

—Y tú, Mariana, debes tener entendido que yo sé muy bien lo que hago.

—Sí, no lo dudo.

—Nuestro pobre Tomás está herido... yo no puedo decir que lo siento más que tú.

—Eso no.

—Pero sí tanto.

—Es verdad.

—Cuando los dos chicos salieron á campaña, ya sabían á qué iban exponerse; pero la patria lo exige, y si ellos mueren, habrán cumplido con su obligación; y en cuanto á mí,—añadió con energía,—te aseguro que prefiero llorar muertos á dos valientes, que avergonzarme de dos cobardes.

La pobre madre no contestó más que con sus lágrimas.

Gil enjugó con el revés de la mano las que corrían por sus mejillas.

—Ea, anda con tu hijo,—añadió el anciano, abrazando á su mujer y acompañándola cariñosamente hasta la puerta del cuarto del herido.

La tormenta se habia disipado.

Gil comprendia la razon que hacia hablar á la pobre Mariana, y al mostrarse con ella tan severo, puede decirse que en parte contestaba á la voz de su propia debilidad, que le hablaba desde su corazón de padre.

¿Necesitan nuestros lectores que les contemos lo que dijeron Juan y María luego que se quedaron solos y pudieron hablarse libremente?

No por cierto.

La conversacion de los enamorados es siempre la misma.

No saben hablar más que de amor.

Repiten constantemente las mismas palabras, y siempre creen oirlas por primera vez.

María y Juan se confiaron con sin igual delicia sus pensamientos de los últimos dias.

Habian pensado uno en otro.

Ella temblando por los peligros que él corria.

Él arrostrando la muerte sereno y alegre, porque al defender la patria defendia el hogar de la mujer que amaba.

Ella rezando para que Dios le librara á él de la muerte.

Él invocando el nombre de ella y consagrándola todos sus pensamientos, por si la suerte queria que cada uno de ellos fuera el último de su existencia.

Por fin, Juan se despidió de María y entró en el cuarto que servia á Gil de despacho.

Iba á cumplir uno de los encargos de su hermano escribiendo á Pepita.

Despues de comer se proponia cumplir el otro, marchando á Covarrubias.

La carta de Pepita era muy difícil.

Darse por enterado de todo lo que habia pasado entre Tomás y la viuda, era una falta de delicadeza en que Juan no hubiera incurrido nunca.

Y por otra parte, afectar demasiada candidez en el asunto tampoco era conveniente, porque entónces la carta no tenia ningun objeto.

Nuestro valiente guerrillero pasó más de media hora reflexionando.

Muchas veces tomó la pluma, y otras tantas volvió á dejarla sin escribir una palabra.

—¿Qué le digo yo á esta mujer?—se preguntaba el jóven, y no sabia contestar á esta pregunta.

Para escribir aquel documento se necesitaba mucha diplomacia, y Juan era poco diplomático.

Al cabo de algun tiempo se resolvió, murmurando entre dientes:

—Allá voy, y sálga lo que sálga.

Tomó la pluma y escribió lo siguiente:

«Señora: mi hermano Tomás Mendoza me encarga la comision de participar á usted que se halla en Villaviado gravemente herido, tal vez á las puertas de la muerte...»

Al llegar aquí, Juan se detuvo.

No sabia cómo continuar.

Tenia que pedir perdon á la viuda.

Pero ¿de qué?

Esto equivalia á confesar que su hermano se lo habia contado todo.

Y si no recordaba la ofensa, ¿cómo pedia que se le perdonase?

Juan suspiró fuertemente y apoyó la cabeza en la mano, pasando algunos minutos en actitud meditabunda.

Luego siguió escribiendo:

«Mi hermano cree haber ofendido á usted, y por mi conducto la ruego que le perdone. Una palabra, señora, una palabra de generosa simpatía, es todo lo que en este momento implora, para el que se halla postrado tal vez para no levantarse, su hermano, que besa sus piés,

JUAN MENDOZA.»

Si dijéramos que esta carta nos parecía un modelo epistolar, mentiríamos descaradamente; pero fuerza es convenir en que para ser obra de un rudo guerrillero, más práctico en repartir sablazos que en habilidades retóricas, y atendiendo á lo delicado de la comision, no era del todo mala.

Juan respiró al poner la firma, como si hubiera salido de un gran apuro.

Leyó dos ó tres veces la carta, y no encontrando en ella nada que le pareciera inconveniente, la dobló y la metió dentro de otra que escribió en seguida á su tío don Cleto, encargándole que sin pérdida de tiempo la llevara á Pepita.

Luego salió del despacho, y comió con toda la familia.

Después de comer llamó aparte á su padre, y le enteró del encargo que tenía que desempeñar en Covarrubias.

—¿Cuándo piensas ir?—le preguntó Gil.

—Esta misma tarde.

—Pues no te detengas. Desde aquí á Covarrubias hay cuatro leguas largas, aun yendo por los atajos, y aunque salgas ahora, que son cerca de las dos, ya será bien de noche cuando llegues.

—¿Adónde vas?—preguntó María á su novio, viendo que se disponía á montar á caballo.

—A Covarrubias.

—¿A Covarrubias?

—Sí.

—¿A qué?

—A ver á don Modesto.

—¿Tú?

—¿Qué te extraña?

—¿Para qué vas?

—Tomás lo desea.

—¡Ah!

La hermosa jóven recordaba que en Covarrubias, y en casa de don Modesto, le habia sucedido la primera desgracia.

Allí habia perdido el amor de Tomás.

Es verdad que entonces ya no podia guardar rencor á la pobre Amalia, que habia muerto, sobre todo desde que amaba á Juan y tenia la seguridad de ser correspondida; pero no por eso dejaba de mirar con cierta prevencion á aquella familia y aquel pueblo.

Juan conoció en la cara de la muchacha que se quedaba disgustada.

—¿Qué tienes?—la dijo.

—Nada.

—Al amanecer estaré de vuelta.

—Bien.

—Vaya, adios.

—Adios. No sé por qué, siento que te vayas,—añadió María.

—Considera que es preciso.

—Ya lo veo.

El criado sacó al patio el caballo de Juan, y este antes de montar entró en el gabinete á despedirse de su hermano.

—Hasta mañana, Tomás,—dijo desde la puerta de la alcoba.

—¿Te marchas?—preguntó el herido.

—A Covarrubias.

—Gracias.

Juan salió del gabinete, montó á caballo y se puso en marcha.

—Que vuelvas pronto,—le dijo María desde el dintel de la puerta.

La joven permaneció en aquel sitio hasta que su novio salió de la calle.

Entonces entró en la casa, diciendo á media voz:

—Siento que se marche.

El corazon la anunciaba una desgracia.

Capítulo LVII

Un lance grave

Covarrubias está situado sobre la orilla derecha del Arlanza, en el límite de los distritos de Lerma y Salas de los infantés, y en la vertiente de la gran sierra de las Mamblas, que seria la más áspera de la provincia si no existiera en ella la de la Demanda, que vence á todas en este punto.

El viaje que tenia que hacer Juan era un poco pesado, aunque corto. Desde Villoviado tenia que ir á Castriльо de Solarana, y desde allí á Tordueles, tomando luego el camino que sigue la orilla izquierda del rio, pasar este por Puentedura, y marchar desde aquí á Covarrubias.

Desde Villoviado á Puentedura, aunque el terreno es quebrado como en toda la provincia, y particularmente en el distrito de Lerma, el camino, ó por mejor

decir las veredas, pues en aquel tiempo no había allí otra cosa, sin ser demasiado cómodas, no eran impracticables, sobre todo para un ginete como Juan y un caballo tan acostumbrado como el suyo á andar por todas partes; pero desde Puente dura á Covarrubias era cosa de ir siempre con el credo en la boca. En el primero de estos pueblos empieza ya por aquel lado la sierra de las Mamblas, y hasta llegar á Covarrubias hay que irse internando cada vez más en ella.

Juan recorrió sin dificultad la primera parte del trayecto, que era la más larga, y á eso de las cuatro y media de la tarde pasaba el Arlanza por Puente dura, habiendo andado más de tres leguas en dos horas y media. Una hora le quedaba de día, y en este tiempo no podía andar la legua que le faltaba para llegar á Covarrubias, porque allí en muchos pasos tenía necesidad de echar pié á tierra para no exponerse á caer al río con el caballo, y el resto del camino para hacerlo montado necesitaba ir muy despacio, sujetando el caballo para que no tropezara, pero no guiándolo, sino entregándose al instinto del noble animal; en una palabra, haciendo de las riendas un punto de apoyo, pero no un elemento de dirección.

Marchando así, para andar una legua se necesitan dos horas.

El joven tomó la vereda que hay á la orilla del río, y prosiguió su camino.

Ya habían dado las cinco, y Juan seguía marchando con todas las precauciones que exigía la escabrosidad del terreno.

A pesar de la hora y de ser el mes de Febrero, no hacia frío.

La tarde estaba hermosa; comenzaba á anohecer, y Juan, que habia echado pié á tierra, iba ensimismado mirando la corriente del rio.

Su caballo le seguia como un perro sigue á su amo.

La soledad, el silencio de la tarde, las aguas tranquilas y apacibles que se deslizaban entre su cáuce de peñascos, todo convidaba á la meditacion.

Juan llevaba mucho tiempo entre el bullicio de los campamentos y los combates.

En aquella soledad encontraba un bienestar inefable, y por un momento llegó á olvidar la guerra, el estado de su hermano, al cura Merino, la comision que llevaba á Covarrubias, todo.

Pensaba en María.

Hacia castillos en el aire.

Andaba maquinalmente, y cuando no se cayó cien veces rompiéndose la cabeza, debemos creer que hay una providencia para los enamorados, porque lo cierto es que, aunque iba mirando al suelo, no puede decirse que lo veia.

De pronto un suceso imprevisto vino á sacarle de su arrobamiento.

La vereda hacia un recodo que daba vuelta á una enorme peña, que parecia desprendida de la vecina sierra.

Al dar Juan la vuelta, vió interrumpidas bruscamente sus meditaciones por una voz que le gritaba con acento extraño:

—¡Alto!

Al mismo tiempo, la punta de una bayoneta amenazó su pecho.

Juan quiso dar un paso atrás para ponerse á la defensiva; pero diez ó doce soldados franceses le tenían cercado y le amenazaban con sus armas.

Ya uno de ellos se habia apoderado del caballo, donde el jóven tenia sus pistolas.

La resistencia era inútil, y sobre todo imposible.

—¡Bandidos!—gritó Juan con rabia, al ver que dos soldados le sujetaban por los brazos.

Entonces se presentaron dos oficiales, que hablaron en francés á los soldados, y estos soltaron al muchacho.

—Caballero,—dijo en español uno de los oficiales,—es usted nuestro prisionero.

—¡Por sorpresa!—repuso Juan.

—Es cierto,—contestó el francés;—pero las sorpresas son lícitas en la guerra, y el uniforme que usted lleva nos evita el trabajo de explicárselo.

Juan calló, conociendo que el otro tenia razon.

Los guerrilleros de Merino contaban con la sorpresa como elemento principal de sus hazañas.

Lo que allí pasaba en aquel momento tenia una explicacion muy sencilla.

Los franceses de la guarnicion de Lerma, no todos habian caido prisioneros.

Algunos lograron escapar de la matanza, y en grupos de dos, cuatro ó seis hombres se salvaron en los montes y emprendieron la fuga sin saber adónde.

Muchos de estos dispersos cayeron en poder de

las patrullas que salían de Lerma y de Madrigalejo, y otros, aún más desgraciados, fueron muertos por los campesinos, que en cuanto veían un francés salían de sus casas armados de hoces, palos, chuzos y escopetas, y lo acosaban, como si se tratara de un lobo, hasta hacerlo pedazos.

Los pobres fugitivos, que no sabían los caminos, pues no se atrevían á pisar la carretera de Búrgos, porque allí era seguro caer en manos de los soldados de Merino, iban de un lado para otro, escondiéndose en los bosques, alimentándose de los víveres que podían quitar á viva fuerza á algun pastor que encontraban aislado, y esperando siempre morir de un momento á otro.

Pero algunos de estos grupos lograron correrse á lo largo del rio, y evitando los dos ó tres pueblecillos que allí habia, ganaron la sierra de las Mamblas. Allí se reunieron veintiseis soldados y dos oficiales.

Estos tomaron el mando, y resolvieron hacer todos los esfuerzos imaginables para salvarse ellos y salvar aquella tropa.

Internáronse en lo más áspero de la sierra, y allí pasaron todo el dia siguiente al de la batalla, manteniéndose con dos ovejas que habian cogido los soldados.

Pero aquella situacion era insostenible.

En cuanto los pastores descubrieran á los franceses ó la necesidad les obligara á entrar á viva fuerza en alguna aldea para procurarse sustento, correria la voz de alarma por todo el distrito, y no sólo los aldeanos, sino todas las fuerzas del cura Merino, caerian sobre

ellos y los exterminarian; verificando un verdadero ojeo.

Era indispensable salir de la sierra más allá de Madrigal, para enterarse de lo que sucedía y ver lo que había que hacer.

Pero ellos no conocían las veredas, y sin un buen guía era seguro que se perderían.

Por otra parte, aunque sospechaban que la división francesa que iba desde Búrgos había sido vencida por Merino, no tenían completa seguridad de ello, y además ignoraban que su derrota hubiera sido tan grande que desistiera de la empresa y emprendiera la retirada.

En vista de todas estas dificultades, resolvieron á toda costa hacer un prisionero que les enterara de todo, y de grado ó por fuerza les sirviera de guía hasta salir de la sierra de las Mambas y hallarse en seguridad.

Para conseguir este resultado, bajaron hasta el camino que va desde Puente de Bureba á Covarrubias, que aunque poco frecuentado, no dejaba de tener alguno que otro viandante.

Al divisar á Juan, á quien por su uniforme reconocieron como un jefe español, la alegría de los franceses no tuvo límites. Los oficiales emboscaron á sus soldados convenientemente, encargándoles que no hicieran ningún daño al muchacho, pero que se apoderasen de él á toda costa.

Juan no necesitó que le explicaran lo que pasaba. Todo lo comprendió desde el primer momento. Uno de los oficiales, que hablaba perfectamente el español,

le explicó además la situación en que se encontraban.

Luego que el francés dejó de hablar, Juan le replicó:

—Creo que no tienen ustedes más remedio que rendirse prisioneros de guerra.

—¿Nosotros?

—Sí.

—¿Cómo?

—Ustedes ignoran lo que sucedió anteayer en Madrid.

—¿Qué sucedió?

—La division francesa fué derrotada.

—¡Bah!

—Completamente.

—¿Es posible?

—Yo mismo defendí el punto más importante.

—¿Usted?

—Y les quité ocho cañones.

—¿Cómo?

—Lo que ustedes oyen.

Juan explicó entonces detalladamente todo el combate y las pérdidas que experimentaron los franceses.

Habia en su voz y en sus palabras tal acento de verdad, que los dos oficiales no dudaron de lo que decía.

—¡Pero es increíble!—exclamaban al oír la relación de aquel desastre.

—Harán ustedes mal en no creerlo. Por fortuna se les presenta una ocasión de vengar en parte su derrota.

—¿Cuál?

—En concepto de mi jefe, yo soy el que más ha contribuido á ella...

—¿Y qué?

—Y pueden ustedes fusilarme.

—¡Oh! ¡caballero!...

—La guerra es la guerra.

—Nosotros nada ganamos con su muerte de usted, y con su vida podemos ganarlo todo.

—Lo dudo,—contestó Juan, que empezaba á comprender.

—Usted es nuestro.

—Lo niego.

—¿Qué?

—Que lo niego.

—¿Negará usted que se halla prisionero?

—De ningun modo.

—¿Espera que vengan á salvarle?

—Tampoco.

—En ese caso...

—Quiere decir que ustedes son dueños de mi vida.

—¡Ya!

—Pero no de mi voluntad.

Los dos franceses miraron con asombro á aquel jóven, que hablaba con tanta calma, cuando de un momento á otro podia ser fusilado. Juan contestó á su mirada con una sonrisa, y añadió como si aquellos ademanes hubieran sido una explicacion:

—Ya ven ustedes que no podemos entendernos.

—¡Oh! señor mio, lo que nosotros queremos exigir es bien poca cosa.

—Veamos.

—Usted debe ser práctico en estos terrenos.

—Mentiría si lo negara.

—Lo son todos los soldados del cura Merino.

—Es cierto.

—Y con más razón sus jefes.

—Sí tal.

—Pues bien; usted conocerá senderos por donde podamos atravesar esa sierra y librarnos de la persecución de las fuerzas españolas.

—Los conozco.

—Guíenos usted por uno de ellos, y en cuanto nos veamos en salvo quedará usted libre... doy mi palabra de caballero.

—No es necesario,—contestó Juan estoicamente.

—¿Por qué?

—Porque si uno de mis soldados hiciera lo que ustedes me proponen, yo le levantaría la tapa de los sesos en cuanto se me presentara.

—Pero, señor...

—Yo no ayudo á los enemigos de mi patria.

—Reflexione usted....

—Nada.

—Somos los más fuertes.

—No lo parece.

—¿No?

—Ustedes son los que ruegan.

—Sí.

—Y yo el que resiste.

—Podemos mandar,—gritó el francés con ira.

—¡Triste mandato el que no ha de ser obedecido!— contestó Juan, cuya serenidad admiraba á sus enemigos.

Todos guardaron silencio algunos minutos.

—Por última vez,—dijo el oficial á nuestro amigo,—¿accede usted á lo que deseamos?

—Pueden ustedes fusilarme.

—Lo haremos si continúa usted negándose,—repuso el oficial.

—Bien; pero despues de muerto no enseñaré á ustedes el camino que necesitan saber.

—Algun otro habrá que sea menos terco.

—Es posible.

La calma de Juan, que hablaba sentado sobre una roca, y tan impasible como ella, exasperaba á los franceses, pero al mismo tiempo les imponia respeto.

Eran militares, y comprendian esos sacrificios sublimes que el deber impone á los que se consagran á semejante profesion.

El oficial quiso insistir de nuevo.

—No se moleste usted, caballero,—repuso Juan;—sé que ustedes me sacrificarán á su ira, que encuentro justificada; pero tambien sé que se hallan en una situacion apuradisima, que tal vez mañana serán descubiertos, y que les espera á todos la prision ó la muerte. Yo podria salvarles y salvarme; pero prefiero perderme y quitar á mi patria veinte enemigos.

—¿Tanto nos odia usted?

—Personalmente, no.

—Ya me lo figuró.

—Pero como franceses, como soldados de Napoleon, como enemigos de España,—exclamó Juan, animándose por momentos,—mi odio es tan grande, que no sé cómo cabe dentro de mi pecho.

—Sin embargo, nosotros no hacemos más que cumplir con nuestro deber obedeciendo al emperador,—repuso el oficial.

—Y yo cumplo con el mio avivando cada vez más este odio.

Iba anocheciendo.

Todos quedaron callados.

Los franceses, que no querian emprender su marcha hasta el amanecer, se pusieron á vigilar cuidadosamente á Juan para que no se escapara, esperando que acaso la noche diera lugar á la reflexion, y el jóven por salvar su existencia se prestara á servirles de guía.

Así pasó cerca de media hora.

Juan continuaba sentado en la roca en que habia tenido lugar la conferencia.

Un soldado con el arma al brazo, se paseaba por delante de él, sin separar del jóven la vista.

Los demás estaban sentados en el suelo, formando dos ó tres grupos, y hablaban en voz baja, ó se preparaban á descansar lo mejor posible.

Los dos oficiales paseaban, contemplando tristemente su pequeño campamento.

La noche habia cerrado.

Juan cayó en un profundo abatimiento.

Se acordaba de sus padres, de Tomás herido y de María, que le aguardaba impaciente.

Pensaba en la comision que su hermano le habia confiado, y que no podia cumplir.

Calculaba que al dia siguiente los franceses volverian á su demanda, y como él estaba resuelto á no ceder, creia que los otros, irritados por su entereza, le fusilarian.

El jóven se despedia mentalmente de todo lo que habia amado.

Por valiente que sea un hombre, la idea de morir, si no le aterra, le entristece.

Y sobre todo, morir de aquella manera, acorralado, preso por unos cuantos fugitivos, que echarian á correr en cuanto le hicieran fuego temerosos de que las detonaciones de las armas descubrieran á sus enemigos el secreto de su escondite, él que tres dias antes habia podido sucumbir gloriosamente defendiendo las alturas de Madrigal, entre el humo de la pólvora, el estampido del cañon y los gritos de los combatientes.

Esto era dolorísísimo.

Despues de meditar un buen rato, Juan tomó su partido; llamó al soldado que hacia centinela delante de él, y le dijo que queria hablar á los oficiales.

Estos acudieron inmediatamente, creyendo que el jefe español cedia por fin á sus instancias.

—Señores,—les dijo el muchacho luego que estuvieron á su lado,—ustedes me dispensarán si les molesto.

—Nada de eso.

—Tengo que pedir á ustedes un favor.

—¿Un favor?

—Sí.

—¿Cuál?

—Ante todo, creo que ya no me fusilarán ustedes esta noche.

—Ni nunca, porque al fin nos entenderemos,—repuso el oficial.

—No es fácil.

—Adelante.

—Pues bien; ustedes aún no me han preguntado mi nombre.

—Es cierto.

—Soy el teniente coronel don Juan Mendoza.

—¿El gobernador de Aranda?—preguntaron á la vez los dos oficiales.

—Lo fui durante el sitio,—contestó Juan.

—Ya no puede extrañarnos la entereza que está usted demostrando.

—Gracias,—repuso Juan.

—¿Y qué es lo que usted desea?

—¿Se fiarian ustedes de mi palabra?—les preguntó nuestro valiente joven.

—Sí,—contestaron á la vez los dos oficiales.

Juan habia adquirido en toda la provincia de Búrgos una reputacion de hidalgo y de caballero, que habia llegado hasta sus mismos enemigos.

—Quiere decir,—añadió,—que si yo les pidiera á ustedes que me dejaran en libertad por dos ó tres horas, prometiendo solemnemente bajo palabra de honor volver á este mismo sitio á ponerme á su disposicion, ¿me dejarian ustedes?

—¿Podemos saber cuál es el objeto de esa pretension?—preguntó uno de los oficiales.

—Sí, señor.

Juan contó entonces la herida de su hermano y el encargo que iba á cumplir á Covarrubias cuando fué hecho prisionero.

—¿Es decir, que usted no desea más que ir á ese pueblo á cumplir la voluntad de su hermano?

—Nada más.

—¿Y promete usted volver?

—Lo juro.

—¿Y no dar parte á nadie de nuestra presencia en este sitio?

—A nadie.

—¿Cuánto tiempo necesita usted para eso?

—Unas dos horas. Son las ocho de la noche; á las diez estoy aquí de vuelta, y á las diez y cuarto pueden ustedes fusilarme.

—¿Nos da usted su palabra de caballero?

—Está dada.

—En ese caso, no hay inconveniente.

—Mil gracias, señor oficial,—exclamó Juan, estrechando entre las suyas las manos del francés.—¡Ah! ¿por qué la guerra ha de hacer enemigos implacables á los que son hermanos por el honor?

Uno de los oficiales mandó á un soldado que acercara el caballo de Juan, que estaba atado á un árbol.

El soldado obedeció; pero tanto él como sus camaradas quedaron asombrados viendo que el jóven, despues de estrechar afectuosamente las manos de los dos

oficiales, montaba y emprendía al paso el camino de Covarrubias.

Algunos murmuraron de aquel acto de generosidad, que no podían explicarse.

Todos ignoraban que Juan no estaba libre más que por dos horas, y que la palabra de honor es sagrada entre caballeros.

Capítulo LVIII

La palabra de honor

Cuando Juan llegó á Covarrubias, eran cerca de las nueve de la noche.

Don Modesto y su familia se encontraron sorprendidos oyendo á aquella hora un aldabonazo á la puerta de su casa.

Abrió un criado, y Juan, que ya se habia apeado del caballo, le entregó las riendas y entró en el portal.

El asombro de don Modesto y de su familia creció de punto al ver al jóven guerrillero, cuya visita no esperaban.

Juan vaciló un momento antes de pasar adelante.

El luto rigoroso que vestia aquella familia por causa de su hermano le hizo detenerse, y entonces pensó por primera vez si seria conveniente pronunciar en aquella casa el nombre de Tomás.

—Adelante, amigo mio,—le dijo don Modesto, presentándole la mano.

El infortunado padre habia comprendido la causa de la vacilacion del jóven teniente coronel, y quiso animarle.

Juan estrechó con efusion la mano que se le tendia.

Introducido en el hogar, tomó una silla que doña Susana puso cerca de la chimenea.

—Que entren el caballo á la caballeriza,—dijo don Modesto á una criada.

—Es inútil, señor don Modesto,—se apresuró á decir Juan.

—¿Por qué?

—Tengo que marchar muy pronto.

—No será tanto que no cene usted antes con nosotros.

—A las diez he de estar á media legua de aquí, y son cerca de las nueve.

—Bien se puede usted retrasar un cuarto de hora.

Juan no se atrevió á insistir en su negativa, y estaba cada vez más confundido ante aquella familia, que le recibia con tanta cordialidad, á pesar de lo pasado.

—¿Cónque han dado ustedes tan gran batalla?—preguntó Luisa, que estaba rabiando por hablar.

—Eso es lo que me hace venir aquí.

—¿Eso?

—Mi hermano Tomás...—se atrevió á decir el jóven, bajando la voz.

—¿Qué le sucede?—preguntaron casi al mismo tiempo los dos esposos.

—Está herido.

—¿Grave?—dijeron á la vez don Modesto, doña Susana y su hija.

—Muy grave,—repuso Juan.

—¿Cómo?

—Dos balazos.

—¿Dos!

—Y un sablazo en la cabeza.

—¡Pobre muchacho!—exclamó don Modesto.

—¡Pobre madre!—añadió doña Susana, enjugándose una lágrima.

—¿Dónde está?—preguntó Luisa.

—En Villoviado.

—¡Oh, yo iré á verle!...—dijo don Modesto.

—Gracias, amigo mio,—contestó Juan conmovido.

—Mañana.

—Desgraciadamente el tiempo urge.

—¿Cree usted que muera?

—Sólo un milagro de Dios podría salvarle.

—¡Es jóven!

—No importa. El mismo está convencido de que le quedan pocos dias de vida, y esta mañana me ha dado el encargo de que viniera á ver á ustedes y á pedirles perdon en su nombre.

—Juan, amigo mio, todo lo hemos olvidado,—exclamó con solemnidad don Modesto.

—Todo,—añadió doña Susana.

Luisa lloraba abrazando á su madre.

—Son ustedes los corazones más nobles que he encontrado en mi vida.

—No hablemos de eso.

—Cuando su madre de usted estará padeciendo lo que sólo una madre es capaz de apreciar, ¿habíamos de acordarnos de nada que no sea prestarla todo el consuelo posible en su situacion?

—¡Pobre madre mia! —exclamó Juan, recordando el peligro inminente en que él mismo se encontraba.

—¿Quién sabe si aún verá sano y bueno á su hijo?

—Más probable es que pierda á los dos á un mismo tiempo—contestó Juan.

—¿A los dos?

—Yo soy prisionero de los franceses.

—¿Usted?—preguntó don Modesto con asombro.

—Señor don Modesto,—respondió Juan,—tengo que pedir á usted un gran favor.

—Hable usted.

—Pero antes es necesario que me empeñe usted su palabra de honor de no hacer nada más que lo que yo le diga, y de no impedirme salir de esta casa para ir á cumplir un deber sagrado.

—Me alarman esas palabras.

—La situacion en que me encuentro es tan grave, que no permite otras.

—Hable usted.

—¿Me da usted su palabra?

—Está dada.

Doña Susana, Luisa y don Modesto, prestaron la mayor atencion.

Juan entonces contó lo que le había sucedido al dirigirse á Covarrubias, omitiendo por un exceso de pre-

caucion, indicar el sitio en que le habian sorprendido los franceses.

Todos estaban pendientes de sus labios.

—¿Qué va usted á hacer?—le preguntó don Modesto cuando terminó su relacion.

—¿No ha oido usted que he dado palabra de honor de volver á entregarme á mis enemigos?

—Eso es una temeridad.

—Es lo único que puede hacer un caballero.

—Yo no puedo consentir que salga de aquí.

—No hay otro remedio.

—¡Nos opondremos á la fuerza!—gritó doña Susana.

—Aunque fuera preciso atarle á usted,—dijo Luisa.

—Ustedes no querrán deshonrarme.

—Lo que nosotros no queremos es ver á su infeliz madre llorando en un dia la pérdida de dos hijos.

—Es que si por cualquier incidente yo me viera privado de volver adonde el honor me llama, como no he de vivir deshonrado, me pegaria un tiro.

—¡Cómo!—exclamaron los dos esposos.

—No lo duden ustedes.

Juan habia hablado con esa calma hija de la resolucion, que no deja ningun lugar á duda.

Los que le escuchaban quedaron consternados.

—Hará usted lo que quiera,—contestó don Modesto.

—Por consiguiente, dentro de media hora marcharé á entregarme de nuevo.

—Cumplirá usted su palabra; pero yo no he dado

ninguna, y puedo sublevar inmediatamente todo el pueblo, organizar una batida y exterminar á los franceses,—gritó don Modesto.

—En primer lugar, usted no sabe dónde se encuentran, yo no lo he dicho ni lo diré por nada del mundo, la sierra es grande y la batida sería difícil; en segundo, podría usted levantar ochenta ó cien hombres, casi todos sin armas, y veintiocho soldados pueden resistirles ventajosamente.

—Es cierto.

—Además, aun suponiendo que su idea de usted pudiera realizarse, no se lograria otra cosa que acelerar mi muerte.

—¿Eso cree usted?

—Es indudable. Los franceses al verse perdidos querrian al ménos tomar venganza, y su primer disparo sería para mí.

Esto no tenia contestacion.

El hidalgo esposo de doña Susana comprendió que Juan calculaba perfectamente, y dijo:

—Entonces ¿qué es lo que puedo hacer por usted?

—Ya que mañana piensa usted ir á Villoviado...

—Al amanecer.

—Es preciso que diga usted á mi familia, que un asunto urgente del servicio me ha impedido volver.

—Bien.

—Si sucede una desgracia, tiempo habrá de que lo sepan todo. Evitemos entre tanto un nuevo dolor á mis pobres padres.

—Es verdad.

—¿Y no podría avisar á Lerma? Allí tienen ustedes tropas...

—Todo lo que se haga en mi favor lo considero una traicion por mi parte, y como ya he dicho, no haria más que aumentar el peligro.

—Lo que usted quiera.

—Pero le van á usted á fusilar,—exclamó Luisa.

—Allá veremos,—contestó Juan.

—De seguro.

—No tanto.

—Yo así lo creo.

—Por de pronto, lo retardarán todo lo posible.

—O no.

—Mi muerte no les produce ninguna ventaja.

—¡Con todo!

—Y mi vida es por ahora su única esperanza.

—¡Puede!

—No hay duda. Tengo tiempo por delante, y habiendo tiempo se pueden hacer muchas cosas.

—¿Seria usted capaz de escaparse?

—Crea usted que he de aprovechar la primera ocasion. El terreno es áspero, yo lo conozco mucho, mis guardianes no saben dar un paso, y allá veremos.

—Dios quiera librar á usted.

—Nosotros se lo pediremos de todo corazon,—añadió doña Susana.

—No sé cómo he de pagar tantas bondades,—repuso Juan conmovido.

—Pero oiga usted, señor de Mendoza,—exclamó de repente Luisa.

—¿Qué?

—En lugar de esas tonterías, lo que usted debe hacer es quedarse aquí esta noche, que de seguro al pueblo no vendrán á buscarle.

—¿Y si vinieran?

—Se toca á rebato, y dirigiendo usted á los vecinos, pronto acabaria con ellos.

—Eso es indudable; pero ya he dicho á usted que el honor me impide hacerlo.

—Yo no me pararia ya en eso. Despues de todo, los franceses les llaman á ustedes bandidos.

—Razon demás para demostrarles que mienten.

Juan dijo estas últimas palabras con tanta energía, que Luisa no se atrevió á replicarle.

En aquel momento sirvieron la cena.

Todos comieron con poco apetito.

Doña Susana, don Modesto y Luisa, no queriendo insistir más acerca de lo que Juan debia hacer para escapar del peligro que le amenazaba, hablaron con preferencia del estado de Tomás y de la última batalla.

Ya allí tenian algunas noticias, porque entre los voluntarios de la clase de paisanos que el cura habia reunido en Madrigalejo, se contaban algunos jóvenes de Covarrubias.

—¿Conque usted defendió á Madrigal?—preguntó don Modesto.

—Sí, señor.

—Allí fué lo más récio del combate.

—Era la llave de la posicion, y el enemigo mostró gran empeño en tomarla.

—Pero usted tiene la mano dura,—interrumpió Luisa.

—Procuro hacer lo que puedo.

Terminada la cena, Juan pidió su caballo y dijo á don Modesto:

—Si no muero mañana, cuente usted siempre con mi gratitud, por todos los favores que á ustedes debemos los míos y yo.

Al decir esto el jóven tendió la mano á don Modesto; pero él le abrió los brazos, y Juan se precipitó en ellos.

—Puesto que se halla usted decidido á marchar, nada puedo decirle, sino que mañana veré á su familia y cumpliré con ella sus encargos.

Juan se despidió de doña Susana y de Luisa, y montó á caballo.

Un minuto después salía de la casa.

—¡Dios le bendiga!—exclamó doña Susana, llevándose el pañuelo á los ojos.

—¡Valiente y noble jóven!—añadió don Modesto, viéndole marchar.—Tiene la religión del honor, y va al sacrificio con la misma tranquilidad que los antiguos mártires.

Capítulo LIX

Prisionero de guerra

Juan regresó al pequeño campamento de los franceses cerca de las once de la noche.

Los oficiales, que habían sido despertados por el centinela, le salieron al encuentro.

—¿Me he retrasado algo?—preguntó el joven.

—En estos caminos no es posible medir los minutos,—contestó uno de los oficiales.

—Sobre todo, cuando uno se acerca á la muerte, no se le puede culpar por que no ande muy de prisa.

—¿Segun eso, sigue usted en su idea?

—Más firme que nunca.

—¡Qué aberracion!

—Cada uno tiene su modo de ver las cosas.

—En fin, piénselo usted, y mañana hablaremos.

—Es inútil.

—¿Por qué?

—Usted mismo va á darme la razon.

—Veamos.

—Si yo fuera capaz de faltar á mi deber, me hubiera quedado en Covarrubias, lo cual era más fácil que servir á ustedes de guia...

—Eso hubiera sido una felonía.

—Viniendo aquí á arrostrar la muerte, pruebo que soy un hombre de honor.

—Sí tal.

—Que no teme á la muerte.

—En efecto.

—Pues un hombre de honor que no teme á la muerte, sabe morir antes que cometer lo que cree una falta.

—No lo es salvar á veintiocho hombres.

—Sí, cuando se trata de veintiocho enemigos!

Los oficiales vieron que la discusion era inútil, y la dieron por terminada.

EmbozárONSE los dos en sus capotes, y se tendieron en el suelo.

Juan, en lugar de acostarse, prefirió sentarse en una peña, y allí permaneció inmóvil contemplando el firmamento y pensando en la situación.

A pocos pasos de él se hallaba un centinela. Otro velaba en una altura inmediata por la seguridad de sus compañeros.

El hermano de Tomás formaba multitud de planes de evasión, que luego desechaba por irrealizables.

Más de una vez estuvo por arrojarse sobre el centi-

nela, quitarle su fusil y abrirse paso á viva fuerza.

Pero con esto no conseguiria nada.

Puestos en alarma todos los franceses, seria despedazado en una lucha insensata.

Luego se le ocurrió saltar á su caballo, que estaba muy cerca, y escapar á la carrera, cosa que hubiera hecho, á no pensar que la escabrosidad del terreno no permitiria correr al caballo.

Los medios violentos no podian, pues, emplearse.

Era necesario apelar á la astucia, y en esto no era Juan muy fuerte que digamos.

El muchacho pensaba en el cura Merino.

—Si él se encontrara en mi caso,—decia para sí,—pronto burlaria la vigilancia de esta gente, y aún puede que volviera en daño suyo el hecho de haberle cogido.

Juan volvía á meditar en la situación.

Hasta su amor propio estaba interesado en salvarse, pero la verdad es que no se le ocurría nada de provecho.

De pronto se dió una palmada en la frente.

Habia encontrado lo que buscaba.

Sin embargo, por su mente cruzó una duda.

—¿Puedo engañar á los que se fian de mí?—pensaba.

Y despues de algunos minutos de reflexion, se contestaba afirmativamente.

—Ellos me han cogido por fuerza, y por fuerza quieren obligarme á que los guie. Yo á nada me comprometo voluntariamente... luego estoy en mi derecho haciendo lo que me convenga. El coronel Segura tiene sus tres batallones entre Madrigal y Madrigalejo. El

primero de estos pueblos se encuentra á la salida de esta sierra... los llevaré allí... Y si al conocer el engaño me fusilan... De todos modos, en este momento, más cerca estoy de ser fusilado que de otra cosa.

Terminado este monólogo, que Juan hizo mentalmente, se embozó en su capote y se echó en el suelo, procurando dormirse como el que ha tomado una resolución.

Pero no pudo conseguirlo.

Tenia demasiadas cosas en qué pensar, y estaba despierto.

Sólo poco antes de amanecer el cansancio pudo más que todas las precauciones, y el joven teniente coronel se quedó dormido.

Su sueño no fué largo.

Los franceses tenían mucha gana de emprender la marcha, y en cuanto clareó el día se levantaron.

Juan no necesitó que le despertaran.

Tenia el sueño ligero, y le despertó el ruido que hicieron los soldados al levantarse.

Mientras la tropa asaba en una hoguera medio carnero, que era lo único que quedaba para mantener á los veintinueve hombres, los oficiales se acercaron al prisionero.

—Conque veamos, caballero, ¿ha pensado usted ya en lo que ha de hacer?—preguntó el que solía llevar la palabra, sin duda porque hablaba el español mejor que su compañero.

—Señores,—contestó Juan,—me proponen ustedes que falte á mi deber.

—Nada de eso.

—Yo así lo entiendo.

—Usted obedece á fuerza mayor.

—Esa no es razon para un soldado.

—Lo es para todo el mundo.

—Ustedes en mi lugar no accederian.

—Sí por cierto.

—Permítame usted que lo dude.

—Se engaña usted,—dijeron á la vez los dos oficiales.

—¿Me engaño?

—Sí.

—¿Me dan ustedes su palabra de honor?

—Está dada.

—Es decir, que á encontrarse en mi caso...

—Yo salvaria mi vida sometiéndome á la necesidad,—dijo uno de los franceses.

—Y yo,—añadió el otro.

—Pues entonces no insisto más.

—¿Accede usted?

—Cuando dos militares pundonorosos que no temen á la muerte, me dicen que seguirian esa conducta, yo acallo mis escrúpulos y me dispongo á seguirla.

—Enhorabuena.

—Pero... protesto que lo hago á la fuerza.

—Sí, señor.

—Que sólo no teniendo otro remedio, haria lo que voy á hacer.

—Ya se supone.

—Pues no hay más que hablar.

Los franceses dieron á Juan un buen trozo de carne asada, de la que habian llevado los soldados para los tres oficiales.

La tropa devoraba el resto.

No habia pan ni vino, pero el agua estaba abundante, gracias á la proximidad del Arlanza.

Los franceses se quejaban sobre todo de la falta de vino.

—Eso á mí no me importa,—dijo Juan.

—¿No?—preguntaron admirados los dos oficiales.

—Absolutamente nada.

—¿No bebe usted?

—El cura Merino lo tiene prohibido á sus soldados.

—¿De veras?

—Y no estaria bien que lo bebiéramos los jefes.

—¡Qué extravagancia!

—No tanto.

—¿Cómo se puede vivir sin vino?

—Nosotros vivimos perfectamente.

—Es verdad.

—Es una necesidad y un peligro.

—¿Peligro?

—La embriaguez de un hombre puede causar grandes males en la guerra.

—Sin duda.

—Esa es la opinion del cura Merino, y para evitar ese inconveniente no permite beber más que agua clara á sus soldados.

Los oficiales, que tenian grandes deseos de conocer algunos detalles acerca de la vida del famoso guerri-

Hero, hicieron á Juan muchas preguntas, que el jóven contestó con prudencia y sin afectacion.

—¿Pero es él verdaderamente quien les manda á ustedes?—preguntó uno de los franceses.

—El mismo.

—Yo creia que sólo iba al frente de la fuerza para excitar el fanatismo de los aldeanos; pero que las operaciones las dirige algun jefe militar... tal vez usted.

—Yo no soy militar.

—¿Que no?

—Hace un año era labrador en Villoviado.

—Pues la defensa de Aranda honraria al jefe más instruido.

—Yo no he tenido más escuela que el amor á mi patria.

Los franceses escuchaban á Juan con admiracion.

El jóven, que como sabemos, habia consagrado á la lectura los ratos que le dejaba libre su ocupacion de escribiente en casa de don Fabian, y conocia un poco la revolucion francesa, dijo á los oficiales:

—Ustedes no pueden admirarse.

—¿Por qué?

—Los primeros ejércitos de la república se componian de hijos del pueblo como yo, que abandonaban el taller del artesano ó la esteva del labrador para empuñar las armas, lo cual no les impedía vencer á los primeros generales del mundo.

—Es verdad.

—Ese brillante ejército de que ustedes forman par-

te, más se ha formado en los campos de batalla que en las academias.

—Sí.

—Y á pesar de que la gran mayoría de sus jefes, y hasta de sus generales, tienen tan modesto origen, ha sido necesario que viniera á España para que supiera lo que es ser vencido, porque aquí no pelea con otro ejército, sino con todo un pueblo, y los pueblos... ustedes saben por experiencia lo que pueden los pueblos que quieren defenderse.

Los oficiales no encontraron qué contestar al razonamiento de Juan, porque los hechos probaban que tenía razón.

Cuando hubo terminado el frugal desayuno, mientras la tropa hacia los preparativos de marcha, Juan se dirigió á los oficiales, preguntando:

—¿Conque ustedes desean salir al camino de Búrgos?

—Sí por cierto.

—Nuestras tropas deben estar ya en Lerma,—añadió Juan como hablando consigo mismo.

—¿Todas?—preguntó uno de los oficiales.

—Méenos un pequeño destacamento que habrá quedado en Madrigalejo para atender á los heridos.

—¡Ah!

—La division francesa estaba en Cogollos.

—Puede que aún esté allí,—dijeron los franceses.

—Puede,—contestó Juan, aunque sabia todo lo contrario, y añadió:

—Atravesaremos la sierra, yendo á salir al camino por Madrigal.

—¿Por Madrigal?

—Por otra parte no hay camino.

—Bien.

—Además, el pueblo es pequeño.

—Sí.

—Tiene pocos vecinos...

—Ya lo sé.

—Y como están sin armas, no se atreverán ó atacarnos... es decir, á atacarlos á ustedes.

—A todos...

—Méenos á mí.

—¿Cómo?

—Claro es que si por cualquier accidente hubiera un combate, yo no habia de pelear contra los españoles.

—¿Qué haria usted?

—Eso...

—¿Qué?

—No puedo decirlo.

—¡Caballero!

—Es natural, ustedes procurarían matarme, y yo procuraría ponerme al lado de los míos.

—No lo conseguiria usted.

—Tambien lo creo.

La naturalidad con que hablaba Juan acalló los temores de los franceses.

—Por lo demás,—añadió el jóven teniente coronel,—no hay necesidad de pasar por medio del pueblo.

—¿No?

—Se podria dar un pequeño rodeo.

- Es lo mejor.
- Pero hasta llegar á Cogollos ya no hay otro.
- ¿Y qué?
- Ustedes creo que han acabado sus víveres.
- Es verdad.
- Cuando lleguemos á Madrigal será tarde.
- ¿Sí?
- Lo ménos las tres. La tropa no habrá comido.
- ¿No?
- En medio de la sierra no encontraremos nada.
- Tiene usted razon.
- Y para continuar la marcha será preciso comer.
- ¿Cuánto hay desde Madrigal á Cogollos?
- Unas tres leguas.
- ¿De buen camino?
- Carretera.
- ¿Pueden andarse en cuatro horas?
- Sí por cierto, pero dudo que ustedes las anden.
- ¿Por qué?
- Porque llevarán siete horas de marcha.
- ¿Pero está tan lejos Madrigal?
- Lejos no.
- ¿Cuánto?
- Poco más de tres leguas.
- ¿Y necesitamos siete horas?
- Sí, porque no hay camino; tenemos que atravesar la sierra por veredas poco ménos que impracticables.
- Los franceses estaban pensativos.
- Aquello les contrariaba mucho.

Acercarse á los pueblos con tan poca fuerza, les parecia expuestísimo.

Pero Juan tenia razon.

En medio de una sierra no era fácil encontrar víveres, y si querian andar necesitaban comer.

Esto era evidente.

Madrigal, segun Juan habia manifestado, era un pueblo de corto vecindario. Los franceses, que llevaban algunos meses de guarnicion en Lerma, ya lo sabian. Aunque quisiera resistir á veintiocho soldados, no era fácil que pudiese, y ciertamente no les hubiera resistido á presentarse vencedores; pero eran veintiocho fugitivos, no tenian fuerza moral, que es el primer elemento en la guerra, y los oficiales temian que los vecinos se exasperaran al verles y emprendieran una de esas luchas desesperadas á que tan acostumbrados los tenian los españoles. Como militares antiguos, sabian cuánto envalentona la victoria, y no ignoraban que aquella pobre aldea habia visto retroceder tres dias antes á varios batallones con numerosa artillería.

Siempre podian retirarse, y en campo abierto rechazar á ciento ó más paisanos que les atacaran; pero ya conocian los terribles alzamientos en masa que solian verificar los españoles. En cuanto las campanas de un pueblo tocaban á arrebato, respondian las de los pueblos más cercanos, y entonces, de los caseríos, de las aldeas, de las chozas de los pastores, salian enemigos armados, con hoces, palos, cuchillos, etc. En un cuarto de hora los cien combatientes se convertian en doscientos, luego en trescientos, en quinientos... toda una co-

marca. Cada paso que se daba, hacia aumentar el número de los enemigos. Se azuzaba contra los invasores hasta los perros de presa, se les acosaba como si fueran lobos, y por último, cuando abrumados por el número dejaban caer las armas y renunciaban á combatir, se les hacia pedazos.

De esto habia multitud de ejemplos.

Los oficiales sabian que les sucederia una cosa semejante.

Todo dependia de que en Madrigal hubiera unos cuantos hombres animosos que dieran la voz de «¡a las armas!» y un cura que mandara al sacristan tocar á arrebato.

Juan leia en el pensamiento de los dos franceses, y los miraba casi con lástima.

El muchacho era noble y generoso.

Sabia que aquellos hombres habian venido á España, no por su voluntad, sino por mandato de su emperador, y olvidando las tropelías que la soldadesca habia cometido en nuestra patria, tuvo por un momento intencion de salvarles.

Para él era fácil atravesar la sierra de las Mamblas sin acercarse á Madrigal, y dejarlos en el camino de Búrgos antes de la noche.

Pero luego pensó que su generosidad seria inútil.

En Madrigal serian prisioneros de guerra del coronel Segura, si, como era de esperar, se rendian sin resistencia á la gran superioridad numérica de los españoles.

En el camino de Búrgos, habiéndose retirado á la

capital la division francesa, era muy probable que se verificase el levantamiento que ellos temian.

Entregarlos á Segura, era casi lo más humanitario.

Además, Juan no se creia autorizado para hacer otra cosa, y ya sabemos que en el jóven ninguna voz hablaba tan alto como la del deber.

Los franceses se decidieron por fin á jugar el todo por el todo.

Verdad es que no tenian otro remedio.

—Iremos á Madrigal,—dijo por fin el más resuelto de ellos.

—No veo otro medio de salvacion,—replicó Juan.

—Y si allí nos ataca el pueblo, venderemos caras nuestras vidas,—añadió el otro, no ménos valiente que su compañero.

La tropa habia concluido de comer.

Los oficiales dispusieron que se emprendiera la marcha sin pérdida de tiempo.

Eran cerca de las ocho de la mañana.

Los soldados formaron en ala por órden de sus jefes.

A pesar de lo que habian sufrido, aún conservaban un aspecto marcial.

Los soldados del imperio eran grandes soldados.

Los oficiales les pasaron una escrupulosa revista de armas.

Todos tenian sus fusiles en buen estado.

Al examinar las cartucheras, es cuando los oficiales experimentaron una gran decepcion.

La mayor parte de ellas estaban vacías.

En algunas habia tres ó cuatro cartuchos.

Esto probaba que aquella tropa habia peleado bien; pero la ponía para lo sucesivo poco ménos que fuera de combate.

Juntaron todas las municiones y las distribuyeron por igual entre los veintiseis soldados.

En aquella distribucion tocaron á dos cartuchos por plaza.

Juan miraba aquel reparto con indecible satisfaccion.

La falta de municiones hacia mucho más fácil su proyecto.

Los oficiales franceses mandaron cargar las armas, de modo que cada soldado no llevaba más que dos tiros, uno en el cañon y otro en la cartuchera.

Despues de cargar se puso en marcha la tropa.

Delante iba Juan con los dos oficiales.

Luego seguian los soldados.

El último de ellos llevaba de la brida el caballo de Juan.

El jóven dijo á uno de los oficiales:

—Si no quiere usted que ese soldado se despeñe, puede mandarle que deje suelto mi caballo.

—¿Cómo?

—Bastante tendrá que hacer con mirar al suelo.

—Pero ¿y el caballo?

—Mi caballo está acostumbrado á seguirme, y sabe andar por malos pasos. Dejándole solo va más seguro que todos nosotros.

—Como usted quiera.

El oficial dió al soldado la órden de dejar suelto el

caballo, y todos empezaron á trepar por los vericuetos y trochas de la sierra de las Mamblas.

—¡Qué país!—dijo uno de los franceses á los pocos minutos de marcha, viendo que el terreno se hacia cada vez más áspero.

—Malo para los que lo invaden,—contestó Juan.

—Malísimo.

—Pero bueno para los que lo defienden.

—Es verdad.

—En esta sierra, contando con el apoyo de los pueblos para que me enviaran víveres, me atreveria yo á entretener un par de brigadas con cincuenta tiradores todo el tiempo que quisiera.

—Con esto no se puede luchar.

—No se puede.

La tropa seguia andando.

Los franceses tropezaban á cada paso, y la mayor parte de ellos tenian que valerse de los fusiles como punto de apoyo.

Cada cuarto de hora habia que hacer un pequeño alto, no sólo para tomar respiracion, sino para dar lugar á que se reunieran todos los soldados.

Estos formaban una larga hilera, cuyas distancias eran cada vez mayores.

De cuando en cuando se encontraba un trozo de vereda, por la cual la marcha eran un poco más fácil.

Juan llevó á los franceses por las inmediaciones de Mecerreyes. Desde allí se proponia dirigirse hácia las Hoces, y pasar por las Bardales y la Virgen de la Hiedra.

Estos eran caseríos, que no se podian evitar para ir

á Madrigal, porque meterse por el medio de la sierra, hubiera sido materialmente imposible.

Como en cada uno de ellos no habia más que tres ó cuatro vecinos, los franceses no temian encontrar resistencia; pero Juan contaba con que, como toda la comarca estaba llena de espías ó confidentes españoles, ó por mejor decir, apenas habia un campesino que no tuviera el mayor cuidado en avisar todas las novedades que ocurrian, en cuanto alguno de ellos viera aquel peloton de soldados, correria á dar parte á Segura, y este pondria en movimiento sus tropas para coger á los fugitivos.

Este cálculo era exactísimo, y los acontecimientos se habian adelantado á la prevision del hijo de Gil Mendoza.

El coronel Segura sabia ya desde la noche anterior, que en la sierra de las Mamblas habia un grupo de veintitantos franceses armados.

Esto no debe extrañar á nuestros lectores.

Ya hemos dicho que los franceses, no teniendo que comer, habian quitado un carnero al único pastor que encontraron con su rebaño el dia anterior.

El robado no tuvo otro remedio que sufrir y callar, por miedo á que lo mataran los franceses; pero en cuanto estos se alejaron le faltó tiempo para encerrar su rebaño y correr á Madrigalejo á dar parte de todo al jefe de las fuerzas españolas.

Segura, como era ya de noche, creyó que no necesitaba hacer nada hasta el dia siguiente, y se limitó á dar aviso á Lerma, para que las tropas que allí habia

salieran al amanecer, dando una batida por la orilla del rio, y luego la infantería comenzara á batir la sierra de abajo á arriba, mientras la caballería recorria por esquadrones el camino real, á fin de coger á los franceses, si al verse acosados se atrevian á salir á él.

Los tres batallones que habia en Madrigal y Madrigalejo saldrian de estos puntos en columnas de dos compañías, y marchando en direccion contraria á la que llevaban los de Lerma, era indudable que unos ú otros habian de dar alcance y apoderarse de aquellos pocos soldados.

Para que el ojeo fuera completo, en cuanto habia corrido la voz de que en la sierra habia franceses, todos los pastores, campesinos y aldeanos se proponian tomar parte en él, formando grupos, que no por ser ménos numerosos y estar peor armados que las tropas, dejaban de ser temibles, dada la proximidad de las columnas, con las cuales debian desempeñar el mismo papel que los ojeadores con los que se dedican á la caza de montería.

Capítulo XL

Una batida

Todas las órdenes del coronel Segura se cumplieron exactísimamente.

Además de la subordinación, que hacia que la brigada del cura Merino realizara los milagros que en el espacio de un año habia realizado, el patriotismo animaba á todos los individuos que la componian á cumplir con su deber.

Y el patriotismo es un gran estímulo.

Así que, al mismo tiempo que los franceses emprendian su marcha, de Lerma, de Madrigal, de Madrigalejo, salian diferentes columnas, que se proponian registrar toda la sierra de las Mambblas hasta dar con ellos.

Los paisanos tambien se pusieron en movimiento, y debemos advertir que estaban fuertemente excitados.

La noticia de que los franceses habian robado una

res á un pastor, habia corrido con la celeridad del rayo, y los labradores veian ya en aquellos soldados una partida de facinerosos, que era preciso exterminar, so pena de que permaneciesen indefinidamente en la sierra, y no hubiera ya ganado ni bolsa segura en diez leguas á la redonda.

Los pobres franceses, entre tanto, marchaban dando tropezones, cayendo y levantando, maldiciendo de la guerra que les ponía en tal aprieto, y muy ajenos de que un verdadero ejército, ó más bien un enjambre de guerrilleros y campesinos, se dispusiese á caer sobre ellos.

Casi al mismo tiempo salía de Covarrubias don Modesto, y como por la aventura que habia sucedido á Juan sabia que cerca del pueblo habia franceses, además de ir bien armado, se hizo acompañar por cuatro hombres con escopetas.

Doña Susana y su hija, antes de que montara á caballo, le encargaron mucho que tomara las mayores precauciones para no ser cogido.

—No temais,—contestaba don Modesto.—No iré por Puenteadura; pasaré el río inmediatamente, y me iré por la otra orilla. Allí no hay peligro.

Efectivamente, Covarrubias tiene un puente sobre el Arlanza, y si Juan hubiera ido por allí no le hubiese sucedido nada. Pero como el joven estaba muy ajeno de que pudiera sucederle nada, eligió el otro camino, y esto fué la causa de su desgracia.

Don Modesto se despidió de su mujer y de su hija, montó á caballo y emprendió el viaje.

Doña Susana y Luisa le acompañaron hasta la calle,

y cuando le perdieron de vista, dijo la muchacha:

—Dios quiera que no le suceda nada.

—No le sucederá, hija mia.

—Así lo espero.

—¡Va á hacer una buena obra, y Dios le protegerá!

Luisa pudo contestar á su madre, que tambien Juan el dia anterior hacia una obra buena cuando cayó en poder de los franceses, en cuyo caso doña Susana hubiera tenido que contestar que los designios de Dios son inescrutables y que siempre hace ó permite lo más conveniente.

Cuando ya don Modesto estaba camino de Villaviado, madre é hija entraron en su casa.

—¡Pobre Tomás!—dijo la segunda.—¿Quién sabe si aún estará vivo?

—Su pobre madre es más digna de lástima.

Doña Susana sabia lo que es perder un hijo, no podia borrar ni un momento de su memoria el recuerdo de Amalia, y compadecia de todo corazon á la infeliz Mariana.

—¡Y si además de ver morir á Tomás fusilaran á su hermano!...—añadió la jóven, que estaba muy impresionada.

—No lo querrá Dios,—dijo su madre.

—Sin embargo, esos franceses estarán muy irritados.

—Pero temerán la venganza del cura Merino.

—¡Yo no sé cómo hay quien tenga valor para matar á un hombre!

Luisa en aquel momento olvidaba los instintos be-

licosos que más de una vez habia sentido cuando oia hablar de la guerra.

Juan la inspiraba una simpatía en que habia algo de respeto. Esto era una fortuna, pues á no ser por el respeto, la simpatía se hubiera trocado fácilmente en amor, y aunque Luisa no era capaz de morir de pasión como su hermana, no hubiera dejado de tener sus penas.

Pero aquella simpatía, aquel cariñoso interés que la inspiraba la situación de Juan, de quien desde la noche anterior no habia podido olvidarse un solo momento, la hacia pensar en el horror de causar la muerte á un semejante.

No pensaba lo mismo un año antes, cuando en el ataque de Covarrubias por los franceses habia arrojado á la calle una maceta, para ver si aplastaba á alguno de los granaderos con quienes peleaba el cura Merino.

A la una de la tarde los franceses se encontraban entre las Hoces y las Bardales, es decir, en lo más áspero de la Sierra de las Mamblas, habiendo pasado con gran dificultad por el sitio que se llamaba Ocultacion del Arroyo, porque efectivamente un arroyuelo que por allí corre, derivacion del rio Madrigalejo, que nace en el distrito de Búrgos cerca de Cubillo del Campo, y va hasta las Cuevas de San Clemente en la vertiente norte de la sierra, se oculta allí entre las sinuosidades del terreno, buscando para sus aguas un camino en las entrañas de la tierra, ya que no le sea posible trépar por la superficie.

La pequeña tropa habia hecho un alto.

Los soldados no podían más. El hambre y la fatiga los tenían rendidos. Su cansancio era tal, que ya no contenían sus murmuraciones ni sus quejas, por el temor de que las oyeran los oficiales.

Algunos envidiaban en alta voz á sus camaradas que tres días antes habían caído prisioneros.

Y el desaliento de los oficiales era tan grande, que no se atrevían á imponer silencio á los que se quejaban. Juan observaba atentamente todos estos síntomas de indisciplina, y se alegraba con toda su alma, porque comprendía que si se presentaba de improviso alguna patrulla española de las que necesariamente habían de recorrer el terreno en que iban á entrar, los franceses no opondrían la menor resistencia.

Después de un breve descanso, se dió otra vez la orden de ponerse en marcha.

Los soldados obedecieron murmurando.

Diez minutos hacia que la hilera se había puesto en movimiento.

Empezaban á bajar la sierra y el terreno era un poco ménos quebrado; pero la vereda aún no permitía ir dos hombres de frente.

De repente se oyeron voces á la derecha.

Los franceses hicieron alto instintivamente.

A aquellas voces contestó un toque de corneta.

Un segundo después, empezaron á aparecer por distintos puntos los soldados del coronel Segura.

—¡Traición!—gritó uno de los oficiales, desenvainando el sable y tirando á Juan una terrible estocada.

Pero el muchacho, rápido como el pensamiento, se habia apoderado del fusil del francés que tenia más cerca, el cual ni siquiera pensó en resistir, y paró el golpe.

—¡Rendir las armas!—gritaban á la vez de todas partes los españoles, cuyo número iba aumentando.

Los soldados franceses, sin aguardar la segunda intimacion, habian arrojado al suelo los fusiles.

Hay situaciones en que nadie se atreve á trabar un combate, y los franceses comprendieron por instintó que se encontraban en una de ellas.

Un tiro que hubieran disparado, era la muerte de todos.

Los oficiales, en vista de la actitud de sus soldados, envainaron las espadas.

Dos minutos despues los veintiocho franceses eran prisioneros.

Juan respiró con satisfaccion.

Por fin estaba libre.

—¡Mendoza!...—exclamó Segura, que se acercó de los primeros.

—¡Mi coronel!

—¿Usted aquí?

—Ayer fuí preso cerca de Covarrubias.

Juan contó entonces rápidamente todo lo que habia sucedido.

Antes de ponerse en marcha, mandó Segura que se devolvieran sus espadas á los oficiales franceses.

Los pobres eran bastante desgraciados en aquel momento, y el valiente coronel quiso ahorrarles la humi-

llacion de entrar desarmados en Madrigalejo, adonde dispuso llevarlos á todos.

En cuanto á los soldados, perdieron sus fusiles, de que se habian apoderado instantáneamente los paisanos que iban con Segura.

Emprendióse la marcha por un atajo.

Segura y Juan mandaron severamente que nadie insultase á los prisioneros ni se les ocasionaran más molestias que las indispensables para que no se escaparan.

Por otra parte, ninguno de ellos mostraba deseos de intentar la fuga.

Lo que habian sufrido desde por la mañana para andar un trayecto relativamente corto, les demostraba que era imposible.

Casi todos ellos consideraban como una fortuna haber caido en poder del enemigo.

Esto significaba el descanso, la seguridad de sus personas y el alimento.

A las dos llegaron á las Bardales.

Allí Segura mandó hacer alto.

Se hizo el rancho y se dió un descanso de dos horas, más bien por consideracion á los franceses que porque lo necesitarán los españoles.

Segura invitó á comer con él á los dos oficiales prisioneros y á nuestro amigo Juan Mendoza.

El bravo coronel estaba contentísimo de su expedicion, que le habia permitido rescatar al bizarro jefe de la caballería de Merino.

Los dos oficiales franceses apenas comian. Y:—

Estaban profundamente afectados.

—Señores,—les dijo Segura,—comprendo la tristeza de ustedes; pero debe tranquilizarles la idea de que han hecho todo lo que cumple á militares valientes y pundonorosos. Nadie en su caso hubiera hecho más, y pocos hubieran llegado á tanto. Han sufrido ustedes una desgracia, y los hombres no somos dueños de los acontecimientos. En la adversa fortuna se prueban los caracteres, porque en la próspera todos nos encontramos perfectamente. A mal tiempo buena cara, dice un refrán español, que los militares no debemos olvidar nunca.

Los dos franceses dieron las gracias á Segura por la bondad con que les hablaba, y conversaron con él acerca de los últimos acontecimientos.

Entoncés supieron que la division vencida en Madrigal se habia retirado á Búrgos, y comprendieron que les hubiera sido imposible salvarse, aunque hubieran logrado salir de la sierra de las Mamblas.

A eso de las tres se volvió á emprender la marcha, no ya con direccion á Madrigal, sino á Madrigalejo.

El camino de este pueblo era relativamente bueno, y se hizo sin dificultad.

A las cuatro y media llegaban al pueblo los expedicionarios y sus prisioneros.

Los soldados franceses fueron encerrados en la casa de ayuntamiento, donde Segura habia establecido su principal. En cuanto á los oficiales, quedaron libres bajo su palabra de honor.

—¿Y usted qué piensa hacer ahora?—preguntó el coronel á Juan, luego que estuvieron en su alojamiento.

—Quisiera marcharme á Villoviado, pero estoy rendido.

—Lo creo.

—En la noche pasada apenas he dormido, y estoy andando desde el amanecer.

—Lo mejor será que pase usted aquí la noche, y mañana por la mañana haga el viaje.

—Difícilmente podré dormir tranquilo.

—¿Por qué?

—Temo que don Modesto no haya podido disimular, y mis padres sepan lo que me ha pasado.

—No es creíble.

—¡Además, mi pobre hermano!...

—¿Está tan grave?

—Gravísimo.

—¿Qué lástima!

.
Juan tenía razón.

Habia poderosos motivos para que no durmiera; pero la naturaleza pudo más que las preocupaciones de su espíritu, y pasó casi toda la noche en un sueño.

Al día siguiente al amanecer salió por el camino de Lerma, donde no había temor de ningún mal encuentro, porque las patrullas de caballería lo tenían enteramente limpio de franceses.

Además, la caza que en aquellos días se había dado á los fugitivos era tal, que difícilmente quedaria ninguno en la jurisdicción de Lerma.

Ya había circulado en toda la brigada la noticia de

que Juan, hecho prisionero el día anterior por los franceses, había sido rescatado por Segura cerca de las Bardales; así es que todas las patrullas se alegraban mucho de verle, y los oficiales se acercaban á él para que les contara su aventura.

Juan refería el caso en pocas palabras, y espoleaba su caballo para seguir la marcha.

Estaba impaciente por llegar.

Los oficiales le ofrecían escolta, pero él la rehusaba, porque esto le hubiera obligado á ir más despacio.

Además, era innecesaria, porque el camino estaba seguro.

Tenia que recorrer una distancia de cinco leguas y media próximamente.

Esto en muy buen camino, y para un caballo como el suyo, era cuestion de tres horas, yendo alternativamente al paso y al trote.

Capítulo LXI

Perdon y olvido

La llegada de don Modesto á Villoviado el día en que Juan andaba por la sierra de las Mamblas prisionero de los franceses, habia sido altamente conmovedora.

Al verle llegar á su casa Gil Mendoza, sintió que lágrimas de gratitud se agolpaban á sus ojos.

—¿Usted aquí?—dijo. Don Modesto habia logrado—
—¿Qué tiene de extraño?—preguntó don Modesto abrazando á Gil.

—Es usted el más generoso de los hombres.

—No tanto.

—¡Venir á ver á Tomás!

—Y á darle un abrazo.

Mariana, que habia acudido á las voces, quiso besar

la mano á don Modesto, y no costó poco trabajo impedirlo al buen caballero.

—¿Y Juan?—preguntó la cariñosa madre, echando de ménos á su hijo.

—¿Juan?...—preguntó don Modesto, turbándose un poco.

—Sí, señor.

—No ha venido.

—¿Que no?—exclamó Gil con angustia.

—Tranquilícense ustedes.

—¿Le ha sucedido alguna desgracia?—dijeron á la vez Gil y Mariana.

—No... no...

—¿Pues dónde está?

—Ha ido á Lerma.

—¿A Lerma?

—Sí, un asunto del servicio...

—Es extraño.

—Parece que ayer, al dirigirse á Covarrubias supo que habia en la sierra unos cuantos franceses fugitivos de la última batalla, y ha ido á dar orden de que se les persiga.

Don Modesto habia logrado ya reponerse de su sorpresa, y la mentira que discurrió no estaba del todo mal fraguada.

Sólo habia un inconveniente.

El honrado castellano no sabia mentir. Por fortuna, Gil y Mariana estaban demasiado preocupados con la herida de Tomás, para fijarse en el rostro y en la voz de don Modesto, que le hubieran denunciado.

Pero habia en el portal de la casa otra persona más serena, y á sus ojos no pasaron desapercibidas estas señales.

Era María.

La muchacha encontró algo extraño en don Modesto, y se propuso interrogarle tan pronto como le fuera posible.

Recordarán nuestros lectores que el dia anterior, al separarse de su novio, tenia un vago presentimiento de que iba á suceder alguna desgracia.

Al ver á don Modesto y al oírle contestar á las preguntas de Mariana y Gil, aquel presentimiento, que habia logrado desechar, se presentó con más fuerza en su corazon.

Don Modesto, para quien la situacion era un poco violenta, quiso salir de ella haciendo recaer la conversacion en el herido.

—¿Cómo está?—preguntó con verdadero interés.

—Ahora entrará usted á verle,—dijo Mariana, esquivando la respuesta.

—Antes voy á prepararle para recibir esta visita,—dijo su esposo.—No quiero que se sorprenda.

Gil entró en el aposento de su hijo.

Mariana contemplaba dolorosamente el luto que vestia don Modesto.

Tal vez pensaba que pronto tendria ella que vestir lo mismo.

Acaso recordaba que el anciano caballero llevaba aquel traje por causa del que á pocos pasos de allí, estaba en el lecho esperando su última hora.

A los pocos minutos volvió á presentarse Gil, anunciando que podía entrar don Modesto.

Este se precipitó en la habitacion y en la alcoba del herido, alargándole ambas manos.

—¡Gracias!—exclamó Tomás, cogiendo con la única mano que tenia libre una de las de don Modesto y llevándola á sus labios.

—¡Hijo mio!—le dijo don Modesto.

—¡Gracias! ¡gracias!—repetia Tomás con voz ahogada por la emocion.

Don Modesto estaba tan conmovido, que no sabia qué decir, y estrechaba entre las suyas la mano de Tomás.

—¡Cuánto le he ofendido á usted y qué bueno debe ser para perdonarme!—exclamó el jóven.

—Vaya, hijo mio, no hablemos de eso,—repuso don Modesto.—Delante del ángel que está en el cielo rogando por nosotros quedó todo perdonado, y ahora puedo asegurar que lo he dado ya al olvido.

—¡Al olvido!—

—Sí, Dios me lo manda y ella me lo pide.

—Cuanto más grande le veo á usted, mayor me parece mi pequeñez y me encuentro ménos digno de sus bondades.

La entrevista fué breve.

Tomás estaba muy afectado, y no era posible prolongarla sin peligro.

Don Modesto accedió á los ruegos del herido, que le pidió que permaneciera algunos dias en Villoviado, y salió de la estancia.

Detrás de él salieron Gil, Mariana y María, los dos

primeros para disponer el alojamiento del recién llegado, la última para interrogarle acerca de sus temores.

Don Modesto no quería por nada del mundo quedarse en la casa.

—Ustedes están muy ocupados,—dijo.—No es cosa de que yo venga á darles incomodidad.

—¿Había usted de irse á la posada?—preguntó Gil.

—¿Qué mal hay en ello?

—Entonces creeria que no había usted perdonado á Tomás el daño que le ha hecho.

—Seria para nosotros una pena terrible,—añadió Mariana.

—Si ustedes lo toman así, no tengo que replicar.

Gil dió la mano á don Modesto, y fué con su mujer á preparar la habitacion en que debia alojarse.

Cuando María se vió sola con el respetable caballero, creyó llegada la ocasion de salir de dudas.

—Señor don Modesto,—le dijo.

—¿Qué quiere usted, hija mia?—preguntó bondadosamente el interpelado.

—Espero de usted un gran favor.

—¿Un gran favor?

—Sí tal.

—Veamos.

Dígame usted la verdad.

—¿En qué?

—¿Dónde está Juan?

—Ya lo he dicho.

—¿Dónde?

—En Lerma.

—¿Está usted seguro?

—Así me lo ha dicho él mismo.

—Yo creo que usted trata de engañarnos.

—¿Yo?

—A Juan le ha sucedido alguna desgracia.

Don Modesto volvió á turbarse, pero se repuso pronto. María, que le contemplaba atentamente, apenas tuvo tiempo para notar su turbacion.

—Aseguro á usted que le ví anoche.

—¿Anoche?

—Sí.

—¿Y hoy?

—Hoy no, porque anoche mismo salió para cumplir con su deber.

La contestacion de don Modesto era tan categórica, que María no tuvo que replicar; pero no estaba convencida.

—Creo que usted nos oculta algo.

—¿Qué habia de ocultar?

—¿Quién sabe? En estos tiempos las desgracias ocurren de tal manera, que es imposible calcular nada.

—¿Cree usted que Juan corre algun peligro?—preguntó don Modesto.

—No lo sé.

—En el distrito de Lerma no hay ahora franceses

—Es verdad.

—Anoche estuvo en mi casa.

—¿Es cierto eso?

—La prueba es que yo me encuentro aquí.

—Tiene usted razon.

—¿Por quién, sino por él, hubiera sabido lo que pasaba?

—Dice usted bien.

—A las once salió de mi casa.

—Pero esos franceses que, según usted dice, hay en la sierra...

—Unos cuantos fugitivos, que no piensan más que en esconderse. Tal vez á estas horas estén todos prisioneros.

Don Modesto decia la verdad creyendo que mentia.

Precisamente cuando él hablaba con María, se verificaba la sorpresa que en el capítulo anterior hemos referido, y los veintiocho franceses se rendian prisioneros al coronel Segura.

María no quiso preguntar más á don Modesto.

Creia que la habia dicho la verdad, y sin embargo, no estaba tranquila.

Mariana tambien habló de Juan muchas veces aquel dia.

—¿Dónde estará?—preguntaba la amorosa madre.

—Mujer, ya lo sabes,—respondió Gil,—en Lerma.

—¿Pero cuándo vendrá?

—Me ha dicho que mañana,—contestaba don Modesto, no muy seguro de lo que decia.

Gil era el que estaba más tranquilo.

Habia creido de plano á don Modesto, y como encontraba muy natural que hubiera algunos franceses en la sierra de las Mamblas y que los españoles trataran de cogerlos, no le extrañaba la ausencia de su hijo.

Al dia siguiente, desde las ocho de la mañana, ya

las mujeres comenzaron á alarmarse viendo que Juan no parecia.

Don Modesto, á quien abrumaron á preguntas, no sabia qué contestar.

A las nueve, la alarma de la madre y de la novia se comunicó al padre.

A eso de las diez, cuando ya don Modesto estaba próximo á confesar lo ocurrido, se oyeron en la calle pisadas de caballo, y un minuto despues Juan se apareaba bueno y sano en el portal de su casa.

Capítulo LXII

En que don Cleto desempeña su mensaje

Don Modesto vió el cielo abierto con la presencia de Juan.

—Cuénteles usted todo lo que ha sucedido,—fueron sus primeras palabras.—Yo desde ayer estoy mintiendo como un desesperado, y de hoy más aseguro que miraré á los embusteros con cierta admiracion, porque he comprendido que para mentir se necesitan condiciones especiales, que no todos tienen.

—Pues ¿qué hay?—preguntaron todos con el mayor interés.

—Ya nada,—repuso Juan.

—¿Ya?...—

—¿Es decir, que antes?!...—

—He pasado unas veinte horas prisionero de los franceses.

Juan refirió en pocas palabras su prision y su libertad.

—¡Bien decia yo, que algo habia sucedido!—exclamó María.

—Lo cierto es que no gana una para sustos,—añadió Mariana.

—En fin, todo ello no ha pasado de una mala noche y una jornada incómoda.

Juan entró inmediatamente á ver á su hermano, y contó á Tomás la aventura que habia corrido.

Tomás estaba aquel dia un poco más despejado.

La visita de don Modesto le habia hecho mucho bien, reanimando su espíritu.

Mariana comenzaba á vislumbrar alguna esperanza.

Los demás, que veían las cosas con más serenidad, no se atrevían ni á quitársela ni á alentarla.

¡Quitársela! ¿quién se la quita á una madre?

Y alentarla para que luego quedase defraudada, hubiera sido una inhumanidad.

Entre tanto, don Cleto acababa de recibir la carta de su sobrino, y se disponia á visitar á Pepita, que continuaba en el convento cada vez más decidida á abrazar el estado religioso.

El buen pasante no habia vuelto á ver á la viuda desde que celebró con ella la conferencia que hemos referido en uno de los capítulos anteriores.

Sabia por don Fabian que estaba muy cambiada,

pero no se fiaba gran cosa de aquel cambio, y á decir verdad, tenia poca gana de hacer semejante visita.

Pero no habia más remedio que complacer á Juan, sobre todo cuando pedia un favor en nombre de su hermano moribundo.

Don Cleto se encaminó al convento, pues por lo mismo que aquella comisión era para él poco agradable, queria desempeñarla cuanto antes. Hacia lo que esos enfermos que tienen que tomar una medicina que les repugna: cierran los ojos y la tragan de un sorbo.

Dirigióse, pues, al convento, y anunció que deseaba ver á doña Josefa.

El demandadero le llevó al locutorio y avisó á la hermana tornera.

Esta corrió primero á la celda de la superiora, y obtenida la vènia correspondiente, pasó á la de la reclusa, que se sorprendió bastante cuando la anunciaron una visita.

Ella no solia recibir más que las que de vez en cuando solia hacerle la esposa de don Venancio, á quien anunció su reclusion, teniendo cuidado de no añadir que en un principio por lo ménos habia sido forzosa.

Pero hombre no la visitaba ninguno.

Salió al locutorio, no sin alguna curiosidad, y al acercarse á la reja, lo ménos que esperaba era encontrarse con don Cleto.

Sin embargo, el pasante estaba allí con su paraguas.

—Sin duda sorprenderá á usted mi visita?—dijo don Cleto despues de saludar á la viuda.

—No puedo negarlo.

—La última vez que tuve la satisfacción de ver á usted, no quedamos muy amigos.

—Todo lo he olvidado.

—Me alegro infinito.

—Es más...—añadió la viuda.

—¿Más?—interrumpió don Cleto.

—Hoy agradezco á usted el favor que me hizo trayéndome aquí.

Don Cleto no sabia qué contestar.

Estaba admirado.

El cambio de Pepita era completo.

Su voz, antes dura y soberbia, se habia dulcificado, y en toda su persona se advertia una calma y una tranquilidad que hacian extraño contraste con la irritacion y la cólera con que en su última entrevista habia hablado á don Cleto.

Este decia para sí: «Las mujeres están locas. ¿Quién es capaz de entenderlas?...» Y hubiera seguido haciendo mentalmente otras muchas reflexiones por el estilo, si Pepita no hubiera cortado el vuelo á sus filosofías, preguntándole:

—¿Podré saber á qué debo el gusto de ver á usted?

La hermosa viuda aún no habia aprendido el lenguaje especial de las monjas, y hablaba como una mujer de mundo.

—Sí, señora. Usted ya sabe que yo tengo dos sobrinos.

—Sí, señor,—contestó Pepita.

—Pues bien; hoy he recibido carta de uno de ellos.

—¿De Tomás?—preguntó doña Josefa con un interés, que no tenía nada de monástico.

—No, señora... Del otro.

—¿De su hermano?

—Precisamente.

Don Cleto hizo una pausa, no sabiendo cómo entrar en materia, y Pepita permaneció callada, porque no adivinaba qué relacion podría haber entre ella y una carta de Juan Mendoza.

Por fin, viendo que don Cleto continuaba callado, Pepita se resolvió á preguntar:

—¿Y esa carta se refiere á mí?

—Sí, señora... es decir, se refiere... No sé si usted sabrá que ha habido una batalla...

—Sí... algo.

—¿Gran batalla!

—¿Y qué?

—Muchos muertos.

—Ya me lo figuro,—exclamó Pepita con impaciencia.

—Muchísimos heridos,—añadió don Cleto.

—Bien.

—No, bien no... mal, muy mal,—repuso el expansante de don Fabian.

—Sí lo creo... pero en las batallas preciso es que haya heridos.

—Es verdad... Aun no se ha inventado el modo de pelear sin hacerse daño, y es una lástima, porque á estas horas no estaría mi sobrino Tomás postrado en una cama...

—¿Herido?—gritó Pepita, interrumpiendo á don Cleto.

—Sí, señora.

—¿De gravedad?

—Mucho me lo temo.

Pepita en aquel momento lo olvidó todo: la infidelidad y el desden del muchacho, sus propósitos de ser monja, el lugar en que se hallaba y el hombre que tenía delante, para no acordarse más que de Tomás, á quien había amado, á quien amaba todavía como ella era capaz de amar.

—Hable usted, hable usted francamente,—exclamó con expansión la hermosa viuda.—¿Ha muerto acaso?

—No, señora,—respondió don Cleto;—pero...

—¿Qué?

—Su hermano desconfía de que se salve.

Pepita se llevó el pañuelo á los ojos, y exhaló un suspiro profundo.

—¿Qué más?—preguntó.

—Juan me encarga que dé á usted esta noticia.

—¿Y nada más?

—Y que la entregue una carta que me incluye,—dijo don Cleto.

—Venga.

—Yo no sé si con esto se quebranta alguna regla,—dijo don Cleto, sacando la carta del bolsillo.

—Yo no soy religiosa, no he hecho ningún voto, no soy ni siquiera novicia,—exclamó Pepita.

En el tono impaciente con que hablaba la hermosa jóven, empezó don Cleto á reconocer á la cólerica pri-

sionera que algun tiempo antes habia visitado en el mismo locutorio.

El pasante dijo para su capote: «Génio y figura...» Y pasó la carta á través de los hierros.

Pepita, á pesar de que la media luz que habia en el locutorio no era muy á propósito, abrió apresuradamente la carta y la leyó, sin cuidarse de pedir permiso á don Cleto.

Por un instante habia vuelto á ser la mujer impetuosa, ardiente, apasionada, que hemos conocido.

Al terminar su lectura, una lágrima se desprendió de sus ojos, y fué á caer sobre el papel.

—Está bien,—dijo á don Cleto.—Yo contestaré á don Juan Mendoza hoy mismo. Entre tanto, doy á usted mil y mil gracias por haber venido á traerme esta carta.

La voz de Pepita era temblorosa y agitada.

Don Cleto comprendió que debia dejarla sola, tanto más, cuanto que las últimas palabras de la viuda casi eran un modo indirecto y político de dar por terminada la visita.

El pasante se despidió de Pepita, y salió del locutorio.

En cuanto doña Josefa se vió sola, corrió á su celda, donde repasó dos ó tres veces la carta de Juan Mendoza.

Nada habia en ella que revelase en Tomás ni siquiera un átomo del amor que habia sentido.

Era pura y simplemente una despedida en regla del que siente que va á emprender su viaje para el otro

mundo, y quiere dejar en este saldadas todas sus cuentas.

La carta de Juan era lacónica y fría para con la hermosa viuda, y esta creyó adivinar que el secretario no había hecho más que comunicar la frialdad que le transmitió su inspirador.

Nosotros sabemos que no se engañaba.

—¡Ahora sí que todo ha concluido para mí!—exclamó Pepita, enjugando las lágrimas que escaldaban sus mejillas y levantándose de su asiento como el que toma una resolución definitiva.

Estas palabras demuestran que hasta entonces había tenido alguna esperanza.

Inmediatamente la jóven se trasladó á la celda de la superiora.

Aunque antes de entrar procuró componer su semblante y dárle una apariencia de tranquilidad que estaba muy lejos de tener, la superiora al fijarse en ella no pudo ménos de reconocer en sus facciones las huellas de su llanto.

—¿Qué hay?—preguntó levantándose y saliendo al encuentro de la reclusa.—¿Acaso esa visita os ha anunciado alguna desgracia?

Pepita por toda respuesta entregó á la monja la carta que acababa de recibir.

La abadesa la leyó detenidamente.

—¡Pobre jóven!—exclamó al terminar la lectura.

Y luego, queriendo consolar algún tanto á Pepita, añadió:

—¡Pero tal vez su estado no sea tan grave!

—Sí, señora. Cuando su hermano escribe de ese modo, Tomás no tiene remedio. Su tío también me lo ha confirmado.

—Conformémonos con la voluntad de Dios, —dijo la abadesa.

Pepita habia ya enterado á la monja de su historia, y por consiguiente, esta comprendia todo el dolor de la jóven.

La hermosa viuda creia que ya no amaba á Tomás; pero la monja no se habia engañado: sabia que aquel amor vivia aún en el fondo de su corazon, como permanece el fuego oculto entre cenizas en las ruinas de un incendio, y que la menor ráfaga de viento volveria á animarlo.

Así sucedió en efecto.

Pepita, que imaginaba haber olvidado á Tomás vivo, gallardo, galanteador, animoso, sepultando su pasión entre las paredes de un convento, volvió á amarle, herido, postrado, moribundo.

O por mejor decir, su amor volvió á manifestarse, pues como ya hemos dicho, no habia dejado de existir.

—¿Y qué pensais hacer, amiga mia?—preguntó la abadesa despues de un momento de pausa.

—Primero contestar á esta carta.

—¿Y despues?

—Tomar el velo.

—¿Estais decidida?

—Ahora más que nunca.

—Pensadlo bien.

—Lo he pensado.

—Sois jóven todavía.
—¿Qué puede ofrecerme ya el mundo? A vos puedo hablaros como hablaria á mi madre: yo he amado á ese hombre.

—Le amais aún.

—Tal vez. Pero este amor será el último de mi vida. El me desprecia.

—¡Oh!

—Para que deje de despreciarme, para que se acuerde de mí, ha sido preciso que se vea á las puertas de la muerte.

—Acaso vuelva aún á la vida.

—Ni lo espero ni lo deseo.

—¿Qué decís?

—La verdad.

—Eso no es cristiano, hija mia.

—No es que yo ansíe su muerte. Pero ¿qué quereis? mientras viva, conozco que no estaré tranquila. Hoy mismo yo me creia ya olvidada de todo, ajena á cuanto pasa en el mundo, indiferente á las pasiones humanas, y el solo nombre de ese hombre pronunciado de te de mí, me ha hecho estremecer, no sé si de dolor ó de esperanza.

—De las dos cosas.

—Pues bien; esta será la última pena que me cause. Quiero poner entre el mundo y yo una barrera tan alta, que nada pueda saltarla: la de mis votos, pronunciados en este convento. Mientras amaba á un hombre, tal vez esos votos hubieran tenido algo de sacrilego; hoy ese hombre muere, mi amor bajará á su tumba

para encerrarse en ella, y yo, libre de todo lazo mundano, podré purificarme aquí con mis lágrimas y mi penitencia.

La abadesa notó en el acento de Pepita que se hallaba resuelta á hacer lo que decia.

—¿Me negareis todavía la merced del velo que os pido de rodillas?...—preguntó Pepita, derramando un mar de lágrimas y prosternándose á los piés de la abadesa.

—¡Dios me libre, hija mia!—repuso la monja.—Creo que no teneis aún una vocacion perfecta, pero estais en camino de tenerla. Levantáos; yo os abro mis brazos y os recibo por hija y por hermana. Solicitaremos del señor arzobispo la gracia que pedís, y tomareis el velo cuando lo ordene.

—¡Cuanto antes!—exclamó Pepita.

—Procuraré complaceros.

—Ahora, con vuestro permiso, voy á mi celda. Necesito contestar á esta carta.

—Id con Dios.

—Voy á despedirme del mundo para siempre,—repuso la jóven.

Pepita besó la mano á la abadesa, y esta la abrazó cariñosamente.

—Pocos minutos despues, la jóven viuda se hallaba en su celda, sentada en una silla delante de la mesa y con la pluma en la mano.

Permaneció más de media hora meditando, con la frente apoyada en la mano izquierda, y por fin escribió lo siguiente:

Señor don Juan Mendoza:

»Dentro de pocos dias voy á ser monja. Creo que esto basta para explicar á usted hasta qué punto he dado al olvido todas las cosas del mundo. Pero en este momento quiero ser más explícita. Amé... ¿para qué ser hipócrita?... Amé, usted sabe á quién, y su hermano tal vez sabe cuánto. Si no lo ha comprendido, no es esta ocasión de hacérselo comprender. Ni su situación ni la mía lo permiten. Además, sería inútil. Aunque él se levantara del lecho en que se encuentra postrado, yo no he de salir ya del convento en que encontré un asilo, y donde deseo y espero acabar mis dias. Amé con todo mi corazón... he sido cruelmente ofendida; pero el amor perdona siempre, y la religion sabe curar las penas con el bálsamo del olvido. Todo lo he perdonado, todo; y si Dios quiere, todo lo olvidaré tambien. Al Señor le pido que dé á su hermano de usted lo que más le convenga, y á su familia resignacion para soportar las pruebas á que se digne someterla. Dígale usted por última vez, que le perdono. Perdónenme ustedes tambien los disgustos que hayan podido tener por mi causa, y acuérdense alguna vez de esta pobre mujer, que ruega á Dios por ustedes.»

Pepita leyó detenidamente esta carta antes de firmarla; luego puso al pié de ella su nombre, y la dobló llorando.

Era, como habia prometido á la abadesa, su despedida del mundo, y no hay despedida que no sea dolorosa.

En seguida pasó á la celda de la superiora.

—Ya que habeis leído la carta de Juan Mendoza,—dijo al entrar,—quiero que leais tambien mi contestacion.

La abadesa tomó el papel que le presentaba Pepita, y lo leyó con atencion.

—Está bien,—dijo á la viuda.

—¿Creeis que haya inconveniente en enviarla?

—Ninguno.

—En ese caso, me permitireis enviarla á don Cleto, que es quien podrá hacerla llegar á su destino.

—Enviadla cuando querais.

--Gracias, señora.

—Y tranquilizaos.

—Ya estoy tranquila.

—Quereis aparentarlo.

—No lo creais. He pasado un terrible momento de crisis; pero todo ha concluido. Adoptada mi resolucion, ya no pienso más que en llevarla á cabo. Esa carta es el último tributo que rindo á las cosas de la vida.

—Aún podeis ser dichosa.

—Lo seré aquí á vuestro lado.

—¡Dios lo quiera!

—Tengo fe en su misericordia.

Pepita decia la verdad: en poco tiempo se habia transformado. La carta que habia escrito á Juan la habia consolado del dolor que produjeron en ella las noticias de don Cleto. Parecia que se le habia quitado un peso de la conciencia.

La abadesa lo comprendió así. Ella sabia leer en los

corazones, y á su mirada perspicaz no se habia oculto nada de lo que pasaba en el de la reclusa.

Aquella misma tarde se envió la carta á don Cleto.

—Vamos, no se ha descuidado,—exclamó este al recibirla.—Parece que no ha tenido que pensar mucho lo que habia de decir á mi sobrino. La llevaré sin pérdida de tiempo al presidente de la junta, para que Juan la reciba cuanto antes.

Capítulo LXIII

Un idilio

Cuando Juan recibió la carta de Pepita, dijo para sí, después de haberla leído:

—Esta mujer vale más de lo que yo pensaba. Tiene corazón y ama á mi hermano, que tiene la desgracia de hacer infelices á todas las mujeres que le quieren.

En seguida llevó la carta á su hermano, que le pidió que se la leyera.

Juan satisfizo el deseo de Tomás, pero este le interrumpió á las primeras palabras.

—Que va á ser monja dice?

—Sí, hombre.

—Pero ¿está decidida?

—Así parece.

—Creo que vale más que yo.

—Hombre, si he de ser franco, tú en materia de amores no eres gran cosa que digamos.

—Desgraciadamente, los franceses no me han dejado tiempo para enmendarme.

—¿Quién piensa en eso?

—Yo.

—Hoy estás más aliviado.

—Sin embargo, me siento muy mal. Creeme, Juan, y no te hagas ilusiones: me quedan pocos días de vida.

—Eso nadie lo sabe.

—Nosotros hemos visto muchas heridas, y ya entendemos de éso casi tanto como los médicos. Si la bala me hubiera dado en el brazo, aún rompiendo el hueso, tal vez la amputacion me hubiera salvado, no con gran gusto mio, porque prefiero morir á quedarme manco. Pero tengo deshecho el hombro, y para eso no hay remedio. Sufro dolores horribles, procuro no quejarme por no aumentar la pena de nuestros pobres padres; pero hay momentos en que llego á desesperarme.

Juan calló. Veia que su hermano tenia razon, pero no se atrevia á confesárselo. Al oir á Tomás hablar con tanta tranquilidad de la muerte, experimentaba una sensacion dolorosa. Para que el muchacho se expresara de aquel modo, era preciso que hubiera padecido mucho en los últimos tiempos. Como Juan habia estado casi siempre separado de él por las atenciones de la guerra, no habia podido observarlo. Verdad es, que Merino le habia hablado de ello, que tenia conocimiento hasta de sus propósitos de hacerse matar por los franceses; pero como lo que no se ha visto no suele apreciarse bien, él

no había podido persuadirse de que Tomás, el hombre alegre, decidor, incansable buscador de aventuras amorosas, se hubiera convertido en el triste y melancólico jóven que á los veintidos años, cuando tenia delante de sí un porvenir risueño, cuando todo le halagaba y parecia sonreírle, se dispusiera á dejar la vida y hablara de ello con la impassibilidad estóica del que ya no tiene ilusiones ni nada que le haga desear los goces del mundo y de la juventud.

Tomás contemplaba á su hermano, y en su boca se dibujaba una ténue sonrisa, porque leia en su pensamiento.

—¿No me conoces, es verdad, Juan?

—Confieso que estás muy cambiado.

—La muerte de Amalia ha operado en mí esa transformacion. ¡Cuántas veces, desde que su padre, trémulo de dolor y de ira, se presentó ante mí provocándome á un duelo, y desde aquella funesta noche en que la ví exhalar su último suspiro, he pensado con amargura en lo que tú me habias dicho hace mucho tiempo!

—Desecha ahora esos pensamientos tristes.

—No puedo, aunque quisiera. Además, te aseguro que en estos momentos, aparte de lo que siento el mal que he causado, encuentro en esas ideas un consuelo. La vida no tiene para mí encantos, estoy seguro de que nunca lograria borrar de mi memoria el recuerdo de aquella pobre mártir... y en este caso más vale morir.

—Don Modesto te ha perdonado.

—Sí, pero yo no podré perdonarme á mí mismo.

—Tú no has procedido por maldad.

—No por eso he dejado de hacer el daño.

Juan vió que era inútil discutir con su hermano, que despues de todo estaba en el terreno firme de la lógica, por más que en aquellos momentos los que le querian bien trataran de persuadirle de lo contrario. En vista de la firmeza de las convicciones de Tomás, prefirió poner término á la conversacion.

—Temo que te empeores si hablas mucho,—le dijo.

—No lo creas.

—El médico manda que guardes silencio.

—Le obedeceré por vosotros los que os interesáis por mi vida, no porque piense que sus cuidados han de servir de nada.

Juan salió de la estancia, y volvió á entrar en ella la excelente Gregoria, que por nada del mundo consentia en separarse del lado del herido.

En su misma sala dormia vestida, y por más reflexiones que se la hicieron, no fué posible convencerla de que alternara con otras personas en la asistencia.

—Mariana está demasiado afligida,—decia,—y sólo á ella cederia yo este puesto. Pero la pobre hartó tiene que hacer con llorar y pedir á Dios por su hijo. Yo soy fuerte, estoy acostumbrada á cuidar enfermos, y quiero á los chicos tanto como si fuera su madre.

Estas razones no tenian réplica, y la familia de Tomás aceptaba con gratitud los cuidados de tan cariñosa enfermera.

Tomás, al ver el interés con que le asistia, no podia ménos de pensar algunas veces:

—¡Tambien con ella he sido ingrato!

Lo cierto es que la historia de las ingratitudes amorosas de Tomás, era bastante larga.

Su inconstancia era cuestion de temperamento.

Aquello era más fuerte que él.

En cuanto veía una mujer jóven y guapa, se sentía atraído á ella por una fuerza irresistible.

La muerte de Amalia le habia impresionado de tal modo, que sus facultades amatorias se habian como embotado; pero nosotros no podemos decidir si aquello era una curacion radical, ó sólo una especie de paréntesis que habia hecho su enfermedad, sin perjuicio de volver á presentarse cuando ménos se pensara.

De todas sus ingratitudes, la que ménos sentia era la que habia cometido con María, porque veia que esta se habia consolado.

Aquel dia no dejó de pensar un poco en Pepita, porque no lograba persuadirse, por más que lo deseaba, de que él no habia entrado por algo en aquella resolución de abrazar la vida religiosa.

Al salir Juan de la habitacion de su hermano, fué á buscar á María, que se encontraba en el cuarto de Mariana.

El muchacho deseaba hablar á su novia. Despues de tantos combates, de tantos peligros, de los innumerables azares de la vida de campaña, necesitaba un momento de paz, de expansion, de amor.

Juan vivia ante todo por el corazon.

La misma bravura que desplegaba en el campo de batalla, no se parecia en nada á esa ferocidad brutal de algunos soldados, que hacen daño por el gusto de hacer-

lo, que matan por matar, que pelean por satisfacer sus malos instintos.

Juan compadecía á sus enemigos. En cuanto los veía ceder, su voz era la primera que gritaba «¡Cuartel!» y su brazo detenía el golpe próximo á caer sobre un vencido. Luchaba por amor... por amor á la patria, que es el más santo de todos los amores. Era inflexible en el cumplimiento de su deber, y terrible en la pelea mientras encontraba resistencia; pero lo hacia lamentando de lo íntimo de su corazón, que la necesidad de salvar á España le obligara á ello.

Más de una vez admiró á los mismos franceses á quienes combatía.

Ellos también arrostraban la muerte por su patria, representada en una bandera.

La agresión era injusta, pero esta culpa recaía toda entera en el hombre ambicioso que la ordenaba, no en los pobres soldados que la realizaban.

Ellos no eran verdaderos agresores, eran instrumentos.

Les habían dicho: «Francia lo quiere, el honor de Francia lo exige,» y se arrojaban á la muerte sin discutir.

Juan los hubiera exterminado de un solo golpe, pero compadeciéndolos y admirándolos.

Hasta ese punto comprendía el patriotismo, que no es más que amor, y el amor no razona.

El que así amaba á su patria, debía amar apasionadamente á los suyos.

Y así era en efecto.

Para él, el amor á sus padres era una especie de religion.

El que profesaba á María, rayaba en fanatismo.

La muchacha llegaba á asustarse algunas veces.

Comprendia su inferioridad con respecto á su novio, y esto le afligia.

Le amaba todo lo que podia y como podia, pero estaba persuadida de que si Juan no amaba más que ella, por lo ménos amaba de otro modo.

No se atrevia á decírselo por no excitar en él desconfianza; pero Juan adivinaba sus temores, y procuraba desvanecerlos.

En la salita de Mariana estaban las dos mujeres.

Juan, hondamente preocupado por la conversacion que acababa de tener con su hermano, procuró al entrar componer su semblante, manifestando una satisfaccion que no sentia, por no aumentar la pena de su madre.

—¿Cómo le encuentras?—preguntó Mariana.

—Hoy está más animado,—repuso Juan, esquivando dar una respuesta categórica.

—Pero el médico no quiere darnos ninguna esperanza.

—Los médicos deben ser muy prudentes en estos casos. Las heridas de Tomás son graves, y él no querrá proceder de ligero.

—Pero ¿tú qué opinas?

—Tomás es jóven y robusto.

—Es verdad.

—Y la naturaleza suele hacer milagros.

Juan agotaba los recursos de su habilidad para no desesperar á su madre, ni hacer nacer en ella una esperanza que él mismo no tenia.

Quiso á toda costa variar de conversacion, y la hizo recaer sobre su aventura del dia anterior.

—¡Ya me daba á mí el corazon que te iba á suceder alguna desgracia!—exclamó María.

—Pues ya ves como tu corazon te engañaba, porque no me ha sucedido ninguna.

—¡Si te hubieran muerto!...—añadió la madre.

—¿A qué pensar en lo que no ha sucedido?

—Pero puede suceder de un momento á otro.

—No lo crea usted, madre mia. Yo tambien tengo mis presentimientos; el corazon que late en mi pecho tambien me habla, y no suele engañarse.

—¿Y qué te dice?—preguntó María sonriendo.

—Me dice que tú me amas y me amarás siempre.

—En eso no miente.

—Me dice que no moriré en la guerra; que cuando se haga la paz y España se vea libre de franceses, podré volver á Villoviado para no salir de aquí nunca, para vivir siempre á tu lado, siendo lo que ha sido mi padre, un labrador honrado, sin ambicion y sin honores, pero lleno de felicidad y de alegría, para quererte como él ha querido á mi madre, para honrarte como él la ha honrado, para ser esposo tan feliz como he sido hijo venturoso, y si Dios quiere, padre tan amante como lo han sido los mios. ¿No les parece á ustedes que mi corazon habla bien?

—Y no dice pocas cosas,—repuso María, sonriéndose de felicidad.

Mariana dió por toda respuesta un abrazo á su hijo.

—¿Creen ustedes que me engaña?—preguntó Juan á las dos mujeres.

—No lo quiera Dios,—contestaron ambas.

—Pues ea, confiemos en lo porvenir. El que se contenta con lo posible, es feliz siempre. Todos nosotros, cada cual en el círculo de sus facultades y de sus obligaciones, hemos procurado cumplir con nuestro deber; ¿porqué Dios no ha de favorecernos? La virtud no es, como algunos dicen, una senda áspera y sembrada de abrojos; yo creo, por el contrario, que además de ser el mejor, es el más llano de los caminos de la vida. Ser bueno es, no sólo un deber, sino un gran negocio, y todos ustedes son buenos y virtuosos.

Capítulo LXIV

En Aranda de Duero

Entre tanto, Merino llegó á Aranda con la artillería y los escuadrones de tiradores.

El dia antes habian entrado en la poblacion los cuatro batallones de urbanos.

El recibimiento fué magnífico.

Los vecinos de Aranda se volvian locos.

Todas las iglesias echaron las campanas á vuelo.

Los balcones se llenaron de colgaduras, sin que esta demostracion tuviera ningun carácter oficial.

Por la noche los edificios de la ciudad se iluminaron espontáneamente.

El que no tenia faroles ó hachas de viento, ponía candilejas.

En algunas ventanas habia candiles.

En otras, velas de sebo con pantallas de papel.

El caso era poner una luz cualquiera.

Aranda queria recibir dignamente á los esforzados ciudadanos, que olvidando sus costumbres pacíficas y su condicion de padres de familia, habian salido á pelear en batalla campal contra los franceses.

No habia calle en que no se hubiera levantado algun arco de triunfo.

Todos ellos ostentaban tarjetones, en que se leian inscripciones patrióticas.

«Viva España,» decian algunos sencillamente.

«Patria y rey,» se veia en otros.

El nombre de Fernando se encontraba en muchos de ellos, y en casi todos el del cura Merino.

Algunos ostentaban además versos, que si no podian servir como modelo de literatura, demostraban al ménos el entusiasmo de sus autores.

En España habia entonces muchos héroes capaces de dar la vida por la patria, pero no habia más que un Quintana.

Y este no residia en Aranda de Duero.

Don Bruno quiso tomar, como gobernador militar, parte en la recepcion de los bizarros voluntarios, y dispuso que todos los fuertes los saludaran con salva de veintiun cañonazos.

Él mismo salió á caballo al encuentro de los batallones, y entró gallardamente en la poblacion á la cabeza de la columna.

Don Bruno habia sabido hacerse querer del vecindario.

No tenia el temperamento heróico de Juan Mendoza, pero era valiente, y sobre todo buen patriota.

Habia sido mucho tiempo alcalde de su pueblo, tenia algunas dotes de mando, y era por consiguiente tal vez el que mejor podia desempeñar el cargo, medio civil y medio militar, que le habia confiado Merino.

Estas cualidades le hacian querido de todos, y el pueblo, que siempre es agradecido, le demostró aquel dia su afecto, dándole algunos vivas mezclados con los que se daban sin cesar á España y á los guardias urbanos.

El entusiasmo de Aranda no se habia gastado todo en el recibimiento de sus patrióticos urbanos.

Aún quedó una buena dosis para recibir al cura Merino.

Don Bruno mandó repetir la salva del dia anterior, é hizo formar la guarnicion y los urbanos.

Al presentarse en la entrada de la ciudad por el camino de Búrgos, don Jerónimo se vió muy apurado para resistir á los mozos, que querian desmontarle de su caballo y entrarle en hombros.

—¡No seias locos, muchachos! ¡Dejadme en paz!—gritaba el intrépido cura sin lograr incomodarse por más que lo deseaba, para verse libre de aquellas acometidas.

—¡Viva el cura Merino!—contestaban los otros con toda la fuerza de sus pulmones.

Don Bruno, que tambien habia salido á recibir á don Jerónimo, era de los que más gritaban.

Merino, á pesar de su carácter duro y montaraz, llegó á conmovirse.

—¡Qué gente esta!—decia.—¡Son capaces de hacerme llorar, y estaré yo bonito haciendo pucheros!

De grado ó por fuerza, la comitiva, en lugar de dirigirse en derechura al gobierno militar, donde el cura tenia preparado su alojamiento, tuvo que recorrer casi toda la poblacion.

Los balcones estaban llenos de gente, que saludaba á Merino con grandes aclamaciones.

El cura, montado en su *Clavileño* y llevado casi en volandas por la muchedumbre, iba quitándose el sombrero.

Las señoras que ocupaban los balcones, á falta de flores que arrojarle, porque no las daba la estacion, le cubrian de hojas más ó ménos frescas, sacadas de sus invernaderos, y le saludaban con los pañuelos.

El entusiasmo no tenia límites.

Al fin pudo don Jerónimo llegar á su alojamiento, donde la compañía de urbanos sedentarios se habia empeñado en darle la primera guardia.

Aquellos pobres viejos recibieron al cura formados en batalla y presentando las armas, lo cual fué para Merino más satisfactorio que toda la ovacion que habia recibido.

—Pero me están ustedes haciendo honores de capitán general,—dijo á don Bruno,—y no soy más que brigadier.

—Usted aquí es todo, señor cura,—respondió don Bruno, que entendia poco de las reales ordenanzas.

—La Junta central podria incomodarse.

Don Bruno se encogió de hombros.

A él le importaba poco de la Junta central, y ya sabemos que Merino no la atribuía más que una mediana importancia.

Al poco rato cesaron las músicas y los vítores, la gente que inundaba las calles se fué retirando á sus casas, y Merino, despues de recibir á los oficiales que habian quedado en Aranda y se presentaron á felicitarle, se vió por fin en su despacho solo con don Bruno, que habia mandado disponer allí la comida.

—¡Qué entusiasmo!—decia el gobernador.

—Mucho,—respondió don Jerónimo.—He creído que me ahogaban.

—Con gente así se puede hacer todo.

—Es indudable.

—Verdad es que la cosa lo merece.

—La batalla fué buena,—dijo el cura.

—Pero la victoria ha sido de primer órden,—contestó don Bruno.

—Si la Junta de Lerma se da buena maña y la de Búrgos no se descuida, los franceses no tendrán ya en nuestra provincia más que la capital.

—Y eso hasta que un día vayamos á ponerla sitio,—exclamó don Bruno.

—Eso es más difícil.

—Tales cosas lleva usted hechas, que á nadie extrañaria verle hacer una más.

Merino y don Bruno comian con buen apetito.

El Feo y el asistente del gobernador servian la mesa.

Los manjares eran buenos y abundantes.

—¡Veo que se trata usted bien!—exclamó el cura.

—Se hace lo que se puede,—contestó don Bruno.

—Yo soy más sóbrio.

—Usted se mantiene con cualquier cosa. Yo también cuando no tengo más remedio; pero donde hay algo bueno me gusta meterlo entre pecho y espalda, porque ya sabe usted, señor cura, que tripas llevan piés.

Después de la comida, don Jerónimo se quedó en su despacho para escribir algunas órdenes, mientras don Bruno iba á dar una vuelta para ver si las fuerzas recién llegadas se habian acuartelado bien, ó si ocurría alguna novedad en la plaza.

A los pocos días llegaron á Aranda las mulas que el prior de Lerma habia prometido.

Merino, que ya tenía allí el número de piezas de montaña que necesitaba para organizar las otras tres baterías, procedió á ello sin pérdida de tiempo.

No tenía oficiales, pero hizo abrir una academia, donde los sargentos recibieron la instrucción indispensable para mandarlas, y pidió á Cádiz que se le dieran los ascensos correspondientes.

Como por parte de todos habia buena voluntad, las cosas se hacían lo ménos mal posible, y don Jerónimo estaba satisfecho, porque veía que le iban dando buenos resultados.

La verdad es, que el cura tenía un gran genio organizador, y que el patriotismo de todos le secundaba admirablemente.

Las noticias de Madrigalejo tambien eran buenas.

Muchos heridos comenzaban á ser dados de alta é iban incorporándose á sus batallones, los voluntarios aumentaban mucho, y antes de pocos dias era de esperar que todos los cuerpos tuvieran el completo de su fuerza.

Segura cuidaba mucho de la instruccion de reclutas, y participaba que no se notaban por parte de los franceses síntomas de que intentaran ningun movimiento ofensivo.

En Lerma tambien, los frailes habian cumplido su promesa.

Juan Mendoza, que partia su tiempo entre el cuidado de su hermano y las atenciones de su empleo, anunció haber recibido todos los caballos que necesitaba para completar el contingente de los húsares de Búrgos, y entre los heridos que se curaban y los voluntarios que acudian, iba completando el cupo de hombres.

—Lo esencial es que nos dejen un mes tranquilos,—decia don Jerónimo.

—Nos dejarán,—contestaba don Bruno.—Sin recibir grandes refuerzos, no se atreverán á emprender nada.

—Así lo creo, porque los tenemos muy escarmetados.

El cálculo de los dos jefes era exacto.

El capitan general de Búrgos, á quien la ocupacion de Aranda y Lerma cortaba la comunicacion directa con Madrid, no cuidaba más que de mantenerse á la defensiva y conservar expedito el camino del Norte, para recibir de Francia instrucciones y refuerzos.

Ya el gobierno de Paris no tomaba á risa las cosas del cura Merino, empezaba á pensar seriamente en el terrible guerrillero, y en poco estuvo que el mismo Napoleon el Grande viniera en persona á medir sus armas con el cura de Villoviado.

Tal vez no lo hizo por temor al ridículo.

Si hubiera llegado á hacerlo, es bien seguro que Merino le hubiera hecho frente en cuanto se le presentara una ocasion favorable en terreno ventajoso.

Un intendente de nuevo cargo

Desda que se había metido á conspirador el pobre don Glot, no tenía un momento de calma. No sólo se veía obligado á tratar con mucha frecuencia á su escribiente, sino lo que es más grave, había perdido aquella puntualidad que le caracterizaba. Y los vecinos no podían poner sus relojes, según losos por sus horas de entrar y salir de casa. Todo el barrio estaba alarmado. Aquella mudanza daba lugar á muchos comentarios.

—¿Qué le pasará á don Glot?—se decían unos á otros los vecinos. Y nadie sabía contestar, pero todos estaban seguros de que le pasaba algo. El buen pasante vivía en la mayor soledad.

Capítulo LXV

Un intendente de nuevo cuño

Desde que se habia metido á conspirador el pobre don Cleto, no tenia un momento de calma.

No sólo se veía obligado á faltar con mucha frecuencia á su escribanía, sino lo que es más grave, habia perdido aquella puntualidad que le caracterizaba.

Ya los vecinos no podian poner sus relojes, guiándose por sus horas de entrar y salir de casa.

Todo el barrio estaba alarmado.

Aquella mudanza daba lugar á muchos comentarios.

—¿Qué le pasará á don Cleto?—se decian unos á otros los vecinos.

Y nadie sabia contestar, pero todos estaban seguros de que le pasaba algo.

El buen pasante vivia en la mayor zozobra.

Además, la policía había dado en vigilarle, y sin los oportunos avisos y los buenos oficios de don Fabian, más de una vez hubiera dado con él en la cárcel.

Para librarse del peligro, en alguna ocasion habia tenido necesidad hasta de dormir fuera de su casa.

Ya se ve, su próximo parentesco con dos de los jefes más importantes de la brigada de Merino, le hacia con razón sospechoso á los franceses.

Además, desde el dia en que por librar á su sobrino se habia dejado prender haciéndose pasar por el capitan don Juan Mendoza, su reputacion de hombre temible habia aumentado entre los polizontes, y su nombre habia ya llegado á oidos del capitan general.

Este habia preguntado por él al prefecto, de quien sabia que habia sido pasante, y don Fabian tuvo que hacer grandes esfuerzos para demostrar que don Cleto era el hombre más inofensivo del mundo.

El honrado y tímido patriota estaba enterado de todo, y muchas veces solia pensar:

—El dia ménos pensado dan conmigo en la cárcel, y entonces no me vale ni la bula de Meco. Estos franceses son muy bárbaros, y me fusilan como tres y dos son cinco, lo cual no tendrá maldita la gracia...

Don Cleto al pensar esto se estremecia de piés á cabeza.

La verdad es que los franceses prendian á mucha gente por meras sospechas.

En su afan de dar con la Junta insurreccional, que suponian funcionaba en Búrgos, no escaseaban los atropellos, y hacian víctimas á muchos inocentes, á fin de

ver si entre ellos tropezaban con algun culpable. Despues de cada una de las derrotas que les hacia experimentar el valeroso cura Merino la persecucion arreciaba, y las autoridades del gobierno usurpador procuraban vengar en los pobres diablos que caian en sus manos la poca fortuna de sus tropas en el campo de batalla.

Despues de los combates de Madrigal y Villalmanzo y de la pérdida de Lerma se hicieron muchas prisiones, y don Cleto, que ya estaba sobre aviso, recibió una tarde en su escribanía un escrito sin firma, en que se le decia que sin pérdida de tiempo acudiese á una posada que se hallaba en los arrabales de la ciudad.

El pasante reconoció la letra de don Fabian, y se apresuró á poner por obra lo que se le decia.

Llegado al lugar de la cita, se encontró con el prefecto en persona, que le esperaba en una habitacion reservada, adonde le guió el posadero en cuanto dijo una contraseña que en el aviso se le indicaba.

—¿Qué sucede?—preguntó don Cleto en cuanto se vió solo con el prefecto.

—Hace media hora que he firmado una orden de prision contra usted.

—Pues muchas gracias.

—Ya ve usted que le aviso á tiempo.

—Es verdad, pero mejor hubiera sido...

—¿Qué?

—No firmar la orden.

—No he podido evitarlo. Me lo ha mandado el general.

—Reniego de él y de todos los...

—¡Silencio!

—Pero ¿qué hago yo ahora?

—Marcharse inmediatamente.

—¿Adónde?

—A Aranda de Duero.

—¿Está usted en su juicio?

—Es claro.

—Si dijera usted á Villoviado, pase. Allí tengo familia...

—Sí, pero el cura Merino no creo que piensa conservar en su poder el distrito de Lerma. Antes al contrario, en cuanto saque de él todos los recursos que pueda, creo que lo abandonará, y usted en ese pueblo quedaría expuesto.

—¿Entonces quiere decir que he de seguir la suerte de los que están en campaña?

—Creo que es lo más seguro.

—¡Vaya una seguridad! Don Jerónimo es capaz de nombrarme capitán ó coronel, ó cosa por el estilo, y de fijo me matan en la primera batalla.

—No tanto. Ya su sobrino de usted cuidará de que le den un empleo que pueda desempeñar sin riesgo.

—Allí no hay nada que no lo tenga. Además, mientras estén en Aranda, tal vez podré servir de algo; pero en cuanto salgan de allí soy hombre perdido.

—Si á usted le acomoda más dejar que le prendan...

—No, no señor; mucho ménos.

—Pues lo dicho.

—¿Y cuándo debo marcharme?

—Ahora mismo.

—¿Ahora?

—Sí tal.

—¿Sin ir á mi casa?

—En cuanto llegue usted á ella será preso.

—Pero ¿y mi pobre hermana?

—Yo cuidaré de que se vaya á Villoviado, si no quiere permanecer aquí.

—¿Y la escribanía?

—Puede usted escribir desde aquí á su principal, diciendo que un negocio urgente le obliga á salir de Búrgos.

—Pero es que, francamente, yo no tengo encima dinero para el viaje.

—Aquí traigo yo cuarenta duros, que serán bastante. Ya me los abonará la Junta.

Al decir esto, don Fabian puso en mano de don Cleto diez doblones de oro.

El antiguo escribano lo habia previsto todo.

Así, despues de darle el dinero, sacó un pasaporte con nombre supuesto, y lo entregó á su ex-pasante.

—Tome usted,—le dijo;—hasta mañana por la noche se llama usted don Antonio Gonzalez; ese nombre y apellido son tan comunes, que pueden aplicarse á la mitad de los españoles.

—Es el caso...

—¿Qué?

—No sé cómo hacer el viaje.

—Aquí mismo puede usted ajustar un carro. Son las tres de la tarde. Antes de la noche, si el carretero se

da prisa, podrá andar tres ó cuatro leguas, y mañana por la tarde llegar á Madrigal. Allí se encuentran las avanzadas de los españoles, y estará usted completamente seguro.

—Ya que no hay otro remedio...—repuso don Cleto convencido.

—Ninguno.

—A la fuerza ahorcan.

—Pues adios.

—¿Se marcha usted?

—Sí... no conviene excitar sospechas. No fiándome de que usted viniera á la prefectura, he hecho alquilar este cuarto para que habláramos. Como esta posada está fuera de la ciudad no me conocen, y además al entrar me he subido bien el embozo. No pronuncie usted mi nombre, y buen viaje.

—Gracias.

Don Fabian se embozó en su capa hasta los ojos, y salió del cuarto, dejando á don Cleto más muerto que vivo.

—¡En buena me he metido!—decía para sí el pobre pasante.—¿Qué hago yo ahora? Nada, don Fabian tiene razon, lo primero es escapar, y luego Dios dirá.

Don Cleto salió en busca del posadero.

Habia tomado ya su resolucion de marchar inmediatamente á Madrigal. Puesto que en dicho pueblo se hallaban las avanzadas españolas; desde allí continuaria su viaje de un modo más tranquilo, y tal vez más cómodo.

—Amigo mio,—dijo al posadero,—yo necesito sa-

lir de Búrgos sin pérdida de tiempo. ¡Habrá algun carro, coche ó cualquier cosa en que hacer el viaje?

—¿Cuándo quiere usted marcharse?

—Dentro de un cuarto de hora.

—¿Adónde?—

—A Madrigal.

—Son ocho leguas de camino (1).

—Poco más ó menos.

—Pues sí, señor, tengo un coche de colleras; se le engancharán un par de mulas, y puede usted ir tan ricamente.

—¿Un coche?

—Sí, señor.

—Entonces prefiero que me lleve hasta Lerma.

—Son cuatro leguas más.

—Sí.

—Corriente.

—¿Cuánto me costará?

El posadero permaneció un momento callado como si echara cuentas.

—Doce duros.

—¡Caramba!

—¡Ya ve usted, un coche con dos mulas!

En aquellos tiempos costaba muy caro viajar.

El posadero añadió:

—Apretando bastante, llegará usted mañana por la noche.

(1) Las leguas entonces eran de ocho mil varas.

—Sí.

—Son dos días.

—Bien.

—Y otros dos para volver...

—Estamos conformes.

Don Cleto sacó el dinero que don Fabian le habia dado, y entregó al posadero tres doblones, diciéndole:

—Que enganchen en seguida. Vuelvo al momento.

Y salió á la calle, dejando al otro que diera sus órdenes.

Como el pasante de escribano conocia muy bien toda la poblacion, se encaminó sin pérdida de tiempo á una ropería que habia alli cerca, y por ocho duros compró una capa de paño burdo, que pesaba media arroba, pero que era lo único capaz de defenderle del frio que sin duda iba á tener en el camino.

Hecha esta compra, volvió á la posada.

En el patio le esperaba ya el coche, que era un carromato alto y pesadísimo, que cuando andaba hacia más ruido que una pieza de artillería.

Don Cleto subió á él con ayuda de una silla, el mayoral se encaramó en el pescante, y un momento despues salia el carruaje, seguido de una porcion de chiquillos, que conmovidos por aquel acontecimiento, escoltaron al bueno del pasante hasta que estuvo en el camino, despidiéndole con sus correspondientes silbidos y alguna que otra pedrada.

Los chicos siempre han sido los mismos.

El pilluelo es la única institucion inmutable que hay en el mundo.

Puesto en marcha don Cleto, empezó á meditar.

—¿Qué será de mi hermana?—se preguntaba.—La pobre se va á morir de miedo, sobre todo cuando vea á la policía. En fin, si don Fabian la ha hecho avisar con tiempo, ménos malo. ¿Quién me ha metido á mí en estas bromas? Napoleón, que es el que lo revuelve todo. ¿Qué necesidad tenia ese hombre de quitarnos al rey ni meterse en nuestros asuntos? Ninguna... Se hubiera estado quieto en Francia, y no andaria yo á estas horas dando tumbos, para ir á buscar á ese buen cura Merino, que Dios sabe lo que dispondrá de mí.

Así reflexionaba el pobre don Cleto, y cuando acababa este razonamiento lo volvía á empezar otra vez.

De cuando en cuando solia olvidar estas ideas para hacer una especie de exámen de conciencia.

—Vamos á ver,—se decia;—¿seré yo valiente? No he tenido ocasion de averiguarlo, porque como en toda mi vida he hecho más que copiar escritos, y para esto no se necesita ningun valor... Pero no... es imposible que yo sea valiente... Cuando chico recuerdo que alguna vez me abofeteaba de lo lindo con mis compañeros... mas tambien me acuerdo de que casi siempre eran ellos los que me pegaban á mí... Lo cierto es que... no estoy muy seguro, pero me parece que debo ser un cobarde de marca mayor... En todo caso, ya resolveremos esta cuestion en la primera batalla. Si me muero de miedo, es que no soy valiente, y si aguanto el fuego como todos, es que... no soy cobarde.

Adviertase que don Cleto no admitia la posibilidad de huir, sino la de morir de miedo.

Es que el honradísimo patriota era un hombre de honor, sin hacer de ello ningún alarde, como que lo era naturalmente, y los hombres de honor mueren en su puesto, pero no retroceden.

Don Cleto era más valiente de lo que pensaba.

Las mulas anduvieron bien, y aquella noche nuestro héroe durmió en Sarracín.

Queriendo tener contento al mayoral, don Cleto resolvió pagar el gasto que hiciera en la posada, cuyo rasgo le hizo subir quince codos en el concepto del auriga.

—Saldremos mañana muy temprano, —le dijo don Cleto.

—Si hemos de llegar á Lerma por la noche, tendremos que salir antes de amanecer.

Aunque despues de cenar se acostó don Cleto, y la cama para ser de posada no era del todo mala, no le fué posible dormir en toda la noche.

Antes de amanecer fué á llamarle un mozo de la posada, diciéndole que su carruaje estaba enganchado. Don Cleto se vistió apresuradamente, bebió una jícara de chocolate, pagó la cuenta, que no fué pequeña, embozóse en su capa parda, y subió al coche con su indispensable paraguas, que constituia todo su equipaje.

La jornada de aquel día fué larga, pero se hizo sin novedad, y al anochecer entraba el buen don Cleto en Lerma. En Madrigalejo, donde se presentó á Segura dándose á conocer por tío de Juan Mendoza, comió perfectamente, y desde allí viajó ya con la mayor tranquilidad de espíritu. Las numerosas patrullas españolas

que por todas partes veia, le hacian comprender que se hallaba en completa seguridad.

Para ser en todo afortunado, Juan se encontraba aquella noche en Lerma, adonde iba casi todos los dias desde Villoviado para atender al desempeño de su empleo.

No se sorprendió poco el muchacho al ver entrar á su tio en su alojamiento, y á pesar de lo mucho que le preocupaba el estado de Tomás, que cada dia se iba agravando, por fuerza hubo de sonreirse cuando don Cleto le refirió las angustias que habia pasado desde el dia anterior y el viaje que acababa de hacer.

Juan dispuso que se gratificara por su cuenta al mayoral que habia llevado á su tio, y le dejó en libertad de volver á Búrgos cuando tuviera por conveniente.

—¿Y qué va usted á hacer?—le preguntó luego.

—Mañana iré á Villoviado á ver á tus padres.

—Es natural.

—Y pasado mañana á Aranda.

—La verdad es que don Fabian tiene razon,—contestó Juan.—Nosotros saldremos del distrito de Lerma el dia ménos pensado. Esta posicion no puede convenirnos, porque está demasiado inmediata á Búrgos, y si á usted le persiguen los franceses, quedaria muy expuesto en Villoviado.

—Expuestísimo,—repuso don Cleto, que cada vez que pensaba en los franceses se creia poco ménos que fusilado.

—Yo le daré á usted una carta para don Jerónimo

y ya veremos de qué todo se arregle lo mejor que se pueda.

Lo cierto es que don Cleto iba teniendo cada vez ménos miedo.

Cuando veía todas aquellas tropas tan bien organizadas, los oficiales que entraban y salían en el despacho de Juan á recibir sus órdenes, que no dudaba serian cumplidas con la mayor puntualidad, todo aquel movimiento regular y tranquilo, iba viendo que la brigada del cura era una cosa mucho más seria de lo que habia imaginado.

Así como el temor es contagioso, difícilmente se puede tener miedo hallándose rodeado de valientes.

Don Cleto, que estaba acostumbrado al terror que inspiraban en Búrgos los franceses, se complacía oyendo hablar á los oficiales españoles, que se ocupaban de ellos con indiferencia y les llamaban militarmente: «El enemigo.»

Al siguiente día Juan le acompañó á Villoviado, y dos días después caminaba hácia Aranda montado en una mula de paso y acompañado por uno de los mozos de labranza de Gil Mendoza, cuya familia, á pesar de la tristeza que la embargaba, le había colmado de obsequios.

Juan habia ya escrito á don Jerónimo anunciándole la llegada de su tío y explicando detalladamente su carácter y condiciones.

Don Cleto se presentó al cura temblando. El no le conocía más que de fama, y don Jerónimo la tenía de ser un hombre terrible que se comía los chicos crudos.

—¡Ya sé lo que ha hecho usted por la patria!—le dijo Merino al verle, tendiéndole la mano.

Aquel recibimiento, relativamente bondadoso, hizo subir de punto la admiración de don Cleto, que apenas sabía cómo corresponder al saludo del terrible guerrillero, á quien empezó por llamar vucencia, y le hubieron llamado majestad á poco que se le apurara.

—Déjese usted de tratamientos,—exclamó el cura Merino.—Yó soy poco amigo de cumplidos.

—Está bien.

—Y nosotros me parece que vamos á ser amigos.

—¡Tanta honra!...

—Usted, según me ha dicho Juan en su carta, no es hombre muy á propósito para andar á porrazos.

—No señor, en mi vida he hecho daño á nadie,—repuso don Cleto dando vueltas á su paraguas.

—¡Es una lástima!

—No tengo génio...

—Ya me lo figuro.

Don Cleto permaneció callado, y Merino, después de una breve pausa, le dijo:

—Pero es usted un buen patriota.

—Soy español.

—De los buenos.

—Muchas gracias.

—Ha prestado usted excelentes servicios.

—Cada uno hace lo que puede.

—Si todos lo hicieran, ya se hubiese acabado la guerra.

—También es cierto.

—Y yo he pensado en usted... —

—¿En mí? —

—Sí, señor; le voy á dar á usted un empleo en mi brigada. —

—Lo que usted guste, —contestó don Cleto echándose á temblar, porque lo ménos se creía ya nombrado capitan ó comandante, para cuyos destinos se reconocía falto de toda aptitud. —

—Sí, señor, —prosiguió don Jerónimo. —Usted debe entender de cuentas. —

—Sé algo. —

—Pues la contabilidad entre nosotros anda bastante mal. Cada capitan lleva la de su compañía, y los comandantes totalizan las cuentas de los batallones; pero en lo tocante á cuentas generales, Dios la dé. Yo soy poco amigo de andar con la pluma en la mano, y hago las ménos apuntaciones posibles. Pero desde hoy usted se encargará de todo eso. —

—¿Yo? —

—Será usted nuestro intendente. —

—Muy bien. —

—Manejará todos los fondos de la brigada. —

—Sí, señor. —

—Distribuirá por meses la asignacion de cada cuérpo. —

—Corriente. —

—Y examinará las cuentas que den los jefes. —

—No me parece difícil. —

—Su paga de usted... —

—No hay que hablar de eso. —

—Sí, es preciso que viva usted con decoro. Y—

—Lo que usted quiera. —

—La paga será cincuenta duros al mes. —

—¿Cincuenta? —

—Y la consideracion de comandante. —

Don Cleto abrió desmesuradamente los ojos. No sabía lo que le pasaba, y creia que estaba soñando.

—Como jefe, será usted plaza montada. —

—¿Montada? —

—Sí, en los dos escuadrones que aquí tenemos elegirá usted caballo. —

—Para hacer cuentas. —

—¿Qué? —

—Me parece que no lo necesito. —

Y —Para hacer cuentas, claro es que no; pero para hacer marchas, le vendrá á usted perfectamente. Esto no quiere decir que haya usted de andar siempre de un lado para otro. La intendencia, por ahora, se establecerá en Aranda; pero las necesidades podian hacernos abandonar la plaza, ó aún sin eso obligarle á usted á seguir las operaciones. —

—Es indudable. —

Don Cleto iba viendo que su destino podia tener grandes inconvenientes. —

—Conque así, mañana mismo se montará usted, — dijo Merino. —

—Pues mañana llevaré el primer porrazo, — replicó con resignacion don Cleto. —

—No digo eso. Entiendo por montarse elegir caballo. Pida usted uno dócil. —

—Ya estoy en eso.

—Y encargaremos á un oficial que le enseñe á montar.

—Me parece difícil.

—Es preciso hacerse ginete. Si estando en operaciones se encontrara usted en una accion, los caballos siempre se alegran con los tiros.

—¿Conque se alegran, eh?—preguntó don Cleto, que por su parte no pensaba alegrarse, sino afligirse mucho en cuanto oyera un disparo.

—Sí, señor; y el que no es buen ginete, pronto da con su cuerpo en tierra.

Don Cleto creyó que ya le dolian las costillas del batacazo, pero no se atrevió á contestar.

Merino, que le miraba sonriendo, porque le hacia gracia la timidez del pobre hombre, le dijo:

—No se parece usted á sus sobrinos.

—No, señor.

—Esos son dos hombres de pelo en pecho.

—Sí tal.

—El pobre Tomás me va á dar un disgusto si se muere.

—Pues ese disgusto por dado.

—¿Cree usted?...

—Que no tiene remedio.

—¿Qué diablura!

—Esas son las consecuencias de tanto valor.

—Dirá usted de la desgracia. Yo me expongo tanto como el que más, y no me toca una china. Sin ir más lejos, ahí tiene usted á Juan! el dia de la última

batalla estuvo tres horas sufriendo un diluvio de balas, y nada... salió como si tal cosa.

—Es verdad.

—¿Conque quedamos en lo dicho?

—Sí, señor.

—Mañana tomará usted posesion de su empleo, dijo Merino.

—Con mucho gusto.

—Le daré á reconocer en la órden del dia.

—Bueno.

—Podrá usted tomar un asistente para que le sirva y elegir habitacion entre las que hay desocupadas en el gobierno militar, donde tendrá su oficina. Entre tanto, el Feo se pondrá á sus órdenes por si necesita usted algo.

—¿El Feo?—preguntó con extrañeza el flamante intendente.

—Es mi asistente. Haga usted traer su equipaje.

—Ya lo tengo aquí, porque mi equipaje se reduce á lo que llevo puesto.

Don Cleto iba cargado con su capa nueva, que era un poco larga para él y le incomodaba bastante para andar.

—Pues entonces ya ha hecho usted la mudanza. Puede instalarse cuando quiera. ¿Tiene usted dinero?

—Sí, señor,—repuso don Cleto, á quien le quedaban ocho duros de los cuarenta que le habia dado don Fabian cuatro dias antes.

El cura llamó al Feo y le mandó que se pusiera á las órdenes de don Cleto, á quien debia servir hasta

que tomara asistente, y dió por terminada la conferencia.

Don Cleto eligió su habitacion, ó por mejor decir, se acomodó en el primer pabellon que le enseñó el Feo, de los cuatro ó cinco que habia desocupados en el gobierno militar.

Este pabellon estaba completamente desamueblado; pero el Feo, que no era hombre que se ahogaba en poca agua, lo arregló en un momento, pidiendo muebles prestados á los demás jefes que habia alojados en el mismo edificio.

Este le dió una mesa, aquel una silla, el otro un colchon, del cuerpo de guardia tomó un brasero, y en una hora el pabellon quedó provisto de lo más indispensable:

—¿Usted querrá comer?—preguntó á don Cleto luego que llevó los muebles.

—Hombre, sí,—repuso don Cleto.

—Pues en nada de tiempo haré yo un arroz y cualquiera otra cosilla para matar el apetito.

Don Cleto dió al soldado un duro para que comprara víveres, y el Feo salió del pabellon, dispuesto á servir con su celo acostumbrado á su amo interino.

El pobre pasante, que le habia mandado que le buscara un pliego de papel y un tintero, se sentó y escribió á su hermana la siguiente carta:

«Querida hermana: No necesito explicarte los motivos de mi precipitada marcha, porque supongo que ya estarás enterada. Al presente me encuentro en Aranda de Duero, donde el cura Merino, á quien acabo de pre-

sentarme, me ha nombrado intendente de su ejército. Este destino se reduce á hacer cuentas, cobrar al mes mil reales y caer del caballo cuando este se alegre, que segun dice don Jerónimo, se alegran en oyendo tiros, lo cual prueba que son irracionales y no saben que una bala deja seco á un hombre en ménos que canta un gallo. En fin, por ahora estoy bien y libre de todo riesgo; veremos lo que sucede en adelante. Te aconsejo que recojas el dinero que habia en casa, vendas los muebles y te vayas á Villoviado, porque yo no sé cuándo podré volver á Búrgos, si acaso vuelvo. En Villoviado te verá tal vez tu hermano, que te quiere,

«CLETO.

Capítulo LXVI

La vida militar explicada por el Feo

Luego que don Cleto acabó de escribir su carta, quedóse meditando en la situación que los acontecimientos le habían creado.

Las palabras del cura Merino le preocupaban hondamente.

Tenia un destino excelente con relación á sueldo y honores.

Él, que estaba acostumbrado á los veinte duros que ganaba en su escribanía, y que nunca había soñado con ganar más, se encontraba de repente con cincuenta mensuales, es decir, con una fortuna que le parecía superior á las fabulosas riquezas de Crespo, de Salomón y de todos los hombres que han adquirido celebridad á fuerza de oro.

Además, tenía la consideración de comandante de ejército.

Y por otra parte, aunque era modesto y humilde por naturaleza, no dejaba de halagarle la idea de tener alguna significación en los acontecimientos que se desarrollaban.

Se creía ya un personaje histórico, y á todos nos gusta eso de *tomar parte* en la historia.

Pero también pensaba en el carácter medio civil y medio militar de su destino.

Lo de montar á caballo y asistir tal vez á alguna acción de guerra, le hacía cosquillas.

Tenía bastante patriotismo para odiar á los franceses; pero ¿tendría bastante valor para combatir contra ellos?

Esta era la pregunta que don Cleto se hacía, sin poder contestarse.

Sabía que en el valor entraban por mucho los nervios, y no estaba seguro de que su sistema nervioso estuviese organizado para permanecer tranquilo en medio del ruido de una batalla.

Por consiguiente, ignoraba si podría cumplir con los deberes militares que había contraído.

Cuando el Feo le sirvió la comida, resolvió interrogarle.

—Oye, muchacho, —le dijo;— ¿has estado tú en alguna batalla?

—Es claro; en todas, —contestó con naturalidad el Feo.

—¿De veras?

—Pues ¿para qué estamos aquí?

—Yo creía que, como eres asistente de don Jerónimo...

—Sí, señor; pero también soy soldado, y cuando hay que batirse, monto á caballo y rajo por mitad al que se me pone por delante.

—¿Conque montas?—preguntó don Cleto, que iba mirando al Feo con creciente admiración.

—Sí, señor.

—¿Y no te caes nunca?

—¿Qué me he de caer?

—¿Y rajas?...

—Siempre que puedo.

—Pero ¿cómo?

—Es lo más sencillo.

—¿Sí?

—Mire usted; se ve á un francés á poca distancia, le echa uno el caballo encima, levanta el brazo, lo deja caer con toda su fuerza, y como en la mano tiene uno el sable, es claro que si se pillá una cabeza se abre como una sandía, y si se pillá un brazo...

—Se hace la amputación.

—No señor, se corta.

—Es lo mismo.

—No lo sabía.

—¿Conque eso has hecho tú?

—Siempre que damos una carga.

—¿Una carga!—exclamó don Cleto, que á decir verdad, no entendía los términos técnicos de la profesión militar.

—Sí, señor; una carga es avanzar ciento ó doscientos caballos... —Y o creía que, como eres bastante...

—¿Con ginetes?

—Ya lo creo... En llegando al enemigo, hacen todos lo que le he explicado á usted antes.

—Sí, levantan el brazo, luego lo bajan, y abren cabezas como si fueran sandías. —¿Conque montas?

—Eso es.

—Los franceses harán lo mismo. —Sí, señor.

—Es claro. —Y ¿no te das nunca?

—Bien. —¿Que me he de caer?

—Y esa es la gracia. —Y ¿tú?

—¿La gracia?—preguntó don Cleto, que no la encontraba. —Pero ¿quién?

—Sí, señor, porque mire usted, si los franceses abren más cabezas que los españoles, ellos ganan...

—¡Ya!

—¡Y si los españoles abren más que los franceses...—continuó el Feo. —Mire usted; se ve á un francés á pocos metros...

—Los franceses pierden... está entendido. La cosa me parece muy sencilla, pero poco agradable. —¿Conque eso has hecho tú?

—Como es usted nuevo en el oficio. —¿Se hace!

—Muy nuevo. —No señor, se corta.

—Ya se irá usted acostumbrando. —¿Es lo mismo?

—Una batalla debe ser cosa horrible. —No lo es.

—No, señor. —¿Conque eso has hecho tú?

—¿Que no? —Siempre que danes una carga.

—Ya lo verá usted... Nada... la infantería tira sin descanso... la artillería manda cada peladilla que no hay más que pedir; los unos atacan á la bayo-

neta... la caballería carga, todos gritan... y entre el ruido de las descargas, y los vívas, y las voces de mando, y el sonido de los tambores y trompetas, no deja de ser una cosa divertida.

—Es posible,—replicó don Cleto.

Mientras habia tenido lugar este diálogo, el Feo preparó la mesa y sirvió la comida.

Presentó un arroz á la valenciana tan bien hecho, que no se come mejor ni en las márgenes del Turia.

Don Cleto tenia apetito, y lo comió con alegría.

—Eres buen cocinero,—dijo despues de saborear las primeras cucharadas.

—Un soldado debe saber de todo.

—¿Sí, eh?

—De todo. Para batirse es preciso comer, y para comer hay que saber guisar.

—Cierto.

—Luego, si quiere uno andar vestido, es necesario que entienda algo de sastre.

—¿Tambien?

—Eso es lo principal,—repuso el Feo.—El que no sepa echar un remiendo, ó arreglar una pieza de ropa, no podrá ir nunca decente, y se expone á estar siempre arrestado y á llevar algunos palos por sucio y descuidado.

—Veo que la vida militar no es tan alegre como algunos piensan.

—No hay otra mejor.

—¿Sí?

—Sobre todo en campaña.

—¿Qué me cuentas?

—Digo, yo no he servido en tiempo de paz; pero creo que no ha de ser tan divertida.

Don Cleto opinaba todo lo contrario; pero se guardó bien de contradecir al Feo, á quien en aquel instante consideraba un hombre superior.

—¿Conque tanto te gusta la vida de soldado?—dijo don Cleto.

—Es una gran vida. En todas partes tiene uno casa, comida y buenas mozas que le miren bien.

—¿Parece que eres aficionado á ellas?—dijo don Cleto, que iba animándose con la conversacion.

—Ya ve usted. Aunque me llamen el Feo, y lo sea segun dice el señor cura, nunca falta un roto para un descosido.

—Ya me hago cargo.

—Y á nadie le amarga un dulce.

—Es verdad.

Don Cleto contestó maquinalmente, porque él jamás se habia atrevido á decir nada á ninguna mujer.

—El soldado no tiene más que una obligacion,—prosiguió el asistente, que cuando empezaba á cantar las excelencias de la vida militar no acababa fácilmente.

—¿Una?

—Nada más.

—¿Cuál?

—Cumplir la ordenanza.

—Dime, y eso obligará tambien á los jefes.

—Más que á nadie.

—De modo que yo...

—¿Usted qué es?...

—Yo soy una especie de comandante, según me ha dicho don Jerónimo.

—Entonces también le obliga.

—Bueno, pues tú me explicarás lo que es eso, porque yo hasta ahora no he sido más que pasante de escribano, y esta profesión es muy distinta de la que voy á tener desde hoy en adelante.

—Pues mire usted, la ordenanza es una cosa muy fácil.

—Vaya, me alegro.

—Tratará usted mal á todos los inferiores...

—No, yo soy incapaz de tratar mal á nadie.

—No es decir maltratarlos... pero, en fin... á los oficiales les ha de hablar usted siempre muy sério... y á los soldados más todavía.

—¿Más?...

—Sí, señor, y echarles algun terno.

—¡Jesús!

—Y pegarles un puntapié si viene á mano.

Don Cleto marchaba de asombro en asombro.

—En cuanto á los superiores,—continuó el Feo,—ya es diferente. Ellos serán los que le hablen á usted con mal tono...

—Hombre, si no doy motivo.

—Y usted debe callarse como un muerto y no replicar, aunque digan una barbaridad más grande que la catedral de Burgos.

—Eso no me costará mucho trabajo.

—Tendrá usted que obedecer todo lo que le manden.

—¿Y si me mandan tirarme de cabeza al río?

—Tambien; aunque le manden á usted fusilar á su padre y comerse viva á su hermana.

—Eso no lo haré yo, aunque me lo digan frailes descalzos.

—Se expondrá usted á que le peguen cuatro tiros...

—¡Canario!

—Sí, señor; aquí al que desobedece... ya se sabe.

—Le convencen á balazos.

—Si usted se deserta...

—No lo haré.

—Le pegarian cuatro tiros.

—Y van ocho.

—Si falta usted al respeto á un jefe...

—¿Otros cuatro?

—Sí, señor.

—Doce.

Don Cleto iba acumulando fusilamiento sobre fusilamiento, y se encontraba ya con la piel agujereada por todas partes.

—Al que huya delante del enemigo...

—No sigas adelante. Le pegan cuatro tiros...

Y el bueno del pasante pensó para su capote: «Estos serán probablemente los que á mí me toquen.»

Don Cleto acabó de comer, y mientras el Feo levantaba los manteles, le dijo:

—Tú me pareces inteligente en caballos.

- Entiendo algo.
—Pues mira, tú me escogerás mañana uno.
—¿Cómo lo quiere usted?
—Que no me tire.
—Vamos, muy manso.
—El más manso que haya.
—Está bien.
—Tambien me has de buscar un asistente que sea bueno y listo.

—Pierda usted cuidado. ¿Quiere usted algo más?

—Echa esta carta al correo.

Y don Cleto dió al Feo la carta que habia escrito para su hermana.

Despues de aquella conversacion, el pacífico burgalés quedó aún más apurado que antes.

Casi sentia no haberse dejado prender en Búrgos, porque ser prisionero de los franceses le parecia mucho ménos expuesto que desempeñar el cargo de intendente de los españoles.

Hubo momentos en que tuvo tentaciones de echar á correr y marcharse sin saber adónde.

Pero luego recordó aquellos cuatro tiros que se pegaban á los desertores, y no sabia si ya Merino le consideraria como tal, aunque aún no habia tomado posesion de su empleo.

Por último, tomó una determinacion digna de su honradez.

—¡Qué caramba!—dijo.—Aquí hay miles de hombres que corren todos los dias los peligros que yo temo. ¿He de valer yo ménos que ellos? No tal. Si tengo mie-

do me aguantaré, si muero que me entierren; pero no se ha de decir que yo soy el único español que retrocede cuando se trata de salvar la patria.

Al terminar este monólogo, don Cleto empuñó su paraguas como si fuera un sable, hizo con él un par de molinetes, y poniéndose el sombrero, se fué á pasear por las calles de Aranda.

Capítulo LXVII

Un empleo bien desempeñado

Al día siguiente tomó posesion de su destino.

El cura puso á sus órdenes cuatro escribientes, y la oficina de la intendencia quedó montada con mucha sencillez y bastante perfeccion.

A los pocos dias, el nuevo intendente habia ganado por completo el aprecio de Merino.

Era un hombre tan laborioso, que constituia un verdadero hallazgo para las fuerzas españolas.

La contabilidad de aquel ejército no dejaba de ser complicada.

Don Cleto abrió cuentas particulares á todas las juntas patrióticas para saber á cuánto ascendian los donativos de cada una, las fechas en que se recibian y forma en que se hacia la entrega.

De estos donativos, no todos eran en dinero.

Habia muchos en efectos, especialmente armas y caballos.

Don Cleto llevaba nota de todo.

Además de las cuentas particulares, formó una general, que venia á ser una especie de libro mayor, en el cual todo aparecia con la mayor claridad, y en un momento podia enterarse el que lo examinara del estado de fondos de la brigada, porque aparecian por dias todos los ingresos y gastos.

Como don Cleto era tan aficionado á papeles, exigia que las cuentas que le daban los capitanes cajeros fueran acompañadas de todos los justificantes, con los cuales iba formando legajos, que conservaba perfectamente ordenados.

Merino le daba facultades, cada vez más amplias, para que arreglara todos los asuntos del modo más conveniente, y él, persuadido de la importancia que tenia para la causa nacional la buena administracion de las tropas, se consagraba al trabajo con un ardor y un entusiasmo imponderables.

A pesar de su carácter tímido y bondadoso, no carecia de una prudente energia, que sin irritar á nadie, le hacia respetar de todos.

Ordenó que todas las cuentas, además de la firma del capitán cajero, llevarán el *Visto Bueno* del jefe de cada cuerpo, y dispuso que no se hiciera ningun pago sin el correspondiente recibo.

Don Jerónimo estaba entusiasmado con su novísimo intendente.

—Usted es una perla,—le decia.

Don Cleto se ponía encarnado hasta las orejas.

—Así, así me gusta.

—¿Está usted contento?

—Mucho.

—Lo celebro.

—Aquí necesitamos un gran orden.

—Lo habrá,—respondía don Cleto.

—Los gastos son excesivos.

—Procuraremos que se reduzcan.

—Sí, porque es preciso no esquilmar á los buenos patriotas.

—Debo decir á usted, señor don Jerónimo, que hasta ahora, en las pocas cuentas que lleve examinadas, he encontrado la mayor moralidad.

—Pues no faltaba más.

—Algunas informalidades.

—Es preciso que no las haya.

—Ya lo enmendaremos.

—Nada de blanduras.

—No, señor.

—Tenga usted carácter.

—Lo tendré.

—La patria exige que todos cumplamos con nuestro deber, cueste lo que cueste.

—No lo olvido.

En estos términos hablaban casi todos los días don Cleto y don Jerónimo.

Entre tanto, el primero recibió carta de su hermana, en que le anunciaba su salida de Búrgos para Villaviado.

Don Fabian, cuando supo que el cura Merino habia convertido en intendente á su antiguo pasante, no pudo ménos de soltar una carcajada.

—Lo desempeñará perfectamente,—habia dicho;—es un hombre de bien y muy trabajador. Con tal que no le hagan exponerse á los peligros de la guerra, creo que cumplirá á las mil maravillas.

Esto se lo contaba á su hermano doña Nicolasa, en la carta que le escribia.

—¡Don Fabian me conoce!—exclamó don Cleto al leer este párrafo.—Me conoce, y no puedo negar que me tiene cariño.

.

La brigada de Merino estaba ya completa.

Habia pasado cerca de un mes desde la batalla que el cura habia pensado que se llamara de Madrigalejo, y se llamó de Madrigal, porque allí tuvo lugar lo más importante y reñido de la pelea.

En aquel tiempo, casi todos los heridos se habian incorporado á las filas, ya restablecidos.

Sólo quedaban los muy graves.

Muchos de estos debian quedar inútiles.

Pero los voluntarios que de todas partes afluían á la guerrilla eran tantos, que suplieron con exceso aquellas bajas.

Los reclutas de la caballería adelantaban rápidamente en su instruccion.

Las nuevas baterías de montaña estaban organizadas; de modo que Merino, cuando tuviera que volver

á batirse, podria presentar en el campo veinticuatro piezas.

Tenia además una plaza fuerte, que si no era inexpugnable, podia servir muy bien como base de operaciones, y dominaba en absoluto tres distritos de la provincia de Búrgos: Aranda de Duero, Lerma y Salas de los Infantes.

Era todo lo que podia pedir el más exigente.

Y caridad.

bian con los rebeldes, y entonces no le libra ni la paz puede llegar á enterarse de la connivencia de don Esteban está bien informado, y cuando menos se piense tes más eficaces; lo que quiere decir, que el ducado de en individuos de la Junta insurreccional ó en sus agentes que haga prisiones, y estas recien precisamente desearnos, la autoridad militar pide todos los dias al por consecuencia de las pesquisas que se hacen sin movimiento una policía numerosa y bien organizada. combatir la insurreccion es en la capital, y ha presto en me se dice vulgarmente; conoce que donde hay que El capitán general es hombre que se va al pulito, el amigo don Fabian se encuentra muy apurado. Tenemos que trasladarnos otra vez á Búrgos, donde

Capítulo LXVIII

Gato por liebre

Tenemos que trasladarnos otra vez á Búrgos, donde el amigo don Fabian se encuentra muy apurado.

El capitan general es hombre que se va al bulto, mo se dice vulgarmente; conoce que donde hay que combatir la insurreccion es en la capital, y ha puesto en movimiento una policia numerosa y bien organizada.

Por consecuencia de las pesquisas que se hacen sin descanso, la autoridad militar pide todos los dias al prefecto que haga prisiones, y estas recaen precisamente en individuos de la Junta insurreccional ó en sus agentes más eficaces; lo que quiere decir, que el duque de Istria está bien informado, y cuando ménos se piense puede llegar á enterarse de la connivencia de don Fabian con los rebeldes, y entonces no le libra ni la paz y caridad.

Este es motivo suficiente para preocupar al antiguo escribano, y hace días que no come ni duerme tranquilo.

La circunstancia de la fuga de don Cleto le hacia más sospechoso. El capitan general creyó firmemente que él le habia avisado; pero no se atrevió á decir nada, porque pensando en las relaciones particulares que tenia con aquel hombre, no extrañaba que hubiera procurado librarle.

Don Fabian conoció esto por alguna indirecta que el general le echó intencionadamente al enterarse del caso, y esto mismo le hizo conocer que se hallaba en un terreno muy resbaladizo; y que el dia ménos pensado podia caer para no levantarse.

Se puso en guardia, y buscó una entrevista con el rector del hospital del Carmen, que era á la sazón presidente de la Junta insurreccional.

Este sacerdote era sumamente listo.

Fuése una noche disfrazado á la prefectura, y una vez en el despacho de don Fabian, escuchó atentamente la relacion que este le hizo de lo que ocurría.

El prefecto habia recibido orden de prender á dos patriotas muy importantes.

Don Fabian manifestó al sacerdote que era necesario que se escaparan aquella misma noche.

—Nada de eso,—le contestó el cura.

—¿Por qué?

—El duque de Istria es receloso, y si ya tiene alguna sospecha de usted, le prenderá mañana mismo.

—Para evitarlo pienso huir antes de amanecer.

—¿Adónde? Este es motivo suficiente para preocuparse.
—A unirme á la guerrilla de Merino. Y escribano, y

—De ningun modo. Olvidó.

—¿Cómo? La circunstancia de la fuga de don

—Usted hace falta aquí. El capitán es

—Pero entonces, ¿qué vamos á hacer?

—Pensemos. Porque pensando en las relaciones

—Los dos hombres estuvieron callados algunos minu-

tos. El sacerdote meditaba; don Fabian no hacia más que mirarle, porque él ya habia pensado mucho en el asunto desde por la tarde, y no se le habia ocurrido nada de provecho. Y esto mismo le hizo conocer

El cura permanecía inmóvil, con los ojos fijos en la chimenea y mordiéndose el índice de la mano derecha.

Por fin abandonó su actitud, y miró á don Fabian sonriendo.

—¿Se le ha ocurrido á usted algo?

—Sí tal. Este sacerdote era sumamente listo.

—Veamos. Fuese una noche desahogado á la

—Es preciso desorientar al general. ven en el despacho.

—¿De qué manera? la relación que este le hizo de

—Ello es un poco atrevido, pero por lo mismo me parece fácil. patriotas muy importantes.

—Hable usted. Don Fabian manifestó al sacerdote

—Nuestros amigos se dejarán prender mañana. rio

—Sí. Nada de eso, le contestó el cura.

—Les prevendremos con tiempo para que no les co-
jan papeles y se pongan además de acuerdo en cuanto
á las declaraciones que hayan de dar. gura sospecha de

—Bueno. —Para evitarlo pienso huir antes de

—De este modo serán absueltos indudablemente.

—Sí; pero recuerde usted lo que le pasó al pobre don Venancio. Le absolvió el consejo de guerra, y luego le encerraron gubernativamente en el castillo de Bayona.

—Es un mal, pero, en primer lugar, no estamos seguros de que ahora suceda lo mismo, y en segundo, que más vale que ellos sufran una temporada de encierro, que no que usted abandone su puesto, donde nos presta tantos servicios. Cada cual hace por la patria los sacrificios que están en su mano. Todos arriesgamos la vida, y bien pueden dos de nuestros amigos arriesgar su libertad.

—Eso resuelve la cuestión por el momento,—replicó don Fabian;—pero dentro de poco volverá á presentarse. El general pedirá nuevas prisiones, y usted no querrá que vaya prendiendo á todos nuestros amigos.

—No por cierto!

—Él se conoce que está sobre la pista.

—Haremos que la pierda.

—Si se consigue.

—Para ello bastará que dentro de un par de días se descubra una conspiración.

—¿Quién ha de descubrirla?

—Usted.

—¿Yo?

—Una conspiración supuesta.

—¡Ah!

—La policía sabe fingirlas admirablemente.

—En efecto.

—A usted no le faltará un comisario listo, que sin enterarse del verdadero objeto, la urda en veinticuatro horas.

—No me falta.

—Pues bien: usted la descubre, prende á los conspiradores, entrega al capitán general papeles, cuentas, documentos, cartas del cura Merino, todo lo necesario para que crea haber dado con la verdadera Junta insurreccional.

—Es muy ingenioso.

—Este servicio aumentará el crédito de usted y disipará las sospechas que hayan podido concebirse.

—No hay duda.

—La causa será larga, porque usted, que ha sido escribano, ya sabrá disponer los papeles que se cojan de modo que el asunto sea lo más embrollado del mundo.

—Eso corre de mi cuenta.

—Y en unos cuantos meses, el general, creyendo que tiene en su poder á los culpables, nos dejará en paz á nosotros.

—No puede estar mejor pensado.

—¿Lo aprueba usted?

—¿Quién lo duda!

—Ya veo que hay que llevar á la cárcel á unos cuantos pobres diablos que son inocentes; pero en su día se les indemnizará por el perjuicio que ahora sufran.

—Sí, señor.

—Y además, ¿no son españoles? Pues más expuesto es andar á balazos por los campos como hacen Merino y los suyos.

—O dirigir desde aquí la maniobra, como hacemos nosotros, arriesgando la piel.

—Nada, nada, que sufran una temporadita de encierro, y puesto que al fin y al cabo se ha de reconocer su inocencia...

—Una cosa me ocurre,—exclamó don Fabian.

—Diga usted.

—Toda vez que yo puedo escoger los conspiradores, no será malo me fije en algunos afrancesados.

—¡Admirable!

—Les haremos servir por fuerza á la causa de España.

El proyecto quedó aprobado, y despues de convenir en algunos detalles, don Fabian y el sacerdote se separaron á la una de la noche.

Al dia siguiente comenzó á ponerse por obra, y los dos patriotas españoles, que ya estaban prevenidos, se dejaron prender tranquilamente.

La policía selló sus papeles, y don Fabian pudo anunciar al duque de Istria que su orden se habia cumplido.

El capitan general no esperaba que así sucediera, y quedó extraordinariamente sorprendido.

.

Dos dias despues, los franceses estaban locos de contento, y en toda la ciudad de Búrgos habia una perturbacion inmensa.

El caso no era para ménos.

Se habia descubierto una gran conspiracion.

Toda la Junta insurreccional habia caído en poder de las autoridades.

El prefecto, á quien se debía tan importante servicio, habia procedido con tal habilidad, que ni uno sólo de los conspiradores habia escapado.

Al prender á los culpables y ocupar sus papeles, se les habia encontrado una documentacion completa.

Actas de las sesiones que celebraba la Junta, cuentas de los gastos que habia hecho desde su instalacion, comunicaciones del cura Merino dando cuenta de los combates que libraba y de las necesidades que experimentaba su guerrilla, oficios de la Junta central, nombramientos oficiales, planes ulteriores de la rebelion... Nada faltaba.

El duque de Istria colmó de aplausos al prefecto y dirigió comunicaciones á los gobiernos de Madrid y Paris, proponiéndole al primero para la gran cruz de Carlos III, y al segundo para el cordón de la Legion de honor.

Quería que tanto el rey José como el emperador Napoleon, recompensasen el mérito que habia contraído.

Se hicieron multitud de prisiones.

En la conspiracion aparecian complicadas más de cuatrocientas personas, no sólo de Búrgos, sino de todos los pueblos de la provincia.

Aquello constituia una red inmensa, que envolvia todo el territorio de la capitania general; pero desde aquel momento quedaba destruida, porque todo el complot se hallaba en poder del gobierno.

Lo más raro, es que los conspiradores estaban tan confiados, que ni uno solo emprendió la fuga. Cinco ó

seis días se emplearon en hacer prisiones, porque cada documento que se leía acusaba nuevos culpables, y sin embargo, á todos se les encontraba en su casa, á todos se les cogían papeles importantes.

La verdad es que don Fabian habia aprovechado el tiempo, y la conspiracion estaba admirablemente tramada.

Otra de las cosas que admiraban á los burgaleses y á los mismos invasores, es que muchos de los presos habian sido hasta entonces tenidos por afrancesados.

Los habia hasta de los que hacian la tertulia al duque de Istria, y estos eran precisamente los más comprometidos.

Con ellos don Fabian no habia tenido escrúpulos.

Decia, que aunque los fusilaran por error, se perdía poco.

El antiguo escribano hacia las cosas en regla.

Con el enredo que armó, habia para que los jueces estuvieran un año devanándose los sesos sin sacar nada en limpio.

En vano los acusados protestaban de su inocencia.

Los papeles que se les cogían hablaban más alto que ellos.

Muchos ponían el grito en el cielo.

Aseguraban que no tenian noticia de semejantes papeles.

— Pero el hecho es que estos aparecian entre sus legajos sellados por la policia, y no habia más remedio que rendirse á la evidencia.

Hubo hombre que llegó á dudar hasta de sí mismo,

y pensó si por acaso sería un conspirador terrible sin haberse enterado de ello.

Habia documentos escritos con tinta simpática.

Más de uno de los presos perdió el color y se quedó mudo de asombro al ver que un pliego en blanco cogido sobre su mesa, y que no había tenido inconveniente en declarar que era suyo, en cuanto le aplicaban un reactivo aparecía escrito por los cuatro costados, y lleno de revelaciones tremendas.

Entonces no sabía qué decir, incurria en mil contradicciones, y cada una de ellas era para los jueces un nuevo indicio de culpabilidad.

Todo el vecindario de Búrgos estaba aterrado.

Hasta los verdaderos patriotas llegaron á asustarse, creyendo que efectivamente los franceses habían dado un gran golpe.

Sólo don Fabian y el rector del Cármén se frotaban las manos de gusto, viendo el buen éxito de su estratagemá.

Ellos eran los únicos que estaban en el secreto.

Para prevenir la alarma que era natural, creyeron de su deber avisar al cura Merino.

Esta precaucion no era necesaria.

Don Jerónimo, aunque supo inmediatamente lo que pasaba en la capital, en cuanto se enteró de los nombres de los presos vió que no había nada que temer.

— Los franceses han hecho el tonto una vez más, — dijo; y no volvió á pensar más en semejante cosa.

Y los procedimientos seguían.

Los juzgados no descansaban un minuto.

A todas partes se despachaban exhortos, haciendo prender á todo el mundo.

En quince dias las cárceles de Búrgos estaban atestadas.

Entre tanto, la verdadera Junta insurreccional proseguia sus trabajos con entera libertad.

Habiendo llamado la atencion hácia otra parte, nadie reparaba en ella.

El duque de Istria, persuadido de que la tenia en su poder, no se ocupaba en perseguirla.

El ardid del sacerdote presidente de la citada junta era un golpe maestro.

Don Fabian habia demostrado al ponerlo por obra, que como escribano era capaz de enredar al cielo y la tierra.

Capítulo LXIX

En el convento de Trinitarias

Pepita seguía cada vez más firme en su resolución de tomar el velo.

La abadesa la hacía mil reflexiones, no porque quisiera combatir aquella determinación, sino para impedir que la joven se engañara, tomando por vocación perfecta lo que podía ser únicamente una alucinación.

Pero la joven se manifestaba decidida.

Efectivamente, si lo que había en su alma no era vocación, era por lo menos un encanto tal, que al renunciar al mundo no hacía ningún sacrificio.

Había amado á Tomás todo lo que ella era capaz de amar. Su pasión, herida de muerte por el desden del muchacho, había acabado de extinguirse en la soledad del claustro.

Desde que recibió la última visita de don Cleto y

la carta de Juan, consideraba muerto á su amante y no se acordaba de sus amores más que como se acuerda uno de un sueño delicioso.

Las sencillas prácticas y la dulce compañía de las santas mujeres de que se hallaba rodeada, la atraían irresistiblemente.

Después de haber vivido en medio de la agitación, que hasta entonces había formado su atmósfera, mujer enamorada por un lado, y por otro agente insurreccional de los más activos, la calma y la tranquilidad de que gozaba en el convento, tenían para ella un encanto sublime.

Era el descanso después de la lucha, el silencio después del ruido, la paz después de la guerra.

Y nunca se aprecian mejor el descanso, el silencio y la paz, como cuando se ha vivido en medio de la lucha, el ruido y la guerra.

Una tarde, la abadesa entró en la celda de la hermosa viuda.

Josefa se hallaba á la ventana mirando distraída al sol, que comenzaba á ocultarse en el horizonte.

La abadesa llevaba una buena noticia.

El arzobispo había despachado favorablemente la solicitud de la reclusa para vestir el hábito de novicia.

Pepita, abstraída en su contemplación, no sintió á la abadesa hasta que esta la puso una mano sobre el hombro.

La joven se volvió repentinamente, y al ver junto al suyo el semblante aristocrático de la religiosa,

ahogó un ligero grito, que la habia arrancado la sorpresa.

—¿Os habeis asustado, hija mia?—preguntó dulcemente la monja.

—No, señora; sino que estaba distraida...

—¿En qué pensábais?

—En nada. Veia ponerse el sol, y escuchaba el gorgceo de los pajarillos que buscan sus nidos.

—Tengo que hablaros muy seriamente.

—Ya os escucho.

La abadesa ocupó el único sillón de baqueta que habia en la celda, y Pepita se sentó á sus piés en un taburete.

La monja apoyó su mano blanca y descarnada sobre la frente de la reclusa, y la contempló un momento con maternal ternura.

—¿Estais verdaderamente resuelta á ser monja?

—Es el más ardiente, ó por mejor decir, el único de mis deseos.

—¿Teneis la seguridad de no engañaros?

—La tengo.

—¿Habeis meditado bien en las reflexiones que os he hecho tantas veces?

—Sí, madre mia.

—Sois jóven todavía.

—Mi corazon ya no lo es, señora.

—Pensadlo bien.

—Está pensado.

—Ved que despues de ser novicia, aunque aún teneis un año de tiempo antes de pronunciar vuestros votos,

es probable que no tengáis resolución bastante para dejar de hacerlos, aunque vuestras ideas cambien.

—No cambiarán.

—Pues ya que estais tan resuelta, debo deciros que el señor arzobispo me autoriza para que os admita en calidad de novicia.

—Gracias, señora,—exclamó Pepita con efusion, cayendo de rodillas y cubriendo de besos las manos de la religiosa.

Esta la hizo levantarse.

—Tranquilizaos,—la dijo.—Estas resoluciones no deben ser el resultado de la pasion de un momento, sino de la meditacion y de la calma.

—Estoy tranquila. ¿Cuándo se hará la ceremonia?—preguntó la jóven.

—Aún habeis de aguardar algunos dias.

—¿Por qué?

—Es preciso que os prepareis dignamente para un acto tan solemne. La oracion y la penitencia han de purificar vuestra alma.

—Teneis razon.

—Habeis de hacer una confesion general.

—La haré.

—Pero esas cosas no se hacen precipitadamente,—añadió la religiosa.

—Decís bien.

—Son las más graves de la vida.

—Es cierto.

—Y es preciso darles toda la importancia que realmente tienen.

Pepita calló, manifestando que estaba convencida.

La superiora, que notó la tristeza que la habia producido aquella demora, se apresuró á consolarla.

—¿Será muy largo el plazo?—preguntó Pepita.

—No, hija mia,—contestó la monja;—lo absolutamente indispensable: empezareis los ejercicios preparatorios cuando querais.

—Mañana mismo.

—Bien, mañana.

—Gracias, madre mia.

—Ahora os dejó: necesitáis estar sola. Recoged vuestro espíritu, y pensad por última vez en la grave resolucion que vais á tomar. Todavía no sabe lo que sucede nadie más que yo. Aún estais á tiempo de retroceder.

—¡Oh! no.

—Pensadlo.

Pepita besó la mano de la abadesa, y esta salió de la celda, enjugando una lágrima que corria por su mejilla.

Al quedarse sola Pepita, reconcentró su espíritu y comenzó á pensar en todos los acontecimientos de su vida.

Era una especie de revista retrospectiva, que constituia al mismo tiempo una despedida.

El último adios que aquel corazon jóven, pero ya cansado de las emociones y los azares del mundo, daba á una existencia, que hasta poco tiempo antes habia sido su alegría.

Las palabras de la religiosa, aunque habian queda-

do grabadas en su mente, no quebrantaban su resolución.

La hermosa viuda se habia hecho ya todas las reflexiones que acababa de oir en boca de la abadesa, y de todas habia triunfado su decision irrevocable de pasar en el cláustro el resto de sus dias.

Capítulo LXI

La novicia

Pocos dias despues, el convento de religiosas trinitarias estaba de fiesta. Tomaba el velo una novicia. La mayor parte de la poblacion habia acudido á la ceremonia. Pepita tenia una gran celebridad, debida á su hermosura y á su carácter aventurero. Sus amores con el cura Merino y luego con Tomás, habian llegado á trascender al público. Se aseguraba que habia desempeñado un papel muy importante en la insurreccion, y todo esto bastaba para dar á la joven vida una gran celebridad. Como es de suponer, en la poblacion se hacian mil comentarios acerca de las causas que la obligaban á tomar el velo.

Capítulo LXX

La novicia

Pocos dias despues, el convento de religiosas trinitarias estaba de fiesta.

Tomaba el velo una novicia.

La mayor parte de la poblacion habia acudido á la ceremonia.

Pepita tenia una gran celebridad, debida á su hermosura y á su carácter aventurero.

Sus amores con el cura Merino y luego con Tomás, habian llegado á trascender al público.

Se susurraba que habia desempeñado un papel muy importante en la insurreccion, y todo esto bastaba para dar á la jóven viuda una gran celebridad.

Como es de suponer, en la poblacion se hacian mil comentarios acerca de las causas que la obligaban á tomar el velo.

Mientras unos aseguraban que Dios la había tocado en el corazón, y estaba arrepentida de todas sus culpas y ansiosa de pasar su vida pidiendo á Dios que la perdonara cual otra Magdalena, otros, algo más informados, decían que su amante había muerto en una de las últimas batallas, y la desesperación la hacía renunciar al mundo.

Nosotros sabemos que en esto no había más que una ligera parte de verdad.

No faltaba tampoco en la ciudad quien hablara de un acontecimiento misterioso, al cual se debía que la novicia hubiera entrado en el convento; pero aun estos, que eran los que más se aproximaban al verdadero origen de todo, no sabían determinar en qué consistía dicho acontecimiento.

Por supuesto, que nadie sospechaba una palabra del atrevido rapto verificado por el prefecto de Búrgos, para poner á cubierto de una indiscreción traidora los trabajos de la Junta insurreccional de Búrgos.

En las calles y en las tertulias se contaban una porción de historias relativas á la novicia, á quien algunos suponían víctima de una intriga, y otros pecadora contrita que buscaba la salvación de su alma en el seno de la religión.

Quién tenía un verdadero disgusto con todas estas historias, la mayor parte de ellas falsas y hasta inverosímiles, era la digna esposa de don Venancio Tordesillas, que veía traer y llevar el nombre de su prima de una manera tan poco favorable á su honra.

Aquella señora deseaba con ansia que Pepita toma-

ra el velo, para que los desocupados de la ciudad olvidaran aquel asunto y cesaran en sus habladurías.

Llegó el día solemne.

La iglesia de las trinitarias estaba espléndidamente iluminada.

El altar mayor, según la expresión de las beatas, parecía un áscua de oro.

Lo cierto es que en él había una profusión de luces, que reflejándose en las molduras doradas del retablo, le daban un aspecto magnífico y sorprendente.

Todo el templo ostentaba hermosas colgaduras de damasco encarnado.

Las arañas, cargadas de velas encendidas, contribuían á dar á la nave una claridad, que se reflejaba hasta en sus elevadas bóvedas.

Las lámparas de las capillas también ardían.

A la derecha del altar mayor se veía la gran verja de hierro, detrás de la cual se encontraban las monjas.

A la izquierda, en un sillón, Pepita con sus padriños, el arzobispo de Burgos y la esposa de don Venancio.

Toda la nave de la iglesia estaba llena por la concurrencia, que era tan numerosa como distinguida, especialmente en el sexo femenino.

Pepita estaba radiante de hermosura.

Llevaba un magnífico traje blanco; sus cabellos, negros como el ébano, admirablemente peinados, hacían resaltar las luces de una diadema de brillantes que se perdía entre sus ondas; en su garganta lucía un collar de perlas notables, no sólo por su tamaño, sino por la

completa igualdad de todas ellas. Un soberbio velo de encaje blanco caía desde su cabeza á los piés, formando una especie de manto, cuyos anchurosos pliegues la envolvían completamente.

Nunca había estado Pepita tan hermosa.

Sus ojos brillaban de una manera extraordinaria.

La blancura mate de su tez se hallaba ligeramente sonrosada por la emoción propia de la solemnidad del acto y por el calor que hacía en el presbiterio.

Los hombres la contemplaban con admiración.

Las mujeres no podían verla con envidia, porque no temían que aquella hermosura espléndida rivalizara con ellas en el mundo.

Por el contrario, iba á encerrarse para siempre entre las paredes de un convento.

Aquella era casi la hora de su muerte; por lo tanto, la hora de las alabanzas.

El mundo no hace justicia al mérito, más que cuando ya no puede tenerle.

A un lado de Pepita, el arzobispo, vestido de pontifical con mitra y báculo, su corona de cabellos blancos que se escapaban de la mitra, su rostro dulce y bondadoso, su capa pluvial de brocado y pedrería.

Al otro, la esposa de don Venancio, vestida de negro, sin afectación, pero con lujo y elegancia.

Y el clero vestido de gala.

Y los acólitos, de cuyos incensarios salían nubes de humo, que iban á perderse desvaneciéndose en las altas bóvedas del templo, esparciendo en todo él un ambiente perfumado.

Y las notas graves, majestuosas, sublimes, del órgano, cuyas armonías acompañaban pausadamente al canto de las monjas que detrás de la reja, en el llamado locutorio bajo, entonaban sus plegarias al Altísimo, implorando la bendición del cielo para la que dentro de pocos minutos iba á ser su hermana.

Todo aquello formaba un conjunto admirable, poético, encantador, lleno de unción religiosa, capaz de elevar el alma más vulgar á las etéreas regiones de lo infinito.

Era imposible contemplarlo un momento sin caer de rodillas y con los ojos llenos de lágrimas.

Habia allí esa grandeza que no se explica, pero se siente, que al mismo tiempo que se impone á nosotros por los sentidos, se apodera de nuestro corazón é invade nuestra alma por los caminos misteriosos que el espíritu abre á las sensaciones inmateriales.

Cuando cesaron los cánticos y calló el órgano, el arzobispo tomó la palabra.

¡Qué pintura tan arrebatadora hizo de la santidad del estado religioso!

Su voz, que á despecho de los años, el fervor hacia sonora, vibraba en todos los corazones.

Las mujeres le escuchaban sollozando.

Los hombres estaban conmovidos.

—Dios abre sus paternos brazos,—decía,—á todos los que quieren acogerse en su seno. Aquí encontrarán las almas combatidas en el mar de la vida por el huracán de la desgracia, un puerto seguro, adonde no llegan los vendavales. A nadie se pregunta de dónde

viene, sino la intencion con que viene. Si esta es pura, nada importa que la procedencia no lo sea. Dios, que es todo amor, sabe que los que más necesitan de Él, son los que por más tiempo le han olvidado. Él nos manda acoger á todos, que para todos hay lugar en su infinita grandeza y en su misericordia infinita.

Al decir el arzobispo estas palabras, un rayo de sol, penetrando por una ojiva de la iglesia, iluminaba su frente, como si el espíritu divino le inspirase.

—¡La vida de la contemplacion!—añadió.—¡Dichosos los que pueden hacerla! ¡Mil veces dichosos los que la comprenden! Consagrarse á Dios es consagrarse á conseguir la vida eterna, la eterna bienaventuranza. Y si para lograr en el mundo cosas tan pequeñas, goces tan mezquinos como los que nos produce todo lo que es terrenal, hacemos frecuentemente sacrificios tan grandes, ¿cuál no debe parecernos pequeño en comparacion de la dicha de vivir eternamente en la presencia del Señor?

La elocuencia sencilla y conmovedora del prelado, encantaba á sus oyentes. No habia en su discurso imágenes poéticas ni argumentos retóricos. La oratoria sagrada desdeña esos recursos. La verdad no necesita más que mostrarse para penetrar en las inteligencias, y el bien se apodera sin esfuerzo de los corazones sanos.

El orador religioso, cuando no se consagra á la controversia, cuando se siente de antemano dueño de su auditorio, cuando no necesita convencerle, se contenta con recordarle el bien y la verdad.

No necesita otra cosa.

Su discurso tiene algo de cántico; es un himno á la Divinidad, una protestacion de la fé hecha en nombre de la comunión de los fieles.

Así lo comprendía el arzobispo, y por eso fué nada más que breve y patético. Si lo hubiera necesitado, hubiera sido tambien discutidor y contundente.

Terminada su plática, preguntó á la hermosa viuda si quería de su propia voluntad abrazar el estado religioso.

Pepita, aunque conmovida, no ménos por la gravedad, que por el discurso que acababa de oír, respondió con voz firme y sonora:

—Sí.

Entonces empezó esa procesion que hacen las novicias antes de entrar en el cláustro, como para que vean por última vez el mundo á que van á renunciar, y manifiesten si retroceden cuando aún es tiempo.

La jóven, acompañada de sus padrinos y seguida por el clero que asistia á su prelado, salió hasta la puerta de la iglesia.

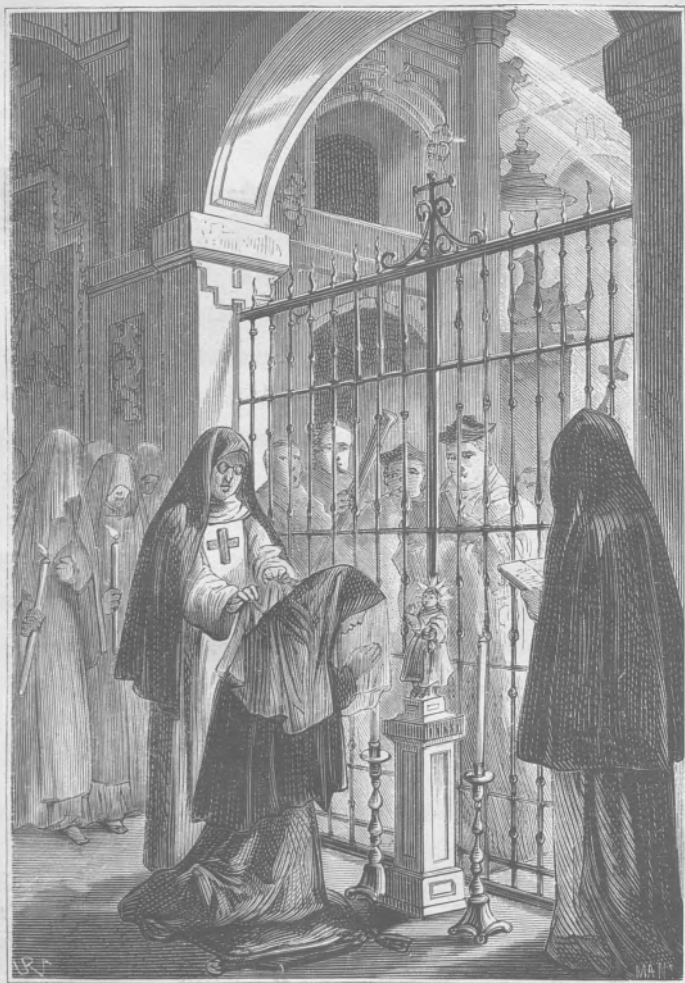
Toda la concurrencia abría paso á la comitiva, y los ojos de todos los concurrentes se fijaban con avidez en la hermosa viuda, que se habia puesto densamente pálida.

Cumplida aquella fórmula, la procesion volvió al altar mayor.

Allí el arzobispo volvió á repetir su pregunta, obteniendo la misma respuesta.

Entonces se abrió la puerta del locutorio bajo.

Pepita abrazó por última vez á su prima, besó el



Profesion de una religiosa trinitaria.

anillo al arzobispo, vaciló un momento, y entró con paso firme en el locutorio.

La reja se cerró detrás de ella.

La novicia desapareció entre sus nuevas hermanas, las campanas tocaron á muerto, y el clero entonó un responso.

Algunos minutos después, Pepita volvió á presentarse entre las monjas.

Ya se habia quitado las galas, y vestia el hábito de novicia.

El órgano volvió á dejar oír sus majestuosas armonías.

La comunidad entonó un cántico triunfal, el arzobispo bendijo á la concurrencia, y terminó la ceremonia religiosa.

Las luces se fueron apagando, la iglesia quedó desierta, callaron las campanas, el pueblo fué desfilando hácia la ciudad mientras los convidados se dirigian al locutorio alto, donde les esperaba una gran mesa, cubierta de exquisitos dulces y algunos refrescos.

.

Pepita habia renunciado al mundo para siempre.
¿Qué pasó en su corazon durante aquella larga y solemne ceremonia?

Sólo Dios lo sabe.

Esas grandes resoluciones no se llevan á cabo sin vacilacion y sin tristeza.

Aunque sólo sean producto del desencanto, el desencanto es una carga bastante pesada para los corazones.

La ilusión no muere sin que su muerte nos ocasione un dolor agudo.

Pepita había sido demasiado sensible á los placeres de la tierra, para perderlos sin pena, tal vez no por ellos mismos, sino por las causas que motivaban su determinacion.

No siempre se huye del mundo por el mundo, sino por sustraerse á los dolores que en él nos afligen.

La hermosa viuda se encontraba en este caso.

Capítulo LXXI

Tomás se agravaba por momentos.

El médico lo conocía, y no trataba de ocultarlo.

Don Modesto, doña Nicolasa y Gregoria, que alternaban en el cuidado del enfermo, estaban persuadidos de que su fin se acercaba.

El herido no abrigaba la menor duda.

Por fin llegó un día en que el jóven se encontró mucho peor.

Don Modesto estaba á la cabecera de su cama.

—Amigo mio,—le dijo Tomás en voz débil.

—¿Qué hay?

—Voy á morir.

Don Modesto no se atrevió á replicar.

—Quisiera confesarme,—añadió el herido.

—Por eso nada se pierde,—respondió don Modesto.

—Ruego á usted que lo diga á mis padres.

—Al momento.

Don Modesto salió de la habitacion del herido, y cumplió aquella penosa comision.

Todos se alegraron del deseo de Tomás.

Mariana, porque era profundamente religiosa, se habia desvelado mucho porque sus hijos lo fueran tambien, y aquello le demostraba que habia sembrado en buen terreno.

Los demás, porque comprendian que ya era absolutamente indispensable, y pidiendo el mismo enfermo que se le preparase, les ahorraaba el paso, desagradable siempre, de tener que decírselo.

Como Juan estaba en Lerma, se le envió un propio para avisarle de lo que ocurría, por si le era posible asistir á tan solemne acto.

Esto pasaba por la mañana, y se habia convenido en administrar á Tomás por la tarde.

El cura Merino estaba tambien en Lerma, adonde dos dias antes habia hecho replegar los tres batallones que tenia en Madrigal y Madrigalejo.

Juan se presentó á don Jerónimo y le dijo lo que habia, pidiéndole licencia para marchar á Villoviado.

—Yo iré contigo.

—¿Usted?

—Sí, deseo ver á tu hermano.

—Muchas gracias.

Cuando Segura se enteró del caso, manifestó tambien deseos de ver á Tomás.

—Venga usted,—le dijo el cura.—Aquí no ocurre

nada que exija nuestra presencia, y si acaso hubiera novedad, una legua pronto se anda.

Un cuarto de hora despues, los tres jefes marchaban á caballo por el camino de Villoviado, seguidos de tres ordenanzas montados.

A poco más de mediodía, llegaron al pueblo.

Don Jerónimo se dirigió con Segura á casa del párroco, donde los dos se alojaron, y Juan fué á la suya sin pérdida de tiempo.

Toda la familia estaba en la mayor consternacion.

Ya hasta la misma madre se habia convencido de que se acercaba el último momento.

A las cuatro de la tarde se confesó el enfermo.

Inmediatamente se le administró el Viático.

Todos los vecinos de Villoviado acompañaron al Señor con velas encendidas.

Aquello era una solemnidad como no se habia visto nunca.

Tomás, incorporadó en el lecho, lleno de vendajes, pálido como la muerte, respirando con dificultad á causa del dolor de sus heridas, con la barba crecida y hundidos los ojos, pero sereno y tranquilo, recibió la Eucaristía.

Todos los presentes lloraban.

El coronel Segura se limpió varias veces las lágrimas con el revés de su mano, encallecida en los combates.

El mismo cura Merino sintió húmedas sus megillas.

Ver morir á aquel hombre tan jóven, tan valiente, poco antes tan lleno de vida, era ciertamente un espec-

táculo doloroso y capaz de conmover al más insensible.

Terminada la solemne ceremonia, retiróse la concurrencia, y sólo quedaron en la habitación de Tomás sus parientes y los amigos más íntimos.

Entre estos, Segura, Merino y el padre de Amalia.

María y Gregoria eran de la familia.

Nadie se atrevia á interrumpir el imponente silencio que reinaba.

Tomás fué el primero que lo rompió.

—No lloren ustedes,—dijo.—Voy á morir, pero muero contrito y arrepentido de mis culpas, perdonado por todos aquellos á quienes he ofendido, y muero noblemente herido en defensa de mi patria. ¿Qué más puede apetecer un español y un buen cristiano?

La voz del jóven era cada vez más débil.

Todos los presentes ahogaban sus sollozos para oírle.

Mariana estaba arrodillada á la cabecera de la cama, y tenía entre las suyas la mano de su hijo.

—En lugar de afligirse,—prosiguió este,—lo que hay que hacer es dar gracias á Dios porque me proporciona tan buena muerte. ¡A cuántos de mis compañeros he visto morir en el campo, destrozados por la metralla, pisoteados por los caballos enemigos, oyendo en torno suyo la blasfemia y viendo en todas partes la desesperacion y la ira! ¿Qué diferencia entre esa muerte y de morir aquí, rodeado de todos los que me quieren, pudiendo recibir la bendicion de mi padre y el último beso de mi adorada madre!

Tomás apenas tenia fuerzas para hablar.

Todos se veían imposibilitados de contestarle.

Verdad es que hay un silencio más elocuente que todas las palabras.

—¡Padre...—dijo el moribundo haciendo un esfuerzo,—padre mio... he cumplido con mi deber!...

—¡Sí, hijo mio, y yo te bendigo!—exclamó Gil, que se ahogaba.

—¡Padre... madre mia... Juan... perdon todos!... Creo en Dios...

El enfermo dejó caer la cabeza sobre el pecho.

Luego volvió á levantarla con una energía sobrenatural... incorporóse en el lecho con la convulsion de la última agonía, y gritó con voz estentórea, que heló de espanto á los presentes:

—¡Viva España!

En seguida cayó sobre la almohada para no volver á levantarse.

Aquel había sido su último esfuerzo.

El médico, que había llegado pocos momentos antes, le reconoció minuciosamente.

Era cadáver.

Grandes esfuerzos costó á Segura, don Modesto y el cura Merino separar á Gil de su hijo muerto.

El pobre anciano se había arrojado sobre el cadáver como si quisiera volverle á la vida con sus besos.

En cuanto á Mariana, más feliz que su marido, se había desmayado, y Juan la sacó en sus brazos de la estancia.

Las mujeres acudieron á la pobre madre, mientras los tres hombres prodigaban al desgraciado padre los cuidados que su dolor exigía.

El párroco del pueblo se quedó velando el cadáver, que fué vestido por dos criados, los cuales le pusieron su uniforme de comandante.

En cuanto el cura Merino pudo hablar á Juan, le dijo:

—Me parece que debemos evitar que tus padres vuelvan á verlo.

—Lo que usted quiera,—repuso Juan, que estaba anonadado, á pesar de que esperaba aquel desenlace.

—Mejor es que lo trasladen á la iglesia.

—Bien.

—Tú no estás para nada. Déjame á mí, que con Segura lo dispondré todo.

Juan no respondió, y Merino empezó inmediatamente á dar disposiciones.

Al día siguiente, á eso de las siete de la mañana, llegaron á Villoviado un batallón y un escuadrón de caballería.

Eran las fuerzas que el cura Merino había pedido á Lerma la noche anterior para hacer los honores al cadáver de Tomás.

Don Jerónimo había mandado que el funeral se hiciera con todo el lujo posible.

De Lerma habían acudido varios sacerdotes para cantar la misa de cuerpo presente.

Los vecinos de Villoviado en masa habían invadido la iglesia.

En el centro de ella se había levantado un pequeño túmulo, sobre el cual se hallaba el cadáver.

Al rededor de él velaban cuatro soldados con el fusil al hombro y la bayoneta armada.

La aglomeracion de gente era tal, que el batallon no habia podido entrar en el templo y estaba formado en la plaza.

Terminada la misa de *requien*, los cuatro oficiales más jóvenes del batallon tomaron en hombros la caja, y la comitiva fúnebre se puso en marcha.

Delante iba la cruz parroquial y el clero entonando sus cánticos.

Seguia el cadáver, y detrás de él iban Merino y Segura.

Cerraban la marcha la infantería y la caballería.

Detrás se apiñaba casi todo el vecindario de Villaviado, á quien atraian igualmente la simpatía y la curiosidad.

Llegados al cementerio, abrióse la caja, cantóse el último responso, recibió tierra el cadáver, y una descarga cerrada de todo el batallon de infantería saludó por postrera vez al que tan valerosamente habia dado su vida por la patria.

EPÍLOGO

I

Han pasado cincuenta años.

Nos hallamos en 1860.

En el pueblo de Villoviado vive un anciano de setenta y cuatro inviernos, que conserva cierta apostura marcial, y manifiesta una robustez y una agilidad impropias de su edad avanzada.

Por las tardes suele salir á pasear, llevando de la mano dos nietecitos, un niño de diez años, y una preciosa niña de ocho.

Algunas veces les acompaña una señora hermosa, que podrá tener treinta años, y es madre de los dos niños.

En cuanto al padre, está ausente.

Es comandante de infantería, y se halla en el ejér-

cito que pelea en África contra el imperio de Marruecos.

Todos los labriegos que encuentran al anciano con sus nietos, le saludan respetuosamente quitándose el sombrero.

Aquel viejo de bigote blanco, se llama don Juan Mendoza; era coronel efectivo de caballería al terminar la guerra de la Independencia, y los vecinos de Villaviado cuentan de él grandes proezas.

Nosotros sabemos que cuentan la verdad.

II

El abuelito, cuando empieza á hablar de sus aventuras, cuenta y no acaba. I

Sus nietos saben de memoria todas las operaciones de la guerra contra los franceses; pero les inspiran tal interés, que siempre están haciendo á su abuelo que se las vuelva á contar nuevo.

Este lo hace con mucho gusto.

—Aquello era patriotismo,—suele exclamar el viejo echando fuego por los ojos.—Todo el mundo acudia á su puesto sin que nadie le llamara. No habia entonces partidos ni opiniones, ó por mejor decir, habia una opinion, la de vencer á los franceses ó morir peleando. Dicen que aquellos tiempos eran malos. Yo los prefiero á los que he visto despues, en que los españoles peleaban entre sí y destrozaban la patria por miserables cuestiones políticas. Entonces todos éramos unos: los hombres daban su vida, los ricos su fortuna, las mujeres sus

alhajas para mantener á los soldados de la nacion, y los que morian estaban seguros de que perdian la vida por la más santa de las causas. Si por algo me alegro de haber vivido tanto, es por el consuelo que experimento ahora viendo la explosion de amor pátrio que ha habido en todas partes al declararse la guerra á Marruecos. España siempre es España, y... no hay más que decir.

Estas ó parecidas frases pronunciaba don Juan Mendoza cada vez que se le hablaba de los sucesos pasados y se le recordaba su gran participacion en los que habian ocurrido en Castilla la Vieja.

III

Una tarde que, segun costumbre, paseaba con sus nietos, el mayor de ellos le preguntaba:

—¿Cuándo vendrá papá?

—No sé, hijo mio.

—¿Y si le matan?—preguntó la niña con infantil candidez.

—Dios querrá librarle,—contestó el anciano, estremeciéndose á la idea del peligro que corria su hijo.

—Tú nos has dicho que tenias un hermano.

—Es verdad.

—¿Y murió, abuelito?

—Sí, murió como mueren los valientes, de tres heridas que recibió peleando cara á cara...

Don Juan Mendoza se conmovió al recordar á Tomás, muerto tan jóven, y enjugó una lágrima que surcaba su rugosa megilla.

—Ves, ya has afligido al abuelito,—exclamó el niño incomodado.

—No te apures,—dijo la niña, poniéndose de puntillas para besar á don Juan.

El anciano dió un beso á su nieta, y los tres prosiguieron el paseo.

IV

Don Juan Mendoza, cuya fortuna era muy desahogada, recibia por la noche en su casa al cura, al médico del pueblo y á otros dos ó tres propietarios, que pasaban hasta las diez ó diez y media conversando ó jugando al tresillo.

La conversacion empezaba siempre por donde empezaban entonces todas las conversaciones en España.

Despues de leer un periódico, lleno siempre de las hazañas que realizaban en Africa nuestros intrépidos soldados, se comentaban las operaciones de la campaña, y cada cual daba su opinion acerca de las probabilidades de que acabara más ó ménos pronto, pues del éxito de la guerra nadie dudaba.

Como es natural, la mayor parte de las veces, de la campaña de Africa se pasaba á hablar de la epopeya de la Independencia.

El coronel se entusiasmaba sólo con recordarla.

—Ya estaria usted harto de ser general, don Juan,—le dijo una noche el médico.

—Es probable,—repuso Mendoza.—Dejé la carrera el año 13, despues de la caida de Napoleon, siendo ya coronel efectivo.

—Digo, pues en cuarenta y siete años apenas si tenía usted tiempo para ganar la faja y hasta los tres entorchados.

—Tal vez.

—De seguro.

—Pero si había de haber ganado esos honores peleando con mis hermanos, me alegro de no tenerlos. Luchar con los franceses era noble y hermoso, luchar con españoles me hubiera parecido horrible.

—Es verdad.

—Cuando mi hijo se empeñó en ser militar, no quise contrariarle, y le saqué los cordones de cadete; pero cada vez que le he visto arriesgar la vida, hoy contra los liberales, mañana contra los carlistas, he sentido que mi corazón se oprimía.

—Pues ahora estará usted contento,—repuso el médico.

—Sí, señor. Ahora peleé contra los moros, enemigos de la religión y de España, y esa es buena guerra. Con gusto hubiera yo tomado las armas, si no supiera que á los setenta y cuatro años no puede uno servir en un ejército más que de estorbo.

—Vamos, don Juan, á que las tomaba usted todavía,—exclamó el cura alegremente.

—¿Yo?—preguntó con asombro el anciano.

—Si volvieran los franceses...

—¡Ah, eso sí!—gritó irguiéndose Mendoza.—Volvería á tomarlas, y demostraria que aún quedan aquí soldados del cura Merino.

Al decir esto el viejo, brilló en sus ojos un relám-

pago de juventud, y su semblante pareció recobrar la animacion y el vigor de los veinte años.

—Siempre he querido pedirle á usted un favor, don Juan, y por no molestarle no me he atrevido hasta ahora.

—Mal hecho. ¿De qué se trata?

—Usted nos ha hablado muchas veces de diferentes acciones de la guerra, nos ha explicado el carácter del cura Merino, la organizacion de sus fuerzas, y nos ha contado aisladamente una porcion de sus hazañas; pero yo quisiera tener una historia completa de todo.

—En lo que se refiere á Castilla la Vieja, yo puedo complacer á usted; en lo demás, ni yo ni nadie.

—¿Nadie?

—No, señor.

—La historia podrá algun dia...

—La historia seguirá las operaciones de los ejércitos regulares, contará las batallas campales, trazará á grandes rasgos los acontecimientos, podrá dar una idea de todo, y despues de hacer esto, se habrá dejado en el tintero la mayor parte.

—¿De veras?

—La historia de la guerra de la Independencia, tendria que ser la historia de las guerrillas españolas, y esa no la escribirá nadie. No hay escritor capaz de reunir todos los datos. Las guerrillas eran innumerables, surgian de todas partes; la que hoy era insignificante mañana se presentaba numerosa, y á los tres dias aparecia disuelta para salir en otra parte, ó fraccionada para eludir la persecucion. La mayor parte de sus hechos de

armas no se han consignado de ningún modo. Los guerrilleros no todos eran como nosotros, que formábamos un verdadero cuerpo de tropas: muchos eran soldados de un día, que empuñaban las armas para caer de improviso sobre un convoy ó un destacamento, y luego volvían á sus tareas ordinarias.

—¡Pero la brigada del cura Merino no se hallaba en este caso!

—No por cierto. Nosotros teníamos alistada una fuerza respetable, y aunque en algunas ocasiones solíamos apelar al levantamiento en masa de los paisanos, esto no se hacía más que en momentos críticos, y luego la brigada proseguía sus operaciones.

—No se concibe cómo pudieron ustedes sostenerse tanto tiempo sin salir de la provincia.

—Muy fácilmente. El peor año fué el primero. Desde mediados de 1810, es decir, desde que ganamos la batalla de Madrigal, fuimos dueños de la mayor parte de la provincia hasta el fin de la guerra.

—¿Sin ser molestados?

—Muy poco. Los franceses intentaron dos ó tres expediciones, que tuvieron mal éxito. Nosotros salíamos al encuentro de sus columnas, y nunca dejamos de derrotarlas, en términos que ya resolvieron dejarnos en paz, ocupados como se hallaban en operaciones de más importancia.

—Eso es otra cosa.

—Después de la batalla de Ocaña, en que cincuenta y un mil españoles, mandados por el general Cuesta, fueron derrotados por los franceses, perdiendo cuatro

mil muertos, trece mil prisioneros y cuarenta cañones, el enemigo habia penetrado en Andalucía, atravesando la Mancha.

—¡Qué desastre!

—Horrible. El general en jefe cometió el error de extender demasiado su línea de batalla, dividió el ejército en brigadas que apenas podían sostenerse unas á otras, y fueron batidas en detall sucesivamente.

—¡No hay pena bastante para ese hombre!—exclamó el cura.

—Era un buen patriota,—respondió don Juan.—Habia peleado bien desde el principio de la guerra, y peleó bizarramente hasta el fin. Si cometió ese y otros errores, tambien prestó á España muchos servicios, y hoy los buenos españoles antes debemos respetar que acusar su memoria.

—Pero es que esa derrota fué un gran golpe.

—Tremendo. A consecuencia de ella, los franceses se hicieron sin dificultad dueños de casi toda Andalucía, ocupando á Córdoba, Jaen, Sevilla, Granada, Málaga y Jerez.

—¡Qué atrocidad!

—Por fortuna, el duque de Alburquerque realizó una marcha casi increíble por lo rápida y lo atrevida.

—¿Qué marcha?—preguntaron con avidez los circunstantes.

—Salió de Extremadura al frente de una division española, y corriéndose por los límites de la provincia de Huelva, llegó á Cádiz antes que los franceses llegaran á Sevilla.

—Del mal el ménos. —Aquello fué la salvacion de España. Cádiz se puso en estado de defensa: la Junta central, que se habia refugiado en la Isla de Leon, convocó las Cortes, que serán siempre famosas mientras el pueblo español exista, y nombró una regencia de cinco individuos encargados del poder ejecutivo. Los franceses sitiaron á Cádiz; el mariscal Víctor cargó sobre la plaza con un poderoso ejército; pero Cádiz se defendió heroicamente. Ante sus muros invencibles se estrellaron la bizarría y la ciencia de todos los mariscales franceses. Los gaditanos, dueños del mar, no carecian de víveres, y tenian libre aquella comunicacion con el resto del mundo. El bombardeo fué largo y terrible; pero sus fortificaciones estaban defendidas por los heroicos soldados del general Ballesteros, que no pensaban en ceder, y los gaditanos se burlaban del bombardeo, cantando coplas que aun recuerdan con orgullo. La regencia permanecia dentro de la plaza, y desde allí tenia en España más autoridad que José Bonaparte y su hermano Napoleon I. El sitio duró más de un año, y los únicos franceses que lograron pisar las calles de aquel baluarte de la independencia española, fueron los que las tropas sitiadas hacian prisioneros en sus frecuentes salidas.

La voz del coronel Mendoza vibraba de entusiasmo.

Todos sus oyentes contenian la respiracion para no perder ni una sílaba.

—Napoleon se hallaba entonces en todo el apogeo de su poder. Dueño de Italia y de Alemania, que no su-

pieron pelear como peleábamos los españoles, acababa de afianzar su alianza con Austria, tomando por esposa á la archiduquesa María Luisa.

—Y para eso tuvo que repudiar á su esposa Josefina, —añadió el médico, que era de todos los concurrentes el más instruido en historia.

—El ambicioso no halla obstáculos cuando trata de satisfacer su ambicion, —dijo el cura.

Mendoza continuó en estos términos:

—Quiso entonces acabar de un golpe la guerra de España, y creyó que para conseguirlo le bastaba vencer á los ingleses que peleaban en Portugal, á las órdenes de Sir Arturo Wellesley, á quien su gobierno dió el título de lord Wellington por la batalla de Talavera, y España le hizo duque de Ciudad-Rodrigo y capitán general de los ejércitos nacionales, en premio de los servicios que prestó á nuestra patria.

—¿Qué hizo Napoleon contra los ingleses?—preguntó á don Juan su nieto, que escuchaba sin pestañear la relacion de su abuelo.

—Envio contra ellos á un célebre mariscal, llamado Massena.

—¿Con mucha tropa?

—Con sesenta y seis mil infantes y seis mil caballos.

—¡Gran ejército!—exclamó el médico.

—Sí, señor; gran ejército, porque se componia todo de soldados veteranos, mandados por jefes llenos de gloriosas cicatrices.

—Buena campaña podia hacerse.

—Buena la hicieron, aunque no muy afortunada. Se presentaron el 25 de Abril delante de Ciudad-Rodrigo, que á pesar de sus malas fortificaciones y de no tener más que cinco mil soldados, resistió hasta el 10 de Junio.

—¡Mes y medio!

—Era todo lo que podia hacerse.

—Yo lo creo.

—El gobernador de la plaza, don Andrés Perez de Herrasti, era todo un hombre. Los franceses dieron muchos asaltos, siendo en todos ellos rechazados con grandes pérdidas. Por fin, cuando ya las murallas estaban llenas de brechas y la ciudad medio reducida á escombros por el bombardeo, se firmó una capitulacion honrosísima, y Massena pudo entrar en Portugal. Derrotó á los ingleses en la primera batalla que se dió á fines de Julio, pero lord Wellington habia formado en Torrevedras una línea formidable, donde esperó al enemigo y le escarmentó cuantas veces osó acercársele.

—Se conoce que lord Wellington lo entendia.

—Mucho; los ingleses le llamaban el *duque de hierro*, y lo era en efecto. Yo le ví despues pelear en Vitoria, y sé lo que valia aquel grande hombre, que por último, algunos años más tarde libró al mundo de Napoleón, derrotándole en Waterlloo.

—¿Qué hizo Massena?

—Pidió refuerzos á Napoleon.

—¿Aún queria más tropas?

—Sí; pero Napoleon no pudo mandárselas. En España teniamos ocupados cuatro ejércitos, que no po-

dian descuidarse un momento. El mariscal Soult, que mandaba en Andalucía, Murcia y Extremadura, estaba siempre ocupado en rechazar, no sólo á los generales españoles, que inmediatamente de una derrota le volvian á presentar batalla, sino á las partidas de guerrilla, que no paraban un momento ni dejaban descansar á los franceses. Nosotros, á las órdenes del cura Merino, atacábamos á todas las fuerzas que venian de Francia y trataban de pasar á Madrid. Otro tanto sucedia en todas las provincias. Suchet que habia atacado á Valencia, fué rechazado, si bien es verdad que en cambio logró apoderarse de Lérida y Morella, entrando en la provincia de Tarragona y poniendo sitio á Tortosa.

—Dice usted bien, que se peleaba en todas partes.

—En todas. Aragon estaba dominado, segun decian, porque el enemigo era dueño de las poblaciones; pero ¿qué importa, si en las montañas habia un ejército de guerrilleros, pronto siempre á caer sobre el que se descuidara y á exterminarle sin piedad?

—¿Y las Cortes de Cádiz?

—Se reunieron á pesar del sitio, y comenzaron á hacer la Constitucion.

—Allí empezaron los partidos.

—Allí empezaron por desgracia. Pero aún habia bastante patriotismo para anteponer á todo el interés general. Los españoles pudieron dividirse, y se dividieron en efecto, acerca de los principios que debian aceptarse para el Código fundamental; pero estaban todos de acuerdo en una cosa: en la necesidad de vencer á los franceses y en el ardor que les animaba contra ellos.

Aquí llegaba don Juan, cuando el reloj de la iglesia de Villoviado dió diez campanadas.

—Ya es hora de retirarse,—dijo el cura.

—Mañana continuaremos la relacion de esos acontecimientos,—dijo el médico, que estaba fuertemente interesado con la animada descripcion del coronel Mendoza.

—Como ustedes gusten,—replicó este.

Y la reunion se disolvió á los pocos minutos.

V

Al dia siguiente, todos aguardaban con impaciencia la hora del anochecer para continuar la sabrosa conversacion de la noche anterior.

Como las reuniones de don Juan Mendoza se verificaban junto al hogar, en que chisporroteaba un vivo fuego, y allí pasaban reunidas las veladas amos y criados, segun es costumbre en los pueblos, los labriegos no eran los ménos impacientes.

Los pobres carecian de instruccion, apenas tenian idea de aquellos sucesos más que por haber oido hablar de ellos á sus padres ó abuelos, y escuchaban con religioso silencio la relacion de don Juan, que tenia para aquella parte de su auditorio todo el interés de la novedad y del amor pátrio.

Los niños tambien prestaban gran atencion al relato, y alguna vez hasta lo interrumpian con observaciones, que no por lo cándidas eran desatinadas. Pero habia entre ellos una diferencia. La niña solia dormirse á eso de las nueve; pero el niño, que además de ser ma-

yor, habia heredado las aficiones militares de su padre y de su abuelo, permanecia espavilado, y así hubiera permanecido aunque la sesion se prolongara hasta las doce de la noche.

Reunidos todos los tertulianos antes de las ocho, el médico, que era el más impaciente, se apresuró á preguntar á Mendoza:

—Diga usted, don Juan, ¿los franceses no lograron romper las lineas de Torrevedras?

—No, amigo mio,—contestó el interpelado.—Lord Wellington, tan hábil para elegir su posicion como tenaz para conservarla, permaneció allí, rechazando todos los ataques que se intentaron, hasta que Massena, desesperando de vencerle, se retiró á Santaren.

—¿Y los refuerzos que pedia á Napoleon?—preguntó el cura.

—Llegaron tarde y mal. Dos generales, que me parece eran Drouet y Foy, acudieron con unos veinte mil hombres, que en verdad apenas bastaban á cubrir las pérdidas que Massena habia experimentado en la campaña. El emperador queria darle un auxilio más poderoso, y al efecto habia ordenado á Soult que invadiese á Portugal por el Alentejo. Aquello hubiera sido grave si se hubiese realizado.

—¿Y Soult no obedeció la orden?

—No pudo, porque sus divisiones estaban seriamente ocupadas en asuntos de gran importancia. Una de ellas, que estaba en Granada á las órdenes de Sebastiani, apenas bastaba para hacer frente al ejército español de Murcia, que la atacaba sin cesar; otra, cuyo

mando tenia Mortier, cubria la Extremadura y el condado de Niebla, donde se veia constantemente acosada por las tropas del general don Carlos España; y el resto de su ejército lo necesitaba el mariscal para mantenerse en la provincia de Sevilla y hacer frente á las expediciones que salian de Cádiz por mar, y desembarcaban en cualquier punto de la costa.

—Su situacion era muy apurada.

—El mariscal, sin embargo, trató de obedecer las órdenes de su emperador; pero temió que si entraba en el Alentejo, dejando á su espalda las plazas de Olivenza y Badajoz, que estaban por nosotros, al menor descalabro podia verse cogido por la espalda.

—No discurría mal,—exclamó el médico.

—Yo lo creo,—añadió el cura.

—Yo opino lo contrario,—contestó Mendoza.

—¿Sí?

—En la guerra muchas veces lo más prudente es lo más temerario, y á decir verdad, aquellas plazas me parecen poco importantes para inspirar temores á un ejército como el suyo.

—Puede ser.

—Si realizando él su invasion hubiera logrado hacer que los ingleses abandonaran sus formidables posiciones, era posible cogerlos entre dos fuegos, batirlos y luego volverse á hacer frente á los ejércitos españoles, que no hubieran dejado de acudir desde Andalucía. Así lo hubiera hecho un hombre de la audacia del cura Merino, si se encontrara en el lugar del mariscal frances. Afortunadamente, Soult no lo hizo; pidió licencia á

Paris para sitiar esas dos plazas, las sitió, se apoderó de ellas, perdiendo en esta operacion cerca de tres meses, y cuando iba á entrar en el Alentejo, ya Massena se retiraba de Portugal perseguido por el ejército inglés.

—Pues quedó lucido el mariscal Soult,—dijo el niño, que habia comprendido admirablemente los razonamientos de su abuelo.

—¿Qué sabes tú?—exclamó este, á quien le gustaba hacer hablar á su nieto para que se desarrollara su precoz inteligencia.

—Digo... si iba á hacer una cosa, y despues de tantos preparativos todo era inútil... me parece á mí...

—Tiene razon el chico,—gritó el cura.

—Vaya si la tiene.

El abuelo dió un beso á su nieto y prosiguió la relacion.

VI

—Soult, como dice este charlatanillo, quedó lucido. No realizó la invasion de Portugal, y en cambio se encontró con el peligro que habia temido. En cuanto debilitó sus tropas de Andalucía, los españoles le acosaron por todas partes. El general Ballesteros entró en el condado de Niebla, derrotó á los cuerpos franceses que se le pusieron delante, y obligó á rendir las armas á una porcion de guarniciones que el mariscal francés no tuvo la prevision de retirar á tiempo, ya que no eran bastante fuertes para resistir.

—¡Me gusta á mí el general Ballesteros!—dijo sin poder contenerse uno de los criados.

Todos volvieron la cabeza hácia el que habia interrumpido.

—A todos les gustaba entonces,—respondió bondadosamente el coronel.

—¿Y qué más hubo, abuelito?

—Que la Serranía de Ronda se levantó en masa, y aquellos paisanos, mandados por un propietario del país, formaron una especie de division, que echó á los franceses de Medina-Sidonia, cogiéndoles ciento cincuenta prisioneros. No fué esto sólo, sino que uniéndose á ellos un comandante inglés que salió con algunas fuerzas de Tarifa y unas tropas españolas que se enviaron desde Cádiz, formaron un cuerpo de doce mil hombres, que hicieron al enemigo evacuar más que de prisa á Veger y Casas Viejas, derrotándole por último en Chiclana, donde le mataron dos mil hombres y le cogieron cuatrocientos prisioneros.

—¿Qué memoria tiene usted, don Juan!—exclamó el cura.

—No lo extrañe usted. Además de que entonces cada uno de estos sucesos, como venia á alentar nuestras esperanzas, se grababa en los corazones de los españoles con todos sus detalles, posteriormente he pasado la mayor parte de mi vida recordándolos. Mi ocupacion más grata, aún en el día,—añadió Mendoza,—es leer las *Gacetas* de aquella época, que conservo, y su lectura refresca mi memoria.

—Soult tendria que volver á Sevilla,—dijo entonces el médico.

—Volvió apresuradamente para acudir á la defensa

de Andalucía; pero al poco tiempo tuvo que regresar á Extremadura.

—¿Pues cómo?

—Lord Wellington no se descuidaba.

—Ya se conoce.

—Había entrado en España persiguiendo á Mas-sena.

—¡Bravo!

—Uno de sus generales se había apoderado de Olivenza, y estaba sitiando á Badajoz.

—¡Soberbio!

—Soult salió, pues, de Sevilla á mediados de Mayo, con unos veintiocho mil hombres y cuarenta cañones. El general inglés Beresford levantó el sitio de Badajoz y salió á esperarle á la Albuera, pueblo situado en el camino de Sevilla, con unos treinta mil hombres.

—¿Ingleses?

—No; la mitad ingleses y la mitad españoles, mandados por los generales Blake y Castaños.

—¿El vencedor de Bailen?

—El mismo.

—¡Ya estoy viendo que ganaron la batalla!—gritó el niño.

—Y ves la verdad, hijo mio.

—¿Se ganó?

—Fué una victoria completísima y gloriosa para nosotros, porque el combate principal tuvo lugar en el ala derecha, donde se hallaban los españoles.

—¿De veras?

—La orden del dia del general inglés, decia que

aquella division de nuestros compatriotas podia gloriarse de tener los primeros soldados del mundo.

—¿Habria muchos muertos?

—El ejército anglo-español perdió cinco mil hombres entre muertos y heridos.

—¿Y los franceses?

—Más de ocho mil confesaron en sus partes oficiales.

—No le quedaria gana al señor Soult de meterse en nuevas aventuras.

—Se retiró á Llerena, donde esperó refuerzos, y cuando recibió una division, mandada por Drouet, volvió á tomar la ofensiva.

—¿Y le volvieron á zurrar?

—No; lord Wellington, no encontrándose bastante fuerte para resistir á aquel ejército y al de Massena, que mandado por Marmont habia avanzado hasta Trujillo, retrocedió á Portugal.

—¿Qué lástima!—dijo el niño.

—Hijo mio, la ciencia de la guerra tanto consiste en vencer como en retirarse á tiempo, no empeñando combates cuando hay probabilidad de ser vencido. Entonces Soult se volvió á Sevilla y Marmont á Salamanca.

—¿Y ustedes, entre tanto, tranquilos en la provincia de Búrgos?

—Completamente. En todo el año de 1811 apenas hicimos nada que valiera la pena.

—¿Y cómo fué eso?

—El cura Merino queria salir de la provincia á pe-

lear en otras partes; pero los consejos del coronel Segura, que era hombre muy entendido, le hicieron desistir de aquel propósito.

—¡No comprendo!—exclamó el médico.

—Segura decia que nuestra principal fuerza consistia en el conocimiento del terreno, y que en saliendo de la provincia perderíamos esa ventaja.

—Es verdad.

—Por otra parte, la Junta central nos mandaba permanecer aquí.

—¿Con qué objeto?

—No dejábamos de hacer un papel importante.

—¿Sí?

—En primer lugar, teníamos interceptado el camino de Madrid.

—En efecto.

—Nuestra brigada se diseminaba por toda la provincia, y atacaba convoyes y destacamentos en todas partes.

—¡Vamos!

—No pasaba por aquí fuerza que no tuviera que batirse con nosotros, lo cual hacia muy dificiles las marchas y obligaba á los franceses á no hacer movimientos sino con fuerzas muy respetables.

—Eso ya es algo.

—Luego, les hacíamos distraer en Búrgos una gran guarnicion, cuando á no estar aquí nosotros siempre amenazando, les hubiera bastado con dos batallones.

—Esas razones me convencen.

—No por eso dejábamos de batirnos con frecuencia,

pues si no dábamos grandes acciones, nuestras pequeñas columnas acometían é inquietaban en todas partes al enemigo, y le hacíamos no poco daño. Como la mayor parte de la provincia era nuestra, nos sobraban los recursos, mientras los franceses carecían de muchas cosas, pues hubo largas temporadas en que estuvieron en Búrgos poco ménos que bloqueados.

—No siga usted más. Ahora lo entiendo perfectamente.

—Pues creo que ya es hora de que lo dejemos.

—¿Tan pronto?

—Han dado las diez.

—Oyendo estas cosas, las horas parecen minutos,— exclamó el cura.

—Es verdad,—dijeron todos los oyentes.

—Pues hasta mañana.

—Buenas noches.

VII

En la noche siguiente contó don Juan Mendoza las operaciones de los franceses en la parte oriental de España. La toma de Tortosa por Suchet y el sitio de Tarragona por el mismo mariscal.

El auditorio estuvo muchas veces á punto de prorumpir en gritos de entusiasmo al enterarse de las proezas de aquellos intrépidos defensores del fuerte del Olivo, que rechazaron tantos asaltos y que al cabo fueron vencidos, porque los franceses apelaron al recurso de introducir por los caños de un acueducto algunos zapa-

dores, que derribaron á hachazos una de las puertas y dieron entrada á sus compañeros de fuera. La pintura que hizo el coronel del cañoneo del fuerte de Francolí, abandonado por los españoles cuando ya no era más que un montón de ruinas, y de las salidas que hacían los sitiados, causando gran estrago en los sitiadores, fué tan animada, que los oyentes creían encontrarse en aquellos combates.

La voz de Mendoza temblaba de ira y de entusiasmo al referir los asaltos que acabaron por hacer dueños á los franceses de todas las fortificaciones, sin que por eso desmayaran los españoles, que reducidos al recinto de la poblacion, la defendieron calle por calle; y el valiente veterano no pudo contener sus lágrimas al referir la crueldad de Suchet, que despues de vencer aquella heroica resistencia, entregó la ciudad al saqueo y la matanza, haciendo perecer despues del combate á cuatro mil ciudadanos pacíficos.

— ¡Infames!

— ¡Cobardes!

— ¡Miserables!

Estas exclamaciones salieron casi á la vez de los labios de todos los oyentes.

Mendoza guardó silencio por algunos momentos.

Estaba conmovido por aquel recuerdo, y necesitaba serenarse antes de proseguir su relato.

Él era el único que no hacía ninguna calificación de la conducta de Suchet y de su ejército en Tarragona, porque creía que no había calificación más dura que contar el hecho mismo.

Despues de una breve pausa, pasó á describir la toma de las posiciones que los españoles habian fortificado en Monserrat. Allí no habia soldados; la defensa, encomendada á los somatenes de Cataluña, mandados por el baron de Eroles, fué obstinadísima, y Suchet iba ya á retirarse vencido, cuando fué reforzado por la division del general Abbé, y este refuerzo le dió la victoria.

Contó luego la expedicion del mismo general á Valencia, y despues de explicar los infructuosos asaltos dados al castillo de Sagunto, formidable por la posicion que ocupa, contó aquella infausta batalla en que nuestro general Blake fué derrotado, perdiendo novecientos hombres entre muertos y heridos, cerca de cuatro mil prisioneros y doce cañones, pasando rápidamente por las terribles consecuencias de esta batalla, que fueron entregar á los franceses casi todo el reino de Valencia, inclusa la capital.

—Ese Suchet era hombre de suerte,—exclamó el cura.

—El más afortunado de los generales franceses en España,—contestó Mendoza.

—Las cosas por aquel lado no iban bien para nosotros.

—No iban sino muy mal, amigo mio. Por fortuna, en Andalucía, Extremadura y Castilla, los patriotas habian tomado muchos brios, gracias á las victorias de Albuera y Chiclana, las guerrillas aumentaban en todas partes y el ejército no se descuidaba. El general Morillo venció á los franceses mandados por Girard en Arroyomolinos, matándole cuatrocientos hombres y haciendo cerca de dos mil prisioneros.

Esta victoria sirvió para compensar á los oyentes del coronel Mendoza, el disgusto que los triunfos de Suchet les habian causado.

Para hacerles olvidar completamente este disgusto, Mendoza, que era un gran narrador, y despreciando los detalles pequeños sólo se hacia cargo de los rasgos más salientes que podian dar idea exacta de los sucesos, entró sin transición á referir la brillante campaña de 1812.

Lord Wellington empezó sitiando á Ciudad-Rodrigo y tomándola por asalto el 19 de Enero, á pesar de la tenaz resistencia de los franceses. Con la rapidez que el caso exigia puso aquella plaza en estado de defensa, y volvió inmediatamente á Extremadura. Sitió á Badajoz el 16 de Marzo, y el 6 de Abril entró á viva fuerza en la ciudad. Soult, que avanzaba en su socorro, tuvo que retroceder hasta Sevilla desde Villafranca de los Barros, siendo durante la marcha maltratado su ejército por la excelente caballeria inglesa, que le picaba la retaguardia.

Pero lo que llenó de entusiasmo á todos los presentes, fué la relacion de la batalla de Arapiles, que Mendoza hizo con todos sus detalles.

Aquella brevisima y brillante campaña del general inglés contra Marmont, era propia para volver locos de alegría á los sencillos y patrióticos españoles que se reunian en casa del coronel Mendoza.

Wellington empezó su movimiento el 13 de Junio, el 17 se apoderó de Salamanca, el 26 rindió las fortificaciones que los franceses habian hecho cerca de la ciudad para defenderla, y el 21 de Julio, despues de

varias operaciones preliminares, se avistaron ambos ejércitos en los Arapiles.

Cómo se peleó por ambas partes, puede calcularse sólo con pensar que los ingleses perdieron unos seis mil hombres y los franceses cerca de catorce mil, de ellos siete mil prisioneros. Entre los heridos estaba el mariscal Marmont.

—Este hecho fué casi decisivo,—exclamó Mendoza,—para la suerte de nuestra patria.

—Pero la guerra continuó aún mucho tiempo,—replicó el cura.

—Sí, señor; pero á pesar de todo, la derrota de Arapiles fué el gran golpe que llevó en España la dominación de los franceses.

El coronel Mendoza tenía razón.

Más grandes fueron otras batallas, la de Vitoria, por ejemplo; pero la de Arapiles fué por sus resultados inmediatos y por las circunstancias en que se dió, lo que en el lenguaje que hemos dado en usar posteriormente llamariamos el principio del fin de la invasion francesa.

—El ejército de Marmont,—prosiguió Mendoza,—retrocedió hasta la provincia de Búrgos.

—Y entonces entrarian ustedes en danza,—interrumpió el cura.

—Inmediatamente.

—Veamos.

—Don Jerónimo estableció una línea, que se extendía desde Aranda de Duero á Salas de los Infantes.

—¿Cómo la de los ingleses en Portugal?

—Yo no sé si seria tan buena. Lo que puedo asegurar, es que varias divisiones trataron de forzarla, y ninguna lo consiguió.

—Allí sí que habria buenas acciones.

—Fueron dias de continuos combates.

—¿Siempre venciendo los españoles?

—Siempre: Merino habia ya sublevado á toda la provincia, y donde el enemigo creia encontrar dos ó tres mil españoles, encontraba doce mil; Marmont no se atrevió á cargar sobre nosotros con todas sus fuerzas, porque lord Wellington avanzaba hácia él al frente de su ejército victorioso. Napoleon no podia reforzar á los ejércitos que peleaban en España, porque habia declarado la guerra á Rusia, y marchaba ya sobre Polonia con medio millon de soldados. Francia estaba desangrada, no podia dar más hombres; en su consecuencia, José Bonaparte se decidió á salir de Madrid, y atravesando la Mancha, fué á reunirse con algunas tropas al ejército de Suchet, que estaba en la provincia de Murcia. Soult, por no verse cortado, tuvo que avacuar á Andalucía, y por Granada y Huescar, fué á juntarse en Yela al rey intruso. Wellington entró en Madrid, y el 1.º de Setiembre salió en derechura para Búrgos. El 15 llegó á Aranda de Duero.

—Gran recibimiento les harian ustedes.

—Magnífico. El cura Merino salió al encuentro del general inglés, y le estrechó la mano. El general revisó nuestra brigada, y no supo qué admirar más, si el buen orden que reinaba en toda ella, ó el aspecto marcial de nuestros veteranos.

—¿Y Marmont?

—Se habia retirado hácia el Norte.

—Adelante.

—Entonces el general inglés dispuso que nuestra brigada se situase en observacion sobre los límites de la provincia de Aragon, donde operaban dos divisiones francesas, y él prosiguió su marcha á Búrgos, donde entró el 18. Aquí tuvo un ligero revés.

—¡Caramba!

—Fué dueño de la ciudad sin la menor resistencia.

—Bueno.

—Pero en el castillo se encerraron tres mil franceses, que se defendian como leones.

—Lo siento.

—Muchos ingleses perdieron la vida en los asaltos, que duraron hasta el 22 de Octubre.

—¿Pero al fin se rindieron?

—No, señor. El mariscal Soult avanzaba otra vez sobre Madrid desde los confines del reino de Valencia, y lord Wellington, que temió ver cortada su retirada á Portugal, se alejó de Búrgos.

—De modo, que la capital volvió á quedar por los franceses.

—Si tal, y Marmont volvió á inquietarnos á nosotros, que entonces nos vimos en algunos apuros, de que salimos bien, gracias á la astucia y la sangre fria del cura Merino. Temiendo que sitiaran á Aranda de Dueño con fuerzas tan superiores que nos fuera imposible resistir, don Jerónimo resolvió abandonarla, demoliendo antes las fortificaciones y llevándose la artillería.

—¿Y qué fué de la guardia urbana?—preguntó el médico.

—Se disolvió, y sus armas se distribuyeron entre los patriotas que no las tenían. La guerra ya no era defensiva por nuestra parte, y los puntos fortificados de nada nos servían. Lo que necesitábamos entonces era una gran movilidad, para hostigar sin descanso al enemigo y debilitarle todo lo posible, antes de que volvieran á empezar las operaciones en grande escala.

—Eso lo haría admirablemente el cura Merino.

—Era su especialidad. Yo no puedo decir cuántos fueron los destacamentos que acuchillamos ó hicimos prisioneros, las partidas que sorprendimos y los convoyes que quitamos. Muchas veces realizábamos dos ó tres expediciones á un tiempo, y mientras un batallón caía sobre tal pueblo en el distrito de Lerma, dos escuadrones se batían con la escolta de un convoy en el de Briviesca. En más de una ocasión tuvimos que pasar por en medio de las columnas enemigas, aprovechando la oscuridad de la noche ó lo accidentado del terreno. Nunca habíamos corrido más peligros ni trabajado tanto. Pero los franceses no podían vivir ni respirar. El mismo Marmont confesaba que le daba más que hacer aquel cura con tres ó cuatro mil voluntarios, que un general con veinte ó treinta mil soldados.

—¡Viva el cura Merino!—exclamó el médico sin poder contenerse, y olvidando que vitoreaba á un hombre muerto.

—Ese era el grito que se oía por entonces en toda Castilla la Vieja.

—¿Y cuáles fueron los resultados verdaderos de la batalla de Arapiles?—preguntó el cura.

—Dejar completamente libres de franceses las provincias de Andalucía, Murcia, Extremadura y Asturias. ¿Le parece á usted poco?

—No por cierto.

—Era reconquistar casi media España.

—Sin contar con que la posicion de los invasores en el resto de ella no era muy segura.

—Especialmente los que quedaban en las dos Castillas estaban tan comprometidos, que, como explicaré luego, tuvieron que abandonarlas casi sin batirse.

—Mal año fué para Napoleon el de 1812,—dijo el cura.

—Malísimo.

—En él tuvo que hacer la famosa retirada de Rusia,—dijo el médico.

—Sólo tuvo una pequeña compensacion á tantos desastres.

—¿Cuál?

—El mariscal Suchet derrotó en Castilla una division española de doce mil hombres.

—¿Con muchas pérdidas?—preguntó el cura.

—Unos ochocientos hombres entre muertos y heridos.

—¡Caramba!

—Y tres mil prisioneros.

—El mariscal Suchet siempre salia con la suya.

—Ya he dicho que fué en España el más afortunado de los suyos.

—Y lo fué efectivamente.

—El año 12 se proclamó la Constitucion de Cádiz,—dijo el médico.

—El 19 de Marzo,—replicó don Juan.

—¿Y qué tal efecto hizo, don Juan?—preguntó el cura.

—La verdad, señores,—contestó Mendoza,—es que el país no estaba preparado para tanta libertad, y aunque pareció excelente al grupo de hombres más ilustrados, la masa general de la nacion la miró con indiferencia, si no con recelo.

El cura, que no tenia gran amor á las ideas liberales, escuchaba á don Juan con verdadera delicia. En cambio el médico, cuyas ideas eran bastante avanzadas, hubiera dado cualquier cosa porque no se suscitara aquel incidente.

Pero Mendoza era ante todo hombre de verdad, sin pasion política, liberal templado, y no habia más remedio que dar crédito á su imparcialidad reconocida.

VII

—El año siguiente,—prosiguió diciendo don Juan despues de una pausa, que dió lugar á que se pasaran las últimas impresiones de sus oyentes, que les habian distraido algun tanto del objeto principal de aquellas conferencias,—fué el gran año, no sólo para España, sino para todos los pueblos de Europa enemigos de Napoleon. La retirada de Rusia, verificada á fines del año anterior, habia sido desastrosa. Aquel brillante ejército de medio millon de soldados adelantó hasta Moskow;

pero allí los habitantes apelaron á un recurso extremo. En un arrebato sublime de patriotismo incendiaron la ciudad, privando á los invasores de los inmensos recursos que encerraba, y dejando á los franceses reducidos á luchar con dos enemigos más difíciles de vencer que los batallones y las brigadas: el frio y el hambre. Napoleón emprendió la retirada hácia Polonia, y sus soldados, sin fuerzas para empuñar el fusil, ateridos, espantados ante aquel clima horroroso, medio sepultados en la nieve, tuvieron que luchar con todo el ejército ruso, que aprovechó la ocasión para caer sobre los invasores, hostigándoles incesantemente y haciendo en sus filas, diezmadas por el clima, miles de prisioneros. Los regimientos de caballería quedaron destruidos, y hubo que formar escuadrones con todos los oficiales montados del ejército; la infantería estaba en cuadro; los soldados sin zapatos, con los piés llenos de heridas causadas por el hielo, no podían andar y se dejaban caer en el suelo, aguardando á que la lanza de un cosaco pusiera fin á sus padecimientos, ó á que los hicieran prisioneros, lo cual equivalía á ser enviados á Siberia, es decir, á una muerte más lenta y mucho más cruel que la de una lanzada; llegó el caso en que el mariscal Ney, que mandaba un cuerpo de ejército, marchase una noche sólo, á pié, separado de las últimas compañías, embozado en su capote, triste, desesperado, pensando tal vez en el suicidio, que era el recurso á que todos los días apelaban centenares de oficiales y soldados, y habiéndole encontrado el jefe de estado mayor de otra división y preguntándole por su retaguardia, le

diese la célebre respuesta: «Yo soy la retaguardia.»

—¡Caras pagaban sus victorias de antes!—exclamó el cura.

—Muy caras. Prusia, de aliada que era, se convirtió en enemiga.

—Es natural.

—Sí, porque del árbol caído...

—¿Y Austria?

—Austria, recordando que el emperador estaba casado con una archiduquesa, ya que no se atrevió á declararse contra Francia, se declaró neutral y medió entre Napoleon y el emperador de Rusia.

—Eso le valió.

—De bien poco. La paz no llegó á hacerse, y á principios del año siguiente Napoleon tuvo que salir á campaña contra toda Europa coaligada.

—¿Tambien Austria?—preguntó el niño.

—Tambien,—contestó su abuelo;—pero ¿qué más? Entró Suecia en la coalicion, y Bernadotte, simple oficial del ejército francés, á quien Napoleon habia sentado en el trono de aquella nacion, se alió con los demás reyes y acudió con un ejército á dar en Leipzik el golpe de gracia á su protector y amigo.

—Pues eso no estuvo bien hecho,—gritó el niño.

—Dices bien, perillan,—contestó su abuelo, acariciándole complacido al ver la nobleza de sus sentimientos.—Pocos habrán tenido á Bonaparte más odio que yo; pero esto no me impedirá creer siempre que Bernadotte se portó como un miserable, por más que su conducta le valiera que despues el congreso de Viena le respeta-

ra en el trono, y sea el único de los generales de Napoleón que ha logrado fundar una dinastía que todavía reina.

»Pero no adelantemos los sucesos: Napoleón, después de su retirada de Rusia, cuyas pérdidas á punto fijo no ha podido saber Francia, porque hubo buen cuidado en ocultárselas, se consagró en París á formar un nuevo ejército para emprender otra vez la guerra. Disponía la campaña de Alemania, y tuvo necesidad de sacar de España treinta mil hombres, que marcharon hácia el Rhin mandados por el mariscal Soult. Jourdan le reemplazó con el mando del ejército de Castilla; pero lord Wellington no era hombre que desaprovechase aquella excelente ocasión para emprender otra campaña, que podía ser, y fué en efecto decisiva. Empezó su movimiento contra los franceses, y Jourdan, que no se consideraba bastante fuerte para defender la línea del Guadarrama, retrocedió hasta la del Duero, donde nosotros no dejábamos de inquietar á sus brigadas y hasta sus divisiones. Los ejércitos inglés y español avanzaban resueltamente, y Jourdan tampoco se atrevió á esperarles en su nueva línea; sin disparar un tiro evacuó toda Castilla, pasó el Ebro y se estableció en Vitoria.

—Eso fué lo mismo que abandonar toda España,—dijo el cura.

—Poco más ó menos.

—Equivalia á declararse vencidos,—añadió el médico.

—Aún no lo estaban: á Vitoria llegó con Jourdan

el rey José Bonaparte, y se decidió á hacer el último esfuerzo.

—Y allí sufrió la gran derrota,—exclamó el cura.

—Yo tuve la honra de asistir á la batalla,—repuso don Juan con entusiasmo.

—¿Usted?

—Sí; al llegar á Búrgos el ejército, Merino se presentó al general en jefe, el cual dispuso, con gran sentimiento de don Jerónimo, que él con toda la infantería de nuestra brigada continuara ocupando los límites de la Rioja, en observacion de un cuerpo de diez mil hombres que operaba allí á las órdenes de Clausel; pero aceptó el apoyo de nuestra caballería y de la artillería. Como yo mandaba el regimiento de húsares de Búrgos, me uní á la division del general Morillo y pasé el Ebro á sus órdenes el dia 14 de Junio. Eramos cien mil hombres entre ingleses y españoles.

—¡Buen ejército!

—Bueno, no sólo por su número, sino por la clase de tropas que lo componian y los generales que lo mandaban. El ejército francés nos esperaba formado en batalla el 21 de Junio delante de Vitoria; pero se mantenía á la defensiva, porque José Bonaparte esperaba refuerzos de Guipúzcoa y de la Rioja. Por esta razon lord Wellington mandó á Morillo empezar el ataque al amanecer del 21.

—¿A Morillo?

—El combate empezó en el ala derecha. No he tenido mayor satisfaccion en mi vida. Empezamos el ataque, y perdonen ustedes, yo estaba allí y no debía

decirlo... pero ¡qué diablo! nos portamos como se portan siempre los soldados españoles. El general Morillo recibió un balazo al principio del combate; pero ni á la fuerza pudimos lograr que se apeara del caballo. «¡Adelante!» nos gritaba con todas sus fuerzas, blandiendo la espada; y vertiendo un faudal de sangre seguía á la cabeza de las columnas, que marchaban entusiasmadas, gritando: «¡Adelante!» bajo una lluvia de balas y de metralla. Los franceses acumulaban en aquella posicion batallones y brigadas; pero nosotros, dejando un rastro de sangre en el camino, seguíamos avanzando. En aquel momento se adelantó á sostenernos el general Hill con algunos batallones ingleses. ¡Buena tropa! Peleaban como leones... lo mismo que los nuestros. Arrojamós al enemigo de las alturas que dominaba, pasamos todos el rio Zadorra por la Puebla, y mientras la infantería tomaba á la bayoneta el pue-de Subijana, la caballería acuchillaba á las tropas que los franceses enviaban á socorrer á los defensores de la posicion comprometida.

Mendoza hablaba con una agitacion inmensa. En sus ojos brillaba un fuego terrible. Su mano derecha se crispaba como si aún empuñara el sable, y sus oyentes contenian la respiracion para no perder ni una sílaba.

—Entonces,—continuó el coronel,—todo el ejército aliado pasó el rio, y la batalla se hizo general. El centro acometió á las divisiones que tenia delante y las desalojó de sus posiciones, á pesar de que hicieron una gran resistencia. A las diez de la mañana se peleaba en todas partes; pero el ejército francés habia tenido que

retroceder, abandonando su primera línea de batalla y perdiendo más de veinte cañones. Entonces se presentó en el campo de batalla el general Graham, con una division inglesa y otra española, mandada por el general Giron. Graham atacó por el camino de Bilbao, y la brigada portuguesa y una division española á las órdenes de don Francisco Longa, acometieron al enemigo. Longa se apoderó de Gamarra Menor, una brigada inglesa de Gamarra Mayor, y en ambas posiciones los franceses perdieron su artillería. En seguida el mismo Graham atacó la posicion de Abechuco, haciéndose dueño de ella. Los franceses temian que les cortara la retirada por el camino de Bayona, y enviaron tres divisiones para desalojarle de los puestos que habia conquistado; pero las tres fueron rechazadas.

—Se conoce que el inglés era duro.

—Y los españoles que peleaban á su lado no eran blandos. A las seis de la tarde los franceses se pusieron en retirada; pero Graham, que habia ya pasado el Zadorra, ocupaba el camino de Bayona como habian temido. No podian retirarse más que hácia Navarra por el camino de la Borunda, intransitable entonces para los carruajes. Al verse cortados los franceses, perdida toda esperanza de operar una verdadera retirada, se declararon en fuga.

—¿En fuga?

—Abandonando su artillería, sus equipajes, todo.

—¿Qué vergüenza!

—Huyendo dispersos y desbandados como saben hacerlo los franceses cuando se apodera de ellos el pánico.

Sus pérdidas fueron inmensas. Ocho mil muertos ó heridos, ciento cincuenta y un cañones y un sinnúmero de prisioneros.

—Aquello era el fin de la guerra.

—Poco ménos. José Bonaparte llegó á Pamplona con los restos de su ejército, dejó una guarnicion en esta plaza y se metió en Francia. Clausel, que operaba en la Rioja, pasó por Zaragoza con su division, y atravesó el Pirineo cerca de Jaca, perseguido por Mina, á quien ya se habia reunido el cura Merino. Todas las tropas del reino de Aragon hicieron lo mismo, yendo á reunirse en Bayona, y Suchet, que despues de ganar las acciones de Yecla, Villena y Biar, fué derrotado en Castalla, abandonó el reino de Valencia, retirándose á Barcelona (1).

VIII

En la noche del dia siguiente, cuando se reunieron los tertulianos del coronel Mendoza, aún tuvieron que hacer muchos comentarios acerca de la gran batalla de Vitoria y de sus consecuencias.

Luego que don Juan contestó á la multitud de preguntas que se le hicieron, comenzó á explicar que Napoleon, tenaz en sus propósitos, aun no se dió por vencido, é intentó un nuevo esfuerzo, por más que este fuera infructuoso.

(1) Toda la relacion de la guerra que hace el coronel Mendoza, es rigurosamente exacta y ajustada á la verdad histórica.

—¿Aún no tenía bastante?—preguntó el cura.

—Por lo visto no. La suerte, antes de abandonarle por completo, pareció que le sonreía por un momento, y ganó en Alemania las batallas de Lutzen, Bautzen y Wurtzen. Después de estas victorias, que si bien no eran decisivas, le daban algún respiro, consiguió por mediación de Austria un armisticio.

—No debieron concedérselo,—exclamó el médico.

—Europa estaba cansada de guerras, y aceptaba todas las ocasiones que presentaban alguna probabilidad de restablecer la paz.

—El verdadero modo de restablecerla era aniquilar á Napoleon.

—Es verdad, y pronto se convencieron de ello todas las naciones. Pero lo cierto es que se realizó el armisticio, y el emperador, que supo en Dresde la catástrofe de Vitoria, envió á España al mariscal Soult con algunos miles de hombres de refuerzo. Cuando el mariscal llegó á San Juan del Pié del Puerto, ya los ejércitos inglés y español ocupaban todas las Provincias Vascongadas y Navarra, ménos las capitales de San Sebastian y Pamploña; pero se preparaban á sitiarlos á la vez. Soult pretendió socorrer las dos plazas, empezando por Pamploña. Entró en España por Roncesvalles, y pasando por el Bastán, se acercó á la capital de Navarra. Entonces me batí por última vez con los franceses, á las órdenes de Mina, que esperó al mariscal en Sorauren. El enemigo nos atacó con denuedo, pero después de algunas horas de combate, le rechazamos con grandes pérdidas; y no pudiendo vencer nuestra resistencia, desis-

tió de su propósito y abandonó á Pamplona á su suerte, marchando á socorrer á la capital de Guipúzcoa. Este combate tuvo lugar el 24 de Julio, y la guarnicion de Pamplona resistió hasta el 31 de Octubre, en que no tuvo más remedio que rendirse.

—Pues resistió bastante.

—La plaza es fuerte y la guarnicion era numerosa y bien abastecida. San Sebastian resistió mucho ménos, y Soult no pudo llegar á tiempo para sorrerla. Como ya no podia verificar su marcha por el territorio español, despues de ser rechazado de Sorauren, entró en Francia y marchó á lo largo de la frontera. El dia 31 de Agosto pasó el Vidasoa, pero en las alturas de San Marcial encontró al ejército español, mandado por el general Freire. Empeñóse una batalla muy reñida, cuyo resultado fué una victoria completa para los españoles, que rechazaron al enemigo, matándole dos mil hombres. El mismo dia los ingleses entraban á viva fuerza en San Sebastian, y mancharon su gloria incendiando y saqueando la poblacion.

—¡Qué atrocidad!

—El auxilio de los extranjeros siempre se paga caro. Lo cierto es que nuestros aliados hicieron en aquella ocasion lo que no habia hecho el enemigo. La guarnicion francesa de San Sebastian se refugió al castillo, donde capituló ocho dias despues.

—¿Y usted, dónde estaba entonces?—preguntó el médico.

—Habia regresado á Búrgos con mis escuadrones. La guerra puede decirse que estaba concluida, al mé-

nos la guerra defensiva. No quedaban en España más franceses que los que aún defendían la plaza de Pamplona, y los restos del ejército de Suchet, que peleaban en Cataluña con notoria desventaja. La terminación de aquello ya no era más que cuestión de días, pero la verdad es que la patria dejaba de estar amenazada. Las guerrillas se iban disolviendo rápidamente, porque ya no eran necesarias y no había para qué gravar á los pueblos con lo que costaba su mantenimiento. El cura Merino licenció á la suya, aunque por el pronto las licencias no tenían más que el carácter de temporales, y se previno á todos los individuos que quedaban obligados á acudir á las filas en caso de necesidad. De los jefes y oficiales, los que tenían carácter militar ó habían pertenecido al ejército, pidieron colocación en él y fueron destinados á los regimientos. Otros prefirieron volver á los pueblos. Yo fui de estos últimos, aunque era coronel efectivo de caballería. No me pareció decoroso pedir la licencia absoluta hasta que se firmara la paz; pero solicité licencia temporal para venirme á Villoviado, donde me esperaban mis padres y mi novia, mi excelente María.

—Gran lástima fué que dejase usted una carrera tan brillante.

—Yo no tenía ambición; estaba enamorado, mi único deseo era casarme, y había ofrecido á mi amada María que dejaría el servicio para ser su esposo. Ella era una aldeana, yo un labriego; ¿qué necesidad teníamos de honores y poder para ser felices? Me casé en el mes de Setiembre, y á mi boda asistió el cura Merino, que por entonces se había quedado en una situación in-

definible, pues en verdad, no era ni brigadier ni cura, por el carácter opuesto de ambas profesiones.

Aunque Mendoza ya no habia sido actor en los acontecimientos que siguieron desde principios de 1813 hasta Marzo de 1814, en que se firmó la paz, el interés de sus oyentes era tan grande y el coronel contaba tan bien aquellos sucesos, que no tuvo más remedio que proseguir su relacion hasta el fin.

Así pues, contó que Wellington pasó el Vidasoa en la noche del 6 de Octubre. Entonces se volvian las tornas. Francia, que habia invadido á todas las naciones de Europa, se vió á su vez invadida por ellas, y los primeros que pisaron el territorio fueron los ejércitos anglo-españoles. Arrojó á Soult de la línea que habia formado al otro lado del rio, y se mantuvo en aquellas posiciones hasta que supo la rendicion de Pamplona. Entonces, cuando ya no tenia á la espalda ni un solo enemigo, emprendió su movimiento ofensivo.

Las circunstancias le favorecian.

Napoleon, que despues de ganar la terrible batalla de Dresde, pudo creer que aún volvian sus buenos tiempos, tuvo la desgracia de que sus generales fueran derrotados en Brandemburgo, Silesia y Bohemia. Austria se habia ya declarado en contra suya, y el guerrero del siglo fué por fin vencido en Leipzik, perdiendo aquella gran batalla, que duró cuatro dias, y viéndose obligado á retirarse á Francia ya invadida por los anglo-españoles. Los ejércitos del Norte entraron tambien en el imperio. Toda Europa queria devolverle sus frecuentes visitas.

El 10 de Noviembre Wellington atacó la línea del Nivelles, donde Soult se habia establecido. Los franceses habian olvidado el arte de vencer, y fueron derrotados. Los soldados ingleses y españoles rivalizaron en intrepidez en esta batalla, donde tuvieron que desalojar á la bayoneta al enemigo de posiciones muy bien elegidas. Tres mil hombres perdieron ambos ejércitos, mientras el enemigo, que luchaba parapetado, no perdió más que mil quinientos.

Wellington estableció su cuartel general en San Juan de Luz, apoyando su izquierda en el mar y manobrando con su derecha para arrojar á los franceses del Nive superior, lo cual consiguió por fin el 9 de Diciembre. Soult no se conformaba con la pérdida de aquella posicion. Cuatro dias la estuvo atacando incesantemente, sin lograr recobrarla; pero los combates á que dió lugar su empeño fueron tan reñidos, que los franceses perdieron en ellos más de seis mil hombres y unos cinco mil los anglo-españoles.

En aquel año las Córtes Constituyentes dieron por terminada su mision, y se reunieron las primeras Córtes ordinarias, las cuales, así como la regencia, viendo que el territorio español estaba completamente limpio de enemigos, se trasladaron á Madrid desde la Isla de Leon, donde hasta entonces habian residido.

IX

La guerra de la Independencia propiamente dicha estaba terminada, mucho más cuando desde principios

del año 1814 Napoleon solicitó y obtuvo de Fernando VII, que seguía prisionero en Valencey, un tratado de paz, que se firmó por ambas partes en el mes de Enero. Pero como Fernando habia dejado de ser rey absoluto desde que fué proclamada la Constitucion, aquello, más bien que un tratado, era una promesa de paz, puesto que el rey no podia ejercer su soberanía sin jurar antes la Constitucion, ni sus actos eran válidos si no iban refrendados por la firma de un ministro responsable. Por otra parte, un tratado hecho entre un cautivo y un carcelero, tenia un vicio de origen que lo invalidaba completamente.

Las Córtes tuvieron noticia de aquel suceso por el general Palafox y el duque de San Carlos, á quienes Fernando envió para anunciarlo, y el dia 2 de Febrero dieron un decreto para que el rey, una vez puesto en libertad, fuese en derecha desde la frontera hasta el salon del Congreso, á fin de prestar juramento al Código fundamental. Pero ya entonces los enemigos del nuevo orden de cosas, que eran muchos, se agitaban extraordinariamente para derribarlo, dando principio á la era de disturbios y perturbaciones que ha llegado hasta nosotros.

Cuando Mendoza hubo referido esto, su nieto, que no perdía una palabra, y que como no entendia nada de política lo que deseaba era oír contar batallas y operaciones, le preguntó:

—Díme, abuelito.

—¿Qué?

—¿En Cataluña aún habia franceses?

—A principios de Febrero, sí.

—¡Ya decia yo!

—El mariscal Suchet habia enviado á Francia unos diez mil infantes y casi toda su caballeria; pero aún le quedaba una buena parte de su ejército, que reconcentró en Gerona, dejando en Aragon algunas guarniciones y unos nueve mil hombres, que primero ocuparon la línea del Llobregat, y luego á la aproximacion de nuestras tropas se encerraron en Barcelona. Las plazas de Lérida, Mequinenza y Monzon, que ocupaban todavía, cayeron á principios de Febrero en poder de los españoles, gracias á un ardid, que ha sido juzgado de muy distinto modo por los que se han ocupado de él.

—¿Qué ardid, abuelito?

—Se fingieron órdenes del mariscal Suchet para que fueran entregadas á los españoles: los comandantes franceses dieron crédito á este embuste, y las evacuaron sin dificultad.

—Yo digo que estuvo muy bien hecho,—exclamó el cura.

—Yo no me atrevo á censurarlo,—respondió el coronel.

—La guerra es la guerra,—añadió el médico.—Los franceses debieron antes cerciorarse de si aquellas órdenes eran ciertas. Engañar al enemigo siempre ha sido lícito.

—Efectivamente; una emboscada no es más que un engaño; las sorpresas se hacen casi siempre engañando, y á nadie se le ocurre censurar estos medios de vencer al enemigo. Por consiguiente, admitido el principio, pa-

rece natural que pueda llevarse hasta sus últimas consecuencias.

—Además, Napoleon habia entrado en España por medio del engaño,—dijo el cura.

—De la traicion,—contestó Mendoza.—Sus tropas entraron aquí como amigas, y el engaño estando en paz, sí que no puede admitirse. En guerra, cada cual debe estar prevenido y asegurarse de todo lo que proceda del enemigo. Las órdenes deben ser verbales y dadas por personas reconocidas como de confianza, sin lo cual ninguna debe obedecerse.

—Tiene usted razon.

—El 17 de Febrero se rindió á los españoles la fortaleza de Jaca, única que los franceses tenian en Aragon, y poco despues el mariscal Suchet, que no se consideraba seguro en las posiciones que conservaba en Cataluña, las evacuó pacíficamente á medida que se acercaban las divisiones inglesas y españolas, entrando en Francia y situándose con su ejército en Perpignan.

—No rabiaria poco ese franchute, que tanto habia dado que hacer.

—Esos son los azares de la guerra. El que hoy se muestra altivo y afortunado, mañana se mira vencido y acosado por fuerzas que tal vez poco antes le parecian despreciables.

—Diga usted más bien que esas son las cosas del mundo, amigo don Juan,—dijo el cura.

—Es cierto.

En seguida Mendoza refirió todas las operaciones que se realizaron contra Bayona, donde el mariscal

Soult habia tomado posiciones. El general Hill, que mandaba la derecha de los aliados, atacó á los franceses que tenia delante, les cortó sus comunicaciones con San Juan del Pié del Puerto, y confió al guerrillero español Mina, convertido en general, y en general acreditadísimo, el bloqueo de Bayona. Al mismo tiempo Wellington pasó el Adur por más abajo de la plaza, ocupando el camino de Burdeos, con lo cual Bayona quedaba enteramente rodeada. Soult habia establecido en Orthez su cuartel general, donde el inglés Beresford le observaba, mientras Hill ocupaba los dos Gaves.

El 27 de Febrero Wellington atacó á Soult y le arrojó de Orthez, quitándole doce cañones y haciéndole perder más de dos mil hombres. Esta victoria le hacia dueño de Guiena y Gascuña. El cuerpo de Beresford ocupó á Burdeos, y entonces ocurrió una cosa, que no por haberse repetido en muchas ocasiones, deja de llamar la atención.

Aquella capital de provincia habia sido en otro tiempo el foco del más ardiente republicanismo. El departamento de la Gironda habia dado nombre al partido más inteligente y más simpático de la revolucion francesa. Acaso los girondinos, que pagaron en el patíbulo el crimen de valer más que todos los otros revolucionarios, eran tambien los que más sinceramente amaban la república. Burdeos habia tenido siempre fama de ser una de las poblaciones más republicanas de Francia, y fué la primera ciudad que se declaró por los Borbones. El duque de Angulema, que iba en el ejército de

Beresford, fué recibido por los bordeleses con un entusiasmo indescriptible.

El 13 de Marzo, salió por fin de Valencey Fernando VII, el 19 llegó á Perpignan, donde fué recibido por el mariscal Suchet, y dejando en rehenes á su hermano don Carlos, pisó el 22 el territorio español, entrando en Gerona el 24.

Los pueblos enloquecian de alegría viendo en Fernando el *Deseado* la prenda de su independendia. Aquel rey por quien España habia hecho tantos sacrificios, era una personificacion de la patria;—¡personificacion bien indigna por cierto!—Los españoles no veian en él un hombre, sino un símbolo. El amor á la independendia y el orgullo nacional estaban lisonjeados á la vez contemplando aquel hombre que durante su cautiverio habia ya dado hartas pruebas de lo que habia de ser en el trono. Pero personificaba una gran idea, y los pueblos aplicaban á las cualidades de su rey el famoso «no importa» que les habia hecho invencibles en la guerra.

Entre tanto, Wellington aceleraba las operaciones militares.

Despues de la victoria de Orthez, continuó su marcha en persecucion de Soult, y el 27 de Marzo se presentó delante de Tolosa de Francia, donde el mariscal francés habia establecido su cuartel general.

Hill pasó el Garona el 31 por más arriba de la ciudad; pero creyóse que aquel sitio no era á propósito para que pasara por allí todo el ejército, y se eligió otro media legua más arriba de Grenade, al Norte de Tolosa, donde se echó un puente el 4 de Abril.

Por aquel puente pasaron el río los ejércitos inglés y español, y la division portuguesa que iba como auxiliar.

El día 10 acometieron los aliados las líneas de Soult que estaban al rededor de Tolosa. La batalla fué terrible y sangrienta; duró todo el día, pero al llegar la noche, los franceses habian perdido la mayor parte de sus posiciones, tenían muchos regimientos en cuadro, y les era imposible continuar la lucha. En aquella batalla las tropas españolas, mandadas por el general Freire, se cubrieron de gloria. Ellas tomaron gran número de los reductos que ocupaba el enemigo, y aunque este trató de recobrarlos, los conservaron en medio de una lluvia de balas y de metralla. Los generales don Gabriel de Mendizábal y don José de Ezpeleta, que mandaron las columnas de ataque, fueron gravemente heridos.

Al referir Mendoza estos detalles, su voz temblaba de emocion, y una lágrima rodó por su megilla.

—En aquel combate, último de la guerra,—exclamó profundamente conmovido el valiente veterano,—murió como un héroe el coronel Segura, que tan brillantes servicios habia prestado en la guerrilla del cura Merino.

—¡Qué desgracia!—exclamaron los oyentes.

—¡Horrible! Pelear tantas veces, salir con vida de lo más rudo de la campaña, para perderla en tierra extranjera, cuando ya los combates apenas tienen objeto, como aquel no lo tenía, puesto que al día siguiente recibieron ambos ejércitos la noticia de la entrada de los

aliados en París y la abdicacion de Napoleon, que venia á poner término á todas las guerras. ¡Pobre Segura! Era un militar honrado, pundonoroso y valiente. Cuando se disolvió la brigada del cura Merino, fué destinado á mandar uno de los regimientos que formaban parte del ejército del general Freire, y murió destrozado por una bala de cañon en el momento en que á la cabeza de sus soldados saltaba espada en mano sobre los reductos enemigos. Yo, que le debía la poca instruccion militar que habia adquirido, que le trataba como á un amigo y á la vez como á un padre, porque en mi cariño habia mucho de respeto, no pude ménos de verter lágrimas cuando supe su desgracia, como las he vertido ahora al recordarla.

Calló Mendoza, y todos los circunstantes guardaron silencio. La relacion de la guerra que el coronel les habia ofrecido, estaba terminada. Don Juan, que nunca hablaba de política más que para deplorar los desastrosos efectos de nuestras discordias, no gustaba de referir los acontecimientos que siguieron á la paz de París, y sus amigos que lo sabian, dieron por terminada la historia.

Nosotros de buena gana le imitaríamos; pero obligados á dar á conocer á nuestros lectores cuál fué la suerte de todos los personajes de nuestra obra, y especialmente del protagonista cuyo nombre nos sirve de título, tendremos que relatarlos, siquiera sea ligeramente, antes de terminar esta novela.

X

Volvamos al momento en que Juan, despues de haber peleado con su intrepidez acostumbrada en la batalla de Vitoria, obtuvo licencia temporal para regresar á su pueblo.

El dia de la llegada del muchacho, sus padres estuvieron para morirse de alegría.

Mariana reia y lloraba como una loca.

El tio Gil saltó como un chico, cuando al abrazar á su hijo, este le manifestó que iba para no volver á separarse de su lado.

Sin embargo, pasados los primeros momentos de expansion, aquellos amantísimos padres no pudieron menos de recordar que al principio de la guerra habian salido de su casa dos hijos y no volvia más que uno.

El otro habia vuelto mucho antes cubierto de heridas, para exhalar el último suspiro.

Hacia más de tres años que reposaba en el cementerio de Villoviado.

Con Juan regresó don Cleto, hecho todo un comisario de guerra. El buen hombre habia asistido á diferentes combates, y si bien no era de los que se distinguian por su bravura, tampoco llamaba la atencion su cobardía, y con razon podia aspirar á que en la hoja de servicios se le pusiera la nota de «valor acreditado.»

Debemos advertir, que habia aprendido á montar á caballo.

No era un ginete extremadamente gallardo; pero se tenia firme, y esto le bastaba.

Tenia, como todos los jefes, y aun hasta los soldados de la partida de Merino, algunos ahorrillos, con los cuales se proponia vivir en el pueblo con su hermana hasta que la situacion se despejara, y supiera si el gobierno definitivo que se habia de establecer en España le reconocia su empleo en la administracion militar, como así fué al cabo de pocos meses, en que tuvo que trasladarse á Búrgos, adonde fué destinado en clase de comisario.

Cuando nuestro hombre fué á Búrgos, la primera visita que hizo fué á don Fabian, el cual estaba á toda prisa disponiendo su viaje para Madrid. El antiguo escribano habia hecho valer sus servicios prestados á la causa insurreccional desde la prefectura, y se proponia explotarlos en la córte, donde sus cualidades para la intriga le prometian un gran porvenir.

XI

De propósito no hemos querido hasta ahora hablar de María.

Apenas llegó Juan á Villoviado y hubo abrazado á sus padres, se trasladó á casa de su novia.

Allí, nuevos abrazos, lágrimas y nueva alegría al saber que el jóven no pensaba salir ya más de su pueblo.

Hemos olvidado un detalle importante.

Juan al pasar por Búrgos se habia hecho un traje

de paisano, y al presentarse en su pueblo ya no vestía de uniforme.

Sus padres, ni siquiera se habían fijado en semejante cosa.

María lo notó al momento.

—¿Qué traje es ese?—preguntó á su novio.

—El mío. Ya sabes lo que te había ofrecido, y yo cumplo siempre mi palabra.

—Oye, Juan,—le dijo entonces Gregoria.

—Diga usted.

—¿Estás seguro de no arrepentirte nunca?

—¿De qué?

—De lo que vas á hacer.

—Lo que voy á hacer es casarme con María si ella sigue queriéndome, y ser muy feliz á su lado.

—No digo que no.

—Pues no entiendo.

—Quiero decir, que algun día tal vez sentirás el haber dejado esa carrera.

—¡Ah! ¿habla usted de mi empleo de coronel?

—Precisamente.

—No hago caso de eso.

—Debes pensarlo.

—Ya está pensado.

—Aun eres muy joven.

—Mejor, eso quería decir, que me quedan bastantes años de vivir dichoso y tranquilo.

María escuchaba á su novio con delicia.

Ella tampoco tenía afán de figurar.

Sabía que la bastaba decir una palabra para que

Juan no dejase su carrera, y la llevara al altar vestido con su hermoso uniforme de coronel.

Pensaba que de este modo tal vez hubiera llegado á ser general. Y ser generala en aquellos tiempos significaba mucho más que ahora, en que cualquiera tiene esa posicion, por consecuencia de lo que se ha rebajado la talla para todo.

Pero la muchacha tenia muy buen sentido, y en su corazon reinaba ese egoismo tan natural en los enamorados.

Queria poseer á Juan ella sola, que fuera enteramente suyo, sin que otros cuidados ni otras ocupaciones le distrajeran; así es, que aprobaba su determinacion y la agradecia con toda su alma.

El tio Gil no dejó de hacer tambien á su hijo algunas observaciones sobre el particular.

Pero Juan se mantuvo inflexible.

Su madre y su tia le apoyaban.

—Nada, nada,—decia Mariana;—mi única alegría es verle ya vestido como su padre; bastante es haber perdido un hijo; no quiero perder el otro, ya que Dios lo ha salvado de tantos peligros.

XII

El que más oposicion hizo á aquel proyecto, fué el cura Merino.

—Muchacho, tú estás loco,—le dijo al enterarse de que pensaba abandonar el servicio definitivamente.

—Creo que no, señor cura,—le respondió Juan.

- ¡Con un porvenir tan brillante!...
- Aquí no lo tengo malo.
- No pasarás de ser un labrador.
- Eso ha sido mi padre.
- Pero ya que te lo has ganado...
- No he servido por interés á la patria.
- Es que aún puedes servirla.
- Si me necesita, aquí me tiene.
- Te necesitará de seguro.
- La paz está asegurada por ahora.
- No quiero decir eso.
- ¿Pues qué?
- ¿Piensas que en España no queda nada que hacer?
- Remediar los males que ha causado la guerra.
- No es eso sólo.
- No sé.
- Es imposible que el rey se conforme con la Constitución.
- Ya lo veremos cuando venga.
- Y aunque él se conformara...
- ¿Qué?
- Nosotros no debemos conformarnos.
- Por mi parte, no veo inconveniente.
- ¿Serás tal vez liberal?—preguntó el cura con enfado.
- No, señor.
- ¡Ah!
- No soy nada.
- Pues los hombres honrados...

—Lo que debemos hacer los hombres honrados, es no provocar en España una guerra civil despues de la guerra extranjera.

—Yo te digo que aún va á haber aquí muchos tiros.

—Lo sentiré.

—Y tú debias prepararte.

—Me preparo á quedarme en mi casa, predicando la paz á todo el mundo y llorando la insensatez de los que la turben.

—Hombre, yo que contaba contigo...

—¿Para qué?

—Por si hay que hacer algo.

—No haré nada en cuestiones políticas. Mi sable, que ha sido un poco duro para los franceses, no tiene filo para los españoles.

—Bueno.

—Y si no tuviera otras razones, lo que usted acaba de decirme bastaria para hacerme dejar el servicio. Preveo efectivamente que aquí, al terminar la guerra, terminará la lucha del patriotismo para empezar la de la ambicion y la intransigencia. Soy muy poca cosa, y no puedo evitarlo, pero al ménos no contribuiré á nada de lo que suceda.

Se necesitaba que don Jerónimo profesara una gran amistad á su coronel de caballería, para que no le hubiera llenado de improperios, porque el cura era un absolutista furioso, y la Constitucion de Cádiz le tenia fuera de sí.

Habia trasladado á los constitucionales todo el ódio que profesaba á los franceses, y estaba dispuesto á re-

petir contra sus enemigos políticos las hazañas que habia llevado á cabo contra los enemigos de su patria.

Pero esto era algo más difícil, como tuvo ocasion de convencerse algunos años más tarde, porque no es lo mismo pelear ayudado por el sentimiento unánime de de todo un pueblo, que no tener detrás más que un partido, por fuerte que sea.

Merino se separó de Juan disgustado; pero no por esto dejó de ser amigo suyo, ni ménos retiró la palabra que mucho tiempo antes le habia dado, de ser su padriño de boda.

XIII

Los preparativos se llevaban con toda la rapidez posible.

Las mujeres habian ido á Búrgos á comprar la gala para la novia, y Juan las acompañó, aprovechando aquella oportunidad para presentar al capitán general su solicitud de licencia para contraer matrimonio.

Como se habia propuesto no pedir la absoluta hasta que la paz se firmara, lo cual aún no habia sucedido, y no queria dilatar su casamiento, tuvo que someterse á esta formalidad.

La licencia se despachó pronto, porque Merino, que tenia gran influencia, escribió á Madrid para que se activase.

Cuando estuvo despachada y todo dispuesto, se realizó el casamiento, que fué sencillo como correspondia al carácter modesto de las familias de ambos contrayentes.

En la comida de boda hubo un acontecimiento extraordinario.

El cura Merino, que asistió á ella por haber apadrinado á los novios, bebió un dedo de vino generoso, lo cual le costó hacer un gesto y murmurar entre dientes, despues de tomar un vaso de agua:

—No sé como hay hombres tan aficionados á esta porquería.

El Feo, que seguia sirviendo á don Jerónimo, asistió tambien á la boda, y fué uno de los que sirvieron la mesá, lo cual le valió una buena gratificacion, que Juan le dió para que celebrase aquel acontecimiento.

XIV

La felicidad de los nuevos esposos no conocia límites.

A los pocos meses de casados, hallándose Fernando VII en Madrid, el muchacho solicitó y obtuvo su licencia absoluta, aunque el rey, en atencion á sus servicios, le concedia por toda su vida el uso de uniforme y los honores de coronel.

Entonces ya no estaba Merino en Villoviado.

Habia sido nombrado canónigo de Valencia, donde dentro de poco le seguiremos.

El rey habia abolido desde Valencia el régimen constitucional; la persecucion contra los liberales habia comenzado en Madrid y provincias; los absolutistas tenían motivo para estar satisfechos; muchos patriotas, que habian hecho en la pasada guerra inmensos sa-

crificios, andaban fugitivos. El ingrato Fernando pagaba de este modo los torrentes de sangre que la nación había derramado aclamándole. Don Jerónimo Merino debía pensar que todo iba bien y que por entonces no necesitaba apelar á las armas contra los liberales. Sin embargo, es de suponer que aun aquello le pareciera poco, porque él figuró siempre en aquel bando llamado *apostólico*, que algun tiempo despues proyectaba destronar á Fernando y sentar en el trono á su hermano don Carlos, en quien sin duda creía hallar más dócil instrumento de sus planes. ¡Fernando VII combatido por no ser bastante reaccionario! ¡Fernando VII amenazado por liberal! Hay páginas que quisiera uno arrancar de la historia á costa de su vida.

Pero no adelantemos los acontecimientos.

XV

Al año de casados María y Juan, tuvieron un hijo. Dios había bendecido su union.

Todos los padres saben como reciben el primer hijo los matrimonios que se aman.

Es, pues, inútil que ponderemos la alegría de los dos esposos.

Al poco tiempo esta alegría fué turbada por un gran dolor.

Gil Mendoza bajó á la tumba.

Seis meses despues le siguió la pobre Mariana.

Juan era huérfano de padre y madre.

Aunque el muchacho tenia muy prevista esta des-

gracia, porque sus padres eran ancianos, no por eso su pena fué ménos profunda.

Las caricias de su esposa y de su hijo, le sirvieron de consuelo.

XVI

Dos años despues murió Gregoria.

Esta es la ley de la vida.

No somos eternos.

Unos mueren y otros nacen.

Es natural que mueran antes los que antes nacieron.

La mayor parte de los hijos están condenados á llorar sobre la tumba de sus padres.

Si no fuera así, no existiría el mundo.

Dios que lo dispone, da fuerzas á los que sufren para soportar su dolor.

XVII

El niño tenia el mismo nombre que su padre.

Se criaba robusto y sano, y á los diez años era un chico hermoso, que representaba lo ménos doce.

Cuando cumplió los catorce, se pensó en darle carrera.

Aunque la fortuna de Juan Mendoza era ya entonces muy regular, y Juanito debia heredarla toda, porque el matrimonio no habia tenido más hijos, su padre comprendia que las necesidades eran cada vez mayores

y que el niño cuando fuera hombre podría quejarse de que no se le habia educado conforme permitia su posicion social.

El chico se empeñó en ser militar.

Mendoza, que comprendia los inconvenientes de esa carrera, le hizo prudentes reflexiones; pero en vista de que no le convencia, accedió á complacerle.

Le sacó los cordones de cadete.

Esto era en 1830, es decir, cuando Juanito acababa de cumplir quince años.

Su padre logró que fuera á un regimiento que estaba de guarnicion en Búrgos, adonde él se trasladó con su esposa, residiendo allí cuatro años, es decir, hasta que su hijo obtuvo el empleo de oficial, y tenia ya edad para vivir solo bajo la vigilancia de sus jefes, á quienes el coronel Mendoza le tenia muy recomendado.

Entonces regresó Juan á su pueblo, de donde no pensaba salir nunca.

XVIII

Cuando Juanito ascendió á oficial, ya habia muerto Fernando VII, y la guerra civil comenzaba en Navarra y las Provincias Vascongadas.

Mendoza supo con dolor que el regimiento de su hijo, de guarnicion entonces en Pamplona, habia sido de los primeros que salieron á operaciones.

Por el pronto, la guerra no fué muy encarnizada; pero luego cada vez se iba formalizando más.

Juanito, que era tan valiente como su padre, no tardó en distinguirse.

Entonces los ascensos se escatimaban bastante; pero el jóven oficial vió recompensado su valor con diferentes cruces.

En los siete años que duró la guerra, Juan y María experimentaron crueles angustias.

Siempre estaban esperando carta de su hijo.

Leían con avidez los partes oficiales y los periódicos de Madrid, temerosos de encontrar en los estados que solían publicarse de los muertos y heridos, aquel nombre querido.

Pero Dios tuvo compasion de ellos.

En 1840, despues del convenio de Vergara, Juanito pudo ir á Villoviado á abrazar á sus padres, luciendo en el pecho dos cruces laureadas y sobre los hombros las charreteras de capitan de infantería.

El muchacho empezaba bien, porque aún no tenia veintiseis años.

Poco tiempo despues enfermó María.

Todos los cuidados de su esposo y los desvelos de la ciencia, fueron inútiles.

La esposa del coronel Mendoza falleció de una fiebre maligna, que la llevó al sepulcro en muy pocos dias, á la edad de cincuenta años.

El antiguo guerrillero quedó inconsolable.

Afortunadamente para él, su hijo, que al terminar la guerra habia quedado de reemplazo, residia en Villoviado y acababa de casarse.

Los cuidados del jóven y de su esposa, que era una linda y honrada señorita de Búrgos, aliviaron algun tanto su pena.

A fines del cuarenta y nueve don Juan Mendoza fué abuelo.

Aquella alegría le hizo olvidarlo todo.

Dos años despues tuvo otro nieto.

El primero era un niño, el segundo una niña.

Los que hemos visto pasear con él por las afueras de Villoviado.

XIX

¿Qué habia sido del cura Merino durante este tiempo?

Ya es hora de que lo digamos.

Don Jerónimo, como sabemos ya por la conversacion que tuvo con Mendoza en 1813, estaba afiliado en aquel bando apostólico, intransigente y feroz, que tantos desastres causó á la patria.

Demagogia blanca tan soez, tan fanática, tan repugnante como la roja, sus móviles fueron el fanatismo y la ignorancia, su medio el terror, su fin la satisfaccion de pasiones desenfrenadas.

Para que se comprenda con facilidad el papel que desempeñó Merino en todos estos acontecimientos, hasta que al principio de la guerra civil levantó resueltamente en Castilla la bandera de don Carlos, para ir á exhalar su último suspiro emigrado en Francia, él que tanto habia odiado á los franceses, necesitamos hacer un poco de historia.

Luego que Fernando VII entró en España por Gerona, se trasladó á Tarragona, desde donde pasó á Za-

ragoza accediendo á los ruegos de la diputacion provincial. ¡Bien merecia la ciudad heroica la satisfaccion de ver dentro de sus muros aportillados al monarca por quien de tal manera habia peleado!

A mediados de Abril marchó el rey á Valencia, donde el general Elío, acérrimo enemigo del régimen constitucional, le cedió antes de entrar su baston de mando, como para protestar contra el principio de los constitucionales, de que el rey reina y no gobierna. No fué este un acto puramente formulario, ni una manifestacion más ó ménos vana de las ideas políticas de Elío, sino que al entregarle aquel baston puso enteramente á sus órdenes todas las tropas que mandaba para restablecer en todo su vigor la monarquía pura. Con fecha doce de aquel mes, sesenta y nueve diputados habian elevado al monarca la famosa exposicion llamada de los *persas*, y en aquel documento, redactado por el marqués de Mataflorida, se pedia la abolicion de la Constitucion.

Tan dispuesto estaba el rey á complacer á los *persas*, que habiéndose puesto en marcha para Madrid á principios de Mayo, ya anteriormente don Francisco Eguia, nombrado por él capitán general de Castilla la Nueva, habia preso de real orden á dos individuos de la regencia, á varios diputados y á muchos de los jefes más caracterizados del partido liberal: lo mismo que en Madrid se hizo en casi todas las provincias. Estando el rey en camino se disolvieron las Cortes de real orden, y el dia 11 de Mayo se fijó en los sitios públicos un manifiesto con el título de decreto, en que se mandaba que

todo volviese al ser y estado que tenia en 1808. Este decreto, firmado por el rey en Valencia, tenia la fecha del 4 de Mayo; es decir, del dia anterior al de la salida de Fernando de aquella ciudad.

El gran trabajo de los legisladores de Cádiz quedaba borrado de una plumada.

Absurdo proceder é insensato desvario, que ha costado á la nación arroyos de sangre, y que vino á inaugurar la tremenda era de nuestras revoluciones y reacciones, que sabe Dios cuándo acabará.

Nosotros creemos que en lo hecho por las Cortes de Cádiz habia algo que reformar; la Constitucion de 1812 era harto democrática para aquellos tiempos; pero es indudable que habia en ella muchas cosas justas y dignas de tenerse en cuenta. Sobre todo, no se podia tratar con tanto desprecio la obra de aquellos varones insignes, que discutian bajo el fuego de los invasores, mientras Fernando estaba cómodamente alojado en Valencey, felicitando á Napoleon por el triunfo de los franceses en Ocaña y recordándole servilmente su promesa de darle por esposa una princesa de su familia.

El 13 de Mayo entró el rey en Madrid, y la persecucion arreció de una manera terrible. Los liberales fueron presos y maltratados en todas partes, y se restableció el tribunal de la Inquisicion.

El partido liberal, aunque pequeño y escaso de recursos, no podia resignarse con tal estado de cosas. En el mismo año 1814, Mina, que mandaba el ejército de Navarra, hizo una tentativa sobre Pamplona á fines de Setiembre para restablecer la Constitucion. Fracasado

su intento, hubo de emigrar á Francia, buscando un asilo en aquel país, que un año antes habia invadido en son de guerra al frente de sus batallones.

En 1815 Napoleon desembarcó en la Provenza al frente de cuatrocientos hombres, única guardia que se le habia dejado en su destierro de la isla de Elba. El desembarco se verificó á principios de Marzo, y á fines de dicho mes se hallaba sentado en el trono de Paris, habiendo obligado á los Borbones á refugiarse en Bélgica. Resucitó la coalicion europea; España envió dos ejércitos, uno á la frontera de Guipúzcoa y otro á la de Cataluña; pero el segundo imperio de Bonaparte no duró más que cien dias. Vencido el coloso en Waterlóo, volvió la tranquilidad á Europa, aunque no á España, gravemente perturbada por las cuestiones políticas.

A fines de este año se levantó Porlier en Galicia, proclamó en la Coruña la Constitucion de Cádiz, y marchó sobre Santiago; pero en el camino fué preso y ahorcado. Las causas de sus cómplices tardaron en verse hasta 1819. La torpeza de los ministros de Fernando VII, su intolerancia, sus injusticias y la debilidad de que daba muestras, sometién dose á una camarilla, compuesta de hombres aptos sólo para la adulacion y la bajeza, proporcionaban simpatías á los constitucionales.

Entre tanto, el fuego de la rebelion habia comenzado á extenderse por nuestras colonias de América, amenazando acabar con aquel poder colonial, que habia sido el primero del mundo, y que desde entonces hasta la fecha ha ido cercenándose, en términos de estar casi anulado.

Como los sucesos de América iban de mal en peor, el año 1819 comenzó el gobierno á organizar en la provincia de Cádiz un ejército expedicionario que fuera á reforzar á los que al otro lado de los mares peleaban por el honor de nuestra bandera y la integridad del territorio. Con motivo de haber invadido á Cádiz la fiebre amarilla, el ejército se acantonó en diferentes pueblos de la provincia.

En los últimos meses de aquel año comenzaron á notarse síntomas de insubordinacion entre las tropas acantonadas, y el 1.º de Enero de 1820 estalló en el pueblo de Cabezas de San Juan una sublevacion militar, proclamando la Constitucion de 1812. Al frente de esta sublevacion se pusieron el coronel don Antonio Quiroga y el célebre don Rafael del Riego, comandante de un batallon del regimiento de Astúrias.

De muy distinto modo ha sido juzgada la conducta de estos militares.

Mientras el entusiasmo de la mayoría del partido liberal, en sus diversos matices, ha pretendido hacer de ellos unos héroes, los sectarios del absolutismo los han presentado con los más negros colores.

Las acusaciones de traicion á la patria y hasta de cobardía, han caido sobre ellos. No hay ningun dato que las autorice, y por consiguiente, no se pueden lanzar sobre sus nombres.

Por otra parte, Riego, como lo demuestran sus actos posteriores, era hombre de poquísimo talento, y fácilmente pudieron engañarle los enemigos de la patria, con ayuda de los más exaltados.

De todos modos, es imposible justificar su conducta. La insurrección del año 1820 costó á España la pérdida de las Américas, y la libertad es demasiado cara si se compra á costa del territorio y de la honra nacional.

El principal jefe de la sublevación fué Quiroga, aunque Riego llegó á ser el más popular.

Este salió de la Cabezas de San Juan con dos batallones para propagar la insurrección á los otros cantones. Efectivamente, marchó á Arcos, arrestó al general en jefe y á su estado mayor, sublevó al batallón de Guias, sorprendió al de Aragon en Bornos, pasó á Jerez y al Puerto de Santa María, y por último entró en la Isla de León, donde se habían reunido todos los sublevados, en número de cinco mil hombres. Entonces trataron de penetrar en Cádiz; pero la escuadra y la guarnición rechazaron sus proposiciones, y tuvieron que mantenerse á la defensiva.

El 27 de Enero salió Riego de la Isla con mil quinientos hombres, para procurarse víveres y dinero y atraer á los que vacilaban. Marchó á Algeciras, se puso en comunicacion con Gibraltar, de donde recibió auxilios, y tratando de volver á la isla á principios de Febrero, no pudo conseguirlo, porque las tropas del rey la habían bloqueado. Retrocedió entonces y se encaminó á Málaga, sin duda con el objeto de ver si lograba mover al pueblo, ya que la insurrección militar no hacia progresos. Málaga estaba entonces desguarnecida, pues todas las tropas estaban formando columnas para batir á los rebeldes; entró sin dificultad en esta importante

capital, pero la poblacion le recibió con tal indiferencia, que no se le unió ni un solo hombre ni recibió ningun auxilio.

En vista de esto, abandonó aquella ciudad sin atreverse á esperar á las tropas que le perseguian, y vagó sin plan fijo de un lado á otro, hasta que reducida su columna á unos trescientos hombres, pues los demás se habian desertado, llegó á Córdoba el 7 de Marzo, se acuarteló en el convento de San Pablo, recibió algunos socorros, y marchó sin que la poblacion le demostrara ni simpatía ni enemistad. El dia 9 se redujo su columna á muy pocos hombres y el 11 se dispersó.

Entre tanto, toda España habia permanecido tranquila, y el gobierno se limitó á enviar á Andalucía muchas tropas, que demostraron poquísima actividad y ninguna energía; pues dejaron á la columna de Riego marchar por donde tuvo por conveniente, y si acabó por disolverse, esto no se debió á la persecucion que sufriera, sino al desden con que los pueblos la recibian.

El 21 de Febrero se sublevó en la Coruña una parte de la guarnicion, arresando á las autoridades. Vigo y el Ferrol secundaron el movimiento, que no tardó en enseñorearse de toda Galicia. Al mismo tiempo en Aragon, Astúrias y Barcelona hubo otros movimientos. Mina entró en España, proclamó la Constitucion en Santistéban al frente de veinte hombres, y el 11 de Marzo entró en Pamplona. En todas partes se notaba que el ejército era favorable al movimiento, aunque el pueblo permanecia indiferente. Animados con estos sucesos y con la sublevacion militar que ocurrió en Oca-

ña, los conspiradores de la corte provocaron una asonada y pidieron al rey que jurase la Constitucion, como así lo hizo el 9 de Marzo.

Entonces dió comienzo aquel período de tres años de una revolucion insensata, que dió lugar á una reaccion no ménos estúpida.

El primer ministerio se compuso de hombres en quienes Fernando no tenia confianza, ni ellos en él. De aquí se originó un estado de lucha latente y continua, que debia acabar con el prestigio de la autoridad real, con la libertad y con todo.

Creóse una Junta provincial, sin cuyo concurso no se podia decretar nada hasta la reunion de las Cortes, lo cual demostraba en cuán poco tenian los hombres del nuevo orden de cosas la institucion monárquica.

Como es natural, inmediatamente el nuevo gobierno comenzó á verse combatido por dos enemigos igualmente temibles: la reaccion y la anarquía.

El primer síntoma de reaccion fué una conspiracion sin consecuencias, que se ahogó en gérmen, y á cuya cabeza estaba el general Echevarría. El primer acto de anarquía fué la destitucion del ministro de Marina don Luis de Salazar, que pidieron y obtuvieron las sociedades patrióticas, que á la sazón eran innumerables.

Cuando los clubs influyen en las resoluciones del gobierno y lo dominan, puede decirse que una nacion ha llegado al último grado de decaimiento. El gobierno que se deja influir por esos poderes irresponsables es indigno de gobernar, y los hombres que lo componen no tienen ni siquiera idea de sus deberes.

El primer ministerio constitucional de Fernando VII incurrió en esta debilidad. Tal vez si hubiera sabido reprimir con mano fuerte aquellos desmanes, el régimen constitucional se hubiera consolidado. Pero no supo ó no quiso, ó no pudo hacerlo, y la libertad, convertida en licencia, cayó tres años despues aherrojada y envilecida á los piés del despotismo, ayudado por las bayonetas extranjeras.

Sin embargo, la mayoría de las Córtes elegidas fué prudente y templada. Habiéndose disuelto el ejército de la Isla, Riego, que era su jefe, ascendido nada ménos que á general, se trasladó á Madrid, donde obtuvo una gran popularidad.

En efecto, la exaltacion de sus ideas, su chavacanería, su vulgaridad, la misma medianía de su talento, le hacian muy á propósito para ganar al populo, que en general no adora más ídolos que los que estan á su altura.

A favor de su popularidad quiso imponer la ley al gobierno; pero este, demostrando en aquella ocasion una energía que en todas debiera haber demostrado, le obligó á marchar de cuartel á Astúrias. El fatal sistema de tira y afloja hizo al ministerio transigir casi al mismo tiempo con los exaltados, exhonorando al marqués de las Amarillas, ministro de la Guerra, que se habia atraído el odio de los revoltosos.

La falta de práctica y de inteligencia del sistema constitucional, tanto por parte del rey como de sus ministros y de las Córtes, producía diarios conflictos. Tan pronto Fernando se excedía de sus atribuciones, nom-

brando un capitán general de Madrid sin que ningún ministro refrendara el decreto, como olvidaba sus prerrogativas, pidiendo á las Cortes que le designasen las personas más de su agrado para formar ministerio.

En el primer caso, el ministerio, en lugar de conferenciar secretamente con el rey y convencerle de su sinrazón, se apresuró á acudir á las sociedades patrióticas, que se desataron en amenazas, y transigió una vez más con los perturbadores.

El resultado fué que el rey, que se hallaba en el Escorial, hubo de regresar á Madrid; Riego fué nombrado capitán general de Aragón, nombramiento desafortunadísimo, que estuvo á punto de producir un grave conflicto internacional con Francia, y que en la capital de la monarquía hubiera una asomada que duró tres días, al cabo de los cuales fué disuelto el cuerpo de guardias de la real persona.

En el segundo, que ocurrió al día siguiente de abrir las Cortes su segunda legislatura, el rey destituyó al ministerio y acudió á las Cortes en demanda de que le indicasen las personas que creyeran más á propósito para formar el nuevo gabinete. Las Cortes comenzaron por manifestar su desagrado por la destitución de un ministerio que merecía su confianza, lo cual equivalía á dar al rey un voto de censura, cosa que no estaba en sus atribuciones.

Todo esto era pura ignorancia de lo que es en su esencia el régimen constitucional. El rey, según este sistema, nombra y separa libremente sus ministros; las Cortes manifiestan su satisfacción ó su disgusto por me-

dio de sus votos, pero estos en ningun caso afectan más que á los ministros responsables.

Entonces comenzó la division del partido liberal en dos fracciones, que se llamaron *doceañistas* y *liberales del año 20*. Estos últimos permanecian casi en su totalidad á la masonería, y su lema era: *todo para los masones, todo por los masones*. Con estos elementos era difícil el gobernar, y aunque la mayoría de las Cortes y el segundo ministerio de la revolucion dieron pruebas de un liberalismo prudente y una gran moderacion, sus buenos deseos se estrellaron en los acontecimientos, que se desbordaban cada vez con más furia.

La constitucion del año 12 fué adoptada en Portugal, el Piamonte y Nápoles. La Santa Alianza desaprobó la revolucion en estas dos naciones, y las tropas austriacas entraron en Nápoles, restableciendo el absolutismo. Los exaltados españoles quisieron vengar en los que suponian ó eran efectivamente afectos al régimen absoluto en nuestra patria, aquella derrota de sus ideas en Italia, y comenzó una era de desórdenes y persecuciones, que no podia ménos de disgustar á todas las personas sensatas. La libertad desbordada, se convirtió en tiranía, y en tiranía de las masas, la más insoportable de todas.

Los motines y asonadas se sucedian en Madrid y provincias con lamentable frecuencia. Apenas se gozaba un dia de tranquilidad completa. Muchas veces llegaron á cometerse por las turbas amotinadas, crímenes que quedaron impunes, porque la autoridad, débil, sin prestigio, fluctuando constantemente entre el temor á

la reaccion y el torrente de la anarquía, si con una mano reprimia el desórden, con otra en cierto modo lo alentaba, apoyándose por necesidad en los alborotadores cada vez que el gobierno creia que le faltaba en Palacio el apoyo que necesitaba.

Entre los más exaltados se mezclaron muchas veces agentes del partido absolutista, que como interesados en desacreditar la revolucion, procuraban arrastrarla á todos los extremos.

Empresa desgraciadamente muy fácil, porque el partido avanzado, compuesto en gran parte de la hez del populacho, era materia dispuesta para toda clase de excesos.

El ministerio desconfiaba del rey, que era el alma de la conspiracion reaccionaria que constantemente habia en la corte, y tenia que resistir los ataques de los demagogos, que le encontraban demasiado moderado.

En las segundas elecciones de diputados á Cortes triunfó el partido exaltado, que logró llevar á la Asamblea una gran mayoría. Riego fué elegido presidente de la cámara por el primer mes, y comprendió sus deberes presidenciales tan estúpidamente como habia comprendido los militares. Desde el sillón de la presidencia interrumpia á los ministros cuando hacian oir el lenguaje de la moderacion, para decir que él estaba al frente del partido exaltado, ó para negar las régias prerrogativas, llegando á afirmar en una ocasion que «el rey no tenia prerrogativas, sino deberes.»

La reaccion tampoco se descuidaba, y el partido absolutista, no sólo contribuia á aumentar el desórden

excitando por bajo mano las pasiones de los exaltados, sino que intentaba casi diariamente levantamientos formales contra el orden de cosas establecido.

Todo esto reunido produjo la intervencion francesa de 1823. ¡Página de vergüenza para todos los que han sido causa de que manchara nuestra historia! Mejor es no hablar de ella, porque la indignacion ofusca el entendimiento y la pluma no encuentra palabras para contarla.

A la intervencion siguió aquella década, que ha tenido el nombre de *ominosa*. Lo mereció, aunque el bando apostólico no se diera por satisfecho é intentara diferentes insurrecciones, por creer que Fernando VII, despues de haber intentado borrar hasta el tiempo, no era aún bastante reaccionario.

Son épocas de enfermedad moral de las naciones que sus buenos hijos quisieran dar al olvido, semejantes á los descendientes de Noé, que cubrieron á su padre con el manto para ocultar á las miradas de todos la vergüenza de su embriaguez.

XX

En muchos de los acontecimientos á que dió lugar la lucha de los partidos, tomó parte activa don Jerónimo Merino.

En cuanto el rey Fernando llegó á Madrid de vuelta de su cautiverio quiso verle, porque eran tantas las proezas y las estravagancias que de él le habian

contado, que el monarca no pudo ménos de entrar en deseos de conocer á tan curioso personaje.

Trasladóse Merino á la corte y se presentó en Palacio, sin que fuera posible conseguir de él que para visitar al rey abandonara su famoso leviton.

El rey le hizo contar toda la campaña, y Merino, que no pecaba de corto, se la refirió á grandes rasgos.

—¿Y qué deseas?—le preguntó Fernando.

—Señor,—le contestó Merino,—yo no he nacido para cura.

—¡Hombre!

—Soy poco á propósito para andar cantando salmos y echando bendiciones.

—¿Pues qué quieres?

—La Junta central me ha nombrado brigadier de caballería, y si vuestra majestad me confirmara en ese empleo, me parece que podría prestar en él algunos servicios.

—Hombre, mucho lo siento, pero la guerra nos ha dejado un número tan grande de jefes y oficiales, que no sé de dónde vamos á sacar dinero para pagar á tanta gente. Además, tú debes estar cansado, y necesitas descansar.

—Haré lo que vuestra majestad mande,—repuso Merino, que ante todo era un realista acérrimo y por nada del mundo se hubiera atrevido á replicar al monarca.

—Para que descanses,—prosiguió este,—he pensado en que vayas á ocupar una silla en la catedral de Valencia.

—¿Yo canónigo?—preguntó con asombro el montaráz cura.

—Sí.

—Lo que vuestra majestad quiera.

—¿No quedas contento?

—Sí señor, sí... pero, la verdad... acostumbrado á mandar á mi tropa, no sé cómo me las voy á componer con la gente de sotana.

—Tú eres hombre listo y sabrás arreglarte.

—Es el caso, que en el tiempo que he andado por ese mundo pegando sablazos, se me ha olvidado el poco latin que sabia; los canónigos suelen ser hombres de ciencia, y pudiera suceder que al ver alguno que yo entiendo tan poco de teologías, le viniera gana de hacerme burla, y entrara yo en deseos de romperle el bautismo... Pero, en fin, ya que vuestra majestad lo manda, seré canónigo, y allá veremos.

Despidió el rey á don Jerónimo, y este sin pérdida de tiempo partió para Valencia.

Pero allí sucedió lo que habia temido, y aun algo más.

Los canónigos le recibieron bien al parecer; le agasajaron bastante, y le trataron, no sólo con cordialidad, sino hasta con estimacion.

Pero Merino servia para todo ménos para canónigo. Su conducta era poco ejemplar, y sus modales, lejos de dulcificarse, se habian endurecido en la campaña, lo cual es una cosa tan natural que no puede extrañar á nadie.

Don Jerónimo seguia siendo un guerrillero con ro-

pa talar, y no tardó en provocar las hablillas de sus compañeros.

Llegó á enterarse de las murmuraciones de que era objeto, y como no tenia nada de sufrido, una tarde que salia del coro, al llegar al átrio de la iglesia con la mayor parte de sus colegas, les dijo bruscamente:

—Señores, sé que me andan ustedes quitando el pellejo, y yo no aguanto que los que me adulan cuando estoy delante, hablen mal de mí en diciendo que vuelvo la espalda.

No hay que decir el efecto que haria en los canónigos esta arenga, dicha en el tono brusco que era peculiar en don Jerónimo.

—Ha sido usted mal informado, amigo Merino,—le replicó uno de sus compañeros.

—Yo no hablo nunca á tontas y á locas.

—No digo eso.

—Sé que andan ustedes royéndome los huesos...

—No generalice usted las cuestiones,—exclamó con alguna dureza uno de los canónigos, más enérgico que sus compañeros.

—¡Hola! ¿usted se me cuadra?—preguntó Merino encolerizado.

—Sí, señor,—repuso el otro.—No estoy dispuesto á tolerar sus groserías.

—¡Lo voy á usted á freir vivo!—gritó don Jerónimo ya fuera de sí.

Y uniendo la accion á la palabra, sacó de debajo de la sotana un par de pistolas. Los canónigos no aguardaron á que las montara y echaron á correr por las ca-

lles en diferentes direcciones, con gran escándalo y algazara de los transeuntes.

Merino se repuso pronto, guardó las pistolas y se marchó á su casa.

El arzobispo, enterado de aquel suceso, se apresuró á escribir al rey, y este dispuso que Merino quedara dispensado de la asistencia á la catedral, aunque conservando su asignacion.

Entonces regresó Merino á Villoviado, donde vivió tranquilo cobrando el sueldo de su canongía sin desempeñarla, hasta que en 1820, al proclamarse la Constitucion, se levantó en armas al frente de una partida al grito de: ¡Viva el absolutismo y la religion!

Entonces comenzó á hacer á los liberales una guerra parecida á la que habia hecho á los franceses.

Pero la situacion era diferente.

No es lo mismo luchar en una guerra nacional teniendo todo el país por amigo, que contar solamente con el apoyo de un partido, teniendo á los demás en contra.

Esta segunda campaña fué desdichada.

Don Jerónimo hizo prodigios de valor en algunas acciones, pero derrotado completamente por las tropas constitucionales, tuvo que esconderse en un convento de monjas de Santa Clara, y anduvo á salto de mata hasta 1823.

XXI

—¿Quien lo hubiera creído?

Merino, que con tanta saña habia peleado contra los franceses hasta el año catorce, en 1823 sirvió de guía á las tropas del duque de Angulema, que venian á derribar la constitucion.

Durante el breve período de aquella campaña, terminada con la toma del Trocadero, fué comandante general de Segovia, donde autorizó tales desmanes de parte de los absolutistas, que amotinada la poblacion en poco estuvo que no muriera víctimas de la indignacion popular.

La vida política de don Jerónimo parecia destinada á eclipsar todas las glorias de su vida militar.

Restablecido el absolutismo volvió el cura á Villaviado, donde lo pasaba perfectamente, cobrando su asignacion de canónigo y dedicándose exclusivamente á la caza.

En aquel tiempo, cultivando la amistad de Juan Mendoza y satisfecho con la marcha de los asuntos políticos, parecia haber suavizado algun tanto su carácter feroz, y renunciado á nuevas aventuras dejando de suspirar por su querida profesion de las armas.

Tan pacífico estaba, que el 22 de Enero de 1833, es decir, muy poco antes de la muerte de Fernandò VII, con motivo de un viaje que hizo, tuvo ocasion de presentarse á la reina Cristina, á la cual besó la mano, entregándola una exposicion en que decia que «deseaba la mayor prosperidad á su excelsa sucesora y primogénita, á su real descendencia y á toda la real familia;» y añadía, que estos eran sus sinceros votos, asegurando á su majestad que «así como en dos distintas y gloriosas

épocas había empuñado las armas en defensa de los soberanos derechos del rey y de la independencia de la monarquía, volvería á hacerlo de nuevo si las circunstancias lo exigiesen, contra cualquiera que osase atacar tan preciosos objetos ú oponerse á la suprema voluntad de sus amados soberanos, y los derechos de su legítima y augusta descendencia» (1).

Dice un adagio que el hombre propone y Dios dispone, aunque muchas veces pudiera decirse que quien tuerce y contraria los propósitos del hombre son sus pasiones, que Dios deja obrar cuando así conviene á sus altos designios.

Esto le sucedió á Merino.

Cuando despues de la muerte de Fernando VII, don Santos Ladron pasó de Valladolid á la Rioja con objeto de levantar la bandera de la rebelion carlista, avistóse con el famoso guerrillero, y el resultado de la conferencia fué el que pueden comprender nuestros lectores por la visita que el mismo dia hizo don Jerónimo al coronel Mendoza.

XXII

—Juan,—le dijo el sacerdote sin ambages ni rodeos,—¿sabes que estoy decidido á hacer una que sea sonada?

—¿Usted, don Jerónimo?

(1). Histórico. Todas las palabras que van entre comillas son textuales.

—Sí, hombre.

—¿Puedo saber de qué se trata?

—Vengo á decírtelo.

—Pues hable usted.

—Chico, me he convencido de que aquí es necesario montar otra vez á caballo.

—¿Para qué?

—Para poner en el trono al infante don Carlos.

—¿Señor don Jerónimo!

—Todos los amigos de la buena causa se preparan á levantarse. La reina Cristina tiene buena intención, lo conozco; pero no podrá resistir á la lógica de los acontecimientos. Ahora dice que mantendrá íntegro el depósito que se la ha confiado y resiste á las instancias de los liberales; pero yo no me engaño, esa situación es insostenible: como la mayor parte de los defensores de la monarquía absoluta son carlistas, ella tendrá que buscar para el trono de su hija un apoyo entre los constitucionales, y tendremos otra vez libertad y demás zarandajas que aborrezco. Antes que eso prefiero mil veces la guerra... Lo dicho, voy á montar á caballo. ¿Quieres tú ser de los nuestros?

—Jamás.

—Pronto lo has dicho.

—Ya se lo dije á usted hace diez y nueve años; no desenvainaré nunca mi espada contra españoles. Lo que entonces pensaba, con más razón lo pensaré ahora que tengo un hijo en el ejército.

—Esa no es dificultad.

—Me cree usted capaz de pelear contra él.

—Puede venirse contigo. Tú serías brigadier, y necesitarías un ayudante de campo.

—Mi hijo ha jurado á Isabel, y yo no le enseñaré á ser perjuro.

—Haz lo que quieras. Pero mira que aparte del servicio que podrias prestar á la patria, pierdes una gran ocasion de hacer fortuna.

—No tengo más ambicion que vivir tranquilo.

—Lo siento mucho.

—Y si me permitiera usted darle un consejo...

—Cuál.

—Don Jerónimo, ya no somos niños.

—No por cierto. Yo he cumplido ya los setenta.

—Aunque aún está usted fuerte, los años no pasan en balde.

—¡Qué han de pasar! Algunas veces me duele todo el cuerpo. Ya se ve, la vida que uno ha hecho no es para otra cosa.

—Por eso yo creo que lo mejor que usted puede hacer, es quedarse quieto en su casa y no emprender ahora una campaña, que me parece será larga y desastrosa.

—No lo creas. Todos los voluntarios realistas están por don Carlos.

—Pero el ejército está por la reina.

—Allá veremos.

Don Jerónimo se despidió de su antiguo coronel de caballería, y pocos dias despues daba el grito de insurreccion al frente de casi todos los voluntarios realistas de Castilla la Vieja.

En muy poco tiempo estuvo al frente de once mil hombres. Ejército demasiado numeroso para un general como él, á quien la mucha fuerza antes servia de embarazo que de ayuda.

La persecucion fué desde luego activa y enérgica.

Don Jerónimo trataba de apoderarse de Búrgos; pero no le fué posible, y desde el principio de la campaña muchas veces se le oía exclamar tristemente, mirando sus batallones:

—Me han forzado á llamar á toda esta gente. En las guerras anteriores no tuve tanta; pero los soldados que tenia valian más que estos gruesos pelotones, que no me sirven de nada más que para arruinar al país y para que los pueblos me maldigan (1).

Sus planes fueron siempre desconcertados.

El general Quesada era un adversario terrible.

Valeroso, enérgico, inteligente y secundado por buenos jefes de columna, hostigó incesantemente á Merino, hasta que le obligó á aceptar un combate en Villafranca de Montes de Oca.

Merino peleó como un león.

Diferentes veces intentó lanzar su caballería contra los batallones de la reina, repitiendo aquellas famosas cargas que habia dado á los franceses.

Pero los voluntarios realistas no eran sus antiguos soldados.

Al primer choque se dispersaron.

Entonces don Jerónimo se limitó á la defensiva.

(1) Histórico.

Las tropas liberales le atacaron con resolución á la bayoneta, le fueron quitando una por una todas sus posiciones, le desalojaron del pueblo, y el valiente guerrillero de Villoviado vió sus batallones dispersos y puestos en fuga.

Desde aquel momento comenzó la desercion á mermar su ejército.

Los once mil hombres que mandaba se redujeron en pocos dias á doscientos ginetes.

Con ellos hubiera podido dar bastante que hacer, si no estuvieran desalentados.

Las deserciones continuaban.

XXIII

Llegó el caso de tener á sus órdenes cuatro hombres.

Entre ellos no estaba ya el Feo, que habia salido con su amo á esta tercera campaña; pero murió peleando desesperadamente en la derrota de Villafranca.

¡Pobre soldado, leal siempre á su jefe, que marchaba sin vacilar adonde le mandaba y estaba dispuesto á seguirle á todas partes!

¡Héroe oscuro y desconocido, que no tenía al morir el consuelo de dejar un nombre!

XXIV

La fortuna abandonaba á Merino, pero no el valor. Buena prueba de ello fué la aventura que en Ontoria

puso en peligro su vida, de cuyo aprieto salió á fuerza de audacia.

Su partida, como hemos dicho, se habia reducido á cuatro hombres.

Hallábase con ellos en una casa de Ontoria, y habiéndolo sabido sus perseguidores, la cercaron treinta soldados del regimiento de Zamora y otros tantos paisanos.

La situacion era terrible.

Cualquiera que no fuese Merino se hubiera rendido, sin pensar siquiera en resistir ni en salvarse.

Don Jerónimo manda ensillar los caballos.

Se pone al frente de sus cuatro ginetes, hace abrir la puerta de improviso, y los cinco hombres salen á escape por entre un diluvio de balas.

Merino llega al puente, donde le esperan dos centinelas, que disparan contra él sin herirle.

Tiende á uno de ellos de un pistoletazo, y atropellando al otro que le cerraba el paso, logra pasar el puente y se encuentra libre del peligro.

Sus perseguidores estaban á pié, y él perfectamente montado.

Pocos minutos le bastaron para internarse en el pinar, desde donde marchó á la sierra.

Pero estaba solo.

Sus cuatro compañeros habian sido muertos ó presos.

XXV

No se desanimó por esto.

Corrió de un pueblo á otro, excitó el celo de los car-

listas de la provincia, y ayudado por los curas, logró reunir otra pequeña partida.

Nuevas persecuciones, nuevos peligros y nuevos rasgos de astucia y de temeridad para libertarse.

En Colina fué cercado de noche en un meson, donde se encontraba con veinte hombres.

Los sitiadores eran numerosos; habia entre ellos soldados y milicianos.

Parecia imposible salvarse.

Don Jerónimo no se apura; recuerda que en el meson hay un gran número de bueyes, los hace sacar de su establo, y decide que sean su vanguardia; manda abrir las puertas de par en par: los bueyes, fuertemente aguijoneados, se lanzan á la calle con estrépito; los sitiadores, que no saben darse cuenta de lo que pasa, los reciben con una descarga de fusilería, y á favor de la confusion y del desórden, Merino logra salir ileso con todos los suyos.

XXVI

Por fin don Jerónimo hubo de echar sus cuentas.

—Ya soy viejo,—pensó;—los pueblos no me ayudan como en la guerra contra los franceses; con la gente que mando no puedo hacer nada de provecho; vivo como un salteador de caminos, y el dia ménos pensado me van á fusilar, sin gloria para mí y sin provecho para mi causa. Lo más cuerdo será irme á buscar al rey don Carlos, que tiene un buen ejército, y allí le podré servir de algo.

Muchos días anduvo con estas cavilaciones, y al cabo se decidió á poner por obra su proyecto.

Emprendió la marcha con solo catorce hombres, y burlando la vigilancia de las columnas que operaban en las Provincias Vascongadas, logró llegar á Oñate, donde se hallaba la corte del Pretendiente.

XXVII

Apenas llegó á aquel pueblo pidió una audiencia á su rey, y este se la concedió inmediatamente.

Al presentarse Merino, tenia don Carlos en la mano un ejemplar de la *Guía de forasteros*.

El aspirante á monarca repasaba atentamente aquel libro, acaso pensando en que todos los que figuraban en el mismo, debian prestar apoyo á su causa, y lejos de hacerlo, habian la mayor parte abrazado la de Isabel II.

Merino permaneció callado algunos minutos, aguardando á que el rey le dirigiera la palabra.

Peró don Carlos no pecaba de cortés con los suyos, y siguió repasando el librito.

Don Jerónimo, impaciente y poco conocedor de las leyes de la etiqueta, rompió el silencio.

—Señor,—dijo respetuosamente.

—¿Qué?—preguntó don Carlos, levantando la cabeza.

—Me parece que lee vuestra majestad la *Guía de forasteros*.

—Sí.

—Pues si vuestra majestad me lo permite, le daré un consejo.

—¿Cuál?—preguntó el rey entre admirado y desabrido.

—Al subir al trono es necesario que mande vuestra majestad quemar ese libro. Es pequeño, pero es la verdadera causa de todas las desgracias que afligen á la nacion (1).

—No piensas mal,—replicó don Carlos sonriendo, y cerró el libro.

En seguida el Pretendiente se enteró de todos los sucesos de la desgraciada campaña de Castilla la Vieja.

Merino la refirió con tristeza, exclamando á cada revés que relataba:

—Señor, ya no sirvo para nada.

—No te apures, hombre. Todos servimos; los que no pueden pelear, rezan.

—¿Rezan?—preguntó Merino.

—Las oraciones son más útiles que las batallas.

Don Jerónimo no contestó.

Su rey, tomando el silencio por asentimiento, continuó:

—Hay una monjita que me sirve más que todos los generales. Hoy mismo me ha escrito, diciéndome que ha soñado que pronto voy á estar en Madrid sentado en el trono.

Merino no decia una palabra; pero pensaba para sí: «Este hombre es tonto.»

—Cuando la monja lo dice,—prosiguió don Carlos,—ya ves si debo estar seguro.

El cura estaba deseando que terminara la audiencia, porque la verdad es que él si tenia alguna confianza era en los batallones de guipuzcoanos, vizcainos, alaveses y navarros, que no en los sueños y profecías de la monja.

Por fin don Carlos le despidió, agregándole á su corte y prometiendo que más adelante le proporcionaria algun empleo.

El cura, despues de ver á su rey, quiso avistarse con Zumalacárregui, y aquella visita fué para él más agradable.

El famoso general recibió con la mayor cordialidad á Merino.

—¿Ha visto usted al rey?—le preguntó.

—Sí le he visto,—contestó el cura con desaliento.

—¿Y qué dice su majestad?

—Dice que espera en las oraciones de no sé qué monja,—añadió con desden Merino.

—¡Siempre lo mismo!—repuso amargamente el caudillo guipuzcoano.—¿Y no le ha dado á usted el mando de una brigada?

—No, me ha encargado que rece.

—Pues rece usted, amigo mio,—dijo Zumalacárregui en tono un tanto burlon.

—Con un sable en la mano es como hay que rezar ahora, si hemos de hacer algo de provecho.

—Si le oyen á usted en la corte, está usted perdido.

—Però hablemos formalmente, general,—dijo Merino.

—Diga usted.

—Esto va muy mal.

—No puede ir peor. La guerra durará mucho, porque el entusiasmo de estas provincias es grande y porque los isabelinos están divididos. Tal vez estas razones lleguen á darnos el triunfo, aunque lo dudo; pero en cuanto á la direccion de nuestros negocios, no puede ser más desastrosa.

—Y usted ¿por qué no se lo dice al rey?

—No me hace caso.

—¿No?

—Apenas me deja dirigir las operaciones puramente militares.

—Pues ¿quién manda aquí?

—El obispo de León, Arias Tejeiro, y tres ó cuatro curas, que forman una especie de consejo supremo de la guerra, y no resuelven más que disparates.

—¿Qué atrocidad!

—Usted, á pesar de su sotana, no hará fortuna.

—Eso me parece.

—No, porque usted tiene más de soldado que de cura.

—Es cierto.

—Y aquí se han empeñado en que vamos á vencer al enemigo á fuerza de bendiciones.

—Pues yo pienso hablar gordo.

—Perderá usted el tiempo. Ahora mismo me mandan á mí sitiar á Bilbao.

—Eso es un desatino.

—Lo he dicho de todos los modos posibles. Tomar á Bilbao costará mucha sangre, y suponiendo que se consiga, no se habrá adelantado nada. El enemigo nos atacará por mar siempre que le acomode, y necesitaremos un ejército para mantenernos allí.

—Es claro.

—Pues nada; la corte quiere estar en una población bonita, y á esto se sacrifica todo. Hacemos una campaña en que los militares no tenemos voz ni voto. Allá la camarilla dispone las cosas á su gusto, y nosotros no tenemos más remedio que obedecer.

Merino se separó de Zumalacárregui completamente descorazonado.

Era hombre de muy buen sentido, para no comprender á primera vista que todos los sacrificios serían inútiles.

Lo más particular, es que esto lo comprendieron muchos desde el principio de la guerra, y sin embargo siguieron haciéndola.

XXVIII

Desde aquel momento siguió Merino á la corte de don Carlos, haciendo en ella un papel oscuro y viviendo tristemente, por la seguridad que tanto él, como todos los hombres de mediano entendimiento, tenían de que aquella era causa perdida.

No se necesitaba para esto una gran perspicacia.

Don Carlos era tonto, fanático y vanidoso; es decir, tres veces tonto.

Su corte era un semillero de intrigas mezquinas y miserables, donde cada cual iba á satisfacer su ambicion personal, sin cuidarse para nada del bien de la causa que defendia.

Entre los mismos jefes militares, habia terribles rivalidades.

Los que procedian del ejército y querian que la guerra se hiciera con regularidad, odiaban cordialmente á los guerrilleros, que habiendo levantado facciones deseaban que no perdiera el carácter de bandolerismo que tenia en algunas provincias.

Estos últimos eran los que gozaban más favor en la corte del Pretendiente, porque hombres en general poco ilustrados, se prestaban más fácilmente á ser instrumentos de los curas ignorantes y fanáticos que rodeaban al Pretendiente.

El obispo de Leon decia á don Carlos, que la campaña habia empezado facciosamente, y facciosamente habia de concluir; que ningun hombre que supiera leer y escribir era verdadero partidario suyo, y que los generales de carta y compás no servian para nada.

Por eso en aquella corte Zumalacárregui, Maroto, Eguía y otros jefes distinguidos, eran poco ménos que despreciados por su rey, y se veian constantemente blanco de las intrigas y sátiras de los cortesanos, mientras llegaba á presidente del consejo de ministros el titulado general Guergué, que al tomar posesion de su cargo decia á don Carlos estas textuales palabras:

«*Nosotros los brutos* hemos de llevar á vuestra majestad á Madrid; los demás son traidores.»

Sin duda, persuadido de la verdad que encerraban las palabras de su flamante consejero, don Carlos autorizaba la prision y proceso de Zaratiegui y Elío, separaba de sus mandos á Latorre y Villareal, y desterraba á Arjona, Eguía y Cabañas, mientras nombraba comandante general de una provincia á Miralles, conocido vulgarmente por el Serrador, de cuya ilustracion pueden hacerse cargo nuestros lectores, sin más que pasar la vista por esta alocucion que dirigió al distrito de su mando, y que copiamos al pié de la letra, tal como ha llegado á nuestras manos.

Dice así:

«Comendencia general D. Miralles comandante General de este egército y Reynos por su M Sere D. Ge. el Sor Dn Carlos V de Borbon; á las justicias del citado Reyno dice que el gobierno hosurpador ha yn-puesto pena de la vida á todos los de hedad posible para tomar las harmas y de verificarlo sufriran la pena citadas prometó en nombre del Rey que el que las tomare desde hoy dia de la fecha hadelante sea prisionero ó no lo sea sufrirá la pena de muerte y el que tuviere y se presentare con las harmas; será perdonado sin maltratar su persona ni bienes y de no verificarlo dentro del termino de ocho dias sufrirá la pena.—Pues el rey como ha tan piadoso y Justo no quiere la perdida de su Reyno ni la dictruccion de sus vasallos, sino que vivamos como ha ermanos con la tranquilidad y quietud posible y dejarno de querer cosas ynjustas co-

mo el Gobierno que estais aclamando ha infelís España como te degas Gobernar nar por una muger estrange-ra que pronto llegará tu Ruyna y que pronto se vesra tu fin.—Ea valeroso españoles Coronar á buestro pia-doso y legítimo Rey que el hos hará felices á Vosotros y á nosotros sin caberla menor duda en buestros corazo-nes del lo arriba dicho todo lo cual se pone en Vuestro conocimiento para vuestro Gobierno y inteligencia. Esta circular E indulto las justicias le daran curso y de no verificarlo seran castigados con pena de muerte. Campo del honor 28 de noviembre de 1834.—*El Comen-dante general JOSÉ MIRALLES.*»

Al leer este documento el ministro Guergué, debió desmayarse de gusto; y como no sabemos que concedie-ra ningun ascenso á Miralles por haberlo redactado, te-nemos derecho á acusarle de inconsecuencia con sus doctrinas.

Si los *brutos* habian de dar á don Cárlos el triunfo definitivo, nos parece que el autor de semejante trabu-cazo á la gramática y al sentido comun, debia haber sido nombrado generalísimo de los ejércitos carlistas.

XXIX

Pero ya hemos indicado que no era sólo la ignoran-cia triunfante en la corte de Oñate, lo que perjudicaba á la causa del Pretendiente. Las rivalidades entre los jefes de sus tropas eran terribles, y no siempre habia la prudencia de disimularlas. Por el contrario, más de una vez se hicieron públicos los ódios que los devoraban, y

para demostrar hasta qué punto llegaba la intemperancia, nos bastará un ejemplo.

Quilez y Cabrera habian reñido, y el primero de ellos, en una proclama que dirigia desde Pons á sus paisanos los aragoneses, despues de pintar el estado de prosperidad en que iban en Aragon los asuntos carlistas antes de la llegada de Cabrera, dedicaba estos pìropos al caudillo tortosino:

«Tal era vuestra conducta, y á no haberos sobrevenido con el carácter de jefe principal un *advenedizo catalan, immoral, ambicioso y disoluto*, ni vuestro suelo lamentaria sus crueldades y la más total miseria, ni serian hoy tan escasos nuestros triunfos sobre los rebeldes. Extended una mirada á nuestro país, y comparad su ruinoso estado con el floreciente que tenia antes de sujetarse al capricho de *ese hombre feroz, de ese bárbaro, deshonor de los carlistas; de ese Cabrera, asesino tan cruel como militar cobarde*; de ese catalan, en fin, que juega con vosotros como con esclavos.»

Hablaba luego de la cuestion administrativa, y despues de señalar los vicios que encontraba en ella y las injusticias que se cometian perjudicando á unos para favorecer á otros, concluia diciendo: «¿A qué puede conducir tan injusta preferencia? No á otra cosa que á *hacerse con un capital de dinero* para abandonaros, tal vez en estos momentos en que pelagra más nuestra causa. Cabrera, Forcadell, Llangostera y otros, están conchavados para refugiarse al extranjero, para vivir allí regalados con el peculio que han sabido proporcionarse con las contribuciones y productos de los ricos frutos y

rebaños que nuestros pueblos han llevado en cuantiosas cantidades á Cantavieja, en donde, como sabeis, se comerciaban por una compañía de catalanes á ínfimos precios, con escandaloso soborno de ese Cabrera, titulado candillo vuestro.»

Así se trataban unos á otros los jefes carlistas.

¿Era posible que triunfaran de ese modo?

Lo que admira es que pudieran sostener la guerra siete años.

Se necesitó para esto todo el entusiasmo que por aquella causa habia en las provincias sublevadas, y aún esto no hubiera bastado, si las divisiones de los constitucionales y una série no interrumpida de motines en el territorio sometido á la reina Isabel, no hubieran estorbado incesantemente las operaciones de los ejércitos.

XXX

Don Carlos, entre tanto, hacia novenas, cantaba los gozos á la Virgen, recibia cartas de la *monjita* que le pronosticaba su triunfo, y sostenia amorosa correspondencia con la princesa de Beira, que al cabo fué su segunda esposa.

Es decir, demostraba de un modo patente su imbecilidad.

No sólo eran necedades las que se cometian en el campo carlista por la camarilla que rodeaba á don Carlos, sino verdaderos crímenes.

El asesinato del brigadier Cabañas, á quien envia-

ron tres sicarios, que lo destrozaron á bayonetazos, y cogiendo su ropa, la pusieron al pié de un árbol, con un papel encima sujeto por una piedra, en el cual se leía: *He muerto por traidor de mano de los voluntarios*, es uno de los hechos más repugnantes que pueden imaginarse.

El famoso don Basilio, que hizo una expedición á Castilla, en la cual no sufrió más que reveses, hacia alarde de una inmoralidad asquerosa, no sólo jactándose de los asesinatos que habia cometido, sino enseñando las alhajas de que se habia apoderado en las casas particulares y hasta en las iglesias.

Don Carlos tuvo un momento de dignidad privando á este cabecilla de su gracia por tan sacrílegos desmanes; pero él supo conquistar de nuevo el favor real, dando parte de sus ricos despojos á los que formaban la camarilla, y regalando al mismo rey un hermoso caballo para que lo montase la princesa de Beira, ya esposa del Pretendiente.

No hacemos la historia de la guerra civil, harto conocida de todos, y por eso no guardamos el orden cronológico de los sucesos; tratamos de pintar, aunque sólo sea á grandes rasgos, la corte del Pretendiente, porque esto nos parece de algún interés y puede demostrar el insignificante papel que podia hacer Merino en ella.

Don Jerónimo, hombre rudo, franco y valeroso, era el ménos á propósito para aquellas miserables intrigas, en que se esterilizaban los esfuerzos de un partido digno de mejor suerte, por la prodigalidad con que ha deramado siempre raudales de sangre y de dinero por el

triunfo de unas doctrinas condenadas ya por la razón universal, pero que sus partidarios profesan con verdadera convicción.

XXXI

Para conocer la vanidad de don Carlos, basta decir que en su corte habia multitud de damas y empleados, que tomaban tan por lo sério sus funciones como si estuvieran en el palacio de Madrid. El rey tenia un lucido escuadron de Guardias de Corps, y aquellos oficiales, que hubieran podido hacer muy buen papel en el campo de batalla, se hallaban ocupados en escoltar la real persona de aquel imbécil.

Los hombres de más influencia á su alrededor, después del obispo de Leon, eran el cura Echevarría, un oficial de la secretaría de la guerra, llamado Sanz, un tal Gelos, que desde barbero pasó á cirujano, por desgracia de Zumalacárregui, á quien ayudó á matar con una curación brutal cuando el caudillo guipuzcoano fué herido en el primer sitio de Bilbao, otro conocido por el sobrenombre del *Mantero*, y por último, Juan Bautista Esain, cuyo mérito era el siguiente: En una ocasion en que las tropas de Rodil perseguian muy de cerca al Pretendiente, el tal Esain se cargó á don Carlos en hombros, y le hizo pasar de este modo los montes de Igoa y Saldias. Este servicio, que valió á aquel individuo el sobrenombre del *Burro de don Carlos*, merecia una buena recompensa pecuniaria; pero el monarca ambulante no se paró en barras, y lo premió con más largueza.

Concedió á Esain nobleza para sí y sus hijos y sucesores, una pension de veinte reales diarios, una medalla con el busto del rey en el anverso y en el reverso el escudo de armas concedido al novísimo noble, y el derecho de llevar siempre esta medalla colgada al cuello con una cinta de los colores nacionales. Toda esta gentecilla, pues no merece otro nombre, al mirarse atendida y halagada por don Carlos, al ver que se escuchaba su opinion y se tomaba en cuenta, que se les pedia su parecer sobre los asuntos más graves, se ensoberbeció extraordinariamente. Creyéronse grandes hombres aquellos ridículos personajes, imaginaron que no sólo podrian con sus talentos dar el triunfo á su amo, sino que luego seria para ellos empresa fácil y sencilla gobernar el reino, meter en un zapato á todos los partidos liberales, y mantener á España como una balsa de aceite.

Los consejos de aquel areopago contribuyeron en gran parte al vencimiento del carlismo.

Como allí no habia ninguna idea, ni el menor conocimiento de la ciencia política, no se sacaba ningún partido de los acontecimientos.

Los escandalosos sucesos de la Granja, en que una soldadesca desenfrenada obligó á la reina Cristina á promulgar la Constitucion de 1812, presentaron á don Carlos una ocasión, que si él hubiera tenido entendimiento para aprovecharla, hubiera dado por resultado el logro de sus deseos.

Las clases elevadas, asustadas y temerosas de que aquel mal ejemplo se repitiera, y otro motin por el estilo pusiera en peligro los intereses permanentes de la

sociedad, volvieron los ojos al real de don Carlos, que entonces recibió ofrecimientos importantísimos. Una gran parte de la nobleza le envió un mensaje, ofreciendo reclutar, armar y mantener algunos batallones carlistas, si revocaba algunos decretos y prometía una política más conciliadora y tolerante con los liberales, de lo que habia anunciado. Don Carlos mantuvo íntegro su programa: seguía creyendo que *los brutos* le traerían á Madrid, y desdeñó aquella importante oferta.

Igual torpeza demostró en las negociaciones que la misma reina Cristina entabló con él al poco tiempo, prometiendo reconocerle como rey, á condición de que su hijo primogénito se casaría con la reina Isabel. Todo lo fiaba á las armas, y ni siquiera dejaba que los militares dirigieran las operaciones de la guerra.

Como habia proclamado generalísima de sus ejércitos á la Virgen de los Dolores, sin duda pensaba que sus lugartenientes debían ser curas, y así andaba ello.

Las tropas carlistas, que desde el Ebro hasta la frontera peleaban con bastante fortuna, en cuanto pasaban aquel río eran infaliblemente derrotadas.

Gomez, Zaratiegui y el mismo don Carlos, llegaron á ver á Madrid. Los dos primeros no tenían bastantes fuerzas para atacar la capital, y no es extraño que no lo intentaran. Pero el Pretendiente venia á la cabeza de un gran ejército. Entre los generales que militaban á sus órdenes, estaba Cabrera. Y ¿qué hizo? Llegar al portazgo de Vallecas, permanecer allí dos días discutiendo si debía entrar ó no bajo palio, y dar lugar á que Espartero llegara á marchas forzadas con su ejérci-

to, y le obligara á emprender la retirada más ridícula que ha hecho jamás un aspirante á monarca.

Por fin, el año 1840 se hizo la paz. Maroto, harto de las inconsecuencias de don Carlos y de las intrigas de su camarilla, llegó á temer por su vida, y ajustó con Espartero el convenio de Vergara.

Don Carlos pasó la frontera, y con él se refugiaron en Francia todos sus cortesanos.

Entre ellos, abatido, triste, casi olvidado de todos, iba el pobre don Jerónimo Merino, que seguramente hubiera preferido morir en el campo de batalla, á tener que pedir asilo á una nacion que tanto habia odiado.

XXXII

El gobierno francés destinaba á los refugiados á diferentes depósitos.

Merino fué enviado á Montpellier.

Como el pobre habia consumido durante la guerra todos sus ahorros, tenia que vivir de la pension de emigrado.

Clasificado como oficial general, tenia un franco y cincuenta céntimos diarios.

Fácil es comprender que con tan exígua cantidad no viviria muy holgadamente.

El pobre cura se entregaba en su destierro á las más amargas reflexiones.

—En esto han venido á parar todos mis sacrificios,—pensaba.—Despues de haber peleado tanto, de haber corrido tantos peligros, de haber creado un ver-

dadero ejército, que mientras luchó sólo por España contó sus combates por victorias, ahora tengo que vivir mantenido de limosna por los franceses. ¡Ojalá hubiese muerto en la última batalla de la guerra de la Independencia! Al ménos hubiera sido enterrado en España, y no tendria el dolor de saber que mis huesos van á descansar en tierra extranjera. Porque yo no me hago ilusiones: hay aquí mucha gente que se figura que aún vamos á renovar la guerra y don Carlos llegará á ser rey. ¡Renovar otra vez la guerra! ¿Para qué? Para ver nuevos desastres y no hacer nada de provecho. Nuestro partido es bueno y numeroso; pero le falta cabeza. Y donde no hay cabeza, de nada sirve que haya muchos brazos.

Estas reflexiones no dejaban en paz á don Jerónimo ni un momento.

Por fin, los años y el abatimiento pudieron más que su naturaleza robusta, pero muy trabajada por una vida de fatigas.

Merino cayó enfermo.

Su existencia se iba extinguendo como una luz que se apaga.

Mientras le fué posible, salia á paseo todos los dias.

Pero sus paseos cada vez eran más cortos.

Se fatigaba mucho.

Aquello era lo que más le atormentaba.

Tenia que permanecer encerrado en la pobre habitacion que la familia de un obrero le habia alquilado por cincuenta céntimos diarios.

Allí permanecia solo horas enteras.

En aquel estado, sus recursos hubieran sido insuficientes, si no conservara relaciones de amistad con Juan Mendoza, que le escribía frecuentemente y le enviaba algunas cantidades.

El honrado vecino de Villoviado, cuando supo que el cura estaba enfermo, determinó hacerle una visita.

Emprendió el viaje sin avisarle, y se presentó en su casa, precisamente el día en que don Jerónimo había ya renunciado á salir de ella, porque le faltaban las fuerzas.

El coronel Mendoza encontró á su antiguo jefe desconocido.

Pálido, demacrado, con los ojos saltones, hundido en un sillón, con la cabeza inclinada sobre el pecho, la mirada apagada, la respiración fatigosa, era difícil reconocer en aquel viejo abatido al antiguo guerrillero que tan famoso había hecho su nombre.

La alegría que experimentó don Jerónimo al ver á Juan, es más para comprendida que para explicada.

Aquella visita era algo más que la amistad y el recuerdo de días felices y gloriosos; era en cierto modo la patria, yendo á consolar al pobre proscrito, que la había amado tanto.

Juan al abrazar á Merino sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—A tiempo llegas, muchacho,—exclamó Merino, que á pesar de que su amigo tenía ya cincuenta años, le hablaba siempre como si aún se hallaran en los tiempos en que peleaba á sus órdenes.—Si te retrasas un poco, no me encuentras.

—Aún hemos de echar una partida de caza,—repuso Juan.

—Lo que es yo, no puedo cazar ni en el plato, porque me faltan dientes. ¡Qué diantre! No hemos de ser eternos, y yo he cumplido setenta y siete años.

—Lo que á usted le hace falta es volver á España.

—¡Volver! ¿Cómo?

—Acogiéndose al convenio y viniendo á Villoviado, donde aún puede usted pasarlo perfectamente.

—No lo creas. Mi vida toca ya á su fin.

—¿Quién sabe?

—Yo lo conozco.

—El aire de España le daría á usted nuevas fuerzas.

—Es posible.

—Pues entonces...

—No.

—¿Por qué?

—Tú me conoces. Yo podré haberme equivocado; pero soy incapaz de abandonar una causa que se encuentra vencida.

—Usted ama á la patria.

—Sobre todas las cosas.

—Ya lo sé.

—Por ella luché contra los franceses.

—Como un héroe.

—Por ella me levanté por don Carlos.

—¡Qué lástima!

—Ya sé que tú no piensas como yo.

—No, señor.

—Pero eso no te impedirá reconocer que he obrado de buena fe.

—Estoy seguro de ello.

—Mi intencion era honrada.

—No es posible dudarlo.

—Creia que don Cárlos podia hacer la felicidad de España.

—¿Lo cree usted todavía?

—No quiero decirte lo que creo, porque estamos vencidos.

Juan Mendoza respetó el silencio de su amigo.

No tenia esperanza de convencerle, y por otra parte, veia que todo seria inútil.

El cura tenia razon: su vida se acababa, y no habia nada capaz de contener los progresos que el decaimiento físico y moral hacia en el valeroso anciano.

XXXIII

Dos dias despues de la llegada de Juan, Merino no pudo abandonar el lecho.

—¿Quiere usted que se llame á un médico?—le preguntó Mendoza.

—Es inútil,—repuso don Jerónimo;—mi enfermedad no tiene cura. Los años, los trabajos y los pesares, no se alivian con jaropes. Pero si tienes interés en que alguno firme el certificado de mi muerte, puedes llamar al que quieras.

XXXIV

Así pasó una semana.

Merino, postrado en cama, pidió los sacramentos.

La ceremonia fué conmovedora.

Don Jerónimo se preparaba á morir con la tranquilidad de un héroe.

Algunos emigrados compartían con Juan Mendoza los cuidados de su asistencia.

El médico le visitaba diariamente, sin recetar nada, porque la medicina no tiene remedios para una vida que se extingue.

Por fin, una tarde el cura dejó de hablar, luego sintió que la luz faltaba de sus ojos... sintió un ligero estremecimiento... exhaló un suspiro y murió.

Puede decirse que no había tenido agonía.

Juan Mendoza le cerró los ojos.

XXXV

Al día siguiente se hizo su entierro.

¡Pobre don Jerónimo Merino, después de haber peleado tanto por España, no encontraba siete palmos de tierra española en que descansaran sus restos!

El entierro fué muy modesto.

Juan y unos cuantos emigrados acompañaron el cadáver á su última morada.

Dos días después regresó Mendoza á España, satis-

fecho por haber cumplido el último deber con el que fué su jefe y toda la vida habia sido su amigo.

Tal vez fué la única persona que sintió de veras aquella muerte.

XXXVI

Toca ya á su fin nuestro trabajo.

Hemos presentado al coronel Mendoza en 1860, anciano ya, viviendo en Villoviado con su nuera y sus nietos, rodeado del respeto de sus convecinos, y gozando una vida tranquila y feliz.

El 25 de Abril de aquel año, su dicha llegó á su colmo.

Dos dias antes se habia dado en Africa la batalla de Vad-Rás. El triunfo habia sido tan completo, que los moros, aterrados, pidieron la paz y aceptaron de antemano las condiciones que el ilustre duque de Tetuan tuviera á bien imponerles.

Poco despues regresó á España el ejército vencedor.

En él venia de teniente coronel, mandando un batallon de cazadores, el hijo de don Juan Mendoza, que en cuanto llegó á Madrid pidió licencia para ir á ver á su padre.

El veterano coronel no cabia en sí de orgullo y de satisfaccion.

Su alegría llegó á su colmo, cuando su hijo, despues de abrazar repetidas veces á todas la familia, le habló en estos términos:

—Padre mio, usted ya tiene años, y no quiero separarme más de su lado.

—¿Qué dices?

—Usted cuando acabó la guerra de la Independencia, pidió su retiro.

—Es cierto.

—Yo voy á hacer lo mismo. Ya he peleado contra el extranjero; si la patria vuelve á necesitarme, aquí me tiene; pero si no me necesita para defender el honor de su bandera ó la integridad del territorio, no quiero desenvainar mi espada en provecho de los partidos, que es la triste mision que tienen casi siempre los militares españoles.

—Dices bien.

—¿Aprueba usted mi propósito?

—Con toda mi alma.

XXXVII

El hijo del coronel Mendoza cumplió su palabra.

No queria separarse más de su padre, de su mujer y de sus hijos.

Don Juan Mendoza no cesaba de dar gracias á Dios por la felicidad que le otorgaba.

En sus veladas alegres y tranquilas, la familia consagraba frecuentemente un recuerdo á la memoria del cura Merino.

Probablemente seria el único que tuviera el pobre guerrillero.

Post-scriptum

Acaso habrá extrañado á alguno de nuestros lectores, que empezando nuestra novela en 1809, lleve por segundo título «España en 1808.»

La razon de esto, es que nosotros consideramos la fecha de 1808 como la de la guerra de la Independencia española, y en este concepto, creemos que abraza todo el período desde el alzamiento nacional hasta la terminacion de la lucha en 1814.

-FIN-

Post-scriptum

La razón de esto, es que nosotros consideramos la
lucha de 1808 como la de la guerra de la Independencia
española. Y en este concepto, creemos que abarca
todo el período desde el alzamiento nacional hasta la
terminación de la lucha en 1814.

ERRATAS

Por una equivocacion material, las láminas 5.^a y 7.^a del segundo tomo, llevan epígrafes que no les corresponden.

El de la 5.^a, que dice: «Tomás permaneció una hora absorto en muda contemplacion,» debe decir: *Tomás permanecía en aquel sitio horas enteras.*

Y el de la última, en lugar de: «Profesion de una religiosa trinitaria,» debe decir: *Ya se habia quitado las galas, y vestia el hábito de novicia.*

ERRATAS

Por una equivocación material, las láminas 5.ª y 7.ª del segundo tomo, llevan epígrafes que no les corresponden.

El de la 5.ª, que dice: «Tomás permaneció una hora absorto en mucha contemplación», debe decir: Tomás permaneció en aquel sitio horas enteras.

Y el de la última, en lugar de: «Profesión de una religiosa trinitaria», debe decir: En se había quitado las uñas, y cesó el hábito de novicia.

INDICE

TOMO SEGUNDO

		Págs.
CAPÍTULO I.....	Los apuros de un prefecto.....	5
II.....	Cien duros para el Feo.....	20
III.....	Donde se ve que el Feo no tenia pelo de tonto.....	30
IV.....	De como una buena moza puede marear hasta á un polizonte.....	45
V.....	Un viaje inesperado.....	59
VI.....	Un tribunal militar.....	72
VII.....	¡Descansa en paz!.....	85
VIII.....	El ejército de Castilla la Vieja toma una actitud imponente.....	98
IX.....	Donde Juan se encuentra en un grave apuro.....	112
X.....	De cómo ganó Juan sus galones de comandante.....	122
XI.....	Donde se ve lo que puede hacer un hombre cuando tiene actividad y energía..	137
XII.....	El desenlace del drama.....	147
XIII.....	El cuadro.....	161
XIV.....	El gobernador de Aranda.....	170
XV.....	Donde se pasa revista á todos los personajes que figuran en este libro.....	184

		Págs.
CAPÍTULO XVI.....	En el que se ve que génio y figura hasta la sepultura.....	196
— XVII.....	Donde se descubre la clase de relaciones que habia entre Merino y doña Josefa..	208
— XVIII.....	Allá van leyes do quieren reyes.....	221
— XIX.....	Una visita en Aranda de Duero.....	232
— XX.....	Donde se ve que Juan sabia en qué consistía la verdadera felicidad.....	241
— XXI.....	Un millon de duros.....	258
— XXII.....	Preparativos.....	270
— XXIII.....	Plan de campaña.....	282
— XXIV.....	El todo por el todo.....	304
— XXVII....	Continuacion del anterior.....	324
— XXVIII...	Don Bruno comandante.....	336
— XXIX.....	Las cuentas del cura Merino.....	347
— XXX.....	Una tempestad que se forma.....	360
— XXXI.....	La embestida.....	372
— XXXII....	Durante el sitio.....	387
— XXXIII...	Un duelo á muerte.....	403
— XXXIV...	¡Pobre Amalia!.....	421
— XXXV....	Un bando de Juan Mendoza.....	437
— XXXVI...	La situacion se agrava.....	456
— XXXVII...	El último adiós.....	470
— XXXVIII...	El asalto.....	484
— XXXVI...	En que se siguen contando los sucesos de aquel día.....	504
— XXXVII...	El todo por el todo.....	514
— XXXVIII...	Quince días de armisticio.....	532
— XXXIX...	El bloqueo.....	547
— XL.....	Un día de asueto.....	563
— XLI.....	En que vuelve á aparecer una buena moza que tenemos algun tanto olvidada..	578
— XLII.....	Don Cleto no sabe lo que se hace.....	587
— XLIII....	Donde las dan las toman.....	596
— XLIV....	En la celda.....	605
— XLV.....	Una tregua que es una lucha.....	623
— XLVI.....	La novela de una monja.....	632
— XLVII...	En que se preparan nuevos acontecimientos.....	642
— XLVIII...	La víspera de la batalla.....	662

CAPÍTULO XLIX.....	Durante la noche.....	683
— L.....	El primer acto del drama.....	693
— LI.....	En Madrigal.....	708
— LII.....	Dos batallas campales.....	721
— LIII.....	¡Pobre madre!.....	740
— LIV.....	Los resultados del triunfo.....	754
— LV.....	Los dos hermanos.....	771
— LVI.....	Una carta difícil.....	781
— LVII.....	Un lance grave.....	792
— LVIII.....	La palabra de honor.....	807
— LIX.....	Prisionero de guerra.....	816
— LX.....	Una batida.....	833
— LXI.....	Perdon y olvido.....	843
— LXII.....	En que don Cleto desempeña su mensaje.....	851
— LXIII.....	Un idilio.....	865
— LXIV.....	En Aranda de Duero.....	874
— LXV.....	Un intendente de nuevo cuño.....	882
— LXVI.....	La vida militar explicada por el Feo.....	901
— LXVII.....	Un empleo bien desempeñado.....	911
— LXVIII.....	Gato por liebre.....	916
— LXIX.....	En el convento de Trinitarias.....	926
— LXX.....	La novicia.....	932
— LXXI.....	¡Viva España!.....	941
EPÍLOGO.....		949

688		Durante la noche.....	CAPÍTULO XLIX.....
688		El primer acto del drama.....	—
708		En Madrid.....	—
721		Dos batallas campales.....	—
740		¡Pobre madre!.....	—
754		Los resultados del triunfo.....	—
771		Los dos hermanos.....	—
781		Una carta difícil.....	—
782		Un lance grave.....	—
807		La palabra de honor.....	—
816		Prisionero de guerra.....	—
838		Una batalla.....	—
843		Perdon y olvido.....	—
851		En que don Cleto descompone su mensajero.....	—
865		Un idilio.....	—
874		En Aranda de Duero.....	—
882		Un intendente de nuevo cuño.....	—
901		La vida militar explicada por el Teo.....	—
911		Un empleo bien desempeñado.....	—
916		Gato por liebre.....	—
928		En el convento de Trinitarias.....	—
932		La novicia.....	—
941		¡Viva España!.....	—
949			—

Fin

PLANTILLA

PARA LA

COLOCACION DE LAS LÁMINAS

TOMO PRIMERO

	<u>Páginas.</u>
Portada..	1
Os juro por estas cruces, que me la habeis de pagar.	22
Atravesaba de noche la sierra acompañada por un espolista..	194
Y leyó, casi sin ver las letras, el anuncio de los empleos que el cura habia conferido á los dos hermanos.	229
El ataque fué desesperado y la resistencia heroica..	284
— María iba todas las tardes á pedir á Dios el alivio de Tomás.	360 —
La madre comprendia lo que pasaba en el corazon de su hija.	569
No,—gritaba el boticario casi delirante,—vosotros sois los que estais muertos.	672

PLANTILLA

PARALELA

CONTENIDO DE LAS LÁMINAS

TOMO PRIMERO

1

1	Portada.
2	El primer por estas cosas, que me la habéis de
3	pagar.
4	A través de noche la esfera acompañada por
5	un espíritu.
6	Tengo, casi sin ver las letras, el anuncio de
7	los espíritus que al otro lado están con los
8	dos hermanos.
9	El ataque fue desastroso y la resistencia in-
10	completa.
11	Muchas veces las tardes, a partir de diez y
12	once de la tarde.
13	La madre comprendió lo que pasaba en el co-
14	razón de su hijo.
15	No, estaba el botarín casi delirante, — vo-
16	cabamos solo los que en la muerte.

PLANTILLA

PARA LA

COLOCACION DE LAS LÁMINAS

TOMO SEGUNDO

	<u>Páginas.</u>
El que levantara la voz apellidando gracia, será inmediatamente pasado por las armas..	95
La aplicó al oído, retumbó el cañonazo. . .	158
Don Modesto levantó lentamente el brazo dere- cho, y apuntó á Tomás.	416
La comunión de Amalia.. . . .	472
Tomás permanecía en aquel sitio horas en- terras (1)..	644
Tomás herido, es conducido en una camilla por dos guerrilleros.	738
Ya se habia quitado las galas, y vestia el há- bito de novicia (1)..	939

(1) Véanse las erratas que consignamos en otro lugar.









E L

Cura Merino

2

G 23406